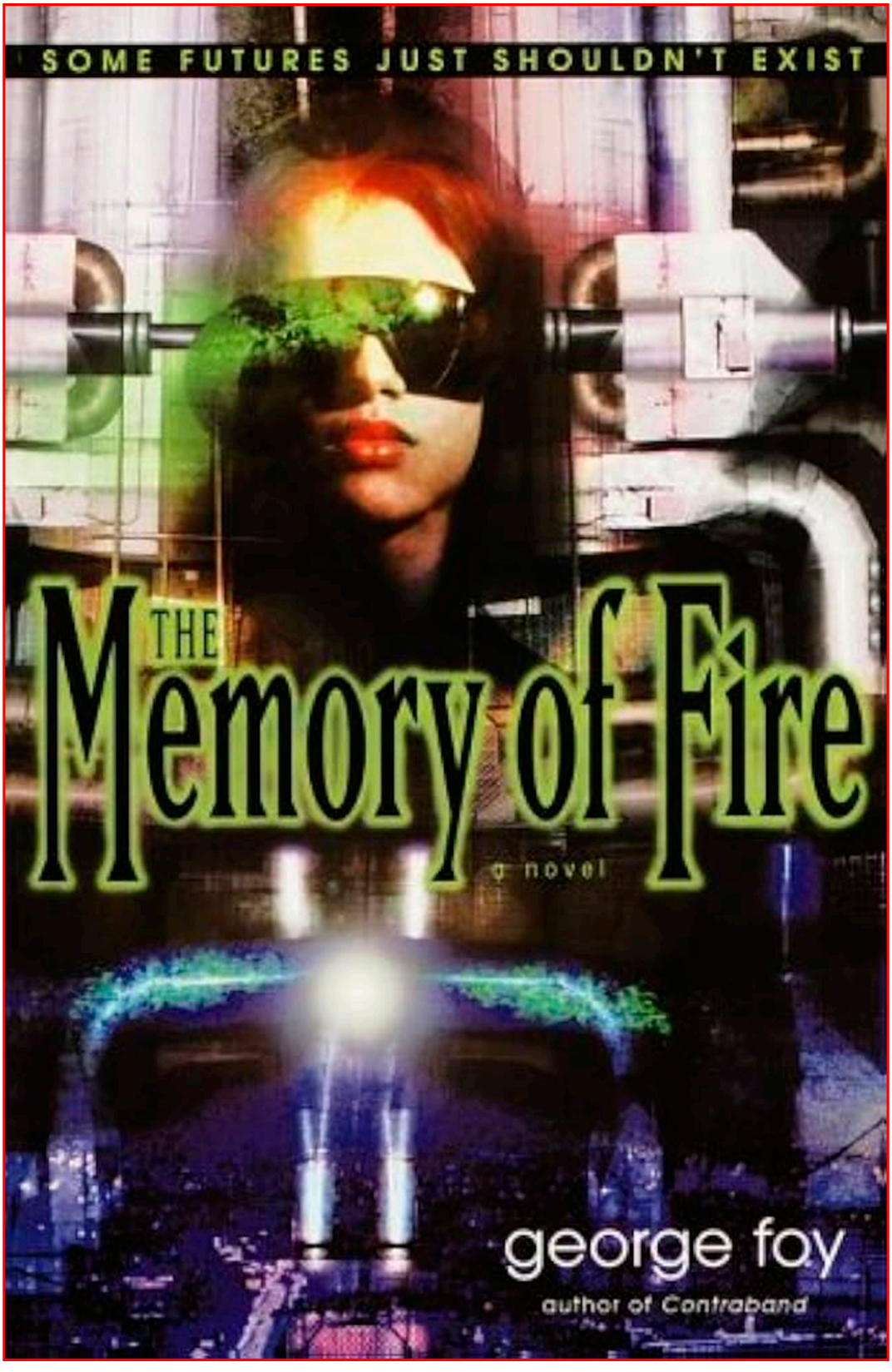
LA MEMORIA DEL FUEGO



George Foy

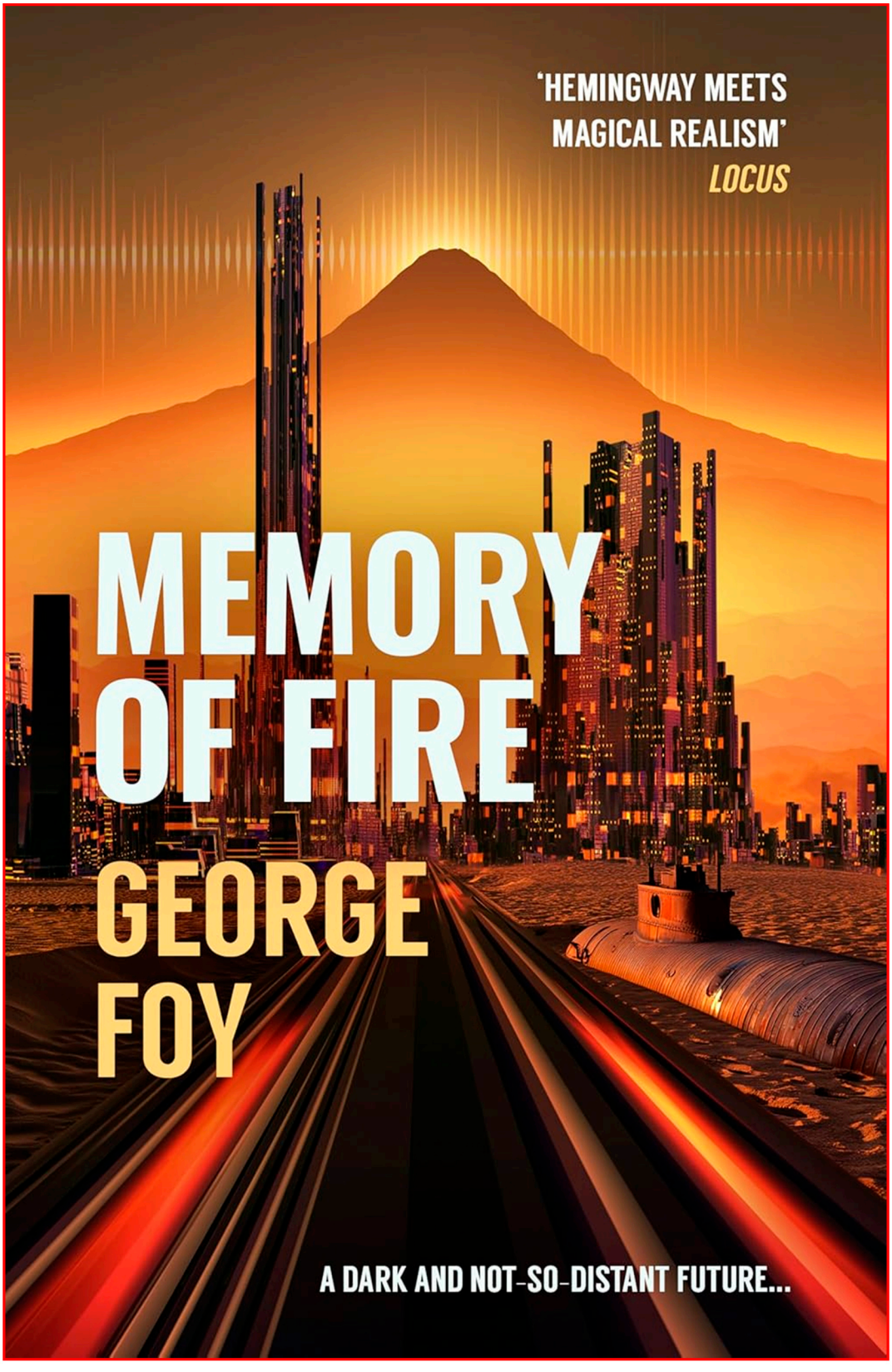
En un futuro sombrío y no tan lejano, poblaciones enteras son adictas a las sensaciones virtuales, y vastas burocracias utilizan la fuerza letal para deshacerse de los alborotadores. En este mundo, pequeñas comunidades autosuficientes —llamadas nodos o cruces—, que han sido teorizadas por un tal Hawkley, viven en una libertad anárquica que amenaza a la sociedad verticalista institucionalizada. Este es el mundo de la acordeonista y compositora Soledad MacRae.

Cuando el nodo de Bamaca, en la costa sudamericana, es destruido, Soledad huye al norte de California en busca de un "cruce" estadounidense que le dé refugio. Pero sueños aterradoramente realistas de su antigua ciudad irrumpen en su paz. Pronto se hace evidente que las visiones de Soledad sobre su hogar condenado se han convertido, de alguna manera, en una oscura predicción de cómo las burocracias aniquilarán el nodo estadounidense.


SOME FUTURES JUST SHOULDN'T EXIST
THE
Memory of Fire
a novel
george foy
author of Contraband

George Foy

LA MEMORIA DEL FUEGO


'HEMINGWAY MEETS MAGICAL REALISM'
LOCUS
MEMORY OF FIRE
GEORGE FOY
A DARK AND NOT-SO-DISTANT FUTURE...

Título original: *The memory of fire*

© 2000, George Foy.

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Elogios para *La memoria del fuego*

Visitante de medianoche

I. Yace en la cama

II. Seguía gritando cuando despertó

III. El útero a través del cual

IV. Algo falla en la Fourneaux–Dallape

V. Despertó como si estuviera

VI. Al principio le preocupa

VII. Era consciente de que la observaban

VIII. En una ocasión, Jorge esbozó

IX. Aunque este país posee

X. Y la forma surgió de una negrura

XI. Cuando despierta, ya ha anochecido

XII. El remolcador navegaba

XIII. El vuelo VTOL

XIV. Los dos meses posteriores

XV. “ENSEVLI” significa “ENTERRADO”

XVI. El amanecer era plateado

XVII. Caminó sin rumbo fijo

XVIII. Todos salieron al exterior

XIX. Y así, las llamas la alcanzan

XX. Y moverse en la misma dirección

Epílogo

Agradecimientos

Acerca del autor

ELOGIOS PARA GEORGE FOY

"Un narrador que, como Conrad, sabe concentrar en una historia imposible de dejar todas las complejidades de una época y un lugar."

—Doris Lessing

"Imaginen a Michael Crichton con un toque de Robert Ludlum y se harán una idea."

—*Cape Cod Times*

"Una de las voces más intensas y conmovedoras que he leído jamás."

—Revista *Dandelion*

VISITANTE DE MEDIANOCHE

El ruido del motor era más fuerte ahora, y venía de detrás de ella. Se giró. Su mano se dirigió rápidamente a su cuchillo y luego, lentamente, lo dejó caer.

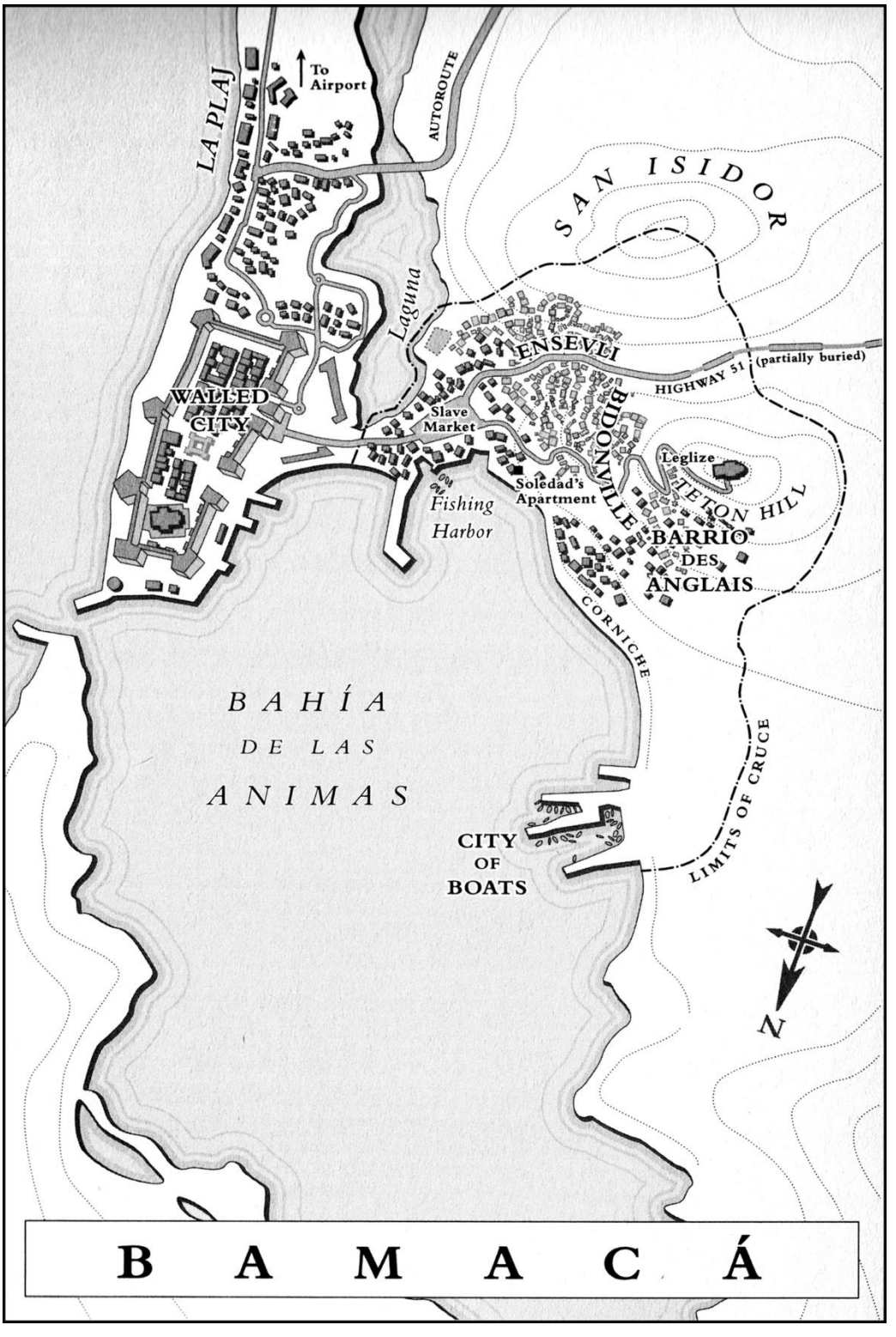
Una cosa enorme y rechoncha se encontraba a la entrada del callejón por el que acababa de entrar. Así la comprendió: como una cosa, no como un animal, ni como un ser humano. Era redonda, brillante, negra como un escarabajo de los pantanos de Bamaca, más grande que dos elefantes, de unos tres metros de alto y cuatro de ancho. Una joroba hinchada y redondeada coronaba el caparazón principal, y esa joroba era fea, con tentáculos, antenas, ojos pedunculados e incluso un hocico rudimentario, largo, abierto y oscuro.

La joroba superior se movió ligeramente. Las antenas y la boca se desplazaron, y los ojos parpadearon y cambiaron de forma al moverse para adaptarse, manteniéndola en la zona objetivo.

Y entonces su percepción cambió, y lo vio por lo que era: un coche blindado, solo que mucho más redondo, más grande y más silencioso que cualquiera que hubiera visto antes, y que circulaba sobre neumáticos extraños y abultados como bolas negras y…

Y se abalanzó sobre ella…

Para Emilie


LA PLAJ
To Airport
AUTOROUTE
SAN ISIDOR
Laguna
ENSEVLI
HIGHWAY 51
(partially buried)
WALLED CITY
Slave Market
BIDONVILLE
Leglize
Soledad's Apartment
TETON HILL
Fishing Harbor
BARRIO DES ANGLAIS
CORNICHE
BAHÍA DE LAS ANIMAS
CITY OF BOATS
LIMITS OF CRUCE
N
BAMACÁ

Capítulo I

Yace en la cama, observando cómo las llamas se acercan a ella.

Ella los reconoce por su color, ha visto estos incendios tantas veces, buscando a los ladrones de tumbas, a los cazadores furtivos de esmeraldas, a los traficantes de oro, a los guerrilleros Adornistas con los que no están afiliados. Ahora las llamas se abren como bocas en dirección al muro de basura de Ensevli; es una de las dos maneras en que el ejército puede llegar a la *intersección* desde tierra, si se descarta el volcán, como todo el mundo hace.

Clava los talones en el colchón y dobla las rodillas, deslizándose más profundamente bajo las sábanas. Debería salir de la cama y vestirse, pero nunca ha visto el fuego tan de cerca. En esto es como una habitante de la ciudad que no

camina por la selva y solo conoce del zoológico ese brillo rosado en la comisura de la boca de una pantera o la astilla de coral cuando una víbora de las nubes huele a su presa con la lengua. Esta mañana, sin embargo, la violencia en todos sus colores ha estallado en la *selva* sin previo aviso. A pesar del pánico que le recorre el interior del pecho, enumera las explosiones que se elevan hasta la mitad de la altura de su ventana: escarlata con un destello de amarilis, enmarcado por un humo negro aceitoso veteado de platino, del explosivo RDX de los obuses; plata, que incluso a la distancia puede visitar sus pupilas con dolor, de los proyectiles de fósforo.

Lo peor es el napalm, cortinas cambiantes de gasolina gelatinosa pegadas horriblemente a los bordes fractales de los tejados; napalm como lava robada del cráter del volcán, napalm de un naranja tan intenso en su centro que parece que debe incendiar incluso lo que no toca directamente, que es, en cualquier caso, lo que ella cree que es así como funciona. Sobre todo, iluminado por los fuegos que lo crearon, arde la ceniza más ligera de su *cruce;* elevándose en la brisa del amanecer hasta mezclarse con la voluta de vapor que siempre se enrosca como un pensamiento perdido desde la cima de San Isidor.

Le palpita la cabeza. Se aprieta los oídos con las manos, presionando las cócleas con tanta fuerza que intenta amortiguar el ruido del fuego. La explosión que sigue al rojo vivo es la más fuerte; literalmente sacude este apartamento

destartalado como un perro a un conejo, oprimiéndole el pecho. Pero todos los demás ruidos —el estallido del napalm, el rugido y el estruendo de los aviones, el rápido tamborileo de los helicópteros— se entremezclan, en crescendo y diminuendo, creando una ráfaga de sonidos que la golpean en el interior, hasta el lugar donde nace la música, y que finalmente envuelven la vegetación con un frío intenso. Parece imposible que tanto ruido pueda colarse por la estrecha ventana de este edificio de apartamentos junto al antiguo puerto pesquero, a un kilómetro de Ensevli. En un día normal se pueden oír mil ruidos diferentes a través de esas persianas: el tintineo en do medio de las cafeteras de terracota, el arrullo de las palomas, los maullidos de los gatos, el susurro cómplice del viento marino, el golpe sordo de las cajas de pescado, la tos de una lancha de contrabandistas, el séptimo agudo de Cloodine llamando a sus hijas; y siempre, incluso al amanecer, la fricción de la guitarra *requinto,* una voz que se transforma en canción, triste, burlona o enfadada, el ritmo de la percusión *bombo* contenido justo en el espacio de una risa. Sin embargo, incluso esos recuerdos no suman nada comparados con el caos de sonidos que ahora le llega a través de la misma ventana. Y finalmente es el contraste entre sus mañanas perezosas y lo que la despertó hoy lo que la hace gritar, tan fuerte que le desgarra la garganta, las manos apretándose los oídos con más fuerza para contener el grito y el ruido, pero no funciona, el ruido sigue llegando, rojo–amarillo–

naranja. Se aparta bruscamente de la ventana y cae al suelo, torciéndose la parte baja de la espalda.

El dolor es duro y limpio como un cuchillo de pescador y atraviesa la conmoción que le produjo el ruido. Se incorpora, agarrándose la columna. Las baldosas del suelo son como manos de cadáveres de piedra sobre sus nalgas. «¿Qué son las leyendas?», piensa, y una parte de su mente se asombra de que le haya costado tanto pensar en otra cosa que no sea fuego, y otra parte lo encuentra algo común. Corre hacia el pasillo, alejándose de la ventana, y cierra la puerta de golpe tras de sí.

El ruido sigue siendo infernal aquí, pero es la mitad de lo que era en su habitación. Tropieza en la oscuridad hasta la habitación de Dolores. Esta parte del apartamento da al océano. Las cortinas se mecen con la brisa húmeda y con olor a pescado que entra por la ventana. Siente ganas de gritarle a la brisa, maldecirla hasta que se calle por hacer ciegamente, repetitivamente, lo que siempre hace, ahora que el fuego está tan cerca. De hecho, intenta gritar, solo para descubrir que ya tiene la boca abierta y que nunca ha parado.

En fin, la cama está vacía, la manta extendida. El frasco de kohl con el que Dolores se pinta los párpados está abierto sobre la repisa. Detrás del rompeolas, la bahía ha adquirido el índigo sofocante que adquiere justo antes del amanecer, y el sol mismo, invisible bajo el horizonte, ha encendido su

propia chispa con las nubes cúmulos que se desplazan hacia el oeste en los vientos alisios; pero este fuego es distante, tan tenue como el rubor de una muchacha y, sobre todo, silencioso.

Un avión a reacción sobrevuela el palomar a toda velocidad, girando bruscamente, ascendiendo más como una figura geométrica que como un objeto volador. Sus alas también se tornan rosadas al contacto con los rayos del sol. Ella gira sobre sí misma con el temblor de los postquemadores, buscando a tientas el teléfono. Está muerto. No funcionaba bien ni en el mejor de los casos y ahora deben haber cortado las líneas.

Pero le preocupa, pues no puede hablar con Jorge, y una de las primeras personas a las que querrán llamar es a él. Con una oleada de calor en el pecho —por la vergüenza de haber tardado tanto en darse cuenta de la situación—, se lo repite a sí misma: «Lo querrán a él *primero».*

De vuelta en su habitación, evitando deliberadamente la ventana con la mirada, se pone unos pendientes: pájaros de balsa sin pareja, un loro buitre y un *agobequi.* No encuentra un par que combine en su cajón, pero tal vez esto no sea tan importante dado el fin de todo. Coge su estuche de acordeón. El pesado instrumento le retuerce los músculos y jadea. Es una señal del mal efecto que le produce el exceso de ruido que esté a medio camino de la puerta principal antes de recordar que está desnuda como una marsopa,

salvo por los pendientes; pero su mente ya estaba en el Cadillac de Pytagoro, donde Jorge fue anoche, donde ha tendido a pasar todas las noches desde que dejaron de pasar noches juntos. Se pone la falda larga de campesina que usa para actuar, una blusa suelta; no tiene tiempo para sandalias ni ropa interior. Algún rincón perverso de su psique susurra, entre todo el ruido: « *Lo haces porque le gustas sin bragas»,* mientras que otro segmento de su cerebro responde: *«Tonterías».*

El edificio se siente vacío. Quizás sea porque el ruido aún ahoga los detalles sonoros que son la base de la vida en este lugar. En la oscura escalera, la onda expansiva de las explosiones ha levantado polvo de las paredes y techos agrietados. Sus dedos descalzos se hunden en la suciedad que yace amontonada contra las baldosas.

En el segundo rellano, las voces humanas se filtran entre los resquicios del fuego de artillería. La puerta del apartamento de Cloodine está entreabierta. Soledad la abre. Cloodine se acurruca en el arco de la habitación contigua, la posición correcta para los terremotos. Sus hijas chillan bajo su vientre protector y siempre abultado; el niño pequeño grita en sus brazos. «Jako», le grita Soledad, «¿Dónde está Jako?». Piensa que el nuevo novio de Cloodine debería estar aquí para protegerla. A la luz de una lámpara de propano, el blanco de los ojos de Cloodine es como el reflejo de una luna nueva; señala la cafetera, ofreciendo en silencio un *tinto.* El instinto de hospitalidad es lo único que puede hacer ahora.

Soledad los mira fijamente durante uno o dos segundos más, sintiendo bajo su pánico una nueva angustia que hierve por los niños, tan ridículamente pequeños y frágiles. Pero al final no tiene nada con qué ayudarlos, ninguna palabra para consolarlos del camino que está tomando. De todos modos, todos sabían que esto sucedería, tarde o temprano.

Al menos no hay bombardeos en el corazón de esta ciudad–Estado casi independiente a la que llaman el *Cruce.* En la Corniche, la avenida del puerto, la gente merodea bajo la luz violeta, mirando hacia arriba los destellos de fuego que se reflejan en los edificios. Una banda de cazadores furtivos de esmeraldas, armados con escopetas y subfusiles, avanza desordenadamente pero a toda velocidad por la Corniche, hacia Ensevli. Un barco de contrabandistas acelera sus enormes motores de gasolina en uno de los muelles mientras hombres y mujeres cargan cajas con cadenas en su estrecha bodega. Siguen comerciando, piensa con disgusto, siguen traficando mientras el *Cruce* arde, aunque no tiene ni idea de cómo sortearán la fragata que ahora bloquea el paso por la entrada del puerto.

El dueño de un bar Cadillac está cerrando sus persianas con candado. Soledad empieza a correr, el estuche del acordeón golpea dolorosamente su muslo, porque Pytagoro podría estar cerrando, podría haber cerrado ya debido al ataque, y entonces no tendrá ni idea de adónde fue Jorge. Él jamás volvería a des Anglais en medio de esto. Al rodear la base del faro abandonado, ve lámparas de queroseno brillando como

suaves cuásares bajo el dosel de Pytagoro, gente moviéndose en la oscuridad en su interior. Un pescador al que nunca ha visto se ofrece cortésmente a llevarla mar adentro hasta que esto termine. Después, dice, irán a Isla Cythera y follarán en los bajíos y tendrán muchos hijos. Una parte de ella quiere separarse del resto y subirse a su destartalado balandro, con tantas ganas desearía dejar atrás este ruido y el amargo humo de la devastación. La otra parte le dice que se vaya a la mierda. El pescador niega con la cabeza, mira hacia el muelle buscando otro cliente.

Cuando llega al Cadillac, casi se le corta la respiración. Han cerrado las puertas de cristal, que normalmente solo se cierran en la época de lluvias, y al atravesarlas comprende por qué: el grueso cristal amortigua las explosiones del exterior y, de hecho, dentro hay algo que escuchar, nada más que las letras de las canciones de la gente que discute y el sonido áspero de los *requintos* y un arpa. Es algo tan habitual en Bamaca que normalmente nunca lo notaría; pero esta mañana le arranca lágrimas y le oprime el esófago al pensar en lo mucho que ama esta ciudad.

Una docena de personas viven en cuevas que el humo del cigarrillo crea en la penumbra ocre de las lámparas de queroseno. Es difícil distinguir quién es Jorge y quién no; la mayoría son hombres mayores, todos fuman y muchos juegan al dominó, como suelen hacer los criollos en tiempos de luto. Varios lucen la misma barba rala y jaspeada que lleva Jorge. Uno viste túnicas árabes y se aparta de ella cuando

entra. Nadie levanta la vista cuando llama. Guarda su acordeón bajo el Cadillac —las dos mitades cortadas de un Coupe De Ville, relucientes y cromadas, que esos bares montan contra la pared como púlpito para los jinetes de casseco— y camina entre las mesas hasta el rincón de Pytagoro. Las miradas de los hombres la rozan mientras camina. Es consciente de sus muslos rozándose bajo la falda, como si los hombres pudieran percibir su desnudez en la intensificación de los sentidos asociada al peligro.

Pytagoro juega al dominó solo. Apila las fichas, las extiende con destreza sobre la mesa y las vuelve a barajar. No pierde de vista lo que hace mientras ella se acerca.

“¿Lo has visto, Pytagoro?”

“¿A quién?”

¡Por Dios!

Él le indica una silla, un gesto grandilocuente que a la vez invita y se burla. Ella no se sienta.

“Juega *a Mericain* conmigo.”

“Tengo que encontrar a Jorge, ellos…”

“Juega conmigo, Soledad.”

“¡Maldita sea, ya sabes lo que le van a hacer!”

Pytagoro alza la vista. Ladea la cabeza, como un gallo curioso. Tiene ojos grandes con el blanco manchado y una nuez de Adán enorme; sus ojos saltones parecen impulsados por una fuerza contenida en su interior. Su nariz es aguileña y carnosa; pelos de dos centímetros de largo se rizan desde sus fosas nasales. Sus labios son esculpidos como la orilla de un río crecido. Entre ellos se encuentra una pipa *basuko, como un trozo de madera a la deriva.*

Los chasquidos matemáticos de los huesos resuenan claramente por encima de la música y los disparos.

—Juega —dice Pytagoro—. El mundo tiene su época, *¿no?* Y hoy el cruce es su *cono.* Su risa se intensifica, como un autobús cambiando de marcha bajo el agua. Se seca una lágrima del ojo izquierdo. —Si ganas, te diré dónde está. —¡Isalop! —sisea ella—. Bastardo. Sus labios se estiran. Entonces se sienta, manteniendo las rodillas juntas, como para contener la rabia que se expande rápidamente como un disparo de RDX. Es inútil discutir con Pytagoro en el mejor de los casos, y la contradicción que es la principal expresión de su personalidad parece haberse triplicado ahora que el cruce arde a su alrededor. De todos modos, está a punto de discutir; todo es tan ridículo. Luego se encoge de hombros, pensando: *Mericain* solo tardará cuatro minutos en jugar.

Y Pitágora, precisamente por esa contradicción, cumplirá sus promesas más insensatas.

Ella selecciona siete de las fichas de ébano de la pila. Una mano ligera, lo puede notar de inmediato: un par de seises, tres doses. Pytagoro golpea un seis–cinco, ella sigue con un cinco–dos. Juegan rápido, como es costumbre, rompiendo las fichas como golpes de aro en el zinc. La luz de la lámpara hace rodar sombras sobre sus manos. Para su sorpresa, Pytagoro no tiene huesos para sus dos últimos doses y ella gana la primera partida. Dos, luego cinco hombres se acercan a observar. Durante una pausa en el fuego de artillería, una ametralladora pesada abre fuego, sus explosiones más regulares, deliberadas; y el intérprete *de requinto* cambia para seguir el ritmo que hace el M–60, un ritmo de 4/2, de alguna manera ella y el dueño del bar se deslizan en el mismo compás, golpeando los huesos *bom, bom–bom–bom,* y ella conoce el ritmo incluso antes de reconocer conscientemente la melodía, *boom bu–boom, bom–bom, boom, boom (boom),* es el ritmo exacto de *"Si mou estoma fue un chien":*

Si mi estómago fuera un perro,
recorrería con él los pasillos
por donde habías estado
para intentar seguir tu rastro.
Si el mundo fuera un cuchillo
Cortaría el cielo
y no derramaría sangre,
ni siquiera la mañana;
ah, pero de estas chicas

que vagan por sus túneles bajo la lluvia,
dime cuántas de ellas
acunan mi corazón.
¿Como un árbol que crece
alrededor de una bala?

Y es como si los versos fueran garras que la desgarran porque son las palabras de Jorge; así como las notas son suyas, notas que brotaron del acordeón Fourneaux–Dallapé ahora encerrado y mudo bajo el oscuro tocadiscos Cadillac. Ella falla un set crucial y pierde el segundo juego. Tratando de recuperar el control de sus pensamientos, toma un cigarrillo del paquete de Pytagoro, sus dedos tiemblan ligeramente mientras lo enciende, usando fuego de una vela votiva Yemanja–Marie en la esquina; pero el humo del tabaco no ayuda. El dueño del bar está un bloque abajo desde el comienzo del tercer juego, y juega dos blancos seguidos y gana el partido.

Se pone de pie, aún temblando. —¿Y bien? —pregunta con voz ronca. Pytagoro la mira por segunda vez esta mañana y no dice nada. Recuerda cuánto le gustaba incluso la noticia del desastre; por la intensidad de su mirada, puede ver cuánto más adora la realidad. —*Isalop* —le sisea de nuevo. Camina bajo el tocadiscos y levanta con cuidado el acordeón. El M–60 está en silencio ahora, y el ritmo de las otras armas parece haber cambiado de maneras indefinibles pero cruciales, como si hubieran pasado de su merengue en 6/8 a una danza anterior donde la música aún no se había refinado

de las pasiones y heridas que la alimentaban. Los músicos se han reducido a la improvisación, dejando que un rasgueo de arpa mantenga el ritmo. —¿Toca con nosotros, Soledad? —pregunta el *requinto* en voz baja, levantando la cabeza vagamente—, toca *contra* esto —pero ella niega con la cabeza, sorprendiéndose a sí misma. Hasta hoy siempre aceptaba tocar —era el camino más fácil para ella, y hoy uno pensaría que aún más tentador—, pero se dirige a la puerta. «Se fue a Legliz», grita el árabe mientras ella se va, y ella da vueltas, rompiendo el cristal con su grueso estuche de instrumentos.

Ella conoce a ese hombre. En tiempos pasados, más felices, él estaba enamorado de ella y la seguía por este enclave como un patito perdido. Cierra los ojos como si quisiera negar lo que acaba de revelar.

Pytagoro, en un rincón, se ríe tanto que las lágrimas le forman surcos de caracol en las mejillas.

“Fue al convento, *¿no? Qué tragedia.”* Y Pytagoro grita ahora contra el renovado fuego de cohetes, sollozando abiertamente, tan emocionado consigo mismo, “en el otoño de tu vida, en la agonía de este *cruce,* buscar refugio con las hermanas de la locura. *¿No?”*

Una vez afuera, alza la vista hacia las alturas. Desde este ángulo, Ensevli y la parte oriental del *cruce* quedan ocultas por el Cadillac, así como por la hilera de bares, burdeles y

almacenes que la rodean. La colina de Teton, con Bidonville apiñada en su base y el Barrio des Anglais más arriba en la ladera norte, es claramente visible. En la cima, imponentes como una conciencia culpable, las barbacanas y almenas de Legliz rodean los muros de piedra caliza amarilla del convento y, finalmente, las torres de mármol blanco de la iglesia de Santa Karen.

El reloj de la capilla de los pescadores marca las 5:53. Desde esta perspectiva, el sol apenas roza el horizonte, pero a la altura del convento ya es de día. Las troneras y el patio brillan con un rojo intenso, como la sangre arterial, e incluso los fríos barrancos de ceniza del volcán parecen conservar el calor bajo la luz del sol.

Ella camina más rápido, abriéndose paso entre las ondas expansivas del fuego de artillería, a través del Mercado de Esclavos, y se equivocó al pensar que ningún proyectil impactó en el centro del *cruce.* Porque ha desaparecido. La torre descabellada que una vez albergó innumerables letreros de Udine, marquesinas y cintas de noticias, todos conectados entre sí y colgados de cualquier manera para marcar los trueques de veinticuatro horas que eran el símbolo y el centro de la vida del *cruce,* ha sido reducida a una maraña de acero, cables y madera carbonizada esparcida como un juego infantil abandonado en quinientos metros cuadrados. Tiene que caminar con cuidado para evitar pisar extraños trozos de placa base y vidrio. Una cuña de Udine aún muestra intercambios anteriores: TOSHIBA–

TRANSCOM PARALLEL DRIVER, 270 BARTER–CHIPS; MANIOC, 12 C/SAC; GM 12–V STARTERS, 22 CAYMANS–PIECE. Pero no queda nada del Flash Shack, donde guardaban las terminales y los repetidores satelitales que se comunicaban con los *cruces de carreteras* en Brasil e incluso en Norteamérica.

Ahora la única actividad es como la suya: apresurada, evasiva, furtiva. Un muchacho rebusca entre los circuitos destrozados entre los puntales astillados. Los hombres empujan carros hacia el refugio o alejan a familias apiñadas del sonido de la artillería. Es difícil arrastrar el Fourneaux–Dallape sobre los ladrillos planos del mercado, más difícil aún caminar cuesta arriba por los adoquines del camino del convento. Los músculos de su espalda baja se tensan ligeramente con cada paso. Sus pies descalzos se lastiman con las piedras duras. El sudor le escuece los ojos. Tiene un pensamiento extraño y etéreo: tal vez se equivocó en todo esto. Después de todo, una vez cometió un gran error sobre la fidelidad de Jorge, así que tal vez está perdiendo el tiempo preocupándose por su capacidad para salvar su propia vida. Reconoce que esta idea podría tener sentido en un día normal, pero no necesariamente se aplica cuando el fuego los rodea. Y surge la pregunta de qué haría si no tuviera que buscarlo.

Después de que la carretera se bifurca hacia des Anglais, su ramal cuesta arriba se convierte en un camino de tierra donde la gente de Bidonville extraía piedras para construir

muros para sus chozas. Los niños se deslizan hacia el puerto en karts caseros. Las familias empujan ciclomotores cargados de ollas, pollos y sacos de comida. Carretillas y mototaxis crujen bajo cargamentos de *pinga de contrabando,* husos de software pirata, estelas Kogi falsificadas, todas las industrias de Bidonville. Ella esquiva y empuja contra un flujo de gente que baja la colina. El ruido es mucho más fuerte aquí arriba, aunque esta parte de Bidonville probablemente esté solo un poco más cerca de Ensevli que su apartamento; es solo que, con la altitud, hay menos que amortigüe el sonido.

Ahora se ve mucho más humo, que asciende con la brisa ligera y luego retrocede hacia el puerto pesquero en la corriente de aire que sale del cráter. La ceniza cae en copos grises. Puede oler el aliento agrio del humo, sentir la arena rasparle la boca. Un cóndor vuela por encima, o algo parecido; tiene la forma, el pico cruel, las alas desplegadas, pero es demasiado grande y sus ángulos demasiado precisos, y además los cóndores no tienen pequeñas hélices en la cola ni rendijas en su fuselaje de resina de las que salen voces sobreamplificadas y discordantes. Deja caer el estuche y se tapa los oídos con las manos de nuevo hasta que el cóndor pasa.

Al apartar las manos de sus oídos y bajar la mirada hacia la siguiente esquina, ve a una mujer inmóvil en una ventana sin cristales a su derecha. Tiene el cabello como carbón pulido, recogido con rigidez; un chal rojo intenso, expresión

preocupada, manos grandes siempre listas para sostener a un niño si tropieza. Y pómulos indios, ojos grises hundidos en las arrugas, y la boca maquillada que cantaba nanas de Soledad desde la selva. Una mujer rechoncha con una falda barata de aparcera. Su boca enmarca la palabra: *«Vuelve».*

Soledad cierra los ojos con fuerza. *«Lombuage»,* se dice a sí misma con firmeza: una ilusión. María Gisela lleva muerta casi tres años. Cuando vuelve a abrir los ojos, la aparición ha desaparecido. La aparta de su mente, pensando solo: Es normal que las tensiones que tiran con tanta fuerza en direcciones tan distintas en su cerebro dejen zonas libres por donde puedan vagar los sueños. Empieza a caminar de nuevo, más despacio. Sus piernas se arrastran hacia atrás contra la gravedad, como si evitaran tomar un camino distinto al de la huida a toda velocidad. Aun así, se obliga a subir la cuesta, deteniéndose para recuperar el aliento al principio cada minuto, luego cada treinta segundos, cambiando el cordón de hombro a hombro pero reanudando su ascenso cada vez hasta llegar al último tramo del sendero en la cima del Teton.

Fue la canción la que la impulsó a hacerlo, decide. La canción del Cadillac. No solo porque le recordaba a Jorge, sino porque la conectaba a través de él con su hija. Y eso, a su vez, como una corriente eléctrica que fluye por todo lo que toca, iluminó el recuerdo de los dos niños acurrucados como patitos bajo las faldas de Cloodine, y también lo que

una vez sintió por Jorge; y todo se ha fusionado como un cortocircuito en su interior.

Porque si Dolores no ha huido ya en un barco pesquero para ponerse a salvo, estará con su padre. O al menos Jorge sabrá dónde está, y entonces Soledad podrá llevarlos a ambos a un lugar seguro, lejos de las alturas. Y ahora es la ira, más que la incapacidad de pensar en otra cosa que valga la pena hacer, lo que la impulsa a subir de nuevo; furia porque él no tiene nada que hacer aquí, rabia porque ella no debería estar reaccionando así, desperdiciando la preciada distancia que los separa aquí donde las explosiones son más fuertes, mucho más fuertes, y provienen de otra dirección.

Se detiene bruscamente.

Esta curva del camino aún está flanqueada por chozas, pero ahora se encuentra casi bajo el profundo bastión del convento.

Sus músculos retorcidos arden como una tubería al rojo vivo clavada en su región lumbar. A pesar de su precaución, debió haberse cortado el pie en el mercado de esclavos, pues su huella izquierda está marcada por manchas marrones húmedas. El sudor gotea desde sus pendientes hasta su clavícula; corre entre sus pechos; ha empapado su vello púbico y gotea por la parte interna de sus muslos. Con la mano izquierda en la oreja izquierda para amortiguar el renovado murmullo, y la derecha agarrando la correa del

estuche del acordeón, cojea hasta la esquina, hasta la plaza de tierra frente a la puerta principal del convento, donde puede ver mejor.

Las alturas de Teton son demasiado empinadas aquí para construir más de una capa de chozas en un nivel dado. Se puede ver a través de huecos en las chozas sobre las filas de chozas similares que caen como dados hacia el distrito des Anglais, y más allá, pasando el Mercado de Esclavos y el puerto pesquero hasta la Ciudad Amurallada, y las oscuras fachadas del edificio de Aduanas donde el Estado Mayor y sus asesores F2 deben estar observando a través de binoculares, dirigiendo por enlaces de radio y computadora el ataque de artillería en el cruce. Pero lo que ella mira fijamente son las dos brigadas casi a su lado: *guaqueros,* saqueadores de tumbas, conoce a algunos de ellos por el Cadillac que frecuentan. Algunos están cavando una pequeña trinchera con picos de buscadores de oro mientras otros colocan tubos verdes, morteros de tres pulgadas de cajas todavía marcadas CORPO DE EXERCITO XVII/BOA VISTA; apuntando hacia el norte, hacia la carretera costera, donde una columna de humo se eleva frente a los transportes blindados de personal alineados como escarabajos verde mate en la aproximación al *cruce,* viniendo de la dirección opuesta a Ensevli, una acción de flanqueo que rodea la Ciudad de los Barcos pero que apretará el resto del *cruce* como una tenaza.

Junto a los *guaqueros,* un hombre alto con barba blanca, con una paleta de ping–pong en una mano, agita los brazos ritualmente. «¡No, no, no!», regaña, «¡motor *izquierdo, motor izquierdo!*». Lleva un sombrero de policía, pero no hay policías en la *intersección;* de todos modos, viste la bata azul claro de un paciente de Legliz. Su dirección del tráfico aéreo parece funcionar, en el sentido de que hace que las cosas sucedan; donde señalaba, un hongo rojo crece rápidamente en el corazón de des Anglais. Lleva consigo su piel moteada trozos de piedra, espejo, azulejo, la puerta de un coche. El hongo se convierte en el tamaño de una casa pequeña, luego estalla, transformándose en humo y sonido y una ráfaga de aire que empuja físicamente a Soledad un paso hacia atrás, abanicándole el pelo como si estuviera en la primera ráfaga de un huracán.

Los escombros caen. Uno de los *guaqueros* le grita. Ella no puede distinguir sus palabras debido al entumecimiento de sus oídos. Sin embargo, su intención es bastante clara. La saluda con la mano, luego señala la puerta trasera del convento, uniendo ambos lugares en el tiempo y el espacio para que ella se ponga a salvo antes de que el artillero enemigo se acerque, o tal vez sea de sus propias armas de las que quiere protegerla. Porque los otros *guaqueros,* sobresaltados por la explosión, han disparado un mortero con un ángulo demasiado agudo. Su proyectil describe un arco casi directamente sobre ellos y cae más cerca de sus *posiciones* que el proyectil anterior.

Se produce otra corriente de aire. En lo alto, un “cóndor” se abalanza desde detrás de la torre del convento, la luz del sol destella en la lente de su cámara beta. Un *silbido* de motor surge de detrás del claristorio. Ella toma la Fourneaux–Dallape, sosteniéndola como a un cachorro en sus brazos, y corre por la tierra de la plaza bajo la sombra afilada como una espada de un helicóptero verde gigante que se desliza alrededor de la ladera norte de Teton, el *silbido* de repente más fuerte que el fuego o los aviones, y finalmente bajo los muros ocres del bastión del convento que se eleva quince metros sobre ella, hacia el estanque negro, la noche fresca y húmeda tras la poterna.

Los muros de Santa Karen fueron construidos con mortero mezclado con sangre de toro para resistir la propaganda y las cargas de los piratas. Tienen cinco metros de espesor. Las escasas ventanas miden solo unos centímetros de ancho, por lo que las balas de cañón no pueden entrar. El túnel de entrada se extiende de izquierda a derecha. Ella gira a la izquierda hacia el cuerpo principal de la iglesia. A los cinco pasos, el rugido de los helicópteros y el estruendo de los proyectiles quedan envueltos en piedra, aislados de sus oídos. Tras cincuenta pasos, desaparecen.

El convento huele a incienso, éter y hierbas como *la verbena* y *la salvia* que las monjas utilizan en sus prácticas. La luz que entra por la puerta se desvanece tras ella. Los pasillos son de piedra marrón y encalados, pero sin luz, los colores pronto se funden en gris carbón y luego en negro,

hasta que el proceso se invierte, aquí por una lámpara de piedra colocada en un nicho, o allá, por una puerta abierta. Un resplandor profundo ilumina partes de las habitaciones tras estas puertas. Al pasar, ve a monjas con túnicas atendiendo pilas de viejos televisores que emiten un zumbido constante. Los enormes aparatos están alineados frente a filas de hombres y mujeres con batas azules. Puede saber cuándo se acerca a una de estas habitaciones, no solo por el resplandor, sino también por el ritmo simple que rasca la piedra. Todas las monjas llevan instrumentos, generalmente marimbas o tambores, con los que marcan alegremente los diferentes ritmos de su terapia.

Una hermana se mantiene apartada de sus pacientes en la tercera sala de terapia. Soledad entra sigilosamente para preguntarle si ha visto a Jorge o a algún otro *crucista.* La monja se lleva un dedo a los labios y luego vuelve a rascarse la superficie de una lima, acompasando su ritmo al de un desenlace cargado de tensión en una telenovela mexicana. Soledad mira fijamente a la monja, atraída a pesar de sí misma por la absorción de la mujer en una disciplina diferente. Se pregunta por un segundo si ella misma no pertenece a ese fresco silencio azul, al reconfortante resplandor de un drama irrelevante, ella con sus visiones de los muertos y los ritmos de música extraña que la arañan desde los cañones de rifles sin retroceso; pero casi de inmediato se da la vuelta y sigue adelante cojeando, haciendo una mueca de dolor por la espalda y el pie cortado.

El acordeón se siente tres veces más pesado que cuando lo cogió por primera vez. Su cuerpo anhela deshacerse de él, pero tiene la inquietante sensación de que está en un viaje sin retorno y no habrá tiempo para volver. Y no puede prescindir del Fourneaux–Dallapé, no cuando tantas otras cosas son inciertas o están a punto de desaparecer. Ahora, aparte de Dolores y, Dios la ayude, incluso Jorge, el acordeón es lo único que le queda como punto de referencia.

Encuentra una escalera que baja. Los escalones están iluminados únicamente por una piedad votiva clavada en un nicho. Las heridas de Cristo son melodramáticas y sangrientas. Desde el piso inferior, voces femeninas se ordenan en líneas melódicas rectas, emergiendo de la humedad y la oscuridad. Soledad reconoce la melodía que cantan: es una *telenovela.* Tema musical en forma gregoriana. El canto se intensifica al pasar junto a arcos bizantinos a su derecha. Se han colocado velas tras las vidrieras índigo que revisten esta capilla oculta, donde monjas y pacientes cantan juntos «Dolor en la tarde». Más allá de la capilla se extiende una hilera de celdas, algunas iluminadas por velas, pero todas silenciosas.

Las voces claras se desvanecen tras ella.

El suelo bajo sus pies se mueve. Baja unos centímetros y luego vuelve a subir, haciéndola tropezar.

Inmediatamente después llega una burbuja de presión, amortiguada por las diez mil toneladas de piedra con las que está construido el convento. Alguien grita brevemente a lo lejos. El canto simple ha cesado. El polvo cubre a Soledad donde yace sobre el estuche del acordeón. Se levanta y vuelve a alzar el Fourneaux–Dallape. Le cuesta toda la fuerza de la que es capaz. Su corazón late con fuerza; de alguna manera, la oscuridad ahora total lo amplifica como una piel de bombo. El reflejo azul de la capilla detrás de ella ha desaparecido. Empieza a correr, ignorando el dolor en su pie, rascando la textura de la pared con su mano izquierda en busca de guía. El corredor gira a la izquierda, o tal vez se une a otro pasillo. Siente un sabor crudo, familiar en el fondo de su garganta. Débiles granos de luz emergen del negro olvido, permitiéndole distinguir otro tramo de escaleras descendentes. Necesita subir, pero desciende de todos modos, bajo los arcos bajos del túnel, porque reflejada en el suelo en la base de las escaleras hay una luz mucho más fuerte y un ruido blanco y creciente que no pertenece en absoluto a este lugar fresco y sombrío. La luz titila, parpadea, como si la llamara.

Sus pulmones se retuercen. Aún tosiendo, dobla una esquina en medio del polvo levantado y ahí está, lo que huye, lo que busca: fuego. Fuego del color de la sangre y los leones —así que RDX del cañón sin retroceso de cuatro pulgadas tal vez, o desde el aire— cohetes terrestres. Fuego rugiendo en un centenar de danzantes de luz y color con sus

cinco mil sirvientes de humo. Y el ruido ahora es total y claro, son helicópteros y morteros sí, por supuesto, es la música que hace el fuego, seguro, la risueña y crujiente sarabanda fría de llamas, pero también es más. Detrás de él, los patrones de los obuses, los patrones de los aviones y helicópteros de ataque se han fijado por completo, ahora los entiende y es *cuto,* el ritmo de 6/8 de *"Si mou estoma",* el ritmo de la canción de Jorge. Pero el ritmo es invariable donde debería ser suelto, y roto en falsos lugares; de modo que ahora ya no es de Jorge sino *su* canción, el hombre de la séptima incompleta, el Yanqui sin rostro. Y ella comprende la plenitud de sus planes, al atacar el ritmo mismo del *cruce.* Y sabe sin la menor duda que no hay escapatoria. Porque Dolores será encontrada, y Jorge será encontrado, y cuando atrapen a Soledad…

Deja caer el acordeón, se lleva las manos a los oídos y se da la vuelta. El Fourneaux–Dallape queda inmediatamente olvidado. No sabe otra cosa que retroceder, subir de nuevo los escalones. Las piedras se levantan bajo ella, más alto que antes. El fuego está ahora delante y detrás de ella, y está atrapada como Jorge, *demasiado tiempo.* Sin la menor advertencia, ni sonora, ni visual, ni táctil, es lanzada hacia atrás; vuela como los pájaros de sus pendientes, sin tocar ni el suelo, ni las paredes, ni el techo de este pasadizo enterrado. Y el ritmo del *cuto,* retorcido y pervertido, se eleva y luego es absorbido por el infinito y terrible esperanto

de la explosión. Y la llama llega a su rostro, cálida e imposible de resistir, sus manos ardientes se extienden hacia su piel.

Ella grita, elevando el tono y el volumen de su voz para igualar la voz del caos, pero por supuesto es incapaz. Su voz y su cuerpo se pierden mientras la explosión, el ruido y el calor se cruzan en la parábola de su vuelo, y ahora no queda nada más que la derrota de la oración. Incluso el pequeño hecho de jade de su amor perdurable por la hija de Jorge se ha desvanecido en el éxodo; todo lo que conoce es la completa rendición en su interior. Durante la mayor parte de su vida, Soledad ha luchado contra el ruido y la mala música, y ahora, al final, triunfarán. Sin embargo, ni siquiera este conocimiento es tan grande como el patético y humillante deseo de liberarse del fuego que está a punto de tocarla.

Capítulo II

Seguía gritando cuando despertó.

Incluso cuando se detuvo —porque todo lo demás se había detenido: el primer destello de llamas, el ruido de las explosiones que se disparaban más allá de la capacidad de los oídos para absorber o del cerebro para analizar, el dolor cegador del fuego visto demasiado de cerca, todo se desvaneció de sus sentidos en un instante— incluso cuando había dejado de gritar, podía oír su grito continuar, usando el silencio como caja de resonancia, como la última nota sostenida del violonchelo, pianíssimo, fermata, al final del *Tercer Quinteto de Britten,* una alusión (recordaba con fina irrelevancia) al famoso "desvanecimiento" en *el Doctor Fausto* de Mann.

Donde antes había fuego, ahora reinaba la oscuridad. Donde antes había ruido, solo quedaba el eco de su propia voz. A medida que su consciencia asimilaba la información

disponible, comprendió que, en realidad, no existía nada más: ningún sonido reconocible, ni siquiera ruido de fondo, nada a su alrededor.

Ni Dolores, sobre todo. Ni Jorge. Podía sentir su cuerpo, en un truco al que se había acostumbrado durante las últimas tres semanas, imitando esa ausencia: largas fisuras que iban desde la garganta hasta la pelvis, abiertas para revelar un vacío similar en su interior, donde antes estaban las personas que amaba. Sabía que, si hubiera luz para ver, su piel estaría tan morena y suave como antes; las grietas vivían en su mente, en la imagen que su mente tenía de sí misma. Pero no había nada imaginado en las náuseas que seguían a todo esto, que subían tan rápido en su garganta que apenas tuvo tiempo de inclinarse sobre el borde de la cama antes de vomitar, violentamente, sobre la pared de rayón.

Se incorporó, limpiándose la boca con el dorso de una muñeca. La habitación no estaba del todo oscura. La tira de luz nocturna del techo proyectaba un brillo opalino. El resplandor verdoso a la izquierda era la estación de trabajo, conectada a la red del motel. Su protector de pantalla mostraba a dos mujeres desnudándose mutuamente. Al llegar a la altura de las bragas, la pantalla se disolvía para mostrar a dos hombres, o a un hombre y una mujer, completamente vestidos, listos para comenzar el ciclo de nuevo. La luz nocturna se reflejaba en un cuadro de terciopelo brillante del Puente Golden Gate sobre su cama, así como en el celofán que envolvía todo: el asiento del

inodoro, la máscara de realidad virtual, la parte de la cama de donde había sacado las sábanas mientras soñaba.

Qué silencio, sin fuego. Ahora estaba segura —aunque, por supuesto, no tenía pruebas que respaldaran esta teoría— de que era precisamente la profundidad del silencio lo que la había despertado. Ya conocía el fondo sonoro que solía poblar este motel: los gemidos, reales o fingidos, de los clientes que se alojaban por horas; el estruendo de las camas de Magicffingers, que se sacudían y se hundían al ritmo de cualquier fantasía en 3D que sus vecinos hubieran alquilado en la estación de trabajo; las baladas de Shifta–shinjuku a todo volumen de la discoteca de música electrónica abierta las veinticuatro horas en el sótano; el altavoz de Love Handles, la "tienda erótica" de al lado.

Todo había desaparecido. El resplandor azul del neón del letrero de Love Handles se reflejaba en una escalera de incendios de madera al otro lado del callejón. La calle Eddy, a la izquierda, era invisible y silenciosa, aunque también estaba siempre repleta del ruido de los escapes de los coches, los halagos de los vendedores ambulantes y el ulular de las sirenas que olfateaban las inevitables consecuencias del ruido en esta parte del barrio de Tenderloin.

Una ráfaga de brisa, cargada de humedad, le hizo cosquillas en la frente. Le recordó su apartamento la mañana del ataque. El recuerdo fue como un golpe. Se deslizó sobre

el colchón hacia la estación de trabajo, pulsó ENTER y luego OPTIONS. Las mujeres fueron reemplazadas por las palabras.

BIENVENIDO AL MOTEL NIRVANA

SU BASE VIRTUAL PARA EXPLORAR LOS PLACERES DEL ÁREA DE LA BAHÍA seguido de un árbol de menú: SERVICIO DE HABITACIONES (comida, cócteles, artículos para la intimidad); ALQUILER DE CUCHARADAS FACIALES; BIBLIOTECA VIRTIX; MAGICFFINGERS®; BÚSQUEDA WEB; CORREO ELECTRÓNICO.

Deslizó el cursor hasta BÚSQUEDA WEB e hizo clic. La pantalla tembló y se quedó igual.

Volvió a hacer clic y luego deslizó hacia otras opciones. Cada vez que la pantalla volvió a estremecerse, como si tampoco le gustara lo que estaba sucediendo, pero no pudiera hacer nada al respecto.

El salvapantallas volvió a encenderse. Esta vez eran los hombres. Estaban completamente vestidos. Expresiones de deleite rubio y maníaco surcaban sus bonitos rostros.

Se puso las mismas medias de estampado de guepardo, la blusa suelta y las sandalias de plástico que llevaba puestas desde que cruzó el Tapón del Darién. Se dirigió a la puerta y, abriéndola con cuidado, la abrió lo suficiente para poder ver.

El pasillo exterior estaba cargado de un aire viciado. Avanzó por el pasillo, caminando silenciosamente sobre la alfombra manchada. Desde lo alto de la escalera podía observar el vestíbulo sin peligro. Las puertas que daban a la calle Eddy estaban entreabiertas.

La silla que usaba el portero nocturno estaba vacía. En la recepción aparecía el mismo protector de pantalla que en su habitación. Sabía que el terminal tardaba mucho en activarse. Claro que el recepcionista a veces se ausentaba para ir al baño o comprarse una lata de Zero Cola en la máquina de la trastienda. Pero Soledad había pasado mucho tiempo en el vestíbulo durante las últimas treinta horas, intentando sin éxito, mediante preguntas garabateadas en libretas, sacarle información al recepcionista, y nunca había visto aparecer el protector de pantalla.

¿Y dónde estaba el dependiente mientras la puerta principal estaba atascada en esa posición?

(el fuego lamiendo sus dedos extendidos)

Su corazón latía con fuerza. El sudor le picaba en la frente. Respiró hondo. No había fuego allí; las llamas estaban solo en su cabeza. Probablemente no estaba pasando nada más que una redada policial en la manzana, o una redada en un local de mala muerte; algo que distrajera al portero nocturno de su furtiva incursión en la realidad virtual de las habitaciones, o tentara a los drogadictos que parpadeaban

mientras disfrutaban de su cóctel de música y drogas, o a los huéspedes de su placer estrictamente medido.

Negó con la cabeza; la decisión —casi instintiva, tras tres semanas viviendo acosada como una pantera *de la selva*— ya estaba tomada. Regresó a su habitación y cerró la puerta con llave. Su bolso estaba listo. Cuando todas tus pertenencias se reducían a una caja nueva de tampones, un paquete de cigarrillos medio vacío, un encendedor, un par de pendientes de madera de balsa desiguales tallados con forma de pájaros de la selva y treinta y cuatro fichas de efectivo de las Islas Caimán, tus bolsos siempre estaban listos. Se echó la correa al hombro y se dirigió hacia la ventana. Se detuvo, mirando fijamente el monitor.

En la pantalla, las parejas enamoradas habían desaparecido.

No fue su ausencia lo que la detuvo. Estaba acostumbrada a que las cosas simplemente faltaran. Lo que la paralizó fue la imagen, vívida incluso en esta antigua Compaq.

Mujeres y niños corrían entre colores borrosos por un amplio tramo de asfalto agrietado hacia ella; personas perdidas y enfermas, se notaba por la forma en que intentaban ir en diferentes direcciones y luego se detenían, confundidas.

Música sonaba muy suave desde el barato Dolby arreglado para complementar la realidad virtual, pero era mala música, como una pista de drama de Virtix reproducida al revés: acordes menores, ritmos rotos. “Indiferencia” fue la palabra que le vino a la mente, melodías *sin compasión.* Un hombre en primer plano, ojos enmarcados por el pánico. Su rostro se desvaneció mientras el humo bombeaba espeso entre él y lo que sea que capturara su imagen. Se giró, recogió a un niño descarriado y corrió hacia la izquierda, pero no pudo mover las piernas lo suficientemente bien como para vadear el humo. De hecho, no era humo, sino el aire a su alrededor volviéndose gris como la niebla, espeso, volviéndose negro, volviéndose sólido; la gente luchaba mientras sus brazos y piernas, sus dedos de los pies y pulmones, estaban atrapados en algo parecido a hormigón endurecido, como una mosca en ámbar, como *une mouche prise dans l’ombre.* [una mosca atrapada en la sombra.]

La mano de Soledad le apretaba la garganta. Entre los golpes de diástole, las palabras resonaban en su cabeza, las palabras del poema de Jorge, uno de los últimos:

Los hombres, los niños, giran cada vez más despacio… y el aire a su alrededor se espesa…

Se subió a la parte superior del puesto de trabajo, fuera de la vista del monitor, pero la música manipulada resonaba desde el Dolby, e incluso mientras abría la ventana y se

retorcía en el alféizar hasta quedar colgando de sus manos, las palabras susurraban en su cabeza:

E incluso sus esperanzas más tenues, como moscas atrapadas en ámbar, quedan sepultadas cuando el aire se convierte en cemento.

Y ella cayó.

No fue una caída muy alta, quizás de metro y medio. Aterrizó demasiado cerca de la pared del motel, rebotó contra el bloque de hormigón y cayó de espaldas sobre el asfalto, sin aliento.

El aire frío le irritaba la garganta. Tumbada en el suelo, jadeando en busca de oxígeno, miró rápidamente a su alrededor. Más allá de la cerca, el tramo de la calle Eddy visible desde aquel callejón estaba vacío, salvo por el azul apagado del neón de la tienda de artículos eróticos que parpadeaba intermitentemente.

En realidad, no estaba pensando. Simplemente le *parecía* demasiado pronto para aventurarse en la calle, como si la parte de su psique herida y ensangrentada por la destrucción del cruce *no pudiera soportar algo tan grande como este silencio antinatural de San* Francisco. Se puso de pie, tropezando con una rejilla inestable que resonó en el silencio evidente. Se ajustó el bolso y subió hasta la escalera de incendios del siguiente edificio, pisando los bordes

exteriores de los escalones para que no crujieran. La imponente mole institucional del Edificio Federal ocupaba el horizonte frente a ella. El Motel Nirvana se adentraba en el naranja sodio de la contaminación lumínica al otro lado del callejón. El tejado del edificio donde se encontraba estaba lleno de extrañas formas negras que supuso que debían ser tuberías de aire acondicionado y calefacción. El tejado estaba cercado con alambre de púas, la puerta de la escalera de incendios estaba ilegalmente cerrada con candado, para proteger la tienda de artículos eróticos, supuso. Empezó a desandar sus pasos, luego se detuvo junto a una ventana abatible dos pisos más arriba.

La habitación estaba oscura, a excepción del indicador de "espera" de un ordenador personal y una extraña curva de luz de colores en movimiento, de tamaño y dimensiones similares a las de una rodaja de melón, proyectada sobre un suelo invisible.

Era una especie de máscara de realidad virtual tridimensional. Tenía un modelo Virtix en su habitación del motel, aunque no poseía la tarjeta UCC para desbloquearla. Y había usado una en Bidonville, en un taller de software pirata al que fue con Jorge. Te ponías la máscara, ejecutabas un programa y era como si entraras en un mundo diferente, con toda la profundidad, las dimensiones y los colores de la realidad.

En Estados Unidos, había observado, la gente los usaba para todo: para acceder a bancos virtuales, para hablar con sus padres, para pedir la compra.

Alguien claramente dejó caer esto en el lugar donde estaba sentado cuando lo que sea que trajo silencio a Eddy Street interrumpió el tiempo de visualización.

Lo curioso de este cacharro era que uno de los lados de su pantalla estaba bordeado por una larga franja azul, un azul que parpadeaba de una forma que le resultaba visceralmente familiar. Giró ligeramente la cabeza para que, al otro lado del callejón, la pared del Nirvana quedara justo delante de ella.

El reflejo del letrero del local de sexo parpadeó, se apagó, parpadeó, se apagó. Y cada vez que parpadeaba, también lo hacía el azul de la media ventosa. Y cada vez que se apagaba, el azul de la media ventosa hacía lo mismo.

Pero la media ventosa en sí estaba en la sombra y protegida del resplandor del neón, y no había otras ventanas ni espejos en la habitación que pudieran explicar los reflejos indeseados.

La ventana estaba entreabierta, otra señal de la inestabilidad que reina en este barrio de alta criminalidad. Soledad la abrió a medias, haciendo una mueca de dolor al sentir el dolor en la espalda. Se dejó caer al suelo.

Con delicadeza, con manos que no temblaban, cogió el tocado y se lo colocó como si fueran unas gafas enormes, de modo que la pantalla le cubrió los ojos.

Y apareció ante ella una carretera, vacía de coches. Podría ser cualquier calle, al menos en San Francisco, con su sinuosa pendiente, su hilera de edificios de madera, una sucesión de muros de empuje o anuncios interactivos, silenciosos ahora que nadie pasaba con quien interactuar. Una serie de farolas, varios letreros:

CLUB NOCTURNO SLOPPY SECONDS

¡EN VIVO! ¡DESNUDOS! ¡ACTOS SEXUALES!

HOLLYTHELA PROSTITUTA —SEGURA E HIGIÉNICA—
CALIENTE Y HÁPTICA

y, tal vez a cien metros más adelante en la avenida, un enorme letrero de neón azul cerúleo con letras de tres metros de altura que deletreaban

MANGUITOS DE AMOR

★ SEXO ★

PARA LOS MÁS EXIGENTES

★ TIENDA ★

GRANDES BELLEZAS DE REALIDAD VIRTUAL

★ TRAJES TOSHIBA ★

—destellando al mismo ritmo dentro del aspirador facial que el baño de azul fuera de la ventana de este dormitorio con olor a pañal.

Un logotipo en la esquina decía: NOTICIAS EN DIRECTO.

No necesitaba confirmación, pero ahí estaba de todos modos, detrás de Love Handles, mostrándose claramente en la imagen 3D: un motel de cinco pisos con su propio letrero naranja, inmóvil pero medio roto, de modo que solo se podía leer VANA… TEL del nombre completo del motel en el que se había refugiado.

Ella bajó la mirada. La escena cambió automáticamente para reflejarlo.

En primer plano de la cámara de realidad virtual, los camiones bloqueaban el ancho de la calle Eddy. Vehículos blindados negros y cuadrados. Camiones con rejillas metálicas en las ventanas y luces policiales apagadas en el techo. Enormes vehículos abultados con torretas gemelas que albergaban tanto ametralladoras reconocibles como las gruesas bocas de armas que nunca antes había visto. Autobuses con conjuntos de antenas parabólicas y el

resplandor verdoso de las pantallas de ordenador que brillaban a través de las ventanas ahumadas.

Unas cuantas figuras permanecían ocultas entre los camiones. Portaban chalecos antibalas y fusiles con lanzagranadas secundarios. Sus cascos tenían ventosas incorporadas y mantenían la cabeza ladeada, lo que indicaba que escuchaban algo más que el extraño silencio de aquella noche.

En la vertiginosa proyección tridimensional que Soledad veía a través de sus propias gafas, los hombres parecían tan cerca y tan reales que sentía como si pudiera extender la mano y pellizcar sus chalecos antibalas de Kevlar.

Nada se movió, aparte de los hombres y el destello de la señal.

“Adornistas”, decía el locutor en voz baja por encima del Dolby de Soledad. “Otra fuente mencionó a Enks posiblemente vinculado a la pandilla callejera Puta–madres, o incluso a una célula de Ludd–Kaczynski. Una cosa es segura, Ornette —quiero decir, fíjense en la fuerza bruta que hay esta noche en Eddy Street—, no hay manera de que este sospechoso sea un terrorista *común y corriente,* como dijo el portavoz federal”.

Tragó saliva, sin dejar de contemplar la escena frente a ella. La calle se veía hermosa; los colores pastel del neón

pornográfico y las hileras de letreros se estrechaban con la perspectiva a lo largo de la acera. Sería tan agradable caminar por esa acera como una ciudadana común, desapercibida, sin que nadie la buscara, sin hombres ni armas de fuego que la acecharan. Sintió un impulso de llorar, pero en las tres semanas transcurridas desde el incendio de Bamaca no había llorado ni una sola vez, ni había emitido ningún otro sonido, salvo —e incluso esto era solo una sospecha— en los sueños que la atormentaban.

La necesidad de sollozar disminuyó. Se quitó la ventosa, se puso de pie y volvió a subir a la escalera de incendios. Sabía qué hacer ahora. Bajó las escaleras, se agachó en el cemento musgoso del callejón y metió los dedos en los agujeros de la rejilla con la que había tropezado antes. La rejilla era de hierro fundido, pero a pesar del viejo dolor que le producía en la espalda, pudo levantar una esquina. Una vez que el extremo estuvo encajado sobre el borde de la abertura, la deslizó casi por completo fuera del agujero que cubría.

Al mirar la oscuridad del agujero, el brillo que indicaba la presencia de agua en su centro, recordó cómo sabía qué hacer allí. Lo había aprendido hablando con Jorge sobre películas de gringos, incluso las antiguas que, tres años después de su estreno, llegaron a los cines de la Ciudad Amurallada. Porque en los thrillers, cuando la huida era imposible y toda esperanza parecía perdida, el héroe casi siempre lograba abrir una tapa de alcantarilla y escapar por las alcantarillas. Jorge dijo que el doctor Fernsehen había

escrito un recuadro sobre este síndrome en uno de sus libros. Esperaba que la policía no hubiera leído a Fernsehen, o que, si lo habían hecho, aún no hubieran redactado directrices basadas en sus escritos. Metió las piernas en el agujero, encontró los peldaños y bajó hasta que la abertura quedó a la altura del cuello. Entonces, fortaleció sus hombros y tiró de la rejilla hasta que volvió a su sitio.

El túnel en el fondo de este agujero contenía agua de solo unos pocos centímetros de profundidad. Olía, como era de esperar, a mierda diluida, moho y basura. Y, por supuesto, estaba completamente oscuro. De su saco sacó su paquete de Galaxys y, resistiendo la tentación de encender un cigarrillo, extrajo a tientas el encendedor que guardaba dentro. La llama del encendedor se elevó con firmeza al accionar la rueda de pedernal. Se sobresaltó y lo apartó de su cara extendiendo un brazo.

Dos círculos más alejados —de hormigón, con rebordes de hierro, manchados de óxido, cubiertos de algas y de metro y medio de diámetro— se unían al círculo amarillo que había dibujado su encendedor. Un hilo marrón de agua espesa, al pie de su arco, corría paralelo a la calle Eddy, adentrándose en la oscuridad en ambas direcciones.

Ella eligió el camino hacia los soldados. Era una lección de su vida en Bamaca: afrontar los problemas en lugar de huir de ellos. Le reconfortaba —a pesar de la tristeza que sentía y del pánico que la invadía— que fragmentos de su yo

perdido pudieran resurgir, como un conductor sensato, para tomar las riendas de vez en cuando en situaciones de emergencia.

Así que avanzó penosamente por el túnel de la izquierda. Casi doblada por la mitad, moviéndose como un cangrejo, encendiendo el mechero de vez en cuando mientras progresaba. El murmullo de sus pasos resonaba por el túnel, rebotando y regresando en un húmedo estéreo. Algo se escabulló tras ella y se quedó inmóvil.

Unos veinte metros más adelante se detuvo. Una gruesa rejilla metálica separaba aquel túnel del resto. Estaba fijada firmemente al hormigón. La contempló, con el pulgar quemado por el gatillo del mechero, intentando respirar con normalidad.

Luego cambió de rumbo y cruzó de nuevo bajo la alcantarilla por la que había bajado, avanzando lentamente por el túnel opuesto, bajo el Nirvana, presumiblemente hacia la parte este del Tenderloin. Cuarenta metros, cien metros. Había perdido la noción de la distancia cuando llegó a otra rejilla, que también separaba este extremo de la alcantarilla de los conductos principales.

Como una mosca atrapada en ámbar, pensó Soledad.

Soltó el interruptor del encendedor, se dejó caer sobre sus talones e inclinó la cabeza. Por alguna razón, el pánico no era

la fuerza principal en ella ahora que se había quedado sin opciones de nuevo. El pánico había activado a su conductor sobrio, pero incluso ese conductor se había quedado sin trucos. Más allá de la rejilla, o rejillas —pues había dos allí, una que daba al frente y otra a la derecha— oyó agua, un pequeño río por el sonido, corriendo en la oscuridad de múltiples cámaras. En el sonido del agua distinguió notas agudas, La mayor como la voz de Dolores, como su risa que siempre se había parecido a una secuencia de toques de marimba. Esa era la belleza del agua: todas sus escalas. En los registros medios, el murmullo del comercio, el comercio de*l cruce* que solía oír veinticuatro horas al día en el Mercado de Esclavos, un comercio que tenía tanto que ver con discutir, reunirse y explicar tu visión del cultivo de la guanábana o la economía hawkleyiana o la mejor manera de freír *butifarras* como con cuántas fichas de trueque querías por una carretilla llena de ropa interior guyanesa desechada.

Y en los registros graves, la voz de Jorge, despotricando como a veces lo hacía hasta el punto de hacerla sonrojar de vergüenza por él. No estaba segura de haberle oído decir eso, pero era algo que él diría: «Estas alcantarillas son vitales en las películas yanqui, porque el túnel es su Tánatos, con todas las connotaciones vienesas; pero, como dice Fernsehen, este es el símbolo que han elegido en vídeo para su cultura, su sociedad del entretenimiento, lo que ellos llaman el Flash: un túnel de percepción que lleva a aberturas, habitaciones que prometen estar llenas de luz, riquezas y

liberación de los males que te arrastran, pero que (como ves al entrar) son tan oscuras y están tan llenas de hastío como el túnel que acabas de dejar; solo después del siguiente conducto, al final, hay otro destello de luz. Si tienes suerte, solo tardarás veinte años en comprender que todas estas habitaciones son la misma habitación. Sí, todos estos túneles son el mismo túnel, y estabas atrapado antes de empezar a escapar».

El susurro de «Jorge» comenzó en algún lugar de su interior, pero, como siempre, nunca llegó a más allá de su garganta. Las voces se desvanecieron brevemente en el sonido del agua. Cuando regresaron, eran diferentes, más lejanas y carecían de la fluidez del dialecto de Lancashire–Patua. Hombres dándose instrucciones por radio. En aquella cámara de ecos, no podía distinguir de qué túnel provenían las voces, pero debía suponer que habían bajado por el mismo túnel en el que se encontraba agachada, el que conducía de vuelta al motel.

En la oscuridad, su ahora total impotencia se convirtió en un hecho tan sólido como la completa oscuridad que allí reinaba. Sabía que estaba en su mente, pero el problema era que el interior de su mente era negro y el interior de este túnel también, sin límites que los distinguieran. Así, la impotencia tomó sustancia, construyendo una forma que casi podía ver a partir de las vibraciones de lo que no podía ver, una masa intangible, un sonido inaudible. Y así, cuando cambió y se convirtió en ese agujero negro de sus pesadillas,

un lugar tan terrible que el peso de su horror absorbía cada vez más rápido toda la gracia y la esperanza hacia la figura sin rasgos, la persona sin rasgos, el hombre *detrás* de los hombres que venían a por ella por el túnel, ya no tenía límites tras los que esconderse.

Lo único que quedaba entonces era lo que la había impulsado a seguir adelante; lo único que tenía era el terror físico e instintivo de algo que no podía recordar, perpetrado por un enemigo al que no podía recordar excepto por el nombre que le había puesto: el gringo sin rostro.

Y junto con ese terror, un hábito de supervivencia, el impulso de los días durante los cuales ella y los *contrabandistas* que la ayudaban habían eludido de alguna manera al gringo y a todos los uniformes con los que exhibía su poder. La supervivencia en aquella época se había convertido en un hábito, como viajar; en muchos sentidos, viajar y sobrevivir se habían transformado en una misma cosa, metáforas del motor del otro, pues sabías al levantarte cada mañana que tendrías que estar en otro lugar antes del atardecer.

Uno buscó refugio, otro miró hacia atrás. Uno fue el más cauteloso al cambiar de medio de transporte.

Cualquiera que fuera el trasfondo, el impulso que le quedaba tras tres semanas corriendo bastó para alzarla en rebelión una última vez. Así que se puso de pie a duras

penas, mientras las inútiles protestas resonaban como siempre contra la puerta cerrada de su garganta. Agarró las dos rejas, cada una con una mano, y las sacudió violentamente. Estaban hechas de barras de hierro de seis centímetros de diámetro, enterradas profundamente en hormigón: inamovibles. Sin embargo, una de ellas, la de la derecha, se abrió con facilidad, golpeándola en la frente y provocando que, en su traicionera falta de solidez, resbalara y cayera hacia atrás en el fango, dejando caer el encendedor.

Tardó mucho en encontrar el encendedor. Le temblaban tanto las manos que tardó casi lo mismo en limpiar la boquilla para que saliera la llama. Entonces, el gas silbó y la llama estalló, brillante y extensa. Jadeó como siempre y tuvo que entrecerrar los ojos para mirar.

Lo que vio fueron leves marcas de cuentas en la parte superior de cada barra de la rejilla abierta, donde el hierro había sido cortado con un soplete y luego limado para que los cortes no se notaran fácilmente. Un alambre oxidado, que antes estaba enganchado a un clavo dentro del túnel, se rompió cuando tiró de la rejilla. La rejilla se abrió de par en par, dejando al descubierto unos metros de tubería de cemento que conducían a otra versión de la oscuridad.

Un túnel ilegal, entonces. Sin pensarlo dos veces más, cogió su mochila, se arrastró por el borde y cerró la rejilla tras ella. Este pasaje era más estrecho que el anterior, pero estaba más seco, y pudo realizar una versión más ajustada

del andar de cangrejo que había adoptado desde el principio. El sonido del río se desvaneció, fue superado y finalmente reemplazado por el *crujido* de sus pasos. Una mano raspaba el cemento, tal como lo había hecho hacía tanto tiempo en Santa Karen. Buscaba el final del túnel. Esperaba que terminara, pero las paredes continuaban, resbaladizas y sin pausa ni rejilla. El ritmo de sus movimientos evocaba canciones que compartían esa métrica.

"Canción de Los Altos."

"¿De qué sirve una raíz?"

El ritmo le provocó calambres en los músculos hasta que tuvo que detenerse, arrodillarse y enderezar la espalda a lo largo del túnel para aliviar el dolor. Empezó a medir el tiempo por las pausas que le imponía la parte baja de la espalda. Dos paradas más tarde, el túnel descendió ligeramente. Tras la quinta parada, giró a la derecha. El agua brotó a borbotones de un conducto más pequeño a un lado, empapándole aún más la ropa. Cuando encendió su mechero para examinar el conducto, encontró un letrero sobre la tubería: «EDIFICIO INUNDADO SD–41». Sonaba ominoso.

Entonces la luz aportó escala a su entorno tubular. Un resplandor curvo, similar en forma y, a esa distancia, en tamaño al brillo que había visto dentro de la curva del

chupador de caras; un destello de luz curvado por la forma de su túnel formando un arco.

Las voces se desvanecieron mientras los recuerdos de la infancia emergían del resplandor. Un olor a carne asada y humo de leña se abrió paso entre la nerviosa preocupación hasta rozar su miedo, intensificándolo al asociarlo con el humo recordado que se elevaba y se mezclaba con el vapor del volcán.

Se quedó en la misma posición en la que la vio por primera vez, acurrucada contra la pared como un trozo de pan duro. Pero su conductor, que estaba sobrio, seguía trabajando; o quizás, al no quedarle otras opciones, la única alternativa que quedaba no era tan difícil de tomar.

Muy despacio y con mucho cuidado, se arrastró hacia la luz.

A tres metros, incluso a un metro de la abertura, las voces seguían siendo débiles. El humo, sin embargo, era denso en sus fosas nasales. Se colaba en finas volutas por el agujero sin rejilla y le escocían los ojos, que se encogían de dolor. Se arrastró hasta quedar a un dedo de la abertura y, centímetro a centímetro —conteniendo la respiración para que no hiciera ruido—, logró asomar el ojo derecho por el borde.

Era una cuenca de captación. El techo era alto y una serie de túneles atravesaban las paredes de la cámara a diferentes

niveles. Altos tabiques de cemento dividían la cámara en compartimentos más pequeños. Cada superficie de cemento estaba cubierta de haces de algas negras y húmedas. Desde donde estaba en cuclillas, podía ver a través de una secuencia de enormes compuertas metálicas, todas abiertas, que conectaban las diferentes cámaras. Una columna de luz naranja pálida caía del techo de la cámara más cercana a ella, y el humo entraba y salía de esta columna desde una parrilla oxidada incrustada en el lodo del suelo de la cámara.

Soledad retrocedió poco a poco, como un bigote de mosca. Necesitaba respirar desesperadamente, pero no se atrevía a soltar el aire.

Un hombre estaba de pie junto a la parrilla, pinchando un trozo de carne con un alambre. Soledad se encontró repasando mentalmente lo que había visto, porque le parecía muy improbable; sin embargo, cada detalle de él había sido fuerte e inquebrantable.

Vestía un traje de corte tipo chaqueta de manga corta, popular hace unos años, antaño elegante, pero ahora manchado y roto. Los pantalones largos estaban desgarrados, convertidos en bermudas. Zapatos de vestir y corbata de seda, todo maltratado. El pelo, brillante por el aceite, estaba recogido en una coleta a la moda. Un ordenador portátil obsoleto colgaba de una cuerda atada a su cintura.

El hombre estaba de perfil de tres cuartos, pinchando la carne con una mano como un esgrimista, mientras hablaba por un teléfono móvil que sostenía con la otra. Pero su perfil era erróneo. La luz era escasa, pero no se trataba de una mala iluminación en sí misma; su rostro estaba deformado, con cicatrices tan gruesas que le recorrían las mejillas, desviando su nariz hacia un lado y casi cerrando la cuenca donde debería haber estado su ojo izquierdo.

Se tapó la boca para amortiguar el silbido del aire que finalmente inhalaba.

En esa rápida mirada había visto más de lo que pensaba.

En la cámara contigua había un grupo de hombres vestidos como los primeros, cada uno hablando por teléfono móvil a la luz de una docena de antorchas cuya llama grasienta se agitaba contra los muros de hormigón que goteaban de la cuenca de captación. Y cada uno de ellos sostenía un trozo de papel rosa apuntando a una serie de carteles clavados en la pared del fondo.

Habían estado gritando. Absorta como estaba en las imágenes, no había podido oír lo que decían. Sin embargo, desde el refugio de su túnel, descubrió que ahora podía distinguir las palabras.

“Una señal”, gritó un hombre.

“Hay una señal cerca”, respondió otro.

“¡Hoffa!” de un tercero.

“Juro euros en (ininteligible)”, dijo la primera voz.

“No puedes cobrar sus créditos”, intervino otro. “Son falsos”.

“¡Créditos falsos!”, gimió alguien.

“¿Cuarenta dólares contundentes?”, se aventuró a decir otra voz, “¿en latas de Zero Cola?”

“Hay que pagarle al *Señor”,* se oyó una voz muy cercana.

“Gracias a Hoffa… por nuestro colapso.”

Soledad se inclinó hacia adelante, más despacio que antes. El parrillero permanecía en la misma posición, hablando por teléfono. Había sido él quien había mencionado el soborno. El grupo que estaba más allá se había movido, así que pudo distinguir los detalles de los carteles. Reconoció las imágenes y sintió sorpresa, e incluso un orgullo irónico, al darse cuenta de que podía saber algo en un país tan diferente.

Un cartel mostraba un rostro, quemado pero con menos cicatrices que estos hombres. Estaba arrugado por la edad y sus brazos estaban extendidos en una lluvia de tarjetas de la UCC. Ella lo reconoció por artículos en el *Diario:* era Hoffa, el predicador milenarista estadounidense.

Otra obra era un cuadro: una mujer desnuda, con cabello negro azabache y piel resplandeciente sobre un fondo negro, con una fina cinta que seccionaba la piel tersa de su cuello.

Manets *Olympia.*

El túnel tembló suavemente a su alrededor, luego se quedó quieto. El maestro de la parrilla hizo rodar la carne en su barbacoa. Era un animal pequeño, algo más grande y largo que un pollo. La luz de la antorcha resaltaba la característica contracción de los tejidos faciales de los hombres, síntoma de la peste porcina del río Kundura. Soledad se sorprendió vagamente al encontrar víctimas en esta ciudad, en este país. La peste del Kundura había matado a 18 millones de personas en todo el mundo en tan solo siete meses, pero sobre todo en regiones pobres como las favelas de la Ciudad de México o zonas de la *selva* donde la vacuna, por una u otra razón, no estaba disponible.

El maestro de la parrilla ajustó su piruleta. El movimiento hizo que Sole levantara la vista, y ella vio el reflejo, concentrado en la curva convexa de la pantalla, de su tabique nasal colapsado, los anillos concéntricos de tejido cicatricial, y demasiado tarde, detrás del reflejo, su único ojo abierto, mirándola fijamente.

Dejó caer su celular y, en un movimiento rápido, se giró y se abalanzó hacia la entrada del túnel. Ella retrocedió convulsivamente, jadeando con un fuerte “¡foo!” mientras él

la agarraba por la blusa. Pero estaba mal colocada, en cuclillas con el peso aún hacia adelante. Además, él era fuerte y, mientras ella forcejeaba con todas sus fuerzas dentro del túnel, la sacó de la entrada con la misma facilidad con la que se quita un corcho con un abridor de botellas. Luego la retorció, rasgándole la camisa, poniendo sus piernas llenas de costras fuera del alcance de las patadas que ella le dirigía. Con un antebrazo agarrado a su cuello, la arrojó contra la pared resbaladiza de la cámara de captación.

—Tranquila —gruñó—. No te voy a hacer daño.

Soledad negó con la cabeza violentamente. Al no poder hablar, era la única forma en que podía protestar: *No, no me hagas daño, no, no me sujetes, no, déjame ir.*

El hombre no aflojó el agarre. Le arrancó la boquilla a la mitad de la ventosa.

“¡Arriba, equipo!”, gritó por el micrófono. “Hoffa nos ha traído un invitado muy rico”.

Soledad soltó las correas de su bolso, que estaba atrapado entre su espalda y la pared. Levantó el puño en un golpe circular hacia su cara, desprendiéndole la máscara de realidad virtual. Él la agarró del brazo y se lo dobló hacia atrás hasta que le dolió. Más allá de la cabeza de sus agresores se oyó un ruido de pasos y murmullos mientras los otros hombres trepaban por la compuerta más cercana hacia

la pequeña cámara donde humeaba la barbacoa. Sus antorchas, proyectando sombras salvajes alrededor de los ángulos aleatorios de este foso utilitario, resaltaban con colores de fuego sus rasgos desfigurados, narices torcidas, ojos entrecerrados como cíclopes. La luz también cayó sobre el rostro de Soledad, sobre su brazo izquierdo, extendido melodramáticamente contra la fría humedad de la pared a sus espaldas. Y sintió cómo su asombro ante lo extraño de todo aquello daba paso al pánico viejo y habitual, porque a pesar de todos los esfuerzos desesperados que había hecho para evitarlo, iba a resultar herida y probablemente violada aquí y *ahora,* en lugar de en la miríada de otros momentos y lugares posibles hasta el momento.

Pero antes de que el pánico se instalara por completo en su mente, dos y luego cuatro de los hombres de Kundura retrocedieron apresuradamente. Se agarraron de las solapas unos a otros, gritando por sus teléfonos:

"¡Ahí está!"

"Ahí está…"

"El signo"

"¿Larissa?"

"Larissa"

Y, con reverencia:

“¡Hoffa, sálvanos!”

Ahora su agresor dejó caer su antebrazo. Él también retrocedió, dudando al principio, luego más rápidamente a medida que su perspectiva cambiaba con la distancia. Y allí estaban todos, en un círculo encorvado y solemne, once hombres con quizás catorce ojos abiertos entre ellos mirando fijamente a una mujer extendida contra una pared tan espesa de algas que un verde negruzco goteaba sobre el delgado borde blanco de su antebrazo. En medio del vaivén de la multitud, otro cartel se reveló por primera vez detrás de ellos, un gel de película de plexiglás impreso para exhibirse en una valla publicitaria anticuada. Mostraba a una mujer delgada con rizos negros cortos, un brazo sobre su seno izquierdo, que de otro modo habría sido visible a través del desgarro en su blusa larga y elegante; ojos grandes de un azul casi estratosférico; una boca con una clásica forma *de V* que en la mitad de su longitud a cada lado desaparecía como un cañón de río en el pliegue de sus mejillas; El otro brazo fue arrastrado hacia atrás por la masa verdosa oscura de lo que se suponía que era una bestia arcturana, cuyas patas se derretían sobre su brazo de forma similar al limo que goteaba sobre el de Soledad.

Larissa Love.

Entre el rostro, sus marcados pómulos y la disposición similar de los accesorios, el parecido entre Soledad y esta heroína de *las telenovelas estadounidenses* era asombroso.

Incluso los hombres que miraban de un lado a otro como si dudaran, terminaron fijándose de nuevo en ella, con la lengua húmeda por las sibilantes del nombre de la estrella de la telenovela.

“Larissa.”

Y, de uno alto con un succionador facial completo:

“¿Qué quieren de nosotros? Tenemos fichas de efectivo de las Islas Caimán…”

“También filetes de perro salchicha.”

—Tarjetas UCC —se ofreció un hombre bajito.

(«Falso», susurró alguien, y sus compañeros le abuchearon con furia).

“Códigos de acceso”. El succionador facial del hombre alto asintió para sí mismo.

“Sí”, añadió otro. “Todos éramos socios en Derivatives Projections. Tenemos su *sistema de cifrado,* Lara”.

«Cambiaron las contraseñas en tiempo real». Era el hombre alto quien hablaba ahora. También lo hicieron callar, pero él sacudió su succionador facial con impaciencia. «Teníamos sitios secretos en las Wildnets», continuó, «futuros de memoria, proyecciones a la velocidad de Flash».

La pantalla del succionador reflejó la luz de una linterna en sus ojos. «Y sabíamos —*lo* supimos de una fuente en Glaxo–LaRoche— que las vacunas contra la gripe serían más letales que la Kundura. Oh, Lara, podemos ofrecerte maná electrónico, si eso es todo lo que quieres».

"¿Qué *es* lo que quieres, Larissa?"

Los hombres la miraron fijamente.

Soledad se humedeció los labios. Fue un acto reflejo. Sabía, incluso al abrir la boca, que no saldría nada. Y claro, no importaba, porque esos hombres jugaban con ella; vivían tan al margen de la ley y de la condición humana que no había razón para que la dejaran ir sin llevarse algo valioso. Aun así, la oportunidad de huir estaba a su alcance, con todas sus reglas, especialmente la de elegir lo que quedaba. Y si se trataba de un juego, le tocaba a ella dar el siguiente paso.

Entonces, apartando el brazo de la mugre de la pared, lo levantó temblorosamente en la dirección en que iba el humo, su dedo índice vacilando pero aún apuntando claramente al color de la farola que brillaba a través de la tosca chimenea de la sala de barbacoa.

Todos, excepto el hombre completamente idiota, miraron hacia donde ella señalaba.

—Ella quiere el cielo —le dijo alguien a su teléfono móvil en voz baja.

“Cielo”

“Es una señal.”

Miraron al hombre con la ventosa en la mano, que seguía mirando fijamente a Soledad. Su figura era una diminuta araña reflejada en su pantalla.

“No despreciamos los letreros”, susurró el completo idiota, “ya no”.

Los hombres retrocedieron uno o dos pasos.

—Cielo —repitió uno de ellos, casi con asombro.

Entonces, desaliñadamente pero juntos, los hombres avanzaron arrastrando los pies hacia la compuerta más cercana, haciendo señas a Soledad para que los siguiera.

***

Caminaron durante un buen rato por túneles de distintos tamaños. Algunos tenían pasarelas a un lado, otros eran más estrechos que el túnel de drenaje bajo el Motel Nirvana. Uno de ellos estaba sumergido hasta la cadera en agua fría pero bastante limpia. Al cabo de un rato, Soledad perdió el poco control que tenía sobre la evolución del tiempo. La destrucción del tiempo desveló su miedo y transformó el mundo escénico de la luz de las antorchas en una especie de cabaret mental donde todas las asociaciones de esta extraña

procesión —la fila de monstruos oscuros, el chapoteo uterino de las alcantarillas, la mezcla de escape, muerte, infierno, sacrificio ritual y posible renacimiento— se desarrollaban sin apenas referencia a un guion coherente.

En un momento dado, estuvo segura de haber visto el rostro de Dolores en una réplica perfecta, pálido y decidido, entre la luz dispersa de las antorchas sobre la alcantarilla hinchada junto a la que marchaban.

No tenía ni idea clara de dónde, cuándo ni a qué distancia se encontraban cuando la columna se detuvo. Alguien abrió de golpe, con un fuerte chirrido de óxido, una escotilla en el lateral del túnel. La abertura donde había estado la tapa no era ni oscura ni clara, sino gris azulada; era un color que Soledad sentía que no había visto en años, con suficiente plata como para resaltar el polvo y el humo de la antorcha suspendidos en ella. Dos de los hombres se agacharon para pasar, mientras que el resto se encogió en el túnel–pasarela, tanto que uno de ellos cayó de espaldas en el chorro de aguas residuales con un fuerte chapoteo, ante el grito ronco de sus compañeros.

Al trepar por la escotilla, se encontró en una cámara alta llena de bombas y equipos retorcidos, también iluminada con una luz gris. Una abertura para un ventilador de tres metros dejaba pasar colores aún más intensos y plateados. El hombre, con su aspiradora a tope, desbloqueó una puerta y la abrió de par en par. Ahora, la luz plateada llenaba por

completo el rectángulo y salpicaba entre las válvulas y los manómetros cubiertos de polvo, obligando a Soledad a cerrar los ojos ante el resplandor.

—Tienes la mañana, Larissa —dijo el hombre de la ventosa, con un gesto curiosamente formal, mitad reverencia, mitad presentación.

Soledad lo miró fijamente.

Volvió a hacer un gesto.

“Gracias a Hoffa, tienes la mañana.”

Lentamente, con incredulidad, Soledad salió al amanecer.

Capítulo III

El útero a través del cual Soledad renació en el amanecer de un día en San Francisco era un alto depósito cúbico de hormigón que servía para drenar el entorno ajardinado de un gran centro comercial.

El centro comercial estaba repleto de escaleras mecánicas en espiral, “patios de teatro” y balcones voladizos diseñados diez años antes por el omnipresente arquitecto Vanny Kemp como una declaración de principios de la era de la información. Su sumidero servía también como rampa de acceso a un túnel de mantenimiento que daba servicio al metro del sistema de transporte rápido del Área de la Bahía, lo que probablemente explicaba el temblor que Soledad había sentido antes.

Subió la rampa sin ser vista, salvo por un puñado de personas, en su mayoría negras o mexicanas (escuchó los *chingados* salpicando sus frases entre murmullos), todas

vestidas tan anticuadas como ella, o incluso peor. Se acurrucaban bajo láminas de polietileno o cartón para protegerse de una lluvia torrencial y una neblina grisácea que, en parte, daban al incipiente amanecer un color gris mercurio.

Al llegar a la cima de la rampa, se alejó del centro comercial con paso lento y decidido, sin perder de vista a un grupo de seguridad que esperaba en carritos de golf cerca de la entrada principal. Un avión de pasajeros tipo “inclinación” pasó a baja altura por encima, dirigiéndose al aeropuerto de Hunters Point. Instintivamente, se agachó y se refugió junto a una escultura de cristal falso que cambió de azul celeste a rosa en cuanto se acercó y permaneció así hasta que se marchó.

Un helicóptero policial se abrió paso entre las torres bajas detrás del centro comercial y desapareció. Autobuses eléctricos llenos de oficinistas zumbaban por una avenida que bordeaba la zona ajardinada. En la pared de un edificio con fachada de aluminio, calle abajo, personajes de dibujos animados que incluso ella reconocía —Bugs Bunny, Betty Boop, Planet Blast— parpadeaban, con un profundo efecto 3D, en pantallas de veinte metros de altura.

Ella temblaba. El aire tenía un sabor áspero, como alambre de púas respirable. La lluvia volvió a empapar su blusa. Estaba tan agotada que sentía como si la gravedad de la Tierra se hubiera multiplicado por seis y le costaba mantener

las rodillas pegadas a ella. El salto desde la ventana del Nirvana definitivamente le había vuelto a torcer la espalda; le dolía más que en muchos días. Caminó por la calle y llegó a un refugio como los que había visto antes en las calles de esta ciudad; un lugar con paredes y techo transparentes e incluso asientos. Contenía tiras de noctiluc, lectores de tarjetas UCC y conectores para Flash para aquellos que necesitaban más velocidad y seguridad que la que podía proporcionar una conexión inalámbrica. Había un torniquete, también con un lector UCC, pero alguien —probablemente uno de los dos niños negros que dormían estirados con la cabeza apoyada en bolsas de plástico— había quemado su mecanismo con un mazer desechable, cuyas puntas aún estaban adheridas a la tira magnética.

El refugio estaba prácticamente vacío. Se sentó en el suelo, de espaldas a un banco de metacrilato, y se pasó los dedos por el pelo. Estaba demasiado cansada para pensar en lo que había pasado la noche anterior. Había dejado su bolso en la cuenca de captación, pero prefería entrar en una casa en llamas antes que regresar al *caótico* territorio de los supervivientes de Kundura, suponiendo que pudiera encontrar el camino de vuelta. En ese bolso, sin embargo, se encontraba su único recurso: los tres programas de “triaje” extremadamente valiosos que había recogido después de que un saqueador los dejara caer en Bidonville. Estaba a punto de venderlos en la discoteca de los jaggers, bajo el Nirvana, cuando la policía le cambió los planes.

Sin los programas, estaba arruinada, y sin dinero, estaba a merced de cualquier agente de inmigración que se interesara por ella. Para colmo, ahora no podía comprar información sobre cómo encontrar el *cruce* que, según le habían dicho, seguía existiendo en algún lugar de San Francisco; un lugar que servía de amparo para refugiados de enclaves Hawkley extranjeros como aquel del que había huido.

Jamás imaginó que sería difícil encontrar el *cruce Yanqui* una vez que llegara a esta ciudad, pero ni siquiera los *coyotes* con los que cruzó la frontera habían oído hablar de él.

Su cabello estaba enmarañado con la suciedad de la alcantarilla. No iba a arreglarlo con los dedos. No iba a pensar en cómo los policías habían descubierto que estaba en el Nirvana, ni por qué aparentemente habían movilizado un batallón de comandos para arrestarla; ni en lo cerca que había estado de ser descubierta.

Solo pensar en ello le hacía sentir como si le estuvieran bombeando hormigón por el pecho, como en la imagen de su escritorio del motel. Con el pecho tan rígido, apenas quedaba espacio para ese instinto de supervivencia que la había impulsado hasta ahora, independientemente de sus sentimientos o incluso de sus pensamientos.

Deseaba tanto dormir y esperaba la captura que tanto había intentado evitar desde que el *cruce* ardió. Después de

todo, no tenía sentido permanecer en ese agotador mundo consciente cuando Dolores y Jorge —cuando todas las relaciones informales, ineficientes, cálidas y complicadas de su *cruce,* todos los ritmos, los sabores exquisitos y las brisas marinas con aroma a pescado— habían sido devorados vivos por el fuego.

Sin embargo, la tensión que necesitaba para seguir adelante también había empañado su agotamiento, de modo que a menudo le resultaba imposible conciliar el sueño, a pesar de que la inconsciencia era la única manera de superar ese agotamiento.

Una ventaja de estos tropismos de viaje y vuelo era que, más allá de su valor para la supervivencia, solían (aunque no anoche) impedir soñar.

Otra cosa era que le daban algo que hacer cuando estaba consciente.

Así que examinó, a través del Lucite, aquella ciudad que despertaba, observando en el pequeño resquicio de su mente aún intacto por el fuego y la persecución, cuán bellamente brillaban las torres de formas extrañas —construidas en forma de cilindros, pirámides o rectángulos, con trozos arrancados a intervalos aleatorios, ingenuamente ostentosas— contra la bruma que absorbía la creciente fuerza de la mañana. Una pared entera de un edificio de oficinas estaba pintada con un mural de Joachim Boaz; ella

conocía sus colores oscuros, sus monstruos retorcidos, por los grabados que Jorge coleccionaba.

Deseaba tener un cigarrillo, pero su paquete de Galaxys había desaparecido junto con la bolsa.

Cuando bajó la mirada, divisó una pequeña palmera, y la simple visión de esa intrusa espinosa en medio de todo ese cemento y acero fálicos la trajo de vuelta a Bamaca, solo que en lugar de miedo, ahora era anhelo lo que llenaba su abdomen, un anhelo tan cálido y líquido como la Bahía de las Ánimas, un deseo: que pudiera volver a casa ahora mismo, en este instante, aunque el cruce hubiera desaparecido y estuviera prácticamente quemado, aunque hubieran encontrado el cuerpo de Jorge en tres pedazos y los hubieran enterrado en la fosa común del *pepinador,* aunque Dolores también hubiera desaparecido y F2 hubiera inundado la provincia de Antioquia con carteles de Soledad, que, pensándolo bien, se parecían mucho al cartel de Larissa Love que los kunduranos…

El torniquete golpeó.

Entraban dos policías. Los dos chicos negros se incorporaron al instante. Luego, lentamente, se pusieron de pie, sin tocar sus mochilas. Los policías les apuntaban con sus FN al estómago.

Tras el primer escaneo del refugio, ignoraron a Soledad. Esto significaba que los agentes regulares no la buscaban específicamente, lo cual tenía todo el sentido del mundo para ella. Estaba acostumbrada al funcionamiento de F2 y conocía la explicación de Hawkley: la policía secreta nunca le contaba a la policía regular lo que sucedía, debido al peligro de filtraciones de seguridad, según decían, pero sobre todo porque una organización de seguridad jamás cedería ni un milímetro de territorio a otra, y la información siempre era la forma más valiosa de control territorial.

Los agentes se concentraron en hacer que los pandilleros se tumbaran mientras transmitían la grabación a la central mediante videocámaras. No pusieron objeción cuando Soledad salió tranquilamente del refugio Flash, cruzó la calle y desapareció entre el bullicio del tráfico.

A pesar de su agotamiento, se mantuvo activa durante el resto del día.

Al principio, esto seguía siendo una función de su miedo habitual. Si te mantenías en movimiento, eras más difícil de rastrear. Además, mientras caminaba, tenía menos frío y temblaba solo la mitad de fuerte. Siguió las calles concurridas, las avenidas atascadas, evitando lugares como parques donde los migrantes podrían congregarse y atraer la atención de los policías. Encontró un trozo de tela y se lo ató como una bufanda alrededor del cabello para parecer menos ella misma y, incidentalmente, menos como esa actriz de

telenovela. Cruzó una zona china interminable que le recordaba escenas de Shanghái que Jorge había descrito una vez; más concretamente, esas calles estrechas y llenas de vendedores le trajeron de vuelta, con el habitual escalofrío, recuerdos de callejones similares en Bidonville. Pasó por torres de oficinas más nuevas, densas con balcones cubiertos de vegetación de Vanny Kemp, algunos de ellos incluso vestidos, como Kemp sugirió que se vistieran esos edificios, con pliegues de nailon de colores, una "piel de vida" tensada y drapeada para moverse con el viento. Subiendo por una callejuela empinada, repleta de cafés y librerías, donde mujeres jóvenes con gafas y sandalias eran observadas con morbo por hombres calvos y barbudos, lo que, por supuesto, también le hizo pensar en Jorge.

Y, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que había una razón específica para que alguien tan perseguida como ella estuviera en constante movimiento en San Francisco.

Porque estos californianos nunca dejaban de moverse. En las pasarelas peatonales cerradas a camiones y demás tráfico contaminante, los ejecutivos trotaban por las aceras o subían corriendo por las escaleras mecánicas más rápidas, con la cabeza gacha, a toda velocidad hacia destinos desconocidos. Al mismo tiempo, con los chalecos digitales o semitransparentes que muchos llevaban puestos, hablaban, veían vídeos y enviaban diagramas por correo electrónico a las personas que iban a ver, o a las que acababan de dejar, o a ambas; mirando automáticamente los muros móviles que

pasaban, con las pantallas interactivas que detectaban el transpondedor de un portátil o decodificaban la forma, la velocidad y la vestimenta del transeúnte más cercano y mostraban un mensaje apropiado.

ALÉJATE DE LA RUTINA: VACACIONES EN LOS MUNDOS TEM´TICOS DE MICROCOM RESERVA AQUÍ

¿POR QUÉ DEJAR LA ATRACCIÓN AL AZAR?

CUANDO USES LA FRAGANCIA, ANTIOLOR EARGARD™,

¡NUESTRAS FEROMONAS GENÉTICAMENTE MODIFICADAS HACEN EL TRABAJO POR TI!

PARA DISFRUTAR UN ADELANTO DE LA EXPERIENCIA DE REALIDAD VIRTUAL MÁS SALVAJE DE TU VIDA CONECTA TU JAMBOOK[1]

— ★ —

AQUÍ

Los muros de empuje, decidió, aceleraban aún más esta ciudad. Gritaban y ponían música a todo volumen, bueno, no a ella, los algoritmos eran lo suficientemente buenos como para deducir por los desgarros en su blusa y las manchas en sus mejillas que no era una candidata probable, sino a las personas que parecían tener capital. Rociaban muestras de

1 Tableta. [N. T.]

perfume o olores a fritura tibetana o humo de tabaco sin nicotina a las personas que vestían las marcas adecuadas. A los hombres de traje les presumían de su capacidad para predecir el próximo Infocrash. Podías detenerte, presionar la banda de tu tarjeta UCC contra su fachada cambiante y hacer reservas en un restaurante, para un concierto de Clam Fetish o para un parque temático vacacional. Los ecoturistas con zapatos de escalada los usaban. Los pandilleros que se deslizaban en patines ilegales entre el tráfico frenaban, ponían su tarjeta UCC y llamaban a una novia, solo por el placer (a través de una videocámara de estación de trabajo) de verla con ligueros negros y patrones de censura automática a cuatro metros de altura en Grant Street. Incluso las personas sin hogar —de las que, desde el último Infocrash, había multitudes— observaban los muros que no les hablaban. Y estos humanos perdidos se movían más rápido para seguir el ritmo de los productos efímeros que se exhibían en las calles aledañas.

Los espectadores, por supuesto —víctimas de la disfunción televisiva— se agolpaban alrededor de las pantallas hasta que los efectos especiales nocturnos de las películas los obligaban a marcharse. Junto con el estruendo de los tranvías, el zumbido de los drones mensajeros en lo alto, el ritmo vibrante de Neodisko, el siseo de los neumáticos sobre el asfalto, ese alegre zumbido y silbido de Flash le parecían a Soledad el ritmo frenético que mantenía en sincronía y en

movimiento el vertiginoso ritmo de las calles de San Francisco.

Al anochecer, de regreso del puerto donde había caminado sumida en un trance de hambre y fatiga durante toda la tarde, se encontró en un barrio amurallado con caricaturas de empalizadas tiki, fosos "medievales" y otras entradas fantasiosas. Letreros gigantes atados a dirigibles medio ocultos por la espesa niebla anunciaban varios parques temáticos; todos ellos, al parecer, terminaban en signos de exclamación.

RESIDENCIA SUBMARINA JULIO VERNE

¡VIVE CON TIBURONES ASESINOS!

VISITA LA TIERRA DE *FLUFFY*
EL MEGADESTRUCTOR Y SUS ROBOTVIXENS

¡SERÁS UN COHETE VOLADOR DURANTE TRES HORAS!

¡TERREMOTO 1908!

(¿CUÁL ES LA SALIDA? ¡TÚ DECIDES!)

En los muros de empuje exteriores o a través de los portales, vislumbró a personas en elaboradas montañas rusas que rebotaban, daban vueltas, caían y subían a velocidades de autopista. La mayoría de las atracciones eran virtuales, con sonido e imágenes transmitidos en 3D

sangriento mediante trajes de ventosa faciales completos e incluso trajes de cuerpo entero. Algunas eran parques de ambiente total, decorados de antaño adaptados como muros de empuje para funcionar a demanda. En "HolocaustWorld" —anunciado como "Una experiencia emotiva, reflexiva y de buen gusto a través de la mayor tragedia del siglo pasado"— la gente subía a vagones de ganado para un viaje a un "Auschwitz" artificial donde jóvenes surfistas californianos rubios de ojos azules, vestidos con uniformes de las SS, repartían sonrientes jabón, botellas de agua Apollonaris y toallas ("¡Para que se las queden como recuerdo!"), señalando el camino a las duchas.

El terremoto, en particular, apagó su gran ansia de asestarle a Soledad un golpe de miedo repentino. En este parque, edificios enteros se derrumbaron hasta convertirse en polvo y otros fueron consumidos por incendios voraces, cuyo calor podía sentir incluso al otro lado de la empalizada; hasta que las luces se apagaron y, como por arte de magia o a cámara lenta en reversa, los edificios se alzaron de nuevo en la penumbra que la multitud había dejado atrás.

Caminó a lo largo de las empalizadas, revisando discretamente los contenedores de basura en las puertas de servicio de los patios de comidas del parque temático, ¡Auténtica comida de carreta de 1849! ¡Prueba el gran tiburón blanco criado en laboratorio! ¡Déjate llevar por *el dolor en las DELICIAS DE LA PARRILLA SALUDABLE de la tarde!*, decían los letreros. Pero estas áreas eran claramente

objetivos principales para otros indigentes. Cada caja y bolsa de plástico ya había sido vaciada hasta dejarla tan limpia como su equivalente en el *pepinador de Bamaca.* Después de hurgar en ocho contenedores de basura, solo había encontrado un objeto útil, detrás del bar de bocadillos de Dirty Harry World ("¿Te sientes con suerte hoy?"). Era un pequeño cuchillo de cocina con la mitad del mango de madera roto, que envolvió en papel de periódico y escondió en la liga de sus medias.

El otro lado de esta calle consistía principalmente en la parte trasera de salones de sexo háptico y restaurantes vietnamitas *de cho.* El olor de la sopa de fideos con carne especiada era tan fuerte y sabroso que, al activar el reflejo gástrico, realmente dolía. Ella estaba trepando por un contenedor medio oculto por una caja de conexiones de fibra óptica, enredos de cables gruesos que serpenteaban hacia una galería háptica, cuando una voz gritó baja y fuerte: "¡Oye, hermana!"

Miró a su alrededor, mientras una mano se deslizaba hacia su cintura y el vástago de acero del *cuto.*

Una mestiza alta estaba de pie, de pie, bajo un panel de control junto a la puerta de la sala de juegos. En una mano sostenía un bolso ridículamente anticuado con un cable para tarjeta UCC conectado. En la otra, sujetaba un teléfono celular y un cigarrillo sin nicotina. Sus ojos, bajo el resplandor rojo de la pantalla, eran rosados y fijos. Llevaba una versión

urbana de la moda italiana de “pantalla dividida”: el lado izquierdo de su rostro estaba muy maquillado, y el lado correspondiente de su cuerpo vestía un vestido largo a juego. El lado derecho, en cambio, no estaba maquillado, y esa mitad de su cuerpo estaba escasamente vestida con una minifalda, una camiseta sin mangas y botas con tacón de metacrilato.

Soledad se deslizó fuera del contenedor. Quedó medio protegida por la esquina metálica, lo que le daba espacio para correr si era necesario. La mujer se acercó, la miró de arriba abajo y volvió a estirar la cadera.

“¿Quieres ganar trescientos dólares en cuatro horas?”

Soledad se quedó mirando fijamente. Trescientos dólares eran casi seiscientos caimans: el salario de dos semanas en el *cruce* y un sueldo decente incluso aquí.

La mujer chasqueó la lengua, malinterpretando su silencio.

“Chica, es *legal. Seguro.* Tan seguro como los chats. Nunca tocas al cliente, ni una sola vez. Y lo más importante, él no te toca a ti.”

Con trescientos dólares podría aguantar un tiempo. Podría comprarse ropa para cambiarse e información sobre el *cruce de San Francisco,* si es que existía, algo que, en la bruma de su hambre, empezaba a dudar. Pero, sobre todo, podría comprarse algo de comer y tal vez un sitio donde dormir, y

tiempo para pensar qué demonios iba a hacer a continuación, en medio del desolador panorama de las nuevas circunstancias que surgían de aquel día.

Soledad se inclinó hacia adelante y tiró del cable de la tarjeta UCC, negando con la cabeza. La mujer alta entrecerró los ojos, mirando los labios de Soledad.

“No puedes hablar.”

Soledad volvió a negar con la cabeza. La mujer soltó una risita.

“Chica, eso no importa; no quieren que *hables.* Y tampoco tienes que preocuparte por el crédito. Todo se maneja con dinero en efectivo en este negocio.”

Se giró, haciendo señas con el teléfono móvil.

“Pasa, lo consultaré con Ali Khan.”

Ali Khan era un habikusha pakistaní delgado, un hombre con un lado de la cara quemado por la breve guerra nuclear de Cachemira. Vestía jeans y una camiseta que decía ALGUIEN EN MIAMI ME AMA. Llevaba un rosario verde del Indo y no le creyó a la mujer alta cuando dijo que Soledad era muda. De todos modos, no aceptó el trato; se quejó y gritó detrás de una puerta de aglomerado mientras la mujer alta, cuyo nombre, al parecer, era Sha’Oprah, gritaba y se quejaba al doble de volumen porque alguien llamado Backus

no estaba donde había dicho que estaría y ella *sabía* lo que estaba haciendo y lo iba a encontrar y a cortarle los huevos esa misma noche; y si Ali Khan no la dejaba, se iría de todos modos y se llevaría a las otras chicas con ella.

Ali Khan no tenía ninguna posibilidad. Al salir de la oficina, se sentó cabizbajo en un rincón, observando una hilera de veinte pantallas de vídeo, de las cuales ocho estaban encendidas. Las pantallas que funcionaban mostraban pequeños cubículos que contenían un único panel de control y una silla ortopédica. En cada uno de ellos, un hombre desnudo, enfundado en un bañador transparente de tono azulado, pulsaba un panel de control de plástico tridimensional o pasaba una tarjeta por un lector para pagar otra ronda.

Sha'Oprah tomó a Soledad de la mano y la condujo a un cubículo. Tres paredes del cubículo estaban revestidas con aglomerado desnudo, y la cuarta con el mismo tipo de panel de empuje que Soledad había visto en las pantallas de video de Ali Khan. La mujer alta tomó un traje transparente de un botiquín. De cerca, Soledad vio que estaba hecho de polietileno engomado, con tubos de color azul indetectable que iban desde una conexión a la pared hasta un agujero en la espalda del traje y parches del mismo material ubicados en puntos estratégicos del traje, más gruesos alrededor de la entrepierna y las nalgas. Cuando Soledad se hubo desvestido y puesto el traje —fue sorprendentemente fácil, especialmente con la ayuda de Sha'Oprah, ya que el traje se

partió por la mitad y luego se volvió a cerrar con velcro fuerte— Sha'Oprah señaló un conjunto de luces e interruptores a un lado del panel de empuje.

"Cuando se enciende la luz verde, estás en marcha. Te dirá por el altavoz qué quiere que toques, como si no pudieras deducirlo. Cuando se apaga la luz, paras, o cuando oyes una campana, esa es la alarma; está conectada a algo en su traje que detecta líquidos, lo que significa que es hora de lavar el traje. Tu traje no tiene ese problema, cariño." Se rió entre dientes.

"Ahora, estos son los importantes." Tocó un reóstato. "Nivel de intensidad. Lo controlas con la fuerza con la que tocas el panel, pero lo que *sientes* depende al cien por cien solo de este interruptor. Zona de peligro"—giró el reóstato para que apuntara a un arco rojo completamente a la derecha— "eso es para S y M; nunca, nunca te acerques a eso a menos que estés inclinada hacia ese lado. Lo mantengo en cero excepto —el rostro del salón de baile guiñó un ojo— para los lindos".

"Y este es el botón de alarma, por si no paga. O si aparece algún bicho raro."

Se giró hacia la puerta y vaciló.

—Debo decirte que hay más bichos raros de lo normal. Trajeron a un grupo de chicos de operaciones especiales

para esa gran conferencia comercial y han estado atacando a algunos de los expertos en tecnología háptica con bastante fuerza. Hay uno… —Sacudió la cabeza y abrió la puerta.

—De todas formas, no pueden entrar en tu cabina. Solo tienes que pulsar ese botón si algo huele mal. Usa esto —sacó una botella del armario— para inspirarte. —Se rió entre dientes por última vez—. Ahora diviértete, cariño.

La puerta se cerró con un clic tras ella.

Curiosamente, al menos por un tiempo, Soledad sí se divirtió un poco. Los dos primeros "clientes" eran turistas que viajaban juntos. Podía oírlos hablar con Ali Khan en la recepción, ocultando su nerviosismo con jerga sobre un burdel en Minneapolis, tan jóvenes que casi parecían niños. El primero estaba medio borracho. Hablaba muy despacio con un acento monótono. Ver a Soledad de pie, completamente desnuda, en el panel de plástico frente a él hizo que su discurso se ralentizara hasta el punto de que casi se quedó tan mudo como ella. La tocó; tocó su panel, y lo que hizo se reflejó en el panel frente a ella. El traje apretó suavemente sus pechos y alisó su estómago en respuesta a los mensajes electrónicos del panel que tocó. Sonriendo vagamente ante su propia audacia.

Lo tocó como creyó que él quería, y en menos de un minuto sonó la alarma y la pantalla frente a él se apagó. Soledad se sintió decepcionada. Todo había sucedido tan rápido que no

había sentido ni una pizca de placer; ni siquiera tuvo tiempo de despertar la culpa que el sacerdote le había inculcado por su propia propensión a la promiscuidad; una culpa que sabía que yacía en algún lugar de su lado más oscuro, incluso más profunda que las capas de tristeza que sustentaban su cansancio.

Al mismo tiempo, le impresionaba un poco el poder que su cuerpo, incluso a través de una pantalla táctil, ejercía sobre aquel joven inexperto.

El segundo era más atractivo. Soledad, fortalecida por un par de tragos de la botella, que tenía una etiqueta que decía NIGHT TRAIN y contenía vino de manzana, subió la intensidad a dos, luego a tres. Este también tenía más experiencia y tuvo tiempo de encontrar la pequeña aleta de placer entre sus piernas y ella sintió, se observó a sí misma sintiendo la presión ejercida a través de las diminutas bombas hidráulicas en su traje; incluso tuvo tiempo de sentir el primer calor allí y la humedad inicial que lo acompañaba antes de que sonara la alarma.

Más Night Train. El cansancio volvía, ahora que la novedad se había desvanecido. Sonrió para sí misma al pensar que en menos de una hora ya había empezado a desarrollar una *especie de* anestesia al contacto con los hombres.

El tercero era un hombre de traje de unos cincuenta años. La ropa que colgaba tenía el estilo Neodisko que ella había

visto en el centro: cuellos anchos y camisas de seda que disimulaban el Kevlar antibalas. No tenía barba. Llevaba los ojos ligeramente maquillados y el pelo, como decían, estaba "iluminado", densamente tejido con diminutos tubos de fibra óptica conectados a una fuente de alimentación en el cuello, de modo que en la oscuridad parecía trenzado con una luz azul violácea. Era muy hablador; se relajó en la silla ortopédica del cubículo, le preguntó su nombre y qué le parecía. Ella le dio la espalda cuando se lo pidió. Pero entonces, sin previo aviso, empezó a gritar, llamando a Ali Khan, diciendo que quería una "gritona", que no iba a pagar ciento veinte dólares por una zorra táctil que ni siquiera gritaba. Y Ali Khan estaba de acuerdo con él, diciendo que el hombre de traje podía elegir a las demás chicas mientras él despedía a esta en ese mismo instante. Entonces intervino una tercera voz.

—Me *gustan* silenciosas —dijo la tercera voz en voz baja.

"Ciento veinte dólares, con o sin conversación."

"¿Quién quiere escuchar lo que tiene que decir esa zorra?"

—Claro —aceptó Ali Khan, quien obviamente no tenía ningún puesto que no pudiera cambiarse con dinero.

La voz de este hombre era bastante aguda y, sobre todo, segura. Se desnudó de espaldas a la pantalla. Era bajo y musculoso, con el pelo corto y canoso. El tipo se abrochó el

pantalón, sonriendo fijamente, y desapareció. Se giró hacia la pantalla: ojos pequeños y oscuros, barbilla estrecha, hombros anchos con tatuajes, pezones grandes y sin pene; a Soledad le bastaron cinco segundos para darse cuenta de que, en realidad, se trataba de una mujer.

—No pareces guatemalteco —dijo, acercándose a la pantalla—. A menos que seas de la costa.

Soledad sintió una fuerte presión en el pezón izquierdo, un pellizco que incluso al nivel tres de intensidad la hizo jadear. Agarró el reóstato y lo bajó a cero.

"Tócame", dijo la mujer con un buen acento centroamericano. "Tócame aquí".

Soledad vaciló. Luego presionó el pecho de la mujer en la pantalla. Un tatuaje verde alrededor del pezón decía NACIDA PARA MATAR.

—Más fuerte —dijo la mujer—. Anda, no estoy hecha de caramelo, hazlo más fuerte. Solían hacerlo fuerte —añadió en un susurro—, en Honduras. Se suponía que no debíamos estar en Honduras, pero lo hicieron fuerte de todos modos. Tócame aquí —se giró y separó los lóbulos de sus nalgas, y luego señaló su entrepierna—, y aquí.

—Recibimos capacitación en sensibilidad —continuó la mujer en tono coloquial— en la escuela secundaria John Wayne. Nunca torturamos a nadie, sin importar lo que

dijeran esos senadores gordos. ¿Qué sabían ellos de todos modos? Lo hicimos en Manila; tampoco se suponía que estuviéramos allí. ¡*Más duro!*

Soledad se dio cuenta de que estaba sudando. Hacía calor en el cubículo, pero esa no era la razón. Había una sensación extraña, un "olor", como diría Sha'Oprah, como estar en un coche bajando por la carretera de Teton y sentir de repente que el pedal del freno se ablanda. Pensó en pulsar el botón de alarma, pero Ali Khan seguramente la despediría si pedía ayuda antes de que pasara algo y entonces nunca recibiría el dinero. Empujó con la palma de la mano el facsímil puntiagudo de plástico abultado en la pantalla. Le resultó extraño: nunca antes había tocado el pubis de otra mujer, solo el suyo, así que sentía que era su propio *coñito* excepto que, inexplicablemente, estaba en otro cuerpo.

"Atamos a los chicos *del Frente.* Al principio no les hicimos daño. Nos acostamos con sus chicas delante de ellos. Las chicas hondureñas hacen felaciones con mucha intensidad. Quiero que me hagas una felación", dijo.

Soledad apartó la mano de la pantalla. No sabía qué era una felación. La mujer de la pantalla se recostó en la silla ortopédica y separó las piernas, y la pantalla se inclinó con ella.

“Coga–me”, susurró. “Como si fuera *a cogerme* a esas perras en el Astillero Naval de Oakland. Perras Hawkleyitas. Mira las pantallas de noticias”, añadió. *“¡Fuerte! ¡Ahora!”*

Soledad no dejaba de mirar el panel. Sabía cómo practicar *sexo oral* porque Jorge se lo había hecho a ella. Tendría que usar la lengua como un dedo. Tendría que superar su repulsión, no tanto por hacérselo a una mujer, sino por hacérselo a esta mujer que afirmaba haber violado a otras mujeres en la selva. Y entonces, tras cinco segundos de disgusto y cansancio, lo que la mujer acababa de decir se grabó en la mente de Soledad, dispersando sus vagos planes de cunnilingus como hojas de diente de león al viento.

Pero la mujer de la pantalla, la misma que tenía el tatuaje de Born to Kill, no esperó. Se balanceó desde la silla ortopédica hasta ponerse de puntillas, mirando fijamente la imagen de Soledad en la pantalla, de pie con una mano casi defensivamente sobre el pecho, devolviéndole la mirada.

—¡Zorra! —siseó la mujer. Su pecho se agitaba. Su voz era grave y maliciosa. Saltó hacia adelante y hacia arriba, casi un metro en el aire, y dio una patada hacia un lado, sus piernas desapareciendo del alcance de la cámara ambiental del cubículo.

En el cubículo de Soledad, la pared junto al panel táctil se partió limpiamente. Uno de los hombros de la mujer apareció en la grieta, envuelto como una pieza de ternera en

un caldero, agrietando el lado derecho de la pared debajo del tablero de instrumentos. Sus manos sujetaron el tablero y lo arrastraron, junto con un manojo de cables de fibra óptica, hacia su propio cubículo.

La velocidad y la violencia del asalto habían paralizado a Soledad. El acto brusco de sacar la tabla la sacó de su trance. No había manera de pulsar el botón de alarma, se había ido con los instrumentos, así que retrocedió de un salto hacia la puerta y fue inmediatamente girada por la cuerda de tubos azules que sujetaba la parte trasera de su traje háptico a los paneles 3D. Perdió el equilibrio y cayó pesadamente de espaldas y codos extendidos; medio sin aliento, luchando por respirar. En el panel de empuje se bebió un cuarto del aguardiente de manzana. Ali Khan se encogió de hombros y movió la escopeta para que apuntara a la entrepierna de Soledad.

Se metió el *cuto* en la cintura y subió con cuidado las escaleras adentrándose en la niebla.

Una hora y quince minutos después, el recuerdo de Ali Khan, Sha'Oprah y el salón táctil se había trasladado a las secciones de color rosa dulce del cerebro, donde la nostalgia se alimentaba de las tensiones de lo que estaba sucediendo en el aquí y ahora.

Al principio, Soledad se sentía bastante satisfecha consigo misma. Había comprado un plato de sopa en un *puesto*

callejero. Luego encontró una bodega que vendía tabaco de verdad y compró un paquete de Camels peruanos de contrabando. Reanimada por el caldo y reanimada por el cigarrillo, cojeando se dirigió a una estación del BART que había visto de camino a los parques temáticos del Embarcadero. En el mapa interactivo junto a la taquilla descubrió que Oakland, como sospechaba, no estaba lejos de San Francisco; de hecho, se encontraba justo al otro lado de la bahía que delimitaba la península de la ciudad hacia el oeste, a tan solo una parada de la estación en la que se encontraba, en su punto más cercano.

Recorrió con el dedo los cabos e islas tridimensionales de la costa de Oakland. Los nombres de las calles y los lugares emblemáticos cobraron vida como por arte de magia gracias al calor de su mano.

Justo al sur de una carretera que lleva a un puente sobre la bahía, y en el lado noroeste, o continental, de un canal entre Oakland y una isla llamada Alameda, encontró, en letra diminuta, las palabras ESTACIÓN DE SUMINISTRO DE LA MARINA DE LOS EE. UU. Supuso que se trataba de la "base naval" de la que hablaba la mujer bajita.

La sola idea de aquella mujer bajita hizo que Soledad se estremeciera. Había introducido la tarjeta en la máquina, pulsado el botón de OAKLAND y recibido un billete. El tren era muy cálido y limpio. A pesar del dolor en el muslo, casi

se quedó dormida en los cinco minutos que tardó en cruzar la bahía.

Ese había sido el punto culminante. Bajó en una nueva plaza de hormigón construida con el mismo estilo de balcones escalonados y cubiertos de enredaderas que era popular en San Francisco. Las enredaderas estaban muertas o moribundas y la plaza, bañada por el color de la orina por las lámparas de sodio, estaba casi vacía. Cuando calentó la base naval en el mapa de la taquilla, el guardia de la estación la miró fijamente a la entrepierna durante un par de segundos, de modo que Soledad supo que las vendas no estaban conteniendo la sangre. Se encogió de hombros y señaló una calle tranquila que conducía a una hilera de nuevas construcciones, diseñadas con las mismas líneas que la plaza, donde los diversos cubos de ladrillo de las viviendas se superponían unos a otros en una serie de balcones, terrazas y azoteas.

Parecía que había caminado kilómetros, cada vez más perpleja, fumando y mirando a través de las pocas ventanas del complejo que aún no tenían cortinas. Y en cada una de ellas veía, más o menos, la misma escena: una caja baja en un lugar de ceremonia y, a su alrededor, en diversas posturas pero siempre conectados a la caja por cables telefónicos, las personas que vivían en ese apartamento. En cada ventana, sus rasgos estaban ocultos por ventosas, ya fueran completas o parciales. En cada ventana se movían, lenta o rápidamente, en respuesta a la dinámica del drama que se

les presentaba en 3D totalmente interactivo a través del cable B–Net.

En una ocasión, en dos apartamentos distintos, vio a dos familias sobresaltarse simultáneamente en respuesta a una escena presumiblemente violenta, y supo, por la similitud de sus ritmos, que estaban presenciando el mismo drama.

Aunque ella suponía que las ventanas con cortinas mostraban escenas de actividades domésticas más tradicionales, lo que asombró a Soledad fue esto: ninguna de las ventanas por las que podía ver mostraba otra cosa que no fuera gente bailando al ritmo de historias en 3D enviadas a través de Flash.

No debería haberla sorprendido. Siempre había oído que los estadounidenses pasaban la mayor parte del tiempo, cuando no dormían ni trabajaban, en Flash. Jorge dijo una vez que el único tema político que importaba en Estados Unidos era cuánto costaba acceder a internet de banda ancha.

El proyecto se detuvo bruscamente al encontrarse con una barrera metálica medio kilómetro más adelante.

En ese punto, los edificios residenciales dieron paso a una calle llena de garajes, coches quemados y casas en ruinas donde no vivía nadie.

Ahora, veinte minutos después, estaba perdida. Peor aún, estaba asustada. El efecto de la sopa y del Tren Nocturno había desaparecido y su cansancio había regresado con una intensidad triple; le palpitaba el muslo, no tan fuerte como cuando se había hecho la herida, pero lo suficiente. Las casas quemadas daban paso a solares vacíos entre fábricas abandonadas de ladrillo y hierro corrugado. Esto era muy diferente de lo que jamás había oído sobre Estados Unidos. Incluso Jorge —quien, aunque no despreciaba a los gringos como algunos de los *crucistas,* tenía cosas muy desagradables que decir sobre sus grandes corporaciones— jamás había mencionado zonas como esta. La niebla era tan espesa que parecía un enorme animal gris que se movía sobre los tejados de las fábricas y luego se elevaba durante unos segundos como si explorara su camino.

La calle que ella había estado siguiendo terminaba en las puertas de una central eléctrica. El camino a la derecha estaba lleno de maleza y ella giró a la izquierda. La mayoría de las farolas estaban rotas, y la única luz durante largos tramos provenía de latas llenas de basura que ardían en solares vacíos, tiñendo de rojo la niebla a su alrededor. Hombres y mujeres, todos ellos negros, permanecían alrededor de las hogueras como fantasmas negros, como las almas de los impíos alrededor de los pozos infernales de los que solía hablar el padre Jean–Carlos.

Un grupo de hombres se separó de un incendio y la siguió. Ella corrió, haciendo caso omiso del dolor en el muslo, a

través de una serie de callejones y se escondió tras vagones de tren en ruinas hasta que se marcharon.

En otra ocasión, un convoy de coches pasó a toda velocidad por la calle en la que ella iba. Eran todos coches antiguos que reconoció de la *plaza,* donde nadie tenía crédito para comprar coches nuevos: Chevy Impala y Nova, Oldsmobile Custom Cruiser, Dodge Dart. Pero mientras que en la *plaza* todos los coches y camiones estaban pintados y repintados con orquídeas, soles y arcoíris en los cálidos colores del trópico, aquí todos los coches eran negros o de algún tono de negro. Objetos extraños estaban atornillados a los capós y techos: cráneos de vaca, mandíbulas de metal, una máquina de discos, un órgano eléctrico, ordenadores enteros, paneles de luces verdes parpadeantes. Las ventanas eran negras y los tubos de escape ruidosos. Rugieron hacia ella como dragones oscuros sobre el asfalto destrozado, obligándola a saltar a la acera, dejándola temblando y tosiendo por el denso escape.

El claxon de un barco sonó bajo y fuerte a su izquierda. Soledad siguió lentamente la pared de un taller de soldadura tapiado y giró a la izquierda. Donde había barcos, razonó, probablemente había armada. Hasta el momento, salvo un letrero que decía “LOS CONVOYES DE LA ARMADA DE EE. UU. SE DETIENEN AQUÍ” y otro que decía “AGENCIA MARÍTIMA NACIONAL CHINA”, no había visto ninguna evidencia de armada, barcos o puerto. Este camino estaba más cubierto de maleza que el anterior. A ambos lados se alzaban los

muros de hormigón gris de antiguos almacenes. Sus ventanas estaban tapiadas y rotas. Cisternas gigantes se posaban sobre una estructura de vigas en T sobre sus techos. Una de ellas, por una razón demasiado obvia o demasiado oscura para preocuparse, había sido pintada toscamente para que pareciera un inodoro. Dos ratas salieron tranquilamente de un contenedor abandonado junto a una serie de muelles de carga cerrados. Observaron a Soledad con mínimo interés antes de seguir con sus propios asuntos.

El camino terminaba en un precipicio casi tan alto como los almacenes, hecho completamente de chatarra. Una grúa negra se alzaba sobre los escombros, desgarbada como una garza de Bahía. La sirena de niebla volvió a sonar tras el precipicio. Un vago atisbo de música llegó brevemente a sus oídos mientras la niebla se disipaba, para luego desvanecerse. El dolor de su herida, sumado al agotamiento que la invadía cada vez más, le impedía levantar los pies del todo. Sus pasos arrastrados producían leves sonidos entre las paredes.

No pudo ver si la carretera terminaba en el acantilado de chatarra o si giraba a derecha e izquierda a lo largo de su recorrido. Tampoco se percató de un cartel de madera contrachapada desgastado, con la mitad de las letras desconchadas, que decía:

U. S. NA

NO TRE AS I

Un rugido de motor.

Al principio, no estaba segura de su procedencia, ya que el hormigón absorbía el sonido y lo hacía rebotar en distintas direcciones. Al acercarse al acantilado de chatarra, se percató de que estaba hecho de coches desguazados: distinguió faros, cabinas aplastadas, ruedas. Por un instante, tuvo la inquietante sensación de que los coches, retorcidos y oxidados como estaban, habían decidido arrancar a medianoche y llenar esa calle por última vez con su oxidada sinfonía de colectores perforados, taqués sueltos y bocinas de «La Cucaracha».

Pero el ruido del motor era ahora más fuerte, y venía de detrás de ella. Se giró. Su mano se dirigió rápidamente a su cuchillo y luego, lentamente, lo dejó caer.

Una cosa enorme y rechoncha se encontraba a la entrada del callejón por el que acababa de entrar. Al principio, así la comprendió: como una cosa, no como un animal, ni como un ser humano. Era redonda, brillante, negra como un escarabajo de pantano, más grande que dos elefantes, de unos tres metros de alto y cuatro de ancho. Una joroba hinchada y redondeada coronaba el caparazón principal, y esa joroba era fea, con tentáculos, antenas, ojos pedunculados e incluso un hocico rudimentario, largo, abierto y oscuro.

La joroba superior se movió ligeramente. Las antenas y la boca se desplazaron, y los ojos parpadearon y cambiaron de forma al moverse para adaptarse, manteniéndola en la zona objetivo.

Y entonces su percepción cambió, y lo vio por lo que era: un coche blindado, solo que mucho más redondo, más grande y más silencioso que cualquiera que hubiera visto antes, y que circulaba sobre extraños neumáticos bulbosos como bolas negras y…

Y se abalanzó sobre ella. El motor rugió y comenzó a moverse. Quedó tan conmocionada que, por un instante crucial, solo pudo quedarse mirando fijamente.

En ese instante, la tensión entre lo que había perdido y el esfuerzo que le supuso huir la superó.

Se quedaría allí mismo, pensó con la mente en blanco. Se quedaría de pie y dejaría que la atraparan. Estaba agotada, sin suerte, con poca sangre y harta de correr. Y se sentía bien, no, se sentía maravilloso por fin abandonar esta lucha que siempre había sabido en lo más profundo de su ser que estaba condenada al fracaso. Se sentía *bien* aceptar, incluso dar la bienvenida, al breve dolor y al posterior olvido que habían engullido el *cruce,* y al hacerlo rechazar este país duro, brumoso y frío que exigía una energía cada vez mayor para hacer lo que su corazón le decía que no valía la pena hacer desde el principio.

Dio un paso hacia el objeto, aflojando las manos mientras bajaba los brazos, un gesto clásico de reverencia.

Los ojos del vehículo blindado se fijaron en Soledad. Pequeñas cuentas rojas y amplios ojos verdes cuadriculados, como los de una mosca vista con lupa.

Aceleró; ahora circulaba a quince kilómetros por hora.

Una lengua de fuego lamió su hocico. Rugió, como si de repente se enfureciera más allá de su resistencia, una explosión de cacofonía como camiones chocando y gritos y el silbido de serpientes, todo amplificado mil veces y horriblemente distorsionado.

Entonces, una llamarada la envolvió en una bola de fuego naranja, y una luz cegadora brotó de media docena de orificios, dejándola ciega; y algo más profundo que sus emociones, incluso más profundo que sus instintos, se apoderó de ella. En un instante, tan rápido como aquella llama, comprendió lo que estaba sucediendo: que su cuerpo era lo que la impulsaba, y lo que la había impulsado durante las últimas tres semanas; no nobles sueños de venganza, ni una obstinada negativa a someterse a los asesinos de Jorge, ni siquiera algún hábito de tránsito medianamente elegante, sino el impulso básico e instintivo de las fibras musculares y los nervios de huir del dolor y la muerte que estaban programados para evitar a toda costa.

Al darse cuenta de que no importaba, con el dolor olvidado y la aceptación desvanecida por la visión de las llamas, se dio la vuelta y echó a correr, ajena ya al dolor, sin pensar, sin emitir sonido alguno; no podía gritar ni respirar; no le quedaba nada que ofrecer al mundo salvo esta huida final, los jirones de sí misma, una expresión de escape.

El morro de la torreta secundaria se ajustó, se estabilizó y tembló brevemente. La niebla fluía en la trayectoria entre el vehículo blindado y Soledad. Su figura, que corría a toda velocidad, fue elevada por la onda expansiva, empapada por el gas soporífero que se extendió a su paso. Por un instante, fue consciente de estar tendida en la carretera, mirando la grúa gigante sobre su cabeza. Solo que no era una grúa, o más bien, estaba diseñada para parecerse a un ser vivo en contraposición a una mecánica, una especie de garza: alguien le había atornillado un enorme pico amarillo a la cabina y “plumas” rojas y amarillas en la cabeza.

Entonces la invadió una náusea, como una niebla que emanaba de su interior. El gas la envolvió. Tosió dos veces y perdió el conocimiento.

El vehículo redujo la velocidad y se detuvo a pocos metros de la mujer inconsciente. El rugido del altavoz se cortó bruscamente. El motor quedó al ralentí. La bola de fuego también disminuyó, acompañada del silbido de la gasolina a presión, hasta que solo quedó una pequeña llama en la boca del lanzallamas.

Durante casi treinta segundos, los periscopios y los ojos infrarrojos del coche patrulla observaron la figura de Soledad, y todo seguía inmóvil en el callejón sin salida.

Muy por encima de nuestras cabezas, la grúa comenzó a moverse. Su cabina giraba sobre cojinetes silenciosos. Las palabras «¡TOO–WEEt!», pintadas con pintura fosforescente, se hicieron visibles en su parte delantera. Al mismo tiempo, su pluma se desplegó sobre el callejón. Una garra gigante, utilizada para recoger chatarra, cayó silenciosamente de los cables hasta quedar suspendida en la oscuridad a metro y medio por encima de la torreta secundaria del vehículo blindado.

Se abrió una escotilla en la torreta.

La garra cayó y cubrió la torreta por completo.

Los cables de la garra se tensaron y la garra se cerró de golpe, chirriando sobre el resbaladizo metal negro hasta que sus dientes con punta de tungsteno encontraron la unión entre la torreta y el chasis, y quedaron atrapados.

Un casco apareció en la escotilla. El motor del vehículo blindado se aceleró. Dio marcha atrás, de forma explosiva y demasiado tarde, pues los cables se estaban enrollando y, sin aparente esfuerzo, la garra levantó el coche, balanceándose y aún acelerando, hacia el aire cargado de niebla.

Mientras los motores de la grúa zumbaban, su brazo gigante también se elevaba. La grúa, girando y cambiando de marchas constantemente, ascendió piso a piso hasta el nivel del techo y luego por encima de los almacenes a ambos lados, incluso por encima de las cisternas gigantes. Cuando la garra y su carga estuvieron a tres metros por encima de la cisterna más cercana —la que estaba pintada para parecer un inodoro—, la pluma giró de manera que su polea quedó colocada justo encima de la abertura superior de la cisterna.

Una polea más pequeña giró. La garra gimió. Entonces, al retirar sus dientes, se abrió.

El vehículo blindado cayó en la cisterna. Se oyó un sonido líquido, casi como el de una cisterna, y una lámina de agua salpicó como chubascos en el callejón de abajo. Se oyeron pequeños gritos mientras los tripulantes del tanque salían a toda prisa por la escotilla y se encontraban nadando en dos metros y medio de agua de lluvia mohosa.

Una figura descendió lentamente por la escalera de la grúa y entró cojeando en uno de los almacenes. Una espesa niebla cubría la península de Alameda en ese momento, y cuando la figura reapareció tras una esquina del almacén, un observador podría haber pensado, con razón, que se había transformado en una forma de vida completamente distinta.

Llevaba gafas de montura ancha y botas con punta de acero. Una computadora portátil básica colgaba de un

hombro. Bajo un cinturón de herramientas cargado de herramientas y alambre, vestía completamente de elegante ropa negra, de un corte y calidad que habían pasado de moda a mediados del siglo XX. Conducía un vehículo que parecía una mezcla entre una motocicleta Norton y una araña reclusa parda de fibra de vidrio. Una larga bufanda iridiscente ondeaba al viento mientras la figura hacía retumbar su máquina por el callejón y se detenía junto al cuerpo tendido de Soledad. Desmontó, la levantó y la metió cuidadosamente en el manto negro de la araña.

Entonces la figura volvió a subir a bordo. Con un chasquido del motor, aceleró por el callejón, hacia el acantilado de coches destrozados. Quizás fue un efecto de la niebla, pero desde la perspectiva del callejón parecía no desviarse ni a la izquierda ni a la derecha, sino desaparecer sin pausa entre un montón de Buicks aplastados en el centro del acantilado.

El sonido de su motor resonó durante un instante en el aire húmedo y luego también se desvaneció hasta desaparecer.

Capítulo IV

Algo falla en la Fourneaux–Dallape. El La sostenido (o Si bemol) grave no funciona. Esto tiene sentido, ya que su pulgar siempre ha sido pesado en ese registro; pero, precisamente ese maldito día, el Re agudo se desdobla, saliendo apresurado y con un sonido entrecortado, a la vez que emite un Fa tembloroso y estridente, o a veces un Fa sostenido. Compró el instrumento en Schaumberg Fils, la empresa musical más antigua y prestigiosa de la capital, pero son conocidos por sus precios exorbitantes y, además, no quiere ir a la capital por otros motivos.

Ella pregunta por todo el Conservatorio, centrándose en el departamento de órgano, pero también buscando información de otros profesores de instrumentos de lengüeta. En la Ciudad Amurallada, solo dos personas trabajan con órganos o instrumentos de lengüeta y ninguna toca un acordeón. Finalmente, un día durante el almuerzo, un instrumentista de cuerda, de entre todas las cosas, un

hombre llamado de Weick, primera viola de la Orquesta Sinfónica de la Catedral y un músico talentoso, pero del que muchos en el Conservatorio sospechan que tiene tendencias adornistas y que fuma demasiada pasta de coca, le habla de un hombre En el *cruce,* fuera de la Puerta de los Esclavos, que se especializa en autómatas. De Weick lo trajo cuando nadie más pudo descifrar un misterioso silbido en el Barker–slide del órgano de la catedral, y él resolvió el enigma en tres horas.

Hay dos problemas. Uno es que el violista no tiene la dirección ni el número de teléfono del hombre, y las guías telefónicas de Bamaca solo cubren la Ciudad Amurallada. El otro, por supuesto, es que se encuentra en el *cruce,* un lugar conocido por ser territorio sin ley, donde ni siquiera la policía patrulla; un refugio para cazadores furtivos de esmeraldas, simpatizantes de la guerrilla, anarquistas, saqueadores de tumbas y demás gentuza indeseable, y no precisamente el tipo de zona por la que una joven debería pasear sola.

Tras cuatro días intentando sortear el problema, decide llevar el Fourneaux–Dallapé a la capital, aunque sospecha, no, *sabe,* que en las profundidades de sus emociones la arrastrarán y la guiarán, acabará intentando contactar con Miguel, incluso si él le ha prohibido expresamente buscarlo en la ciudad; aunque, en su frustración y eventual desesperación, podría llegar a acampar en el café de la calle de su apartamento con la esperanza y el terror de ver a Doña Serena, su esposa y madre de su hijo de tres años y (no por

casualidad) hija de Sandoval, el viceministro de Comercio y amigo íntimo del general Ochoa Campos, comandante de la División Sierra del ejército federal.

El día que toma esa decisión tiene que asistir a una reunión de profesores del departamento de piano. Técnicamente, este es su grupo; ella se formó en piano hasta que, casi al mismo tiempo, fue seducida por un chico en el *campo.* Y la música de *Vallenatos* y todo el juego de acordeón, a la vez sensual y complejo, que se encuentra en esas baladas. El rector le permitió enseñar acordeón en el Conservatorio de Bamaca con la condición de que estuviera afiliada al departamento de Piano e impartiera dos cursos de técnica de teclado para estudiantes de pregrado.

La contratación del rector, por supuesto, fue interpretada por Moreno, el presidente de Piano, como una combinación de amenaza masiva e insulto deliberado. En la reunión de la facultad, curiosamente, Moreno no le dirige sus habituales pullas poco sutiles. El tema principal parece ser la asignación de espacio en las taquillas durante la temporada de lluvias, un asunto que a ella no le importa en absoluto. Tuvo que cancelar una tutoría con uno de sus alumnos más talentosos, un joven kogi de las montañas que suele quedarse dormido en clase porque trabaja como obrero vial para pagar la matrícula. Ahora, al ver a sus colegas discutir cada vez con más vehemencia —Moreno secándose el sudor de su calva con un pañuelo de encaje, Klein alternativamente reventándose granos y señalando con el dedo a todo el

mundo porque tiene más espacio en la taquilla que Parisot y cree tener derecho a él— decide, sin posibilidad de cambiar de opinión, que tomará el Fourneaux–Dallapé hasta el *cruce.* Esta tarde, después de su última clase.

Sale alrededor de las cinco. El autobús municipal solo llega hasta la Puerta de los Esclavos y allí debe registrarse en el puesto de control policial. Un elegante tanque negro con faldas en lugar de ruedas mantiene sus armas apuntando a la puerta. Los guardias revisan sus papeles y la observan fijamente, pero no dicen nada mientras ella saca el instrumento de la sombra de los muros hacia la amplia luz del sol de la *plaza.*

Y nadie le presta atención. Eso es lo primero que nota. La Ciudad Amurallada está llena de lúgubres callejones submarinos donde todo el mundo te mira de reojo, pero aquí a nadie parece importarle.

El segundo detalle que llama su atención es la música, porque la música parece vivir aquí, casi se expande en diferentes volúmenes desde todas direcciones: mambo de transistores, una arpista solitaria cantando “Luna de Habana”, un descarado grupo afroperuano encaramado en un camión abierto, los gritos de los vendedores que suelen cantar sus mercancías a todo pulmón, de sol a sol agudo, de mi a mi agudo. En algún lugar, un acordeón y una guitarra interpretan juntos “Puta Rosa”, el vallenato más antiguo y lírico *de* la costa central. Junto con la música, se da cuenta

de los colores; así es exactamente como los percibe, *con* las melodías, como si los colores fueran la expresión visual de las notas que chocan o se encuentran, pero que en cualquier caso se expanden y revolotean a su alrededor. Porque, en contraste con la piedra oscura y las sombras negras de la Ciudad Amurallada, todo lo que se encuentra dentro y entre los diferentes puntos cardinales de donde proviene la música aquí palpita con las entusiastas frecuencias de la luz. Las casas alrededor del Mercado de Esclavos están pintadas de amarillo brillante y rojizo, los adoquines están desgastados hasta convertirse en coral, los puestos rebosan de tintes brillantes, especias, loros y relucientes autopartes, ropa india brillante y fruta madura, todo comprimido entre el aguamarina translúcido del puerto pesquero y los verdes ftálicos de la selva que cae por las laderas inferiores de San Isidor y el azul real del cielo partido en diferentes partes por el vapor de los volcanes y los castillos ondulantes de nubes cremosas que finalmente llegan a tierra después de su largo viaje desde África.

Camina un rato, olvidando la carga que lleva al hombro, sorprendida por la cantidad de gente tras haber estado confinada durante tanto tiempo en las calles semidesiertas de la Ciudad Amurallada. Aunque no faltan personajes de aspecto sospechoso, un buen tercio de la multitud está formado por familias atrapadas en las trayectorias invisibles de niños medio controlados. A pesar de lo que Miguel siempre le contaba sobre este lugar, a pesar de las dos

peleas que presencia durante su breve paseo, no siente ninguna amenaza.

Los loros en particular la fascinan. Hay muchas más especies a la venta de las que ve incluso en Ruedo, en los límites superiores de la *selva.* Uno, un pequeño guacamayo con un tono índigo ahumado particular en las plumas de sus alas y un pecho amarillo canario brillante, capta su mirada tanto tiempo que tropieza con una de las cuerdas de sujeción de un puesto de *butifarras,* tirando al suelo un palo de albóndigas de pescado asadas, lo que provoca la ira del vendedor. Ella compra el kabab para apaciguarlo y gasta esa buena voluntad preguntándole si conoce al fabricante de autómatas. Pero él niega con la cabeza, señalando hacia el centro del mercado y una torre destartalada cubierta de antenas, antenas parabólicas, focos, láseres y literalmente docenas de letreros electrónicos. También hay cremalleras de noticias, enormes avisos ferroviarios, paneles publicitarios y todas las luces y el cableado correspondientes. La torre incluso tiene una choza improvisada a modo de oficina, encajada a la mitad de sus delgadas patas de veinte metros. A ella le parece probable que un viento más fuerte de lo normal la derribe junto con todos sus cientos de cables tensores colocados al azar. “Pregunta allí”, dice el *butifarra.* El vendedor gruñe. “Pregunte en Lo Pano”. Mientras se acerca a la torre, ve que sus diversos paneles cambian constantemente de anuncios, como el panel de “salidas” en una estación de tren

concurrida, aunque ningún ferrocarril ofrecería precios minoristas para “happy bananas” procedentes de un *cruce.* En Ghana, o el precio de mercado de las figurillas funerarias Quichey de fabricación local, o las obras “garantizadas” de jisi–yomo para el consumo de jagger.

El único acceso a la oficina de la torre es por una escalera destartalada que duda poder negociar con el Fourneaux–Dallapé. Por suerte, la oficina parece haberse extendido a la planta baja, a media docena de escritorios destartalados donde hombres y mujeres con cinturones negros para móviles, típicos de *los crucistas,* teclean en portátiles desgastados o charlan por walkie–talkies y teléfonos que parecen vibrar todos a la vez. Es difícil para alguien que habla en voz baja como ella llamar la atención, pero finalmente una joven, atrapada entre llamadas, la ve y levanta la vista en un grueso e increíblemente maltrecho libro de contabilidad donde el nombre Soledad se lee por encima del bullicio del mercado.

Resulta que la dirección corresponde a una casa *sobre pilotes,* una enorme estructura de madera elevada sobre pilares para protegerse de las inundaciones de la temporada de lluvias, situada detrás de unas casetas de piedra cerca del puerto pesquero. El fabricante de autómatas, que se llama Haddad, tiene unos treinta y cinco años, es muy pálido y delgado. Abre la puerta y, al mismo tiempo, acompaña a un cliente a la salida, quien murmura algo y aparta la mirada de Soledad mientras se aleja calle abajo.

Haddad habla rápido, viste ropa árabe holgada y cojea. Se ha lastimado el brazo; al menos lleva un vendaje cerca del codo que se toca y luego se alisa con nerviosismo. Hace preguntas y pasa al siguiente tema sin esperar respuesta. Unas gruesas persianas bloquean la menguante luz del sol y las lámparas son la única iluminación real dentro de los *pilares.* La casa está ordenada y casi completamente llena de bancos de trabajo y cientos de estantes que se doblan bajo el peso de las piezas de las máquinas.

Haddad coloca el Fourneaux–Dallapé sobre un banco y conecta sensores tanto a las partes de agudos como a las de acordes, así como al mecanismo del fuelle. Se coloca una máscara de realidad virtual en la cabeza, saca destornilladores de distintos tamaños y comienza a desmontar la máquina.

Soledad lo observa con nerviosismo. Sus dedos son largos y trabajan con rapidez y una destreza excepcional. Así, poco a poco, su nerviosismo por confiar el preciado instrumento a un completo desconocido que vive en una especie de puerto franco kropotkiniano y, para colmo, recomendado por un adicto al *basuko,* disminuye, para ser reemplazado por otro tipo de incomodidad; pues los dedos de Haddad parecen trabajar completamente por tacto, abriendo y sondeando delicadamente las entrañas del acordeón mientras sus ojos, bajo la media ventosa, permanecen fijos en Soledad. Y al poco tiempo, ella comienza a tener la sensación de que, al mismo tiempo que sus dedos abren la placa del fuelle y

desatornillan los tornillos que mantienen apretada la ligadura de la lengüeta, lo que él ve en sus nervios ópticos son esas manos quitándole el vestido y las bragas, exponiéndola a la mirada vacía de su deseo.

Se aclara la garganta y dirige su mirada a sus estanterías: tableros de memoria; un conjunto de acopladores para un órgano de iglesia; un conjunto heterogéneo que incluye una vieja computadora portátil y su batería, tres motores eléctricos enrollados con cinta adhesiva, tubos de plástico transparente que terminan en una funda de cuero, todo sujeto con un arnés de lona. También, un complejo mecanismo de relojería que aparentemente solo sirve para elevar bolas de billar por una cinta transportadora hasta la parte superior de un sistema infinitamente complejo de rampas, toboganes y trampillas, en cuyo fondo las bolas derriban y luego vuelven a colocar en la misma posición a una fila de hombres vestidos con las elaboradas túnicas de la Academia Nacional de Literatura.

Sabe que su rostro es del color del mango, y no tanto por su mirada como por la reacción que le provoca. No siente atracción alguna por ese técnico extraño y pálido; eso es un hecho absoluto. Sin embargo, siente un cosquilleo en los pezones que reconoce como el primer atisbo de una lujuria similar, no por Haddad en particular, no, sino por cualquiera, por el contacto, por la compañía y, por extensión (y por ausencia), por el contacto que Miguel no le ofrece, por vivir en otro lugar, estar casado con otra persona y trabajar para

alguien tan poderoso que debe manejar su relación, la suya con Soledad, como una operación de espionaje de máxima discreción para que sus enemigos no se enteren de la más mínima señal de irregularidad.

Se pone de pie, con la intención de alejarse de la vista de Haddad, pero ahora su mirada se ha posado en el instrumento, como si hubiera trasladado su deseo de la dueña a la máquina misma. «Qué cosa tan preciosa», susurra, alzando una de las lengüetas de aleación de oro que hacen que el Fourneaux–Dallape tenga un tono tan dulce y sea tan caro de reparar. «Esta es la de Fa, obviamente, y está agrietada. Por suerte, tengo contactos con los contrabandistas de oro; podemos conseguir una nueva por poco más que el latón. La lengüeta de La está intacta, creo, pero ahí la armadura está podrida, y tendré que quitar la caoba, sí, y ponerle una nueva».

Habla como mueve las manos, con deliberación, caricias, suavidad. Y el hecho de que pueda redirigir su lujuria con tanta facilidad, como si accionara un engranaje en una de las cientos de máquinas sin propósito terrenal que cubren sus paredes, elimina por completo la sensación de amenaza que representa Haddad. Solo queda el primer atisbo de deseo que aún latía ligeramente bajo su sujetador.

Enciende un cigarrillo Galaxy, camina hacia la ventana, apartando una pila de manuales de informática para poder abrir las persianas y mirar hacia afuera. Las lámparas de

aceite de una choza al otro lado de la calle iluminan pequeñas habitaciones contra la oscuridad azulada que cae como la escama de un halcón del volcán, ahora que el sol ha aparecido tras él; ha llegado la noche. La alta torre del bastión suroeste de la Ciudad Amurallada se alza oscura contra el desordenado horizonte de palmeras y viviendas de Bidonville. «Voy a una fiesta más tarde», grita Haddad desde atrás, «en el Barrio de los Ingleses, la organizan un poeta y un músico. Puedes venir si quieres».

Pero la emoción que sintió antes la hace pensar ahora en Miguel, o más bien sondear el vacío de su ausencia como Haddad examinó el vacío de Fourneaux–Dallapé, palpando profundamente, donde los ecos se hacen crecer para producir los tonos que la música generará. Tal vez sea el cambio de perspectiva: no ha salido de la Ciudad Amurallada ni del Conservatorio ni de su rutina con o sin Miguel durante tanto tiempo que incluso ir al *cruce,* ir al mercado de esclavos se siente como el tipo de aventura que puede hacerte replantearte toda tu vida. Sea cual sea la razón, el hecho de que durante un año y medio se haya puesto al servicio de un hombre que la visita dos veces al mes (tres veces durante las elecciones) de repente parece mucho más extraño que este pálido reparador de máquinas, este enclave circundante de saqueadores de tumbas.

Por un instante, es su vida la que de repente parece extraña, la Ciudad Amurallada la que parece peligrosa y rara con sus rutinas estrictas y *dueñas envueltas en chales,* Sus

banqueros en coches relucientes, sus sacerdotes patrullando la Catedral en parejas, sus persianas que se abren cada noche a las ocho como si los piratas aún hicieran estragos en las puertas en lugar del predecible y rentable crucero que los estadounidenses vomitaban para gastar sus dólares en artesanía fabricada en los talleres clandestinos detrás del aeropuerto. Ella intenta pensar en él, Miguel. Lo que siempre recuerda con claridad son sus atenciones hacia ella, cuando están juntos: los regalos de especias y discos de vídeo, las pequeñas e inesperadas caricias en lugares que le gustan: la nuca, la parte superior del estómago. También extraña la agudeza de su mente.

A diferencia de las charlas técnicas del profesorado del Conservatorio, ella puede entrenar con Miguel como un experto en espada practica con otro esgrimista de habilidad similar, deleitándose con el deslizamiento y la velocidad del acero.

Cuando intenta visualizarlo —su rostro castellano y delgado, su cabello oscuro que no se peina como él quiere, sus piernas demasiado delgadas— solo ve una aproximación, como una sombra de su recuerdo. Y se da cuenta de que nunca ve a Miguel con precisión y en su totalidad, solo pequeños detalles a la vez; y quizás así es como lo procesa y lo comprende.

Así, por segunda vez en dos días, su habitual reticencia a hacer algo diferente se ve amenazada, y luego envuelta en

una desesperación: la de que aquello que se niega a abandonar acabará ahogándola.

Haddad está redactando un recibo. «El acordeón estará listo en dos semanas», dice. «Puedo enviártelo por un cargo adicional». Ella toma el recibo y le da las gracias. La mirada de Haddad está perdida tras la parte transparente de la rejilla; la ha descartado. Su corazón late con fuerza y hace una mueca de fastidio.

—Esa fiesta —comienza, tomando aire y luego tosiendo suavemente con saliva—. Estaba pensando… ¿De verdad me estabas invitando?

Se encoge de hombros, pero su mirada vuelve a posarse en su rostro: curiosa, cautelosa, aún interesada. Es como si ella pudiera oírlo pensar: «*Esta no es como las demás mujeres», pero en el fondo, seguramente, sus necesidades son las mismas.* Se conforma con mantener las cosas sencillas, con soportar sus clichés, si al final lo consigue, aunque sea por un rato, para mitigar la desesperación que la inunda.

“¿Quieres ir?” La voz de Haddad se quiebra, como la de un niño, y gruñe para disimularlo.

—Claro —responde ella, simplemente.

Soledad se lo piensa dos veces casi de inmediato. Sabe, vagamente, dónde está Barrio des Anglais: es el barrio donde los ricos comerciantes construyeron casas, después de que

la amenaza pirata se desvaneciera, a media ladera del Teton y así protegidos tanto de las ocasionales erupciones del volcán como de las mareas bajas que periódicamente bañaban la costa, y también en una posición perfecta para captar la brisa marina predominante. No fue culpa de los comerciantes que no pudieran prever los problemas que traería la independencia, o el colapso del mercado del azúcar, o la afluencia de pobres rurales que se convirtió en una inundación de pobreza y arquitectura improvisada que se alzaba alrededor de des Anglais hasta el convento. Ahora Haddad la lleva a través de algunas de las zonas más densas de estos barrios marginales. Este Bidonville —lugares de gran complejidad, apuntalados con cuerdas de coco, improvisados con madera de desecho, cartón y trozos de coches viejos. Los gatos recorren los bordes de las calles con rápidos movimientos grises. El olor a letrinas al aire libre, a la comida de la indigencia —mandioca, fruta del pan, pescado de descarte— está por todas partes. También lo está la actividad que en la Ciudad Amurallada sería clausurada de inmediato por F2: el trueque de oro, la clasificación de esmeraldas, la copia de CD y husillos de información. La sabiduría popular en la Ciudad Amurallada es que esta gente te abriría el estómago, sin pensarlo dos veces, para robarte los zapatos.

Y sin embargo, aunque estas personas son obviamente pobres, todas parecen demasiado ocupadas para prestarle atención. Incluso las que no trabajan están acarreando agua

o cuidando niños, y las que no hacen eso tocan guitarras, sobre todo *bandolos* y *requintos,* en balcones, bares o esquinas de callejones. Una explosión lejana sacude el suelo, y nadie siquiera levanta la vista. Al cabo de un rato, se le pasa la ansiedad y observa con interés, incluso con diversión, la vida que llena esos empinados callejones como la sangre en una arteria.

Haddad es otra fuente de preocupación para ella, pues antes de irse sacó el arnés del estante y se lo colocó sobre un hombro. Finalmente, ella ató cabos: el vendaje en su brazo, las gafas 3D, los tubos, las bombas… es un mecanismo de manipulación, una forma de combinar la ingesta de diversos psicotrópicos modificados genéticamente con el desarrollo de una historia particular contada a través de la realidad virtual. Pero él no se pone las gafas mientras caminan, y ella termina por dejar de preocuparse también por esto; es un anticipo de cómo bajará la guardia en otros frentes antes de que termine la noche.

El apartamento al que se dirigen, el del poeta, está justo en la frontera entre Des Anglais y Bidonville, en el piso más alto de una casa de comerciantes que cruje, construida sobre un balcón y conectada a los dos pisos superiores de una casa de dos plantas elevada sobre la ladera erosionada contigua. Oye música y el bullicio de la gente antes de divisar, en lo alto, el resplandor ocre de las lámparas de aceite y las siluetas negras de los invitados que se mueven y bailan bajo esa luz. Bombillas eléctricas cuelgan sobre las columnas dóricas de

una pérgola de uvas en la azotea. Dos carrocerías metálicas de Volkswagen que forman el techo de la casa de dos plantas adyacente están iluminadas como si estuvieran listas para remolcar toda esta pesadilla arquitectónica hacia la noche violeta. Caballitos de mar azules descoloridos están pintados en el dintel de la vieja mansión. Ella y Haddad suben los escalones rotos como nadando contracorriente en un río de humo, licor, olores a comida y conversaciones, y se ven absorbidos por la fiesta como los nuevos nutrientes son absorbidos por la cadena alimentaria del Atlántico Sur.

Alguien le ofrece un vaso lleno de licor. Otra persona le pregunta si ha visto a "Víctor". Una chica muy borracha, con maquillaje azul oscuro y ojos verde brillante, le pide un cigarrillo. El licor es *pinga,* mezclado con jugo *de guanábana.* Los dos líquidos, uno dorado y el otro cremoso, se mezclan en su vaso como caramelos.

Tafia. Sabe deliciosa. Las paredes son de estuco amarillo y azul. Se abre paso con cuidado entre la multitud, observando las distintas vistas que la media luna ofrece como platos de mariscos recién abiertos a través de grandes ventanales: San Isidor, Bidonville, la Ciudad Amurallada, la bahía y el océano al fondo. Observa a los pájaros, porque hay pájaros por todas partes en este apartamento, sobre todo loros, pero también una guacamaya miniatura con plumas de las alas de color índigo ahumado y pecho amarillo, idéntica a la que vio en el mercado. Una jaula llena de *agobequis de pico negro* cuelga de la pérgola de uvas en el balcón, y se acicalan y chillan con

fuerza, excitados por la salsa modificada que toca un grupo en una esquina.

Parejas se mecen perezosamente en hamacas colgadas entre columnas y muros. Enredaderas repletas de flores doradas desprenden un aroma a melaza. Las paredes están cubiertas de estanterías, la mayoría repletas de libros, aunque algunas también albergan diversas colecciones: veleros en miniatura dentro de botellas, herramientas antiguas, ranas de jade, estribos y frascos de Quinchamali. Ruedas de carreta desgastadas, mascarones de proa con forma de sirenas, ángeles y feroces guerreros indios —todos blanqueados como el cemento de hueso— ocupan las esquinas.

En una habitación lateral, un piano de cola Mason & Hamlin, muy usado, exhibe un ramo de lupinos azules. Los invitados que llegan colocan flores frescas sobre un televisor Zenith anticuado, adornado con símbolos de Umbanda–Cargo, que se encuentra sobre un pedestal en la sala principal. Una voz emerge de la multitud, la voz de un hombre que dice: «Tienes las mismas posibilidades de éxito, sí, si te opones a las pequeñas comodidades en las que la gente basa su justificación que si intentas obligar a la montaña a retirar sus aludes de lodo». Es apropiado que su primera impresión de Jorge provenga de sus palabras y su voz. Tiene una voz moderadamente grave, ligeramente áspera, como un trozo de mangle viejo que ha sido lijado y barnizado, pero que aún conserva, en cierta irregularidad de

textura, un registro de su crecimiento y sus viajes. Ella se gira, buscando al que habló. Lo reconoce al instante: una figura alta y apuesta con un ángulo preciso en el cuello. Héctor Ruiz de Castro, piensa; es un famoso cantante de *cumbia.* Se queda boquiabierta de asombro al ver a Ruiz, dueño de una mansión en la Ciudad Amurallada, una finca en Saint Jean y un Lexus nuevo, en esta fiesta en este *cruce de mala muerte;* entonces Ruiz habla, sin decir gran cosa, en un registro media octava más alto que la voz texturizada de antes.

Ruiz se mueve hacia la izquierda, y el hombre a su lado ríe. No fue Ruiz, sino el segundo hombre, quien habló de que la montaña recuperaba su lodo. Ella se inclina hacia adelante, intrigada; ha terminado su *tafia* y sus inhibiciones comienzan a desvanecerse, como ropa tres tallas más grande. Él capta su movimiento. Sus miradas se encuentran. Y lo que ella percibe entonces es el verde, docenas de verdes diferentes fundidos en la intensidad de la mirada del hombre, o tal vez ella misma proporciona la intensidad que los funde en ese primer instante. Percibe el resto de él: el cuerpo robusto de campesino, tan diferente al de Miguel; las manos fuertes, la ligera joroba; también la fuerte nariz vasca, el cabello canoso peinado descuidadamente hacia atrás, los párpados y los pómulos que crean un refugio de sombra. Pero es el verde lo que siempre teñirá su primera impresión de Jorge, y por lo tanto, para siempre, su recuerdo de él.

Ella se da la vuelta, por supuesto. No ha bebido lo suficiente como para quedarse mirando. Encuentra a Haddad de pie en el balcón junto a ella, mirándola fijamente, con las gafas de realidad virtual puestas hasta los ojos, balanceándose ligeramente al ritmo apenas audible que sale de sus auriculares. Ella levanta uno de los auriculares y pregunta: "¿Quién es ese?", señalando discretamente al hombre de ojos verdes. Los labios de Haddad se curvan en un leve gesto de desdén; ella no está segura de por qué, pero él responde: "Jorge Echeverría, el poeta del que te hablé", y luego se da la vuelta, hacia el mar, donde las luces de la Ciudad Amurallada, las luces de ancla de los yates y las lámparas de propano de los pescadores de congrios forman una constelación en la oscuridad profunda que, a su manera, se asemeja al resplandor de las estrellas en lo alto.

Se toma otra *tafia* y empieza a hablar con los *agobequis,* incluso tarareándoles un poco, así de fuertes son las bebidas. Sabe que se queda cerca de su anfitrión porque le intrigó, por esa breve frase, el «Sí, si te opones a las pequeñas comodidades…» que pareció encontrar resquicios en el ruido de la multitud para llegar a sus oídos primaverales. Aunque él y Ruiz están rodeados de gente que obviamente siente lo mismo, a través de huecos entre hombros y cuellos él la mira de vez en cuando y sus ojos se encuentran de nuevo, encuentros de verde y azul. Lo que la hace feliz, incluso emocionada. Se da cuenta de que con solo coquetear con alguien, con cualquiera, sería feliz en este momento.

Añádele a eso la sensación de escape, de leve peligro que supone visitar por primera vez esta ciudad prohibida —y la *tafia*— y se entiende en gran medida esta euforia. Se rellena el vaso, sonriendo sin motivo aparente, y se vislumbra en un espejo dorado junto a la barra. Tiene las mejillas enrojecidas por el ron. Su cabello ondea como electricidad negra desde sus hombros, y sus ojos le parecen reflectores aguamarina, casi enloquecidos por su intensidad. La forma de *V* de su boca, al sonreír, ha desenrollado parcialmente las comisuras de sus labios, que normalmente se ocultan en un pliegue diagonal de piel a cada lado.

La música se detiene. En el silencio, la voz de una mujer toma protagonismo, y la gente guarda silencio mientras presta atención a la voz dominante, pues ella habla en voz alta, casi gritando.

—Por todos ustedes —dice—, he lanzado los proyectiles una y otra vez.

—¿Cómo puedes estar tan segura, madre? —pregunta una mujer—. ¿Acaso las conchas te dicen los números de la lotería?

Se oyen risas. Soledad, de regreso a la habitación donde está el guacamayo, ve a un conocido economista de la universidad desmayado y sin camisa en una de las hamacas. Se acerca al lugar donde provienen las risas. Haddad la sigue,

como lo ha hecho toda la noche, sin armar alboroto, cuatro o seis personas detrás.

“El mal nos rodeará como átomos de luz”, continúa la voz.

Soledad ve a una mujer que se debate entre un hombre que lleva el pañuelo negro de un saqueador de tumbas y una adolescente con un espeso maquillaje azul y negro. La mujer es corpulenta, de piel oscura y cabello recogido en un pañuelo blanco. Luce decenas de medallones que muestran en relieve a los santos de Umbanda, de ascendencia mitad católica y mitad africana, y las ofrendas simbólicas de Cargo.

Una *mounchey;* una sacerdotisa de la religión popular que la mayoría de la gente de Bamaca practica o al menos a la que presta atención porque está muy arraigada en las piedras y en otros pueblos de aquí.

Esta *mujer andante* no lleva zapatos y su cabello es largo y cuidadosamente trenzado. Tiene los ojos en blanco y extiende los brazos y los dedos horizontalmente. «Son de muchos colores, estos espíritus de la noche, de tantos colores como la luz crea, pero los conocerás como conoces a tus propios hijos e hijas. *¡Aaah!»,* grita, y cae hacia atrás. Los brazos de media docena de personas la sujetan y la bajan suavemente al suelo, sin dejar de gritar.

“¡Legliz, el puerto pesquero, está lleno de hocicos de cerdo! El mar hará fuego, la tierra orinará agua…”

«Y el volcán cagará *pinga* y todos serán felices», añade alguien. Eso disipa la tensión y parece callar también a la *mounchey,* pues enseguida se queda dormida sobre las sandalias de alguien. Soledad se gira, con la intención de localizar a Haddad y averiguar al menos cómo salir de allí, y encuentra a Jorge Echeverría a su lado. Él asiente, hace una media reverencia; sus modales son españoles y cautelosos. «Es una buena *mounchey»,* dice, «he aprendido muchas cosas de ella, aunque no me las crea, pero por las *asociaciones* que hicieron con lo que yo pensaba, me resultaron útiles».

Ella asiente, preguntándose: ¿Siempre habla con tanta pretenciosidad? Al mismo tiempo, le gusta el hecho de que, pretencioso o no, parece buscar inmediatamente significados más allá de lo obvio.

—¿Qué es eso? —le pregunta, señalando al pájaro de plumas índigo.

—Un guacamayo de alas azules —responde—. *Joder,* no tengo ni idea de cuál es su nombre real. Solo compro pájaros porque son bonitos y cantan como niños.

Hablan un rato más sobre cosas sin importancia: el sabor de la *tafia,* si es mejor mezclar la *pinga* con guanábana o mango (ambos prefieren la guanábana), y si la luna se ve más bonita o menos sutil por la bruma del volcán. También coinciden en eso. Ella se ha preguntado antes sobre el papel

de esos acuerdos tempranos e intrascendentes en la construcción de una ilusión de compatibilidad en niveles superiores; ¿forja alguna asociación con la atracción feromonal, con la ilusión, con la idea de asociación misma? Ella le habla, vagamente, del Conservatorio. Él dice: «Pero deberías trabajar aquí, no en esa orgocracia larvaria». No es la primera vez que se topa con la jerga de Hawkley. Él lleva una camisa de lino suelta y pantalones del mismo material. Sin zapatos, un pequeño amuleto Cargo en una cuerda alrededor del cuello. Tiene las uñas sucias.

Entonces Ruiz lo llama y vuelve a reinar el silencio. Ella sube por la escalera que lleva desde la casa del comerciante hasta la vivienda de la chimenea. La gente se asoma por las ventanas del VW que hay encima de ella para averiguar el motivo del silencio. Ruiz toca una guitarra española y Jorge empieza a recitar. Al principio piensa: «¡Madre mía!, la pretensión no cesa», aunque sabe que su reacción se debe en parte a los celos, porque ella sería totalmente incapaz de pararse así delante de desconocidos y presentar su propia obra.

En cualquier caso, las caras que la rodean claramente no están de acuerdo con ella. Son serias, como si Echeverría estuviera reafirmando algo tan importante para ellos que los estilos y egos que lo rodean ya no importan.

Y entonces empieza a escuchar, sin prejuicios profesionales, por una vez. Y en su interior encuentra que las

palabras también afirman algo que vale la pena decir, algo importante de otra manera. Aunque lo que le dice a ella no sea lo mismo que a estas *crucíferas;* su interpretación es personal y tiene que ver con los conciertos de piano de Dvořák, que le sirvieron de salvavidas en otro momento en que también se sentía abrumada por su falta de valor, su pereza y su incapacidad para moverse.

Cuando te digo que no me queda nada
No me refiero simplemente a "nada".
Quiero decir, cuando busco huesos
en la playa no hay huesos, ni uno solo,
solo olas rojas de África, rodando los días.
Te di como piedras.
Quiero decir, cuando como una guanábana
esperando ese sabor a frambuesas y luna
solo saboreo vinagre y el humo de un pueblo
donde el ejército nunca ha estado,
de nuevo.

Aplausos al final: firmes, no aduladores. Ya nadie se molesta en mezclar *tafias,* ahora pasan botellas de *pinga pura.* La banda vuelve a tocar. Casi de inmediato, un coro de gritos la eclipsa cuando dos *guaqueros* se enfrentan en el borde norte del balcón. La guirnalda de luces festivas brilla en las navajas que sostienen con destreza, extendidas y sueltas, paralelas al suelo en el ángulo perfecto para encontrar el espacio entre dos costillas, con la mano

izquierda envuelta en los pañuelos de seda pintados que los saqueadores de tumbas usan en sus ratos libres.

Un anciano tuerto sonríe. Pasa fichas de dominó de mano en mano mientras observa con cariño el posible caos. La chica, con demasiado maquillaje, se aferra ebria a uno de los hombres, intentando besarlo. Está entorpeciendo la pelea, y él la aparta con rabia.

Entonces Jorge entra en el círculo del *duelo.* Toma a la chica por un lazo y la mirada que le da al hacerlo es tan profunda en dolor e impotencia que Soledad se da la vuelta, sintiéndose vacía, y se va a buscar a Haddad, que resulta estar allí mismo, las seis personas de siempre detrás, mirándola fijamente mientras el vídeo en 3D se reproduce en sus gafas y la música retumba en sus auriculares y el jisi yomo y *basuko* y la adrenalina sintética se disparan alternativamente a través de tres pequeñas bombas en su IV de la muñeca, en patrones que se retroalimentan entre la música y el programa jag que se ejecuta silenciosamente en su ordenador jambook [tableta].

Ella deja que Haddad la guíe de regreso al puerto pesquero. Él quiere que vaya a su casa de *pilotes,* pero ella se niega, amablemente. Normalmente podría ser dura con él, para asegurarse de que entienda el mensaje alto y claro, pero él tiene al Fourneaux–Dallape como rehén y ella no quiere hacerlo enojar por algo tan estúpido. Aun así, él está enojado: desconectó la conexión intravenosa antes, cuando

salieron de la fiesta. Ahora también se quita las gafas VR y la mira fijamente. Están al abrigo de un vendedor de mariscos que abre toda la noche. Los pescadores los observan con curiosidad mientras arrastran unas medias Hondas llenos del pescado más feo que Soledad haya visto jamás, y lo vacían en cajas sobre las básculas del pescadero. El olor es denso a sal marina, intestinos de pescado y gasóleo, el sabor del puerto.

—Te estás enamorando de Echeverría —murmura, y repite la acusación en voz más alta.

—No me estoy enamorando de nadie, eso es lo que intento decirte —responde ella bruscamente—, de todos modos, obviamente tiene las manos llenas con esa chica borracha.

“¡Ja!”, ríe Haddad, y se da la vuelta, conteniendo un sollozo; es el jisi yomo, piensa ella, que saca a relucir las emociones. “Tiene las manos llenas, sí”, continúa Haddad, “pero es su hija”.

Luego se aleja por un callejón, dejando a Soledad mirándolo fijamente; mirando las lámparas de acetileno de la pescadería; el letrero que dice, doblando la esquina del callejón, sobre el letrero de la tienda, APARTAMENTO EN ALQUILER 4.º PISO, 50 CAIMANES MENSUALES. A la fealdad de los peces, su piel negra y correosa que brillaba con lodo marino, sus enormes dientes amarillos, sus ojos bulbosos sobresaliendo de tallos de veinte centímetros de largo, como

si el propio pez no pudiera soportar estar demasiado cerca de esos globos pegajosos; bocas de la mitad de la longitud de su cuerpo y estiradas como la sonrisa de los duendes más sádicos del infierno.

«¡Mierda!», exclama, mirando ahora solo a los peces. Sin embargo, lo que realmente comenta no es su fealdad extrema, sino la intensidad de la emoción que volvió a invadirla al oír las palabras de Haddad. Debido a cómo se desvaneció la emoción cuando creyó que la chica morena era su amante, puede medir con exactitud cuánto de esa emoción provenía de la chispa inicial del enamoramiento y cuánto fue creado por la peligrosa anarquía de lo que acaba de hacer al ignorar los consejos de Miguel, de su padre y de todos los quejumbrosos habitantes de la Ciudad Amurallada que le prohibían ir más allá de los casinos de La Plaj o de *la estancia de su padre* cerca de las montañas. Tampoco es la Ciudad Amurallada la culpable; ella también lo entiende, a pesar de, o quizás gracias a, la quemazón de *pinga* en su cerebro. La verdadera culpable es una superestructura del autoconocimiento que tenía antes, un conocimiento *sobre* el autoconocimiento.

Porque puede sentarse como lo hizo antes y analizar con sobriedad esa maldita propensión que tiene a la procrastinación, al hábito, a dejar que lo que ya sucedió determine por sí solo lo que aún no ha ocurrido, *y aun así, a pesar de esa comprensión, y en medio de pensar en ello, permite que continúe;* como estar de pie en medio de la

autopista de la capital viendo cómo el autobús expreso Onibus se acerca a toda velocidad, sabiendo todo el tiempo que estás demasiado aletargado para mover las extremidades, consciente de que las pastillas de freno desgastadas del conductor nunca detendrán el autobús a tiempo.

Y la presión de la rabia autodirigida que produce este pensamiento, y los restos del embriagador deleite que sintió en la fiesta, y (hay que decirlo) la *pinga,* la impulsan lejos de la pescadería hacia el muelle propiamente dicho, donde camina peligrosamente cerca del borde de los muelles, fumando un cigarrillo tras otro, provocando advertencias e invitaciones de los pescadores y contrabandistas hasta que la fatiga y los comienzos de un dolor de cabeza *por aguardiente* la hacen dirigirse al Mercado de Esclavos, hacia las puertas de la Ciudad Amurallada y el puesto de mando de la policía federal, brillantemente iluminado, como si la llamara de vuelta a casa como lo haría una madre, tan perdida, confundida y abandonada como se siente esta noche.

Temía volver a su apartamento, después de la emoción de haber dejado la Ciudad Amurallada, después de los colores de los loros y la música y de los lugares prohibidos; pero cuando despierta al día siguiente su apartamento no parece tan malo: oscuro, fresco y seguro dentro de sus gruesos muros del siglo XVII; un refugio que protege a la persona que vive dentro. Su pequeño piano de cola está repleto de

manuscritos musicales. Las fotos en su cómoda narran en serie las etapas de la vida que la han convertido en quien es: la cabaña junto a las minas de tungstita, su perro Pablito en el césped de la finca, su madre sonriendo demasiado mientras intentaba escapar del objetivo de la cámara. Miguel con traje de noche, captado por un fotógrafo de prensa en el estreno de una obra a la que no tenía permiso para asistir. El teléfono suena mientras se ducha y deja que conteste el contestador automático, aunque solo puede ser una persona. Cuando lo revisa —secándose perezosamente mientras la cinta sigue reproduciéndose— oye la voz de Miguel, de timbre íntimo, separada por la distancia y la mala calidad tanto de la cinta como de los cables telefónicos.

"Sandoval me necesita para el comité de seguridad aeroportuaria la semana que viene, así que no podré asistir. Conseguí que me lo prometiera la semana siguiente, y tengo una reserva en el Castillo Playa ese jueves, con el nombre que ya conoces". Una pausa.

"Me siento mal por esto, *mi amor* —me siento separado de ti. ¿Dónde estás, por cierto?"

Cuelga sin decir su nombre. Sabe que ella reconocerá su voz, pero incluso al principio de su relación, cuando no podía darlo por sentado, nunca dejó su nombre por motivos de seguridad. Dice que si Sandoval descubriera que engañaba a su hija, podría mandar matar a Miguel fácilmente. A pesar de lo que todos piensan, los escuadrones de la muerte nunca se

disolvieron del todo; simplemente fueron a una escuela de contrainsurgencia en Estados Unidos y tomaron cursos de “sensibilidad”. Pero a Sandoval solo le basta con descolgar el teléfono y llamar a Ochoa Campos para que una docena de hombres vayan a por quien él nombre.

Últimamente, sin embargo, Soledad sospecha que esto es solo una excusa conveniente. Si bien Miguel siempre dejó claro que no tenía intención de dejar a Serena, quiere que ese entendimiento esté respaldado por una necesidad imperiosa, para poder permitirse el lujo de dejar fluir sus emociones, con una barrera impenetrable que lo proteja de consecuencias desagradables.

Ella golpea el contestador automático contra la cómoda. Su cubierta de plástico se agrieta. Se pregunta por qué lo hizo; no se siente particularmente enojada. Sobre todo, se siente cansada, con resaca y desconcertada. Porque algo la impulsa dentro de ella, como el motor de un electrodoméstico muerto hace mucho tiempo que de repente arranca en medio de la noche, despertándola preguntándose qué demonios puede ser ese ruido. No sabe cuál es el mecanismo; no es la emoción del enamoramiento, que ya es algo habitual para ella. Ni siquiera es la sensación de haber roto las reglas de una manera que normalmente nunca hace. No le interesa investigar más ahora mismo. Se viste, camina hasta el Conservatorio y trabaja hasta tarde. Cuando regresa al apartamento, se prepara una taza de chocolate caliente y se acuesta inmediatamente.

En esta etapa de su vida, no suele soñar mucho. Pero cuando la alarma la despierta a la mañana siguiente, es como si hubiera vivido todos los horrores de una pesadilla infantil, de esas en las que uno se encuentra encerrado en un espacio cerrado mientras algo maligno, lenta y deliberadamente, derriba la barrera que lo separa de él, sin poder escapar ni despertarse. Y cuando finalmente despierta, jadeando y aterrorizada, la realidad se ha teñido de los tonos grises y sombríos de la pesadilla, de modo que nada parece como debería, e incluso los factores que antes le inspiraban alegría parecen inútiles y sin valor.

Ella sigue con sus rutinas matutinas sin importar nada: preparar café, ducharse. En el pequeño teatro de la higiene, el torrente de agua que afloja el agarre del hábito, el rostro de Jorge entra en su mente sin previo aviso: como era, no cuando recitaba sus poemas, sino cuando hablaba con ella; la nariz depredadora, el cabello peinado hacia atrás como por una tormenta. El verde profundo de su mirada, la masa y los tendones de sus manos. Incluso después de secarse, la leve emoción de algo que corre dentro de ella continúa, y emite un chirrido de color de loro, y olor a pescado, y esmeralda compleja, como si la experiencia más grande de el *cruce* hubiera sido capturada y comprimida en una caja de música dentro de ella y ella hubiera levantado la tapa un poco Lo suficiente para que comenzara a girar. Un tintineo de acorde, de *ballenato.*

Se queda mirando la pila de trabajos de estudiantes que anotó y calificó ayer, dándose cuenta de que ya ha terminado su trabajo de clase para la próxima semana. Debería salir del apartamento ahora para llegar a tiempo a su seminario de técnicas avanzadas, pero en vez de eso se sirve una segunda taza de café y camina por el apartamento oscuro, abriendo por completo las cortinas de terciopelo polvorientas para mirar hacia afuera, al balcón de piedra, a las ventanas de enfrente, cuyas cortinas oscuras también tiemblan como si respondieran, y luego se quedan quietas.

Una tercera taza. Soledad descuelga el teléfono y llama al Conservatorio. Se siente mal, le dice a la secretaria del departamento de piano, probablemente tenga una gastroenteritis. No irá hoy, tal vez ni siquiera mañana.

Ella hace los arreglos para que un profesor que vive cerca recoja más tarde las composiciones anotadas en la tienda de enmarcación de la planta baja.

Ella no reflexiona sobre lo que hace. Pensar en ello implicaría analizarlo, y analizarlo requeriría reconstruir cada episodio de los últimos veinte años que la llevó a sentirse así en este lugar, en este preciso instante. Ahora se da cuenta de que es un mecanismo con el que preserva su incapacidad para actuar. Pero solo por esta vez, ignorará ese mecanismo; solo por esta vez, verá qué sucede sin él.

Y lo que sucede es: saca de su armario una pequeña mochila de lona que compró para ir de excursión al Parque Tayrona, que por supuesto nunca pasó de la fase de planificación. Mete en su mochila su cuaderno de composiciones (en su mayoría sin terminar), la edición Fischer de las obras de piano de Dvořák una caja de tampones, un cepillo de dientes, un cepillo para el pelo, tres pares de ropa interior, su tarjeta de débito y una delgada petaca de cristal de Venganza. Recoge el contestador automático del suelo y pulsa el botón de GRABAR.

—Me he ido este fin de semana —dice con una voz aguda y rígida, muy distinta a la suya—. No sé cuándo volveré. Suena ridículo, contradictorio. Vacila. Las palabras que debería decir —puede visualizar a Miguel escuchándolas, no su rostro, sino su delgada figura vestida de traje oscuro, inclinada asombrada sobre la máquina— se agolpan en su cabeza. En realidad, son las palabras que otros querrían que dijera, las frases hechas para suavizar los duros contornos de la verdad, que es que durante un año y medio la ha tenido toda, *aunque amarla como* lo hizo le haya costado algo, y la amó —la ama—, esto lo sabe con la misma certeza con la que sabe su propio nombre.

Abre la boca para dar forma al sentimiento de tristeza que brota en su interior al pensarlo.

Luego lo cierra.

El pequeño mecanismo aún zumba en su interior. De hecho, ahora suena un poco más fuerte, y ahora comprende lo que es, no intelectualmente sino orgánicamente; como si fuera el tono del motor lo que le resulta familiar, un acorde mayor de movimiento rotatorio que, según su glosario profesional, representa la excitación.

Emoción. Una leve sonrisa se dibuja en sus labios. Suelta el botón de grabar. El contestador automático emite un pitido, se reinicia y se queda en silencio, esperando a que su antigua vida la llame de nuevo.

Coge la pila de papeles anotados y su mochila, sale de su piso y cierra la puerta con un cuidado exagerado.

Capítulo V

Despertó como si estuviera tumbada en una piragua a la deriva por un río lento y profundo que, sin barreras ni fronteras, pasaba de ser un lugar de ensueño a uno de consciencia.

Zarcillos de bamaca se aferraban a los costados de la canoa como las manos de los ahogados. Era cálido y suave en la embarcación, los indios (reflexionó vagamente, sus pensamientos aún tenían la capacidad, generada por el sueño, de extenderse en todas direcciones), los indios debían haber cubierto el fondo con frondas. Sabía que estaba despierta, pero no tenía prisa por abrir los ojos y llegar a todas las conclusiones que implicaba estar despierta. Por ahora, los colores del sueño eran más fuertes y el *cruce estaba vivo y los agobequis* de Jorge rompían sus semillas de calabaza y su pluma rascaba entre los restos de la fiesta mientras caminaba de nuevo a través del aliento caliente del Mercado de Esclavos, aunque nunca había caminado por el

mercado cuando no tocaban *los vallenatos* y entre un olor a abandono tan frío y poco tropical.

Abrió los ojos.

Un hombre estaba de pie junto a ella, otro estaba sentado a su lado.

Las luces de neón que salían de detrás de una larga ventana azulada iluminaban las habitaciones desde atrás. A través de la ventana, vio una habitación de techo bajo que parecía tan interminable como la idea del purgatorio. Esa habitación, a su vez, tenía una larga ventana en el otro extremo, tras la cual se extendía un espacio aún más vasto donde algo permanecía suspendido, algo que su cerebro, de forma casual pero finalmente, se negó a procesar.

También notó, sin darse cuenta, a un tercer hombre de pie junto a una mampara de arquitecto en la segunda habitación. Pero esto era un detalle, un telón de fondo para lo urgente que sucedía frente a ella. Por un instante, buscando en su memoria nombres para identificar a estos dos hombres, recurrió demasiado al pasado y los reconoció como lo habría hecho en un sueño: el alto y delgado como Héctor Ruiz, el hombre sentado como Haddad, después de todo llevaba una media ventosa; pero entonces incluso el sueño REM se desmoronó, pues este último era totalmente calvo, tenía la piel amarillenta y la postura encorvada de una enfermedad neurodegenerativa. Además, estaba sentado

en una especie de silla de ruedas con docenas de artilugios acoplados, y ella nunca había visto nada igual.

Ahora, mientras sus pupilas se dilataban para captar la poca luz que podían encontrar en aquel lugar oscuro escondido dentro de un espacio más luminoso dentro de otro lugar oscuro, distinguió sus rasgos, y eran gringos; peor aún, gringos que nunca había visto.

Y entonces estaba completamente despierta, la memoria a corto plazo la envolvía como una red, aquella enorme criatura con fuego goteando de su hocico y ojos rojos y verdes que venía hacia ella con sus pies redondos y pulcros.

—Esta vez está consciente —dijo el hombre lisiado. No la miraba a ella, sino la parte superior de la pantalla de su dispositivo. Movió un joystick y pulsó una vez.

Se incorporó con cuidado, empujándose hacia atrás en la cama, lo cual era difícil porque la cama era blanda como un flan. Se movía y cedía a sus esfuerzos como una ampolla enorme. Le dolía muchísimo el muslo izquierdo. La parte baja de la espalda, que había mejorado tanto durante su viaje al norte, le dolía de nuevo, aunque no tanto como cuando se la torció por primera vez.

—¡No me digas! —respondió el otro hombre.

«Patrones theta salvajes», comentó el hombre sentado. Tenía un rostro sumamente apuesto, suave como el de una

mujer bajo el brillo de las gafas, acolchado pero no deformado por la grasa. El hombre de pie se mantenía tan rígido como un paracaidista de la División Sierra. Llevaba el pelo corto. Sus rasgos eran afilados, bien afeitados e inmóviles. Vestía un mono descolorido, botas de trabajo y una gorra de forraje mohosa con las palabras USS DUBUQUE SSN–61 impresas. Varias herramientas —alambre para enfardar, alicates, una computadora portátil tan moderna como cualquiera que ella hubiera visto en el distrito comercial de San Francisco— colgaban de un grueso cinturón utilitario de cuero.

La música retumbaba suavemente desde un altavoz detrás de ella. Reconoció ritmos orientales, música vocal, didgeridoo, riffs de todas partes: Shift–shin.

—¿Quieres llamar a Stix? —preguntó el hombre en silla de ruedas, mirando hacia la ventana.

El tercer hombre, aunque más lejos, se distinguía mejor bajo la luz neón de la habitación contigua. Era de complexión media, robusto, incluso un poco regordete. Tenía el pelo rojizo y despeinado, una nariz corta y cóncava, y un mechón de bigotes que erizaba entre el labio inferior y la barbilla. Llevaba el mismo cinturón que el hombre que estaba junto a Soledad, pero ahí terminaban las similitudes en la moda; el hombre regordete vestía un traje negro de tela iridiscente debajo de sus herramientas, además de polainas, una camisa de cuello alto con volantes y una pajarita negra. Todo estaba

cortado al estilo de las flappers y los transatlánticos de tres chimeneas. Tecleaba en un portátil, sacudiendo la cabeza; mientras Soledad lo observaba, se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Sus diversas percepciones habían estado llegando en paquetes discretos desde que salió de su sueño, y supuso que tenía algo que ver con la autopreservación, lidiando con una sobrecarga de datos nuevos y extraños que su cerebro solo podía procesar fragmentándolos. Por un segundo fragmentado, sintió como si la hubieran miniaturizado, encogido en una habitación diminuta colocada dentro de una caja separada dentro de una caja más grande, todas ellas colocadas sobre una mesa de mago, pues el hombre regordete miraba a través de la ventana exterior de la cámara más alejada a un *pájaro,* un pájaro suspendido de un grueso cable de acero en la caja exterior; un pterodáctilo del tamaño de una pequeña cabaña, un pájaro de películas de terror con un pico gigante y ojos rojos y enormes alas de plástico negro y plumas de la cola de más colores que un loro de Bamaca.

Sin previo aviso, una masa blanquecina y viscosa, del tamaño de una pelota de playa gigante, surgió de debajo de las plumas de la cola, donde estaría el ano, y desapareció tras los bordes de las ventanas.

El hombre de ropa elegante giró sobre sí mismo y alzó un puño al aire en señal de triunfo.

El hombre en silla de ruedas sacó su micrófono de ventosa.

“Palitos”

—¿Ves eso? —La voz salió a todo volumen de un altavoz detrás de la cama, y Soledad dio un respingo.

“Sí, hermoso pajarito.”

“Un poco flojo. Diarrea.”

“Palitos—”

“¿Pero te lo imaginas?” El hombre bien vestido volvió a dar un puñetazo al aire. “Cuando buceemos en este cacharro…”

El alto dijo: “Nuestros visitantes han despertado”.

El otro los observaba a través de la mugre que manchaba la ventana interior. Luego desconectó un cable de su reproductor de música, cojeando se dirigió hacia la izquierda, desapareciendo de la vista, para reaparecer por la puerta más cercana y colocarse junto a la cama de Soledad.

—Bueno —dijo, mirándola con curiosidad—. ¿Dormiste bien?

De cerca, la ropa resultaba aún más incongruente. Era una prenda de segunda mano, hecha de gruesas fibras orgánicas que ya nadie usaba, aterciopelada y casi azul. La sonrisa en su rostro era discreta pero definida, como si estuviera

repasando algún chiste rebuscado, preparándose para rematar la faena.

Ella le devolvió la mirada. Sus diversas imágenes de la realidad no tenían mucho sentido juntas y su estómago se movía en simpatía, si no en sincronía, con el líquido que tenía debajo. Estaba absorbiendo más de la habitación en la que se encontraba: el tramo de pared a su lado estaba interrumpido por dos ojos de buey de latón, pero la pared en sí era de cemento, así que no podía estar en un barco. Un trozo de cartón pegado a la pared mostraba un dibujo a tinta negra de lo que parecía un pastel italiano con ruedas. Junto a él, alguien había pegado una imagen gigante de Winston Churchill, en la que estaba impresa parte del discurso «Los combatiremos en las playas». Una fotografía de una fragata catamarán disparando misiles a un avión de guerra había sido muy manchada con pintura en aerosol. Un pequeño motor se aferraba a la brida de una gruesa vía de tranvía de acero que colgaba sobre ella. A su alrededor, videocámaras se erguían sobre trípodes, cables y aislamiento colgaban de vigas de acero, y pantalones acampanados descoloridos de la marina colgaban de clavos de mampostería.

Su *cuto,* su patético cuchillo de cocina, yacía sobre un estante de cemento junto a la cama.

El Shift–shin se detuvo, luego volvió a arrancar.

Algo sacudió el edificio, suavemente, una sola vez.

Se preguntaba dónde demonios estaba. El olor a moho seguía siendo intenso. Ahora percibió otro olor, como a selva en descomposición, con matices de cadáver muerto hace mucho tiempo. Aquello no la tranquilizó en absoluto.

El hombre que había entrado malinterpretó y a la vez comprendió su silencio.

“No tienes que preocuparte”, dijo. “Le dimos un buen baño a ese coche blindado, el que te gaseó”.

—Qué estupidez —dijo el más alto.

“Eran zonas prohibidas”, dijo el hombre en silla de ruedas. “Si alguna vez llegaba a los tribunales…”

El hombre alto se rió, sin que le resultara gracioso.

“Ojalá tuviéramos que preocuparnos por los tribunales”, dijo.

Todos guardaron silencio por un momento. El hombre más bajo alzó la vista hacia el techo y dijo: «¡Bah!». Luego volvió a mirar a Soledad.

—¿De verdad conocías a Jorge Echeverría? —preguntó con curiosidad—. Dijiste algo —añadió, sonrojándose un poco y moviendo las manos de lado a lado—, mientras dormías.

Se movió al oír el nombre de Jorge, y luego, aún más sorprendida, por haber dicho algo, cuando durante tres semanas solo había podido emitir gruñidos rudimentarios. Al no poder refugiarse en las complejas estratagemas del habla, últimamente había recurrido a la expresión de sus emociones a través del movimiento. Así que no fue solo la sorpresa, ni el nombre de Jorge, lo que la obligó a moverse; se movió como reflejo físico de su necesidad de reconstruir la realidad, de averiguar datos esenciales como: ¿Era refugiada o prisionera? ¿Era realmente el *cruce de Oakland* lo que había encontrado? ¿Y cómo habían logrado esos hombres con ropas extrañas detener algo tan terrible como ese camión de bomberos sin venderse en el proceso? ¿Estaba contenta o decepcionada de que le hubieran salvado la vida?

Pero el movimiento provocó un mayor movimiento en el líquido que cubría la capa de mantas y sábanas empapadas en ron, lo que a su vez intensificó la inquietud en su estómago. Por segunda vez en dos días, al despertar, vomitó, inclinándose sobre el borde de hormigón de la cama para depositarlo rápidamente y, casi con delicadeza, sobre un par de pies sucios que sobresalían de la estructura metálica de su lugar de descanso.

Un hombre de pelo largo, vestido con vaqueros y una camiseta sin mangas teñida con la técnica tie–dye, salió de debajo de la cama, gimiendo algo cuyo único componente reconocible eran las palabras “escuela de seminario”. Señaló

a Soledad con un dedo tembloroso y acusador, luego se dio la vuelta y se alejó dando pisotones, murmurando: "¡*No puedes* suplicarle al Señor con oraciones!".

El olor a putrefacción se desvaneció a su paso.

—Maldito Mojo —gruñó el más alto.

El hombre bajito y regordete no se anduvo con rodeos ni cubos; cogió una manguera de bomberos y lavó el suelo y las partes de la silla de ruedas que Soledad había salpicado. Esta era su habitación, decidió Soledad. El hombre calvo se esforzó hasta que eliminó una salpicadura del reposapiés de su silla de ruedas. El más alto le preguntó amablemente si se encontraba lo suficientemente bien como para caminar, porque tenían que llevarla al taller del Dr. Zatt; era algo que hacían con la gente de la que no estaban seguros, refugiados de *nodos* disueltos —o *cruces,* añadió, notando su desconocimiento del término gringo—. Miró al hombre más bajo mientras decía esto y se encogió de hombros. El lisiado estaba más contento ahora que le habían lavado el reposapiés. «Nunca me he presentado», dijo, dándose una palmada en la frente con aire de bufón. «Soy Lafcadio Zatt. Bienvenida», añadió, respondiendo por fin a la más urgente de sus preguntas, «al nodo de Oakland». Entonces accionó un interruptor, su silla de ruedas vibró y salió disparada a toda velocidad, dando una ligera vuelta antes de desaparecer por la puerta de acero. Los hombres lo siguieron sin mirar atrás. Soledad se levantó de la cama. Le palpitaba

con fuerza la parte interna del muslo donde el traje háptico la había cortado. Estaba mareada, pero conservaba el equilibrio. Estaba vestida, incluso llevaba puestas sus sandalias de plástico. Sus medias estaban cubiertas de costras de sangre seca.

Tomó el *cuto* y lo metió en la liga de sus medias. Luego, tras una breve vacilación, los siguió.

El edificio en el que se encontraba era más grande de lo que había imaginado. La habitación que se extendía más allá de las primeras ventanas abarcaba veinte metros en cada dirección. Los restos grises de ordenadores obsoletos, los paneles de control, las placas de relés y los circuitos desordenados que contenía habrían llenado por sí solos una casa de buen tamaño. La sala de control estaba tan deteriorada y cubierta de polvo y telarañas que, allá donde se movían, nubes de escombros flotaban a sus pies y se disipaban lentamente. No miró por las ventanas al pájaro de las pesadillas que había visto antes.

Subieron a un ascensor tan grande como la mitad de su apartamento en Bamaca; este bajó con un silbido y un suspiro, dejándolos en la planta baja de lo que parecía una fábrica aún más mugrienta que la sala de control. Esta fábrica tenía cincuenta metros de altura y casi cien de largo, y los haces de luz color metal que descendían de claraboyas en serie iluminaban diversas piezas de máquinas innombrables aparcadas en el taller: tubos medio

desmontados llenos de bombonas de gas y cableado, con múltiples hélices en un extremo, atendidos por máquinas herramienta oxidadas. Carretillas elevadoras rotas, ordenadores de diagnóstico desmantelados y otras construcciones mecánicas más oscuras que ella no podía comprender en absoluto.

A Soledad, conmocionada por la pérdida acumulada, el miedo recordado y los vestigios de un terror más reciente, le pareció que aquella fábrica era como su alma: vastos espacios de silencio artificial donde objetos históricos que, juntos, podrían tener un sentido terrible pero al menos lógico, podían mantenerse separados, desmantelados si era necesario, para que permanecieran en silencio y no la volvieran loca. La analogía cobró mayor realismo porque, al empezar a orientarse en la penumbra violeta, se dio cuenta de que algunas de las máquinas se movían.

Una criatura que se asemejaba a un Jesús de metal de tamaño natural se arrastraba sobre codos de aluminio, arrastrando sus inútiles piernas por el largo lado opuesto de la fábrica.

En un rincón, una máquina mucho más grande —una mezcla entre horca y carrusel— golpeaba repetidamente el gigantesco y sangriento cadáver de un caballo contra una pared de cemento. Producía salpicaduras planas y líquidas, muy distintas del golpe sordo que había oído antes. Las

náuseas volvieron a aparecer y se dio la vuelta, tapándose la boca con la mano.

“Los juguetes de Stick”, comentó el hombre en silla de ruedas, señalando al hombre más bajo.

Muy por encima de ella y a un lado, el oscuro rectángulo de la sala de control que acababan de abandonar parecía pequeño y aislado. El ave gigante se mecía lenta y solitaria en las corrientes de aire a su lado. En un momento dado, sus pies chapotearon en manchas de algo pegajoso y blanco. Se dio cuenta de que eran los excrementos que había expulsado antes y se limpió las sandalias automáticamente.

Una pantalla táctil, enmarcada por trozos de acero militar soldados de forma irregular, se encendió junto a la maquinaria de ventilación. A diferencia de San Francisco, donde se habría proyectado un tráiler de “*Dolor en la tarde”* o un paquete temático, este solo mostraba una habitación oscura donde lo que parecía musgo conectado a filas de ordenadores portátiles baratos no hacía absolutamente nada sobre un banco de Formica.

Se alegró cuando Stix abrió una puerta con el letrero “ESTÁS ABANDONANDO UNA ZONA DE NIVEL D” hacia la corriente de aire frío y un pasillo de chapa ondulada oxidada. Una barandilla los separaba de un enorme foso de cemento, medio lleno de agua fría de color marrón verdoso, cubierto de viejos pilotes, algas y el esqueleto sumergido de una

barcaza. Miró al otro extremo del foso, sintiendo una profunda hambre, consciente de cuánto deseaba volver a ver el océano, frotar su corazón contra su absolutismo, su eterna capacidad —algo que Jorge había invocado en su poema la noche que se conocieron— de hacerles comprender la realidad de la soledad más pura.

Ella también quería ver algo que fuera igual en este lugar frío que en Bamaca, porque ni siquiera los gringos y su poder podían acabar con el mar azul y el horizonte despejado.

Sin embargo, el final del pozo estaba bloqueado por un almacén y el mecanismo de una esclusa.

Zatt iba muy por delante en su silla de ruedas motorizada. Cincuenta pasos detrás de él, sus dos acompañantes caminaban bajo una hilera de grúas gigantes del mismo tipo que la que ella había visto alzándose la noche anterior.

Soledad los siguió sin pensar mucho en adónde se dirigía. Despertar como lo había hecho, con acontecimientos desconocidos y gente nueva irrumpiendo en su mente antes de que tuviera tiempo de analizarlos, había atenuado de alguna manera la intensidad de sus emociones anteriores, transformándolas en una especie de actitud pasiva, una mezcla de su costumbre de sobrellevar las situaciones y esa misma rendición menguante, ese dulce deseo de muerte que la invadió una vez más cuando el camión de bomberos rugió por el callejón.

No tenía energía para afrontar la situación; sin embargo, había dormido lo suficiente como para que rendirse resultara menos atractivo.

En cualquier caso —su obsesiva intelectualización se activó brevemente mientras seguía a los hombres— la renuncia a la voluntad y la independencia era algo que ya había decidido cuando fijó los términos de su búsqueda.

Si este era realmente el *punto clave* que buscaba, entonces, en cierto modo, lo que ocurriera allí era lo que anhelaba. Obviamente, la fatiga persistente, los restos de náuseas y dolor de espalda, y la herida en el muslo reforzaban esta teoría, que finalmente se desvaneció ante el esfuerzo que hacía por mantenerse al día. El dolor alrededor de la herida, en particular, empeoraba, y tuvo que restringir el movimiento de su pierna derecha para mantener la incomodidad dentro de límites tolerables.

Ahora Zatt había llegado a la tercera y más gigantesca grúa, un mecanismo de treinta metros de altura con una pluma de veinte metros de largo que colgaba de su gancho sobre otra dársena. Su cabina de control de tres pisos estaba repleta de antenas parabólicas. Subió por una rampa, abrió una puerta de acero y enganchó su silla en una especie de elevador paternóster en la base. El elevador se deslizaba por el interior de una de las cuatro patas verticales de acero que hacían rodar la grúa sobre rieles gemelos a lo largo del costado de la dársena. Los hombres la guiaron por los codos

mientras se aventuraba a subir. Zatt tiró de una palanca, la sección en la que estaban se agarró a un cable en movimiento, y fueron elevados vertiginosamente por el cavernoso tubo, mientras óxido y grumos de sebo viejo los cubrían en completa oscuridad. Entonces, tan abruptamente como llegó, el elevador se detuvo de golpe, y fueron liberados en un repentino cuadrado de luz eléctrica blanca.

La cabina de esta grúa abandonada no era muy diferente en estilo del taller naval en el que Soledad había despertado. Maquinaria antigua y cubierta de grasa, cables gruesos, enormes arcos de cuchillas apenas visibles, pintura gris descascarada de los mamparos. La cabina, por supuesto, era tan estrecha como espacioso había sido el taller, dejando al lisiado solo unos pocos pasillos entre la maquinaria del elevador, los cables y un banco casi roto por el peso de doce o quince terminales B–Net que iluminaban con los colores codificados del software el pequeño espacio que les había sido asignado. Otra diferencia era esta: las obras de arte, en lugar de bocetos y carteles de Churchill, consistían en pósteres de chicas pin–up de revistas eróticas —publicaciones con nombres como *Epidermis* y *Feather* dirigidas a personas que, temiendo la Segunda Plaga y otras enfermedades de transmisión sexual, se limitaban a frotarse, masajearse y tener contacto no penetrativo.

La cabina también ofrecía una vista del exterior a través de un grueso cristal gris cuadriculado, detrás de la multitud y las palancas del elevador: el techo de un almacén, la cima de

una gigantesca pila de chatarra que se alzaba a un lado, un muelle roto que se abría paso entre la niebla, entremezclándose con tonos pastel de verde grisáceo ondulado que debían ser de agua salada. Y arriba, donde la niebla era tenue, un cielo de un gris distinto, como el metal de un obús, pero cambiante, complejo de una manera que las obras del hombre, con todas sus intrincadas formas fractales, jamás podrían igualar.

El lisiado se movía alrededor de los motores, ajustando terminales ultrafinos sin cables colocados en globos flotantes llenos de helio en lugares aparentemente aleatorios. Uno colgaba sobre una máquina de café. Su pantalla mostraba el archivo de introducción de un juego en 3D: patrones dinámicos, un flujo que corría suelto y luego parecía detenerse, coagularse en la única palabra griega, ΠΟΔΙΣ, y luego fluía suelto de nuevo. Otro mostraba una etiqueta morada que decía VECTOR HOLDINGS/ALGO INC. Sobre una criatura extraña de dos cabezas en un campo de líneas y cuadrados. Las cabezas tenían picos de pájaro, dientes de tiburón, tres ojos, un cuerno.

Mientras Soledad observaba, las alas coriáceas de la criatura envolvieron uno de los cuadrados, mientras que su cola, provista de agujas hipodérmicas, se aferró a una de las líneas y la enredó.

La pantalla cambió y apareció un monstruo diferente: una boca de serpiente gigante con cuatro colmillos enormes,

injertada en una mano humana, que caminaba de lado como un cangrejo. Se agachó y dio a luz repugnantemente a pequeños clones de sí misma antes de seguir su camino.

MICRODYNE SYSTEMS CORP., decía la etiqueta de este.

Desde el teclado, el lisiado dijo: “OK, Stix”.

El hombre bajito —que entonces se llamaba Stix— sostenía un objeto de plástico mate del tamaño de una goma de borrar. Estaba conectado a un largo cable de teléfono. Dijo: «Es como una ecografía, una tomografía computarizada casera; no la sentirás. ¿De acuerdo?». Miró a Soledad con curiosidad. «Puedes hablar con nosotros, ¿sabes? Si de verdad eres de Bamaca, entonces estás con amigos… *amigos»,* añadió con un acento terrible. «*Les amis.* Pero solo necesitamos asegurarnos de que no llevas ningún micrófono oculto».

Pasó el sensor rápidamente de un lado a otro por la parte trasera de su cuerpo, y luego por la parte delantera.

—¿Por qué no habla? —preguntó el hombre más alto—. ¿Es solo porque no entiende inglés?

Soledad observó cómo una imagen suya se formaba sobre una cuadrícula verde en una de las pantallas junto al lisiado. Mientras la matriz se extendía, una cuadrícula más delgada y menos sustancial, que representaba la ira de Soledad, se construía en su mente; ira porque ella, que había sido

espiada sin cesar, denunciada por informantes y atacada con fuego no solo en Bamaca sino también allí; ella, cuya vida había sido destrozada y devastada y que luego tuvo que sufrir la humillación de huir del vacío para preservar su dudosa condición de viva, fuera sospechosa de ser una espía.

A pesar del sueño que había tenido, el cansancio la invadía por completo y no tenía fuerzas para avivar la ira más que en un leve destello. Otros pensamientos la atormentaban constantemente; por ejemplo, su tardía comprensión de que el lisiado era el «doctor» del que habían hablado antes: el «doctor Zatt». Aparecieron líneas que partían de la imagen de Soledad en la pantalla, unidas a fragmentos de texto verde. Un cono rojo parpadeó a la altura de su cintura.

“Seis empastes, todos sólidos. La cuchilla que vimos antes, la recogió, ¡bien hecho!”, sonrió. “Sin impedancia, sin cargas de reserva, ni siquiera de respaldo. Está impecable. Te lo dije”, añadió Stix, pulsando los botones del escáner.

Soledad buscó sus miradas, una por una. Ellos no apartaron la vista, ni le prestaron mucha atención.

Sonó una campana.

—Eso no es exactamente una prueba —dijo el hombre más alto. Se subió a un bidón de aceite lubricante y miró por una mirilla—. Es Link. Ya sabes a qué me refiero —continuó, bajando del bidón y señalando a Soledad—. No tengo ningún

plan contigo, ni siquiera sé tu nombre. Pero nadie sabe exactamente qué pasó en el nodo de Bamaca. Un minuto estaba ahí, y al siguiente… —Se inclinó sobre uno de los teclados de Zatt y pulsó Control+Alt+Supr, haciendo que dos de las pantallas se apagaran. Zatt le siseó furioso—. No hay indicador C. Se supone que los escuadrones de la muerte han vuelto.

—Eso no lo *sabes,* Will —dijo el hombre más bajo—. Por definición.

—Es nuestra responsabilidad adivinar —respondió Will—. No sabemos quién es. Podría ser la forma que tiene el BON[2] de averiguar qué está pasando aquí. Pensarían que la recibiríamos con los brazos abiertos después de que Bamaca desapareciera del mapa, especialmente después de un espectáculo como el que dieron anoche. Pero sabes perfectamente lo que hacen los escuadrones de la muerte; no se limitan a matar gente, hermano. Queman casas con toda la familia, tíos y conocidos dentro. ¿Crees que dejarían escapar a uno de ellos?

“Will”

Will miró el rostro de Soledad y los músculos de su cara se relajaron. —Lo siento —dijo—, pero es lo que pienso. Tengo

2 BON: la Oficina Federal de Nacionalizaciones. [N. T.]

que irme —añadió, girándose hacia el ascensor—, estamos terminando…

—Pero es circunstancial —interrumpió Stix. La sonrisa permanecía en su rostro. Sus ojos estaban fijos en el hombre más alto, y su tono suplicaba un poco. Por primera vez, Soledad notó que ambos compartían la misma concavidad en la nariz y una forma similar, ligeramente oblicua, en los ojos. Hermanos, pensó, o al menos primos cercanos. —No podemos enviarla lejos —añadió Stix—, simplemente…

El hombre más alto, Will, se dio la vuelta. Sus facciones también mostraban la misma expresión de siempre —una especie de preocupación propia de un boy scout—, pero sus iris de repente parecían duros como canicas y su cuerpo se encorvó como si un muelle se hubiera doblado, capaz de lanzarlo de un salto a la garganta del otro hombre.

En competencia con tal ira, la propia conmoción de Soledad al oír a alguien describir con tanta frialdad lo sucedido en *el cruce* se fue desvaneciendo y se diluyó hasta casi desaparecer.

—No me estás escuchando —dijo Will en voz baja—. ¿Viste *ese* coche blindado anoche? ¿Lo *viste?*

—Era uno nuevo —respondió Stix—. Yo…

“Es el Mark Eleven. Una patrulla lo vio. Nunca habíamos visto un Mark Eleven aquí, Stix. Nunca habían enviado cosas

del Área 51 aquí. Algo está pasando, hermano, solo que tú no lo ves. Te estás engañando a ti mismo."

Los dos hombres se miraron fijamente durante cuatro o cinco segundos. Finalmente, Will volvió a la grúa y subió a la plataforma. Tiró de la palanca. Miró a Soledad mientras la abrazadera se activaba y la plataforma comenzaba a descender, así que lo último que ella vio de Will fueron sus ojos penetrantes clavados en los de ella, y luego la visera de su gorra que decía SSN 61.

Stix se frotó la barbilla con una mano. Seguía sonriendo, pero Soledad tuvo la impresión de que algo se escondía tras su sonrisa, algo que le recordaba a las ventiscas y las praderas desiertas de Canadá.

Finalmente, dobló el escáner de plástico y lo arrojó junto a uno de los terminales de burbujas.

El lisiado le echó un vistazo.

"Tómalo con calma."

"Estoy bien."

"Will Grammatico tiene lo suyo", dijo Zatt. Se había vuelto hacia los teclados y tecleaba casi distraídamente, observando cómo fluían y se combinaban los patrones, pasando de un color a otro y a veces viceversa.

“Estamos bajo presión”, le dijo Stix a Soledad. “Nada que ver con la presión que ustedes tenían, por supuesto”.

“Tenemos maneras de medirlo”, añadió Zatt, mientras seguía encendiendo los ordenadores que Will había apagado.

—Van a limpiar algún ángulo —dijo Stix—. Probablemente los Putamadres. Estaba mirando a Soledad. —O los Jaggers.

“Los Proto–Panteras.”

“Los hackers. Los Ludd–Kaczynski. La cuestión”, continuó Zatt, “es que las organizaciones llevan meses trabajando en Flash. Dicen que somos una zona sin ley, que hay que poner orden. Creo que deberíamos hacerle la prueba M”, añadió, mirando a Stix. “¿Y Tú?”

Stix asintió. —¿De verdad no puedes hablar? —preguntó con suavidad—. ¿Eres mudo? ¿*No puedes hablar?*

Ella asintió, luego negó con la cabeza, confundida por la rapidez de sus preguntas. Pero si mudo significaba lo mismo que *muda,* entonces sí, sin duda lo era.

Excepto, al parecer, cuando dormía.

Stix bajó la cabeza para mirarla fijamente a la cara.

“¿Simplemente no *quieres* hablar?”

Tenía unos ojos color avellana muy claros; le recordaban a las pozas del arrecife de coral, al sur de Santa María, donde solía pescar cangrejos con su padre durante las vacaciones escolares. Sintió un impulso repentino e irracional de contarle lo sucedido, de contarle con qué frecuencia y con qué intensidad sus emociones se veían destrozadas y corroídas por lo que le había ocurrido a su *cruce.* Era una contradicción que ya había experimentado y asimilado: para explicar por qué no podía hablar, tenía que contar una historia tan intrincada como la propia *cruce.* Sintió que las lágrimas le subían a la cabeza y se esforzó por contenerlas; ligeramente sorprendida porque era la primera vez que había estado a punto de llorar desde que llegó al norte.

Ella negó con la cabeza.

Zatt volvió a los teclados. Los monstruos en las cuatro pantallas se transformaron en criaturas diferentes. Las etiquetas que aparecían junto a ellos se movían. El hombre bajito miraba las pantallas. La media sonrisa seguía en sus labios, pero con menos humor. Soledad pensó que era una expresión fingida, puesta para mantener la continuidad cuando algo lo perturbaba lo suficiente. Se preguntó qué le habría pasado.

—Bueno —dijo finalmente—, vamos a ver a Molly.

Stix tenía una motocicleta, pero, como Soledad empezaba a sospechar, en este lugar donde las fábricas eran

dormitorios y las grúas, apartamentos, no se parecía en nada a las motocicletas a las que estaba acostumbrada. Cuatro largas “patas” arácnidas habían sido atornilladas en lo alto a cada lado de una Yamaha 650; dos grandes faros amarillos estaban montados como ojos en un pico de fibra de vidrio, con un gran “abdomen” hueco del mismo material sujeto sobre el asiento del pasajero; el interior del manto estaba lleno de cojines y era extremadamente cómodo. Soledad podía recostarse dentro —había un parabrisas de plexiglás para proteger la mitad superior— y mirar hacia la carretera que se acercaba y permanecer casi invisible en la penumbra del cuerpo de la araña. Stix se puso una ventosa en la cabeza y tosió, y los altavoces dentro del manto transmitieron claramente su tos a sus oídos. Y entonces partieron, con tanto viento cavitando dentro de su nido que tuvo la repentina y extraña ilusión de que estaban alzando el vuelo en la niebla nacarada que flotaba en bancos alrededor del nodo.

Salieron a trompicones del pasillo donde estaba aparcada la moto, hacia una carretera que antaño había estado asfaltada, pero que ahora estaba más llena de baches y surcos que la que había usado para llegar al nodo. Bajaron por otro callejón, este cubierto de montones de polvo, no polvo común, sino polvo del azul de las plumas de pavo real. Cadmio, pensó, o algún otro subproducto del ácido y el cobre. Reconoció la imponente pared de coches desguazados, gente en medio de la nada sentada encima en

furgonetas oxidadas; los largos almacenes rectangulares; pero esas eran las únicas similitudes con lo que había visto desde fuera. Los almacenes parecían sacados de la obra de Kemp, comparados con lo que San Francisco intentaba conseguir, porque casi todas las fachadas grises habían sido cortadas en una «piel de vida», llenas de balcones, ventanas y «espacios de drama cotidiano» al estilo Kemp; y todos ellos estaban repletos de flores, tomateras, ropa tendida o marimba hidropónica secándose en tendederos.

Desde el nivel del suelo, entre bosques de paneles improvisados que mostraban imágenes caseras de personas haciendo algo inexplicable, se podía ver que las paredes estaban en su mayoría abiertas, revelando docenas, no, cientos de pequeños talleres que fabricaban (Stix enumeró una lista) programas de cifrado Wildnet, grabaciones Shift–shin, colinabo hidropónico, juegos Wildnet 3D; o servicios, como la reparación de carritos de bicicleta y succionadores faciales.

Bajaron a toda velocidad por una rampa hacia un mercado lleno de puestos y carpas. Según su piloto, lo que se vendía allí tendía a ser menos legal: jisi yomo, tazers de alta potencia, jagger triage, husos Clam Fetish copiados. Mucho software negro también, programas oscuros y vengativos con virus Troyano, asesinos Nobot, bombas lógicas, torpedos Wildnet. Sin embargo, grandes secciones de este foro envuelto en niebla parecían no ofrecer nada más controvertido que fresas, patatas rojas, churros caseros.

Todas estas eran las cosas, los objetos, del *cruce de Oakland.* Soledad se dio cuenta, y la cantidad y diversidad de lo que se fabricaba y comercializaba entre los edificios navales abandonados y las murallas móviles de niebla la impresionaron. Porque si se juntaran los talleres de los barrios del Mercado de Esclavos, Bidonville y Ensevli, apenas se llenarían diez de esos almacenes, de los cuales debía haber veinte o incluso treinta en el núcleo de Oakland.

Lo que más la impresionó, sin embargo, fue la cantidad y la actividad de los artistas. Los había de todas las edades, razas y estilos. Algunos vestían las túnicas caseras que ella ya sabía que eran el estilo de Ludd Kaczynski en San Francisco; otros se vestían como Will Grammatico, otros llevaban ropa como los Jaggers de Nirvana. Aun así, parecían estar presentes en cada rincón del zumbido incesante y caótico motor que era este nodo, soldando piezas escultóricas destrozadas en tres niveles de la fábrica, pintando en grupo sobre pantallas murales, dibujando solos en caballetes anticuados, filmando vídeos en grupo en los balcones; vídeos que, en un caso, se proyectaban en tiempo real en una pantalla móvil en la manzana siguiente.

Había un grupo de artistas visuales en la *plaza.* Pero los de la variedad Bamaca se escondían en sus estudios y rincones, mientras que aquí todos parecían estar posando en una cornisa muy visible. O, si el artista no era directamente visible, llevaba un dispositivo que lo conectaba a una

pantalla que exhibía su obra o lo vinculaba con otro grupo que realizaba algo similar.

Aquí vivían músicos, y esto era similar a Bamaca. En el *cruce* habían dominado la comunidad creativa por su número absoluto, por la tendencia de cada estrato social a tocar su propia música, y por el volumen y la energía de lo que producían. Sin embargo, este nodo albergaba muchos menos músicos en comparación con el número de artistas visuales. Además, muy pocos tocaban al aire libre. En cambio, dirigían sus riffs a pastillas eléctricas, soplaban saxofones en micrófonos, cantaban entre sí en una sesión improvisada con auriculares inalámbricos y micrófonos de succión facial. Unos tocaban lentamente la mandolina en un panel mientras otros, en el siguiente, tocaban la gaita.

Hubo excepciones. Un hombre hacía sonar campanas en su azotea, una chica tocaba el piano bajo una carpa que cubría el fondo de un enorme bache. Soledad vislumbró, dentro del muelle de carga de un almacén, a unas mujeres que usaban barras de acero para golpear cables que abarcaban todo el ancho del edificio, creando una vibración profunda, casi subterránea. Y una vez oyó una respiración profunda y rítmica, como la de alguien soplando sobre la boca de una botella gigante, que bien podría haber sido música; pero, en general, las melodías le eran ajenas, dirigidas a un público atento.

Más tarde, a medida que aprendía más y comprendía mejor este enorme *cruce* gringo, Soledad pensó —porque la familiaridad siempre engendra conciencia de la diferencia— que se centraría en esto: cuán más ascéticas, segregadas en detalles y raíces, eran las melodías y ritmos que provenían del nodo de Oakland en comparación con las tradiciones y estilos fácilmente reconocibles de los *Vallenatos, la cumbia, el merengue Lantos* y la megasalsa de su propio *cruce;* cuán mucho más vívido y a la vez más débil era el efecto de la música recortada y envuelta en las brillantes dimensiones del video de panel. Pero por ahora —quizás porque extrañaba tanto Bamaca— lo que la conmovía eran las similitudes: la omnipresencia del esfuerzo; el intento de, la realización de, un estilo de vida profundamente impregnado de ritmo y rima. Y esa correspondencia fue como una grieta en los muros de agotamiento, sueño, silencio y cautela que había construido a su alrededor, a través de la cual se coló una conciencia irresistible y específica de lo que se había ido para siempre.

Y entonces Soledad rompió a llorar, secándose las mejillas como si fueran limpiaparabrisas. Se miró las manos. La humedad le había teñido los dedos índices y la base de los pulgares de un azul marino intenso. Un repentino asombro detuvo sus sollozos. Sus lágrimas debían de haberse teñido con el polvo de índigo que había dejado a su paso la moto-araña al pasar rugiendo por allí un rato antes.

Stix no se giró, no se dio cuenta, aunque le había dicho que

había micrófonos y altavoces en la repisa, y ella estaba olfateando lo suficientemente fuerte como para que él la oyera. Este era un hombre, se recordó a sí misma, divirtiéndose fríamente con su propia trivialidad: conduce rápido, describe objetos que puedes ver por ti misma, no escucha. Pero estaba reduciendo la velocidad junto a un puesto de seguridad medio quemado, un letrero con una insignia de delfín azul descolorida que decía GRUPO SUBMARINO DE LA INDIA — SE REQUIERE AUTORIZACIÓN DE NIVEL E, para entrar en un cuadrado negro de túnel y avanzar en creciente oscuridad por una pendiente poco profunda y llena de basura. El ruido de la bicicleta araña se triplicó al resonar de un lado a otro en el túnel. En el fuselaje doble de los faros, el hormigón estaba cubierto de algas y musgo. El olor a alcantarilla era fuerte, trayendo de vuelta asociaciones indeseables con los hombres Kundura, aunque en verdad la habían ayudado, no intentado detenerla, la habían sacado de un lugar como ese. Subió una rampa y se adentró en un hedor a sal, fuerte como una bofetada. Abajo y a su derecha, vislumbró una larga bahía de hormigón llena de reflejos negros de agua subterránea. Pantallas móviles bordeaban este túnel, enmarcadas con neumáticos viejos y madera a la deriva. En ellas se veían programas de entrevistas de acceso público, un aula, una mujer desnuda de verde; sus reflejos se proyectaban sobre el techo curvo.

A mitad de un pozo más pequeño, el hedor a mierda fue completamente reemplazado por el aliento del mar, del

yodo, del pescado y de cosas podridas. Y dedos de niebla se colaron entre los faros, y una luz gris se extendió sobre las paredes agrietadas y los trozos de basura que Stix esquivaba. Entonces el hedor a algas y la aspereza del aire frío los envolvieron, y se encontraron afuera. La motocicleta medio rodó, medio derrapó en una pendiente de arena grisácea entre los pilotes negros de un muelle gigante que se alzaba imponente, como la madre de todas las fábricas que de repente engendra a sus hijos ruidosos y apestosos a gasolina.

El muelle bordeaba la orilla de una pequeña cala. Muros de hormigón oxidado se extendían más allá de una franja de limo hacia las aguas negras y turbias por todos lados, excepto por uno. A la izquierda, el enorme casco de un submarino de ataque clase Los Ángeles yacía inclinado, alejado del muelle izquierdo, con las plataformas de carga de torpedos sobresaliendo inútilmente de las escotillas de la cubierta y su hidroplano de babor medio enterrado en el limo. La única vista de lo que Soledad suponía que era agua abierta estaba bloqueada por los enormes costados negros de un buque de transporte de automóviles malasio anclado en el estrecho canal. Media docena de barcos —embarcaciones de contrabandistas, las reconoció de inmediato por sus líneas afiladas, sus enormes respiraderos y su pintura de camuflaje— estaban anclados al abrigo del submarino abandonado. Las lanchas neumáticas que habían transportado a las tripulaciones a la orilla estaban izadas entre el buque de guerra en ruinas y el muelle, casi bajo las

ramas de un enorme sauce que, por una extraña coincidencia de mutación y filtración de agua dulce, había echado raíces y prosperado entre los pilotes más alejados. Y, en la intersección de esos detalles —junto al sauce, al lado de las lanchas, a la sombra del vasto y oxidado cadáver del submarino— alguien había construido un pequeño restaurante, usando madera flotante para las tablas y trozos del viejo buque de guerra para las paredes y el techo. Una hilera de ojos de buey reglamentarios de la marina emitía una luz amarilla descarada. Una columna de humo denso y grasiento se elevaba de una chimenea. En una ventana destartalada junto a la puerta carcomida, un letrero de neón naranja decía:

EL RESTAURANTE DE MOLLY

CAFÉ RECIÉN HECHO, PASTEL CASERO

Parpadeaba entre los pelotones de niebla que se arrastraban sobre sus vientres desde el puerto y se deslizaban sin ser vistos más allá de la cala hasta los pilotes, y tierra adentro.

El restaurante estaba caluroso y abarrotado. La gente hacía cola en una barra de Formica verde y llenaba los reservados tapizados en vinilo rojo bajo las ventanas redondas. Miniaturas kitsch y porcelana barata con la imagen de presidentes estadounidenses adornaban las paredes de madera contrachapada; gatos delgados y de aspecto

desgarbado se tumbaban lo más cerca posible de las estufas, las cafeteras y la gente. Una bruma de humo de tabaco real flotaba alrededor de los reservados, imitando la niebla que llegaba del mar. El humo le resultaba agradable a Soledad. Se dio cuenta de que era porque quería un cigarrillo, y también porque le recordaba a su hogar; en California era ilegal fumar en la calle, y mucho menos en un restaurante como este.

Mucha gente conocía a Stix; lo saludaban con un gesto o una palabra. Algunos, sobre todo las mujeres, miraban a Soledad con una indiferencia, con una falta de curiosidad que le recordaba su propio *cruce* y le oprimía el pecho. Esta vez, la tristeza se vio eclipsada por la necesidad de caminar con cuidado entre el amasijo de sillas y pies que se interponía entre ellos y la mesa de la esquina a la que Stix apuntaba.

La mesa estaba vacía, salvo por un adolescente muy delgado y moreno, con el pelo como el de un indio. Estaba trabajando en un libro de texto. En el asiento de al lado había un animal. Estaba de pie sobre sus patas traseras, sujetando un plato de leche, acercándolo a su boca para beber. De vez en cuando, dejaba el plato y se limpiaba los bigotes con sus elegantes patas de dedos largos, mirando a su alrededor con una mirada a la vez senaria e interesada. La máscara negra que le cubría los ojos, su estado de alerta, su espeso pelaje, le daban el aspecto de un atracador de bancos con ropa de esquí. Un coatí, pensó ella. Más tarde descubriría que, en realidad, era el primo gringo del animal, un mapache.

Stix alisó el cabello del niño con una mano y le dio una palmadita rápida al animal, lo que pareció molestarlos a ambos. Dos mujeres y un hombre en el mostrador sorbían café y se arrebataban mutuamente una revista muy usada con las palabras «GAZETTE MONTHLY UPDATE» impresas en la parte superior con grasienta tinta Garamond. «Un poco definitivo, ¿no crees, Ahab?», dijo una de las mujeres. «¿Que te derribe un Warthog en un hidroavión antiguo en las Célebes?».

"Algo así como los aterrizajes forzosos", dijo el hombre. Tenía una barba gris desaliñada y unos mocasines de marinero mugrientos, apoyados sobre una escopeta de un solo cañón oxidada.

"¿Alguna vez pensaste que la *Gazette* podría ser escrita por otra persona? Oí que su hija se encargaba de la mayor parte, incluso cuando él vivía."

"¿Quién lo dice?"

"Onyx lo dijo: Incluso los piratas de marihuana como tú escuchan a Onyx."

—Hawkley no está muerto —murmuró Ahab con terquedad—. Puedo *sentirlo.*

Soledad los miró fijamente. La charla sobre Hawkley y sus teorías de contrabando era otro vínculo con el *cruce,* pero de alguna manera parecía irreal y diferente aquí, a dos mil

millas al norte y en inglés. Siempre había supuesto que Hawkley era un sudamericano con un nombre anglosajón, como la propia Soledad. Una mujer rodeó el mostrador y se dirigió a su mesa. Era alta, de unos cuarenta y tantos años y, a juzgar por las formas bajo su delantal, alguna vez había tenido pechos y nalgas bien redondeados. Ahora estaban caídos, pero de una manera que resultaba reconfortante, en lugar de desagradable, como si la edad y el cansancio le hubieran conferido una suavidad que antes les habían negado la energía y la juventud. Debajo del delantal llevaba una túnica jagger[3] deshilachada, un mono y botas de trabajo atadas hasta la mitad. Tenía el pelo rubio canoso que le caía sobre las mejillas en mechones desaliñados. Su boca era grande, al igual que sus ojos. Estos últimos eran del mismo azul intenso que el polvo de cadmio que Stix había atravesado antes.

También eran rápidos esos ojos, en el sentido de que establecían conexiones rápidamente, pasando instantáneamente de Stix a Soledad, permaneciendo en Soledad el tiempo justo para que el mensaje fuera enviado con precisión: “Conocí a este hombre antes que a usted, y aunque ahora no lo reclamo, me preocupo por su bienestar”.

---

3 La cultura Jagger es una subcultura asociada en mayor medida con la Música House. Se caracteriza por una sensibilidad variada, alejada de las corrientes culturales predominantes (mainstream) y afín a estilos de vida alternativos. [N. T.]

Soledad miró hacia atrás un rato, luego bajó la mirada. Estaba demasiado cansada y sin territorio en ese momento para jugar los complejos juegos de la feminidad, incluso hasta el punto de negar cualquier derecho sobre el hombre que estaba a su lado. La mujer colocó dos tazas sobre la mesa y las llenó. “Los especiales son membrillo, nuez pecana y fresa–ruibarbo”, anunció, mirando a Soledad como si dijera algo más significativo, “pero yo evitaría el de fresa–ruibarbo, si fuera tú. Salió aguado”. El vapor del café llegó a la nariz de Soledad, llenándola de un poderoso deseo por el líquido oscuro. “Membrillo”, dijo Stix, rodeando su taza de café con ambas manos y añadiendo, “Molly, te presento a la Mujer Misteriosa. Mujer Misteriosa, Molly. Uno de los coches blindados la estaba siguiendo”, añadió, mirando a Molly para ver si estaba impresionada.

—Mujer misteriosa —repitió Molly, apartándose un mechón de pelo de los ojos.

—No habla —dijo Stix. La mirada de Molly cambió de color. —Necesitas un pastel —le dijo a Soledad—, te ves agotada. ¡Gorda Zeenie! —gritó hacia el mostrador—. Dos membrillos para Doce. Se abrió paso de vuelta por el restaurante, rellenando tazas a su paso. Stix tomó un sorbo de su café y dijo: —Mierda, qué caliente está. Luego se inclinó hacia ella.

—Tengo que admitirlo —dijo—, Will podría tener razón. Creo que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que seas una soplona para el BON, aunque ¿por qué

demonios querrían a otro…? Suspiró y añadió una tercera cucharada de azúcar a su café, revolviéndolo.

"Pero ese tampoco es el punto", continuó. "Quizás lo seas, quizás no. La cuestión es que, para saberlo con certeza, tendríamos que obsesionarnos con la seguridad y los sistemas de control de acceso (NARES) tanto como ellos. Y si eso sucede, entonces el nodo estará acabado de todos modos. ¿Entiendes lo que digo?"

El mapache terminó lo último de su leche. *"Chirrrr",* dijo. Luego tomó una cuchara, la metió en el azucarero, sacó un montón y lo lamió. El niño pulsó una tecla en su jambook [tableta]; un paisaje detallado desapareció de la pantalla y fue reemplazado por una palabra en caracteres griegos. *"Tienes abastante açucar",* le dijo el niño al animal, y le tiró de la cola. El animal se giró y gruñó. El niño sonrió. *"Tranquilo",* dijo.

—Así que no te voy a preguntar tu nombre ni quién eres —continuó Stix. Soledad lo miró sorprendida. —No voy a presionar —insistió—. Pero hay algo que necesito de ti, algo que tengo que preguntarte. Bajó la mirada hacia sus manos, que habían soltado la taza y estaban sobre la mesa frente a él, medio cerradas, como si esperaran una herramienta que las llenara y les diera un propósito. Se aclaró la garganta; está avergonzado, pensó Soledad. —Verás, la BON —la Oficina Federal de Nacionalizaciones— estaba en contacto con el gobierno de allá abajo, en Bamaca. Bueno, no es que

pudieran hacer lo mismo aquí, pero aun así queremos saber qué pasó exactamente, podría decirnos algo sobre sus tácticas.

"Eres la primera persona de allí con la que hemos hablado desde que ocurrió."

Ahora lo miró a la cara. María Gisela le había enseñado a no mirar a los hombres tan directamente, pero esa enseñanza se había desvanecido En el *cruce,* donde la gente solía estar demasiado ocupada para tales sensibilidades.

Stix le devolvió la mirada. Sus ojos eran ahora como la segunda o tercera capa bajo la bóveda de la *selva,* un moteado de marrones y colores de hojas cuando el sol no estaba directamente sobre ellos.

Volvió a mirar sus manos. Ella sintió ganas de decirle algo, cualquier cosa; no tenía ni idea de qué buscaba. Podía contarle parte de lo sucedido, aunque el verdadero secreto de aquella violencia era que carecía de significado o mensaje.

Sin motivo aparente, deseaba que las manos de Stix encontraran la dirección que necesitaban. Y necesitaba hablar de el *cruce;* anhelaba confiarle a alguien el desastre de sus sentimientos tras tres semanas entre gente cuya fiabilidad se medía con precisión por cuánto más se les podía pagar que al otro.

Pero algo le había sucedido en el convento, y después de eso no podía recordar, y mucho menos comprender, cómo había terminado todo. Y aunque podía mover los músculos de la garganta, abrir la glotis, vibrar las amígdalas, inhalar y exhalar aire, desde que el fuego llegó al *cruce* le había sido absolutamente imposible combinar los diferentes elementos para crear el habla.

Lo intentó de nuevo, disimulando: un leve «ah» que le salió como una arcada, que disimuló dando un sorbo de café. El café de allí era el típico aguado para gringos. Quizás por haber visto a Stix, o al *coatí,* le había echado demasiado azúcar.

De repente sintió que iba a vomitar. El olor a cigarrillos, que antes le había parecido tan rico, ahora le resultaba repugnante y áspero como un emético.

Se quedó mirando el café, deseando que su náusea disminuyera, que hiciera lo que se suponía que debía hacer. El café tenía el color de San Isidor en lo profundo de sus barrancos de ceniza, antes de que el sol los alcanzara. Y esa simple asociación, de alguna manera, atenuó las náuseas y desencadenó en ella el despertar de recuerdos que podría contarle a ese hombre si pudiera hablar. No era un reflejo hipnótico, ni mucho menos una versión casera de la terapia de vídeo de Fernsehen; era simplemente otra forma de decir que no había aceptado la transición del *cruce* de un lugar externo a una geografía interna; y contar la historia de cómo

había sido antes del ataque le permitiría tanto evitar abordar ese cambio como aliviarlo, volviendo atrás en su mente, una y otra vez, hasta que el restaurante, con toda su charla gringa y sus olores desconocidos, se desvaneciera a su alrededor, y realmente no hubiera ninguna barrera.

Capítulo VI

Al principio le preocupa que el apartamento sea alquilado a otra persona antes de que regrese al puerto pesquero. Pero cuando finalmente regresa y localiza al propietario, que está cargando hielo en cajas de madera para enviar seiscientos kilos de anguilas amarillas gigantes con manchas negras y ojos rojizos, se entera de que todavía está disponible. Él la lleva arriba y ella comprende entonces que no es una gran ganga y que, de hecho, nadie más ha visto ese lugar en mucho tiempo. Las tres habitaciones están llenas de polvo, no habrá calefacción en la temporada de lluvias y el olor a pescado, aunque mezclado con otros olores más agradables del puerto, es demasiado fuerte como para justificar el alto precio (para el *cruce)* que pide por él. Tiene la fuerte y, como resulta, acertada sensación de que podría encontrar algo mucho mejor en otro lugar. Pero paga un mes de alquiler por adelantado, en parte porque sigue siendo

absurdamente barato para los estándares de la Ciudad Amurallada; en parte porque, como toda buena burguesa, huida de su antigua vida se justifica únicamente por la disponibilidad de bienes inmuebles y la posibilidad de encontrar trabajo; y en parte porque la vista al mar desde el salón es tan abierta y luminosa como cerrada, sin cielo y oscura es la vista desde su apartamento en la Ciudad Amurallada.

Él le da la llave, le muestra cómo funciona el agua y dónde colocar el cubo cuando llueve, y se va. Ella se sienta en el suelo, mirando con asombro la luz del sol que se filtra a través del polvo que levantó en la sala. Pero no puede permitirse pensar en ello: las posibles implicaciones de este paso (aunque sea tentativo) que ha dado son demasiado aterradoras como para abordarlas a la ligera, en un piso sin amueblar, sin la protección de objetos personales que le sirvan de ofrenda y baluarte contra su propia debilidad.

Así que va directamente al mercado de esclavos y compra una cama de bambú y ratán, dos sillas de madera y una mesa de cocina; también un plato y una taza, cubiertos baratos y una toalla. Todavía le sorprende la ausencia de los objetos que la rodeaban en su vida anterior, y lo necesarios que, ahora parece, eran algunos de ellos. Empieza a desear haber traído algunos consigo, en lugar de optar por empezar de cero, si es que eso es lo que está haciendo.

Casi debajo de Lo Pano, en un puesto repleto de pendientes con forma de loros, entre un grupo de guacamayos verde–militares y de Spix, divisa un par de aves con las mismas plumas índigo en las alas que vio en casa de Jorge. Le pregunta al vendedor qué tipo de aves son, y él le dice que son guacamayos de la provincia de Los Altos, al sur de la cordillera, pero desconoce su nombre. Compra los pendientes y se los pone de inmediato. Después, contrata a un hombre en un puesto con el letrero "Entregas a domicilio"; piensa que en este mercado hay un servicio para todo.

Una vez entregados los muebles, ordena su música en una pila pulcra, va a un Cadillac a la vuelta de la esquina y se lleva a casa dos tazas de *tinto.* Se toma el café. Fuma un Galaxy. Lee el opus 85 de Dvořák, las «imágenes sonoras», mientras sus dedos marcan ritmos sobre la áspera mesa de manglar. Mira por la ventana, al tejado anaranjado de las casas *sobre pilotes* que hay debajo, al azul puro del Atlántico Sur. El viento entra y sale por la ventana como un perro satisfecho.

Se oye una explosión amortiguada desde tierra adentro, sacudiendo brevemente sus nuevos tenedores. No piensa en Miguel. Desea que su acordeón esté arreglado. No piensa en Miguel.

Ahora sus dedos tamborilean sobre la mesa; es lo que siempre hacen cuando han estado privados de trabajo durante demasiado tiempo.

Ella piensa: Voy a necesitar algún tipo de instrumento.

Pasa dos noches en el apartamento y un día y medio: leyendo, fumando, tomando café y comiendo *butifarras calientes —una* bola de pescado especiada con coco, jengibre y ajo que compra en los puestos de afuera—. Nadie la molesta, casi nadie la nota. Conoce a una mujer abajo, con tres hijos. La mujer le ofrece *tinto.* El apartamento crece alrededor de Soledad, las habitaciones vacías simbolizan el espacio que ha crecido en su vida durante los dos años transcurridos desde que dejó el Conservatorio en la capital. Desde que conoció a Miguel.

Todavía piensa en Miguel, pero solo un poco, y solo en pequeños detalles. Eso es todo lo que ahora puede recordar o, tal vez, comprender. Es consciente de la cercanía de Jorge Echeverría, especialmente en la habitación que ha elegido para dormir, que da al sur y al oeste, en dirección al volcán; se puede ver el Barrio de los Ingleses si se mira a la derecha. Curiosamente, su cercanía en *el cruce* se siente más débil que su presencia en su mente, como un ánodo de oportunidad que, si ella completara el circuito, podría cobrar vida, eléctricamente hablando.

Se convence a sí misma de que la oportunidad que él representa no es principalmente emocional, ni siquiera sexual. Y solo se engaña parcialmente, porque la sensación que le produjo fue real para ella, la sensación de que en la fuerza y el lirismo de sus palabras, en la mezcla que se

producía en su apartamento, en la fusión general de verbos y ritmos antes incompatibles, reside una fuerza ctónica que no solo impulsa este enclave peculiar y maloliente, sino que también puede recargar sus propias baterías agotadas; lo suficiente, al menos, para darle un impulso a su vida, tal vez incluso un verdadero cambio de rumbo.

En la mañana de su tercer día en *el cruce,* se despierta temprano. Solo la punta del volcán ha sido bañada por el resplandor de la luz. No mira a la derecha, aunque la atracción de los ingleses ha ido en aumento cada vez que mira por esa ventana.

Le gusta la sensación de estar despierta antes del amanecer, incluso antes de que los vendedores de pescado se levanten con sus pregones y anzuelos. Sin encender las luces, entra desnuda en la diminuta cocina y pone agua a hervir. La llama de gas le tiñe los dedos de azul, y piensa: Se están asfixiando por falta de música. Se aparta de la estufa y vislumbra el callejón que separa este edificio de la hilera de *pilotes* de al lado. Está bastante segura de que el edificio más cercano al otro lado del callejón es un burdel; hombres furtivos entran y salen a todas horas, y la ropa de las mujeres apenas ondea en el tendedero, y siempre una lámpara de aceite brilla sobre la puerta, como si asegurara a los hombres que deben recurrir a este servicio que nunca se les negará la comodidad de las mujeres alquiladas, al menos mientras tengan dinero.

Esta mañana, sin embargo, no hay movimiento. Justo al lado del cono de luz ocre que proyecta la lámpara, se encuentra un hombre de hombros anchos, vestido con una chaqueta holgada, de esas que no dejan ver una funda de pistola debajo. Permanece inmóvil y muy erguido en la penumbra, con el rostro vuelto hacia arriba y la mirada fija en las ventanas de su apartamento.

F2, piensa ella, muy probablemente; pero es prácticamente seguro. Los rasgos característicos del hombre: su complexión, el ángulo de su espalda, el abrigo, el mero hecho de que esté allí, dejan un margen de error mínimo.

Se escabulle de la cocina y se viste, manteniéndose en rincones de su apartamento que no se ven desde la calle. No le sorprende que la hayan encontrado tan rápido. Miguel llama todos los días, y después del segundo día sin noticias habría llamado al Conservatorio, y luego a F2. Unas pocas entrevistas —nadie pierde el tiempo mintiendo a F2— habrían llevado hasta el *basukista* y luego a Haddad, y aquí. Porque le dio a Haddad su nueva dirección para que pudiera enviarle el acordeón cuando estuviera arreglado.

Lo que sí la sorprende es la magnitud de su furia. Le tiemblan las manos al abotonarse el vestido. Respira con dificultad, con fuertes estallidos de ira. Recoge sus partituras y toma café hasta que abre la pescadería. El hombre sigue en el callejón. Ella baja las escaleras, llama a la puerta de la

tienda y, con alguna excusa, sale por la entrada principal, fuera de la vista del vigilante del callejón.

Debería ser difícil encontrar la casa de Jorge entre el increíble laberinto de viviendas improvisadas que han surgido en las grietas y fronteras del Barrio des Anglais, pero de alguna manera ella, que no se caracteriza por su memoria espacial, mantenía una imagen precisa en su mente de la posición relativa del volcán, el convento y la sección de la ladera donde se construyó su casa. Solo se pierde dos veces antes de dar con ella, desde la parte alta de la colina. La combinación de la antigua mansión azucarera y las destartaladas torres de madera contrachapada y cartón coronadas por los dos techos de VW destaca, incluso sobre el caótico horizonte de este lugar. Busca entre las ruidosas impresiones sensoriales de una pelea de gallos que se desarrolla en lo que una vez fue un salón de recepción de mármol. En lo alto de la escalera duda. Pero la furia sigue siendo fuerte en su interior, al igual que el hambre en sus dedos; puede ver con bastante claridad en su mente el libro Mason & Hamlin mordisqueado que yace en la habitación junto a la pérgola de uvas. Llama, demasiado fuerte al principio, luego con más cortesía.

Tras la puerta reina el silencio, o al menos, se oye la ausencia de sonidos de los ocupantes humanos. Un hacha de Umbanda–Cargo, envuelta en arpillera con diversos hechizos y hierbas que supuestamente protegen este lugar de los malos espíritus, cuelga de un clavo sobre el dintel.

A través de las rendijas de la puerta, llega vagamente el sonido de las guitarras de un edificio vecino, el murmullo de la brisa marina.

El suelo tiembla una vez, suavemente. Ella ha notado que estas explosiones, o lo que sean, ocurren regularmente en el *cruce.*

Sin previo aviso, la puerta raspa. Allí está él, con el pelo revuelto, vistiendo solo una camisa de algodón que le llega hasta las rodillas. Con esa ropa, luce curiosamente infantil, a pesar de su barba canosa y su aliento rancio. Ella siempre recordará, incluso en los malos momentos, lo infantil que es también su reacción al verla, una mirada de asombro con los ojos bien abiertos al verla allí, combinada con una total falta de curiosidad por los motivos de su llegada, como si aún creyera en Papá Noel y en la magia del transporte y, por lo tanto, no tuviera que perder el tiempo con la irrelevancia de la motivación y los mapas.

—Tú —dice finalmente—, la acordeonista —y abre la puerta de par en par.

De camino a Teton, se aseguró de tener sus explicaciones preparadas. Al fin y al cabo, eran ciertas: él había mencionado trabajos de profesora y ella necesitaba trabajo y, sobre todo, un instrumento. Pero la calidez de su bienvenida le permitió dejar de lado esa incomodidad, y finalmente la olvidó casi por completo. El apartamento

ayudaba; era una parte esencial de lo que el nodo estaba llegando a representar para ella: una forma superior de la perspectiva desde su propio lugar; una representación de apertura y posibilidad, de la negativa a cerrarse o a beneficiarse de tal cierre. El lugar parecía más grande bajo la luz del sol. También estaba más limpio y menos desordenado de lo que recordaba, aunque era de esperar. La presencia del mar en un extremo —su horizonte formando una unión geométrica de una imposibilidad política, entre la Ciudad de los Barcos al noreste y las torres del edificio de Aduanas en la Ciudad Amurallada al sur— era, por supuesto, más pronunciada, ahora que todo era más que una forma de medio tono a la luz de la luna.

Lo que ahora le sorprende, a la luz del día, es cómo el verde oliva de las montañas lejanas, el azul intenso del cielo, el índigo secreto de la Bahía, parecen esculpir este conjunto de habitaciones en dominios de luz correspondientes. Y en esos dominios, los tonos de la vida de Jorge Echeverría —los tonos descoloridos de los libros de bolsillo, las mesas de caoba pulidas, la costosa tinta azul celeste y el papel marfil barato, las plumas de dibujante y los ceniceros llenos y las tazas vacías de *tinto, el guacamayo azul* y el *agobequis* de pico negro, las figuras de proa y las velas empalagosas, los qofs y zayins cabalísticos de las ofrendas votivas de la Umbanda, los cojines mohosos y los instrumentos de cuerdas brillantes, el estuco amarillo erosionado— están

apilados, clavados y apuntalados en una especie de todo coherente.

Podría haberse asustado fácilmente aquella primera mañana. En parte, le aterra esa imprudencia, tan distinta a lo que suele esperar de sí misma. Sugiere algo aún más aterrador: la magnitud y la crueldad de la situación que la llevó a actuar como lo hizo en los últimos días. Desconfía profundamente de sus propias motivaciones.

Un aguatinta de Joachim Boaz. Una foto de Jorge, con los brazos alrededor de un hombre calvo y con sobrepeso, una dedicatoria: *A mi compañero de corazón —Pablo Neruda.*

Todo en el apartamento de Jorge habla de la franqueza y la productividad que ella no podía negar sin negar esa parte de sí misma que anhela los elementos básicos de la melodía, la dulce armonía de los acordes. Es demasiado consciente de sí misma como para no reconocer la circularidad de este argumento, y demasiado inteligente como para no darse cuenta de que la circularidad a veces pone de manifiesto vínculos con otras estructuras lógicas que aún no has comprendido.

En cualquier caso, salvo un último pensamiento, no añade nada más a su vida esa mañana: toma *café con leche.* Bajo la pérgola escucha a Jorge y se convence más que nunca de que este hombre peculiar no ve ninguna distinción importante entre hablar y recitar, y ninguna en absoluto entre recitar y

la creación de versos, o al menos de prosa muy cargada de significado.

Y este es el último pensamiento que recuerda de aquella mañana: si este estado de aceptación es como un acto de circo, una serie de figuras gráciles que hacen cosas imposibles en el aire, entonces el discurso en verso de Jorge debe ser la gran carpa, las luces, el maestro de ceremonias, los tigres, las trompetas y los payasos que lo tejen todo.

Y siempre cae rendida ante un circo.

Empieza en cuanto prepara el café, agitando la taza y derramando una buena cuarta parte. “Este tinto —dice—, me lo da un albino que tiene su propia piragua, y en él se nota el ardor, la aspereza y la jodida corrupción de las *terras pretas* que lo engendraron».

“No es tan dulce como el de Antioquia”, responde ella, reprochándose mentalmente por intentar seguirle el ritmo, “los valles pequeños”.

Saca mangos, papayas. Fríe fruta del pan, el *friapen* que nadie en la Ciudad Amurallada come porque se supone que es comida campesina.

“Me gustó tu fiesta”, dice ella.

—Lamento la pelea —responde—. Dolores —mi hija— tiene una sed insaciable de peligro. Cuando arriesga su

integridad física, se deja llevar por esta ilusión: cree que puede degollar a sus padres por haber perdido el interés en ella.

Aparta la mirada, casi por primera vez.

“Es terrible que, de niño, nadie se interese por ti”, continúa, “eso garantiza que, a su vez, te volverás aburrido, quizás por despecho”.

“¿Has perdido el interés?”

Se ríe sin reír.

«La abandonamos en nuestra mente. Creíamos que las historias que inventábamos eran más coloridas, o eso decía el hombre de Fernsehen. El videoterapeuta». Gruñe, señalando con el dedo la Zenith que reposa como un Buda sobre una mesa de centro. «Esa fue su primera pantalla: Fernsehen. La compré en una subasta. Nuestra idea era que podíamos compensar las carencias parentales con terapia». Suspira. «Pero, aun así, fue una buena fiesta».

Sigue hablando, sobre un amigo de Ruiz y también sobre Dolores, piensa, aunque no le dirá nada al respecto.

“A veces el cielo se llena de peces, y bajan a tragarse a la gente en la tierra, sus cuerpos, sus pensamientos, incluso su música, y estas personas no saben qué clase de vida han estado viviendo hasta que los peces las vomitan y miran

hacia atrás y dicen: ‘Oh, un lucio con escamas doradas, o una raya con el hígado enfermo que se entierra en el lodo’”.

Le recuerda a la pescadería que está encima de su casa, ese aforismo, una prueba más de la unidad de todo lo que le ha sucedido; tal vez no sea una prueba real, pero sí la continuación de una cierta ilusión.

“Estás diciendo puras tonterías”, dice ella.

Se ríe, y esta vez lo dice en serio.

“Estoy lleno de mierda, pero es como el río, *querida.* O al menos eso me gusta pensar: a veces, entre la mierda hay pepitas de oro, al menos tierra productiva.

Por supuesto que es consciente de sus pretensiones, es consciente de que está actuando, y al mismo tiempo la actuación forma parte tan intrínseca de su oficio que, como ocurre con cualquier buen actor, la mentira se convierte en la realidad del hombre.

Y se queda toda la mañana, Jorge y ella hablando casi con la misma naturalidad que en la fiesta. Está eufórica por el tabaco áspero de Galaxys y también por demasiado café de la parte alta del río, que la coloca de una manera diferente a como lo hizo el subidón de *la tafia* tres noches antes. En este estado de euforia no se siente privada de música porque entre los laberintos de Bidonville que la rodean, diferentes canciones y melodías comienzan a surgir, como larvas

eclosionando en el calor cada vez mayor: aquí, un *llanto a capela* de un anciano con voz quebrada; allá, un grupo de niños golpeando *requintos caseros.* Y latas; abajo, un radiocasete tocando Jasmin; un grupo de cantantes *vallenatos* ensayando. Los gallos de pelea hacen una pausa y un grupo de ellos se va a animar, y luego se unen, una secuencia de *vallenatos* particularmente escabrosa en detalles pornográficos. Un destello escarlata florece en una colina en la distancia detrás de San Isidor: unidades del ejército disparando contra adornistas, o adornistas peleando con *guaqueros.* Le sigue segundos después un débil y abstracto "chasquido". Más tarde ella no puede separar nada de eso. Los diferentes sabores de música que se filtran a través del viento y los olores a su alrededor, el ritmo de su voz, la intensidad casi asesina con la que la mira, se mezclan como diferentes jugos en un buen *batido* con el escalofrío en su propio esófago, las palabras que usa para describir a los *vallenatos,* lo que piensa de *los vallenatos,* o el trabajo de Gabriela Mistral.

Entonces, se detiene. O mejor dicho, Jorge deja de hablar, mientras las campanas del convento resuenan. Ella cuenta hacia atrás mentalmente, en la cámara de su repentino silencio, doce campanadas. Lleva tres horas y media hablando con ese hombre.

—Tengo que ir a trabajar —dice, frotándose la barba incipiente y mirándola de reojo, casi furtivamente—. Pero no

tienes que irte si no quieres. Sírvete un café, yo… —Se tira de un lóbulo de la oreja—. Me gusta hablar contigo.

Ella sonríe ante esto. Es tan típico de este hombre, ya lo ve venir, la combinación de engaño y generosidad, el uso de uno para realzar lo otro, una puesta en escena que solo se justifica con una sonrisa y la sensación, como ya había intuido, de que toda la actuación se lleva a cabo en aras de una imagen más elegante.

—Nunca te dije —dice ella— el motivo por el que vine.

“Quieres empezar a dar clases, pero eso es fácil…”

“Eso esperaba yo…”

Él levanta la mano.

“Esperabas encontrarme aquí, y ya estabas cautivada por mi magnetismo dionisíaco.”

Ella no sonríe.

—Si me dejas terminar… —dice, y sus dedos se estiran por sí solos, como las garras de un gato que se prepara para un salto certero que lo llevará a la columna vertebral de un ratón—. Tenía ganas de practicar en tu piano.

Solo un mes después, recordará aquel día y estará segura de que no salió del apartamento durante una semana en su

primera visita. De hecho, ese día no está segura de quedarse, porque no está convencida de poder tocar allí en absoluto; en sus planes para el piano siempre había dado por sentado que él estaría ausente gran parte del día, trabajando en un estudio como lo hacían los estudiantes del Conservatorio, o quizás haciendo lecturas o reuniéndose con un editor. La razón por la que su ausencia es importante radica en el pánico moderado que ha sido la maldición más profunda de su vida profesional.

Por supuesto que trabajó en ello. Ella también acudió a una clínica de televisión, esta vez en la capital, para recibir tratamiento (horas de fragmentos de películas con actuaciones o telenovelas basadas en las vidas de Chopin, Schumann y Brahms). Y las cosas mejoraron hasta cierto punto, porque ahora puede interpretar obras que no ha compuesto —incluso piezas muy técnicas, cuanto más técnicas mejor— para desconocidos en entornos muy formales.

Pero la música que compone se deshace en sus dedos como masa enharinada si la toca para alguien más. Incluso para su padre, incluso para Miguel. Así, cuando Jorge le abre las puertas francesas y la observa sentada incómodamente en el Mason & Hamlin, toca unas pocas escalas y una pieza rusa que rebosan técnica pero carecen por completo de dinamismo.

Pero entonces, como si intuyera su incomodidad, dice:

«Estaré en mi estudio, puedes tocar la música tan fuerte como si San Isidor estuviera en erupción, no oigo nada cuando estoy trabajando». El hecho de que ella le crea sin pensárselo debe de ser una muestra del control que él ya ejerce sobre ella.

Ella toca durante la parte más calurosa de la tarde, hace una pausa para fumar durante la cual puede oírlo murmurar para sí mismo en el porche. Entre murmullos, su pluma rasca audiblemente el papel barato.

De vuelta al piano, practica de nuevo: escalas, trinos, más escalas, un ejercicio de Saint–Saëns. Sus dedos están torpes y lentos por la falta de uso. Después, trabaja en una pieza humorística de Dvořák que se ha esforzado por dominar. Le va bien a pesar de la rigidez de sus dedos, excepto por un movimiento adaggio con una mano izquierda muy enérgica, acordes que cambian rápidamente en tres registros, algo que nunca ha logrado dominar. Cuando se cansa de eso, recurre a sus notas e improvisa sobre detalles de la melodía del *Concierto de la Selva,* el proyecto en el que lleva trabajando desde su segundo año en el Conservatorio, el que no ha podido completar ni siquiera trabajar en él, salvo en detalles tan minúsculos que no tiene ni idea de cómo podrían encajar en la obra completa.

Las cosas no van ni mejor ni peor de lo habitual. Al menos, reflexiona, ahora puede trabajar en su propia música cuando alguien más está trabajando en el apartamento, y esto es

nuevo: nunca había podido tocar *Selva* excepto en las salas insonorizadas del Conservatorio de Bamaca. Y siempre se detenía en la *Estancia* cuando su padre regresaba de la mina.

Cuando ella termina, la habitación se ha teñido de rojo y marrón por el atardecer. Entra en la sala principal. El guacamayo índigo silba. El mar es del color de la tinta de Jorge. Una nota en la cocina dice: «Tuve que salir. Sírvete la cena: estofado *de macapa* en la nevera». Una llave —parece ser la de la puerta principal— sujeta la nota contra la brisa.

Está agotada por el trabajo. En la superficie emocional pulida por la fatiga, de repente le parece completamente inconcebible estar en el apartamento de un desconocido que le deja notas llenas de información implícita, esas elipsis significativas que normalmente solo se construirían tras meses de intimidad. También descubre que le molesta vagamente algo más que no se dice: su falta de reacción a su interpretación. El terapeuta de Fernsehen lo vio de inmediato, y quizás este sea el verdadero secreto; bajo la timidez del pánico escénico, ella es, a su manera, tan diva como Jorge. Aunque no le gusta actuar, especialmente al piano —y esta es una de las razones por las que solo alcanzó el rango de profesora asistente en el Conservatorio—, cuando la gente la escucha tocar, está acostumbrada a que al menos elogien su técnica.

Y ella no quería que Jorge escuchara *La Selva.* Pero interpretó esa pieza de Dvořák con tanta maestría,

combinando los diferentes movimientos *allegro* con verdadera habilidad, que le hubiera gustado que él la admirara por ello. Siente cómo apretara la mandíbula, furiosa, no contra Jorge sino contra sí misma, por exigir la aprobación de ese hombre.

Ella recoge sus notas y se marcha sin escribir nada más que sus palabras.

Ella también toma la llave, la guarda en su bolso de hombro y es plenamente consciente de lo que hace mientras lo hace.

Cuando regresa al día siguiente —ya bastante tarde por la mañana, pues no quiere despertarlo de nuevo y, además, ahora que sabe que tiene acceso a un instrumento, está un poco menos ansiosa por llegar temprano al trabajo—, él ya se ha ido. Se da cuenta de que ha vuelto en ese lapso por los restos del desayuno sobre el escritorio, pero no hay ninguna nota.

Su timidez habitual la invade de nuevo, como si su audacia al venir aquí, quedarse aquí, tocarle a Dvořák el día anterior, hubiera sido solo una casualidad, un críptico freno a la marea que inevitablemente la engullirá. Y la timidez sugiere: «Esa llave era solo un pisapapeles, no tenías derecho ni razón para pretender entrar en la casa de este hombre, y tu descaro al hacerlo te costará la poca amistad y alianza que has cultivado hasta ahora».

Ella deambula sin rumbo por el apartamento. Los sonidos de la brisa, de los pájaros, de la música exterior y del comercio parecen tan muertos y aislantes como ayer se sentían cómodos y correctos. Se siente vacía. Presiente que podría estar preparándose para un caso de diarrea, probablemente porque el agua en *el cruce* está más sucia que la de la Ciudad Amurallada; las alcantarillas no reciben mantenimiento, los pozos están contaminados. Recuerda las letrinas abiertas de Ensevli, el olor a orina en el mercado. Las explosiones ocasionales que sacuden el suelo, según le han dicho, son provocadas por ingenieros del gobierno que construyen un nuevo túnel de alcantarillado para la Ciudad Amurallada; por supuesto, no dará servicio a los residentes *del cruce.*

"¿Qué demonios hago en este lugar?", se susurra a sí misma.

Una hoja de papel enrollada en su máquina de escribir dice:

¡No! Los cañones de polvo
por donde corre el semen
no detendrán este taxi (tachado)
omnibus (tachado) *de*

Decide marcharse y deja la llave sobre la mesa de la cocina. Revisa el piano para asegurarse de no haber olvidado ningún papel anoche, ningún fragmento de su concierto

abandonado como rehén de un malentendido. Un cuenco de guanábana reposa sobre la tapa cerrada del piano. Se le estiran las mejillas. La sensación de diarrea desaparece tan repentinamente como llegó. Al levantar el cuenco para abrir el piano, un trozo de papel cae de entre las hojas de la fruta donde estaba atascado.

Este camión que corre
por los caminos más verdes de octubre
a través de la nave de una catedral
seca de música
"Ave, ave"
se ha vuelto duro, no suave, como deseo.

Las palabras, obviamente tecleadas en la antigua máquina que tenía sobre su mesa de trabajo, estaban manchadas de amarillo por el jugo de la fruta.

Coge una *guanábana* y lame una gota de su piel verde.

De repente, arrastra el banco, ordena sus partituras y comienza a tocar.

***

Tras este segundo día de práctica, sus dedos empiezan a funcionar con fiabilidad de nuevo y ha descubierto una técnica que rompe repentinamente la parte posterior del adagio de la mano izquierda en el Dvořák. Por primera vez, lo ejecuta con solo dos fallos técnicos y una especie de

maestría en el ritmo, una fluidez en la dinámica general, que hasta ahora le había sido esquiva. Después de hacer eso con el concierto, se toma un descanso y saca un libro de su mesa: *Contrabando,* se titula, *Un manual de la filosofía del contrabando hai-meyita.*

> Aún no está claro si *los cruces* podrán mantener el umbral del treinta y siete por ciento, donde casi la mitad de las actividades de sus habitantes se realizan dentro del propio *cruce,* mediante el comercio con un *cruce* externo o mediante contratos independientes que no permiten ningún tipo de comercio con Org o Megorg. Ni siquiera está claro si los pocos *cruces* que han alcanzado ese nivel de independencia —Sixth Street/Nueva York, Manila— podrán mantener el nivel esencial de actividad sin…

Ella regresa a Mason & Hamlin. El pequeño éxito que logró con Dvorak la anima, le da el coraje que necesita para retomar su propio concierto, en particular un detalle inicial que siempre le producía una sensación de desesperación en la garganta, lo que ella llama “El amanecer”. Describe cómo la selva alrededor de Glen MacRae parecía enmudecer, contener la respiración en ese breve instante entre la espesa noche y la luz del día sin límites: cada una de las millones de criaturas en la selva se detenía sobrecogida ante esta intrusión del tiempo en su espacio vertical estratificado, este recordatorio básico de la mortalidad y la concepción, como la vacilación antes del orgasmo, como el aliento contenido antes de morir. Siempre la ha escrito en modo menor, pero

hoy decide recortarla con acordes de séptima, evitando todas las paradas de trémolo en su Fourneaux *(¡puta,* desearía tener el acordeón!), una progresión de incertidumbres, 6/8 y tiempos sostenidos, una pausa final: y luego una sola nota sostenida, plegándose finalmente en sol mayor y la cálida acumulación de temas y melodías secundarias mientras cada una de esas criaturas aún vivas y que no están muriendo o follando activamente saluda la llegada habitual y extraordinaria del día.

Coge un bolígrafo y anota los cambios. No está mal, piensa, no está nada mal. Cuando deja el bolígrafo, el crujido del papel continúa.

Ella camina hacia el porche. Ha anochecido. Las luces de navegación de un crucero se acercan con cuidado al canal de Las Ánimas. Jorge está recostado en una de las hamacas, amarillenta por una lámpara de queroseno, escribiendo en un cuaderno. Ella dice: «No te oí entrar». Él dice: «Estabas ocupada. ¿Quieres quedarte a cenar esta vez?». La cena en Bamaca no se llevará a cabo hasta dentro de tres horas, pero él se refiere a algo más que una cena. Ella piensa: ¿Quiero cenar y todo lo demás que eso signifique con este hombre de uñas sucias que entra y sale sigilosamente de su casa y escucha, supuestamente, mi música más secreta y luego no tiene absolutamente nada *que* decir al respecto?

Sacude la cabeza, reconociendo la vanidad burda que subyace a ese pensamiento. Más importante aún —

revisando los recovecos de su mente— es la ausencia de bloqueo en ella, la ausencia de la ira paralizante que antes habría sentido porque un hombre, un desconocido, cualquiera, hubiera escuchado un fragmento de *La Selva.*

Y más fuerte aún, y a la vez parte de ello, es la emoción, la sensación de tener la energía necesaria para seguir caminos diferentes, para crear conciertos (incluso imperfectos), para aceptar las imperfecciones como parte del proceso y no dejarse desanimar por ellas como un jinete que se cae de un caballo que tropieza con una valla; una energía tan inmensa que le asalta la repentina fantasía de que podría volar, si fuera necesario, de balcón en balcón a través de este barrio surrealista. Este apartamento le parece una cabina de mando donde podría tomar los controles, aquí y ahora, y lanzarse hacia el sol, o rozar el mar como un pájaro, hasta África si quisiera.

Parte de esa emoción proviene del buen trabajo que dedicó al *Concierto de la Selva.* Reconoce que aún más proviene de ese hombre con ojos como un pozo, lleno de recuerdos de sacrificios pasados. Sean cuales sean los detalles, él ha escuchado su música y no se ha dejado amedrentar por los agentes de su psique. Y ella ha reprimido la emoción durante tanto tiempo que no tiene otra opción, ninguna en absoluto.

La cocina de Jorge es puramente bamaca, lo que significa que es como el criollo que se habla aquí, una base de francés

de los buscadores de oro de Cayena que emigraron al Delta, y algo de español, con acentos de portugués mezclados. Le recuerda a su madre, y esto no parece tan malo ni orientado a Elektra, solo correcto en la forma en que todos los objetos parecen encajar cuando las condiciones subyacentes están en paz. Él hace *lamohue,* tortas de bacalao salado machacado y frito con cebollas, pimientos, ajo, pulpa de coco, jalapeños y jengibre; una ensalada de mangos, aguacate y *friapén.* Beben un *vino verde* de las colinas del norte. Es un vino aguado que, cuando otros vinos los inundarían y los arrastrarían en tales cantidades, baja como lo haría un refresco, simplemente haciéndolos flotar como bañistas hasta que tocan fondo solo con sus metafóricos dedos de los pies. Se besan como una extensión de comer y beber, el sabor del ajo y la uva joven en sus labios; se quitan la ropa como una extensión de la intimidad de los labios. Hacer el amor debería ser la culminación de eso, así como de la intimidad mucho más profunda de las historias que ya se han contado, en pequeños comentarios al margen, entre turnos de conversación.

Su tacto, tímido, casi reverente, confirma una evaluación provisional de sutileza. Saca un condón sin que ella se lo pida. En el último minuto, ella le pide que no hagan el amor, todavía no. Se siente mal; no ha tenido tiempo de marcar el paso de Miguel, de lo que puede, o no, ser su antigua vida. Ella lo toca con su mano; él la toca, entre sus piernas, como si estuviera puliendo una pequeña piedra, pelando un

moscatel, sus grandes manos seguras en pequeños movimientos. Vienen en silencio, uno tras otro. La fiebre se mueve a la velocidad de la luz y hace que su cabello y uñas de los pies brillen en serie como bujías. Él entrelaza sus tobillos con los de ella mientras se duerme. *El cruce* hace ruido desde todas direcciones a su alrededor; estallidos de risa, una radio que toca merengue, mototaxis acelerando, loros riendo, un disparo. Su líquido primero está caliente y luego se enfría rápidamente en la meseta inferior de su estómago.

Ella se queda, esta vez, cuatro días en el apartamento. Cuando su ropa se ensucia, usa sus camisas largas. Él tiene una docena, la mayoría de algodón viejo y remendado, suaves como una segunda piel. Ella cree que ahora no solo se ha desprendido de su antigua vida, sino también de la nueva: al quedarse en casa de Jorge y vivir con sus camisas, ha adoptado una identidad ilegal, un *alter ego* mayor y vagamente masculino, con toda la independencia perversa que eso implica. No tiene horarios, ni citas. El hombre de F2 sigue vigilando sus ventanas oscuras, llamando a la Aduana con creciente frecuencia para advertirles de su extraña falta de movimiento. El reparador de acordeones, Haddad, deja notas innecesarias en la puerta de su apartamento; dos veces lo ha pillado siguiéndola, siempre cuatro o seis personas detrás, fingiendo hacer algo completamente diferente mientras ella compra en el Mercado de Esclavos; pero Haddad nunca la ha seguido hasta aquí.

Ni siquiera piensa mucho en el Fourneaux–Dallape. Todo esto es el símbolo y el indicador de todo aquello a lo que ya no está apegada. Nada en Soledad puede vincularla, ni positiva ni negativamente, a la obligación o a un horario fijo.

Se levanta justo después del amanecer, se prepara un café y se sienta al piano. Entre piezas, incluso entre riffs, se recuesta en una hamaca junto al porche y escucha cómo despierta la *selva* a su alrededor. Al regresar al instrumento, encuentra esos gritos y cantos de gallo, esas discusiones, canciones y ruidos de fontanería, que brotan de ella a través de las yemas de sus dedos, influyendo no solo en su interpretación de Dvořák, sino también en las notas que escribe para *Selva.* Quiere mantenerlos fuera del concierto —al fin y al cabo, trata sobre la selva y la postura geográfica de su padre en contra de ella—, pero el cambio de ritmos, la vitalidad de estos nuevos sonidos, es demasiado fuerte y fundamental como para excluirlos. Jorge no ayuda porque los poemas que le recita —lo hace con frecuencia, a diferencia de ella él es un intérprete de corazón y ninguna audiencia es demasiado pequeña para su arte, si tiene un problema de métrica le declamará la pieza, durante el almuerzo o el ron, golpeando las palabras hasta que cambien o encajen— los poemas son al menos tan fuertes como *el cruce,* impulsados por un ritmo que extrae su fuerza exactamente de la misma fuente.

“¿De qué sirve una raíz?”, recita; forma parte de un nuevo ciclo en el que está trabajando, el *Desdichado.* Lo llama ciclo,

murmurándolo entre dientes mientras come *vatapas* y toma café.

¿De qué sirve una raíz?
Eso no llega al sexo del volcán.
¿De qué sirve un amor
atado por el rastro de las sombras?
Desdichado
Desdichado
Esta tierra es triste como una herida,
aunque encadenada al terror, tus pájaros
llenan mis ojos de sol.

Y sin darse cuenta de cómo o por qué, cuando vuelva al concierto, las palabras resonarán en su interior mientras toca,

reseco entre adoquines,
aún así bebo tus ríos enteros.

Lo que le hizo desperdiciar páginas de papel y horas de trabajo escribiéndolo y luego borrándolo.

El problema crece en magnitud. El pasaje del amanecer en el que trabajó el otro día conserva la sensación de *la selva:* lo que era despertar sola tras la bruma de la mosquitera y contemplar los pastos hasta los enormes árboles que se alzaban de una segunda bruma proveniente del río. Pero todo lo que escribió desde entonces tiene demasiado humor

y charla para un lugar donde la vida humana siempre será una nota a pie de página. Al igual que los Manopani son notas a pie de página, viviendo como notas a pie de página, vestidos con taparrabos en sus diminutos claros bajo el gran dosel, rezando a jaguares, monos y hormigas mágicas.

Un día, durante el almuerzo, ella le explica su problema a Jorge. Está lloviendo, un aguacero torrencial, una lluvia de ozono que llega desde el Pacífico a la cordillera y golpea con tanta fuerza la veranda que cada gota levanta el polvo diez centímetros en chorros ocres como el humo de un bombardeo. Sus tobillos, bajo la mesa, están entrelazados; se ha convertido en una costumbre para ellos. «No hay nada allí más que el bosque para mí», dice ella. «Él me quería, mi padre —sé que sí—, pero su amor se manifestaba en proyectos, generalmente relacionados con la mina. Podía ir al bosque, pero necesitaba protección; incluso entonces había guerrilleros escondidos en los límites».

Justo a tiempo para recoger un huevo, o una pluma, la piel mudada de una boa de rama. Me encantaban esas cosas, pero nunca encontré lo que realmente buscaba, por eso mi madre no pudo amar el bosque como yo, y por eso nunca regresó de las montañas cuando más importaba. Creo que…

—Creo que ya lo sabes —dice Jorge.

“¿Por qué no regresó?”

“No. Esa no era su pregunta.”

“No…”

“O tal vez sí. Pero la pregunta…”

“Sobre el concierto. ¿Te refieres a…?”

“Sabes.”

Hace una pausa. En cualquier otro hombre, las pomposas elipsis de semejante conversación la enfurecerían. Se da cuenta de que está completando los huecos en lo que él dice, insinuando una sabiduría que él quizás no posea. Pero lo cierto es que ella sí sabe, y supo desde el principio, cómo resolver el problema. Porque no se trata de mover ni cambiar el concierto, sino de modificar su propia posición dentro de él, de modo que no trabaja en algo estático, una pieza fija, algo que en cierto nivel ya concibió y terminó en su mente, sino en una obra dinámica que incluye lo que vino antes, lo que viene ahora y lo que podría venir después.

“También tiene que ver con *el cruce*”, dice.

“¿Quién sabe?” Jorge se lleva los dedos a los labios y silba suavemente. “Es tu pieza. Lo único que sé es que…” —la señala con el dedo— “tu ya lo sabes”.

“Fácil”, acusa. “Fernsehen regurgitado”.

Liberándose los tobillos, sale al porche. La lluvia la empapa al instante, junto con la camisa que lleva puesta, dejándola prácticamente desnuda a través de la fina tela. Un chico de la *favela, en la parte alta de la colina,* la adula con admiración. Ella no le presta atención, apenas se da cuenta. ¿Quizás ahora pueda dejar que fluyan las notas?, piensa. Con o sin televisión, puede hacer que el concierto sea tan largo y variado como su vida. Puede cambiar el nombre. Si las notas no funcionan, puede esperar hasta que lo hagan. Puede convertir el concierto *en* su vida, y viceversa.

La sensación de esposas rotas es tan intensa y total como la lluvia, que de hecho arrecia. Ella levanta la cabeza y abre la boca; en cuestión de segundos, se le llena con el agua fría y metálica de las nubes.

Una educación más formal tiene lugar durante ese tiempo, un tiempo que ahora ha superado los primeros cuatro días, entrando en el período en que ha establecido un ritmo más normal, regresando a su apartamento dos o tres noches por semana para descansar, para estar a solas. Aunque la epifanía que tuvo el segundo día sigue activa; la sensación de que puede permitir que este hombre al menos escuche la música que compone, siempre que esté absorto en su propia escritura, o siempre que ella no sepa que la está escuchando; todavía se siente incómoda cuando deja de tocar y no oye el rasgueo de su pluma y no sabe dónde está físicamente. Este sentimiento también está mutando, ya que se convierte en parte de un esfuerzo creciente por preservar un mínimo de

independencia del gran diésel de la vida e influencia de Jorge. De todos modos, la mayor parte de sus días y noches todavía los pasa en casa de Jorge, incluso dando clases allí, a alumnos que Jorge le ha encontrado, en el Mason & Hamlin donde compone.

Están haciendo el amor ahora. Empezó la cuarta noche, justo cuando ella estaba a punto de irse. Fue demasiado rápido, terminó demasiado pronto, había sido demasiado largo para él, dijo, tosiendo, disculpándose. Pero para ella estaba bien, no dejar que la fiebre subiera demasiado, dejar que se levantara lentamente de todo su cuerpo. La velocidad mantenía sus pensamientos claros. Y, como para compensar los colores faltantes del orgasmo, él enumera para ella —recostado en el rancio tumulto del sofá— los colores que vio en los lugares donde solía vivir. Había sido funcionario consular, como Durrell, como Neruda, un poeta disfrazado de burócrata que escribía anuncios para un gobierno en el que no creía desde lugares que ella nunca ha visitado. Londres. Barcelona. Shanghái. «Eran la destilación de mi cobardía», dijo, «esos comunicados de prensa que escribí, y se notaba. Pero todo era tan sutil, nadie entendió la broma». Se rió con dureza.

Los poemas, por supuesto, se publicaron con otro nombre. Si bien habían adoptado algunos de los tonos grisáceos de los condados cercanos a Londres, las tonalidades ahumadas del Bund, la dura represión terracota de Cataluña, en el fondo siempre trataban sobre Bamaca, y Bamaca siempre

debe incluir en su ficción la estructura de cemento óseo que mantenía a los bebés, en algunos pueblos, en muchas *favelas,* llorando por falta de leche. «Cuando llegó la violencia», le dice ahora, «descubrí que, aunque una vez tuve agallas, en la grisura de mi alma cambié la capacidad de vivir como escribía: Sí, me había convertido en un diplomático. Adopté una nueva identidad en ese momento», dijo, «el rebelde oculto, el conspirador secreto. Pero, aunque creía en las tramas y las ideas que las sustentaban, *la fuerza* aquí»—golpeó la mesa junto a ellos con los nudillos de una mano—«la fuerza era un diplomático, sí, cambiando de personaje según convenía».

El engaño le salvó la vida. Los escritores que apoyaban al Frente y luego al gobierno de Morena eran detenidos antes del amanecer y fusilados en el fondo de minas de esmeraldas, o arrojados a la fuerza desde aviones que sobrevolaban el Atlántico Sur.

Tiene la extraña pero clara sensación de que, si bien él sigue siendo un pervertido, si bien es mucho más abierto con sus emociones de lo que ella jamás podría ser con las suyas, tal vez nunca le habría dicho esto si ella hubiera llegado al orgasmo o incluso hubiera fingido un orgasmo con él.

Una semana o diez días después de que hicieran el amor por primera vez, durante una de sus cada vez más escasas noches en su propio apartamento, la despierta un ruido que no logra identificar.

Permanece inmóvil, consciente del ruido por sus reverberaciones, por el hecho de que ya no existe; esperando a que se repita.

Está desnuda bajo la sábana. Desde hace aproximadamente una semana, cuando llegó al apartamento de Jorge, duerme sin ropa. Solo lleva puestos los pendientes de loro, pues está tan acostumbrada a ellos que se olvida de quitárselos. Para ella, dormir desnuda es un reconocimiento de su propio cuerpo, del placer que siente al experimentarlo, y también del gusto que Jorge encuentra allí, pues le gusta verla desnuda, o incluso lo que él llama "invisiblemente" desnuda; simplemente imaginarla sin nada debajo de una camisa, dice, le resulta tan excitante como la realidad.

Ella sabe, sin embargo, que su incipiente naturismo se basa en algo muy distinto. Hacer el amor con Miguel, aunque placentero, siempre incluía un matiz de vergüenza, de furtividad debido al secretismo que él empleaba para hacer posible su encuentro. Al principio, era parte de la emoción; después, se convirtió en parte de su aburrimiento. Mientras que aquí nada condena lo que hace, ni en la mirada que dirige hacia sí misma ni en los ojos de quienes saben lo que ocurre, es decir, Héctor Ruiz y un par de amigos de Jorge. Así pues, lo que realmente celebra en su desnudez es esto: la capacidad de ser una egoísta sexual, sin el oprobio moral de la Ciudad Amurallada, ni de Doña Serena, ni la influencia perpetuamente amenazante de la Santa, Católica y

Apostólica Iglesia que se cierne amenazadoramente desde su catedral negra en el corazón de la ciudad turística.

La brisa marina refresca sus pechos. El cruce está cargado de música esta noche, más de lo normal. Varios tambores compiten por dominar el ritmo. Dos hombres cantan el mismo *vallenato,* uno de Jorges:

Si mou estoma fue un chien
je le promenerais parmi les cuartos
ou tu estais[4]

El sonido vuelve a oírse. Es un sollozo, desesperado, incontrolable, de esos profundos y devastadores que solo se manifiestan en oleadas que permiten a la doliente respirar, y así sobrevivir, entre medias. Tan cerca que por un instante imagina que podría ser ella misma, o el yo al que confía a los sueños, llorando en la realidad paralela de la inconsciencia. Se levanta rápidamente, se pone unas mallas y una camiseta, y baja las escaleras.

La puerta del apartamento de Cloodine está entreabierta, como siempre. Sus hijos duermen en hamacas gemelas colgadas en un extremo de la sala. El bebé también duerme, envuelto en mantas no muy limpias sobre el suelo de baldosas. Cloodine está desplomada en un banco junto a la ventana índigo, con la cabeza apoyada en unos brazos que,

---

4 Si Mou Estoma fuera un perro, / lo llevaría a pasear por las habitaciones / donde estuvieras.

a su vez, están entrelazados en el alféizar, dos metros por debajo de la ventana de Soledad, por eso sonaba tan cerca.

Soledad duda. El cabello castaño oscuro de Cloodine está suelto. Desde este ángulo, le cubre el rostro por completo, como una deliberada afirmación de privacidad. Pero Soledad se da cuenta de que no puede escuchar semejante sollozo sin hacer nada, porque hacer algo significa lidiar, directa aunque torpemente, con lo que sea que haga que Cloodine se sienta así; mientras que escuchar pasivamente implicaría comprender esa tristeza a través del prisma de sí misma y de su propia historia.

Soledad piensa que su ego otra vez está buscando su propio camino hacia la salud óptima a través de los escombros del dharma de otra persona.

Cloodine se sobresalta cuando Soledad la toca. El susto le impide llorar. Luego, secándose la cara con el borde del antebrazo, sin mirar a Soledad, se levanta, camina hacia la estufa y empieza a calentar agua.

—*¿Tinto?* —pregunta, cuando logra que su voz funcione. El esfuerzo que supone ese intento le provoca un dolor en el pecho a Soledad.

—Cloodine —dice Soledad en voz baja—, ¿qué sucede?

“No recuerdo cuántos azúcares tomas.”

“Quiero saber qué te pasa, qué te hace llorar así. Si de verdad no quieres contármelo, no te preguntaré más. Pero si puedo ayudarte…”

Cloodine compacta el polvo negro en el filtro de barro.

“No hay nada que puedas hacer. ¿Me dijiste cuánta azúcar?”

Soledad no toma azúcar. Ahora bebe su café solo, como en una noche sin luna, al estilo de los contrabandistas en el Cadillac Hawkley. Pero el ritual de preparar el café —el prensado del polvo, la espera mientras el vapor atraviesa los granos, el vertido y el servicio— parece haber calmado a Cloodine. Lo que sea que la hiciera sollozar se ha atenuado hasta el punto de poder hablar, donde las palabras pueden cambiar un poco las cosas.

La historia que ella saca a relucir, fragmento a fragmento, separada por respiraciones irregulares y ocasionales llantos, es una vieja historia —vieja en el sentido de que ver a tu hombre irse tan pronto como subes de peso y luego negarse a pagar por el niño y no tener suficiente dinero para la comida hasta que finalmente tienes que ver a tus hijos irse a la cama con el estómago rugiendo casi todas las noches de la semana es tan vieja como estas pobres colinas volcánicas, vieja como los corazones de metal de los conquistadores— y sin embargo sorprendente porque Soledad, en su ignorancia, había pensado que *el cruce* se construyó sobre

algunas de las nociones descartadas de la vieja izquierda, cosas que los adornistas defendían en teoría pero que nunca llevaron a cabo en la práctica. La propaganda, en la Ciudad Amurallada, se refiere a grupos disidentes adornistas y otros tipos violentos en *el cruce* que al menos parecen comprometidos a erradicar mediante el mayor derramamiento de sangre una miseria como la de Cloodine.

Sentada con el café ronroneando en su interior, acariciando los nudillos de la mujer con un pulgar, parece como si la música que escucha afuera, que ahora se desvanece en el frío corazón de la noche, revelara contener un núcleo de engaño, de algo que se ha vuelto impuro y blando.

"Pero *el cruce nunca* se construyó sobre esa base", le dice Jorge al día siguiente. "Incluso en teoría, y sobre todo en la práctica, la idea era alejarse de ese tipo de mercantilismo social estático".

—¿Cómo puedes sentarte ahí? —le grita furiosa. Beben vino bajo la pérgola, un poco de más como de costumbre, y el resbalón del *vinho verde* facilita la discusión. Es un día caluroso, con la promesa de que seguirá haciendo calor. —¿Cómo puedes sentarte ahí y soltar palabras como «mercantilismo social» y defender tus, tus teorías grandilocuentes, cuando una mujer no puede alimentar a sus tres hijos? ¿Acaso… acaso…? —Apenas puede hablar por la rabia y, hay que admitirlo, *por el vinho verde—*. ¿No *ves*

cómo ese hecho, ese solo hecho, cómo un solo bebé que pasa hambre una noche le quita todo tu hermoso y tan estilizado trabajo, a esos *poemas descabellados…?*

—Soledad —protesta, dejando la copa de vino.

“¿Toda la música, las letras, y eso hace que no valgan nada?”

“Soledad.”

“Qué.”

“Tengo algo que mostrarte.”

¿Por qué no respondes a mi pregunta?

“Te estoy respondiendo.”

Hace un comentario, tan desagradable que no lo recuerda después. Es consciente de la excesiva influencia que ejerce este hombre sobre ella. Está cayendo en la trampa de la relación entre un hombre mayor y una mujer joven, una lucha de poder sexual que enfrenta su juventud con la experiencia de él, cuyos beneficios probablemente nunca compensarán sus desventajas psicológicas. Sabe que ella obtiene menos de esta relación que él.

Pero cuando él se pone las sandalias y la espera en la puerta, ella lo sigue, con solo un leve *movimiento* de la

lengua para expresar su desaprobación hacia sí misma por ceder a esa dinámica.

Caminan hacia Lo Pano. El mercado de esclavos se mueve más lento con el calor. Un hombre toca un bajo hecho con un viejo bidón de aceite, moviendo su arco con desgana sobre la cuerda, produciendo notas tan graves que parecen tocadas bajo el agua. La gente vive como pececillos asustados en las sombras de los toldos de los puestos. Cuando se mueven, flotan como sepias, impulsados rápidamente por su afán de frescor, desde el refugio oscuro hasta la oscuridad. Los números y nombres de los productos en los distintos paneles de Udine aletean espasmódicamente en el aire lento. Jorge entra en el cuadrado de sombra bajo la torre. Los escritorios aquí están todos vacíos. Jorge sube la escalera, subiendo los peldaños de dos en dos para beneficio de Soledad. No es la primera vez que ella se da cuenta de lo profundamente consciente que es él de su diferencia de edad.

Una vez dentro de Flash Shack y tras cerrar la escotilla, siente como si la hubieran transportado a otro país, o incluso a otro mundo, un lugar fuera del tiempo, enfriado por antiguos aires acondicionados Fedder y tan repleto de cables serpenteantes, módems, escritorios desbordados, puertos de red, libros de contabilidad, archivos de tarjetas, máquinas de escribir y las pantallas amarillas, verdes, azules y negras de ordenadores arcaicos que apenas puede distinguir los colores intensos y sobreexpuestos de la *luz* que entra a

raudales por las ventanas de esta destartalada estructura. Los teléfonos suenan de forma aleatoria. Un joven y una mujer aún más joven —la misma mujer, se da cuenta, que la había dirigido al taller de Haddad solo diez días antes— están sentados en nichos excavados en el papel y el hardware, estableciendo conexiones entre teléfonos, pantallas de ordenador, libros de contabilidad y fichas; registrando dichas conexiones con bolígrafo en un bloc de notas.

"Cuatro cajas, mil doscientas unidades de Pornosoft, quince gigabytes", comenta la mujer lacónicamente, *"claro".*

Jorge enciende la cafetera y sirve un par de *tintos* sin pedir permiso.

—Tenemos una urgencia —le dice al hombre cuando la actividad disminuye—. O mejor dicho, ella la tiene —señala a Soledad con el pulgar.

El hombre revuelve la pila de papeles, inútilmente, durante dos minutos, murmurando maldiciones contra los archivistas ausentes, contra la ineficiencia de los Hawkleyitas en general. La mujer hace clic con el ratón y saca un libro de contabilidad de la mitad de una pila de libros, el resto de los cuales se tambalean y se derrumban, levantando una nube de motas que oscurece el sol. Las palabras CASOS DE RECAUDACIÓN: OCTUBRE están escritas en el libro con rotulador rojo. Le entrega el libro al hombre sin mirarlo. Él la manda a la mierda y ella se ríe, complacida.

El hombre le pregunta a Soledad: “¿Quién?”

—Una mujer en su edificio —le dice Jorge.

“Puedo hablar por mí misma”, dice Soledad, y describe lo que le ha sucedido a Cloodine, con una extensión que en realidad no está capacitada para abordar, mientras Jorge tararea de forma exasperante, revisando un libro de registro de tráfico en la esquina, y la mujer charla de manera pseudocasual con una cooperativa de barrio que vende diseños de camisetas en línea desde Valparaíso.

Finalmente, el hombre cierra el libro de contabilidad de golpe. Sin mirar a Soledad, dice: «Lo revisaremos, y si es como dices, no te preocupes, encontraremos una solución».

—¿Eso es todo? —pregunta Soledad—. ¿Simplemente “encontrarás una solución”? Ahora está irritada. La indiferencia con la que lo tratan todo —el archivo extraviado, la despreocupación con la que la tratan— choca con su sentido de urgencia. —¿Qué significa eso, de todos modos? ¿Le enviarás una canasta de frutas? Esos niños tienen *hambre.*

—Ya hemos hecho esto antes —comenta la mujer con tono condescendiente, mientras da una mamada a un bolígrafo.

—Encontrará trabajo si lo necesita —dice el hombre, y comienza a rebuscar de nuevo en su escritorio.

“El barco de Nestor Prins necesita ayuda”, dice la mujer.

—¿Conoces a Prin? —pregunta el hombre.

—Claro —responde la mujer con la misma falsa naturalidad—. Mi balandra está amarrada junto al *Fumiste.*

El hombre asiente con aprobación. “Prins es un contrabandista de cigarrillos en la Ciudad de los Barcos. Paga bien.”

“Los *contrabandistas* “Hay servicio de guardería”, añade Jorge, “aunque no lo crean”.

—Un contrabandista de cigarrillos —insiste Soledad, mirando de la mujer al hombre de Lo Pano y viceversa—. Incluso en la Ciudad Amurallada tienen trabajadores sociales profesionales, gente que lleva la vigilancia.

Jorge, que la ha estado observando, sonríe. Es una sonrisa tan amplia y sincera que Soledad sabe al instante que no tiene nada que ver con lo que acaba de decir, ni con Lo Pano, ni siquiera con este problema. La desconcierta momentáneamente, porque quiere devolverle la sonrisa, pero no se lo permite.

La mujer se echa el pelo hacia atrás. Es de largo medio y rubio teñido, y lo usa como un accesorio.

“La idea es evitar crear una organización”, dice, mirando a Jorge en busca de aprobación.

—No vine aquí —responde Soledad— para escuchar al FMI recalentado del milenio pasado.

«Podría ser FMI», dice Jorge. Una leve sonrisa asoma en sus ojos. «Si ocurriera en un contexto donde las grandes burocracias aún controlaran el poder».

“Pero este es el *quid de la cuestión”,* asiente la mujer, mirando de nuevo a Jorge, “esta es una forma de organización completamente nueva”.

“¿Y?”, responde Soledad, con más agresividad de la que pretendía, pero es obvio que esta mujer está coqueteando con él.

“Y *un cruce* no puede crecer tanto”, dice Jorge, “que la patología se descontrole. Diez mil personas, sí; ese fue el límite que calculó Hawkley”.

Sin proponérselo conscientemente, Soledad echa hacia atrás su propia cabellera, que es de un color diferente y veinte centímetros más larga que la de la otra mujer.

“Es un *cruce, querida”.* La mujer continúa: “Dependemos de la gente para nada”. Se echa el pelo hacia atrás otra vez. “Si no es en el taller, es en el mercado. Si no es en el

mercado, es en la escuela; si no es en la escuela, es en el barrio".

—Pero ese es precisamente el punto —interrumpe Soledad, con la voz endureciéndose por el relativo frío de aquella torre oscura—. Nadie *se dio cuenta.* Eso es lo que intento decirte. Cloodine tiene miedo, y no es de las que se quejan, ¿y qué se hace con gente así?

—Oh, pero ella conoce a alguien —responde la mujer con un toque de sarcasmo—, alguien que sabe cómo defenderla. Apunta con su bolígrafo a Soledad—. Cloodine *conoce* a alguien.

Suena un teléfono amarillo y ella lo coge.

"Lo Pano", anuncia con ese mismo acento frío fingido, *"¿te escucho?",* dejando a Soledad vagamente furiosa, sobre todo desanimada y con un deseo repentino e intenso de volver a esa botella de *vinhno verde* y terminársela hasta la última gota.

Capítulo VII

Era consciente de que la observaban. Un par llenos de colores animales, otro que le resultaba familiar, tal vez porque eran de color chocolate como el río cerca de su delta. Un tercer par, pequeños, negros, curiosos y no humanos.

El hombre regordete y el niño. El tercer par de ojos pertenecía al coatí del norte. Mientras ella observaba, el animal se estiró sobre la mesa, abrió sus largos dedos y arrancó un trozo de la corteza de su tarta, mirándola fijamente para ver su reacción. Solo quedaba un pequeño trozo de su postre.

—Paco —suspiró el niño con reproche, sin hacer nada para detener al animal.

—Estás llorando —dijo el rostro de ojos color avellana, rubio, pecoso, con las arrugas marcadas por la preocupación. *Stix,* recordó, como si lo acabara de conocer. Se había

alejado tanto en la historia que repetía en su mente. Stix. Se tocó las mejillas. Estaban grasientas por las lágrimas y tenía la nariz tapada por la mucosidad.

—¿Estás bien? —continuó Stix, extendiendo la mano casi hasta su hombro, para luego retirarla de nuevo sin tocarla.

Negó con la cabeza y luego asintió, contradiciéndose. Se puso de pie y empujó el taburete con las rodillas. Una puerta con paneles de aluminio al fondo decía HEAD, lo cual no significaba nada para ella, pero era el lugar correcto para un baño. Para llegar allí, tuvo que sortear con dificultad las sillas y abrirse paso entre las miradas de la gente que se veía obligada a apartar los asientos de su camino.

Al llegar al baño, cerró la puerta y echó el cerrojo, sintiendo un alivio repentino e intenso. Esa gente era tan estadounidense, pensó: tan grande, torpe, descarada y parlanchina. Era como si el restaurante estuviera saturado de su estruendo y su vorágine, aunque quizás el 20% de los asientos estuvieran vacíos. En cambio, un Cadillac en casa podría estar el doble de lleno y no parecer ni la mitad de frecuentado.

Necesitaba orinar urgentemente. Sintió tristeza por los recuerdos que la inundaban, pero nada comparable a la profunda tristeza en la que se había hundido con cierta frecuencia durante las últimas tres semanas. La emoción principal era una mezcla de admiración, pues su *cruce* había

sido tan compleja y llena de detalles, y su recuerdo tan vívido; y asco, porque algo tan fuerte y vibrante pudiera ser tan débil como para desaparecer a manos de matones como Ochoa Campos y Sandoval.

A pesar de la sangre incrustada en la tela, sus medias no se le pegaban a la parte interna del muslo. El vendaje era reciente; alguien se lo había cambiado mientras dormía. Soledad podía oler su propio olor, el sudor y la suciedad que emanaban de ella; no se había duchado desde que llegó al motel hacía dos días.

Pensó en los tres hombres que estaban en la fábrica cuando despertó y esperó la vergüenza automática, pero no llegó.

En cualquier caso, quienquiera que haya cambiado el vendaje lo hizo con habilidad.

Una vez que se hubo secado y subido las medias, tomó una toalla de papel de un montón en el lavabo y se limpió bien la cara. Las lágrimas aún se filtraban por debajo de los párpados, a pesar de que el ensueño se desvanecía con la aceleración cada vez mayor de un expreso que partía. El espejo de este baño estaba agrietado, era pequeño y alto, y tuvo que ponerse de puntillas para verse. Cuando lo hizo, jadeó, y su pecho se hundió de pavor; no era la cara, que seguía igual solo que más por el agotamiento: la *V poco profunda* de su boca un poco más plana, el pliegue a cada

lado donde desaparecían las comisuras de sus labios más profundo y oscuro, la nariz como una quilla de teca dividiendo los planos de caoba de sus mejillas, planos que siempre había resentido, en el racismo reflejo de su país, porque eran tan anchos y de aspecto indígena.

Lo nuevo, y terriblemente extraño, eran los finos rastros de lágrimas que recorrían esas llanuras. Se había acostumbrado a las lágrimas después de Bamaca, pero la cuestión era que estos arroyos tenían un color diferente: un azul profundo, casi lila, donde se acumulaban en las líneas alrededor de sus ojos y fosas nasales, y un azul celeste como el cielo donde se extendían y se volvían menos profundos.

No era el polvo. Había limpiado el cadmio con la esponja lo suficientemente bien como para descartar esa posibilidad.

Se llevó la mano a la boca. En el fondo de su mente encontró espacio para burlarse de sí misma, de los clichés ocultos en el reflejo, de la *telenovela* repetitiva en la que ella, que despreciaba las telenovelas y otros estereotipos de feminidad, se refugiaba como todas las demás.

Observó su imagen durante medio minuto. Paradójicamente, ahora que se interesaba por ella, las lágrimas habían cesado. Regresó a la sala principal, a la mesa de Stix, y extendió la mano izquierda, con el índice y el pulgar curvados para contener un pequeño llanto en el centro.

Stix se golpeó la frente con la palma de una mano, un gesto propio de un payaso.

“Mierda, debería habértelo dicho”, dijo.

El niño se inclinó y metió un dedo en el charco. Le ofreció su fina humedad azul al coatí, que la olfateó, luego levantó una pata e hizo un extraño gesto circular, como si puliera un espejo o dibujara una O en el aire.

—Le echan algo al agua —continuó Stix, encogiéndose de hombros y sonriendo a la vez—. Probablemente ftaleína, como la que le echan al Kool–Aid, solo que modificada genéticamente; atraviesa la barrera hematoencefálica sin problemas. Su equipo de operaciones psicológicas cree que nos volverá neuróticos o algo así. La verdad es que la mayoría de la gente en el nodo está demasiado loca para ser neurótica.

“No le hagas caso.” Era Molly, la cocinera del restaurante; se movía alrededor de la mesa rellenando las tazas de café.

“Espera a ver tu orina”, añadió Stix.

—Es un *artista —continuó* Molly, como si Stix no hubiera hablado—. Cree que eso le da derecho a hablar en nombre de la humanidad, o al menos de esta parte de ella. ¿Quieres —añadió crípticamente— probar la crema? Dijiste que ibas a hacerlo hace tres días, así que me maté a trabajar para

prepararla, y desde entonces ha estado ahí sin hacer nada. Stix, en serio…

Stix se puso de pie y se disculpó. El niño no se movió. El coatí agarró el último trozo de pastel. Soledad permaneció inmóvil. Algo en su interior se rebelaba ante la idea de levantarse y seguir a ese hombre al que apenas conocía y que claramente esperaba que lo siguiera.

Por otro lado, había tenido más contacto con él que con cualquier otra persona en este barrio. O en este país. No como —hizo la comparación automáticamente, se había convertido en un hábito de dolor, así como en una forma de mantener la memoria, a menos que fueran lo mismo— no como en *el cruce,* donde habría conocido a la mitad de los clientes en un lugar como este. Una punzada de autocompasión se abrió en su interior, cálida y pegajosa como el caramelo que cubre un flan recién hecho. Se mordió el labio inferior; no quería volver a llorar desconsoladamente. Y la costumbre de la tristeza, aunque poco podía hacer para evitarla, hacía tiempo que le resultaba aburrida.

Pero Stix no esperaba que ella lo acompañara. Simplemente le guiñó un ojo una vez, se dio la vuelta y siguió a Molly hasta la puerta.

Soledad se quedó sentada unos segundos. Luego se levantó y se dirigió también a la puerta. La irritación que

sentía por seguir a un hombre tan ciegamente se vio atenuada por la realidad de que, al menos por un tiempo, contaba con Stix para que le enseñara cómo funcionaba el lugar.

No había rastro de Stix ni de Molly cuando ella salió del restaurante. La niebla era más espesa, y los barcos de los contrabandistas en la cala se transformaban vagamente entre diferentes formas: boyas, focas, monstruos marinos. Al otro lado de la cala, los mástiles de radar y los periscopios en lo alto de la torre de mando de los submarinos estaban borrados por la bruma de la humedad gris. Algo golpeó detrás del restaurante. Ella chapoteó en el lodo, resbalando con sus sandalias empapadas. Dos figuras flanqueaban una tina de cartón de cuarenta litros en la entrada de una cámara frigorífica. Stix se llevó un dedo a los labios.

“Sigo diciendo que es…”

“Lo principal es que ahora está más duro. No creo que nadie vaya a pedir una segunda ración.”

“El sabor es importante.”

“Sabía mejor hace tres días. ¿Podrías ser puntual, aunque sea una vez en tu vida?”

Molly se giró, percibiendo la sombra de Soledad al fondo.

¿Quieres probar? Es crema batida.

—Sí —dijo Stix—. Dile que necesita más vainilla.

—De todas formas, solo va a bombardear a la gente con eso —dijo Molly, volviendo a tapar la nevera—. ¿A quién le importa el sabor? —Apartó a Stix de un codazo, cerró de golpe la puerta de la nevera y dio la vuelta al restaurante. El olor a grasa de las hamburguesas fritas salía disparado de un ventilador junto a Soledad.

—Pareces lista para dormirte ahora mismo —dijo Stix—. ¿Qué te parece si te llevo de vuelta a la tienda? —Sin esperar respuesta, desapareció tras el sauce. Soledad se quedó de pie en el lodo, mirando fijamente la puerta del refrigerador, aún atormentada por su reticencia a seguirlo y por la falta de otras opciones. El sonido del escape de la moto araña retumbó monstruosamente entre los imponentes pilotes y paneles de hormigón de los pilares que se alzaban sobre ellos, antes de que la moto apareciera doblando la esquina del pequeño restaurante.

Cuando ella subió a la parte de atrás, él le abrochó el cinturón de seguridad con cuidado.

Luego, aceleró bruscamente el vehículo, esquivó el sauce y se adentró en el túnel por el que habían pasado antes.

***

«El jefe técnico lo llenó con cámaras de flotación de emergencia y lo convirtió en una cama de agua para follar con sus WAVES».

Fuera lo que fuese lo que eso significara. Soledad se sentía rara, pero no incómoda, en la cama larga. El cansancio era inmenso, tal como Stix había intuido; se dio cuenta de que, en efecto, le había dicho que parecía cansada, algo que siempre había detestado. Las personas que la conocían, empezando por su padre y María Gisela, jamás habrían dicho nada parecido por miedo a recibir una reprimenda, o algo peor. Pero ella no había reaccionado, ni con gestos ni con expresiones. Quizás estaba aceptando su ignorancia, pensó Soledad con una leve perplejidad.

Se recostó y la cama crujió y emitió ruidos digestivos bajo ella. Esta vez su estómago se mantuvo en su sitio. Sin embargo, en cuanto cerró los ojos, el cansancio se vio interrumpido por voces y formas inconexas que surgían de su mente como una estampida de gente intentando bajar de un autobús al que los guerrilleros habían lanzado una granada. Abrió los ojos de golpe: no era una metáfora. Era algo que había sucedido de verdad, en un pueblo a las afueras de Bamaca. Tres personas habían muerto y una docena habían resultado heridas.

Se frotó un párpado a la vez con el dedo índice, alisándolo con un movimiento circular que le recordaba vagamente al coatí. Debió de haber dormido unas buenas siete u ocho

horas en esa cama después del ataque del coche blindado. Sin embargo, era evidente que las secreciones de fatiga, tras más de tres semanas de viaje y de vivir huyendo, se habían acumulado hasta el punto de que necesitaría más de una noche de sueño para eliminarlas.

Igualmente evidente era que el cansancio había alcanzado niveles que inducían una contracorriente en su psique. Superado un umbral de agotamiento, su sueño se llenó de sueños y personas muertas cuyas indeseadas atenciones la habían cansado aún más al despertar.

Quizás el mecanismo de seguridad que impedía a Soledad ver *el cruce* mientras su dolor era demasiado reciente se había desactivado ahora que se encontraba en relativa seguridad. A pesar de las dificultades de su viaje hasta allí, nunca había tenido sueños del *cruce* tan persistentes y vívidos como los que había tenido en San Francisco y Oakland las dos últimas veces que durmió.

Pensaba que una parte de ella ya dependía de esos sueños. El recuerdo difuso de lo que había "experimentado" dormida —los colores, las flores y las canciones, la calidez y la seguridad de su *cruce*— la atraía como el *hasuko* al adicto, irresistible y letal como una hechicera griega.

En un rincón de su mente, sabía con certeza, sin la más mínima prueba que lo respaldara, que si soñaba demasiado con Bamaca, acabaría por agotarla, no solo porque la

cansaba, sino porque la emoción que despertaba erosionaría su voluntad de seguir adelante, de sobrevivir, de escapar, si fuera necesario. Y su experiencia en esas tierras de gringos le había enseñado que la capacidad de huir era algo que definitivamente debía conservar.

Soledad se incorporó de nuevo, haciendo una leve mueca al pasar las piernas por encima del borde de hormigón de la cama. La larga sala de control contigua estaba desierta, si se exceptuaban los colores cambiantes de la pantalla de los arquitectos. SAN FRANCISCO CHRONICLE EXAMINER *REALTIME,* decía su logotipo que luego se desvaneció para revelar un titular: TERCER SECUESTRO EN SOUTH BAY EN DOS SEMANAS, seguido de un videoclip de un hombre de papada prominente con un traje Neodisko sollozando mientras abrazaba a una mujer con maquillaje en pantalla dividida. «Los secuestradores tenían como rehén cada aspecto de la vida de Ed Vacek», entonó un experto. «A veces parecía que no solo querían sus márgenes de memoria libres de impuestos, sino que querían *convertirse en* él, con su piscina climatizada, su robot personal Micro–Com y su casa de ocho millones de dólares en las colinas de San Luis».

Detrás del murmullo de la teleconferencia, el agua goteaba constantemente. Al otro lado del muro de contención había un amplio baño con seis duchas. En la pared había una cita pintada toscamente: «Debemos aprender a ser igual de buenos en lo breve y conciso que en lo extenso y complejo —Winston S. Churchill». Usó el inodoro y se duchó. El agua

estaba tibia y se sentía de maravilla. Lavó sus bragas y mallas y las colgó en ganchos para que se secaran. Regresó a la habitación con su blusa y se probó los pantalones acampanados. Le quedaban sueltos en la cintura y demasiado largos, pero se remangó los puños y se ató la cintura con una cuerda que encontró en la sala de control, y le resultaron bastante cómodos.

No pudo encontrar los controles del ascensor y miró a su alrededor hasta que divisó un letrero de SALIDA. La puerta de abajo conducía a las vigas de la fábrica propiamente dicha, un espacio fresco y sombrío en el que sobresalía de forma irregular una pasarela metálica. Un segmento de la barandilla e incluso parte de la estructura se habían corroído y caído en la oscuridad. Soledad vaciló, luego comenzó a caminar, sujetándose con ambas manos a la barandilla intacta. La pasarela discurría paralela a una maraña de vigas del techo y se convertía en una escalera que, doblando sobre sí misma en cada piso, descendía a través de hectáreas de humedad, excremento de paloma y la acumulación de óxido de las vigas de acero hasta el piso inferior.

Soledad, a quien no le gustaban mucho las alturas, sintió alivio al llegar a tierra firme. Más fuerte que su alivio fue su curiosidad visual, pues el bestiario mecánico ahora era mucho más visible bajo los conos de luz de los focos recién encendidos.

El bestiario había cambiado un poco desde la primera vez que lo vio. Las patas se habían desprendido del enorme cadáver que era aplastado contra la pared por el carrusel de la horca. Tendones y trozos de carne se agitaban al ritmo del golpeteo. Percibió el hedor del cadáver, casi tan malo como el olor a calcetines viejos que la había recibido al despertar, y se apartó rápidamente del caballo destrozado.

Un nuevo sonido resonó en el espacio lúgubre. Provenía de un rincón particularmente oscuro en uno de los lados más cortos de la fábrica. Una figura sombría, que ocasionalmente pronunciaba palabras con tono militar, se movía convulsivamente allí a intervalos irregulares.

Las herramientas eléctricas zumbaban a su derecha, detrás de un estante con los tubos largos y complejos que había visto antes. Se abrió paso entre el agua de lluvia acumulada en el concreto, rodeó el estante, luego un trozo alto de madera contrachapada pintado a medias con motivos geométricos, una pila de cajas de comida para llevar de un restaurante de comida *rápida…* y recuperó el aliento.

Un dulce; un pastel de crema.

Era un tubo amarillento de masa rellena de una crema batida espesa y abundante. La parte superior estaba cubierta con una capa de espuma con remolinos, en la que se encontraban incrustadas tres cerezas marrasquino de color bermellón. Ya había visto pasteles así antes, en los cafés

italianos que frecuentaban los estudiantes de composición en la capital; se llamaban cannoli y éclairs. Estaba casi segura de que esto era un cannoli. Los pasteles eran tan dulces y empalagosos que le dieron náuseas con solo unos bocados.

El caso es que este “cannoli” era tan grande como un camión, de tres metros de alto y al menos cinco de largo. Las “cerezas” eran del tamaño de bolas de demolición. La crema, pintada con esmero, parecía hecha de goma gruesa. Un émbolo, con tubos hidráulicos, sobresalía del relleno de crema en el extremo opuesto. La “masa” era de fibra de vidrio. Un panel en la parte inferior estaba abierto, dejando al descubierto orugas y un lío de cables, filtros y tubos. Un hombre desconocido estaba agachado junto al cableado, sosteniendo una lámpara. A su lado, Stix sujetaba con una mano un detalle de la maquinaria mientras con la otra tiraba de una llave de carraca.

—¡Mierda! —gritó, y arrancó un trozo de tubo de cobre. Del extremo roto brotó un líquido rosado. Golpeó la maquinaria, lo que solo aumentó el flujo. —¡Pedazo de mierda! —gritó. Luego tapó el tubo con un trapo. Buscando una herramienta más apropiada, vio a Soledad.

—Mujer misteriosa —dijo—, creí que estabas dormida.

Se encogió de hombros, sin dejar de mirar el enorme pastel.

Stix sacó unos alicates de su cinturón de herramientas y dobló lentamente el tubo formando una *U profunda* hasta que el extremo roto, retorcido hacia arriba, dejó de gotear. Luego se puso de pie, apoyándose en la pierna lesionada, y se secó las manos en el muslo de su mono.

—¿Me necesitas? —preguntó el otro hombre, dejando la lámpara y estirándose.

—Te necesitaré más tarde —dijo Stix—, llevamos dos días de retraso con la versión mini. Se volvió hacia Soledad—. ¿Hay algo que…? Siguió su mirada, de nuevo hacia arriba, hacia las cerezas gigantes. Cuando la miró de nuevo, se esforzó por no sonreír.

“Así que es un cannoli grande”, dijo.

Puso los ojos en blanco, pero se recompuso. No conocía a ese hombre lo suficiente como para expresar sarcasmo rápidamente o criticar su obviedad. Ahora sonreía.

“¿Y qué hace?”

Él se anticipaba a su pregunta. A ella le gustaba aún menos que le dijeran que estaba cansada. Pero en el gran misterio de este lugar, en el enigma aún mayor de su propia incapacidad para hablar en voz alta, descubrió que estaba dispuesta a dejar que él hablara por ella hasta que se orientara.

Señaló las orugas.

“Se mueve. Es teledirigido.” Ajustó una serie de pequeñas anillas que sobresalían de la falda del pastel y, caminando hacia el extremo más estrecho, señaló el centro de la “crema”, que se abultaba de forma realista, como si un chef gigante la hubiera bombeado dentro de la masa. “Expulsa espuma. ¿Hay… quiero decir, qué quieres saber?”

Negó con la cabeza. En cierto modo, no había nada que pudiera preguntar lógicamente. No tenía sentido, o tenía mucho sentido, si aquel hombre estaba completamente chiflado. Por un instante, la magnitud de lo que había vivido y hecho la abrumó: perseguida por máquinas de fuego, apuñalada por un travesti, prostituida a distancia, durmiendo en tanques de pruebas, refugiándose en una base militar con un grupo de renegados cuya comunidad se basaba en el culto al postre. En ese contexto, tal vez aquel pastel gigante no era tan descabellado después de todo.

Alzó la vista, donde el enorme pájaro permanecía inmóvil en la penumbra junto a las ventanas de la sala de control. Se percató por primera vez de que tenía plumas de color índigo en las alas. Un escalofrío recorrió su piel y el tejido subyacente.

Luego volvió a mirar la lámina de madera contrachapada, con los botes de pintura y los pinceles alineados a su lado. Rápidamente tomó uno de los pinceles, lo mojó en un bote

de pintura roja y dibujó, debajo de un dibujo salpicado que parecía una cigüeña impulsada por una bicicleta, la palabra: ¿POR QUÉ?

Stix se encogió de hombros.

“Es a lo que me dedico. Organizo… eventos, supongo que así se les llama.” Negó con la cabeza ante la falta de comprensión en el rostro de Soledad. “Cosas que suceden. Tengo una especie de compañía, se llama Planificación del Apocalipsis. La gente viene a mirar…”

Se apartó a un lado, saliendo del hueco formado por la madera contrachapada, el estante y el pastel gigante. Señaló las diversas construcciones incomprensibles que ella ya había visto.

“Las organizo donde se supone que nadie debería ir, ¿no lo ves? Ah, mierda. ¿Arte de francotiradores? Odio ese término. Arte performático.” Negaba con la cabeza como si estuviera enfadado, aunque una leve sonrisa aún asomaba en la comisura de sus ojos y boca. “Yo también odio ese término. No es arte, no creo en esa palabra, me parece una tontería. Pero… ah.”

Giró sobre sí mismo, echó un vistazo al que sostenía el cadáver y luego al pájaro.

—Mira allá arriba —susurró—. AutoRodan. Me recuerda a las películas de Godzilla, a lo que Tomoyuki Tanaka

realmente quería, un indicador… lo que Hawkley dice que son los nodos. Lo que Gustave Messmer estaba dibujando. —Señaló otro panel, donde antiguos dibujos de máquinas voladoras impulsadas por bicicletas estaban clavados junto a planos más recientes—. Lo que hago —continuó en voz más alta, y sus manos se aferraron al aire con la misma avidez de herramientas que ella había notado en el restaurante—, involucro *a* la gente en la creación de estas… estas cosas. Gente que nunca ha hecho nada en su vida. Objetos totalmente inútiles que, sin embargo, funcionan de una manera extrañamente hermosa. Ah —añadió, golpeándose el muslo con frustración.

"No podría decirlo mejor."

Señaló hacia el extremo más estrecho del almacén, donde la figura semejante a Cristo, arrastrándose sobre su estómago —respondiendo a quién sabe qué sensores en su barba, en su corona de espinas de alambre de púas— intentaba sortear un obstáculo en la esquina.

«Impulso religioso, tío». Hablaba de forma extraña, de una manera que le recordaba a algunos de los nuevos hippies que había oído pregonando marimbas en la calle Eddy; se estaba burlando de sí mismo, y eso la hizo fruncir el ceño, porque era algo que pocos hombres hacían bien. «El detonante de la creencia, el punto en el que decides cambiar la lógica por la fe. Al final voy a tener a Marx y a Mahoma, a

Moisés y a Hayek, todos siguiéndose como lemmings. O sea…»

La figura de Cristo emitía fuertes ruidos de motor mientras luchaba por superar el obstáculo. Ahora el problema era evidente: la figura oscura que había visto antes en la esquina había salido a bloquear el artilugio que se arrastraba. Mientras golpeaba repetidamente a Cristo, ella definió al autómata oscuro como una figura masculina cuadrada, de tamaño natural pero más ancha de lo normal, pintada para parecerse a un oficial militar. Su brazo derecho se extendía convulsivamente cada veinte segundos aproximadamente, describiendo golpes circulares que no lograban alcanzar al profeta tendido y forcejeando. La violencia desproporcionada de esos golpes fallidos, por alguna razón, le hizo pensar en aquella vez, hacía mucho tiempo, en su apartamento de la Ciudad Amurallada, cuando arrojó su contestador automático al suelo.

Mientras el “oficial” golpeaba, las palabras resonaban desde la boca de su altavoz, y a esa distancia ella podía oírlas con claridad.

“¡Al frente y al centro! ¡Escuchen esto! ¡Pongan esa cocina en orden! ¡Cuatro días en el calabozo, grumete! ¡Atención, hut!”

Dejó caer el pincel en la maceta, sin dejar de observar el enfrentamiento entre las dos figuras. Stix suspiró, metió la

mano en uno de los bolsillos de su mono, sacó un mando a distancia y pulsó un botón.

No pasó nada.

Levantó una ceja, luego sacó con destreza las pilas del mando a distancia y las volvió a colocar. Lo intentó de nuevo.

—No es la batería —dijo—. Es un contacto flojo. De todos modos, ese es el quid de la cuestión, ¿entiendes?

Ella siguió mirándolo.

“¡Puestos de combate! ¡Capitán, reunión! ¡Es el *estilo de la Marina!”,* gritó el hombre de uniforme azul.

—¿Qué? —dijo.

Señaló la esquina.

“¿Te refieres a un marinero?”

Soledad asintió.

—Ojalá pudieras hablar, Mujer Misteriosa. O como te llames. —Se encogió de hombros. Él se giró, observando las figuras. Para Soledad, que había visto en Jorge, en Miguel, en su propio padre, una enciclopedia de tropismos destinados a impedirle indagar en ciertos temas, la resistencia en él era evidente. No era una pregunta que quisiera responder, lo que, por supuesto, hacía que la

respuesta fuera aún más valiosa. De repente, ella volvió a coger el pincel y empezó a pintar palabras en la madera contrachapada, pero él la interrumpió antes de que terminara la «W» de «Who» [Quién].

—No es importante —dijo, sin mirar lo que Soledad estaba escribiendo.

Se acercó a él, señalando con gestos exagerados, mientras el pincel goteaba látex rojo sobre el cemento.

Frunció el ceño y guardó el mando a distancia en otro bolsillo.

«No querrás oír ese drama», dijo. «Todo el mundo tiene malos padres. A veces pienso que es parte del papel de los padres ser malos; es lo que hace que los hijos hagan algo diferente».

Ella volvió a encogerse de hombros, irritada. Ya estaba harta de su limitado repertorio de gestos. Y estaba harta, incluso en una cita tan temprana, del restringido vocabulario de evasión de Stix. Él la miró de reojo y se cruzó de brazos sobre el pecho.

—De acuerdo —dijo—. Mi padre *no.*

Ella también cruzó los brazos.

“Mi madre se volvió a casar. Un suboficial mayor, ¿vale? Hijos de marinos. Newport, San Diego, Guantánamo, pero no aquí; eso fue una coincidencia. ¿Contenta? Mi padrastro. Como un jabón, ¿eh?”

Pero la leve sonrisa había desaparecido por completo de sus labios.

—Bueno, ya te puedes imaginar —continuó, gesticulando—, que todo era cuestión de reglas, y punto. Si la cagabas dos veces, te metían en la celda. La celda era el armario de la cocina. La cosa es que yo no me peleé con él, quizás porque era el menor. Claro, yo hacía cosas pasivas, como llegar siempre tarde a todo; eso sí que lo ponía de los nervios. Pero Will —mi hermano— se resistió cara a cara, hasta el final. Al final, Will se peleó con él. Le dio una paliza, pero de alguna manera yo era el que pasaba la mayor parte del tiempo en la celda. Solía leer la lista de ingredientes de los detergentes para matar el tiempo. ¿Quieres saber qué lleva el detergente Tide? Te lo diré. Tensioactivos aniónicos. Tensioactivos no iónicos también, todos biodegradables. Enzimas. La verdad es que no te dicen mucho sobre los ingredientes. —Se aclaró la garganta, sin mirarla directamente—. ¿Alguna otra pregunta?

Dudó, dividida entre su instinto, que la impulsaba a averiguar todo lo posible sobre aquel hombre del que dependía su bienestar, y la creciente convicción de que revelar esa información le costaría muy caro. Mientras

vacilaba, el suelo de cemento tembló ligeramente bajo sus pies.

Un golpe sordo y profundo, que parecía provenir de todas partes, resonó contra sus tímpanos y se desvaneció lentamente.

No era el agitador de cadáveres, que hacía ruidos más suaves y con un ritmo diferente, y que en cualquier caso no eran lo suficientemente fuertes como para sacudir la fábrica.

Era más fuerte que el estruendo del metro que había oído al otro lado de la bahía, en los túneles de los hombres de Kundura.

La sangre le corría por la cara. Sus manos se extendían como las garras de un pájaro que se abalanza sobre su presa. Sus ojos se desorbitaron. No podía hacer nada más para evitar esa reacción que intentar frenar el ritmo de su corazón, que latía tan rápido como si hubiera estado corriendo a toda velocidad cuesta abajo por la colina Teton (como había hecho una vez, aunque ya no recordaba por qué ni cuándo).

Stix la miró, abrió la boca, a punto de hablar. Luego bajó los brazos y los extendió hacia ella. Su rostro pasó de una ira recordada a una preocupación —con la boca abierta y el ceño fruncido— que podría haber parecido cómica de no haber sido tan bienvenida.

—Tranquila —dijo, y con delicadeza le puso una mano en cada hombro—. Solo son perforaciones, cariño. Son pozos de prueba, un túnel del BART hacia el antiguo aeropuerto de San Francisco.

Ella lo miró fijamente.

“Solo perforar”, dijo, “y hacer algunas voladuras. Eso fue una carga mayor que la mayoría, eso es todo”.

Sus pulgares rozaron su piel casi imperceptiblemente. No se sintió como una agresión, ni como la caricia condescendiente de un desconocido. Se sintió como una caricia amistosa, cariñosa y suave.

Había pasado al menos un mes desde que Soledad había sido tocada por alguien que no quería lastimarla, tratarla con condescendencia ni acostarse con ella sin sentir nada, y sabía que en otras circunstancias habría comenzado a llorar de nuevo, pero llorar era imposible por ahora debido al profundo pánico que sentía en su interior.

“¿Mujer misteriosa?”

El hormigón había dejado de temblar hacía veinte segundos.

—Esto lleva pasando un mes —añadió, apartando las manos de sus hombros—. Supongo que uno se acostumbra.

Primero movió las piernas. Funcionaban perfectamente. Sus manos y brazos también respondían cuando emergió del lago de pánico. Regresó a la hilera de botes de pintura y, seleccionando un pincel más fino que el que había usado antes, lo sumergió en un bote de verde bosque.

MI NOMBRE ES SOLEDAD, escribió y debajo:

¿TÚ CREES LO QUE TE DICEN?

Observó las palabras que ella había escrito durante un rato. Parecía extrañamente interesado en los personajes que ella había creado. La sonrisa volvió a asomar en los labios de Stix. Ella empezaba a irritarse de nuevo cuando él se recompuso y dijo: «Soledad. Me gusta ese nombre».

Ella negó con la cabeza y luego subrayó dos veces la palabra “TÚ CREES”.

—Soledad —repitió.

Ella empezó a mojar de nuevo el pincel y él dijo: “Vale, *vale.* Pero tienes que entender una cosa”.

Se puso en cuclillas junto al pastel y comenzó a ordenar sus utensilios. Era como si, al trabajar con las manos, pudiera hacer lo mismo con el lenguaje, pues mientras lo hacía, las palabras brotaban con mucha más deliberación de lo habitual, y de forma más ordenada y completa.

“Este no es tu país. No sé por qué te persiguieron; probablemente tenían información errónea sobre ti. Tal vez pensaron que eras Adornista, o que estabas involucrada en un tráfico de cocaína o algo así. Diablos, tal vez lo estabas. Pero como te dije, esto no es Bamaca. ¿Sabes lo que son las organizaciones y las megaorganizaciones, Soledad?” Levantó la vista brevemente. Ella asintió.

“Grandes corporaciones. O grandes agencias. Entidades vivientes enormes, formas de vida, según Hawkley. A veces, una sola forma de vida, por la manera en que se interconectan”. Las llaves inglesas tintinearon mientras las recogía y luego las colocaba una por una en un cinturón de tela.

—Por supuesto —continuó—, gobiernan este país igual que el tuyo. Hawkley tenía razón. Pero aquí, el control es encubierto. ¿Sabes? —Otra mirada arriba y abajo.

“Lo que Hawkley llama ‘información negativa’ —lo superficial: elecciones al Congreso, audiencias de agencias, programas de noticias—, a eso le prestan atención. Sin embargo, el único tema que realmente interesa a la gente es la regulación de las tarifas interactivas de B–Net… ¿Entiendes lo que quiero decir?”

Se encogió de hombros. También tenían información negativa en Bamaca, quería decirle, aunque tendría que matizarlo. Porque todo el mundo siempre sabía lo que se

ocultaba, excepto las grandes empresas como X–Corp Sur y TransCom–Brasil; el ejército, Ochoa Campos, Sandoval y los pelotones de ejecución que permanecerían disueltos solo mientras el Estado Mayor aprobara lo que sucedía.

El hecho de que todo el mundo lo supiera nunca impidió que ocurrieran cosas malas.

Stix no había dejado de hablar. “No pueden hacer aquí lo que hicieron en Bamaca. Habría cámaras de vigilancia ambiental por todas partes, demasiada cobertura, y al final afectaría a Flash y habría repercusiones. Y aún hay más”.

Stix ya tenía sus llaves inglesas preparadas. Enrolló bien el cinturón de transporte, le pasó un trozo de cuerda y le hizo dos nudos firmes. La forma en que trabajaba con las manos le recordaba a Jorge; ¿o acaso todos los hombres agarraban con tanta fuerza y sin esfuerzo? No recordaba para nada las manos de Miguel. Stix se puso de pie, metió el rollo de herramientas en una caja de leche llena de otras herramientas ordenadas y la miró de nuevo. —¿Quieres que te muestre algo?

Se encogió de hombros una vez más y luego lo siguió, como una barcaza siguiendo a un remolcador, pensó, usando símiles tanto para divertirse como para no enfadarse porque lo estaba siguiendo de nuevo. Como patitos nadando tras su madre, como un vagón de cola enganchado a un tren. Hacia la sombra bajo los contrafuertes de la sala de control. Y

afuera, bajo letreros que decían CONDENADO y NO ENTRAR (POR ORDEN DE LA MARINA DE LOS EE. UU.) y PELIGRO QUÍMICO y PLANIFICACIÓN DEL APOCALIPSIS (VÍCTIMAS BIENVENIDAS), cruzando un callejón, atravesando un segundo almacén, este lleno de trozos de maquinaria negra obviamente demasiado grandes para ser rescatados, pasando otro letrero que decía ALOJAMIENTOS PARA OFICIALES CASADOS: PERSONAL ALISTADO. PROHIBIDO EL PASO, hacia hileras de casas de madera de tres pisos, pintadas de blanco, con contraventanas verdes, techos a dos aguas, cercas de estacas, como ilustraciones de libros de geografía de los suburbios yanquis. Solo que esto no era un suburbio, porque un buen tercio de las casas estaban ennegrecidas por incendios anteriores. Y cientos de pasarelas improvisadas, puentes y marañas de cables los conectaban de arriba abajo, en diagonal, en cualquier dirección, en el mismo piso, en pisos diferentes. Parecía como si la calle Dick y Jane hubiera sido invadida por una araña tan grande como un portaaviones, que hubiera envuelto las estructuras en sus redes y caminos.

Por dentro, las casas eran tan incongruentes y desordenadas como por fuera. Laberintos de salas, cocinas, cuartos infantiles y dormitorios —muchos aún carbonizados— habían sido abiertos o divididos de forma caótica para adaptarse a las actividades que albergaban. Un olor a quemado se mezclaba con olores más frescos a productos químicos y circuitos calientes. La mayoría de las

habitaciones fragmentadas estaban llenas de equipos informáticos alineados de forma intrincada y atendidos por personas, generalmente jóvenes. Vestían con diversas combinaciones de estilos: pantalla dividida, pandilla gótica, post–pandemia, proto–hippie. Algunas de las salas más grandes se habían convertido en laboratorios con un olor rancio a productos químicos. Algunas vibraban y zumbaban con motores eléctricos, o con viejas prensas offset, o moldes de vacío. En cada esquina, una pared móvil brillaba, mostrando generalmente solo otro taller, un tablón de anuncios digital o a alguien ajustando un instrumento electrónico.

Subían y bajaban escaleras; incluso, en un momento dado, se deslizaron por una cuerda a través de un agujero hasta el piso de arriba. Cuando Stix conocía gente, los presentaba, pronunciando mal su nombre, diciendo «Saul–ee–dad» en lugar de «Soul–ey–dahd», pero lo decía con un placer tan evidente, como si estuviera feliz de poder plasmar su idea de ella en una sola palabra, que ella ni siquiera se molestó en fulminarlo con la mirada ni en pasarse las manos por el pelo, como solía hacer para disimular su irritación. Invariablemente, tras la presentación, comentaba brevemente su trabajo. Un hombre muy bronceado, de pelo rubio, con un traje Neodisko que no habría desentonado en Grant Street, lavaba platos en una especie de estudio de televisión en miniatura y cocina. *«Jake's Cakes»,* dijo Stix. «Su programa se emite en veintiséis mercados de B–Net; él

fue quien inventó esa mezcla para tortitas con bolitas de sirope comestibles».

De nuevo hacia abajo, de lado. Un grupo de adolescentes de ambos sexos se agolpaba alrededor de un banco que se hundía bajo frascos de vidrio llenos de algas de color verde brillante que crecían en finos alambres. Los adolescentes no les hablaban, pero Stix les explicó que los frascos, conectados eléctricamente a una batería de ordenadores portátiles baratos en el estante inferior, eran microchips orgánicos cultivados de forma silvestre en una marisma de Rhode Island. Cada milímetro de alga, afirmó, contenía más de mil millones de conexiones, más que el equivalente más potente de Intel–Samsung.

No es que esto fuera nuevo u original, añadió, X–Corp llevaba años desarrollando algas similares. Pero los adolescentes, trabajando con el doctor Zatt, se habían conectado con otro grupo que, a su vez, había conectado su red de chips directamente al pantano. Habían descubierto que la conexión aumentaba exponencialmente la capacidad de cada hebra individual. Al parecer, se estaba produciendo un proceso de retroalimentación bioholística que apenas ahora empezaban a comprender.

Una pareja de sesenta y tantos años, que según Stix eran antiguos guionistas de televisión, trabajaba en un paquete de software malicioso que neutralizaba un programa de búsqueda “supersniffer” que BON utilizaba para rastrear a

los usuarios de Wildnet. El software se hacía pasar por una transmisión ilegal, censurando historias complejas y ficticias, y esperando a que la “cookie” se adhiriera con todos sus algoritmos y los datos que había recopilado durante la transmisión en esa Wildnet en particular. Mientras el programa falso y su parásito se propagaban por la web hacia un destino ficticio, el software malicioso envenenaba lentamente la supercookie con versiones aleatorias de antiguos videoclips de Kenny Loggins.

Soledad estaba perdiendo terreno. El vendaje en la parte interna del muslo le había irritado la piel. Y el cansancio que antes la había inquietado de forma paradójica se había ralentizado, detenido, invertido. Estaba lo suficientemente agotada, en un sentido físico saludable, como para sentir que ya podía dormir, sin importarle los sueños que pudiera tener.

Se encontró apoyándose en las paredes para sostenerse. En una cocina adaptada, una elegante joven de veinte años les enseñaba a dos coatíes, que parecían hermanos del que había visto en el restaurante, a usar el lenguaje de señas americano. «Hoy solo quieren decir “cangrejo de río”», se quejó a Stix, pasándose el dorso de la mano por la frente. Los animales gruñeron y levantaron una pata curvada en forma de cangrejo.

Stix la condujo a través de un patio hasta el taller más grande que habían visitado hasta el momento. Este estaba

repleto de olores marinos y peceras. La mayoría de las peceras, en la penumbra de las habitaciones divididas, emitían un brillo suave y etéreo. Un panel mostraba a una docena de personas vestidas con máscaras de animales tocando gaitas, arpas y panderetas en un escenario formado por una docena de plataformas separadas, sostenidas en voladizo.

En este taller solo había mujeres, todas de entre veinte y treinta años. Escuchaban a una pelirroja muy maquillada, con una camiseta de tirantes y unos vaqueros tan ajustados que la ropa interior se le metía entre las nalgas, lo que hizo que Soledad se retorciera de incomodidad. «Noctiluc», susurró Stix, intentando también no mirar la entrepierna de la mujer, «de aquí viene, y los ingresos por licencias de eso…» Sacudió la cabeza. «Lo que intento decirles es que, vale, nueve décimas partes de estas ideas no funcionan ni se venden, o son directamente ilegales, pero la otra décima parte… bueno, las organizaciones las quieren. Este tipo de gente, sin embargo…» Hizo un gesto con las manos hacia las mujeres. Su susurro se hacía cada vez más fuerte, y un par de ellas lo miraron. «No quieren *trabajar* para X–Corp ni para Whampoa–Teledesic. Verás, la razón por la que piensan así es exactamente la misma por la que quieren vivir *aquí,* en el nodo».

El rostro de Stix estaba sonrojado y golpeaba una mano contra la otra para enfatizar sus palabras. Soledad sonrió

levemente al observarlo. No habría imaginado que él fuera capaz de sentir un apego tan fuerte.

—Aquí la gente es ilegal, no se ajusta a las ordenanzas estatales ni federales… —Stix hablaba ahora en voz alta. Alguien del grupo lo hizo callar, y otra persona entró al taller desde detrás de una hilera de acuarios a la derecha, presumiblemente para exigir silencio. Stix no les prestó atención. —No pagan seguro, usan jisi, software pirata y otras cosas que traen los contrabandistas, se pagan entre ellos con fichas de intercambio de nodos, y ese es precisamente el punto: hacen las cosas de manera diferente, por eso nada en Xerox PARC, TV City o Belmont se les acerca…

Pero Soledad ya no escuchaba. La nueva presencia se había colocado frente al enjambre de plancton noctiluc concentrado en vitrinas. La luz verde plateada inundaba un anodino traje azul de Neodisko, una camisa formal, mitad azul, mitad blanca, como cualquier otra camisa de negocios en el Área de la Bahía. Y el resplandor también resaltaba sus rasgos, o más bien su ausencia. Porque, si bien un borde de cabello gris crecía alrededor de la parte superior y una apariencia de orejas, mentón y cuello definían los límites de su cabeza, donde debería haber estado su rostro no había más que una masa opalescente y cambiante de caos, como un billón de bits de datos visuales que se desplazaban demasiado rápido para ser comprendidos. En este “rostro”, corrientes de ruido digital se encendían y apagaban, uno y

cero, en una secuencia aleatoria ultrarrápida. A veces se aproximaban a una nariz larga y gorda, un iris azul, una boca fruncida, mejillas regordetas; a veces cambiaban a ojos negros, una nariz corta, mejillas regordetas, cuencas oculares hundidas; pero nunca se detenían en un solo detalle por más de un segundo fragmentado. E incluso durante ese segundo, siempre dejaban el resto del rostro a ese vórtice giratorio, ligeramente numinoso, de la nada.

El gringo del fin.

El yanqui sin rostro.

Sintió que sus manos se dirigían a su garganta, sintió que el estúpido e histérico reflejo volvía a aparecer.

El Yanqui se detuvo junto al panel de control, su delgada figura iluminada por el burbujeo de los acuarios. Abrió las manos, una a cada lado, como diciendo: *«Voilà».* Fue un gesto extraño, pensó Soledad, pero en el estado de shock que sintió al ver a ese hombre que no podía existir, ese pensamiento fue tan fugaz como una gota de agua que chisporrotea sobre la superficie de una plancha al rojo vivo y se convierte en vapor.

«También te necesitaban», dijo, «¿verdad?». Tenía una voz como si todas las frecuencias sonaran a la vez; un millón de mensajes de radio perdidos, las propias llamadas de socorro desaparecidas, un silbido de alta y baja frecuencia que se

perdía en el éter, sin ser recibido excepto por ella. «Necesitaban un puerto secreto. ¿Dónde más podría el gobierno importar las sustancias embargadas que nunca podría comprar legalmente?».

—No coca —soledad se encontró respondiendo, al menos en su mente, no tenía idea de por qué estaba contestando a esa aparición, y mucho menos inmiscuyéndose en su conversación, tenía que ser el condicionamiento a la autoridad de la escuela, de su padre—¿no es de los grandes?

—No, no la coca —interrumpió el yanqui—. Eso siempre fue cosa de las Doce Familias, y de la guerrilla, y del ejército, por supuesto. Pero el cifrado caliente, la música robada, las modas patentadas que alimentaban sus talleres.

Soledad estaba de acuerdo con el discurso de Ochoa Campos, pero en el fondo se oponía; pensaba: «Una cosa era María Gisela, con esa tensión de huida y ataque, con tantas moléculas de endorfinas y adrenalinas chocando entre sí, se entiende la ilusión. Pero esto es inesperado, una ilusión de ilusión. Lo que significa que o mis sustancias químicas están seriamente desequilibradas y me estoy volviendo loca, o debo enloquecer de otra manera, en el sentido de que tendré que aceptar una realidad totalmente ajena a la mía».

“Ochoa Campos.” El hombre inexpresivo asintió ante la última afirmación de Soledad. “¿Dónde más”, continuó, “podrían vivir los contrabandistas? ¿Qué otro barrio

generaba tantos ingresos para las Islas Caimán provenientes del contrabando y la piratería de todo tipo, al punto de representar medio punto porcentual del producto nacional, y quién sabe cuánto más en efecto multiplicador? Jamás podrían vivir sin ti, o eso creías."

En el tanque, el plancton giraba más rápido y brillaba con mayor intensidad. Soledad apretó con más fuerza su garganta, como si intentara estrangular al hombre y a la imagen, cortándose la respiración.

De repente, una chispa de noctiluc saltó del tanque, atravesando el espacio intermedio. Se posó en el dobladillo de la pernera izquierda del pantalón azul del Yanqui. Formó un anillo de brasas que se ensanchó y luego estalló en llamas.

El fuego era convencional, amarillo y naranja. Ninguna de las mujeres del taller lo notó, igual que nunca se habían percatado de la presencia del gringo. Stix, que seguía parloteando en dirección a Soledad, no se dio cuenta. Las llamas consumieron rápidamente la pernera izquierda del pantalón, se extendieron a la otra, subieron hasta la chaqueta y más allá, dejando la piel arrugada como cráteres lunares y de un tono rojizo a su paso. Soledad negó con la cabeza repetidamente. No podía gritar, esto no era nada nuevo, pero tampoco podía respirar.

"Y había algo más."

La cabeza del Yanqui estaba rodeada por un halo de fuego. Su siseo de radio, distorsionado por la conflagración, parecía el doble de lejano. Sus piernas habían desaparecido, y ahora la masa palpitante que era su rostro desfigurado se desvanecía tras el humo de su propia inmolación. «Algo que asustaba a las corporaciones y al ejército que trabajaba para ellas. Algo que incluso asustaba a la Oficina de Nacionalizaciones».

—*¿Qué?* —susurró Soledad. Todo había ocurrido en su cabeza, pero aun así lo susurró en el silencio.

"…algo más…"

Ahora solo quedaba humo, humo negro y gris como los volcanes, que se desvanecía en la penumbra de Noctiluc y las sombras del techo del taller.

Las rodillas de Soledad cedieron. Cayó hacia atrás y su columna vertebral se deslizó por una estantería llena de manuales hasta el suelo; aún agarrándose la garganta con una mano, miraba fijamente los restos del fuego.

Pero el humo se había disipado, el Yanqui se había ido. En su lugar solo quedaba un panel que mostraba a una docena de personas tocando instrumentos bajo una pancarta.

Eso, y una chica, no mayor de diecinueve años, con una bata de laboratorio muy manchada, con el pelo castaño rizado despeinado en todas direcciones alrededor de su cara,

de pie donde había estado el gringo, mirando fijamente a Soledad, ignorando una bandeja llena de puntos que ardían intensamente, hechos de fuego frío y plateado, que sostenía en ambas manos como una ofrenda.

La mujer de vaqueros ajustados le trajo a Soledad una copa de ginebra. Sabía a formaldehído y le provocó una tos que finalmente la obligó a quitarse la mano de la tráquea.

Stix se arrodilló junto a ella, con expresión de enfado, lo que la enfadó a ella también, y la entristeció estúpidamente, hasta que comprendió que en realidad estaba enfadado consigo mismo por haber permitido que esto sucediera.

Para cuando logró resistir los ataques de las mujeres, la somnolencia derivada de su fatiga anterior había hecho, como un cáncer metastásico, tantas conexiones en todo su cuerpo que nada más podía desafiarla.

Esta vez no se molestó en apartar a Stix cuando la tomó del brazo. Simplemente lo siguió dócilmente, después de todo, lo había estado siguiendo todo el día; desde la MOQ, a través de los almacenes de chatarra sin nombre, subiendo por el montacargas, hasta el tanque de pruebas de hormigón con su suave interior de goma, y las cálidas mantas azul marino de la cama.

Capítulo VIII

En una ocasión, Jorge esbozó rápidamente un diagrama que mostraba cuán coherente era la realidad que había construido para sí mismo a partir de sus poemas.

Junto a él hizo un segundo diagrama para compararlo, mostrando la cohesión que veía en los sueños.

En ambos casos había un porcentaje —aproximadamente un 10 por ciento en la escritura, un 5 por ciento en los sueños— que, en lugar de entregarse al mundo de la "realidad" presente, sueño o verso, era lo que él denominaba *"cafará"*. O "estancamiento": un estado que, si bien no era consciencia, al mismo tiempo tampoco estaba dispuesto a mantener la fantasía.

Así que no le sorprende despertarse una mañana en las horas previas al amanecer y darse cuenta de que no solo

Jorge le está haciendo el amor, sino que, aunque ha estado soñando con algo muy diferente —una ciudad en lo alto de una montaña, un pueblo de decorados teatrales apilados uno encima del otro en el que animales vestidos de hombres representaban una farsa de Calderón de la Barca—, en algún 5% de su mente ya sabía lo que estaba pasando.

Su cuerpo, sin duda, es consciente. Está empapada entre las piernas, llega al orgasmo mucho más rápido de lo habitual, y el placer, que la inunda como una pintura impresionista, utiliza la misma paleta de colores que su sueño.

Después, mientras aumenta de peso sobre ella y se encoge en su interior, le dice que la ama y, más concretamente, que quiere que ella adapte parte de *La Selva* al ciclo de *Desdichado.* Pueden presentar el resultado como una pieza mixta de música y poesía durante el festival Frum–Oxum; al hacerlo, pueden estar tan unidos en su trabajo como lo están ahora en carne y hueso y en todo lo demás. Con el calor de su semen y sus propios jugos mezclados y deslizándose por el arroyo de sus nalgas; con el primer calor del sol tocando el flanco de su espinilla izquierda; con todo el calor de lo que siente por él y la ardiente sensación de lo que ha logrado hasta ahora en el concierto, no puede concebir que nada se interponga entre ella y lo que él le ha pedido que haga, ni siquiera los miedos que una vez impidieron precisamente esto.

Para entonces, Haddad ya había terminado de reparar el Fourneaux–Dallape. Incluso había dejado de seguirla; ahora solo una o dos veces por semana ella se gira y lo encuentra, veinte pasos detrás de ella, mirando en todas direcciones menos hacia la suya.

Él le envía el manuscrito de una novela que ha escrito. Se titula *El gusano del engaño.*

Ella no lo lee.

Los agentes del F2 ya no vigilan su edificio de apartamentos. De todos modos, ella guarda el acordeón en casa de Jorge, lo que facilita que, esa mañana, y la siguiente, y la siguiente, se deje llevar por su vorágine musical, saliendo de la cama para tomar *tinto,* del café para ponerse la camisa larga, la camisa de Jorge, y finalmente en la sala del piano con su mesa de cartas, los papeles apilados y los lápices afilados, como los mantiene cuando las cosas van bien.

Más tarde, cuando los bocetos garabateados que Jorge le da para que trabaje empiecen a frenarla —por la dificultad de leerlos, por la forma en que las palabras pueden interferir con el sonido—, ella caminará hasta la habitación donde él escribe, acompañada por el canto del guacamayo de plumas índigo, los loros jade, los *agobequis de pico negro,* el viento del sureste que se cuela entre las persianas, las explosiones de los camiones, los golpes sordos del túnel de la alcantarilla y las diferentes canciones arrancadas del *cruce* de afuera.

El proceso de unir palabras y música no es tan difícil como ella imaginaba. Generalmente, ella toca un movimiento, conociendo por el esquema la idea general de su pieza, y él le recita los detalles del verso que cree que encajarán. Ambos modifican los detalles, él las palabras, ella las notas, recortando o expandiendo para que coincidan, o añadiendo frases que armonizan con la música y viceversa. Ella no puede juzgar el efecto que esto tiene en sus poemas —le suenan encantadores, incluso recortados—, pero no perjudica mucho su música. De hecho, algunos pasajes mejoran drásticamente porque se ve obligada a llevar a su conclusión lógica los cambios que hizo recientemente. Es decir, tiene que completar su conversión a temas del *cruce* y eliminar muchos de los versos menores: la soledad, por ejemplo, las cinco semanas que pasó buscando a su madre en las altas llanuras. O tal vez no eliminarlos, sino concentrarlos en los lugares que les corresponden, en movimientos cortos que está empezando a llamar "Las Minas", "El Río", "¡*Canción de Los Altos*!".

De todos modos, ella quería que todo fuera más complejo estructuralmente, y la música del *cruce,* con sus dos y a veces tres o cuatro líneas melódicas que siempre suenan a la vez, es perfecta para eso.

Escribiendo, garabateando en el pergamino barato que Jorge guarda en cajas de diez resmas debajo del piano, en un momento dado, se queda sin lápices. En lugar de salir a comprar más, toma prestada una pluma y un tintero, lo que

resulta más adecuado para el movimiento en el que se está concentrando. La pausa para mojar la punta en la tinta aguamarina, los tres golpecitos rituales en el borde empapado del tintero, las salpicaduras cuando se acumula demasiada tinta en el depósito de la punta, el corte lateral de la pluma, parecen reflejar y enfatizar el diálogo entre los vendedores ambulantes de recuerdos en el Mercado de Esclavos, que ella intenta reproducir de memoria.

Más adelante descubrirá que el proceso de mojar el lápiz en la tinta la retrasa en la sección de la "tormenta" de "El río". Tendrá que comprar lápices nuevos para ello. Pero en este momento, el cambio en el ritmo de la escritura es beneficioso y aumenta su aprecio por los nuevos tiempos, por el ritmo de su encuentro con Jorge, por la pertinencia de esta pausa en su vida y por la forma en que estos cambios se manifiestan en su arte. Todo ello profundiza la sensación de que trabajar con Jorge solo puede aportar placer y otros aspectos valiosos, menos evidentes.

Por supuesto, no todo es un camino de rosas. La música es demasiado compleja para eso. Tiene que descartar movimientos que se parecen demasiado a Manuel Ponce. Y otro movimiento es demasiado Villa–Lobos (las guitarras tomaron el protagonismo allí). Pero en general, el vaivén es, según ella, bastante bueno: su mano derecha describe baladas *vallenatas,* su izquierda los cantos de los pescadores bajo sus ventanas, o el ritmo narrativo de las peleas de gallos, la dialéctica del regateo en el mercado, los ciclos de

excitación entre los artesanos que compran y venden en Lo Pano.

Incluso los pasajes más antiguos de *Selva tienen* su utilidad, ya que *el Desdichado* de Jorge también contiene partes que se alejan considerablemente del *cruce.* Escribe un poco sobre Barcelona y Shanghái, pero sobre todo sobre otros lugares de esta región: el delta al sur, las altas llanuras al sureste de la capital, las montañas al oeste y la propia *selva.*

Pero es el cruce el que es el corazón y los pulmones de su obra, y la tarea de igualar la profundidad y complejidad tanto de su poema como de las personas en él, exige sus habilidades técnicas al límite y más allá, obligándola a usar, o al menos a considerar usar, cada glissando, cambio de tempo, nota de adorno, progresión de séptima, trino y retumbo y jadeo que el acordeón es capaz de producir. Usando allegro para contrarrestar adagio, pianissimo versus sforzando, explotando el teclado hasta donde su mano derecha puede llegar para simular diferentes instrumentos: la síncopa del *bombo,* el raspado de *los requintos* y *bandolos,* la emoción de las flautas *pito.*

Jugando con los ritmos, el doble compuesto, 6/8 contra un ternario suelto de 3/4 para el liderato *del vallenato.* Aportando toques de otros bailes, el 12/8 de la *cumbia,* el compás recto de 3/4 del vals.

Y entonces, cuando su conocimiento se agota, la fuente de su inspiración se seca, sus recursos técnicos se desvanecen y tiene que extraer cada vez más del manantial de su vocación para estas cosas, aun así lo logra, haciendo brotar riachuelos de canciones desde lo más profundo de su memoria, las melodías de Jean–Philippe, las canciones que María Gisela le enseñó detrás de la cocina del campamento, e incluso más allá, a su enfermera Louise y las nanas indígenas sobre la yuca enferma y los espíritus atrapados para siempre en las guacamayas.

Aunque son breves, ella considera que algunos de estos pasajes son los mejores que ha escrito. Rodean el verso central de *Desdichado,* la parte de *"Souche"* que los crucistas retomarán más adelante y convertirán en una especie de himno; la rodean como un hogar protege una pequeña llama.

El concierto, organizado por Ruiz y la Oficina de Fiestas, forma parte de un festival que se celebra en honor a una fecha sagrada dentro de tres semanas en el calendario de la Umbanda–Cargo. Tendrá lugar en el Mercado de Esclavos, centro tanto del *cruce* como del festival, en un escenario improvisado iluminado por Lo Pano. Durante diez días antes, diferentes barrios preparan estatuas gigantes de papel maché de Juan Frum, el dios del contrabando, y Oxum, la deidad del cambio y las bromas pesadas. Estos son el espíritu del *cruce,* le dice Héctor Ruiz una noche, todos borrachos en casa Pytagoro después de una reunión de la sociedad de

narradores que dirige Jorge. Juan Frum y Oxum (continúa Ruiz) juntos representan la libertad que viene de inventar tu propia historia sobre el mundo, y forzarla, en un torbellino de vino, baile, comida picante y sexo ardiente, a hacerse realidad. Soledad siempre toma lo que dice Ruiz con mucha cautela, pero la parte de la comida de su descripción, al menos, es cierta. Una semana antes, toda la ciudad — específicamente la combinación de Ensevli, Barrio des Anglais, Teton Hill, Bidonville, Slave Market, la Ciudad de los Barcos y el puerto pesquero que conforman *el cruce*— se impregna de los aromas de *lamohue, vatapa* y *boudincocho.* La gastronomía que se prepara durante los tres días previos al festival alimentará a todos los habitantes del *cruce* durante una semana.

El ritmo de la música sube de volumen desde todas las direcciones que tus oídos pueden percibir. A medida que se acerca la fiesta, una proporción cada vez mayor de personas en las calles se disfraza. Hay payasos, diablos, Punches y Judys, mandarines, conquistadores, fantasmas y todo el panteón de la macumba–Cargo: San Sebastián, Yemanjá–María, Jake Navy, Xango, Guinea Isac. Un número creciente de peatones se tambalea por los efectos de la *pinga.* Algunos, en su mayoría la capa más joven de traficantes de recuerdos del mercado negro, caminan en otro lugar, al ritmo del aparato jag atado a sus cinturas. Una noche ve a Haddad bailando lentamente en el parapeto de un Cadillac construido sobre el puerto pesquero, animado por una

multitud de juerguistas ebrios disfrazados principalmente de la Muerte y bailarinas, y piensa, fríamente: Menos mal que arregló el acordeón antes de que todo esto empezara.

Tal sentimiento es típico de su forma de pensar, casi desde el primer día del festival. Una parte de ella siente frío por la técnica de congelación que deberá aplicar con la precisión de un cirujano para que el concierto funcione. Otra parte de ella siente fiebre por el trabajo, y calidez como la que sintió la mañana en que él le pidió que hiciera esto; ardiente como su atracción por Jorge, y más allá de eso, y más allá de él, cálida como lo que siente por este lugar tan lleno de ritmo y la gracia natural del trabajo hecho por elección, no por obligación. Cloodine ya ha participado en dos viajes en el barco del contrabandista de cigarrillos y tiene suficientes fichas de trueque para comida. De hecho, ha invitado a Soledad a cenar dos veces, aunque debe rechazar todas las invitaciones hasta después del concierto. Soledad incluso ha cancelado todas sus clases para tener más tiempo para prepararse. No tiene tiempo para preocuparse por cómo logrará lo que nunca antes ha conseguido: tocar su música para un público de desconocidos. Ella ensaya con la orquesta, por supuesto, pero los ensayos nunca la inquietan; no son la realidad y, por lo tanto, no están ligados a ninguna preocupación real. De todos modos, durante las tres semanas que tuvieron para preparar esto, sintió que permitir que tales preocupaciones afloraran sería una afrenta al holismo intenso que la impulsó inicialmente.

Buscando, en cierta medida, marcar la fuerza de este cambio en ella —y al mismo tiempo afirmar su realidad—, se corta el pelo. Esto resalta sus mejillas y su cuello de una manera que agrada a Jorge, quien dice que puede ver sus tendones en acción. Ella no se detiene a considerar la magnitud de este cambio, pues desde niña nunca se había hecho nada con el pelo más allá de recortarlo cuando le llegaba a las nalgas. Francamente, está enamorada, y la química de este estado transforma a sus monstruos habituales en seres tan inofensivos como el uniforme de Polichinela que los niños usan en la calle.

Y entonces, a menos de treinta y seis horas del concierto, sentada en el balcón bebiendo vino frío con Jorge y Ruiz, mirando hacia el oeste donde la puesta de sol reflejaba los rayos de luz en el cono achatado del volcán, la sangre se le heló en la cara y el cuello. El aire de la tarde parecía tan frío como el agua helada. Ahora sentía frío por todas partes. Se cubrió los hombros con una manta y cambió a *pinga.* Ninguna de las dos cosas logró calmar el leve y constante temblor que comenzó a sentir en ese momento.

Sabe perfectamente de qué se trata. Lo ignora obstinadamente, aunque el miedo la mantiene despierta gran parte de la noche. Sigue esperando que la emoción que creó calidez en primer lugar se reactive, ahora que su obra se acerca a su conclusión musical. Y cada vez que mira a Jorge, o escucha a las mujeres discutir sobre algo sin importancia, como les encanta hacerlo en este lugar, con

voces claras como las de las abogadas, siente que su calidez, su valentía, podrían resurgir, permitiéndole rozar el miedo, como alguien que corre más rápido sobre arenas movedizas.

Veinte horas antes del concierto, tiene más frío que nunca, le tiemblan los dedos y no tiene fuerzas para caminar: todos los síntomas típicos del pánico escénico. «No puedo hacerlo», le dice a Jorge esa noche. «Conozco las señales. No seré capaz».

—Por supuesto que sí —le dice él.

—No lo sabes —responde con vehemencia—, no me conoces, no sabes cuánto he sufrido con esto. Tiene ganas de llorar, pero no se lo permite. —Tendrás que pedirle a Ruiz que me sustituya.

Y así lo hace, le pregunta a Ruiz, quien asiente con poca gracia. Pero Jorge no altera el programa del concierto y Soledad, por su parte, ahora que sabe que tiene una salida, pasa la noche anterior al concierto practicando el *Desdichado* una y otra vez, trabajando la dinámica y el impulso hacia el clímax, la parte en la que Jorge pregunta "¿De qué sirve una raíz?"; golpeando las teclas y los botones de los acordes hasta que le sangran los dedos.

Cuando amanece el día del concierto, sabe que al menos lo intentará, y por una razón muy simple: porque probablemente sea la única manera de que la música, las

canciones que ha reunido y perfeccionado, lleguen a un público más amplio que ella misma. Probablemente fracasará; en el mejor de los casos, tocará con timidez y debilidad. En el peor, sus dedos se enredarán en un caos técnico, del que la única salida será un silencio letal y a la vez misericordioso.

Pero al menos, al fracasar, habrá dado a luz algo. Y tal vez pueda resistir lo suficiente —pálida, temblando, metiendo la pata, perdiendo el rumbo— para dar vida a una parte de su *Selva;* lo suficiente, en cualquier caso, para que Jorge la use como base, para continuar sola o con Ruiz. Y siente una calidez parcial al reflexionar sobre esto, una calidez parecida a la que siente a veces al mirar a los niños pequeños, como si fuera la madre latente en ella la que busca llevar este proceso de creación a su fin, aunque pueda sacrificar su propia vida en el intento.

Su miedo se agudiza. Los preparativos pasan como un borrón. El sol gira naranja y finalmente violeta al acercarse la noche. El encendido de las lámparas rojas. Poniéndose el vestido, aplicándose Venganza de contrabando en las muñecas, colocándose los pendientes; los de la buena suerte, los guacamayos índigo. Recogiendo partituras, revisando el Fourneaux–Dallape. Bajando las escaleras, caminando cuesta abajo hacia el resplandor de Lo Pano. Las calles están llenas de manos y petardos. Oye todo como si estuviera escuchando bajo el agua. Jorge la toca a menudo, en el cuello, en la parte superior del estómago, e incluso esto

se siente distante, como si capas de seda la separaran del estímulo. Olores, maniquíes, una cola rota de desfile, hombres y mujeres vestidos como esqueletos. La gente baila, los hombres zigzagueando alrededor de las mujeres, que se arrastran, riendo, con las caderas balanceándose, para mirar a sus parejas, alzando racimos de velas encendidas sostenidas en pañuelos escarlata. *Cumbia.* Y luego el inmenso lago de gente en el Mercado de Esclavos, púrpura como la noche y atravesado como la luz de las estrellas por las velas que todos usan para invocar a los espíritus de Frum–Oxum. Debe haber diez mil personas aquí, piensa ella. El escenario está preparado bajo la Torre Flash, junto a una pista de aterrizaje ritual: una "pista" despejada, marcada con velas, en la que los espíritus de Umbanda–Cargo deben aterrizar su DC–3 oscuro y cargado de tesoros a medianoche.

Todo se enfría, todo se acelera. Un fragmento de melodía, un *lanto* afroperuano del número anterior al suyo. No puede hablar con los demás artistas en la sala de espera improvisada. Aplausos. Sus rodillas están más débiles que nunca. Le asignan a un chico para que lleve el acordeón. Tiene que agarrarse a la barandilla mientras sube al escenario. Dos taburetes, solo dos taburetes, cada uno con un micrófono, uno mucho más bajo para ella; los violonchelos, los tambores y los dolines están encerrados con los magos oscuros en el foso de la orquesta.

Vuelven a estallar los aplausos, entremezclados con los habituales abucheos y silbidos. Los focos y los láseres de Lo Pano giran vertiginosamente por encima. Más arriba, en la oscuridad, donde estarían las colinas lejanas si pudiera verlas, un anillo amarillo de napalm se eleva en silencio para marcar la diferente balada de la violencia.

Se sientan. Ella se entretiene un momento ajustando el Fourneaux. Tocar un acordeón pesado durante veintiocho minutos seguidos no es tarea fácil, y tiene que sujetarlo perfectamente.

Jorge la mira. Sus ojos son muy verdes en las manchas. Ella quiere arrojarse sobre él y abrazarlo con todas sus fuerzas para evitar que algo les suceda, para impedir que les pase algo a ellos, para congelar este instante con la fuerza de la fuerza de la fuerza. El espacio interior disponible para contener sus sentimientos por este hombre es, en ese momento, tan ilimitado como una galaxia. Sin embargo, no lo toca. Ajusta la última correa e inmediatamente asiente; no puede esperar, sabe que esperar solo aumentará su terror. Y Jorge comienza, solo, la introducción hablada de *Desdichado:*

> *Antes de que el halcón hiciera la noche,*
> *antes de que el hueso hiciera al halcón,*
> *antes de que yo te hiciera a ti.*

La multitud enmudece como una ciudad fantasma, salvo por el ladrido gutural de un perro en algún lugar de Ensevli. Se siente mal, apenas puede presionar con los dedos las teclas que tocará primero. Ve a Dolores en la primera fila, con el brazo alrededor de un joven delgado que le recuerda extrañamente a Jean–Philippe. Pytagoro está sentado junto a Dolores, y a su lado Ruiz la observa; espera, se da cuenta; espera a que fracase.

Y entonces Jorge dice: «Sin embargo, he respirado un pareado de este sol», su señal. Ella responde como una soldado a una orden, después de todo: el sostenuto largo y simple, el acorde mayor, la séptima; ah, y en la séptima falla el sol, tropieza, se recupera torpemente. El frío en su ser se convierte en un calor blanco por un instante, un destello en la visión y en el cerebro, de la locura desenfrenada de la que se lanza violentamente al siguiente acorde, la carrera hacia un largo la con su derecha.

Entonces sucede algo más.

En concreto, los rostros frente a ella se desdibujan, se convierten en una mancha borrosa. Los nítidos puntos de luz del público se transforman en una bruma similar a la Vía Láctea. Un destello de luna que se desvanece en un túnel nocturno.

Y mientras todo esto sucede, el poder del público, el poder de su pasado, el poder del pánico escénico, parecen

menguar ligeramente en su interior; y en ese mismo instante, como un motor conectado, cuya desaceleración debe resultar en la aceleración de su gemelo, la vitalidad de lo que tiene que interpretar alcanza su punto máximo lo suficiente como para lograr un dominio frágil.

Es como si sus dedos se hubieran liberado de una pequeña pero impenetrable jaula de acero. Se van, es la parte inicial donde Jorge dice

> *Chisporroteando en un hueco de aire,*
> *tigres rezaban a nuestros pies como palomas;*
> *vivíamos en habitaciones bajo el mar*
> *iluminadas por algas humeantes.*

Y con el pulso de los violines trae suavemente las respiraciones contenidas del *vallenato,* y la subida de las letras (cuidadosa de mantener un freno a su excitable pulgar izquierdo) y luego el primer clímax, notas cayendo como malabaristas, temblando como amantes, uniéndose como un equipo *de fútbol experto;* ahora está caliente; está más que caliente, está ardiente con la fiebre de ello; mira a Jorge, el sudor ahora corre por sus mejillas, entre sus pechos. Los violines y las marimbas se unen, la música, *su* música, crece a su alrededor. El vestido de Soledad está empapado como si hubiera estado haciendo el amor en él durante horas. Y sonríe tan fuerte que cada milímetro de sus labios se separa, lo que no sucede a menudo, y nunca fuera de la cama.

Están borrachos durante dos días después del concierto; borrachos de *tafia,* drogados con hierba. Ruiz trae pasta de cocaína de la alta montaña para que la fiesta dure; están ebrios sobre todo por los elogios de casi todos y la adulación de la fiesta, que como toda buena fiesta se ha convertido en su propio dragón, eligiéndola a ella y a Jorge como los héroes a quienes anualmente rinde su fuego y aliento. Bailan en la terraza, solos o acompañados, riendo de vez en cuando sin motivo alguno. Es el dulce regreso a casa después de un viaje por mar, tras un temporal, escuchando cómo la fiesta se apaga mientras los distintos tipos de música callejera disminuyen y se desvanecen.

La segunda noche, durante lo que apenas son cuatro o cinco minutos, pero que parece un mes, todos los ruidos desaparecen por completo.

Por primera vez que recuerda, solo escucha silencio en *el cruce.*

La resaca es proporcional al veneno. Yacen en la cama, demasiado cansados para hacer el amor. El dolor de las náuseas, por una vez, lo silencia. El color de sus ojos se ha desvanecido hasta adquirir el tono que adquiere el Atlántico tras una larga tormenta. El viento se levanta desde tierra firme, esparciendo polvo ocre sobre la terraza. El sol es como las brocas soldadas con titanio que su padre usa para penetrar el basalto profundo. Su cerebro es mineral de tungstita. Luz, oscuridad, luz.

Jorge se recupera. Impulsado por *el tinto,* se retira a su taller. El sonido de su pluma rascando le parece increíblemente fuerte a su cerebro, ahora desprotegido tanto por el miedo como por los efectos protectores de la *tafia.* Se encuentran para cenar. Él mira por la ventana y apenas responde cuando ella habla.

A última hora de la cuarta noche después del concierto, él sale del estudio y sugiere que cenen en La Plaj. Esa noche está más hablador, aunque ninguno de los dos bebe más que una copa de vino. Es ella, silenciada por la formalidad de este restaurante de dosel rosa frecuentado por gente de la Ciudad Amurallada —silenciada sobre todo por los recuerdos de Miguel y ella hablando íntimamente en una mesa de la esquina de ese mismo lugar, en una parte de su vida que ahora parece tan increíble y distante como las lunas de Saturno—, quien no dice nada importante. Él la mira con curiosidad. Debe ser consciente de su propia debilidad, después de los últimos días, en lo que respecta a mantener un mínimo de comunicación con su pareja, o compañera, o lo que sea que ella sea para él.

Ella se toca los pendientes. Él no le pregunta qué le pasa.

A la mañana siguiente se despierta temprano. Jorge ya está en su estudio. Se baña, se viste y se recuesta en una hamaca en el porche. Piensa que debería volver a contactar con sus alumnos, pero de alguna manera le da pereza hacerlo. Jorge sale, buscando algo para comer. Está sin afeitar y el viento

ha amainado. Regresa a su estudio y cierra la puerta. Durante la cena le cuenta que algo le ha estado preocupando sobre *Desdichado.* No tiene nada que ver con su música, sino con lo que él escribió. «Me obsesiona», le dice, tirando suavemente del lóbulo de su oreja con el pulgar y el índice. «Me suele pasar así después de una lectura. Tengo que averiguar qué es y solucionarlo antes de poder continuar».

Y por supuesto, todo eso está bien. Ella, mejor que nadie, sabe lo difícil que es organizar las variables de tiempo, espacio y estado de ánimo de tal manera que se produzca algo como música o poesía, que no tenga un vínculo cuantificable con ninguna de esas variables.

Después de eso, se cuida de dejarlo solo un rato. Pero no tiene energía para trabajar. Siente como si la actuación —la *exitosa* actuación, tiene que recordarse a sí misma— le hubiera exprimido hasta la última gota de energía. Le llevará tiempo recuperar la suficiente para canalizar de nuevo sus corrientes creativas. Oye sobre todo los ecos de la parte de *Selva* del concierto en su cabeza; al parecer, los fragmentos de canciones del barrio no se le quedan grabados como lo hacía *Selva.* Sin trabajo que la mantenga ocupada, celosa de que *él* esté ocupado con el trabajo, se vuelve aún más consciente de cómo su contacto con Jorge parece estar disminuyendo progresivamente y sin motivo aparente, más allá de los altibajos naturales de los enredos románticos y la obsesión creativa.

Y entonces, tres noches después de cenar en La Plaj, Ruiz viene a casa. Beben demasiado, como de costumbre. Jorge, poniéndose jovial, cita un verso con el que tiene problemas: «Un pájaro de tal color me asombra al posarse en mi balcón, cambia la polaridad de mis palabras, y tengo miedo», recita. Ella sabe que se refiere a ella, y eso la enfurece. Alrededor de las once deciden ir a casa Pytagoro, pero Soledad no tiene ganas de beber, especialmente con los ojos color noche de Ruiz buscándola siempre; nunca está segura de si él quiere que desaparezca o que se acueste con él, o ambas cosas; una cosa está clara: la protección respetuosa que se supone que un hombre debe tener por la amante de su amigo no existe, ni ha existido nunca, para Ruiz. Ella no va al Cadillac. Jorge llega tambaleándose a las tres de la mañana, completamente borracho. Ella le contesta bruscamente cuando la despierta y se retira a una hamaca en el porche para dormir.

Oh, y aún hay más, y no es para nada una progresión clara. Un día, durante el desayuno, le habla como solía hacerlo, incluso se disculpa por ser un viejo oso, como él mismo dice, y vuelve a culpar a su trabajo.

—Lo entiendo —le dice ella—. Créeme, no necesitas explicarlo, es solo que…

Él asiente, descifrando el silencio como siempre lo hacía.

Sus tobillos se enroscan bajo la mesa mientras untan mantequilla en el pan dulce.

Luego él se encierra en su habitación toda la tarde, una tarde calurosa, y ella descubre que desea, con intensidad, con urgencia, hacer el amor, pero ha perdido la confianza que antes tenía para ir y tocarlo hasta que él sienta lo mismo que ella.

Le asombra cómo, en los apenas dos meses que lleva conociéndolo, se había vuelto tan segura de sí misma y tan hábil.

En cambio, se toca a sí misma, tumbada en una hamaca en la terraza, escondida en la pérgola de uvas, calentada solo por los rayos del sol; jadeando rápida y sola como no lo ha hecho desde que vino a vivir al *cruce.*

A la mañana siguiente, va a su apartamento. No se muda de la casa de Jorge; no hay nada concreto de lo que mudarse. Compra un hacha de carga en el mercado, de esas que tienen papelitos con la latitud y longitud de *el cruce* y Greenwich, Inglaterra, y otros puntos de referencia importantes, además de conjuros escritos en frases cabalísticas.

Ella la cuelga de un clavo sobre el dintel de su apartamento.

Pero también deja el Fourneaux–Dallape en la sala del piano, lo cual, si se quiere, es una declaración de

condicionalidad. Cuando regresa a casa de Jorge a altas horas de la noche, él ya no está, lo cual no la sorprende.

Él no ha regresado para cuando ella se va al día siguiente, y esto ya ha sucedido una vez antes, así que no está preocupada, solo irritada, y se reprocha a sí misma por estar enojada, y doblemente enojada porque se ha permitido llegar a una situación en la que tiene que reprocharse a sí misma.

Así que al día siguiente la misma rutina, y cuando regresa él sigue sin estar, y ella está segura de que no ha estado en casa durante ese tiempo.

Apenas tiene tiempo de sentir miedo por él, un miedo que se alza como una ola gigante para ahogar todas las demás emociones, antes de que aparezca con Ruiz, y Dolores, borracha e inconsciente, entre los dos hombres; entrando con olor a barro, diésel, licor, sudor de caballo y cactus, el olor de otros lugares. Eso y una historia salvaje que escucha porque (más tarde se da cuenta) quiere encontrar en su exotismo una compensación por las decepciones mundanas que ha estado experimentando desde el concierto, y también porque es una buena historia y él es, sobre todo, un excelente narrador.

“Era Dolores, por supuesto, ella y su debilidad por los ladrones de tumbas polvorientos y, en particular, por un tal Diego; era el tipo que sacó un cuchillo en la terraza aquella

noche de la fiesta, ¿te acuerdas? La llevó a caballo a Tayrona."

Tayrona, el vasto territorio, un parque nacional entre Los Altos y el delta, un lugar tomado hace mucho tiempo por los Adornistas y los *narcotraficantes* con quienes, según afirman siempre, nunca hacen tratos.

"Una tierra antinatural", continúa Jorge, abriendo una botella de ron Delta y pasándosela a Soledad, quien se la entrega a Ruiz. "Los indios la consideraban sagrada, principalmente porque estaban convencidos de que solo los dioses podían ser tan insensatos y tan *fuertes* como para sobrevivir allí. Volcanes de bolsillo, pozos de magma y lava que corre como gruesos cables que sostienen la vegetación, y los árboles tienen espinas, incluso la hierba tiene púas, las serpientes son tan venenosas, *putain,* que uno muere con solo mirar sus ojos de rubí. Y luego los cenotes: pozos negros y profundos donde la roca volcánica se ha agrietado y caído al nivel freático; los peces de allí son todos ciegos, sí, porque estos son agujeros donde los indios venían a ahogar a sus vírgenes y su oro, y tanto desperdicio cegó a las bestias. Incluso *los guaqueros* proceden con precaución.

"El grupo de Diego no oyó romperse las ramas. Allí la noche es más oscura, como si la luz misma temiera a las púas, y los indios conocían el camino, lo que significaba que también los Adornistas, que habían hecho un pacto con *fuego verde* y fuego blanco, esmeraldas y coca, la moneda de Tayrona, un

fuego mezclado como el fósforo… sí, mala comparación.” Su sonrisa. “Tengo que trabajar en eso. Además, los Adornistas tenían lanzacohetes Milan.”

Por un instante, algo cambia en el rostro de Jorge. Parece contraerse, con los ojos extrañamente vacíos, como si hubiera sufrido un derrame cerebral.

Sujeta la muñeca de la otra mano con fuerza, un gesto que le salva la vida, y se detiene. Ruiz lo mira. Jorge respira hondo y, tras localizar la botella de ron con la mirada, retoma la narración.

“Uno de los Adornistas solía trabajar con el contrabandista, el capitán Standle. La reconoció”—señalando a Dolores, que yace en una posición incómoda en el sofá. Y a partir de ese momento, Soledad deja de prestar atención, no porque la historia varíe en calidad o emoción, sino porque el hechizo se rompió para ella con esa expresión facial de Jorge, donde la bravura del poeta profesional se derrumbó repentinamente como piedra caliza sobre el cenote del que hablaba, dejando al descubierto al hombre que había dentro: un padre vulnerable por su hija y su propia falta de confianza en lo que había hecho por ella; potencialmente asesinado por lo que pudo haber sido.

Y piensa, con una claridad que le recuerda al agua de manantial, que es por ese maldito *Desdichado* que se ha convertido en parte de su creación. Y eso me ha beneficiado,

porque es lo mejor de él y ha matado, por ahora, el miedo escénico; pero también es tan peligroso como las armas y los terroristas, porque me ata a él como un parásito. Y, en última instancia, mi obra debe ser suya y él debe hacerse cargo de ella. O morirá, o me iré. Estas son las opciones que me quedan. La verdad de todo esto hace irrelevantes las circunstancias melodramáticas en las que ella se imagina. En cualquier caso, el desenlace de la aventura de Dolores es tan predecible como el de todos los viajes de búsqueda: la negociación, el salvoconducto, los caballos, el riesgo de la doble traición; el Jeep por carreteras destrozadas y la cobertura implícita de los paracaidistas de Ochoa Campos.

Menos predecible es lo que sucede después, cuando Jorge se ha quedado dormido en la cama, Ruiz se ha marchado y Soledad es la única que sigue despierta, fumando con aire sombrío y limpiando ceniceros al mismo tiempo.

Oye un golpe y se acerca a donde Dolores se ha resbalado del sofá y está sentada en el suelo, con una expresión de absoluto asombro en lo que se puede ver de su rostro detrás de una maleza de pelo enmarañado.

“Mi padre”, susurra la niña, y sus ojos verdes que miran a Soledad son como los de una niña, grandes y oscuros por el miedo, aunque también podría ser el jisi yomo que Ruiz dice que ha fumado, abriendo sus iris.

—Está dormido. Soledad se arrodilla junto a ella. La niña le agarra el brazo derecho con ambas manos.

“¿Me dejó en el *suelo?”*

“Estabas en el sofá. No te acuerdas.”

“Me dejó”. Ahora la niña, manteniendo una mano sobre la muñeca de Soledad, usa la otra para acariciar suavemente, obsesivamente, la parte interior del antebrazo de Soledad, como si estuviera consolando a un gato.

—¡Dolores! —Soledad, al ver las manos sucias de la niña, siente un vago desagrado. Se aparta sin querer—. Fue a buscarte… arriesgó su vida, muchacha, para…

—Oh, Tayrona, sí —dice. Apartando las manos del brazo de Soledad, se limpia la comisura de los labios con la bufanda, como si intentara contener el torrente de palabras que brotaban de su boca. —Eso es tan típico de él, esa es su forma de llamar la atención. Como la guerra, ¿sabes? Diez meses de aburrimiento, luego dos horas de acción, banderas, trompetas, ta–ta–ra–ta–ra, ataque, lo cual es maravilloso y lo agradezco, pero ¿qué pasa con esos diez meses? Cuando tienes cinco, ocho o catorce años y estás en un país extraño, ¡los diez meses de aburrimiento son mucho más destructivos!

Soledad, mirando a la chica sentada, confundida entre ropa y pensamientos, sobre una alfombra miskita arrugada,

descubre en una fracción de segundo de lucidez personal que lo que le sucedió a Dolores podría sucederle a ella y a Jorge; y que cualquiera de los dos podría ser quien inicie tal compromiso fatal.

Entonces piensa en él, durmiendo como siempre lo hace con los brazos extendidos como el hombre al que disparan en *Tragedias de la guerra;* y la claridad se desvanece, arrastrada al olvido por una gran ola verde de alguien que falta y que aún no se ha marchado.

Durante los dos días siguientes, camina mucho, pero llega a pocas conclusiones. Solo una destaca, e incluso entonces, solo como hipótesis: que Jorge, en algún nivel de su personalidad que probablemente desconoce, podría haberse puesto celoso de su éxito conjunto. Partes del *Desdichado* han sido adoptadas por el gremio nihilista de músicos del cruce. Casi por todas partes oye la melodía que ella inventó para el pasaje de *«Souche»* [Desdichado], a menudo sin letra, «The Sun rise» interpretada por *bandolos,* el movimiento de «Bone Cement» por flauta *pito.* Tanto ella como Jorge comprenden lo que sucede: lo que crearon -juntos ha trascendido el vínculo con sus creadores, lo cual debería dolerles a ambos por igual, aunque también los enorgullezca; y además, dada la mayor afinidad de la música con la adopción por parte de una población diversa, la música pronto debe adquirir más fuerza que la poesía, que le parece irrelevante, pero solo, quizás, porque la música es suya.

Al regresar de una caminata que la llevó por todo Las Ánimas hasta la Ciudad de los Barcos —una caminata tan larga que, hacia el final, se sintió indispuesta por el olor a orina y basura, y el omnipresente correteo de las ratas— encuentra una nota de uno de los servicios de mensajería de Lo Pano pegada a su puerta con la cinta roja que denota urgencia. Está segura de que es de Jorge. En parte preocupada, en parte emocionada —porque la política de poder de una relación amorosa fallida ha estado muy a su favor desde que empezó a usar el rechazo como herramienta, y este símbolo de necesidad de su parte es bienvenido, como un ligero reajuste de un peligroso desequilibrio—, la arranca.

45233

11/14

Señorita Soledad MacRae

asd Pesceria Huet, Port de Pèche, Barrio 3,

Cruce Bamaca/Lo Pano 177

El texto continúa

SÉ QUE TE ESTÁS ESCONDIENDO Y QUE BIEN. NUNCA HE CUESTIONADO TU JUICIO COMO USTED SABE

Y ahora sabe quién escribió esto, sin tener que mirar el recuadro de “origen” que aparece a continuación:

SIN EMBARGO, SI DESEA UNAS VACACIONES DE SU VIDA COMPROMETIDA Y APASIONADA, QUE DEBE SER MUY DURO TRABAJO, SU HABITACIÓN ESTÁ LISTA. ESPECÍFICAMENTE ME HARÍA FELIZ SI ESTUVIERA AQUÍ EL MARTES A LA HORA DEL TÉ A LAS 7 PM. Texto finaliza domingo 1803. Origen: MacRae Mining SA

Glen MacRae

vía Ruedo, Río Chingado

Arruga la nota con rabia, aunque en realidad no está enfadada, o casi. Evita pensar en los temas que plantea la nota, aunque son densos y complejos, y en las medidas que debería tomar si aceptara la invitación, que son bastante urgentes.

Está tumbada en la cama, fumando, observando cómo el Barrio des Anglais cobra vida con las luces mientras la oscuridad se cierne sobre la *plaza. «Empiezo a definirme por la pérdida»,* piensa, y la idea la sorprende.

Sabe que, a un nivel casi tan profundo como los celos de Jorge, en una capa del carácter más accesible por el olfato, y específicamente por el aroma a viaje que emanaba de Jorge y Ruiz hace dos noches (diésel, sudor de caballo, polvo de la carretera, el frío metálico del aire nocturno), ya ha

considerado la cuestión, ha sopesado los diferentes elementos y ha decidido ir.

Capítulo IX

Aunque este país posee un escuadrón (si bien usado) de cazabombarderos supersónicos y acceso a enlaces Virtix que lo conectan instantáneamente con cualquier punto del globo virtual, se tarda lo mismo en llegar a Glen MacRae desde la costa o cualquier otro lugar.

A la mañana siguiente, temprano, llevando consigo solo una cesta de *ruana* llena de artículos de primera necesidad, toma el Onibus desde la Puerta de los Esclavos hasta la estación de tren al otro lado de la Ciudad Amurallada.

El viaje por la costa hasta la capital provincial dura casi todo el día. Al principio, se siente bien estar “afuera”, como dicen los *crucistas;* libre del olor a orina, del ruido, de las ineficiencias de su enclave. Pero con el tiempo, la pobreza implacable de la región costera la aburre. Sorprendida por

un cansancio que debió de haberse acumulado en ella como una descarga eléctrica desde antes del concierto, duerme gran parte del trayecto.

Pasa la noche en un albergue femenino y toma un autobús a Ruedo a las 6 de la mañana. El autobús está lleno de indígenas que regresan a casa para una de sus innumerables celebraciones religiosas. Incluso hoy se encuentra cabeceando durante el trayecto por los pantanos costeros y la sección de selva que sigue. Pero tan pronto como el autobús comienza a ascender, siente como si hubiera tomado una dosis de *basuko,* pues sus sentidos se agudizan y se ponen alerta por el aire más fresco. Escucha a los indígenas hablar de escuelas, inundaciones y precios de mercado, toma notas de una canción de juegos que cantan sus hijos. Incluso estas estribaciones bajas están libres de la bruma costera y puede ver mucho más allá. Recuerda otra historia que Jorge le contó sobre su esposa, la madre de Dolores. “Cuando era joven tenía el cuerpo de un buen violonchelo, y también escribía, bonitas novelas románticas, o cuentos sobre amores condenados y melocotones. Por supuesto, estábamos preparados, después de Dolores, para la desilusión. Cuando llegó, como un café con leche recalentado tres veces, tenía un sabor amargo, pero aun así nos nutría y, además, nos mantenía despiertos. Quizás yo estaba más preparado para nuestro aburrimiento mutuo que ella; me dejó dos veces cuando estábamos en España. Para lo que no estaba preparado —esto era Barcelona;

teníamos un apartamento justo debajo de Monjuïch, la fortaleza donde en la década de 1890 retenían a anarquistas y librepensadores en celdas de granito y los torturaban con instrumentos de quinientos años de antigüedad—, era para mi aburrimiento conmigo *mismo,* en el contexto de la familia que habíamos formado. Mis sentidos estaban retorcidos. Pasaba días en un potro de autodesprecio, un dolor tan agudo que gritaba durante minutos en una almohada en mi oficina del consulado. Me estaba convirtiendo en un hombre que, impulsado por el imperativo del deber, argumentaría las contradicciones más flagrantes. Verás, no dejé a Lydia en Barcelona entonces; sí, me dejé a mí mismo.

En el aire, como un buen vodka que impregna estas altitudes, Soledad comprende que es este aspecto de Jorge el que más teme, no porque lo describa, sino porque le recuerda cómo ella misma lidia con problemas demasiado grandes como para desaparecer por sí solos.

En Ruedo ve el Jeep antes de que el autobús se detenga. Juanito toma su bolso con la misma naturalidad como si nunca se hubiera ido; no acepta su beso, pero le da la mano solemnemente. Las nuevas explotaciones madereras han convertido kilómetros cuadrados de selva en humeantes parches de ramas negras y desierto. Después de una hora de avance, la selva vuelve a tomar el control. La carretera de dos carriles se convierte en un carril y luego en un sendero de roca roja que asciende a través de un bosque de madera de serpiente, acapu y guayaba. Un vistazo, sobre las nubes

del río, de los picos azul blanquecinos de la cordillera. Luego el humo de las explotaciones de tungstita sobre Cairn Dubh que se funde con la puesta de sol, y finalmente el valle, con la larga finca blanca y su Land Rover y, ¡*mierda*!, un reluciente Toyota 4x4 blanco junto a un camión militar de dos y medio que lleva una ametralladora pesada, cuya visión le produce un puño en el pecho, de aprensión, vergüenza e ira, y lo peor de todo, de satisfacción, apagada pero real.

Se encara con Juanito. Su autocontrol se desmorona en el fango de la desilusión: creía que su padre quería verla, jamás imaginó que la invitación formara parte de una artimaña política.

"¿Por qué no me *lo dijiste*?"

Juanito se encoge de hombros. Soledad se da cuenta por primera vez de que su cabello es casi totalmente blanco.

"Me dijo que no lo hiciera. *Le patrón."*

Ya anochece y la *selva* que rodea el valle resuena con los cantos de pájaros, monos, ranas e insectos. A pesar del daño en los oídos causado por el motor, oyó el zumbido de baja velocidad del camión, o tal vez Margarita le advirtió, y él está en la veranda para saludarla; la otra, observa ella con ferviente aprobación, tiene la gentileza, por una vez, de no interrumpir el saludo, por muy imperfecto que sea, de padre e hija.

Francis Iain MacRae es calvo, de cabello blanco y encorvado, pero los rasgos de su rostro aún son marcados. La nariz aguileña, la barbilla alargada y el ojo entrecerrado siguen proyectándose hacia el mundo. Su cuerpo está encorvado por la prospección, sus piernas robustas por los músculos de la escalada. Sus manos son rápidas para agarrar. Viste la camisa sin cuello, el chaleco, los pantalones y las botas que suele usar. Ella señala el Toyota, casi sorprendida de que le tiemble la mano; debe estar más enfadada de lo que pensaba.

¿Entonces todo esto fue un truco? No es ninguna coincidencia.

Habla inglés, salpicado de términos escoceses; el dialecto que siempre han usado juntos.

“Soledad…”

“Voy a volver. No tiene sentido…”

“Es demasiado tarde, ya casi oscurece.”

Cierra los ojos para ocultar cómo había predicho exactamente esa línea argumental.

“De todas formas no habrías venido”, dice.

Ella se apoya en un poste de la veranda.

“¿Por qué no me invitaste cuando él no estaba aquí? Una vez te dijo dónde estaba yo.”

“Me dijo…”

“Entonces…”

“Soledad, *querida.”* El acento escocés se acentúa en el murmullo de la *erre.* Abre las manos a medias. «Pensaba esperar para preguntarte, solo a ti, por tu cumpleaños. Pero me convenció de que esto era una buena idea».

“¿Por qué?”

“Dejaré que él te lo cuente.”

“No tengo nada que decirle.”

“Te cortaste el pelo.”

Ella lo mira fijamente, sorprendida por la irrelevancia de su declaración.

—Quiero que escuches al *Sassenach* —continuó su padre. Él sabe cosas, cosas que debes saber. Quiero que lo escuches solo una vez. No me disculparé por eso.

—¡Ay, como si alguna vez lo hubieras hecho! —dice ella, pero luego cede; la expresión de su rostro es casi suplicante, algo que no suele hacer.

Ahora tiene las manos completamente abiertas, como si quisiera atrapar una mariposa que se le escapa con facilidad. No es cierto que nunca se disculpe; solía hacerlo siempre. Ella lo abraza a regañadientes. Huele, como siempre, a sudor, sebo, jabón para cuero y Rothmans, y su olor casi tiene un efecto químico en ella, la impulsa a rodearle la cintura con los brazos y besarlo, una sola vez, en una mejilla.

Juanito dice que Miguel está montando el caballo ruano castrado que suele montar con el hijo de Juanito alrededor del perímetro de la *estancia.* Ella tiene tiempo para tomar una larga ducha en el baño con paneles de palo de rosa que era de su madre. Después se viste con un vestido tan largo, viejo y desaliñado que lo dejó aquí cuando fue al Conservatorio. Se prepara una *tafia* con ron Delta y la lleva de vuelta a su habitación, al porche con mosquitero, donde se sienta en una silla de ratán y observa a los loros volar a casa en parejas mientras la noche completa su toma relámpago del cielo de la selva. Intenta contener los pensamientos y emociones que antes había mantenido a raya con el impulso del viaje. Pero es difícil hacerlo en este lugar que es a la vez sitio y símbolo de su infancia, una casa cuyos detalles le inyectan como una jeringa el poderoso neurotransmisor de la memoria.

Y así recuerda el aislamiento salvaje, el abandono arterial, las noches tan solitarias que parecía que un meteorito proveniente de los confines más lejanos de la galaxia debía estar más cerca de la compañía y la comprensión que ella.

Noches en las que se sentía tan inútil que habría sido un acto de bondad hacia la humanidad que caminara desnuda hacia la selva a solo doscientos metros de distancia y dejara que las serpientes, las arañas, los leopardos o los guerrilleros aniquilaran su frágil apego a la supervivencia en este lugar, aunque la humanidad no se daría cuenta; tan incomprendida que los Manopani, con sus dioses monos y rostros cerrados, la comprendían mejor que su padre, o Doña Susannah, que la cuidaba durante el día, o María Gisela, que cocinaba, o especialmente Mademoiselle Weill, que le daba lecciones y no siempre recordaba evitar tocar a su padre de maneras que ningún empleado debería cuando Soledad estaba cerca.

Dejando que el ron le quemara las amígdalas. Tomando otro sorbo. Permitiendo que el alcohol alterara un poco su estado de ánimo.

Tampoco fue una miseria absoluta. Soledad recordaba suficientes buenos momentos allí, incluso después de que su madre no regresara, como para suavizar la amargura de Glen MacRae. Sobre todo, los animales. Su perro Pirou, que sucumbió a la picadura infecciosa de una garrapata roja; su caballo Bolivar.

El viejo piano mecánico en el salón, y los libros llenos de dibujos diacromáticos y canciones del siglo XIX que ella solía tocar y cantar durante horas.

Y su padre, no cuando lo intentaba, sino cuando la llevaba de paseo y hacían juntos cosas que él sabía hacer, como montar a caballo y arreglar maquinaria. Y María Gisela, siempre que no trabajaba, lo cual era muy raro porque la gente de por aquí trabajaba muchísimo; ahora mismo, incluso en la aterciopelada absorción de la oscuridad, a través de la fragante sombra de los lupinos y viburnos que crecen alrededor de su pequeño porche, ve a un grupo de indígenas reparando la cerca electrificada que es la segunda línea de protección de su padre contra los secuestradores y los Adornistas. Hay algo extraño en lo que hacen también: el ritmo mecánico de los hombres agachándose para colocar un nuevo poste de mangle, la rígida silueta del capataz; no puede precisar qué es. Tal vez sea la presencia de soldados lo que los desconcierta. La escolta del dos y medio está acampando detrás del cobertizo de caña. El crepitar del fuego y el chirrido de la radio parecen extrañamente suaves contra los últimos rayos del atardecer y el estridente canto de los pájaros.

El ron le ha calentado la parte inferior del cuerpo y le sube al pecho. Regresa a la habitación, con la intención de abrir uno de los cancioneros, y en su lugar saca de la cómoda una cajita de puros llena de plumas que recogió en los bordes de la *selva* con Juanito. Chupador de cabra, *uira puro,* El tucán de Cuvier. Sus colores no se han desvanecido con el tiempo. Es entonces cuando decide llamar a la puerta, con timidez

pero sabiendo perfectamente que está allí; siempre se fija en detalles como estos.

Miguel.

Ella regresa al porche antes de decir: *“Entre”.*

Está de pie frente a ella, iluminado por la luz de la puerta que dejó abierta como manda la costumbre. Muy erguido, el cabello como siempre despeinado, el rostro como el de un vidente sufriente sacado de El Greco, el traje italiano de corte impecable que no logra disimular la delgadez de sus extremidades, la delgadez en general… ha adelgazado, piensa ella, y apaga de antemano la chispa de preocupación que se enciende en su interior. Sus ojos parecen más oscuros, de alguna manera. La preocupación se une a otra chispa de atracción: esas manos delgadas la tocaron una vez con un conocimiento nacido de demasiadas horas de placer, de educación entre las sábanas…

Con una voz demasiado áspera incluso para esto, pregunta con voz quebrada: “¿Estás orgulloso de ti mismo?”.

Él no dice nada.

“Se tarda dos días en venir desde Bamaca. ¡Qué engaño tan barato! Utilizar a mi padre de esta manera.”

“Él estuvo de acuerdo. Como ya sabes.”

Siempre le impresionaron tus modales europeos. Y la familia de tu esposa.

Miguel suspira y gira un cuarto de vuelta, alejándose de ella.

“¿Crees que eres el único que tiene algo que reprochar?”

Ella traga más *tafia,* demasiada, tiene que luchar para no toser.

—Estabas casado —dice finalmente, y se aclara la garganta—. No te debía nada.

“Mi matrimonio era algo que se daba por sentado. Fui sincero al respecto. Tú lo aceptaste. Usarlo ahora es injusto de tu parte…”

“¿Tú, *tú* hablas de injusticia?”

“Esa no es la razón por la que le pedí a tu padre que llevara a cabo esta… esta estratagema.”

“Truco, Miguel. Llama a las cosas por su nombre.”

—Truco, entonces. —Se vuelve para mirarla—. Tengo que decirte, Soledad, que sabía dónde estabas.

Ella niega con la cabeza, sonriendo sin humor, pensando en el hombre F2 que estaba en la puerta del burdel.

“Los barrios bajos del mercado negro. La *favela* de ese poeta.” Aísla el sustantivo “poeta” con una pequeña pausa a cada lado, para incluir la duda y la entrada del desprecio. Ella está a punto de aprovechar la ocasión, mencionar los premios de Jorge, sus publicaciones; pero Miguel levanta una mano y esta capta la columna de luz que entra desde el pasillo, definiendo claramente la longitud de sus dedos, la pulcra manicura de sus uñas, la blancura; ella tiene un recuerdo repentino y nítido de esos dedos como suaves hojas secas deslizándose entre sus muslos, tan delgados que apenas rozaban los labios y se ajustaban con poco espacio al diámetro de la punta superior de su clítoris.

Cruza las piernas de nuevo y se inclina hacia adelante, sintiendo cómo su cuerpo arde como el viento de la pampa. Extraña a Jorge de repente y con intensidad, a pesar de, o quizás por, esta traición a su mente. Intenta pensar en él ahora: sus manos ásperas, tan diferentes de las de Miguel, su rostro; ve la longitud de su nariz, el color de sus ojos, verdes como un estanque en la selva. Los pómulos son prominentes, pero… Oh, piensa desesperadamente, oh, ya no puede verlo completo.

“Entendí lo que hiciste al irte. Te concedí esa injusticia, porque siempre estuvo ahí, en la estructura de nuestro… romance. Nunca te busqué. Lo que te pido ahora”—se ha desplomado un poco en el asiento de ratán,

“Y junta las manos a la espalda, reconociendo su atención —Lo único que te pido ahora es que me escuches, porque estás en peligro.”

—Peligro —repite, y vuelve a coger la bebida, agitando el hielo para que el cristal emita un agudo re. Deja escapar un toque de burla en su voz, lo cual está bien y también es para aparentar. Miguel tiene un papel importante, aunque indefinido, en el ministerio que dirige su suegro, y Sandoval almuerza todos los días con el general Ochoa Campos, y si alguien en esta parte de Sudamérica sabe lo que es el peligro y quién es capaz de infligirlo, es Ochoa Campos.

“Ese *cruce”,* —dice, y se vuelve hacia la ventana—. Créeme, entiendo el atractivo, sobre todo para un artista. La ausencia de reglas. La mística bohemia. El folclore, los *contrabandistas,* su desenfreno democrático. Ese toque de riesgo que siempre disfrutaste, Soledad.

—No estoy aquí por el folclore, Miguel —le dice en voz baja—. Ni por el riesgo.

—Lo sé —dice con seriedad—. También reconozco que el cruce tiene un papel que desempeñar. La forma en que funciona la sociedad, el elemento creativo que rebosa de ideas e iniciativas extrañas, frente al elemento de acción, que siempre intenta domar al caballo salvaje, domesticar el rayo para la red eléctrica…

“Estás mezclando metáforas.”

—*Claro* —dice, y sonríe, y como siempre, la sonrisa ilumina su rostro como un amanecer, y ella baja la mirada y entrecierra un poco los ojos—. Y se nota que he leído a Hawkley, ¿no? “Pero estos períodos siempre son cortos, Soledad. Tienen que serlo. La *Asamblea Constituyente,* Los jacobinos ceden terreno al Directorio y, finalmente, al poder organizativo de Napoleón. Los mencheviques caen ante Lenin, la cohesionada administración de Lenin. Los idealistas jeffersonianos se ven reducidos a mendigar empleos a los banqueros hamiltonianos. Y en este país, los días de vuestro *cruce* están llegando a su fin.

Un pájaro abogado silba una sola nota pura. Ella vuelve a mirarlo.

¿Qué intentas decir?

No aparta la mirada. Se niega a buscar refugio en el movimiento y permanece inmóvil como el jefe de cadetes de una academia militar católica, que fue en su día.

No puedo darte detalles. Creemos que hay facciones disidentes de los Adornistas… ah, ni siquiera debería contarte tanto. Me arrepentiría si alguien se enterara. No sé exactamente qué va a pasar, ni cuándo.

“Pero te pido, Soledad, que no vuelvas al *cruce de Bamaca.* O si tienes que ir, a recoger tus cosas o a ver a Echeverría, date la vuelta inmediatamente y regresa.”

—¿A ti? —pregunta ella en voz baja.

—No —responde—. No llego tan lejos. —De repente, entra tres pasos en su habitación y luego sale al porche—. Intento que esto no sea algo personal —dice, con la voz endurecida por la irritación—. Lo creas o no, te estoy haciendo un favor. No te pido nada a cambio por lo que tenemos, o tuvimos, juntos.

—Qué lástima —responde ella con voz serena y pausada. Reconoce que es una defensa contra la rabia que surge inesperadamente en su interior: rabia ante su complacencia, ante el estéril afán de orden y previsibilidad que representa, ante el hecho de que solían acostarse juntos y ni una sola vez se planteó renunciar a algo de verdadero valor por ella; ante su conocimiento, además, de que el lugar donde ella buscaba refugio pudiera sufrir algún daño.

Esa ira la vuelve tan vulnerable como una oveja cuando un leopardo encuentra un hueco en la cerca electrificada.

Ella bebe un sorbo de *tafia.* El ron le da algo que hacer a su garganta. La furia disminuye mientras se concentra en tragar. Piensa que va tan rápido porque lo que él acaba de decir sobre su motivación es claramente una falsedad, una

disimulación, y por lo tanto, pone en duda todo lo demás que le dijo.

Incluida su advertencia.

Especialmente su advertencia.

Se da la vuelta y ordena la caja de plumas que hay sobre su cómoda, sintiéndose casi decepcionada por el abandono de la ira, así como por la ausencia de ese pequeño escalofrío que la recorría cuando él hablaba de riesgos.

El resto de la noche transcurre como, imagina, su padre esperaba. La cena no es silenciosa: Francisco está solo con demasiada frecuencia como para dejar pasar una oportunidad de conversación, y Miguel es un conversador tan refinado que incluso ella disfruta escuchando sus historias de escándalos y traiciones en la *Casa Amarilla,* la Asamblea Nacional. Mantel de lino amarillo, vajilla desigual, lámparas de aceite y los miles de millones de insectos cometiendo seppuku[5] en las pantallas. El gruñido lejano de un leopardo. El rasguño de sus discos de Brahms. Filetes de perezoso con sabor a cordero. Las bombas de la mina latiendo cuando la brisa se levanta de ese lado, como un corazón delator, como los golpes del túnel de alcantarillado de Bamaca, cuyo pensamiento deja caer una inesperada

5 El seppuku, harakiri o hara-kiri es el ritual de suicidio japonés por desentrañamiento. Formaba parte del bushidō, el código ético de los samuráis y se realizaba de forma voluntaria para morir. [N. T.]

capa de soledad sobre ella. Los movimientos de su padre se vuelven cada vez más helénicos mientras vacía la botella de Islay Mist que Miguel le compró a seis veces el precio del *cruce.* El placer en sus ojos se hace cada vez más evidente cada vez que se vuelve para mirar a su hija, sentada con recato con un vestido que no se ponía desde que tenía dieciocho años.

En ese momento, siente un impulso, un deseo muy nuevo como un brote de tulipán, de ir al piano y tocarle una pieza de *Desdichado,* concretamente "Amanecer", para ver si reconoce el canto de los pájaros y los ruidos; es la parte de ella que disfruta fingiendo dieciocho años para su padre, se da cuenta, y siempre lo hará, y no hay nada de malo en ello.

Pero también se muestra reticente por la necesidad imperiosa de proteger lo que obtuvo en el concierto: esa confianza, fresca pero aún delicada, que considera un regalo de Jorge Echeverría. De todos modos, la presencia de Miguel (y la culpa que aún siente por aquel breve arrebato de pasión) descarta por completo la posibilidad.

Después de eso, las sombras parecen crecer alrededor de las lámparas de color sepia, apagando su escaso disfrute de la velada.

Poco a poco se convence de que, en el fondo, donde reside la razón de ser de los acontecimientos, la situación en Glen MacRae es errónea, incluso más de lo que había imaginado;

producto del engaño, alimentada por esperanzas mal encauzadas y por el cúmulo de viejos errores. Hasta que ya no puede soportarlo más y, quejándose de una vaga indisposición —el engaño, a su vez, inspira más mentiras—, se levanta, va a su habitación y se sienta en el porche a fumar hasta asegurarse de que la cena ha terminado.

Mucho más tarde, mientras caminaba de puntillas por el salón tras visitar a las hijas de María Gisela, oyó a Brahms y a su padre toser en el porche. Dudó un instante, escuchó atentamente si había alguna conversación y, al no oír nada, salió a reunirse con él.

Él no dice nada. Ella se sienta en una *chaise longue*. Un mono aúlla. La Sinfonía número cuatro se desvanece en silencio en su antigua victrola. Las alas de los murciélagos aletean rápido, invisibles. Este lado de la finca da a un arroyo que se escabulle desde la *selva* bajo la cerca. Las luciérnagas del alto Amazonas parpadean con sus luces azules, rojas, verdes y amarillas mientras danzan entre sí sobre el agua de movimiento lento, creando una pequeña ventana de festividad que él solía llamar “luces de Navidad” en este lugar que nunca ha visto tal fiesta.

Él le sirve el *vino tinto* de la jarra que tiene al lado. La jarra golpea contra la taza.

—Volverás —dice por fin—, naturalmente.

Ella deja que el silencio le acompañe.

“¿Alguna vez oyes…?”

“No, Papi.”

“Me gusta tu pelo corto. Me costó un poco acostumbrarme.”

Más tintineos. Esta vez añade Islay Mist. “El manual de conversación del buscador de oro”, así llama al whisky.

—Ay, ya sé por qué no se quedó conmigo —gruñe finalmente—. Nunca sabré por qué te dejó. Es un lamento tan antiguo que lo usa como si fuera un estribillo en una canción: para enfatizar algo más, para delinear una estructura general. Pero esta vez no lo dejará en paz.

“Te lo pregunto porque eres como ella. Irte es algo que te sale de forma natural.”

Otro viejo lamento, que ella siempre asociaba con su soledad. Solo en momentos como estos, a altas horas de la noche, se permite quejarse.

Pero cuando se va a la cama, alrededor de la medianoche, sintiendo cómo el cabecero de madera limita el movimiento de sus dedos, descubre que su último comentario permanece con ella, meciéndose de un lado a otro en su memoria como si resonara con algo diferente de Glen

MacRae, algo separado de las limitaciones geográficas de la infancia.

Regresa a la *plaza* tres días después. Atraviesa la Puerta de los Esclavos y se encuentra con una docena de canciones de músicos callejeros del mercado, los innumerables argumentos de una pelea de gallos y el resplandor del sol filtrado por el mar, sin ninguna nube salvo una fina mancha negra de un barco al este. Todo la llena como si tuviera tres pulmones más para inflar, y durante un minuto o dos estalla de una alegría pura que recuerda principalmente desde la perspectiva más compartimentada, y por lo tanto más simple, de una niña.

—No me iré de este lugar —susurra para sí misma. Corre, aunque su *ruana* está cargada de mangos de la selva y regalos de las hijas de María Gisela, hasta el puerto pesquero y sube las escaleras hasta su apartamento.

Y se abre la puerta de Cloodine.

Y Cloodine dice con tristeza: “Te estaba esperando”.

Soledad se detiene en el rellano. Su sencillo placer se ve interrumpido de inmediato, y siente resentimiento porque los problemas ajenos se entrometen tan rápidamente en la inusual claridad de su regreso a casa.

El resentimiento se convierte rápidamente en culpa, porque ella está actuando como una turista de la Ciudad

Amurallada. Al fin y al cabo, aunque no tiene ningún vínculo familiar con ellos, abandonó a Cloodine y sus graves problemas para irse a la selva a beber tafia y ver luciérnagas.

Y se fue sin decirle a Jorge adónde iba, y por mucho que ese sea precisamente el tipo de comportamiento del que él es culpable, eso no justifica que ella trate así a alguien a quien quiere profundamente.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando recupera el aliento—. ¿Estás bien? He estado fuera. Hice el trabajo…

Cloodine abre más la puerta. Detrás de ella, en la cocina de la esquina, una olla humea en la estufa. Una trenza de ajo y un chorizo cuelgan de un gancho cercano. Un puño marrón y sucio que sobresale de un rollo de pañales manchados marca al bebé, que duerme sobre una caja. La caja está llena de naranjas. Así que todavía se gana la vida, piensa Soledad, y siente una silenciosa oleada de satisfacción al saber que algo que ella hizo, algo que el cruce hizo, debería seguir dando frutos, literalmente.

Cloodine, chasqueando la lengua con impaciencia, abre la puerta del todo. Y en el nuevo ángulo que se revela, Soledad tiene la fugaz ilusión de estar mirando a través del tiempo, más allá de Cloodine sosteniendo la puerta —preocupada pero alimentada— hasta Cloodine sollozando y hambrienta en el alféizar de la ventana hace casi un mes. El cabello es más largo, sin embargo, y el rostro, lo que alcanza a ver tras

un codo, mucho más joven, y con una frente tan parecida a la de Jorge que no necesita el pañuelo de seda negro, el uniforme *de guaquero* ni el chaleco para refrescar su memoria.

"¡Dolores!"

—La encontré esta mañana —dice Cloodine—. Estaba durmiendo en el pasillo. Le di un poco de *tinto,* pero… —Se encoge de hombros.

Soledad asiente. Deja la *ruana* en el suelo y camina sobre las baldosas frías, impregnadas del olor a pañal y ajo. Dolores tiene la boca entreabierta y emite sonidos parecidos a los de una ardilla. Soledad la sacude y se despierta al instante, encorvándose un poco como para esquivar un golpe. Mira a izquierda y derecha, y luego alza la vista hacia Soledad.

—Oh —susurra—. Tú.

"Estás en el *cuarto equivocado."*

"No estabas. Tu puerta estaba cerrada con llave. ¿Cómo puedes vivir con este olor a pescado?"

Los ojos de Dolores están inyectados en sangre y el olor a alcohol y sudor es intenso. El cuello de su camisa está roto y manchado. Se levanta, apoyándose en el alféizar de la ventana. Soledad la lleva arriba a la cocina. Allí echa agua al fuego, mirando automáticamente hacia la entrada del

burdel, aunque el hombre F2 lleva casi diez días ausente. Piensa en Miguel y encuentra un vestigio de ira al hacerlo. También surge una nueva diversión. Todo parece tan absurdo ahora: el rígido tecnócrata y Doña Serena, y el hecho de que alguna vez ocuparan tanto espacio en su vida que ella literalmente la desmanteló y la tapió para que encajara alrededor del frágil arco de su adulterio.

Dolores se ha desplomado contra la mesita en la misma posición en la que estaba abajo. Soledad le sirve el *tinto.*

“¿Cuándo fue la última vez que comiste?”

La chica se encoge de hombros. Presiona el labio inferior contra la taza de café, metiendo y sacando la lengua como un gato. Ha adelgazado, piensa Soledad, preguntándose vagamente qué drogas estarán usando los *guaqueros.*

“Voy a preparar un poco *de bouillis”*

—No tengo hambre —dice Dolores—. Solo quiero dormir.

—Tienes que comer algo —responde Soledad—, luego podrás dormir. Primero tengo que ir al mercado. ¿Puedes mantenerte despierta?

Dolores no responde.

“¿Dolores?”

Tiene los ojos cerrados. Se oyen de nuevo los sonidos de las ardillas. Soledad la sacude. Una punzada de preocupación se abre en su pecho. La sacude con más fuerza.

"¡Dolores!"

Los ojos de la niña se abren de golpe. De nuevo se encorva, como un perro, piensa Soledad, consciente de cuánto odiaría Jorge esa imagen manida: como el perro *de un campesino.*

—Dolores —dice Soledad—, necesito saber. ¿Qué estabas tomando antes? ¿*Basuko?* ¿Smack? ¿*Perica,* qué?

Dolores sonríe y, al mismo tiempo, cierra los ojos, haciendo que una lágrima ruede por el rabillo de uno de ellos.

—Sí —suspira Soledad.

"Jisi yomo", repite Dolores soñadoramente.

Afuera, el sol comienza a descender tras la furia volcánica del mediodía. Una suave brisa deposita aromas del puerto en sus fosas nasales. El barco que vio antes está mucho más cerca, la columna de humo se disipa ante algo nuevo en alta mar. Tal vez tenga que ver con haber dejado la *selva* y su eterno y limitante perfume, pero aquí todo parece magnificado por la bruma marina, de modo que siente que puede extender la mano y tocar objetos a muchos kilómetros de distancia.

Encuentra el puesto de macumba donde compró su hacha votiva y pide algo para contrarrestar los efectos del jisi. El vendedor abre una navaja y talla un puñado de virutas de un trozo de madera muy ligera y dura. Las virutas son afiladas como el sílex y huelen a lavanda y perro mojado. El hombre le pide que le muestre la mano. «Hierve suficiente para llenar la mitad de la palma», le aconseja.

—Tiene mucho sueño —le dice Soledad—, todavía siente la emoción.

—¿Te acaricia como un gato? —pregunta el hombre. Soledad piensa en Dolores hace cinco días en casa de Jorge, frotándose el brazo sin pausa.

—Ahora no —responde ella.

“Tranquila”, dice el hombre. “Ella estará bien”.

Soledad va al puesto de verduras y, aliviada por lo que le dijo el hombre de Umbanda, compra un kilo de *mucaja,* que es demasiado. Disfruta viendo cómo las pequeñas frutas parecidas a cocos ruedan en el periódico retorcido que le da el vendedor. Compra anís y tapioca y, de camino a casa, se detiene en la tienda de abajo para comprar *sarara.* Los camarones de río están apilados como diminutos ópalos nadadores con antenas junto a un recipiente con peces ovalados que aletean en su propia baba negruzca,

apuñalándose unos a otros con sus enormes espinas dorsales.

Ella solo necesita veinte gramos de *sarara* y Patrice le ofrece un buen precio.

Dolores sigue durmiendo y Soledad no la despierta. Cocina una olla de arroz y otra de tapioca, luego muele la *mucaja* junto con los camarones en un mortero. Los moluscos reducirán la viscosidad de la fruta, permitiendo que la mezcla se convierta en la suave pasta del *bouillis.* Finalmente, agrega anís, arroz y tapioca, y espolvorea canela por encima. El aroma lácteo le recuerda, como probablemente a todos en esta parte del país, a la infancia: a María Gisela, incluso a su madre, animando a Soledad a comer otra cucharada de algo tan dulce, suave y nutritivo que solo una niña podría encontrar razones para no tragarlo.

Ella se cansó de *la bouillis.* Recuerda perfectamente un gesto de su madre cuando Soledad se negaba a comer: le apartaba mechones de pelo de la frente con el dorso de la muñeca. «Ah, *la vie»,* suspiraba, como si los problemas de *la bouillis* fueran una microficha de todo lo que finalmente la llevaría a marcharse. «La vida es tan dura a veces».

Soledad mide las virutas del hombre de Umbanda y las revuelve en una olla con agua hirviendo. La cocina, brevemente, huele a perro mojado y a lavanda. Cuando todo está listo, despierta a Dolores. Tarda más que antes. La niña

parece más aturdida y ensimismada que antes, pero la ventaja de ese estado es que no se molesta en protestar cuando Soledad le da la taza de hierbas hervidas. Y le gusta el *bouillis,* al menos al principio, tomando una docena de cucharadas de la pasta, una tras otra, hasta que de repente deja la cuchara, se sienta derecha y dice: «No voy a volver».

Soledad mastica un bocado de *bouillis.* Tiene mucha hambre. En el autobús y el tren solo comió un par de bolsas de nueces y una sola *butifarra.*

—No voy a volver —repite Dolores, arrastrando un poco las palabras. Se concentra en los ojos de Soledad y luego cierra los suyos.

“¿A casa de tu padre?”

“No.”

“¿Sabe Jorge que estás aquí?”

La chica resopla.

«Ni siquiera se daría cuenta si yo estuviera *allí».* Trazando un diagrama con un dedo en *el bouillis derramado.* «Los *guaqueros»,* explica muy despacio y con claridad, como si Soledad no hablara bien el idioma. «No quiero verlos».

“¿Por qué no?”

“Ya no me gusta Diego. Mi padre dice que solo me gusta la emoción. Es cierto, es emocionante. Se divierten. No son como te imaginas; algunos son rudos, es verdad, pero algunos eran estudiantes de arqueología, simplemente se cansaron de la universidad y de todas las tonterías…”

“¿Pero?”

“Pero, en el fondo, no es tan diferente de los escritores.” El dedo de Dolores deja de dibujar diagramas. “Son solo los juegos que juegan los hombres. Algunos usan máquinas de escribir. Otros usan picos. Otros usan rifles. Yo quiero algo diferente, para mí. Para nosotros.”

Soledad se peina el cabello hacia atrás con los dedos. Piensa: Hay algo en el pequeño discurso de Dolores: tal vez las claras conexiones lógicas, o la forma en que bajó la mirada hacia la mesa hace un momento, o quizás simplemente el hecho de que su dedo dejó de hacer diagramas; en fin, suena ensayado. La manipulación que se está produciendo es tan sólida y tangible para su forma de pensar como lo eran esas pequeñas *mucajas* para sus dedos.

Acaricia con los dedos al pequeño guacamayo que cuelga de su oreja mientras observa a Dolores, que mira fijamente la madera de teca barata. Se pregunta por qué no se siente molesta por esto, como lo estuvo cuando Miguel hizo lo mismo. La técnica es tan similar, aunque los objetivos sean diferentes. Es realmente asombroso que la estupidez de la

situación de la chica —atrapada entre el impulso de huir y la necesidad de ser abrazada por un hombre— no irrite a Soledad, que Dolores se deje atrapar así, y encima por *guaqueros* y drogas.

—¿Tienes *cachaza?* —pregunta Dolores, lanzándole una mirada ardiente de deseo por el ron.

“No creo que lo necesites.”

—No —dice, sacudiendo la cabeza de forma exagerada—. No debería seguir bebiéndolo.

¿Sigues sintiéndote mal?

“Estoy embarazada.”

La expresión de Soledad permanece inmutable. La sensación que tuvo antes en el mercado, de que todo está más cerca y es más tangible, se multiplica una vez más por un factor que desconoce. Siente la placa de hierro clavándose como un cuchillo sin filo en las fibras de sus nalgas; siente los mil kilos de pared de piedra caliza y baldosas de terracota de esta pequeña cocina ejerciendo su peso sobre el fondo de su estómago.

—¿Te lo vas a quedar? —pregunta finalmente.

Dolores mira hacia el mar.

—Ya sé todo —dice por fin. Su piel parece transparente bajo la luz cambiante del atardecer—. Cómo deseas algo que sea verdaderamente tuyo. Algo que te devuelva, sin condiciones, el amor que le das. Qué egoísta es eso, cuando es tan jodidamente difícil, incluso aquí, criar a un hijo sola. —Vuelve a mirar a Soledad—. Pero la obligación que tengo con esto que llevo dentro es mayor que esos problemas. Y sí quiero algo de Diego. Él quiere que lo tenga. No sé qué hacer.

Soledad se aclara la garganta. Coge la jarra *de vino tinto,* pero está vacía. Abre la lata de café.

"Puedes tomar tu propia decisión. Hay quienes practican abortos en *el cruce…"*

"No me digas lo que ya sé. No vine aquí para eso."

"¿Por qué *viniste* aquí, Dolores?"

"No estoy segura. Obviamente no me quieres. Necesito…"

Un ruido sordo atraviesa la *plaza, un sonido de bolas de petanca* gigantes sobre mármol, de trueno retorcido sobre sí mismo, de un diésel del tamaño de Mato Grosso que cobra vida.

La casa tiembla violentamente. Las palomas del tejado, sobresaltadas, pasan velozmente junto a la ventana. El café en la cuchara de Soledad se derrama sobre el suelo de baldosas.

El temblor cesa. El sonido desaparece por completo, como si nunca hubiera existido, una posibilidad que Soledad considera por un instante y luego descarta. Por segunda vez en su vida, no se oye ningún otro sonido en la *plaza.* Ni voces, ni perros, ni música que suba desde distintas direcciones.

Terremoto, piensa ella.

Deja la cuchara y mira por la ventana, pero la vista de los tejados naranjas y la ropa tendida que se extiende hasta la Ciudad de los Barcos sigue igual. Las palomas regresan a posarse.

Se dirige a su habitación. La ventana está abierta. Enmarcada por sus ángulos rectos, una densa humareda negra se alza sobre Ensevli en dirección al basurero. Mientras observa, la humareda se abre en dedos que, aprovechando una ráfaga de viento, se elevan hacia el hedor más sutil del volcán. Por un instante, Soledad cree ver llamas que se elevan como un friso escarlata a lo largo del horizonte de la carretera destrozada y el basurero; pero no puede ser fuego extendiéndose a lo largo de un frente tan amplio, sino solo un atisbo del atardecer que se acerca, una ilusión óptica.

Los perros ladran. Un hombre grita. En el ángulo del puerto pesquero visible desde esta ventana, la gente empieza a correr en dirección al humo. Un mototaxi arranca en la misma dirección. Un hombre y una mujer señalan el

vertedero desde un tejado cercano. Las voces se multiplican debajo de ella, elevándose en un ritmo de interrogatorio.

“No está mal”, murmura para sí misma.

A su lado, Dolores ríe. Tiene una risa bonita, como escalas tocadas en una marimba.

“Eso no fue un terremoto”, dice. “Sonó como PETN”.

“¿Cómo qué?”

Soledad mira fijamente a la niña. Dolores parece de repente cinco años más joven.

Sus ojos reflejan la luz. La emoción ha tensado los músculos de su rostro.

“PETN. Es una dinamita que usan los *guaqueros,* y… ¿escuchas eso?”

El cruce agitado. Pequeñas explosiones, solo que más continuas y sincronizadas que la primera. Disparos aislados. Un estruendo de fuego automático. Las palomas se elevan una vez más en el aire.

—Carabinas FN —dice Dolores con satisfacción. Sus manos, observa Soledad, están cruzadas sobre su vientre como para proteger el huevo recién gestado en su interior.

Soledad se encuentra absorta por la urgencia de este espectáculo, atrapada en la tensión de la incertidumbre, a pesar de la creciente sensación de pesadez en el fondo de su propio abdomen.

Observa junto a Dolores durante veinte minutos más, inclinada sobre el alféizar de la pequeña ventana, con el muslo y el hombro apoyados amistosamente contra el muslo y el hombro de la chica que está a su lado.

Los disparos cesan al cabo de apenas un par de minutos.

El humo se vuelve más denso.

A ojos de Soledad, los rostros que pasaban por la calle de abajo no tenían el habitual tono bronceado de los rasgos típicos de los *cruces,* sino que eran pálidos, como si lo que estaba sucediendo hubiera hecho que sus blancos huesos del cráneo se acercaran a la superficie.

Entonces Dolores se inclina hacia adelante, saludando con la mano a una figura en la Corniche, un chico con el cinturón negro para el teléfono móvil de un *crucista,* cuya otra característica destacable es que camina en una dirección diferente, *alejándose* de Ensevli.

—¡Toni! —grita, lo suficientemente fuerte como para lastimar los oídos de Soledad.

El chico se detiene y mira a su alrededor hasta que localiza a Dolores, que ahora se asoma peligrosamente por la ventana, por lo que Soledad la agarra de la camisa por si acaso resbala.

“¿Qué estás haciendo? ¿Qué está pasando?”

—El túnel de alcantarillado —responde el chico—. El que estaba cavando el gobierno, detrás de Ensevli. Los *guaqueros* lo volaron.

—*¡Joder!* —responde Dolores, impresionada, como si esa fuera toda la explicación que necesitaba.

“¿Pero por qué lo volaron por los aires?”, pregunta Soledad.

“No era una alcantarilla”, dice Toni. “Estaba a ciento veinte metros de la frontera *de Cruce,* y estaba lleno de F2, equipos de escucha y soldados.

“Pero no estoy aquí por la alcantarilla”, continúa. “¡Estoy aquí por *eso*!

Señala hacia el puerto, luego se da la vuelta y desaparece tras el burdel.

Soledad, asomándose casi tanto como Dolores para ver el puerto, se da cuenta de que el barco que vio antes ha cruzado el canal. Ahora navega muy despacio en semicírculo

en Bahía de las Ánimas, justo después del rompeolas del puerto pesquero.

Con la distancia, la embarcación ha perdido el aspecto pulido que el mar le confería y ahora luce tan dura y detallada como todo lo que la rodea. En ese nuevo nivel de detalle se percibe que no se trata de un barco, o mejor dicho, no es un simple *batiman,* sino de un buque de guerra, quizás una fragata, con una proa afilada y un casco largo y bajo repleto de lanzamisiles, cañones y la intrincada red de radares de ataque que gira lentamente.

Todo en el barco es uniformemente gris. Sobre la superficie tranquila de la bahía, que ahora adquiere el color del magma con la puesta de sol, parece un subproducto sonoro y turbio de la fundición.

La fragata se detiene suavemente. Se oye el estruendo de las cadenas, una réplica en miniatura de la explosión anterior. Ambas anclas caen, creando ondas anaranjadas que llegan hasta el puerto pesquero y hacen que las pequeñas embarcaciones se balanceen brevemente.

Soledad regresa a la habitación y se sienta en su cama. Escucha palabras en su cabeza, la voz de Miguel. *Los días del cruce están llegando a su fin,* repite. *No puedo contarte los detalles.*

Sin motivo aparente, sigue viendo el horizonte de Ensevli tal como lo imaginó antes, ardiendo a lo largo de toda su extensión; y bajo las llamas, todas las extrañas apariciones que con el tiempo los acecharán: caballeros con armadura negra que escriben con plumas de fuego rojo. Tanques oscuros gigantes que flotan en el aire. Una niebla que se convierte, tan rápidamente, en cemento de huesos.

Dolores la mira.

—Bueno —dice—, el espectáculo ha terminado, ¿no? Mejor me voy.

Soledad le devuelve la mirada. El "sí" le recuerda a Jorge. Siente un vacío en el estómago al darse cuenta de cuánto lo extraña; extraña aún más la época anterior al concierto, hace menos de un mes, cuando su vida era tan simple como enamorarse, hacer música y ayudar a alguien que necesitaba comida.

—Por favor —dice finalmente—. Por favor, no te vayas. Quiero que te quedes.

Los ojos de Dolores permanecen fijos en los de ella por un instante.

Entonces ella asiente, como si fuera lo más natural del mundo. Soledad piensa ingenuamente que Dolores, arrullada por la resaca del jisi, se dormirá ahora sin protestar,

como un gato que se adormece en su sitio habitual junto a la estufa.

En cambio, es Soledad, adormecida por el viaje y por la constante necesidad de evitar pensar, quien se recuesta en la cama y cierra los ojos.

Su última percepción consciente es la silueta negra de esta chica, con un muslo encajado en el alféizar de piedra de la ventana, el fuego moribundo del día formando un hogar en su pómulo mientras mira fijamente las luces que parpadean como luciérnagas de la selva alrededor del túnel que los *guaqueros* volaron.

Capítulo X

Y la forma surgió de una negrura aterciopelada, la figura tan humana en la manera en que se plegaba hacia lo que le concernía, hacia el cuadrado en el que la gente enmarcaba las opiniones que podía controlar.

Pero la plaza era plana, uniforme, con una iluminación homogénea, algo que una ventana no podía ser.

Y el espectador no era Dolores, sino un hombre, gordo y de rostro amarillento, inclinado hacia una serie de pequeñas pantallas colgadas del techo.

En la mayoría de esas pantallas, captadas desde una perspectiva cenital, una mujer yacía acurrucada entre las sábanas, con sus cortos rizos negros resaltando contra la almohada y la boca apretada contra el contorno de sus pómulos. Rígida y silenciosa, con la mirada fija en las pantallas delgadas, así como en la lente de una cámara

cenital que la observaba fijamente, con su luz roja encendida, completando el círculo electrónico.

Y así, Soledad despertó, de la manera más propia del siglo XXI, viéndose a sí misma observarse a sí misma despertar.

Le estaban sosteniendo la mano, y ese consuelo era como un puente táctil que la llevaba de vuelta al mundo de los sueños, de Glen MacRae, de Dolores y de la Bahía de las Ánimas.

Pero quienquiera que le tomara la mano permanecía a un lado, cerca pero fuera de su campo de visión, y esto era diferente de Dolores, que había estado sentada a dos metros de distancia, en el alféizar de la ventana, a los pies de su cama, en su piso con vistas al puerto pesquero de Bamaca.

Ante esta traición a sus sueños, ante la intrusión de un mundo que no deseaba habitar en el mundo al que huía mientras dormía, Soledad apartó bruscamente la mano de la persona que tenía al lado. Se giró de lado, usando los músculos lumbares que se había lesionado la mañana del ataque, lo que dificultó aún más distinguir entre el presente y el pasado.

La escena a su derecha no dejaba lugar a dudas, salvo, quizás, por los recuerdos de la primera vez que se había despertado en esa habitación, con esos hombres.

Stix se apoyó en el borde de hormigón de la cama de agua, con la mano aún en la incómoda posición en la que había sujetado la de ella. La sala de control, tras la ventana más cercana, estaba a oscuras. En la ventana contigua, apenas una tenue luz difusa se filtraba, delineando de gris las alas del ave gigante contra la negrura de la sala principal de la fábrica.

Stix llevaba una gorra con la visera bajada. La observaba a través de la parte inferior transparente, pero levantaba la vista repetidamente hacia lo que se veía en la mitad plateada.

"Bom journée?" —dijo una voz suavemente. La voz provenía de una pantalla junto a la que la mostraba en la cama, donde un pequeño rostro moreno estaba a contraluz contra radios y ventanas redondas. Un hocico brillante asomaba repetidamente por el borde inferior del marco, intentando llamar la atención del niño afroperuano.

—Y así, todo se aclara un poco —dijo el lisiado—. Pregúntale por la armadura.

"Apenas está despierta", dijo Stix. "Dale un segundo, Zatt".

Soledad volvió a mirar a Stix. Recordó el regalo que Dolores le había dado semanas después de mudarse al puerto pesquero, un día en que Soledad había extrañado mucho a Jorge. Era una caja de caoba llena de piezas de conchas de

cauri para magia, compradas a uno de los vendedores del Mercado de Esclavos. No era gran cosa, pero el gesto de amabilidad, al permitirle dejar entrar emociones externas, había liberado las que mantenía encerradas en su interior: era como si las defensas fueran las mismas sin importar hacia dónde se dirigieran, y cuando caían, el monstruo del dolor podía salir de su mazmorra interior como una bestia de película y hacer lo que quisiera con ella. Ahora, incluso la leve generosidad implícita en las palabras de Stix tenía el mismo efecto. Cerró los ojos ante la agudeza de las palabras, sintiendo cómo su abdomen se tensaba y se abría en su mente para exponer las fisuras, la gran ausencia en su interior: la añoranza de los colores y olores de su ciudad y el sabor envolvente de la gente con la que había vivido. Sus párpados ardían por el agua caliente que los presionaba.

La mano de Stix volvió a encontrar la suya. Ella no respondió ni se apartó. Un motor eléctrico zumbaba repetidamente. Reconoció que provenía de la silla de ruedas de Zatt. Se preguntó si esos hombres planeaban tranquilizarla con similitudes —pues esta escena era casi idéntica a la última vez que había despertado allí— y así minar sus defensas en otras direcciones. Zatt era claramente demasiado inteligente como para no haber hecho la conexión. Una voz proveniente de un altavoz detrás de la cama dijo: «Todo esto está en Theta, que se encuentra en los circuitos de mediano plazo. Si pasan más de tres minutos, perderán la noción de ti».

Stix suspiró con exasperación.

—Soledad —comenzó Zatt. Pronunció su nombre correctamente. Su voz era suave como el roce de una víbora en una nube—. ¿Puedes contarnos ahora sobre los tanques flotantes? Y sobre los 'remolcadores'… exactamente dónde los viste. Es… —Su voz se quebró en la última sílaba. Podría demostrar algo…

Volvió a abrir los ojos. Se incorporó con dificultad. El dolor de espalda ya no era un gran problema, pero le costaba mucho empujar contra la blandura del colchón de agua. La sensación de vacío fue reemplazada por una sensación de vergüenza, al darse cuenta de que, una vez más, había sido observada en el rincón más íntimo del sueño por hombres que no la conocían, que la filmaron y le tomaron la mano mientras hablaba con Miguel y recordaba excitación, rechazo e incluso mayores vulnerabilidades. El calor de la vergüenza se convirtió en ira. Luego cambió de intensidad al surgir otros recuerdos, que la vinculaban con las palabras que Zatt había pronunciado: «tanques flotantes» y «remolcadores», palabras que solo había *recordado* al ver la explosión con Dolores. Alguien había mencionado, recientemente, que hablaba dormida; esto la había impactado, porque creía que ya no hablaba en absoluto.

Ahora estaba sorprendida, no por haber dicho algo, sino por haber hablado con tanto detalle. Había soñado con otras

cosas insignificantes; agitó una mano con irritación, buscando a su alrededor un lápiz, papel, cualquier cosa.

"Denle un teclado", dijo Zatt. "Ella quiere escribir".

—Oh, *ahora* está muda —comentó la voz con sarcasmo.

Stix se desabrochó el cinturón y colocó el libro electrónico adjunto en el borde de concreto del lecho de agua. Abrió la tapa del teclado y pulsó una tecla dos veces.

Se giró aún más para escribir. He hablado en sueños. Luego giró la pantalla para que quedara frente a los hombres.

—Eso sí que lo tienes —asintió Zatt, mirando la pantalla.

Stix pulsó otra secuencia de teclas. Sobre Soledad, las pantallas de vídeo que mostraban su imagen temblaron, se pusieron negras y luego volvieron a aparecer en la misma escena de antes, excepto que la mujer en el encuadre ya no estaba sentada junto a un libro de música. Ahora yacía de lado sobre el colchón. Su mano derecha tiraba de las sábanas en ondas hacia su estómago. Sacudió la cabeza y murmuró algo, luego dijo claramente: *"Pas les cabalkws, portant la cuirasse! Leurs yeux connue des porteplumes en juego écarlate, oh le brouillard se moût en ciment d'os"* —hablando en lanc–patua, la lengua franca de Bamaca, el dialecto de su región, su *cruce,* el francés de los buscadores de oro guyaneses, generosamente mezclado con español de los inmigrantes afroperuanos, y portugués de los brasileños del

sur, e incluso algunas palabras hebreas de los sacerdotes locales de la Umbanda.

«Todavía no los caballeros, los que llevan armadura». Era el chico de la pantalla paralela, traduciendo. «Sus ojos que son como plumas de fuego rojo, la niebla que, que se transforma en cemento óseo».

Es donde entra en juego el Farnsworth", dijo Zatt. "Simplemente no utilizaron lombrices nocturnas en Bamaca".

Stix posó suavemente su mano sobre el hombro de Soledad. Ella se apartó y bajó la mirada, entristecida de repente por su propio rechazo a semejante gesto de amabilidad. Estaba sentada sobre algo húmedo y por un momento pensó: «Oh, no, por fin me ha bajado la regla, y encima de todo esto estoy sangrando para que estos hombres me miren y me filmen, ¿qué clase de voyeurs son?». Pero estaba sentada sobre su almohada, la humedad estaba en su almohada, que descansaba a medias bajo su muslo derecho, manchada de índigo en parches donde debían de haber corrido las lágrimas mientras dormía.

—Podrían ser solo sueños, ¿a alguien más se le ocurrió? —comentó Stix, usando la mano con la que había estado consolando a Soledad para recoger un rollo de camarones vietnamita a medio comer—. Nada más.

—O podría ser una advertencia para nosotros —respondió la voz. Su tono era lo suficientemente parecido al de Stix como para que ella lo reconociera como el de Will—. Alguien le dijo que dijera eso, de la misma manera…

—No me lo creo —respondió Stix, y Will dijo: —Claro que no, colega. Lo dijo entre exasperación y cariño, casi burlándose—. Eres un pésimo narrador y la tipa está en apuros y, además, es *muy linda.*

El lisiado extendió la mano hacia atrás, sacó una ventosa de su gancho en la parte posterior de la silla de ruedas y se la colocó sobre la cabeza. Ya estaba tecleando órdenes en el teclado de su reposabrazos derecho, tarareando suavemente mientras bajaba la visera. Tonos amarillos y azules claros jugaban en sus pómulos cuando la pantalla bajó. La música fluía ahora suavemente de los altavoces junto a la cama de agua: *Vallenatos,* no Bamaca *Vallenatos,* sino hacia el sur a lo largo de la costa, algo que estos hombres habían traído como banda sonora para observarla. Probablemente estaba destinado a agudizar su memoria onírica. Debería haberla irritado de nuevo; en cambio, tuvo la reacción opuesta, acogiendo con agrado el familiar ritmo de 6/8 como si se hubiera encontrado inesperadamente con alguien de su tierra en la esquina.

El tarareo de Zatt cesó. Con una voz que se mantenía un nivel más allá de la participación, casi meditativa, dijo: «Philo Farnsworth pasó siete años recluido a principios de los

cincuenta, después de inventar la televisión, trabajando en la partícula P–272 y el modelo de entrelazamiento de fase de Bell–Everett. Estaba seguro de que la P–272 era en realidad mitad onda, mitad otra cosa, y eso significaba… bueno, lo importante es que sus notas demostraban que se podía medir en los tanques de captura de aceite de deuterio de Berkeley. Y tiene que estar presente para que se vea afectada por otros horizontes de sucesos».

—Veamos el futuro —murmuró Stix, con la boca llena de rollo de camarones—. ¿Por qué no dices lo que piensas?

—No necesariamente —respondió Zatt—. Lo que hace la partícula, una vez que la función de onda se rompe, es conectar estructuras narrativas a nivel subpartícula. Así que, si realmente sintonizó con un Farnsworth, entonces el número de horizontes de eventos posibles es casi infinito. Pero algunos son mucho más probables que otros, ¿sabes? Y algunas personas son increíblemente sensibles a eso, algo relacionado con los iones de calcio y las áreas de navegación, el hipocampo…

Soledad lo miró y se estremeció. Aunque se había acostado completamente vestida, la habitación estaba húmeda. Había algo frío y desagradable en la jerga de esos hombres que no conocía. La distancia era palpable incluso entre ellos, y hacía aún más evidente el abismo que separaba a Soledad de la fría abstracción de sus preocupaciones: el voyeurismo descarado, el uso cínico de su música más sagrada para

evocar más sueños, las demás preocupaciones frías de ese grupo.

Mientras que sus propias preocupaciones tenían que ver con la pérdida de calor y los ciclos cálidos de los que hombres como estos nunca podrían ser conscientes.

El vacío que sentía parecía más amplio y profundo de lo normal. La humedad en la almohada era de lágrimas, no de sangre menstrual. Ahora estaba segura de que su menstruación se había retrasado mucho.

Había comprado tampones en Guadalajara cuando esperaba que llegaran. Y la última vez que estuvo en Guadalajara, buscando un *coyote* que la ayudara a cruzar la frontera, fue hace trece días.

Sin embargo, la preocupación por el embarazo era una ansiedad familiar, algo con lo que había convivido desde Jorge y Miguel, la universidad y Jean–Philippe. Era una preocupación cálida e inocua, tan bienvenida, a su manera, como el *vallenato.* Nada que ver con el miedo; no, ya no era miedo, era más bien pánico que brotaba como brillantes langostas de aluminio en su tercer espacio. Y ella sabía…

Y ella no sabía nada, porque el borde de hormigón de la cama de agua temblaba bajo sus nalgas. Porque un ruido enorme, como el de gigantescas bolas *de petanca* sobre

mármol, como el de un monstruoso motor diésel al arrancar, retumbó una vez y luego se quedó en silencio.

El *vallenato* continuó durante unos segundos, luego se detuvo.

Stix se subió la mascarilla y luego se la quitó del todo. Miró a través de las dos ventanas a su enorme pájaro, que se balanceaba grisáceo bajo las vigas de acero. A pesar de su pánico, Soledad reconoció en su reflejo una acción clave, algo que revelaba mucho más sobre este hombre de lo que él mismo sabía: que en momentos como este debía optar por simplificar los niveles de abstracción; reducir sus percepciones a la sensación y la vista.

En esos momentos, ella no podía dedicar su energía a lo visual, sino solo a escuchar. Porque su nivel más profundo de comprensión y alerta temprana residía en sus oídos.

En el *cruce* del norte ya no se oía ningún sonido, y el silencio duró mucho más que en Bamaca, en el sueño que acababa de abandonar.

Y entonces se oyó un zumbido. Suave al principio, fue creciendo desde la enorme habitación contigua: tres o cuatro tonos electrónicos y discretos que aumentaban de tono y volumen.

Ella echó un vistazo a su derecha, a través de la primera ventana, hacia la gran sala de control.

Desde ese ángulo podía ver un tercio de la habitación. Tres de las gigantescas terminales de ordenador pintadas de gris que había visto antes —mastodontes cibernéticos desconectados de la red y almacenados, tan arcaicos que probablemente se habían utilizado por última vez para fabricar torpedos para la crisis de Taiwán en los primeros años del siglo— estaban situadas en puntos estratégicos cerca de las ventanas que daban a la planta de la fábrica.

Mientras observaba, una de las antiguas pantallas parpadeó. Luego una segunda, y una tercera. Los parpadeos coincidieron en el tiempo y el espacio, la transmisión era claramente la misma para todas. Bajo el polvo que cubría las pantallas, emergió un patrón que vibró y se estabilizó.

Un paisaje. Edificios en ruinas, con sus vigas destrozadas que parecen fracturas compuestas. El cuerpo de una mujer, plegado como basura olvidada sobre los escombros. Humo o niebla, que se enrosca densamente alrededor de las ruinas. Un hombre se tambaleaba en primer plano, a la izquierda, con las piernas temblorosas, ya fuera por fatiga o por algún obstáculo invisible que Soledad no podía discernir.

No se oía nada más que un zumbido, o quizás el grueso cristal le impedía oír las frecuencias más altas.

La voz de Will de nuevo. Su rostro ahora brillaba en una de las pantallas de vídeo sobre la cama. Sus facciones se tensaron al hablar de conceptos que ya no eran

especulaciones ni sueños: barreras, puestos de observación, posiciones de repliegue. Dos escuadrones de Navegantes al Muro de Chevettes. Stix miró fijamente la imagen de su hermano, con los restos de un rollo de camarones olvidados en una mano. Zatt observaba el paisaje de devastación que se desplegaba en las antiguas terminales. «Interesante», dijo en voz baja, «debe haber todavía enlaces descendentes de ARPA en esas máquinas».

Soledad apartó la mirada. Sabía lo que se avecinaba en esa película y no quería saber nada de ello. Deseaba poder evitar el otro conocimiento que ahora la invadía como una ola gigante que arrasa un castillo de arena infantil, pero era demasiado grande y profundo. Ya había inundado las grandes grietas de la ausencia en su interior, helándole las entrañas con la certeza de la fatalidad, no, más: con la certeza de la misma fatalidad, porque aquello parecía una repetición de lo que ya había vivido en Bamaca, aquella primera incursión casual en las defensas *del cruce.* Y el horror helado que la invadía ahora no provenía de los hechos de la incursión —había sido tentativa, después de todo, y fácilmente rechazada— sino del seguimiento logarítmicamente riguroso, del proceso que debía conducir inexorablemente al siguiente paso, y de las artimañas tácticas, y de la abrumadora ferocidad de aquel asalto final con sus garras y sed de fuego.

Convulsivamente, se apretó el jambook[6] contra el pecho. Las palabras revoloteaban en su cabeza; había tenido pensamientos similares recientemente, pero ni de lejos tan específicos, y no eran citas textuales: *«Una encuesta de respuestas a escenas cuidadosamente seleccionadas de* Hogan's Heroes, Pain in the Afternoon, The Young and the Restless[7], *muestra un factor de correlación positivo de 1,778 para el público estadounidense (más del triple del nivel criollo). Existe una correlación entre esas escenas televisivas, niveles de adrenalina (ajustados por peso, etc., véase Field, O'Hearn, 2002) de 0,40 o superiores, e imágenes del útero, la madre controladora del matriarcado estadounidense. Esto, por supuesto, es una cesión natural, aunque regresiva, del control a la primera figura de poder…».*

No tenía ni idea de por qué su reacción al estrés implicaba invocar a Fernsehen al detalle. Sin embargo, sí comprendía las asociaciones que hacían sus lóbulos frontales y escribió en el libro BON ATACA A TRAVÉS DE TÚNELES. Tuvo que tirar de la bufanda de Stix para apartar su atención del rostro de su hermano; curiosamente, cuando bajó la mirada y leyó sus palabras, sonrió.

---

6 Jam Book ayuda a los músicos a capturar, dar forma y revisar ideas musicales sin perder la inspiración. Crea canciones sección por sección, añade acordes y letras, graba ideas de audio preliminares y reorganiza las secciones para explorar diferentes estructuras. [N. T.]

7 Los héroes de Hogan, Dolor por la tarde, Los jóvenes y los inquietos. [N. T.]

“Ya hemos pasado por esto.”

Apuntó con furia la palabra ATAQUES con el dedo.

“Sí, es una redada; ¿y qué? Ya han hecho redadas antes.”

—Te equivocas. Es una prueba beta. —La voz de Will se hizo más fuerte ahora. Ella y Stix se giraron hacia la pantalla que mostraba su rostro—. Pero aunque solo sea un entretenimiento, Stix, este no es lugar para ti, para la gente que empezó esto…

—Tú eres uno de ellos —observó Stix en voz baja.

“Pero puedo con ello.” En la pantalla, Will se movió y sus ojos parecieron brillar mientras las sombras a su alrededor se atenuaban. “Siempre pude con ello. Pero necesitas espacio, hombre, necesitas *seguridad* para hacer lo tuyo.”

—¿Estás diciendo que debería retirarme? —La voz de Stix era baja, pero también sonaba más fuerte, llena de energía—. ¿Quieres que huya, como la última vez? ¿Para que vuelvas a cargar con todo? ¿Para que vuelvas a ser el héroe?

—No tiene nada que ver con eso. Will miró fuera de cámara, hacia la izquierda, y dijo algo sobre una detonación. Cuando volvió a mirar, dijo: —Solo quiero que estés a salvo, muchacho. Sabes que eso es todo lo que quiero. Tengo que cortar —le dijo a la cámara.

—Will —dijo Stix con urgencia—. Espera. ¿Qué fue eso…?

La pantalla se llenó de nieve.

—Maldita sea —murmuró Stix. Caminó hacia el cristal, observando las terminales arcaicas, de donde salía humo de las ruinas cenicientas. —Déjalo —dijo Zatt—, es solo Will, no hay tiempo. Su silla de ruedas crujió al retroceder y girar, sin dejar de mirar lo que se reproducía en la parte superior de su pantalla de succión facial. —Estaré en la grúa.

Stix se ajustó la bufanda y la pajarita. Se quitó la piruleta, la dobló y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se peinó, observando su reflejo en la ventana. Luego se giró para mirar a Soledad, que estaba sentada con las piernas colgando del borde de la cama de agua. Parecía enfadado, pensó Soledad, y en el mismo instante en que le vino ese pensamiento, entrecerró los ojos y la ira se desvaneció de sus labios y arrugas como agua que se derrama de un toldo caído. Sonrió, no ampliamente, pero era una sonrisa al fin y al cabo.

—Tú —dijo—. Tú eres el que tiene que irse de aquí.

***

Veinticuatro horas después, Soledad tendría dificultades para comprender por qué había seguido a Stix una vez más cuando él se lo ordenó. Las primeras veces no había tenido otra opción: estaba enferma, agotada por la alarma y la huida y era totalmente dependiente de esos desconocidos.

Apenas sabía dónde estaba y no tenía otra alternativa que considerar.

Esta mañana, sin embargo, se sintió descansada por primera vez en semanas. Además, sabía dónde estaba; más aún, se encontraba en una situación similar a una que ya había vivido, y cuyos parámetros y cláusulas de escape le resultaban familiares, aunque originalmente se hubieran aplicado en un lugar muy distinto a este.

El problema era que el escenario, como una locomotora que arrastra una secuencia interminable de vagones refrigerados, traía consigo, como su pesado legado psíquico, una certeza de maldad latente.

Y ese conocimiento gélido ahora llenaba todo el espacio disponible en su interior, paralizando sutil y precisamente los chakras[8] de la voluntad individual. De modo que ahora solo era capaz de dos cosas: permanecer inmóvil, tanto física como mentalmente, y esperar a que el ataque familiar se desarrollara en el campo de batalla vertical que sabía, sin saber cómo lo sabía, que debía ser el principal vector de ataque en ese nodo; o bien, seguir los planes y la historia de otra persona.

---

8 Los chakras son unos centros energéticos, en forma de remolinos, situados en el cuerpo sutil del ser humano, cuya función es la recepción, la acumulación, la transformación y la distribución de la energía. [N. T.]

La decisión no fue una decisión; no con un camino bloqueado y frío como la piedra.

Se deslizó fuera de la cama y siguió a Zatt mientras este giraba y desaparecía por la sala de control, consciente en ese momento solo de la gran soledad de permanecer donde estaba y del relativo consuelo de ir a algún lugar, incluso hacia un peligro creciente, con compañía.

Esta vez Stix no usó la bicicleta araña. Una vez fuera de la fábrica, la condujo por una calle ancha, luego giró a la izquierda, entre dos enormes almacenes con sus balcones, patios y talleres abarrotados. La planta baja de este callejón estaba llena de tiendas improvisadas que albergaban sillas y escritorios del gobierno y cientos de artículos de comunicación para el consumidor. Hombres y mujeres se movían rápidamente alrededor de hornillos de camping, mirando pantallas de vídeo. En todos los casos, sus cabezas y cuerpos estaban adornados con aparatos electrónicos, tanto de la época de Eve como de la muerte: auriculares, dispositivos de succión, teléfonos móviles, cargadores, buscapersonas, circuitos cifrados, radios militares, bobinas de cable coaxial B–Net robado. Y el callejón estaba lleno del silbido de la estática, de mil *telenovelas Flash diferentes,* programas de cocina, incluso interactivos en 3D, todos funcionando a la vez. «Teedees», explicó Stix, «síndrome teledisfuncional», que ella ya conocía. «Lo prefieren afuera, hay mejor recepción».

El callejón TeeDee terminaba en una especie de cobertizo alargado, junto a un muro de hormigón. El cobertizo estaba lleno de tanques hidropónicos, cabinas de cifrado y bancos que vendían lo que parecían aparatos de dudosa procedencia. Un gesto que rozaba la nostalgia la recordó, a Haddad, y cómo sus sentimientos hacia el técnico habían cambiado en las últimas semanas de la *crisis.* En fin, su opinión sobre todos había cambiado; habría dado todas las riquezas ilegales de este callejón y el nido que había encima por volver a ver a Haddad, con todas sus oscuras obsesiones, si tan solo pudiera recuperar la *tregua* en la que vivía.

Entre los bancos y los tanques de agua, se habían instalado pantallas improvisadas, fáciles de detectar por la multitud de personas que las rodeaban, como polillas humanas alrededor de una llama digital. El primer panel (un rectángulo irregular revestido con miles de lentejuelas pegadas) mostraba un típico holovídeo en miniatura acompañado de efectos de sonido exagerados, del tipo con los que a la gente de este nodo le encantaba experimentar. Un segundo panel comenzó con el mismo estilo; entonces, el cuarteto de bailarines, todos inmersos en una especie de zapateo pos–Béjart[9], se estremecieron y desaparecieron.

---

9 Maurice Béjart fue un coreógrafo francés y fundador del Ballet Béjart Lausanne, una compañía de danza con sede en Lausana, Suiza. Béjart es conocido por su enfoque innovador que a menudo incorpora música ecléctica, elementos de teatro, mimo y otras artes escénicas. [N. T.]

En su lugar apareció un rostro enorme con pómulos prominentes y una boca ancha y sonriente, cuyas comisuras se curvaban hacia las mejillas de la mujer. Sus ojos eran del color de los mares del norte. Era un rostro a la vez familiar e indescriptiblemente ajeno a Soledad por sus connotaciones. Los ojos se movieron, la boca se movió y la voz de la visión resonó por los altavoces ocultos alrededor del túnel.

«Es una *tontería* reaccionar así», anunció con voz entrecortada por los sonidos vocálicos propios de un país atravesado por el Dniéper. «Los agentes de la ley de Oakland simplemente están investigando a traficantes, adictos a las drogas ilegales y a piratas de husos en los campamentos de okupas en partes de la base naval de Oakland, anteriormente alquilada por la Agencia Marítima Nacional China». Estaba leyendo un guion.

“Estos agentes son expertos en capacitación en sensibilidad y utilizarán únicamente tácticas no violentas y armas para arrestar a varios capos y cabecillas de esta red de narcotráfico. No hay motivo de alarma.”

Soledad sintió que le tiraban de la mano. Se había detenido en seco junto a la pantalla.

—Larissa Love —gruñó Stix. Sonreía, aunque no del todo con alegría—. Era una estrella de la realidad virtual. Son tácticas habituales de la Oficina de Nacionalizaciones. —

Miró a Soledad—. Sabes, nunca me había dado cuenta, pero ustedes dos se parecen un poco.

"Los ocupantes ilegales legítimos deberían quedarse en casa y ver los canales 87 y 112 de B–Net, que actualmente emiten repeticiones de *Pain in the Afternoon"* [Dolor por la tarde], continuó la actriz, inclinando la cabeza de forma seductora.

—Vamos —dijo Stix, y se alejó cojeando, rodeando una hilera de pantallas con globos encadenados que mostraban mapas del lóbulo parietal izquierdo.

Pero está muerta, quería decir Soledad. La noticia del asesinato de Lara Love había llegado incluso hasta Bamaca, al sur, pues muchos veían las versiones dobladas de *Dolor en la Tarde,* transmitidas por televisión desde la capital. Y el hecho de esa discrepancia —el repentino resurgimiento de una leyenda de cuya existencia nunca había estado segura— le pareció tan triste como cualquiera de las tragedias que había presenciado involuntariamente durante el último mes de su vida.

Sin embargo, Stix ya se había alejado veinte pasos. Soledad dejó de lado su asombro y se concentró en alcanzarlo.

Cruzaron un pequeño mercado desierto y un huerto orgánico donde las figuras ataviadas con túnicas de los

Ludd–Kaczynski[10] se apresuraban en una cosecha apresurada. Un equipo de Navegantes trotaba en dirección contraria, observando las lecturas de diminutas computadoras de navegación. Un grupo de Hoffaistas les pidió dinero para que todo saliera bien. Entonces, al final de una rampa de hormigón, Stix abrió una puerta estanca que daba a la cálida intimidad y la tenue luz de —inevitablemente, pensó Soledad, rezagada— un pequeño túnel. Pero el recuerdo del laberinto bajo el Motel Nirvana, e incluso el pensamiento de los Kunduranos, no bastaron para romper su nueva costumbre de seguir.

En cualquier caso, era un túnel corto. Tras apenas un minuto, percibió un olor a podredumbre y sal. Poco después, el haz de la linterna de Stix se perdió a la derecha, donde una larga y oscura extensión de agua del puerto había quedado atrapada por contrafuertes de hormigón armado.

La base de submarinos. El sabor a algas fétidas iba acompañado de un hedor a motor de camión envuelto en un zumbido de muy baja frecuencia; el escape diésel de alta potencia más el agua de mar sucia, como un código proustiano que le indicaba “barcos de contrabandistas”.

---

10 Theodore John Kaczynski (Chicago, 22 de mayo de 1942-Durham, 10 de junio de 2023), alias Unabomber, fue un escritor, terrorista, matemático, filósofo y neoludita estadounidense. Reflejó sus análisis y reflexiones antitecnológicas en un extenso manifiesto bautizado como La sociedad industrial y su futuro. [N. T.]

Al pasar por el siguiente mamparo, vio ojos de buey iluminados, la luz de navegación del lado de babor del remolcador que había visto la última vez que ella y Stix pasaron por aquí, en su bicicleta.

Visto de cerca así, el remolcador era claramente un antiguo buque de la armada; igualmente claro era que llevaba mucho tiempo sin servicio regular. Aunque el casco era del mismo gris opaco que los túneles, la superestructura y la chimenea estaban decoradas con ojos y planetas pintados, todos conectados por líneas y ecuaciones diferenciales. Una docena de televisores viejos estaban apilados y encadenados justo detrás del puente de mando, y una estación de trabajo igualmente anticuada atornillada al techo del puente. Todas estas pantallas brillaban suavemente, como si su estado de "encendido" formara parte de las reglas de la navegación. Un altavoz gigantesco posado en un ala del puente reproducía Shift–shin, apenas audible por encima del ronco ralentí del motor. Un teletipo que recorría la cubierta superior mostraba comentarios extraños a intervalos de veinte segundos: EL PUENTE ES EL OTRO LADO, VIAJAR ES EL DESTINO, TIEMPO: UNA EXCUSA PARA CONTROLAR EL ESPACIO. Le recordó a Lo Pano y profundizó el estado de ánimo sombrío que la había invadido al ver el rostro de Lara Love en la pantalla de inicio.

Así que subimos por una pasarela hasta la parte trasera de la superestructura, pasamos una escalera con olor a sebo y llegamos a un pequeño salón y cocina. Esta zona estaba bien

iluminada; los gatos yacían acurrucados en rincones mullidos; una alcoba rodeada por un sofá verde rodeaba una mesa de caoba bien pulida, cubierta en ese momento con cajas de cereales rotas que el mapache —el mismo animal, Soledad estaba casi segura, que había visto en el restaurante— estaba destrozando sistemáticamente y apilando en pilas simétricas.

Acomodado en un rincón del sofá, con sus largas piernas sobre la mesa y una ventosa medio bajada sobre la nariz, el niño afroperuano manejaba trackballs, joysticks y guantes hápticos. Los precisos movimientos de sus manos se reflejaban en ajustes minuciosos: desde simular el paso del tiempo sobre un paisaje de volcanes, hasta las luces que brillaban en un aeropuerto de cristal, pasando por la actividad de multitudes y bandadas de cuervos que se mostraban en varias pantallas LCD atornilladas a una estantería sobre el sofá.

El chico miró a Stix. Su semblante era sereno, aunque la media ventosa que le cubría los ojos seguramente le indicaba lo que sucedía a ras de suelo. Stix se asomó por una escalera en la cocina, luego se giró y le dijo a Soledad: «Estarás bien aquí. El chico te cuidará. Y Ahab te sacará del puerto, si es necesario. ¿O si te pones demasiado nerviosa?». Asintió y sonrió, pero la sonrisa y la mirada no se conectaron. Lo estaba haciendo de nuevo, pensó Soledad, abandonándola, y ese pensamiento la hizo sentir aún más

sola que antes, que la abandonara en un momento así, en un lugar así.

Todos esos sentimientos y pensamientos confusos, al revelar lo pequeña y vulnerable que se había vuelto su autoestima, la deprimieron aún más y también la avergonzaron, porque había seguido a ese hombre por tercera vez en dos días, como si realmente no tuviera otra opción, y luego empezó a quejarse por haberlo hecho.

Su negativa fue automática, dirigida al obstáculo más cercano, y no le importó que, también en esto, estuviera haciendo lo que siempre hacía; porque negarse en tal situación era una afirmación de sí misma en su estado más vulnerable, y también en su esencia más básica, un pequeño grito de "¡Existo!" que le hacía tensar la barbilla, apretar los puños y sacudir la cabeza violentamente.

Los ojos de Stix se fijaron en ella de nuevo.

"No. No, ¿no quieres quedarte?"

Negó con la cabeza. Consciente del creciente impulso de sollozar, indeseado e irrelevante, que sentía en su interior. Consciente también de un tufillo a traición que desentonaba en aquella situación, donde Stix solo quería, según decía, preservar su seguridad y tranquilidad. Moviéndose, en el fascismo de tal desesperación, hacia la mesa del salón y los teclados del chico —el chico encogiéndose extrañamente en

un rincón, observándola— para teclear letras que aparecían en caracteres góticos amarillos en un recuadro de la esquina de cuatro pantallas:

NO SOY TU MUJER

NO PERMITIRÉ QUE ME DIGAN QUÉ HACER

Se giró y vio a Stix mirando fijamente las pantallas, con una vaga sonrisa en los labios.

—Pero puedes hacer lo que quieras, Soledad —dijo en voz baja—. No es para tanto. Nadie en este lugar te va a obligar a hacer nada que no quieras.

Luego se dio la vuelta, cojeando torpemente sobre el marco de la puerta por la que habían entrado, y desapareció en la oscuridad con olor a diésel del muelle, dejando a Soledad sintiéndose aún más disminuida y triste, y más enojada con él por solicitar en ella emociones que no deseaba analizar.

Pero ella no desembarcó del remolcador. La idea de intentar encontrar la salida de esa base subterránea por sí sola la agotaba demasiado. De todos modos, su pánico anterior no había desaparecido.

Además, su revuelta aparentemente dependía de alguien contra quien rebelarse, y con la partida de Stix descubrió que

había perdido la voluntad de hacer las cosas de manera diferente.

Tras unos minutos, ella apartó a un gato del sofá y se sentó pesadamente, observando al mapache y al niño. Finalmente, el niño logró atraer a un grupo de peregrinos al aeropuerto y abandonó su juego interactivo. Había estado observando a Soledad de reojo, y ahora se levantó y subió la escalera. Unos minutos después, el sonido del diésel cambió, el casco se estremeció y se balanceó ligeramente, y Soledad supo que el remolcador se estaba moviendo.

Alguien más llegó a la misma conclusión. Una serie de maldiciones a medio gritar surgieron de una puerta a su izquierda. Entonces, una figura alta, de barba plateada, vestida únicamente con mocasines de marinero y calzoncillos, salió tambaleándose por la puerta y subió por la escalera.

Los insultos continuaron durante otros diez segundos. El muchacho dijo: «Es fácil, Ahab». El pirata de las hierbas respondió: «Ah, si hay una *dama* de por medio». Entonces ambos guardaron silencio.

Una luz roja pulsante creció lentamente en los ojos de buey del salón, iluminando las paredes viscosas de un túnel enorme. Una sirena de alarma creció, sonó dolorosamente, disminuyó. Poros y grietas en el hormigón se movieron lentamente desde el borde delantero de los ojos de buey

hacia atrás. La luz roja intermitente fue reemplazada por otra forma de luz, esta que entraba por todos los ojos de buey a la vez, así como por una claraboya detrás de la cocina: *la luz del día.* Ella se estaba acostumbrando a su diferencia, profunda y cálida donde las otras luces eran planas y frías. Los engranajes retumbaron, el remolcador raspó contra algo duro, el niño gritó. Soledad se puso de pie y miró por el ojo de buey más cercano. Todavía no se veía nada más que cemento, moldeado en forma de muelle; y el pequeño coatí, observando atentamente cómo Ahab hacía girar una rueda de metal oxidada colocada en una tubería que recorría el muelle.

Soledad volvió a sentarse. Por alguna razón, ver a aquel pequeño animalito intentando comprender la hidráulica le daban ganas de llorar más que nunca. Decidió no mirar hacia afuera por un rato.

El rugido del diésel aumentó de volumen y el salón comenzó a mecerse constantemente. Sombras más marcadas se movían a lo largo de las paredes del salón. Supuso que ahora estaban en la bahía. No había estado en el agua desde que un grupo de *contrabandista* sin ninguna relación con el grupo, la sacaron de aquel infierno de cala en el Tapón de Darién. Antes de eso, la última vez había sido un paseo con Cloodine en el *Fumiste,* el barco de Néstor Prin, seis meses antes. El pensamiento era totalmente irrelevante, salvo por el hecho de que entonces no se había mareado y, por lo tanto, con suerte, podría librarse de esa agonía ahora.

Observaba las terminales que el chico había estado mirando fijamente, consciente de que los variados paisajes, de granjas y parques de caravanas, mazmorras y mapas, cambiaban muy lentamente con el tiempo, incluso cuando nadie jugaba; sin preocuparse por ello. Deliberadamente, sin preocuparse por casi nada.

Una palabra griega parpadeaba ocasionalmente en la esquina de cada pantalla del ordenador portátil ΠΟΣΔΙΣ. La había visto en un juego en 3D en la cabina de la grúa de Zatt.

Pasó una hora. Cuando el movimiento del remolcador cambió de nuevo, y el balanceo se prolongó, afectando su estómago como no lo había hecho el movimiento brusco y corto del bote de Prin, se levantó sin pensar en asociaciones ni consecuencias y subió por la escalera por la que habían desaparecido el chico y el pirata de las algas, emergiendo en una amplia y bien iluminada timonera que, por un instante de asombro, imaginó que debía ser la cabina de un avión o la cima de una alta torre. Porque todo a su alrededor era una nube blanco plateada, ni siquiera se veía el mar hasta que uno se acercaba a las ventanas y miraba hacia abajo, al casco del remolcador formando pliegues de olas negras y azules que surcaban la niebla eterna.

El chico estaba de pie sobre un pedestal junto a una computadora destartalada, observando su pantalla y una enorme máquina expendedora de monedas con carcasa de latón. Ahab, el pirata de la marihuana, se inclinaba sobre una

mesa de cartas improvisada, repleta de radios marinas usadas, y deslizaba un instrumento de latón sobre una carta náutica. Todavía estaba en calzoncillos.

Soledad estaba de pie en un rincón, debajo de un panel de alarma contra incendios, apartada del camino. Los hombres la miraron de reojo y luego retomaron tranquilamente lo que estaban haciendo.

Siguieron haciendo casi exactamente lo mismo durante la siguiente hora, excepto que el pirata de algas también observaba una pantalla de radar. Ocasionalmente, respondiendo a una indicación en la terminal, escribía letras de identificación, momento en el que el chico ajustaba un dial y el rumbo del remolcador cambiaba, nunca más de unos pocos grados. “Computadora de tráfico de la Guardia Costera en Duluth”, se rió el pirata de algas en un momento. “Introduje los números para un remolque Moran con destino a Valdees. ¡Lo que pasa es que nunca lo revisan! Poco después, la pared de niebla se abrió alrededor del remolcador y vio, muy a la derecha, un paisaje imposible de cabos verde oscuro que se entrelazaban como dedos con lagos plateados que sobresalían en el paisaje detrás.

—Tenemos visibilidad —dijo el chico en voz baja, y el pirata fumador, murmurando un «imbécil», agarró otro instrumento de viento–metal, se tiró de la mesa de cartas, salió disparado por la puerta del puente de mando y, sujetando el sextante de lado, midió frenéticamente los

ángulos entre cabos. —Punta Reyes —le susurró el chico—, pero nunca lo admitirá hasta que haga la navegación.

Soledad reconoció en el paisaje a estribor el verde intenso de los árboles templados, resaltado por los tonos azulados de la niebla y alguna que otra columna de amarillo lechoso donde el sol lograba penetrar con su débil luz. Sobre rocas negras yacían grandes animales con aletas que le recordaban las ilustraciones de morsas o leones marinos de los libros escolares. En un promontorio, una mansión victoriana con torretas y remates se alzaba junto a una casa moderna de vastos planos horizontales y cristal de tonos verdes. Una boda o una gran fiesta se celebraba en el césped entre las casas; mujeres con largos vestidos blancos y hombres con largas chaquetas oscuras se movían muy despacio hasta que la niebla los disipó de nuevo. El pirata regresó al interior, temblando. Se desplomó sobre su mesa, trazó líneas en la carta náutica, eructó, se rascó la cabeza y luego anunció alegremente: «Punta Reyes».

Salió. El viento venía de la izquierda. Encontró un rincón a la derecha del remolcador, detrás del puente de mando, donde la pila de televisores, ahora sujetos con una lona raída, la protegía de la corriente de aire y la mantenía relativamente abrigada. La cremallera de periódicos, los grafitis, también habían sido cubiertos con una lona vieja, notó, convirtiendo a este buque nodal una vez más en un caballo de batalla destartalado y sin nada de particular en las vías fluviales.

La niebla se disipó una vez más. La visión de la vegetación, incluso de esa variedad norteña oscura y azotada por el viento, le trajo de vuelta la nostalgia que había sentido antes. Había sentido miedo cuando ocurrió la explosión de Ensevli, en Bamaca, pero entonces no sabía lo que se avecinaba como ahora. Es más, había estado en casa, con la gente que conocía y quería, algo que no podía ni podría estar jamás en este lugar.

Aunque le caía bien Stix; le gustaba su evidente entusiasmo, su aparente franqueza —incluso, francamente, la forma en que parecía sentirse atraído por ella—. Esperaba que estuviera a salvo. No había verdadera pasión en esa esperanza. El movimiento del barco, ahora que estaba fuera, era más reconfortante que nauseabundo. La vista del mar embravecido y los suaves promontorios que se fundían entre sí a través de la tenue bruma le infundía una sensación de otro mundo, de escenario e ilusión, atenuando su percepción de los ataques en túneles y los soldados merodeadores, sumiéndola en la misma irrealidad onírica de aquellos cabos del condado de Marin. La vista también suavizó sus recuerdos de Bamaca (para completar el lento recorrido de sus pensamientos) hasta un estado en el que incluso el recuerdo del miedo, y del terror más allá de eso —un terror cuyo origen no podía recordar, lo que significaba que debía vivir con el pánico de que algún día lo haría— contribuía a una nostalgia más profunda. *«Cuando el peor peligro amenaza: una inundación que ocurre cada diez años,*

o deportaciones del ejército, o una nueva enfermedad, cosas contra las que no pueden hacer nada; los Manopani vuelven a la vida onírica…» Fue su madre quien se lo dijo, hacía tanto tiempo que Soledad no sabía qué hacer salvo aceptarlo como aceptaba todo lo que decía su madre, sin la menor duda. ¿Observar a esas extrañas morsas, que seguramente no podían vivir tan al sur, en un país sin hielo visible?

Soledad se acurrucó más profundamente en un pliegue de la lona, resguardándose del viento. Se preguntó por primera vez si Fernsehen habría oído hablar del reflejo onírico de Manopani. Después de todo, el viejo psiquiatra había vivido en la capital. Incluso había ayudado a establecer la videoclínica en Santa Karen. Cerró los ojos, solo para protegerlos del reflejo de la luz en el agua del mar. Y él había escrito en alguna parte: *«No creamos historias a partir de una realidad general. Las historias son nuestra realidad. A través de ellas construimos una estructura habitable a partir de los hechos múltiples y de distinta interpretación que nos comunican nuestros sentidos. Y de esto se deduce que, si los hechos no son de nuestro agrado, o incluso nos resultan peligrosos de alguna manera, podemos, dentro de ciertos límites, cambiar arbitrariamente la historia que hemos creado por algo más seguro. A este acto, cometido crónicamente y superando cierto umbral, lo llamamos locura; pero realizado con autoconciencia, humor y como un medio para un fin, es la expresión más pura de nuestra resiliencia psicológica y nuestra fuerza imaginativa».*

No habría podido soportar sin histeria ni colapso la experiencia directa de otro ataque tan similar al que los *guaqueros* habían provocado en el túnel de la alcantarilla.

Ahora sabía que gran parte de esa incapacidad radicaba en que una vez había intentado ser un personaje en una historia que deseaba que sucediera, y no había funcionado. En absoluto. Stix lo sabía; tal vez incluso sabía que ese método de viaje, con el barco meciéndose suave pero deliberadamente bajo ella, y el sol ocasional calentándole el rostro, era tan reconfortante como un cuento para dormir, y en última instancia igual de soporífero, para alguien que huía de la conciencia del fuego y el derramamiento de sangre y de su propia impotencia abrumadora.

Capítulo XI

Cuando despierta, ya ha anochecido.

(nadie le toma la mano)

Soledad mira hacia donde miraba la última vez en esta habitación, hacia la ventana abierta, pero su forma permanece intacta, un marco cuadrado hacia el cono violeta de San Isidor que se desprende del tono más profundo de la noche, del brillo de las luces en las laderas inferiores, del borde de Ensevli.

Hace calor y el aire está quieto. El sudor le pega la camisa a la piel. Se queda un momento en la cama, escuchando el brillo de los sonidos en las calles y las casas, evaluándolos también; ha estado aquí el tiempo suficiente para poder calcular qué hora es por el nivel del sonido, la naturaleza de las voces, incluso hasta cierto punto el tipo de música. En una

radio metálica un hombre habla en lugar de discutir, no uno de los canales piratas *de Cruce,* entonces; alguien está escuchando una emisora externa. Un perro ladra repetidamente. Dos hombres, peleando, se aúllan el uno al otro. Un grupo de personas pasa por la Corniche, discutiendo algo en voz baja. Un helicóptero retumba de un lado a otro en la distancia, una puerta se cierra de golpe en el burdel, pasa un mototaxi, una mujer ríe, un bebé llora y la música: a lo lejos, un tamborilero golpea fuerte, un ritmo frenético; Cerca de allí, alguien canta un *lanto,* lento y triste como tantos *lantos;* es un hombre que presta atención a las palabras y sílabas, honrando cada una con melodía en una voz también lenta y triste. Rasguea su guitarra con un ritmo de montaña, *rrruccha–bo, rrruccha–bo,* golpeando la caja de resonancia de madera entre estrofas.

Mientras Soledad escucha, más lejos comienza a sonar otro *lanto,* este cantado por una mujer.

El hombre guarda silencio. Los tambores continúan. La voz de la mujer se hace más fuerte. Solo la acompaña una pequeña flauta, que afina su melodía tres notas más arriba, una escala binaria menor que se entrelaza delicadamente, melancólicamente, a través del cielo nocturno púrpura.

El hombre vuelve a rasguear su guitarra, cambiando su melodía para tocar un contrapunto a la mujer, iniciando así un diálogo musical. Sin embargo, suena demasiado áspero; su voz y estilo no encajan con la improvisación etérea de ella.

Además, toca demasiado alto, y Soledad se pone de pie, molesta como siempre por la falta de profesionalismo, pensando que deben ser las nueve de la noche como muy tarde para semejante espectáculo. Va al baño y luego a la cocina. De repente, siente hambre y sed. Se detiene sorprendida, pues el reloj sobre la estufa marca las 10:35.

Abre las persianas. Desde esta parte del apartamento se divisa un arco diferente de la Corniche. Una pareja está sentada en la escotilla de un velero, fumando y mirando hacia el suroeste, hacia el volcán. Un grupo de chicas adolescentes pasa corriendo; una de ellas balancea una lámpara de queroseno. Dos hombres la siguen, luego dos parejas, todos con instrumentos musicales. Excepto durante el festival, nunca había visto tanta gente en la Corniche a estas horas de la noche, ni nunca antes había visto a tanta gente paseando por este paseo marítimo con tanta rapidez. Todos, hasta el momento, han superado el ritmo habitual de la Corniche, un paseo tranquilo en el que se busca ver y ser visto, más que llegar a algún sitio. En cambio, caminan con determinación y propósito, como lo hicieron justo después de la explosión del túnel. Por primera vez, la gravedad potencial de lo ocurrido anteriormente se graba en su mente.

Esta discrepancia entre el tiempo y la actividad despierta en ella una pequeña inquietud. Sin embargo, se trata de una inquietud que se encuentra en territorio hostil, pues el sueño ha calmado sus pensamientos como debía, como la

marea que suaviza y absorbe los barrancos de una playa, dejándole con el recuerdo de un incidente que la asustó, pero que luego fue absorbido por la complejidad y la resiliencia, no solo del *cruce,* sino de su propia existencia aquí.

Soledad se da cuenta de que el hecho de que Dolores haya venido a vivir con ella le ha dado una dosis extra de falsa confianza. La hace sentir necesaria y responsable, mitigando la sensación de pérdida que antes sentía que la definía. Además, con la perspectiva que ha adquirido en Glen MacRae, puede afrontar esta incómoda realidad: reaviva su relación rota con Jorge, aunque sea a distancia.

A través del velo de esta ilusión de renovación familiar, Soledad conserva la calma de saber que se ha producido una acción policial sonora en los límites del cruce*,* pero que ha sido detenida, repelida, aniquilada. No tiene ni la más mínima prueba de ello, y quizás por eso persiste esa extraña inquietud, como una leve indigestión al final de una buena comida. Podría ser simplemente la alteración de su reloj biológico causada por una siesta a horas intempestivas. O el colapso de las zonas horarias emocionales y de género provocado por ese viaje relámpago a la *estancia;* la repentina imposición de nuevas relaciones espaciales dentro de un paisaje personal que ya no está oscurecido por las exigencias horarias que este *cruce,* aunque muy diluido, impone a través de sus propios patrones de actividad.

Con movimientos rápidos y hábiles, saca el tazón de *mucaja* de la nevera, lo calienta en la estufa y come lo suficiente para calmar su estómago.

Le faltan uno o dos días para que le baje la regla. Pero siempre ha rechazado esta explicación para sus cambios de humor, viéndola como una excusa acordada entre hombres y mujeres para mantener su división segura del trabajo, algo que sitúa las fluctuaciones emocionales más extremas en el ámbito femenino.

Uno de los combatientes grita de dolor. En el silencio que sigue, la radio se escucha con más fuerza. Ahora puede distinguir las palabras. La voz está bien modulada, le resulta familiar.

…y hermanas, en la zona marginal de Bamaca. Porque no las consideramos nuestras enemigas. Ni siquiera criminales. Los elementos criminales las han explotado sin piedad para su propio beneficio. Su empresa e industria legítimas son un modelo para la economía de libre mercado semirregulada. Este ha sido el objetivo de nuestra administración desde el primer día. Los talleres de alta tecnología serán algún día el centro de una nueva zona empresarial… y puerto franco, que se establecerá en las pintorescas calles del Barrio des Anglais y el Mercado de Esclavos. Nuestra administración lo financiará, con la ayuda de subvenciones prometidas por la Unión Europea y el Banco Mundial. Les hacemos esta promesa ahora: Nosotros lo financiaremos conjuntamente.

Ochoa Campos. Nadie más habla con esa mezcla de volumen, seguridad y respiración entrecortada. Ella lo vio una vez, en un mitin que Miguel organizó y al que le pidió que no asistiera; ella estaba de incógnito en las afueras de la silenciosa multitud que se congregó tras la catedral en la Ciudad Amurallada. Observando al general, a Sandoval y al obispo Thiers inaugurar un hospital para los pobres. Todos sabían que el hospital tenía cuatro pisos de oficinas y solo uno de clínica. Era un edificio limpio y de aspecto eficiente, eso sí. En las fotos, Ochoa Campos parecía más delgado y amable de lo que uno podría suponer solo por su voz. Miguel estaba a su lado, tímido y reservado con su traje gris oscuro, vigilando los tejados, donde los francotiradores de la División Sierra se agazapaban salvajemente tras los palomares.

Soledad niega con la cabeza. Deja su cuenco en el fregadero. En el dormitorio abre el cajón donde guarda sus jabones y artículos de aseo. La mitad está ocupada por pendientes con forma de loros y guacamayos, similares a los que compró el primer día que llegó. Supone que los colecciona, aunque el concepto de coleccionar, con su obsesión por el orden, le resulta ajeno; ya tiene suficientes problemas para concentrarse en cosas importantes. Selecciona un par de loros turacos y se los abrocha. Abre el frasco de Venganza y se aplica un poco en los codos y el cuello. Se mira en el espejo y golpea los loros con el dedo índice, haciendo que se balanceen frenéticamente durante un instante.

El sonido de la radio proviene del piso de Cloodine; la voz de Ochoa Campos resuena en los oídos de Soledad mientras baja las escaleras. Cloodine debió de haberla dejado encendida al salir, porque a través de la puerta entreabierta la habitación parece oscura y, por lo demás, silenciosa.

En la planta baja, los pescaderos han colocado tablones y lámparas de queroseno sobre dos carretillas y juegan al dominó con intensa concentración, mientras una caja de peces muy redondos con aletas doradas y gruesas escamas plateadas, y antenas que duplican la longitud de sus cuerpos, se balancean débilmente sobre el mostrador. Al otro lado de la bahía, un resplandor de luces de alta intensidad ilumina la fragata. Un helicóptero planea como una libélula, luego se mueve de un lado a otro sobre un área definida de la bahía, dejando un círculo blanco sobre el agua.

Soledad sigue la Corniche, ignorando las luces y el movimiento en casa Pytagoro. La densidad de gente en el paseo marítimo crece exponencialmente a medida que se acerca al Mercado de Esclavos. Al entrar en la vasta ágora por la puerta del puerto, ve que el espacio está repleto de gente, no solo de los vendedores y clientes que están allí a todas horas, sino también de personas claramente ocupadas en asuntos más específicos, hablando en grupos informales, enfatizando la urgencia con gestos de las manos, con los brazos y los omóplatos apuntando hacia Lo Pano. Y la torre misma palpita con luces y actividad, mucho más que incluso en las horas punta; precios de trueque y llamadas como de

costumbre, anuncios clasificados y personales, pero también hay mensajes más específicos de este momento y lugar. Una cremallera de noticias dice REUNIÓN ESTA NOCHE EN LO PANO PARA DISCUTIR LA TRAICIÓN INVASIÓN TUNEL EN ENSEVLI. Otra muestra frases de Hawkley que sin duda pretenden inspirar, pero que en realidad son bastante débiles y sin sentido en este contexto. LA CALIDAD ES LA HABILIDAD QUE PONES EN TU PROPIO TRABAJO. LA VULGARIDAD ES TRABAJO PARA EL MEGALÓMANO. A dos tercios de la altura de la torre, un panel muestra anuncios de trueque. Pistolas automáticas Heckler & Koch en venta, tarjetas de identificación falsas en dieciocho horas, bombas de gasolina caseras con descuento especial si se compran al por mayor durante el próximo día y medio. Neón colorido y patrones de luz en movimiento animan la alta estructura, y reflectores en su esqueleto de Meccano sondean y ciegan al azar.

La multitud es tan densa que la gente se ha subido a los siniestros corrales de ladrillo naranja a un lado, donde hace quinientos años confinaban a esclavos cameruneses y yorubas. Soledad avanza entre los vagabundos, los pendencieros, los que muestran un interés moderado, los bebedores y los que están a medias. Se dirige hacia las zonas más densas alrededor de Lo Pano, donde se congregan legiones de personas excitadas y lascivas, enfadadas y asustadas, y los carteristas que merodean por esos lugares.

Muchos de los grupos cuentan con una gran cantidad de instrumentos y músicos —después de todo, estamos en el *cruce,* donde hablar sin música solo tiene sentido a medias— y, por supuesto, estos grupos tocan en tonos apagados, casi todos *lantos,* lentos, tristes y apagados. La multitud en su conjunto produce mucha música y aún más ruido. Gran parte del ruido es agudo y se enfatiza en las discusiones, y parte de él proviene de personas que se turnan para hablar por un micrófono conectado a altavoces Dolby en las torres, corrales y casas de contabilidad circundantes.

Parte del ruido proviene simplemente del público, de opiniones que brotan de su base discursiva; sin embargo, el volumen general es solo un tercio del que tendría en circunstancias típicas, como un concierto, un mercado u otra celebración, y carece de la mitad de su esencia lírica. Así, el efecto general, para quienes conocen el cruce es de contención, como un carnaval organizado deliberadamente para ser lo opuesto a otros carnavales, para *contener* la pasión y la emoción en lugar de expulsarlas, para sublimarlas finalmente, no a través de las canciones que genera, sino a través de la música que no produce.

La extrañeza de esta multitud aumenta la incomodidad de Soledad. Finalmente, la resaca del sueño, que había creado su propia bruma de optimismo, un ligero alivio tras despertar de una pesadilla, se disipa por completo. Ve a gente que conoce vagamente: el vendedor de umbanda, un pescador de anguilas local. Asienten con la cabeza de forma

distante y automática, en señal de respeto a esa presencia extraña que se ha apoderado del ambiente y lo impregna todo. Cuando se gira para abrirse paso entre un grupo particularmente compacto, casi choca con Haddad. Lo mira sorprendida; han pasado dos semanas desde la última vez que la siguió. Él se envuelve en sus sucias túnicas árabes como si eso pudiera ocultarlo mejor.

Al rodear a Haddad, reconoce a otros: Cloodine y el compañero del barco de Nestor Prin, con quien Cloodine se acostó una vez de forma bastante ruidosa, justo antes de que Soledad partiera hacia Glen MacRae. Es un hombre bajo y corpulento con bigote de torero, llamado Jako. Una multitud de rostros de casa Pytagoro, con la cabeza de Héctor Ruiz, de cabello rizado, en el centro.

El economista universitario con quien Jorge solía conversar sobre Hawkley durante horas.

La *mocosa* del grupo de Jorge, la que predijo una catástrofe cuyos detalles Soledad ya no recuerda, está en las afueras. Lleva el mismo turbante blanco, los mismos medallones recargados y va descalza, y mete una mano en el bolsillo lateral de un hombre que viste vaqueros y botas de montaña, como un gringo. La multitud se abre para revelar el rostro de Jorge, con la mirada fija y erguida, golpeando el aire como cuando quiere dejar algo claro, dirigiéndose a una mujer de pelo oscuro, a quien Soledad reconoce, tras un instante de desconcierto, como la chica que trabaja en el

Flash Shack de Lo Pano. La que vive en un balandro al lado de Nestor Prin; la que le consiguió el trabajo a Cloodine.

Soledad se aparta rápidamente de aquella imagen. Con toda su recién descubierta independencia, con el creciente equilibrio que aporta a su vida dentro y fuera del cruce, es asombroso cómo su sola presencia aún la hace sentir como si el suelo se abriera bajo sus pies; una sensación a la vez impresionante y aterradora. Se aleja rápidamente, demasiado rápido para Haddad, deslizándose entre la multitud como un pez en movimiento rumbo al mar.

Intentaba escapar también de la sensación de pánico, no por Jorge, sino precisamente por esa cualidad apagada de la música, de la conversación, de la vida. Ese mutismo le parecía un halcón nocturno planeando en lo alto, su sombra proyectada por las estrellas sobre un territorio demasiado extenso, o la enorme telaraña de una de esas arañas venenosas hembra que los indígenas llaman “ladronas de bebés”, que entre el atardecer y el amanecer extienden cuerdas tan gruesas como un dedo de árbol en árbol para atrapar a los pájaros de la selva en su telaraña pegajosa e inyectarles una parálisis fría. Sabe que es nerviosismo; sería prematuro e histriónico llamar “miedo” a lo que tiñe a esta multitud, y sin embargo, el sabor, el olor, la sensación de amortiguación son los mismos.

Finalmente, ella está de pie a solo veinte metros de la torre misma, los pequeños láseres moviendo puntos sobre su

rostro, mirando hacia arriba como una virgen siendo anunciada electrónicamente, mientras alguien, un *guaquero* por su pañuelo, cuchillo y botas, está de pie en el primer piso de la torre y habla por un inalámbrico: palabras agresivas, verbos llenos de acción, blit mal organizados, como un regimiento de chusma pululando en todas direcciones. “Ah, sabes *que* fue un farol”, grita, moviendo los brazos demasiado ampliamente en dirección a Ensevli. “No tomaron precauciones. Así es como Ochoa Campos en la capital, hace esto”. Silbidos y silbidos de oponentes o, más probablemente, amigos.

“El año pasado, cuando estábamos en Santa Marta, sus tropas ponían música pop a todo volumen en sus campamentos. Pensaban que nos asustarían las canciones de Jasmin. Nosotros, que excavamos un pueblo quichey entero mientras los soldados de la sierra nos buscaban. Su máquina minera era demasiado ruidosa; nadie haría esto de verdad”. Nadie le hace caso, aunque tendrá sus cinco minutos. Detrás del resplandor de los láseres y las cremalleras, un fuego anaranjado crece en la cuna de las colinas, y luego otro; obuses y morteros de alta precisión hablan a través de una cresta. Mucha actividad se opone al ejército y a la guerrilla, o *a los guerrilleros* y a los contrabandistas de oro, esta noche. Ella duda que tenga algo que ver con lo que el ejército planea para el cruce. Tal vez sea la influencia perturbadora de la luna, que se eleva gorda y casi llena a sus espaldas para bañar las cornisas de las casas

de contabilidad, los mástiles de los balandros de pesca, la bahía. En este proceso de cromado, solo la fragata permanece oscura, como si sus contornos sigilosos pudieran absorber tanto la luz de la luna como los haces de radar.

Soledad se abraza a sí misma y tiembla un poco, aunque el frío de esta hora no suele molestarle; o al menos nunca la molestó en aquellas ocasiones en que ella y Jorge, borrachos a altas horas de la noche en el balcón, se despojaban de sus ropas y hacían el amor en una hamaca al abrigo de la pérgola y el perfume del frangipani. Claro que en aquel entonces tenían otros factores que los calentaban.

Una mujer sigue al *guaquero,* aplaudiendo sus palabras con una voz tan suave que la echan rápidamente de la torre. Luego, otra figura familiar se dirige hacia el escritorio iluminado en la base de la torre. Le resulta extraño, en ese momento, que no haya una fila de gente saltando para dirigirse a semejante multitud; pero este es su vendedor de loros encorvado, el que vende los pendientes de pájaros que parece que ahora colecciona. El seguidor *del guaquero* responde, temblando. La voz del vendedor de loros es más fuerte y mucho más intensa que la del *guaquero.* Curiosamente, lo que tiene que decir es lo opuesto al desafío. Es, se da cuenta ella mientras escucha más allá de las frases iniciales y el resumen de lo sucedido, la expresión de ese halcón nocturno, ese veneno de araña, esa parálisis helada que sintió emanar de esta audiencia mientras la atravesaba. Y las frases que su vendedor de loros construye

y estructura —pequeñas historias sobre un poder abrumador, la dureza de hombres como Sandoval, la inutilidad de defender una pequeña porción de la ciudad contra tanques y cohetes, la vulnerabilidad de mujeres, niños y vendedores del mercado— se integran perfectamente en relatos suaves y acogedores sobre la facilidad de escapar, la posibilidad de empezar de cero en otro lugar, la preciosidad de la vida en general. «El mismo Hawkley dijo que ningún principio de la *Biblia del Contrabandista* vale la vida ni el sufrimiento de la más pequeña rata bebé», grita el vendedor de loros, y mientras gesticula, ella divisa una de sus mercancías, quizás un guacamayo de Spix, balanceándose bajo la oreja izquierda del hombre. «La escritura está en la pared. Debemos cuestionar los motivos de quienes desafían al ejército, cuando lo único que quieren es…»

La multitud vuelve a alborotarse. Un grupo de *guaqueros* profiere insultos. Uno de ellos le lanza *guanábanas* al que habla, pero está demasiado borracho para darle. Gran parte de la multitud aplaude en señal de aprobación a las palabras del vendedor. Un hombre de Lo Pano se acerca al *guaquero* y se desata más grito. Jako y otros contrabandistas permanecen en silencio en el camino que ella tomó para llegar hasta aquí; los contrabandistas suelen mantenerse al margen, ya que es su costumbre y tradición llevarse una parte sin importar la dirección que tomen los demás. Cuanto

mayor es el riesgo, mayor es el porcentaje. Ella no puede ver a Dolores entre ellos.

Se abraza a sí misma con más fuerza, deseando poder taparse los oídos porque las palabras del vendedor de loros la afectan tres veces más que las del *guaquero.* La verdadera persuasión del argumento del vendedor reside en la resonancia que encuentra en su interior, duplicándose, triplicándose en volumen dentro de la caja de resonancia de su propia personalidad; pues conoce tan bien esta parálisis paralizante, que sentirla es como encontrarse con el viejo sacerdote con olor a mirra que la bautizó y confirmó y que ofició en cada etapa de su vida.

Se trata de la fuerte anestesia que sufrió veinticuatro horas antes del concierto y que fue aumentando hasta que tuvo dificultades para subir los escalones del escenario en esta misma plaza.

Era la rigidez que se apoderaba de sus dedos cada vez que intentaba plasmar, delante de desconocidos y finalmente incluso de amigos, textos que había escrito y apreciado.

Es la muerte que la invadió, tan pronto, tan muy pronto, en todos sus días, meses y años en Glen MacRae; la muerte que le impidió levantarse, identificar y aplastar a la criatura traicionera que se la inyectó.

Fue su incapacidad para moverse —a pesar de sus viajes, a pesar de lo que decía su padre— para salir de los refugios que había elegido y defendido tan bien: la universidad, los diversos conservatorios. Su apartamento, su facultad de piano. Soledad siente como si ella misma estuviera allí, invocando con palabras a la Soledad que fue, la Soledad que es, la que siempre tiene el control: la Soledad por defecto, la Soledad tímida y retraída, la mujer que jamás arriesgaría su comodidad por lo que cree correcto. La Soledad que siempre ganará, que siempre conquistará al final, la que la estará esperando en los rincones sombríos de la habitación donde muere; la que siempre ha triunfado, con la única excepción de aquel evento etéreo y brillante como una joya que surgió como luces de hadas de este mismo lugar y de la música, cuando caminó frente a una multitud más grande que esta y tocó *Desdichado,* y funcionó.

De repente, ella es todo lo contrario al frío: está sudando, temblando y respirando como si estuviera en una carrera. Mira a su alrededor con desesperación. Dios, necesita ayuda; en este choque de sentimientos, no le queda suficiente carácter para erigir un ser humano coherente. Gira a la izquierda, y sí, ahí está la multitud de Pytagoro, ahí está Ruiz, todavía no Dolores, pero ahí, justo cuando lo necesita, la visión que le oprime el útero: Jorge de pie con una mano en el hombro de la mujer Lo Pano, con la cabeza y la barbilla hacia adelante. Sigue golpeando a la pobre chica con el martillo del lenguaje. Y el sudor de Soledad se congela, su

temblor disminuye, su respiración se detiene ante la enorme conmoción de una plenitud, un amor redondo y total por Jorge que brota como un manantial del momento, trayendo consigo, en una corriente de comprensión, esta certeza: *que solo puede amar completamente aquello que ya ha perdido.*

Y ella ama a este hombre, y los versos que compone y todo el torbellino de su existencia en el que se sumergió con tanta gratitud. Ama a este hombre que encierra en sí el cruce entero, con sus ritmos suaves, su delicado telón de fondo de melodías y la aceptación de aquellos perdidos y sin patria en el corazón.

Algo sigue latiendo en su interior. Quizás sea el recuerdo de su brillantez en el concierto, el hecho innegable de que *lo logró una vez.* Junto con eso, la reticencia, no, la repentina imposibilidad de darle la espalda al *cruce* que le permitió ser, por unos días, por unas horas, todo lo que siempre había soñado ser.

Porque si el *cruce* se dispersa —ella lo ve con absoluta claridad, estaba en el tono de Miguel, está en la oscuridad de esa fragata y en la creciente masa de sus esfuerzos por interferir— nunca se le permitirá volver a formarse.

Y que ella permitiera que eso sucediera sin resistirse sería como caerse de un barco en medio de un océano helado, y que alguien en el barco le lanzara una cuerda; y que ella se

apartara de esa cuerda flotante, y eligiera en cambio el frío agarre del mar.

Entonces ella avanza. A través de un grupo de mujeres que escuchan atentamente al vendedor de loros, a través de un grupo mixto en medio del cual una niña toca suavemente un *requinto* al compás, hasta la base de la torre donde un hombre que no conoce está de pie junto a una escalera que lleva a la primera plataforma, murmurando en un teléfono inalámbrico, con un portapapeles y un *tinto* equilibrados en una mano.

Ella señala hacia arriba con un dedo, sin atreverse a hablar. Pero ¿cómo va a hablarle a una multitud si no puede pronunciar ni una palabra en este momento? El hombre levanta la mano en un gesto que significa "Espera", lo cual, por supuesto, es lo que acabará con este impulso inmaduro e inusual de intervención, esperar mientras sus miedos crecen y burbujean en su interior y finalmente bloquean su frágil impulso. Por suerte, al vendedor de loros también se le han acabado las palabras. Termina con una nota filosófica: "Hemos construido algo bueno, correcto y rentable; podemos construirlo de nuevo, siempre y cuando no caigamos en esta trampa de violencia en la que *quieren* que caigamos". Los aplausos se alzan fuertes y contundentes; su miedo ha brotado y tocado el de ellos con manos cómplices. Baja la escalera con desenvoltura y deja caer los últimos tres peldaños, un político en ciernes confirmado en su ocupación. El hombre del portapapeles asiente.

—¿No hay nadie más? —le pregunta con voz ronca—. ¿Dónde está todo el mundo?

—*Joder,* llevan dos horas hablando —responde—. No se ha llegado a ninguna solución. Ese es el problema —añade, encogiéndose de hombros—. Hablan, hablan, hablan, pero al final cada uno hace lo que quiere, ya sabes cómo es. En fin, esto casi se acaba, hay demasiada *idiotez* por aquí, y tú…

Soledad no lo escucha. Ya está a mitad de la escalera, impulsada por el latido en sus arterias. La plataforma está hecha de tablones tensados entre soportes angulares horizontales. El micrófono cuelga de una cuerda sujeta por una soldadura defectuosa. Ella lo toma, se endereza, mirando por encima de la oscura masa de gente. Debe haber más de diez mil personas en este *cruce,* piensa vagamente, ¿y no contradice esto alguna postura de Hawkley? Las estrellas de las lámparas de aceite, los cuásares de una hoguera, una hilera de árboles en el extremo sur del mercado que los umbandistas han vestido con velas para que parezcan árboles de fuego: Yemanjá.

La gente se asoma a las ventanas iluminadas de las oficinas. Una docena de melodías distintas, apagadas pero vibrantes, brotan de guitarras, flautas y voces en diferentes secciones del público. Muy por encima de los tejados del mercado, sobre el horizonte de Ensevli, una estrella fugaz ilumina una escaramuza en medio de la maleza de San Isidor. El neón

pulsa el aire en verde y amarillo; un foco se posa sobre su figura, anulando su visión de la noche.

Ella tiene que decir algo.

Aunque se vaya, tiene que decir algo. Sería demasiado humillante, sería una victoria total que ese silencio asesino la cubriera sin pronunciar una sola palabra.

—Quiero decir… —comienza. Sus dos palabras, captadas por el sistema de sonido, resuenan huecamente por la plaza. La mucosidad le obstruye la garganta y tose.

Alguien aplaude cerca. La gente aburrida silba en los alrededores. La chica de la guitarra toca tres acordes que conoce bien. «¡Soledad!», grita alguien con buen humor, ¡tócanos el *Souche* [Desdichado]! Le conmueve, por un instante, que todavía la recuerden de aquel concierto de hace ya dos semanas.

Pero ¿qué diría ella, incluso si pudiera decirlo sin toser? Lo que realmente desea es usar las palabras y los argumentos como Miguel, como elegantes máquinas de lógica, brillantes y metálicas, cuyo cada golpe de pistón verbal es preciso y finamente equilibrado, y conduce sin posibilidad de error a una conclusión definitiva. Quiere hablar como Jorge, trayendo consigo un ejército de mulas sudorosas, tormentas, puentes y océanos llenos de niebla plateada, donde los gritos de las aves marinas se mezclan con los

lamentos de los amantes para hechizar a aquellos a quienes quiere convencer.

Ella quiere hablar como lo hacía su padre, exponiendo claramente un problema y luego enumerando exactamente cuántas bombas, mangueras o sacos de cemento óseo —dónde, por quién y cuándo— serían necesarios para resolverlo.

El pánico está a flor de piel. Se aclara la garganta una vez más. La multitud está inquieta, pero tolera su nerviosismo hasta el momento; alguien grita "¡Soledad!" de nuevo.

—Quiero —dice. Y luego, rápidamente—: Yo… solo puedo contaros algo. Algo que pasó… lo que me pasó a mí.

Ella comienza a contarles. Empieza despacio, vacilantemente, usando a menudo las palabras equivocadas, pero incluyéndolas de todos modos, como un reparador de botes naufragados que tira cualquier trozo de madera a la deriva para reconstruir su barco. Lo que le sucedió. Cómo llegó al *cruce* bajo arresto domiciliario por parte de los soldados de asalto que vivían fuera, donde mantenían su música esposada y encerrada en una vida que no era más que una serie de fugas de prisión a medias, de un refugio blando a otro. Cómo encontró en el *cruce* un lugar tan lleno de música y tan acogedor para aquellos que deseaban liberar las melodías aplastadas tras esas rejas, que le permitió, por

primera vez, escapar y actuar; tocar la música que había creado en el *cruce* para aquellos que vivían allí con ella.

Su voz cobra fuerza. Contar una historia así a esta gente no es tan difícil después de todo. El público guarda silencio, mientras las guitarras siguen sonando como aires acondicionados.

“Un lugar que es así para mí, y creo que también para ti”, dice, “para la mayoría de nosotros… bueno, yo no puedo abandonarlo”.

Y de repente, las sensaciones monótonas, de pesadez y desequilibrio, de viajes, de retraso y presentimientos, incluso de cólicos menstruales —toda esa masa que la ha estado arrastrando desde que despertó— parecen desvanecerse. La angustia y la reticencia, la terrible y paralizante cautela que grita: «¡Alto! ¿Y el riesgo? ¡Piensa en la humillación!», se aquietan asombrosamente. Porque sus palabras no son perfectas, pero son ardientes y están más o menos conectadas. Y en ese ardor, todos los terrores y la oscuridad se convierten en una escoria pesada y gris que se desprende de lo que tiene que decir, como escoria que se desprende del mineral de hierro fundido, de modo que sus verbos y adjetivos pueden fluir puros, anaranjados y maleables en el molde de la noche.

“Es todo, este *cruce,* no es nada específico. Es una historia —eso es lo que te diría Jorge Echeverría, —ella lo busca sin

verlo, nunca lo vería a través de las luces—, es una historia que nos contamos sobre quiénes quisiéramos ser. Y como somos *la* historia que nos contamos, cómo nos convertimos a su vez en la historia, en la historia misma. Eso es el *cruce.*"

Alguien grita: *"C'est ça, cherie"* [Así es, cariño]. Un borracho canta a gritos.

"En el *cruce,* me conté una historia a mí misma, sobre mí misma." —¿Se está repitiendo? Sigue adelante sin inmutarse, con el sudor acumulándose bajo sus ojos—. "Gracias al *cruce* —gracias a ti— me permitió llegar a ser tan plena como una orquídea de fuego en la *selva,* en ese instante de equilibrio en que ha absorbido el rocío de la noche y es tocada por el calor matutino del sol; abierta. Completamente expandida. Y lo que lo permitió aquí, y solo aquí", continúa, hablando mucho más rápido y con más fuerza, "es la libertad casi total que tenemos: la de hacer lo que quieras en esta comunidad, *como comunidad.* Actuar sin las reglas externas impuestas por las corporaciones, los derechos de autor, el ministerio de comercio, la iglesia, el obispo, las modas de las *telenovelas* y todas las fuerzas de la codicia, los seguros y el miedo abrumador, sí, ¡las mismas que construyeron ese túnel, las mismas que estaban en ese buque de guerra!"

La gente empieza a aplaudir, y como un fuego prendido en la maleza seca, el repiqueteo crece y se apodera de la mitad norte del mercado, invade esa porción del cielo y de la

ciudad, llegando en oleadas tan fuertes que la aterrorizan, y apenas logra contener el impulso de taparse los oídos con las palmas de las manos.

Pero el lado sur del mercado no está convencido. Silbidos, gritos y un frenético “shhhh” surgen de allí y acaban por apagar los aplausos del norte.

“Aquí tenemos graves problemas”, continúa, más en voz baja, cuando su terror ha disminuido, después de que los ecos de los aplausos se hayan disipado en la noche. “Las familias siguen pasando hambre, quedan desamparadas. Nuestras calles apestan, no son seguras, hay peleas.

“Pero nos tenemos los unos a los otros”, dice. Su voz, aunque no más fuerte, rebosa energía. “Podemos hacer el trabajo que queramos, podemos vivir como queramos. Tenemos la música, tenemos esto juntos. Con la música, juntos, con nuestras ideas podemos defender este pueblo. Incluso contra el ejército. Incluso contra todas las máquinas de matar, ¿y sabes por qué?”.

“¡No!” y “¡Sí!” y *“C’est ça, chérie!”*

—Porque ellos… —Ahora señala la Ciudad Amurallada—. Tienen miedo. —Su voz se quiebra al decir «miedo». Tiene la garganta más seca que nunca; no podrá hablar mucho más. Ochoa Campos, Sandoval, sus asesores y la marina… no *tienen* una historia sobre lo que les gustaría ser, porque sus

vidas se basan únicamente en lo que no *desean.* Solo tienen su propio miedo, que los controla y los limita hasta que, finalmente, es el miedo mismo el que los define.

"Verás, tienen miedo de la gente que intenta hacer algo del amor y la curiosidad. Eso los expone como lo que son, hombres pequeños y cobardes. Y por eso podemos desafiarlos… —Su voz se quiebra de nuevo, tiene que forzar la frase para terminarla— ¡Por eso nunca podrán derrotarnos al final, aunque caven sus túneles, envíen sus barcos y soldados e intenten obligarnos con balas y ruido a convertirnos en uno de ellos!

Y el mercado de esclavos se alza en una pequeña pero creciente marea de aplausos y gritos. *"¡Oui, si! ¡C'est ça, chérie!"* Voces cerca de ella gritan "¡Soledad!" y *"¡Souche!"* En la esquina sur, cerca de los árboles en llamas, comienza otro tropismo de ritmo y palmas, que se extiende como la sombra de una nube por el vasto espacio, de norte a sur, de este a oeste.

A su lado y debajo de ella, la chica del *requinto* toca, adaptando sus acordes al ritmo de los aplausos y luego añadiendo una nota de adorno, y otra más, modificándola para que encaje con las palabras que canta.

¿De qué sirve una raíz?
Que no alcanza el sexo del volcán

El grupo de chicas lo recoge, luego el grupo de mujeres y después los *guaqueros,* tirando de él hacia el centro de la multitud; dejan de aplaudir para que las palabras puedan volar, libres de la tiranía de la precisión.

¿De qué sirve un amor
atado por la huella de la sombra?

Los aplausos cesan en el mercado mientras la gente se esfuerza por oír lo que se canta, reconocerlo y unirse. Finalmente, toda la multitud, desde la Puerta de los Esclavos hasta los árboles luminosos y el puerto de los pescadores, canta, no del todo al unísono; diferentes partes de la multitud se escuchan más a sí mismas que al conjunto, pero lo suficientemente cerca como para aproximarse a una fugaz unidad.

Desdichado
Desdichado
esta tierra está triste como una herida

La canción es tan potente en sus diez mil voces que Soledad siente que la comprime físicamente su volumen, como una mujer al ser abrazada por su pareja, con fuerza, pasión y ternura. Y la presión interior provoca una reacción igual y opuesta, una oleada exterior que solo puede definir una vez más con la manida terminología del amor: amor por estas personas en todas sus imposibles contradicciones; tan sinceras y volubles, tan independientes y unidas, tan dulces

y violentas, tan ruidosas y musicales, tan airadas y comprensivas; amor por lo que hacen juntos y por separado, ese *cruce* que le ha permitido no solo hacer lo que acaba de describir, sino contarlo como una historia, una parábola de sí misma, y al hacerlo confirmarlo como un voto matrimonial, para ellos y para sí misma, una vez más.

Sin embargo, ella es sumamente lógica. Su padre le enseñó eso, al igual que las matemáticas de la música. Incluso Miguel, a su manera, le enseñó algo.

Así, mientras *Souche* fluctúa en el Mercado de Esclavos, asimilando la profunda verdad de su amor por estas personas y este lugar, recuerda también la revelación que tuvo antes: que solo puede amar verdaderamente lo que ya ha perdido. Y puesto que debe llevar ese pensamiento hasta sus últimas consecuencias, comprende que si los ama de esta manera, entonces, en la lógica de sus propias emociones, el *cruce* ya está condenado.

El terror que sobreviene entonces es mucho más intenso (aunque frío, no caliente) que los nervios que la asaltaron antes.

Se balancea, gira peligrosamente en la estrecha plataforma, usando el movimiento para distraerse. Encuentra la escalera con los dedos de los pies.

Al pie de Lo Pano, la gente ya baila. Haddad espera a la sombra de uno de los pilares. Ella se aparta de la estructura de la torre y él da un paso al frente; en algún lugar, tal vez en uno de los puestos que aún ofrecen sus productos entre la multitud, ha encontrado una orquídea de fuego. La coincidencia la distrae lo suficiente como para que el terror disminuya un poco.

—Eso fue increíble —dice Haddad—, les dijiste lo que yo quería decir, Soledad. Pero lo dijiste tú… quiero decir, fue precioso. Sus ojos, bajo la máscara de Jagger, están arrugados y húmedos. —Hay un *cruce* en Oakland, California —la mira fijamente, las luces reflejadas salpican su pantalla medio rota—, incluso allí se enterarán de lo que hiciste esta noche.

Ella le quita la orquídea, se inclina hacia adelante por impulso y le da un beso rápido en la boca.

Luego se da la vuelta, se escabulle entre la multitud y deja caer la flor entre la maraña de pies y adoquines, antes de que Haddad, entre la adoración y la sorpresa, pueda seguirla.

La multitud está ahora tan en movimiento como un mar embravecido. El *pinga* fluye libremente. Nadie recuerda mucho de *“Souche”.* Más allá de las primeras estrofas y así, como predijo, todo lo que queda ahora es su música, ganando volumen, cambiando, siendo improvisada, destrozada, vulgarizada, mejorada. Se pregunta, en la

espacialidad de las secuelas, si la música adquiere precedencia solo cuando las palabras, por una razón u otra, ya no funcionan, ¿o es que las palabras y su carga de conciencia nunca son tan fuertes como las emociones que evoca la música? Hombres y mujeres giran bajo el resplandor de las lámparas de acetileno. Es como el final o el comienzo de un carnaval, una impresión reforzada por el hecho de que algunos han adaptado piezas de *Selva* a *La danza de nègre.* Que es un paso de carnaval. Los hombres se agachan y giran, sosteniendo espadas de madera, exigiendo ron. Uno incluso ha pedido prestado lápiz labial para pintarse la cara de azul, como dicta la tradición. Algunos de los bailarines la reconocen con un saludo, una botella ofrecida, un comentario— *"C'est ça, chérie!"* ¡Lo dijiste! Algunos, hostiles a lo que dijo, sacuden la cabeza o hacen algún comentario como "*Puta,* Ahora sí que lo has conseguido", y sonríe de todos modos, aunque con un poco de tristeza. Pero nadie se interpone en su camino, nadie intenta arrastrarla a bailar, a una fiesta o a una conversación, y ella agradece esta discreción. Al final, esto es lo que ha valorado aquí por encima de todo: la capacidad que tienen las personas de ser abiertas, curiosas y desinteresadas al mismo tiempo.

Navega pasando por San Isidor y Lo Pano. Con el volcán a sus espaldas, se dirige al puerto. Busca a alguien; de hecho, tiene que pensar un segundo para recordar quién es. Dolores, por supuesto, su inquilina de antaño y futura.

Dolores, el bebé que lleva en su vientre y la multitud de problemas potenciales que seguramente causarán.

Soledad piensa que sería agradable si esos fueran los problemas más graves que tuviera que afrontar en las próximas semanas. Evita deliberadamente pensar en sí misma y en sus emociones; obviamente, no piensa en Jorge.

La multitud se dispersa y se fragmenta alrededor de la Corniche. Soledad camina hasta el borde del agua, donde la luna traza su estela sobre la bahía. Enciende un Galaxy y camina hacia el norte por el paseo marítimo. Un catamarán de contrabando con enormes motores fueraborda muestra ojos de buey iluminados bajo ella. Una radio emite un chirrido contra la música de *"Souche",* ya fragmentada en una docena de canciones festivas en el mercado. Un reflector, delgado como un alambre, apunta desde una lancha patrullera rápida en medio de la bahía, atrapando en su puño blanco y apretado un balandro oscuro que pensó que podría sortear el puesto de vigilancia con sigilo y conocimiento del terreno.

Ella piensa que debe ser difícil para *los contrabandistas.* Tener en cuenta todas las variables de la marea y los cambiantes bancos de arena de Cap Naufrage, y ahora esta fragata, y aun así mantener el rumbo perfecto que necesitan para surcar esas aguas oscuras y peligrosas sin fallar, noche tras noche, obviamente es imposible. Del mismo modo que no le será factible mantener el nivel de valentía —no, más

aún, el nivel de pasión, pues está segura de que a estas alturas son una y la misma— la pasión necesaria para actuar como lo hizo esta noche.

Es evidente que es capaz de realizar hazañas como esta si se dan las condiciones idóneas. Igualmente claro es que no puede actuar así siempre, ni siquiera la mayor parte del tiempo. Pasará la mayor parte de sus días sometida al mismo miedo del que acusaba a Ochoa Campos. Sin embargo, lo importante es el promedio; equilibrar su cobardía con algún que otro acto de valentía.

No es un equilibrio digno de la fuerza de este *cruce,* o la gracia de la *selva,* o la métrica de la poesía de Jorge, todo lo cual ha incorporado a su propia obra. Es, en el mejor de los casos, una historia pobre de una mujer que lo intentó y fracasó en su mayoría. Pero quizás, algún día, sea suficiente.

Gira hacia el sur. El cigarrillo la ha calmado, le ha ralentizado la respiración. Las luces de Pytagoro parpadean sobre los muelles interiores del puerto pesquero. En realidad, no tiene muchas ganas de ver a Jorge en este momento. Pero le gustaría encontrar a Dolores, que a veces acaba en Pytagoro si el Tayrona no está lo suficientemente animado.

Sobre todo, le gustaría ver a gente conocida. Incluso Ruiz le serviría en este momento. La bahía se siente

terriblemente fría y solitaria, y aún se está recuperando de los cuatro días que pasó viajando sola.

Enciende otro Galaxy y lo arroja al agua medio consumido. La brisa marina le acaricia el pelo corto como si fueran dedos. Caminando con más paso firme, con la barbilla en alto, sigue los anchos bordillos de la Corniche alrededor de los muelles interiores y entra en el cálido ruido del Cadillac.

Ella ve a Ruiz inmediatamente, lo que le permite girarse hacia el bar de la izquierda, evitando al grupo de Jorge por ahora. Encuentra un rincón entre un *contrabandista* y un par de clientes habituales jugando al pinochle en la barra de caoba. La dueña ignora a la gente que clama por bebidas para acercarse a ella, con los ojos más abiertos de lo normal. “Doña Soledad”, susurra, lo suficientemente alto como para que se la oiga por encima del disc jockey; esta forma de dirigirse a ella, usada como un título honorífico en la Ciudad Amurallada, roza el insulto aquí. “Una *tafia* “, le dice, “doble de *pinga”,* y no añade “S’il *vous plaît “.* Pero la mezcla fuerte.

Volviéndose para apoyarse en la barra, Soledad finalmente ve a Dolores, en medio de un grupo de *guaqueros,* por supuesto. Ellos también están bailando el *baile de nègre,* Y brevemente se pregunta qué aspecto del ritual desconoce. ¿Es esto algo más que un rito carnavalesco? ¿Tiene que ver con conversaciones comunitarias o con la llegada del peligro?

El bar está más denso de lo habitual, con humo y ruido. El mozo de cuadra está en plena faena, asomándose peligrosamente por la ventanilla trasera del Coupe De Ville, aparcado en lo alto del muro de piedra, introduciendo a escondidas archivos de música descargados de Wildnets o introducidos de contrabando desde Cayenne y Salvador do Bahia hasta los talleres de Bidonville.

Viendo a Dolores de nuevo, no borracha pero sí drogada, siendo manipulada por sus compañeros con pañuelos negros. Pensando, casi con satisfacción, que vivir con Dolores, intentar ayudarla, probablemente será incluso más difícil que vivir con su padre. Quien aparece casi tan pronto como piensa esto, abriéndose paso entre la multitud hacia una mesa reservada, haciendo señas a Ruiz y a la chica Lo Pano y a un hombre delgado con traje de profesor, barba blanca y gafas doradas. El *gordinflón* de la fiesta de Jorge los sigue silenciosamente, arrastrando con un dedo a la víctima gringa de su anterior robo. La multitud se cierra a su alrededor, pero no antes de que Jorge levante la vista y la vea mirándolo, y *putain* su mirada debe ser como el reflector de la lancha patrullera, ha pasado tanto tiempo, en tantos sentidos.

Unos segundos después, está frente a ella, tomando su mano izquierda entre las suyas y llevándola a sus labios. El verde de sus ojos se cuela entre las defensas de ella, para luego estrellarse contra algo más duro en su interior.

“Soledad”, dice, “me robaste mi talento, sí, y eso fue injusto, me arrebataste mi habilidad con las palabras y nunca me diste tu gracia con la música”.

Ella asiente, ligeramente complacida por los elogios de semejante artesano; sobre todo enfadada, porque incluso sus elogios deben ser en relación consigo mismo. La semana pasada, según Dolores, le pidió a Ruiz que convirtiera uno de sus poemas antiguos en una canción, y de una manera que dolió más que verlo esta noche con la mujer Lo Pano. Él sacude la cabeza entonces, como si hubiera escuchado lo que ella estaba pensando y dice: “No, *chérie,* Solo tú tenías esos talentos, era maravilloso. Construiste una ciudad sobre la ciudad que ya existía. Ella desearía que se callara ya, la gente está escuchando e incluso los extraños deben poder percibir la manipulación en su voz, pero él continúa implacablemente: «Si el cruce sobrevive, puedes decirte a ti misma que fue en parte gracias a ti».

—Si —dice, y da un sorbo nervioso a su bebida.

—Tengo que volver —dice, tirándose del lóbulo de la oreja—. Intenté verte, ¿me dijeron que saliste?

“Sí”, dice ella.

“¡Echeverría!”, grita Ruiz. “Empieza el juego”.

—El grupo de narradores —explica—. Tengo que irme. Pero debemos hablar pronto; es más importante que el

clima o la entelequia de las ratas. Antes de que la multitud se reagrupa, ella mira en dirección al grupo de Jorge y se encuentra con la mirada de la mujer de Lo Pano, quien hasta ahora había evitado mirarla.

El DJ anuncia una pausa; la música se atenúa. Alguien enciende media docena de velas votivas de Oxum. La conversación se intensifica y luego se desvanece. Pytagoro coloca un micrófono inalámbrico frente al hombre de barba blanca, quien se ajusta las gafas, se asegura de que su cigarrillo esté encendido y comienza a hablar.

“Krik”, dice. Es la forma tradicional caribeña de comenzar una historia, y Bamaca está lo suficientemente cerca del Caribe como para que la mayoría del público conozca la respuesta.

—Krak —responden.

—Era arquitecto naval —comienza el hombre—. Tuve muchas mujeres y tres esposas. Todas me odiaban. Había vivido en muchos lugares extraños y maravillosos…

La multitud ahora guarda silencio, salvo por el tintineo de los vasos, el ocasional chirrido de una cerilla, el clic de los dados del pinochle; todos excepto Dolores, que se inquieta y susurra en voz alta. Incluso los *guaqueros,* orgullosos de su rudeza montañesa y su habilidad para lanzar estelas en la oscuridad mientras esquivan helicópteros y miras nocturnas,

ladean la cabeza para escuchar. En la tradición costeña, existe un verdadero respeto por la dinámica de una historia. «Krik», repite el hombre de barba blanca, y «Krak», responde la multitud, más fuerte de lo que la historia justifica. ¿Será la tradición africana la que forja tal atención, la memoria colectiva de los griots[11] sentados en el centro apisonado del pueblo, contando historias de espíritus y chacales? ¿Y es la persistente fijación de Dolores en su pasado —su adolescencia fosilizada, la angustia que aún siente por la separación de sus padres— lo que la lleva a rechazar la historia que se cuenta esta noche en casa Pytagoro? Soledad busca el rostro de Jorge, ahora oculto tras una fila de oyentes. Da un sorbo a su vaso vacío.

Mientras Anne le daba una bofetada, se dio cuenta de que lo había planeado todo para que coincidiera con la construcción del nuevo buque portacontenedores en Finlandia. Que no era tanto a Anne a quien quería dejar, sino al barco terminado, al paisaje del que estaba harto. ¡Krik!

"¡Krak!"

Tiene que admitir que esta historia no es muy buena. Podría inventarse una historia mejor de la nada, a partir de

11 Los griot son narradores de historias y están presentes en la mayoría de los pueblos que habitan el África Occidental, como los mandé, fulbé, hausa, serer, mossi, árabes mauritanos y multitud de otros grupos más pequeños. Son pertenecientes a una casta de poetas músicos responsables de mantener la tradición oral de la historia de la tribu. [N. T.]

lo que le viene a la mente en ese momento. Que, por alguna razón, es un pueblo a 190 kilómetros de aquí, un balneario llamado Santa María del Mar, encaramado sobre acantilados de arenisca junto al océano, una colonia playera de principios del siglo XX con villas blancas, casas bávaras y soportales de estilo mediterráneo, con amplias y frescas habitaciones pintadas en tonos pastel y la brisa marina moviendo cortinas con olor a sal. Enormes casinos y hoteles con vestíbulos oscuros y salones de té húmedos por el moho y los puros; y cabañas junto al mar con sombrillas de rayas desgastadas esparcidas por la corta playa anaranjada.

Iban allí una vez al año, en la estación seca, y siempre se alojaban en el mismo hotel. A su madre le encantaba el lugar, con su vajilla de plata y porcelana blanca como espinas de pescado y alemanes robustos vestidos de marrón leyendo el *Sao Paulo Deutsche Zeitung* en el porche. Le encantaba sentarse en la playa y leer allí durante horas, libros de Céline y Balzac con bordes irregulares, mientras Soledad paseaba con su padre o jugaba en la arena con otros niños. A Soledad también le encantaba Santa María por detalles que atraían a los niños: altos *batidos de menta* En el restaurante del casino, una cabaña abandonada que los niños usaban como fuerte, un carrusel con caballos ornamentados, aunque descoloridos, las cortinas del hotel que la hacían sentir como si viviera en un palacio y, por lo tanto, debía ser una especie de princesa.

—¡Krik! —dijo el hombre de barba blanca.

“¡Krak!”, gritó el público.

Pero Soledad reflexiona que ha empezado mal esta historia, mirando la *tafia* Pytagoro recién hecha que está sobre el mostrador frente a ella. Debería haber mencionado el carrusel desde el principio. Debería haber empezado con Glen MacRae y la normalidad: su madre tumbada en la cama en su habitación a oscuras casi todo el día; su padre en las profundidades de los túneles de la mina con las manos aferradas a la maquinaria que tanto amaba; todos los elementos que constituían el verdadero fundamento de su amor por Santa María, todas las cosas que hicieron que su escapada a la costa fuera un placer para todos, hasta la visita que dio origen a esta historia, en los primeros días de esas vacaciones.

Llegaron tarde dos días antes. Un deslizamiento de tierra retrasó el tren y al día siguiente llovió, un hecho inusual en sí mismo. A ninguno le importó demasiado. Sus padres leían y ella saltaba a la comba con una niña guyanesa en el amplio porche, pero no había podido ir al carrusel ni montar en su caballo blanco y verde favorito. Montar en “su” caballo era una tradición en Santa María; el ritual que, de alguna manera, la conectaba con la realidad de estar allí, liberándola de la fantasía que se había creado el resto del año.

El tercer día amaneció soleado y despejado. Mientras desayunaban, los charcos humeaban hasta perderse en el

azul del cielo, más allá de la barandilla del porche. Un noruego alto, vestido con un traje negro de doble botonadura, se acercó y, con una mezcla de timidez y brío, se sentó a su mesa. Era un ingeniero llamado Gustaffsen; tenía los planos de unas bombas de gasolina de altísima eficiencia que permitirían al padre de Soledad abrir una mina de manganeso en el suelo pantanoso junto al río Chingado. Era evidente que su padre lo conocía y no le sorprendió encontrarlo allí.

También era evidente que algo en él incomodaba a la madre de Soledad. Se negó a hablar con el señor Gustaffsen o a estrecharle la mano. Francis Mac Rae pronunció palabras cargadas de una energía impropia para un desayuno. Soledad fue enviada a su habitación a buscar sus cosas de playa. Cuando regresó, su padre y Gustaffsen estaban hablando con el señor Mueller, el gerente, mientras los sirvientes limpiaban los restos de la vajilla rota que había dejado la comida. «Está afuera», dijo su padre secamente. «Irán los dos a la playa». «¿Al carrusel?», preguntó Soledad. «¡Fuera!», gritó su padre. («¿Krik? ¡Krak!»)

Irena MacRae estaba en la calle, bajo el sol radiante y sin sombrilla. Aunque de tez morena natural, parecía pálida en comparación con los sirvientes y demás gente en las calles de aquel balneario. Tomó la mano de Soledad y la condujo por el bulevar de hoteles hacia el carrusel. Ella, al menos, no había olvidado las tradiciones. Los olores de la playa recibieron a Soledad como amigos: carne a la parrilla, sal,

algas podridas y aceite de coco dulce. Probablemente porque las lluvias los habían mantenido encerrados el día anterior, muchos niños esperaban junto a la verja de hierro fundido que les impedía disfrutar de los colores vibrantes y la música de la atracción. Los alemanes observaban desde los porches, con desaprobación. La madre de Soledad no dijo nada. Su mano estaba tensa, su rostro impasible, como en casa. Soledad también guardó silencio, sin querer que nada interfiriera con lo que estaba a punto de suceder. Siguió la fila de niños hacia la atracción inmovilizada, buscando el caballo que siempre montaba; ni siquiera recordaba por qué le gustaba ese caballo en particular, pero ahora era suyo, con su brida dorada y la pintura verde descascarándose de la cola, y no montaría ningún otro. Caminó dos veces alrededor del carrusel, pero el caballo no estaba allí. Corrió de vuelta, con las lágrimas a punto de brotar, hasta la puerta. Su madre la alzó en brazos, y ni las lágrimas ni la repentina tristeza de la niña habían cambiado la expresión impasible de su rostro. Sin embargo, se acercó al hombre que manejaba la atracción y le preguntó qué le había pasado al caballo.

—Se lo llevaron para repararlo —le explicó a Soledad—. Se llevan tres caballos cada año. Volverá la próxima temporada.

“¡No lo quiero la próxima temporada!”, gritó Soledad. “¡Es mi caballo, lo quiero ahora!”

Irena la jaló hacia el sol.

—¿Quieres que te compre un poco *de barbacoa?* —preguntó ella.

—¡No, quiero *a mi papá,* quiero a mi caballo! —gritó Soledad. Ya no estaba tan enfadada por el caballo como segundos antes, pero una rabieta tenía su lógica y sus consecuencias, y aún no había terminado con esta. Pateó el suelo, se cruzó de brazos e intentó llorar de nuevo.

—Soledad —dijo su madre.

"¿Qué?" Sin levantar la vista.

"Algún día lo entenderás. No siempre conseguirás el caballo que quieres. De hecho, la mayoría de las veces, conseguirás el caballo que no quieres. O simplemente no conseguirás ningún caballo."

—¿Qué? —dijo Soledad—. ¿Quieres decir que *nunca* conseguiré el caballo blanco y verde?

—No me refiero al caballo —dijo su madre, sentada en una posición extraña sobre la acera caliente—. Ni siquiera me refiero al carrusel. Me refiero a que no se puede esperar que todo vaya bien, como esto. —Agitó el brazo con cansancio. Como Santa María. Casi siempre —añadió con voz más suave—, la vida es triste. Triste y demasiado larga.

Soledad volvió a golpear el suelo con el pie, esta vez con menos fuerza. No tenía ni idea de a qué se refería su madre.

Era tan joven que los límites de su *estancia* le parecían tan lejanos como el fin del mundo, y los caprichos de sus padres, tan incomprensibles como el tiempo. Además, su padre sentía una aversión, propia de un escocés presbiteriano, hacia el catolicismo, así que la compleja culpa papista que podría haber vinculado su malcriada conducta con el dolor y la ira que a veces manifestaban sus padres, simplemente no existía. Hasta ahora, las armas y las canciones de María Gisela habían bastado para mitigar la confusión de tiempos como estos.

Su madre se pasó el dorso de la mano por la cara, no una ni dos veces, sino seis o siete veces seguidas, como si quisiera secar lágrimas que nunca llegaban a brotar. La emoción principal de Soledad aquella mañana perfecta seguía siendo la confusión; pero, curiosamente, no desapareció, ni durante el resto de aquellas tensas vacaciones (que se interrumpieron cinco días después), ni durante las semanas posteriores.

Aunque su padre canceló el acuerdo que estaba a punto de firmar con Gustaffsen y se retiró por completo de la minería de manganeso para pasar más tiempo en casa, la madre de Soledad no obtuvo ninguna alegría de sus pequeñas victorias.

Nunca regresaron a Santa María del Mar. Y mucho después de que los detalles del caballito del carrusel se desvanecieran, Soledad recordaría lo que su madre había

dicho entonces, el dilema que planteaba —sobre sus padres, sobre ella misma— una pregunta que no se desvaneció, sino que permaneció tan aguda y fuerte como la luz en aquel claro pueblo costero donde el cielo, los edificios y la arena eran casi todos tan blancos como el resto.

—¿Krik? —pregunta bruscamente el hombre de barba blanca.

"¡Krak!", responde el público, más fuerte.

Según ha podido saber Soledad, el arquitecto naval se encuentra ahora en serios aprietos.

Enciende un cigarrillo. La mitad de sus circuitos de memoria aún están bañados por la luz del mar de Santa María. Todavía se siente temblorosa por la adrenalina liberada en el Mercado de Esclavos. Toma un trago de la *tafia fresca* y una profunda calada de humo áspero y se siente mejor. Mira alrededor de la multitud para ver si realmente están escuchando al de la barba blanca, y una vez más se sorprende hasta qué punto estos costeños son unos ingenuos ante una historia. Se prestan a cualquier cosa con tal de que el diálogo continúe. Los *guaqueros* están allí de pie, con cervezas goteando en sus puños, absortos como colegiales. Dolores se apoya en el alto, que no es Diego; tiene los ojos cerrados, así que es imposible saber si está escuchando o no, pero al menos su cuerpo está en reposo. Jorge está escondido entre la multitud.

La chica de Lo Pano es visible. Le hace señas a Pytagoro para que le traiga algo de beber, evitando la mirada de Soledad. Pytagoro coloca la *tafia* en la bandeja de un camarero y se da la vuelta. Soledad desenrosca la tapa de una botella de salsa de chile *diablo vert* y vierte un tercio en la bebida de la chica. Siente una mezcla de satisfacción y asco consigo misma cuando un camarero le trae el vaso. Observa con atención para ver si la mujer de Lo Pano se atraganta.

El *mounchey* se ve claramente a través de un hueco entre la gente, al igual que el hombre con ropa yanqui al que le había robado la cartera antes. Ahora, por primera vez, Soledad ve el rostro del hombre. Como si pudiera sentir su mirada o oír sus pensamientos, se gira y la mira fijamente.

“¿Krik?”

“¡Krak!”

El bar se oscurece. Las palabras de la historia, los sonidos del público, la chica de Lo Pano dando el primer sorbo a su bebida adulterada, se desvanecen tras un ruido ensordecedor que parece crecer alrededor del extraño. El ruido ensordecedor es apropiado, porque es un ruido blanco, un sonido de ausencia, de vacío, de información negativa como la que Jorge dice que las organizaciones difunden para adormecer los sentidos de sus clientes y víctimas humanas; y lo que es el rostro de este Yanqui, no es nada, o más precisamente, dentro del escenario de un rostro

normal delineado por el cuero cabelludo, las orejas y la mandíbula, es una masa hirviente de datos y movimiento, no nariz, ni boca, ni ojos, sino solo una nube turbulenta como la que se ve cuando las estaciones de televisión dejan de transmitir a las 3 de la mañana, después del himno nacional y la plantilla de prueba, cuando el caos se desata.

Quiere moverse, apurar su bebida, hacer algo normal, pero no puede. Está absorta, es lo contrario de cómo estaba mientras escuchaba la historia, pues el ruido blanco aumenta de volumen, y el brillante caos de luces y sombras donde debería estar el rostro del hombre se agranda en la visión de Soledad, hinchándose hasta parecer que toca todos los límites de la percepción.

Y ahora, en medio del caos, aparecen formas, figuras que al principio parecen tan aleatorias y sin sentido como el ruido visual, pero que de repente se convierten en cosas reconocibles: diferentes ángulos, como tomas *de telenovela,* como esos videoclips que usan los terapeutas de Fernsehen: dos hombres, uno con un oso hormiguero azul tatuado en el brazo, inclinado sobre otro hombre desplomado en algún lugar (siguiente fotograma) la pata de una silla atornillada a un enorme perno de argolla en el suelo de piedra (siguiente fotograma) el rostro de un hombre concentrado, sus ojos entrecerrados como rendijas como los de un lagarto (siguiente fotograma) hombre en silla arqueado hacia atrás, con la boca tan abierta que ella tiene problemas para reconocerlo, pero el pelo es de Jorge, la nariz también, las

líneas en su carne desgastadas por tiempos más suaves, la camisa es una de sus viejas camisas de lino (y ella se aleja del bar ahora, la *tafia* caída y explotada en un acorde de fa sostenido de vidrio y ron en los azulejos). Con ambas manos se cubre la boca mientras mira fijamente el rostro terrorífico del invitado de Jorge (siguiente fotograma).

El brazo con el tapir sacando algo crudo y sangriento que aún se mueve de la boca de Jorge, mientras él grita en silencio, y ella grita en silencio, una y otra vez; y todos los demás en Pytagoro se calman y se quedan tranquilos como un lago de montaña.

Capítulo XII

El remolcador navegaba ahora en otra dirección, o quizás el viento había cambiado; en cualquier caso, el refugio que le brindaban las lonas de los televisores detrás del puente de mando ya no protegía a Soledad. El viento cobró fuerza en los ángulos del barco y la azotó con fuerza, enroscándola. Tenía la boca tan abierta que le dolía; el viento le soplaba literalmente entre los dientes. Se preguntó si su silbido había contribuido a su sueño de aquel largo y silencioso grito de Pytagoro.

Cerró la boca, se puso de pie, se tambaleó mientras el barco se balanceaba y se agarró a una cuerda tensa para sostenerse. Se sentía débil e insustancial; el viento era ahora más frío y húmedo, y sabía que sus extremidades comenzarían a temblar una vez que se dieran cuenta de que estaba consciente. Desde esta perspectiva podía ver por

encima de las lonas, hacia la blanca estela de los remolcadores, donde la niebla se había disipado lo suficiente como para dejar al descubierto un enorme arco liso, de color naranja fundido (naranja como la sensación que había tenido de sí misma, liberada bajo Lo Pano de la escoria de la duda); un salto del tamaño del cielo, transformado en acero, que unía un promontorio verde oscuro a la izquierda del remolcador con un promontorio a la derecha.

El puente Golden Gate. Por un instante, atónita, se preguntó si al retroceder en el tiempo en su sueño también había retrocedido en la realidad; habían pasado bajo el Golden Gate en dirección contraria una hora antes de que se durmiera. Entonces se dio cuenta de que el sol estaba en un ángulo y dirección diferentes y que regresaban a la bahía de San Francisco, de vuelta a Oakland, al antiguo astillero naval y al centro neurálgico.

El nodo. Intentó susurrarse ese nombre a sí misma; como siempre, no le salió nada.

Soledad se estiró. Vio al pirata de la marihuana en un ala del puente de mando, trasteando con su antiguo instrumento de latón. Se había puesto un suéter para protegerse del frío, pero sus delgados muslos seguían desprotegidos. Delante, un enorme barco de costados planos se movía como un edificio perdido, emergiendo de un banco de niebla que se elevaba y se extendía en la bahía hasta que finalmente se enroscó alrededor de la anomalía

geológica de vidrio y hormigón que era el centro de San Francisco.

Miró hacia adelante y a la izquierda, siguiendo la dirección del nuevo puente de la bahía, donde debería estar Oakland, pero que por el momento quedaba oculta por la empinada isla que sostenía la parte central del puente. Era plenamente consciente de que esa misma mañana había abandonado el lugar mientras este sufría un ataque indefinido por parte de las autoridades; también sabía, en retrospectiva, que Stix había hecho bien en llevarla al remolcador, a un lugar seguro. Ahora le resultaba evidente que, por muy tentativo que hubiera sido el ataque, habría resonado en su mente lo suficiente como para paralizarla de alguna manera.

Ella lo sabía, al igual que sabía que recordar las visiones de pesadilla de casa Pytagoro debería haber duplicado o triplicado su sensibilidad a los horrores potenciales que azotaban este *cruce gringo* al que había huido. Sin embargo, ahora contemplaba la espumosa ola de proa del remolcador con una calma frágil pero innegable que, razonó, debía surgir de la sensación de tranquilidad y rectitud que la reconfortaba como una bolsa de agua caliente cuando soñaba con la gente y los tropismos del *cruce,* con un amor —había usado la palabra en su sueño, y tenía derecho a usarla— un amor que podía trascender los detalles del horror, los presagios de dolor, incluso cuando estos debían llegar como un final ineludible a la experiencia principal.

Detrás de las ventanas manchadas de sal del puente de mando, a su derecha, el muchacho tecleaba en una terminal de computadora, y el remolcador cambió de rumbo hacia el norte. Estaban rodeando la isla Yerba Buena. Detalles de Berkeley y el monte Diablo, apenas distorsionados por la niebla, aparecieron ante nuestros ojos tras el extremo rocoso de la isla, como cartas repartidas desde la distancia.

El remolcador se balanceaba suavemente en la estela del buque portacontenedores. Había sido un alivio salir del encierro y de la inmensa fábrica resonante donde dormía. Respirar aire impregnado de yodo y del Pacífico, libre de la compleja información de los olores humanos; ver el verde, aunque no fuera el verde amarillento, espumoso y alegre de la *selva;* sentir el movimiento largo y misterioso de las olas, y moverse al ritmo de un patrón que no había sido creado por otros. Todo ello se había combinado en esta serenidad parcial, permitiéndole mirar con calma hacia adelante mientras Oakland se abría paso ante sus ojos.

—Solo fue una prueba —dijo el chico a su lado, y ella dio un respingo—. Había un mensaje sobre los Wildnets. Entraron en los túneles, pero no pudieron atravesarlos.

Soledad lo miró fijamente. Se dio cuenta de que había hablado en lancán–patua. Él la miró por un instante, luego dirigió la vista hacia donde el primer entramado gigante del área portuaria se dibujaba en la cabecera del puerto; donde las llamas de escape de las chimeneas de las refinerías ardían

como santuarios a una deidad tecnológica; donde una única y delgada columna de humo oscuro se elevaba ahora desde más allá del cabo, donde debería estar el nodo, como un humo de historia, un humo primigenio que combinaba el goteo de San Isidor y la combustión de Ensevli y los gases de escape de las explotaciones de la mina Glen MacRae con lo que fuera que los estadounidenses hubieran encendido en el nodo frente a ella.

Stix estaba esperando cuando, tras atravesar la multitud de corredores de la antigua base, atracaron en el muelle del túnel de acceso.

Encontró a Soledad en el salón. Tenía la cara manchada, pero las sombras alrededor de la boca y los ojos eran más oscuras que el hollín. Confirmó lo que el chico había dicho. Su voz era cortante y denotaba disgusto. «Tengo la moto», le dijo a Soledad, y luego añadió, con indiferencia: «Quería asegurarme de que estabas bien. Te llevaré de vuelta al taller de torpedos, si quieres».

Sacudió la cabeza, sin estar segura de lo que realmente quería, pero sí convencida, tal vez por el aire puro que acababa de respirar, de que no era esto.

—Da igual —dijo—, no tengo tiempo para acompañarte. Se echó el pelo hacia atrás con cansancio. Por alguna razón, ese gesto le recordó a Miguel. —Tengo que ir a Liteworld.

Intentó encontrar su mirada. Él observaba al mapache, que había metido una pajita en un azucarero cerrado y trataba de succionar los cristales. Observaba las pantallas alrededor del sofá, en particular las de ΠΟΔΙΣ, donde la agradable escena de campos y el aeropuerto de cristal había sido reemplazada por mapas que mostraban búnkeres, puertas secretas y túneles que serpenteaban desde castillos hasta generadores de color ocultos. Ella lo saludó con la mano para llamar su atención. Cuando él la miró, ella señaló su pecho.

—Tú —dijo—. De acuerdo.

Ella señaló hacia arriba.

“¿Quieres subir? Claro, puedo… no. ¿Qué quieres decir?” Negó con la cabeza. “No tengo tiempo para esto, llego tardísimo…”

Ella lo señaló, luego a su pecho otra vez, luego hacia arriba, clavando su dedo con fuerza. Stix suspiró y volvió a mirar la escena de ΠΟΔΙΣ.

“¿Quieres venir conmigo? ¿Afuera?”

Ella asintió. Él sacó el portátil del cinturón, movió el joystick y observó la pantalla durante un minuto. Miró al mapache, que estaba molesto porque no conseguía suficiente succión para atraer los cristales por el lazo de su pajita. Ahora estaba tumbado boca arriba sobre una pila de husillos de datos,

ordenando tarjetas de memoria alfabéticamente y luego lanzándolas con furia en todas direcciones.

"¿Qué demonios?", dijo Stix. Su voz no denotaba entusiasmo. "Es mi espectáculo, ¿no? No veo por qué no puedo traer una acompañante si quiero".

—*¡Rrrreekeet!* —dijo el mapache con enfado, y arrojó toda la pila de cartas del mazo.

***

Una hora más tarde, Soledad se encontraba en la cubierta inferior de un puente, sentada en el asiento delantero de un gran descapotable negro que olía a pescado.

Un cráneo entero de vaca estaba atornillado al capó del coche, obstruyendo solo parcialmente la entrada de aire del carburador cuádruple que estaba atornillado debajo.

En el interior, cientos de luces de advertencia parpadeaban entre un caos de latas de cerveza Malta y Naugahyde desgarrado. Afuera, la puesta de sol era como una vieja salsa marinera sobre el mantel de la noche. El puente era el mismo que había visto desde el remolcador, no el Golden Gate, sino una larga serie de tramos que saltaban desde Oakland, a un pilón gigante que parecía un monumento de Speer[12], a una

12 Berthold Konrad Hermann Albert Speer, conocido como Albert Speer, fue un arquitecto alemán que ejerció como ministro de Armamento y Producción de Guerra de la Alemania nazi durante gran parte de la Segunda

isla; allí, el puente parecía detenerse, tomar un respiro, girar un poco, recoger sus patas de acero y hormigón bajo sí, y luego saltar al otro lado de la bahía hacia las centelleantes galaxias urbanas de San Francisco.

Un panel en la entrada de la ciudad advertía a todos los camiones y automóviles de más de dos años que bajaran a la planta baja y a los pasillos para camiones. Pero los pasillos para fumadores estaban bloqueados como de costumbre, y el conductor, un Putamadre con el pelo cardado en forma de signos de interrogación, la típica ropa gótica y enormes medallones de circuitos colgando del cuello, giró su vehículo por una salida y subió, ilegalmente, a los pasillos elevados que discurrían junto a los elegantes cafés tibetanos de frituras, los talleres de Webware y las casas de mate.

Dos Daimler de pila de combustible se detuvieron inmediatamente frente a ellos. Un tercer coche se mantuvo a la altura de la ventanilla del Puta. Era un Ford–Volvo con una pegatina de un vigilante de la antigua ley en la puerta, conducido por un joven blanco que llevaba la corbata distintiva de un keiretsu Flash. Les gritó inútilmente a través de la corriente de aire, señalando con el dedo índice una rampa hacia una de las calles para camiones. El Puta, a modo de respuesta, sacó un rifle de caza oxidado y recortado de debajo de su asiento, lo apuntó a la cara del tipo del tres por

---

Guerra Mundial. El 1 de octubre de 1946, fue condenado a 20 años de prisión. [N. T.]

ciento y luego lanzó su 408 con inyección de nitro al carril reservado para VIPs y vehículos de auxilio. Giró a la izquierda hacia la autopista Van Ness, esquivando a la escoria inversora que tenía delante.

"¡Jesús!", gritó Stix desde el asiento trasero, donde intentaba evitar que las cajas apiladas de su maquinaria se volcaran en las curvas. "¡Nos vas a matar, maldita puta loca!"

"Choo dijo que llegamos tarde, *maricón,"* La Puta respondió, sosteniendo el cigarrillo con una mano y la escopeta recortada con la otra, manejando ahora con las rodillas, y Soledad sonrió, aún atrapada en la calma irracional, el jacuzzi mental de abstracción en el que había estado sumergida metafóricamente desde el tirón.

De todos modos, nada de esto era real para ella; nada, al parecer, podía sorprenderla ya. Ni el nodo demasiado silencioso al que llegaron desde la base subterránea: callejones con olor a productos químicos quemados, pantallas que mostraban imágenes de Saigón en 1979, o *telenovelas estadounidenses de los años 50* transformadas para vestir a *Beav* Cleaver de luto, o vampiros que se deslizaban oscuramente sobre la exuberante isla de Gilligan. Ni el laboratorio de la BOQ, donde Stix recogió un pequeño recipiente lleno de algas verdes brillantes y se lo colocó en un arnés al hombro; ni la cabaña del hacker detrás de un almacén donde se sentó en la oscuridad mientras una mujer invisible escaneaba con un láser las yemas de sus dedos,

retinas y crestas laríngeas para grabar su identificación en una tarjeta UCC falsa, un alquiler de doce horas que le costó a Stix una suma tan alta en fichas de trueque que casi se sintió culpable por haber pedido acompañarla. Ni siquiera su método para abandonar el nodo, frente a todos esos puestos de control que bloqueaban las salidas en el Muro de Coches Chatarra y el Muro de Ordenadores Centrales Antiguos, la desconcertó: había sido una operación engañosamente simple en la que el Doctor Zatt, manejando una grúa encaramada sobre los Fairlanes, la parte más alta de ese muro, la elevó a ella, a Stix y a tres cajas de madera en una red de carga a través de la espesa niebla y hacia abajo, pasando una cisterna gigante pintada para parecer un inodoro, directamente al asiento trasero del convertible Putamadre, que salió disparado tan pronto como desengancharon la red, atravesando una jungla de maleza a lo largo de vías de ferrocarril oxidadas de color rojo, y tan rápido que los coches blindados que vislumbraron a través de los huecos en las antiguas oficinas de la línea naviera china no tuvieron absolutamente tiempo de reaccionar.

Supuso que esa neblina de irrealidad era la forma en que había aprendido a lidiar con el exceso de información y los cambios drásticos. Era una buena manera, pensó, aunque Jorge probablemente habría preferido el método de Stix, que coincidía con sus propias teorías, o mejor dicho, con las de Fernsehen. Su acompañante, furioso por su creciente impuntualidad, apenas le había dirigido la palabra mientras

alquilaba el huso falso, hasta el punto de que se preguntó por qué había accedido a llevarla con él. En cualquier caso, el camino sin asfaltar que discurría por las vías del tren a lo largo de Middle Harbor Road y finalmente a través del túnel bajo la Ruta 880 era demasiado accidentado para hablar. Pero mientras se adentraban en los carriles despejados de la 101 Norte, dijo sin preámbulos y sin siquiera mirarla: “Me encontré con Will hace seis años, justo ahí abajo, en SOMA, Market Street; había perdido el contacto con él, ya sabes, después de San Diego. Obtuve un gran crédito organizando una exposición de arte terrorífico para una galería que se dedicaba a los muertos, exactamente como el lugar al que vamos ahora, de hecho. Luego salgo con el director ejecutivo de relaciones públicas y ¡zas! Ahí está Will, organizando una protesta porque están consolidando virtualmente el software de keiretsu que patrocina la exposición y está cerrando todas sus tiendas en el Valle y subcontratando a tiendas en línea en Uganda.

“Pensé que me despreciaría”, continuó Stix, viendo pasar el Moscone Center a toda velocidad. “Ahí estaba yo, nadando en dinero, recibiendo dinero de la Megorg; ambos habíamos leído a Hawkley en San Diego, aunque el bueno de mi padrastro intentaba pegarnos cada vez que veía la *Biblia del Contrabandista,* pero Will solo sonreía. Salimos a Vesuvio’s, nos emborrachamos y nos sentimos de maravilla. Hablamos de chicas, de música y de Joachim Boaz; a ambos nos encantaban sus pinturas. Hablamos de cómo crear

espectáculos que subvirtieran a las organizaciones, aunque nos pagaran por ellos; en ese entonces, las teorías nos daban igual. Es decir, seguíamos teniendo grandes diferencias de opinión; por ejemplo, yo siempre fui un gran fan de los dibujos animados de El Correcaminos, y él pensaba que El Correcaminos era una tontería, Planet Blast era lo suyo; pero los hermanos tienen esas diferencias. En ese momento, nos sentimos como si fuéramos hermanos de verdad, como si hubiéramos sobrevivido a todo. Ojalá…"

Pero nunca le dijo lo que deseaba. Por primera vez desde que había empezado a hablar, la miró. Su bufanda producía un sonido similar al de un látigo a través de la ventana abierta. Ella le devolvió la mirada, reacia a interrumpir ni su conversación ni el desapego casi budista con el que la recibía.

—Will puso una trampa explosiva en el túnel por donde entraron —continuó Stix en tono neutral—. Él, sus Navegantes, ¿qué más da? Lo volaron justo después de que entrara un escuadrón; iban vestidos de policías, pero tenían tarjetas UCC con todos los datos borrados. Trabajo federal. —Stix hurgó en un trozo de Naugahyde del asiento de enfrente—. Solo casos de inhalación de humo y tímpanos reventados, y un tipo tenía una pierna rota, pero podría haberlos matado así. —Stix chasqueó los dedos. De repente, estaba gritando: —Podría haberlos matado, solo que la gente de mierda de McDonald'sland se une a las unidades especiales para salir de Kansas, y de todos modos nunca

hubo una reunión del pueblo, ¿entiendes? —Mirando fijamente a los ojos de Soledad—. Nadie le dio derecho a usar amatol.[13]

Soledad asintió porque comprendió algo importante en todo esto: era la segunda vez que lo veía transformar su infancia en una historia que le contaba. Probablemente era la forma en que desarmaba a la serpiente que se enroscaba en el fondo del abismo de su niñez. Era exactamente como lo planteaba la teoría de Fernsehen, y a Jorge le habría encantado verla.

Entonces se mordió el labio con fuerza, porque pensar en Jorge abrió una pequeña grieta en la burbuja de cristal que rodeaba su sensibilidad, y definitivamente estaba empezando a apreciar esa distancia transparente, esa calma cristalina que el Pacífico le había traído como un regalo.

La puerta era de buen gusto, compuesta por fantásticas gárgolas y pagodas de hierro forjado y grandes letras sans–serif[14] de hierro con forma de hojas que deletreaban CLOUD FOREST [Bosque nuboso]. También era gruesa y estaba

---

13 El amatol, es una mezcla de nitrato de amonio y trinitrotolueno (TNT), se utilizó de forma extensa durante la Primera y Segunda Guerra Mundial como relleno explosivo en bombas, proyectiles, morteros, así como minas y cargas navales de profundidad. [N. T.]

14 Sans serif significa “sin serifas” o “sin remates” en los tipos de letra. Son tipografías limpias, modernas y minimalistas que eliminan esos adornos para facilitar una lectura más directa. Ejemplos conocidos: Arial, Helvetica, Open Sans, Futura… [N. T.]

cargada de púas de acero y un conjunto enorme de barrotes que permanecían cerrados frente al capó oxidado del Malibu de Putamadre. “Planificación del Apocalipsis”, anunció Stix. “Vamos a la galería”. Unas lentes se movieron sobre ellos, una voz generada aleatoriamente les instó cortésmente a que deslizaran sus tarjetas UCC por una ranura en la puerta; Entonces la voz dijo: “Bienvenidos, Planificación del Apocalipsis, Sr. Stephen Xavier Grammatico y Sra. Consuela Magdalena Castro. Lamentamos que la tarjeta del Sr. Leon ‘Kukuman’ Osorio haya vencido, tenga antecedentes penales o haya alcanzado el límite de crédito máximo; por lo tanto, lamentamos tener que insistir en que, para mayor tranquilidad de nuestro personal de seguridad, el Sr. Osorio no ingrese al Bosque Nuboso. Sin embargo, nos complacería que acompañara al vehículo hasta la entrada de entrega”.

—Que te jodan —dijo el Puta, sin rencor.

—De nada —respondió la voz—. Que lo disfrutes.

Cloud Forest casi hacía honor a su nombre, pensó Soledad. Aunque de inspiración kempiana, claramente no era el Kemp original, que tendía a estar más arraigado en los materiales autóctonos como la secuoya y el granito; tal vez uno de los discípulos de Kemp había transformado la teoría general en esta torre altísima donde el componente vertical consistía en tubos transparentes que atravesaban el edificio de arriba abajo, con tubos más pequeños de noctiluc enrollados alrededor de un núcleo de vigas en T. El componente

horizontal eran gruesos balcones en voladizo que colgaban en todas direcciones, sosteniendo las diversas selvas que los propietarios de los condominios patrocinaban, a menudo con la aprobación del Sierra Club o el NRDC, en su particular cornisa de hormigón.

Detrás de los balcones, arcos moriscos o enormes ojos de buey proyectaban una luz cálida sobre la vegetación y las volutas de niebla que flotaban a su alrededor. El último piso se dividía entre un enorme balcón en voladizo, coronado por una manga de viento y un avión de pasajeros aparcado, y un ático de cristal rodeado de altos árboles. Uno de ellos era tan grande, pensó Soledad, que debía ser una secuoya gigante o quizás un baobab, sujeto con cables y anclado en su propio contenedor de cincuenta mil litros de mantillo humedecido.

Y allí se dirigían, hasta la cima: Soledad, Stix y las tres cajas —una de las cuales, ahora comprendía, era la causante del olor a pescado en el cacharro— en un montacargas integrado en la estructura de vigas. Las puertas se abrían a una larga despensa donde hombres y mujeres rubios, vestidos con trajes típicos suecos, preparaban bandejas de champán y pasteles, que luego llevaban a través de una puerta corredera bajo un pequeño arco morisco. Otra persona alta los esperaba, vestida con un traje similar al del primo rico de Stix, de tela más lisa y de aspecto más flexible, con solapas iridiscentes.

Soledad no estaba segura, ni entonces ni nunca, del género exacto de esa persona, y pensó en ella en patois como “elil”, una designación que abarcaba esos casos: elil, en cualquier caso, tenía la cabeza rapada y rasgos casi egipcios, maquillados con un precioso brillo violeta en los párpados y los pómulos, y una forma de moverse que sería afeminada en un hombre y masculina en una mujer. Elil sujetaba una caja de comida para llevar de QuikViet entre el pulgar y el índice de una mano. “He decidido”, le dijo elil a Stix, “que tu atroz tardanza es hostilidad latente; por suerte me acordé de la última vez y previ el retraso; de todas formas, siempre te ves mucho más guapo fuera de Flash, así que te perdono. Soy Randy”, añadió elil, volviéndose hacia Soledad, “¿alguien te ha dicho alguna vez que eres mucho, mucho más guapa que Lara Love?”. La sonrisa de Randy era amplia y sorprendentemente sincera para ser uno de los Muertos. Soledad se reprendió mentalmente por usar un término que solo una *crucista radical* usaría: los Muertos, la Gente Segura, los que vivían Afuera. Nunca había estado de acuerdo con esas categorías de grupo interno/externo; era la forma de pensar de la gente de la Ciudad Amurallada, pero al revés. Elil se giró, los condujo más allá de una enorme cocina que brillaba con encimeras de madera maciza y terracota toscana, y a través de otra puerta, subieron un tramo de escaleras… y Soledad jadeó.

La habitación parecía ocupar toda la superficie acristalada del ático, aunque más tarde descubrió que ocupaba menos

de la mitad. Una parte, con suelo de cristal, sobresalía en voladizo, permitiendo contemplar casi cuatrocientos pies de altura bajo las suelas de los zapatos, más allá de una perspectiva cada vez más reducida de jardines y balcones escalonados, hasta llegar a la entrada y las limusinas del tamaño de un guisante aparcadas a lo largo de ella.

Al otro lado, en el jardín del ático, la secuoya gigante se mecía con un viento gris sobre un bosque de árboles más pequeños mientras una lluvia de ozono descargaba su furia fugaz sobre Pacific Heights, para luego disiparse.

Sobre Soledad, donde se encontraba junto a esta entrada, una pared se retorcía con las curvas y los nervios de una docena de murales de Joachim Boaz, bajo la sombra de una galería de juglares repleta de cámaras ambientales y sostenida por vigas de secuoya. El cuerpo principal del piso también era de secuoya pulida. En todas partes, se veían principalmente las luces de San Francisco, apenas difuminadas por la lluvia, la niebla, el vidrio antibalas y los soportes curvos de aluminio a los que estaba sujeto el vidrio.

—Te dejo aquí, maestro —dijo Randy, y le entregó el *chó* carton—. Ahí está el *goi cuoc ton* que pediste. Sven y Rolf están trayendo la, digamos, ¿obra de arte mecánica? Elil rió entre dientes. —Date prisa. Llamaré a los invitados de honor en cuanto me lo digas, aunque con el índice Flash bajando 870 puntos hoy —hay otro Infocrash en camino, recuerda mis palabras— podrían quejarse toda la noche, benditos

sean sus codiciosos corazones. Mientras tanto… —Elil rió entre dientes otra vez y extendió un codo hacia Soledad—. ¿Puedo presentar a la Señorita Castro a la fiesta?

"Soy su único distribuidor al oeste de las Rocosas", dijo Randy mientras Elil guiaba a Soledad por un pasillo repleto de enormes dioramas de Boaz. "Vivo en mi galería, ¿sabes?, o tal vez trabajo en mi apartamento, nunca me decido, no importa lo que le diga al fisco". A través del más grandioso arco morisco hasta el momento, entraron en una sala que abarcaba todo el lado oeste del ático, una pared revestida de paneles cubierta por tres Boaz gigantes, la otra completamente de cristal, y el centro ocupado por unas setenta personas vestidas con diversos atuendos formales. Media docena de esculturas transparentes —similares a las que había visto cerca del centro comercial sobre los túneles de los Kunduran— cambiaban de color y de forma, dependiendo tanto de su software como de quién estuviera cerca. Una serie de pantallas de vídeo en soportes portátiles mostraban tomas en directo de cámaras ambientales de Jermyn Street, Rue de Seine, Unter den Linden, Ginza 4–Chome. Unos altavoces con ruedas, que se movían lentamente al ritmo de un programa de sonido dinámico, producían retumbos rítmicos, explosiones, y zumbidos agudos.

"Ahí está el Pacífico." Elil señaló hacia la izquierda. "No puedo verlo, noche oscura y neblinosa, je je, *pino nórdico,* abeto del norte para ti, y el Presidio; luego alerce del sur, y

allá a la izquierda, esa ridícula iglesia swedenborgiana, y hasta el final a la derecha, el Templo Emanu'el; estamos rodeados de fe, la mitad de este edificio ahora es hoffaísta,

En cierto modo, tiene sentido. Todos los demás trabajan a comisión, ¿por qué no Dios? (Otra risita). Kandy giró bruscamente a la derecha, pasando junto a un sofá de aspecto extrañamente acogedor, directo al corazón de la multitud, al olor de Venganza, al ruido de los altavoces, al murmullo de las conversaciones. «Tormentas de manchas solares en Júpiter», gritó Elil, «me refiero a la música, está programada para el espectáculo de luces. Dicen que con este programa se pueden predecir huracanes de hidrógeno en Io».

Soledad, con el oído hipersensible a lo que no podía imitar, notó que la mayor parte de la conversación en la sala parecía extraña y salpicada de silencios. Al observar con más detenimiento los grupos de personas, comprendió el motivo: los invitados, aunque a menudo se apiñaban en extraños nudos sociales, hablaban principalmente por teléfono móvil o miraban fijamente la mitad plateada de sus máscaras faciales, charlando animadamente con personas que no estaban en la misma habitación. «Junie L. Swayne», susurró Randy, asintiendo hacia una mujer vestida con un llamativo diseño bicolor: tonos terrosos y un vestido por un lado, y una especie de versión posmoderna de los pantalones de los años 70 por el otro. Discutía acaloradamente con su máscara. "El principal intermediario

de memoria en la red de intercambio de San José, tiene más dinero que Hoffa, *le encanta* Boaz. Y Evan LaRude"—este es un hombre negro elegante con el pelo iluminado en media docena de colores, vestido de pies a cabeza con purpurina Neodisko, paseándose pensativo de un lado a otro con un teléfono móvil, murmurando "Debertures". "Solo el mejor psicogenetista del JPL, eso es todo. Oh, la humanidad, la *hu–man–idad"* continuó Randy sin razón aparente, tomando dos copas de champán y un par de aperitivos de un sueco que pasaba. "Prueba esto, bacalao del Atlántico ahumado con enebro y tapenade de macadamia, ya no se *encuentra* bacalao, y el acompañamiento" (golpeando la galleta) "mijo orgánico, ajo orgánico. La mayoría de nosotros en este edificio tenemos ranchos de apartamentos; yo tengo uno en Sonoma, solo ocho acres, pero es suficiente; cultivamos todos nuestros propios productos orgánicos, es *mucho* más seguro, ¿no crees? Aunque tal vez en tu país todavía sea orgánico, ¿cuál es tu país, Señorita Consuela, si ese *es* tu verdadero nombre?" Mirándola de repente muy de cerca a través de pupilas de un verde muy claro y sin rastro de risita. "Vuelvo enseguida", añadió Elil de repente, y desapareció.

—Bueno, si no puedes obligarlo a ir a juicio, ¡ataca su bot! —gritó alguien por teléfono móvil a la izquierda de Soledad; y le respondió, en tono si no en la realidad, un hombre corpulento con un chaleco antibalas de Kevlar con paneles de pantalla delgada que mostraban información en tiempo real sobre el futuro de la banda ancha, así como vídeos en

miniatura del taller de Boaz, quien dijo: —No vendría solo por una focaccia de acelgas y una copa de pinot grigio de Vacaville, ¿verdad?

Soledad tomó un sorbo de champán —orgánico, supuso— e inmediatamente se sintió mal. «No tiene ninguna gracia», dijo una voz desesperada entre la multitud, «es *Alison.* El doctor Stein dijo que tiene síntomas *clásicos de TDE».*

Randy, al regresar, tomó a Soledad del codo y la condujo a una terminal instalada en la pared debajo de uno de los Boazes. “Fuera de la lista”, le dijo Randy a la terminal, lo que hizo desaparecer una pila de precios y títulos, y luego “Invitados, Bots, actual, directorio”.

Una triple columna con quizás doscientos nombres, direcciones y saldos de UCC se desplegó por la pantalla. «¡Mira esto!», exclamó Randy emocionado. «No, tú no, silencio», respondió Randy, mientras la lista se ampliaba al 150%. Randy se giró hacia Soledad y le dio un golpecito en el pecho con orgullo. «Estos son los bots, las construcciones web de la gente. Quizás aún no los tengan en su país…» Elil esperó, y al ver que Soledad seguía sin responder, continuó: «Sus perfiles web están todos en línea a través de una cámara ambiental y micrófonos en el espacio artístico principal. Si tienen un micrófono activado, es como si estuvieran aquí de verdad, ¡y *todo el mundo* vino!»

El dedo de Randy se apartó del pecho de Elil, como si quisiera establecer una conexión directa. Tocó un nombre, y la pantalla mostró la imagen de un hombre barbudo sentado en agua dorada humeante en una bañera tallada con forma de buey. Una cinta de datos financieros se superponía a la imagen. «Ese es Mickey Reisen, el productor que compró las reposiciones *de "Dolor en la tarde"* para su distribución internacional. *Le encantan* las aventuras, ya sabes, pero vale demasiado como para arriesgarse; para eso está Apocalypse Planning». Randy suspiró con admiración.

—La mayoría no permite la conexión bidireccional —continuó Elil—. De hecho, algunos conectaron sus Bots a cajas de vida, así que es como si estuvieran realmente en la red aunque no estén mirando, pero eso también es increíblemente peligroso con todo el robo de vidas que está ocurriendo, así que, por supuesto… mira. La voz de Elil se quebró. —Lazarus MoTief, zar de los intermediarios de información, y, ¡Dios mío, no lo puedo creer! —señaló, pero sin tocar, un nombre de usuario, LIFESKIN.COM, con una pequeña estrella parpadeando al lado, uno de los pocos nombres sin datos asociados. Soledad se dio la vuelta; la visita guiada a la clientela de Stix le había revuelto el estómago, tal vez por leer las letras diminutas. Esperaba no tener que huir al baño. Randy continuó, en un arrebato de emoción: "Kemp. No lo creo, Vanny *Kemp* estuvo aquí, pero la estrella significa"—negando con la cabeza de Elil con tristeza—"ya no, pero…" Frunciendo el ceño de repente, Elil

bajó el micrófono del medio chupete. “Bien, ¿quieres?”—(“Es Stix”, susurró Elil a Soledad, “dice que está listo”)—“Bien, la puerta este. Les avisaré ahora”.

Kandy sacó un teclado inalámbrico del cinturón de Elil y tecleó un mensaje. Todos los que llevaban sombreros a medias miraron a su alrededor, repentinamente alerta. “Kirsten”, murmuró Kandy al micrófono, “siete, cuatro”. Una de las personas rubias que había estado sirviendo bandejas de champán abrió unas puertas con remaches en una galería comercial junto al Boaz más grande. Los que llevaban sombreros a medias empezaron a entrar, cogiendo copas de flauta adicionales de los nórdicos. La gente que hablaba por teléfono o que simplemente conversaba entre sí, al notar el movimiento y asustados de que por primera vez en sus vidas pudieran perderse algo importante, comenzaron a moverse en la misma dirección. Randy puso ambas manos de Elil sobre los hombros de Soledad y le plantó ostentosamente un beso en la frente. “Nos vemos ahí dentro”, susurró Elil, y se deslizó fuera de la vista tras una escultura de luz. Soledad dejó su copa de champán. Ver San Francisco centellear, desvanecerse y reaparecer mientras la niebla entraba y salía parecía disminuir las náuseas. El ligero mareo que le había producido un tercio de copa de vino había reconstruido un pequeño rincón de la tranquilidad que había sentido antes, en el remolcador, cuando navegaban pasando junto al resplandor del puente y se adentraban en el verde profundo,

apenas iluminado ocasionalmente, que había sido la costa en dirección a Point Reyes.

Luego, junto con el último grupo de espectadores, cruzó el arco y entró en la galería.

El espectáculo comenzó con la brusquedad de un accidente de tráfico. Los invitados, seguidos de dinámicos oradores, apenas habían entrado en el espacio acristalado cuando la puerta se cerró y las luces se atenuaron.

Solo la cima de una columna de luz nocturna, junto con el brillo de las luces de la ciudad, los destellos de los reflectores de los helicópteros policiales sobre Buenavista Park y el cercano destello de una luz roja de navegación del avión de inclinación iluminaban lo que iba a suceder. Entre el público, cabezas de cabello “iluminado” brillaban y se movían. Una o dos personas aún murmuraban en sus pipas de agua. Las cámaras ambientales, alineadas, emitían pitidos en la galería de músicos. Y Stix permanecía sentado en silencio, casi invisible en su traje negro. Dos libros de música estaban abiertos sobre un caballete horizontal frente a él; una mano estaba cubierta por un guante táctil negro brillante, y su rostro estaba iluminado fantasmalmente por las pantallas.

De repente, a todo volumen en el sistema de sonido, surgió un revoltijo de timbales; un cliché, pensó Soledad automáticamente. Sin embargo, los timbales se fundieron con un chirrido de gaitas que logró sorprenderla. Voces de

niños, elevadas en canto. Una melodía mezclada con el estruendo de las olas del mar, un toque de canto gregoriano, de principios del siglo XI, calculó, tal vez del XII. Se sintió intrigada, pero no tuvo tiempo de analizar hasta qué punto llegaba su propia curiosidad, y por extensión, cuán sencilla o compleja era la música, porque unas pequeñas luces de jade se encendieron dentro de las tres cajas abiertas alineadas bajo la tribuna de los músicos. Y de ellas salieron cosas, máquinas negras que rodaban a ocho o diez kilómetros por hora hacia el centro del espacio escénico, iluminadas por suecos alineados tras los focos de la tribuna.

Eran las máquinas de Stix, versiones de lo que ella había visto en su máximo esplendor en su taller, solo que reducidas a una vigésima parte del tamaño, cincuenta centímetros de alto por un máximo de un metro de ancho. El lanzador de cadáveres de caballos, con brazos adicionales y dos grandes faros que lo hacían parecer un helicóptero; el pterodáctilo Rodan defecador, que salió disparado rápidamente en una dirección, dispersando a los espectadores en oleadas antes de estrellarse contra el cristal sobre las luces de San Mateo y básicamente no hizo nada durante el resto de la noche. Y dos máquinas que Soledad nunca había visto. Una era una especie de dragón mecánico con una boquilla en forma de garra, además de ruedas para la locomoción, y una diana cóncava que ocupaba la mayor parte de su área abdominal.

La máquina más grande consistía en una esfera inflable gigante con una gorra de oficial militar colocada en la parte

superior y una mano gigante de plástico blanco, con un dedo extendido, que sobresalía horizontalmente de lo que ella suponía que era la parte frontal de la máquina.

Las máquinas zumbaban, retrocedían y aceleraban en círculos bruscos dentro de los círculos más grandes de los puntos, como bailarines inseguros de sus pasos y de sus parejas. Algunos entre la multitud reían; unos pocos golpeaban sus celulares o libretas de música, presumiblemente para llamar a amigos y contarles lo que estaba pasando. Soledad se movió por los alrededores de la multitud para colocarse cerca de Stix bajo el balcón. En esta sala llena de extraños que no se dirigían la palabra, sintió un fuerte impulso de estar al lado de la única persona que conocía. Todavía sentía que el estómago estaba a punto de vomitar, y pensó que correr para escapar de una de esas minimáquinas haría que vomitar fuera inevitable; pero Stix, presumiblemente, mantendría las máquinas lejos de sus controles.

Una de las máquinas gritó de repente, con una voz grave y crepitante y un marcado acento británico. Casi al mismo tiempo, se dio cuenta de que la mano gigante estaba siguiendo de cerca al manipulador de cadáveres, cuyos brazos, en lugar de estar sujetos a un caballo, estaban unidos a calamares frescos, lo que explicaba el olor a pescado que había percibido antes. Al principio, los brazos permanecieron en silencio. Entonces, Stix señaló con un dedo enguantado un diagrama en la pantalla y la esfera

gigante se acercó bruscamente a la máquina de cadáveres y clavó su dedo extendido en un panel bajo la boquilla de la máquina.

Los ocho brazos de la máquina de cadáveres comenzaron a girar. La voz británica se hizo más fuerte cuando la esfera se detuvo en el centro de la habitación. Un movimiento del joystick y la máquina de cadáveres comenzó a seguir al dragón objetivo, sin acercarse demasiado. «Y el gran Partido Liberal que en 1889 era vigoroso, unido, supremo, se redujo a unas pocas facciones discordantes de rezagados desacreditados, sin número, sin política, sin cohesión, alrededor de cuyo cuello está atada la piedra de molino del autogobierno», bramó el que balanceaba la máquina de cadáveres. *Churchill,* pensó ella. Él ama a Churchill.

Las náuseas de Soledad volvieron a disminuir, o tal vez simplemente estaba interesada. Y también lo estaba la multitud, que se apretujaba, intentando captar el patrón, y finalmente lo vio: los brazos giraban cada vez más rápido, un calamar salió disparado, falló por completo al dragón y se estrelló contra la clavícula. Otro rebotó en los tanques de combustible del dragón, se elevó en el aire y fue atrapado por un sueco. Otro falló, golpeando el cristal sobre Point Lobos, y finalmente, un acierto, en el círculo exterior del abdomen del dragón.

Esto provocó que el dragón, en su intento por alcanzarlo, se detuviera en seco y se estremeciera. Un pequeño atisbo

de fuego del tamaño de una moneda apareció en su garra y, con un rugido, se convirtió en un abanico de llamas amarillas incandescentes. Soledad contuvo la respiración y se colocó detrás de Stix, fascinada y repelida a la vez.

El dragón comenzó a moverse rápidamente en una elipse, impulsado por su boquilla de cohete, sosteniendo otro tubo humeante frente a él con su propia garra gigante. El lanzador de cadáveres, que seguía arrojando calamares, retrocedió y dio vueltas mientras intentaba escapar del dragón. La multitud corría de un lado a otro a lo largo de la pared del fondo de la galería. Algunas voces se alzaron con auténtico miedo, o dolor cuando un calamar impactó. El dragón de garras hizo retroceder al lanzador de calamares contra la pared entre dos de las cajas debajo de la galería de juglares (los suecos de arriba sostenían Bot–envirocams bien afuera para captar la acción); el tubo de garra rugió de nuevo, escupiendo una llamarada más grande.

Para entonces, sin embargo, el lanzador de calamares se había escabullido hacia un lado, poniéndose a salvo y desviando una caja. El fuego del dragón garra simplemente chamuscó el panel del que, como Soledad notó tardíamente, habían sido retirados los valiosos lienzos de Boaz.

El público estaba ahora muy emocionado. En su rutina diaria, desde el apartamento a la limusina, a la suite, al vuelo de ida y vuelta, a la limusina, al rancho y viceversa, nunca habían experimentado tal grado de riesgo, excepto a través

de la tecnología virtual. Lo que esto debía producirles, reflexionó vagamente Soledad, era un escalofrío arcaico: la certeza de que, si bien la realidad virtual era igual de "real" en un sentido sensorial, solo en esta galería podían quemarse la ropa o recibir un calamar crudo en la boca. Stix gritaba por encima del ruido del lanzallamas y la multitud; Soledad tardó unos segundos en darse cuenta de que le hablaba. "…Te estaba mintiendo antes. Una vez tuve un manifiesto que decía algo así: 'Antiproducto, antipráctico, antibélico; esta es una noche de ironía sociopolítica de fuerza industrial donde los humanos solo tienen papeles secundarios, como operadores y víctimas'. Pegadizo, ¿eh? ¡Sin sentido, ¿eh?".

Soledad miró a su alrededor. Las náuseas habían desaparecido. Si se tenían en cuenta todos los factores —el malestar al despertarse, el hecho de que tenía dos semanas de retraso menstrual—, todo apuntaba a las típicas náuseas matutinas.

Así que por eso he estado tan tranquila todo el día, pensó a continuación. Empezaba a acostumbrarse a la idea de estar embarazada, y no le molestaba en absoluto. Se tocó el vientre plano con una mano. Todavía sentía una especie de malestar a su alrededor, pero tenía más que ver con lo que estaba sucediendo allí, con la gratuidad de aquel suceso, con el hecho de que Stix aceptara dinero de gente así. Le caía bien Stix, no quería sentir desprecio por él.

La calma influyó en su forma de observar a su alrededor; la serenidad le aportaba mayor claridad. En esa claridad, interpretó fácilmente la postura de un espectador con chaleco urbano, que se encontraba un poco apartado, cerca de la puerta de la cocina, con la cabeza ligeramente ladeada, hablando a un micrófono cosido al interior de un cuello de Kevlar.

Otra, una mujer, también vestida con un chaleco antibalas urbano, estaba de pie junto a la salida este, observando no al público ni al espectáculo, sino al artista, que estaba sentado encorvado sobre los controles del teclado, golpeando con fuerza el puño izquierdo contra la palma de la mano derecha, gritando con el lanzador de calamares: «No faltan quienes dicen que en este año de jubileo nuestro imperio ha alcanzado la cima de su gloria y poder, y que ahora comenzaremos a declinar como declinaron Babilonia, Cartago y Roma».

Aún lentamente, aún con calma, se acercó a una camarera escandinava y, levantando las cejas en busca de permiso, sacó un bloc de pedidos y un lápiz de su delantal. Luego se inclinó sobre el hombro de Stix («…¡el vigor y la vitalidad de nuestra raza están intactos!», bramó él, y luego la miró). Puso el bloc en su espalda y escribió en mayúsculas: «Policía secreta en las dos puertas de salida ahora», y colocó el bloc sobre el teclado de una de las jambooks. Él bajó la mirada y no reaccionó visiblemente. El lanzador de calamares había dado vueltas detrás de la esfera; salió disparado y lanzó una

nube de espuma rosa del tamaño de un mantel que rápidamente se solidificó alrededor de las rodillas de dos mujeres con vestidos divididos en pantalla. La boca de Randy apareció de la oscuridad, casi besó la oreja izquierda de Stix, susurrando palabras que ella no pudo distinguir contra la repentina declaración de la máquina calamar: «¡Nuestra bandera ondeará en lo alto de los mares!». Ahora Stix, inexplicablemente, estaba sonriendo. Sus ojos brillaban de emoción; se lo estaba pasando en *grande.* A Soledad le hizo pensar que se había tomado su nota a broma, y la policía secreta no era ninguna broma, así que cogió la libreta para escribir otro mensaje.

Los dedos de Stix trabajaban al doble de velocidad. Las tres máquinas se alinearon más lentamente sobre el parqué, como si de repente tomaran conciencia de la magnitud del evento y estuvieran listas para comenzar el solemne minué que habían venido a interpretar. El público observaba con ansiedad, mientras la niebla del Pacífico se extendía por el escenario.

Entonces Stix cerró seis llaves, agarró los libros de música con una mano y la blusa de Soledad con la otra, y retrocedió, mientras Randy tiraba de Stix por el codo iridiscente de su traje.

Lo cual era bueno, pensó Soledad; es decir, era bueno que Randy los estuviera guiando, primero porque la puerta que se abría bajo la galería era invisible a simple vista, y segundo

porque las tres máquinas habían atacado a la multitud, abalanzándose sobre ellos con espuma que salía disparada y calamares volando, pero sin llamas, notó Soledad; todo se movía a tres cuartas partes de la velocidad, el lanzador de calamares chillaba “Churchill” al doble de volumen que antes, pero no lo suficientemente fuerte como para superar los gritos de la multitud, que, sencillamente, había entrado en pánico. Los otrora elegantes directores ejecutivos de relaciones públicas, intermediarios de información, periodistas de Flash, fideicomisarios, magnates del comercio electrónico y otros muertos retrocedieron abalanzándose de las máquinas que se acercaban gritando “¡Hoffa!” y “¡Mis abogados!” y otros epítetos de desesperación. Entonces, al encontrar toda la sala de escape ocupada por otros espectadores, intentaron trepar por encima, por debajo, alrededor, a través unos de otros, usando clavos, puños, jambooks balanceados, hasta que bajo los bancos de niebla gris oscuro, entre los círculos de luz artificial que los suecos de iluminación aún dispensaban con buen gusto, parecía una melé de rugby extremo jugada por un ejército de modelos del catálogo de Von Lipschitz.

Todos, excepto tres personas, ataviadas con chalecos antibalas urbanos, que portaban identificaciones de la UCC y pistolas paralizantes por encima de los cuerpos que se retorcían, luchaban por abrirse paso entre la multitud y las máquinas en movimiento hacia la puerta abierta bajo el balcón. Pero habían olvidado, o tal vez nunca aprendieron,

las lecciones del incendio de Coconut Grove, de la explosión del Trump Bordello: sencillamente no había nada que se pudiera hacer para combatir a una turba presa del pánico total.

Y Soledad, Stix y Randy avanzaron por el silencioso pasillo verde–azul con suelo de mosaico de noctiluc, hacia las cocinas vacías; a través de una doble puerta de acero, al repentino silbido del viento, al silbido de una turbina y al olor a enebro. Siguiendo a Randy mientras Elil se apresuraba con la cabeza gacha por un estrecho callejón entre setos de boj y cajas de refrigerador apiladas con la etiqueta CHULETAS DE ANTÍLOPE DE CRIADERO LIBRE, O MESCLUN ECOLÓGICO, LENGUADO DE GRANJA.

Finalmente, Elil se detuvo en la meseta saliente del helipuerto. Los bordes del techo estaban definidos en Noctiluc, la plataforma de suministro que habían visto antes apareció repentinamente enorme frente a ellos, la puerta abierta y brillante en el fuselaje. Enormes hélices gemelas, casi tan grandes como helicópteros, giraban suavemente en modo de vuelo estacionario. Randy se giró.

—Lárgate —dijo Elil.

Stix no se movió.

—La lista de invitados —explicó Randy con impaciencia—. Finalmente, aparecieron sus códigos UCC. Estaban en

blanco, lo que significa que son federales; no tenías un permiso de OSHA, ¿recuerdas?

—Lo acordé con el piloto —añadió Elil—, para él es solo un vuelo privado a Oakland. Lo cargaré a tu cuenta.

—Un momento —dijo Stix—, ¡aún me debes la mitad del anticipo! Pero Randy retrocedía hacia un bosquecillo de tejos, silueteado por el brillo cristalino del ático que se alzaba tras él. Stix, observándolo, permaneció inmóvil. Soledad tenía ambas manos sobre el traje de Stix. Buscando un equilibrio entre su calma sobrenatural y la lógica necesidad de dar el siguiente paso, soltó la tela, le agarró la mano izquierda y lo condujo hacia el avión, donde una figura vestida con poliéster de aviador se asomaba por la escotilla, miraba su reloj y se protegía la gorra del viento.

Apenas medio minuto después, ella y Stix estaban abrochados en asientos que se hundían siete centímetros al sentarse. La puerta se cerró. Les palpitaron los oídos por la presión y el rugido ensordecedor de las turbinas. El avión se sacudió, se elevó, giró de forma vertiginosa. Sintió un vuelco en el estómago, que luego se calmó. Stix, en el asiento del pasillo, se inclinó hacia la ventanilla junto a ella, con el guante sobre el portátil, y ella miró hacia donde él miraba, captando un atisbo, nada más; un fragmento de detalle del que nunca podría estar segura después; pero *parecía* como si, tras la confusión de los pasajeros que escapaban, la llama hubiera regresado a la galería como un arma artística.

El dragón–garra soldó al lanzador de calamares en un chorro de petróleo naranja; el lanzador de calamares apagó la llama del dragón en un chorro de espuma rosada; en ese momento la esfera gigante explotó en un destello de magnesio blanco, cubriendo las enormes ventanas y todo lo demás en una gota uniforme de crema fina y multicolor.

Capítulo XIII

El vuelo VTOL[15] duró apenas dos minutos. Solo noventa segundos después de que las hélices giraran hasta la horizontal y el avión estuviera en vuelo aerodinámico, se encontraron de nuevo en un vuelo estacionario, sobre un resplandor de luz salpicado por más jardines urbanos y un Buda gigante de neón que sostenía una lata de Zero Cola y letras que deletreaban EDMUND G. BROWN JR. OAKLAND ECO–MALL AND BHODIDHARMA THEME PARK. Stix los sacó rápidamente por la puerta y bajó siete escaleras mecánicas hasta una parada de taxis llena de relucientes taxis de combustible de pila. Soledad sacó a Stix de la cola, dejando a los clientes de Birkenstocks mirándolos, como, atónitos; lo arrastró por el andén hasta que encontró la salida de

15 VTOL – Despegue y Aterrizaje Vertical. [N. T.]

bicicletas, luego lo apresuró a pasar una puerta de seguridad y a entrar en una carretera de acceso mal iluminada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, frunciendo el ceño y cruzando los brazos—. Sé que todo eso fue un poco raro y tal vez estés molesta, pero ¿no crees que yo también estoy un poco asustado? Y de todos modos, tengo algunas cosas que llevar a Berkeley esta noche y… —Entonces ella sacó la libreta del camarero, que había guardado todo este tiempo, y garabateó rápidamente: NUNCA TOMES EL TAXI QUE TE DAN. Él se encogió de hombros y luego sonrió; la idea de ese tipo de tácticas de espionaje lo deleitaba; claro que nunca había tenido que vivir bajo el yugo de gente que hiciera necesarias esas tácticas, como Ochoa Campos y sus amigos del F2.

Había visto a Clint Eastwood en las clásicas películas de Harry el Sucio y sabía que la policía del Área de la Bahía no se parecía en nada a la F2.

El taxi que acabaron parando no era, ni mucho menos, el que te dan. Habría encajado mejor en la flota de los Putamadre. De hecho, resultó ser un vehículo de enlace, conducido por un Proto–Pantera de la sede de los Panteras Negras, ahora reabierta, en el Almacén XVI. Era un joven furioso, de tez más clara que la de Soledad, con un transpondedor falsificado y pegatinas de Black Infopower por todas partes. Murmuró sobre «hermanas haciendo

cosas asquerosas con hombres» durante todo el trayecto hasta la dirección que Stix le había dado en South Berkeley.

Soledad lo dejó murmurar; estaba demasiado cansada para sacar la libreta de nuevo y responder. El ardor de la huida había destrozado lo que quedaba de su vaga satisfacción tras la lucha contra las náuseas en el Bosque Nuboso.

Sin embargo, algo se había asentado a través de los múltiples filtros de la memoria y el deseo durante este día de viaje y cambio.

Ella no era de esas personas a las que les importaba cada kilómetro recorrido, pues de lo contrario, los dos mil kilómetros que la separaban de Bamaca la habrían transformado en alguien diferente; no estaba segura de quién, por definición, pero desde luego no en este individuo tembloroso y con la mirada perdida, cuyo carácter, según le parecía últimamente, se basaba en ecos de una vida anterior.

Aun así, *sentía* como si el remolcador, ese extraño rascacielos coronado por árboles y el transporte instantáneo en VTOL la hubieran sacudido lo suficiente como para que la posibilidad real de su embarazo —que estuviera esperando un hijo, y que el hijo fuera de Jorge— hubiera pasado de la especulación a la certeza sin detenerse en absoluto en el espacio del “quizás”.

Se detuvieron en una calle lateral tranquila, bordeada de destartaladas casas de campo de mediados del siglo pasado, frente a una casa aún más deteriorada que la mayoría. La pintura del porche se desprendía con la brisa, rectángulos de revestimiento de vinilo colgaban torcidos a intervalos en las paredes, el césped del jardín estaba alto, un cartel de SE VENDE de la Ohlone Realty Company ("Su elección para hogares felices en West Bay") estaba clavado en el césped; pero las luces brillaban con un resplandor rojizo a través de las cortinas rojizas de las ventanas, y un grueso cable, que indicaba una conexión Virtix de alta velocidad, se extendía entre un poste telefónico y el alero del bungalow.

Un perro ladró en la parte de atrás. "Banda ancha para la gente", siseó su conductor a Soledad, alzando el puño cerrado hacia el cielo anaranjado, "hermana".

Stix llevó a Soledad por la parte de atrás. El perro, atado en lo profundo del patio, se movía inquieto contra su cadena. Una cortina se estremeció. Stix dijo algo por un pequeño altavoz y la puerta se abrió con un clic, revelando a una mujer bajita, de unos cuarenta años, con pantalones fedayines, un grueso jersey y una bufanda. Abrazó a Stix durante tanto tiempo y miró a su compañera con tanta intensidad que parecía que había una historia detrás y entre ellos, recordándole a Soledad, en la sensación si no en los detalles, la forma en que Molly la había saludado la primera vez que entró en el restaurante. Vaya, vaya, pensó, solo parcialmente divertida, todo un galán, nuestro Stix.

Stix pronunció saludos rituales y luego añadió algo en voz baja en lo que Soledad captó el siseo de su propio nombre.

La mujer se llamaba Esther. Contrariamente a la primera impresión de Soledad, no parecía muy interesada en las relaciones de género. O tal vez, tras observarla, no la consideró una gran amenaza, pues le dedicó una sonrisa puramente gringa, una mueca amistosa y sin significado alguno. Entraron en la sala principal, la única habitación; la cocina, el salón, la sala de estar y el comedor habían sido derribados en esta planta para formar un gran espacio desordenado enmarcado por cortinas y cuatro estilos diferentes de papel pintado desconchado.

Una cama doble sin hacer, hamacas guatemaltecas, una enorme encimera de madera independiente cubierta de cafeteras automáticas, tazas de café, filtros de café usados, plantas colgantes; media docena de labradores y al menos una veintena de carteles que decían POR FAVOR, NO FUME: HAY PERSONAS ALÉRGICAS EN LA CASA Y SE HA DEMOSTRADO QUE EL TABACO ESTÁ RELACIONADO CON UN BAJO PESO AL NACER; todos los accesorios más o menos separados por arrecifes de cojines marroquíes, aparentemente para diferenciar entre los distintos modos de vida cotidiana. Esto constituía el alcance del compromiso de los ocupantes con la vida en el mundo. O en este mundo, al menos, si se lo distinguía del otro mundo de Internet. Porque lo que resultaba impresionante y dominante en la sala era la calidad y cantidad de Webware: montones de un

metro y medio de altura de ordenadores portátiles conectados en paralelo, módems, routers T–3000, gafas de realidad virtual faciales completas, consolas, trajes hápticos y otros equipos de última generación, la mayoría apilados sobre escritorios de excedentes gubernamentales que rodeaban, o tal vez protegían, un círculo de sofás apolillados y ocupados por perros en el centro.

—Oye, Víctor, ¿adivina quién es? —anunció la mujer, guiándolos alrededor de una alta torre de circuitos.

Un hombre delgado, vestido con un mono de mezclilla y un suéter más grueso que el de Esther, se arrancó un virtual de la cabeza y salió nervioso de un sillón con muelles rotos que había estado compartiendo con un labrador de hocico gris.

—Stix Grammatico —dijo—, nos honras con tu presencia, señor, aunque ¿no se suponía que debías venir el viernes? Mientras tanto, miraba a Soledad con ojos *de sanpaku.*[16]

—Sí, lo siento —dijo Stix, sin sonar arrepentido en absoluto.

“¿Y quién es esta?”, continuó el hombre, repitiendo para enfatizar, “¿quién es esta, quién es esta?”

---

16 Sanpaku gan o simplemente Sanpaku, es un término japonés que significa "tres blancos" o "tres vacíos". También se les conoce como "ojos de sanpaku", referido a los ojos en los que queda visible el espacio blanco por debajo o encima del iris. [N. T.]

—Es una refugiada —dijo Esther—, viste el correo electrónico.

“¿Y qué significa eso?”, dijo Víctor, sin apartar la vista de Soledad, “¿qué significa eso, sí? Sin ánimo de ofender”.

—A Crip y Benny se les podría llamar refugiados —dijo Esther con suavidad, señalando a los perros—; ellos vinieron de la perrera. A Ella también se le podría llamar refugiada. Al principio, Soledad pensó que Ella era otra perra, pero el asentimiento de Esther se dirigió a una figura humana acurrucada bajo sacos de dormir abiertos en el sofá más hundido de todos.

—Todos somos refugiados, en cierto modo —dijo Stix con ligereza, sin darle mayor importancia—. Ya lo sabes.

Hacía frío en la habitación. Soledad, sintiendo que se le erizaba la piel, se abrazó a sí misma. La mujer lo notó. «Aquí hace mucho menos de 18 grados», dijo. «Ni siquiera a las máquinas les gusta este frío». Se inclinó sobre un estante de husillos de cifrado y tecleó en un teclado. Sonó una pequeña fanfarria y salió aire a presión por las rejillas del techo. Una cafetera junto a Soledad emitió un pequeño sonido y comenzó a funcionar. «Java estará lista en dos minutos», dijo Esther, «¿por qué no le traes unas mantas? Probablemente no esté acostumbrada a este clima tan frío».

—Claro —dijo Víctor—. Los lunares tienen la piel muy fina, sí. Sin ánimo de ofender.

Se levantó y bajó pesadamente las escaleras de madera hasta el sótano. “Oh, vaya”, suspiró la mujer y corrió tras él. Stix se volvió hacia Soledad, abrió los brazos, con las palmas hacia arriba, como diciendo: ¿Qué puedes hacer? Lo que realmente dijo, con una voz difícil de oír contra el aire caliente, fue: “Antes vivía un amigo arriba, amigo mío también, llamado Charlie Rickie. Salió de Newman el mes pasado.

«Una salida Newman», continuó Stix, respondiendo a la pregunta con su expresión, «llamada así por el primer tipo que hizo esto, en la década de 1980. Verás, Charlie canceló su Bot, destruyó sus sitios web, sus cifrados, sus proveedores de servicios de Internet del mundo Lite, incluso sus contactos de Wild. También detuvo todo lo relacionado con el crédito, las reservas y las compras en línea. Lo que, por supuesto, invalidó automáticamente su tarjeta UCC, así que, en cierto sentido, ya estaba muerto, incluso entonces, en lo que a Outside respecta.

Charlie había empezado a recopilar toda su información vital: absolutamente todo, desde lo que había escrito hasta sus memorias, cartas de sus novias, datos familiares, todo conectado a un programa narrativo. Lo había guardado todo en un disco duro. Así que subió las escaleras, se puso el dispositivo, se conectó a Polis (o al menos al dominio de su

disco duro) y se metió en un programa de drogas. Solo que, en lugar de jis, mesc, MPPP y psilocibina líquida, se administró Seconal y heroína White Lady. Y la dosis le quedó tan alta que dejó de respirar.

Soledad negó con la cabeza. Solo comprendía la mitad de aquello, pero ni siquiera eso quería oír, no en el estado en que se sentía ahora, con frío, cansada y sumida en la desesperación. Stix malinterpretó su reacción.

"No sabemos por qué. Había roto con Jay, fue una ruptura desagradable, eso influyó. Pero además, estos tres vivían en el nodo, gestionaban un sitio de intercambio de software malicioso desde una red de teléfonos móviles piratas que BON cerró. Charlie tuvo que buscar trabajo en Liteworld. Empezó a tener problemas en los controles, con la policía de crédito, todo eso, así que se mudaron del nodo. Lo que significó que tuvieron que dejar de fumar, y creo que la tensión…"

Se detuvo. Esther y Victor salieron del sótano, portando mantas de macramé y lana que dejaron a los pies de Soledad.

—Lo siento —dijo Víctor sin preámbulos, mirando a Esther mientras lo hacía—. De verdad lo siento, de verdad lo siento. Esther me dijo que vienes del nodo de Bamaca, aunque oímos que casi nadie salió, no realmente, debió ser duro ser el único, o casi.

Soledad lo miró confundida. La figura en el sofá se movió y se desprendió de los sacos de dormir. Era una mujer de veintitantos años, con el cabello enmarañado del color del atardecer y los ojos grises como el horizonte ártico. Era bonita, de una belleza delicada y etérea, aunque una cicatriz desfiguraba el lado izquierdo de su rostro. «Café», dijo, mirando a su alrededor con la nariz casi temblando. «Huelo a café recién hecho».

“Ella no puede dormir con el café”, dijo Esther.

—Ella no puede dormir con el ruido que hacemos —la contradijo Víctor—. Voy a volver al trabajo. Cogió un reproductor de música inalámbrico y se dirigió de nuevo hacia las escaleras del sótano.

—Ya ves —dijo Esther en voz baja mientras Víctor desaparecía por la escotilla—, la cosa no mejora, de hecho creo que está empeorando.

“Tiene que irse”, dijo Stix.

—Necesito café —insistió la mujer llamada Ella, rascándose los tobillos—. ¿Ya está listo?

—Qué curioso —continuó Esther, sirviendo café en tazas desiguales—. Su trabajo está mejorando. Conéctate —la animó, señalando con la barbilla un estante lleno de gafas de realidad virtual faciales—. Hemos estado rellenando

fractales en Malindi, así que sabrás dónde estás. Tú también —le dijo a Soledad—, si quieres.

Soledad negó con la cabeza. Stix dijo: "¿Has visto Polis? ¿Has estado dentro, en realidad virtual completa?". Cuando ella volvió a negar con la cabeza, él la condujo al estante de máscaras, encontró el equipo del tamaño adecuado y la sentó en un sofá. Ella miró el equipo con los ojos muy abiertos, pensando intensamente en el hombre que había elegido suicidarse de esa manera. Stix le puso la mano en el brazo.

—No hay problema —dijo—. Ya verás, la razón por la que Charlie entró en Polis, es que es un buen sitio; o al menos, tiene buenos sitios. Ella volvió a negar con la cabeza, luego se detuvo y examinó la máscara.

—No tienes que hacerlo si no quieres —añadió Stix en voz baja. Su tono indicaba que sabía que ella se negaría.

No me asusta, pensó Soledad, *estoy demasiado cansada, demasiado nerviosa para jugar a juegos de niños en el ciberespacio;* pero le dolió un poco el tono de Stix y la suposición de que se acobardaría. Y aún tenía suficientes dudas sobre sus propios sentimientos como para demostrar que podía —para demostrar que aún quedaba algo de la mujer que se había desempeñado bastante bien en el Frum–Oxum— asintió y dejó que él le ajustara la máscara para que le quedara bien ajustada a la cara.

Y la oscuridad la envolvió, y un silencio absoluto llenó sus oídos.

Un par de minutos que parecieron más largos. Entonces la voz de Stix, perfectamente convertida en sonido estéreo digital, dijo: «¿Lista? Voy a pilotar, ya que no estás acostumbrada. No podrás verme, pero estaré ahí. ¡Allá vamos!».

La oscuridad disminuyó. Estrellas salpicaban el negro violáceo, tan nítidas y tridimensionales que parecían una noche en un claro *de la selva,* esa misma sensación de poder tocarlas, si tan solo pudieras alcanzarlas unos milímetros más allá del alcance de tu brazo. Cuando Soledad se movió, las estrellas cambiaron; de todos modos, ya estaban cambiando, girando en palabras que pronto se resolvieron en una palabra griega, que comenzaba a resultar familiar: ΠΟΔΙΣ

—¿Contraseña? —exigió una voz femenina.

La respuesta no fue transmitida.

“De acuerdo”, dijo Stix finalmente, “sector Malindi, eh, West Island; catorce, treinta y tres, uno”.

La escritura griega desapareció. El resto de las estrellas comenzaron a moverse. Al principio fue una sensación horrible y nauseabunda porque Soledad sabía, su cuerpo sabía, que estaba volando por el espacio sin tener una idea

clara de qué era arriba o abajo, y sin sentir el viento en su cabello, aunque debían estar volando a velocidades enormes para que las constelaciones se movieran así. También sabía, por supuesto, que esto no era real, que era virtual, pero era tan indistinguible de la sensación concreta que su cuerpo le dijo a su cerebro: “No me importa lo que digas, esto es lo suficientemente real para mí y voy a reaccionar en consecuencia”.

A medida que mejoraba su visión nocturna, comenzó a distinguir formas: el gris grumoso de las nubes a su alrededor, la tenue silueta plateada del río que se extendía más abajo y, a lo lejos, la suave línea de ébano del horizonte planetario. Justo cuando empezaba a disfrutar de esta sensación de vuelo invisible e incontrolable, el horizonte se tiñó de colores acero, que luego se tornaron salmón y rojo. El sol salió ardiente y prendió fuego al cielo que la rodeaba y a un continente que se extendía más abajo, mientras una franja de mar rosado ondulaba la escarpada costa.

Entonces, ella cayó.

Ícaro, pensó. Sintió que la respiración se le cortaba en el pecho. “Me estoy estrellando…” El grito brotó de su diafragma como lava hirviendo, sintió que por fin rompería las barreras que le habían bloqueado la garganta desde Bamaca. Sin embargo, antes de que algo pudiera cambiar en su garganta, la imagen borrosa de la velocidad se convirtió en tierra que se elevaba desde abajo, pero muy lentamente;

o su velocidad había disminuido o no habían ido tan rápido como había pensado al principio. Una montaña, colinas, un pantano. Muelles, un pueblo.

Finalmente, estuvo lo suficientemente cerca del pueblo como para distinguir casitas de madera pintadas con colores alegres, una pequeña plaza, vallas de madera, césped verde, huertos y, curiosamente, no una, sino dos franquicias de QuikViet. El pueblo americano perfecto, pensó, como sacado del libro de geografía que usaba la señorita Weill, salvo por los QuikViet. Columnas dóricas sostenían el ayuntamiento, la fachada de tejas de un taller portuario tapaba el cielo, y allí estaban, firmes e inmóviles, en una calle empedrada frente al taller.

A través de las puertas abiertas del taller, vio una estufa de hierro fundido antigua que irradiaba calor por una habitación desordenada. Montones de cajas, cada una perfectamente cuadrada y resplandeciente con una inquietante luz azul, ocupaban casi todo el espacio. Víctor estaba dentro, sacando husos de un azul claro de un cuenco de cristal y dejándolos caer, con mucha delicadeza, en otro. Un hombre de pelo negro corto y barriga prominente, vestido con pantalones indios holgados y sandalias, descansaba a su lado en un diván romano ornamentado, leyendo la *Gaceta del Contrabandista.* Soledad supo, sin saber cómo, que se trataba de Charlie Rickie. La teoría se confirmó de inmediato.

—Hola, Charlie —dijo la voz de Stix.

—Oye, Stix —respondió el hombre sin levantar la vista de su lectura.

“Una cosa que no canceló”, continuó la voz de Stix en su oído, y tal vez se estaba acostumbrando a alternar entre el contacto inexistente y las conexiones a la velocidad de la luz que se podían establecer en esta realidad, pero sabía que Stix estaba hablando de Charlie, incluso sabía lo que iba a decir.

“Su robot personal, por supuesto”, continuó Stix. “No mencioné otras cosas, hay tantas que es imposible enumerarlas todas: videoclips, historial médico, fotos de sus hijos, recetas favoritas, currículums, cuadernos, hábitos de compra, desodorante preferido. Además de un programa de servocontrol que permite que su sitio web interactúe con Polis. En resumen, está vivo, en este entorno. Y ahora ya no tiene que irse”.

—No debería haberla dejado entrar aquí —dijo Víctor—, ¿verdad, Charlie?

—Me he vuelto más tranquilo —respondió Charlie, sin levantar la vista—. Me he vuelto francamente tranquilo.

Esther apareció en la calle junto a ellos, vestida con túnicas opalescentes y diáfanas, a través de cuya tela se podía

distinguir fácilmente el contorno de unos senos firmes y juveniles. «Vamos», dijo, «déjenme mostrarles el fractal».

—Chasquido —dijo Stix.

La luz del día se desvaneció, como si se apagara una lámpara. Pero el pueblo seguía allí, con el esqueleto de las casas brillando a su alrededor, como si su piel se hubiera convertido en cristal, revelando la noctilucencia integrada en las vigas y viguetas del techo. Y entonces aparecieron líneas geométricas de distintos colores, conectando los diversos edificios hasta un cruce en el ayuntamiento, para luego elevarse hacia el espacio negro en todas direcciones. Las líneas brillantes se multiplicaban cuanto más lejos se miraba, hasta que en la distancia el espacio se asemejaba a mil millones de juegos de hilos tejidos, entrelazados hasta las mismísimas estrellas. Al mirar más de cerca —o quizás el espacio a su alrededor se magnificaba de alguna manera— Soledad vio que lo que antes creía que eran estrellas eran, de hecho, otros pueblos; pequeños pueblos como este, en su mayoría, aunque aquí y allá se alzaban complejos más grandes: kasbahs, rascacielos, viviendas en acantilados, montañas fortificadas que abrazaban intrincadas carreteras. Las líneas conectaban densamente los pueblos; no pocos de ellos se aferraban como una red a las estructuras más grandes.

—La estructura de Polis —dijo Esther—. Los pueblos están *en pleno auge,* Stix. Incluso el software pirata vuelve a

venderse. Nuestros trueques, nuestros éxitos, están aumentando; podemos comprobar cada día lo cerca que estamos del percentil treinta y siete. Eso es lo que está haciendo Victor ahora.

“Está obsesionado con eso”, comentó Charlie Rickie desde el interior del taller. “En realidad, le sube la presión arterial. Yo, simplemente, lo dejo pasar”.

“Lo que quiere decir”, dijo la voz de Stix, “es que mucha gente no está de acuerdo con Hawkley. No creen que se necesite un nodo o un componente geográfico ”.

—Eso no es cierto —interrumpió Esther.

—De acuerdo —coincidió Stix—. Diez o doce hogares en la misma zona, pero casi todas sus transacciones se realizan a través de Wildnet.

“Nuestra dependencia necesaria es baja.”

“¡Ooooh!”, comentó Charlie Rickie, “¡palabras de sesenta dólares, cuidado!”. Todos lo ignoraron.

—No lo critico —le dijo Stix a Esther, señalando con la cabeza una especie de puerta de neón rosa por donde desaparecía un grueso cable—. Aunque parece un router de X–Corp.

—Ese era Victor. Tuvo que comprar otra placa base de TransCom la semana pasada. La cuestión es, Stix —continuó Esther con más urgencia—, que la Megorg está *cambiando.* Con los mercados de información que operan las veinticuatro horas, esas organizaciones ahora son camaleónicas. Dejan un brazo en Calcuta, recogen otra pierna en Toronto, las operaciones de margen electrónico, las fusiones y adquisiciones, todo es tan rápido que solo los servidores pueden seguir el ritmo, y todos quieren quemar el trasero de los nodos porque somos la única idea que no pueden controlar. Bueno, nosotros también tenemos que ser capaces de movernos rápido. Y la *única* manera de hacerlo, Stix, es cambiando, transformándonos, desapareciendo y reapareciendo como lo hacen ellos.

Hizo una pausa para recuperar el aliento. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja, pero no por ello menos intensa.

“Ahora tenemos una red Wildnet que no toca ni un solo router de Liteworld, ni uno solo. Los virus latentes ni siquiera se enteran de que nuestro mensaje estuvo ahí.”

Esther, o mejor dicho, su imagen en Polis, volvió a aparecer ante la vista de Soledad, apoyada contra la estructura del taller, con la espalda contra una viga vertical de la puerta. Tenía el pelo rubio hasta las nalgas, trenzado con intrincados diseños, como el de un niño rastafari. Soledad intuyó que esta era una de las razones por las que la gente jugaba a

estos juegos: para poder disfrutar en el ciberespacio de las modas y las vidas que anhelaban en la realidad.

—Qué guay —añadió Esther, sacando un paquete de cigarrillos y encendiendo uno, exhalando el humo como si ilustrara—. Antes de suicidarse, Charlie encontró un manojo de cables de color cian y gris paloma que salían de ese nodo de Wildnet. —Señaló un nido de cables multicolores que había debajo y a un lado—. Estaba conectado con cables T–3000 no comerciales para el oeste de Los Ángeles. No tenía ni idea de qué eran. Buscó y descubrió que los tenían en otros sitios; quiero decir, en Rockland, Maine; en East New York. Incluso en el nodo, amigo, incluso en el nodo.

—No fue nada, en realidad —susurró la voz de Charlie Rickie desde detrás de Esther—. Una bagatela.

“Cian y paloma.” Había un matiz sarcástico en la voz de Stix. “No logro ver…”

Soledad sentía un picor en los tobillos. Quería rascarse; sabía que en Berkeley, donde estaba su cuerpo real, podía hacerlo sin importar lo que sucediera en Polis. Pero como Stix controlaba su plano de visión y sus movimientos en Polis, sentía que era imposible moverse sin su ayuda, tanto en el mundo virtual como en el exterior. Así que intentó ignorar el picor y concentrarse en lo que decía Esther.

—Sabes que trabajó años en Fernsehen —continuó Esther con calma, dejando caer su cigarrillo a medio fumar y encendiendo otro—. Bueno, rastreó las líneas hasta sus puntos de conexión: enrutadores de cable y teléfono para Liteworld Web, furgonetas de transmisión pirata y multiplexores del mercado negro para Wildnet; en algunos casos, hasta el final. Descubrió que cuando conectaban una ciudad con otra, siempre se conectaban a las mismas zonas. No es algo que la gente elija, ¿entiendes, colega? Era una concordancia compleja, sin duda.

"Esther, esta mierda de Fernsehen…"

Pero Soledad lo comprendía. Si bien su propio contacto con Fernsehen en la clínica de la capital había sido limitado e infructuoso, Jorge había hablado de Fernsehen con bastante frecuencia. En cualquier caso, el viejo doctor, que había ejercido en la capital e incluso había abierto una consulta en la Ciudad Amurallada, formaba parte tan intrínseca del folclore de la *ciudad* que pasar cualquier tiempo en el enclave equivalía a familiarizarse con sus temas esenciales.

La «concordancia compleja» era una de ellas, parte de su «postulado urbano», que sostenía que las ciudades —incluso *las de Hawkley*— tenían personalidades distintas. De esta concordancia se deducía que, más allá de cierto nivel de tamaño y complejidad, aún por determinar, una ciudad alcanzaría tales niveles de estrés y represión que se fragmentaría, con comportamientos similares a los de la

esquizofrenia humana. El primer plano se separaría del fondo, los lóbulos frontales de las áreas límbicas, la conciencia del subconsciente. La ciudad misma se especializaría en una sola forma de comportamiento.

Pero como ninguna personalidad, ya sea urbana o humana, podía funcionar completamente como consciencia, o puramente como subconsciente, la ciudad rota acabaría adoptando otra: un pueblo en la misma situación perversa, que generalmente se le parecía en ciertos aspectos bastante profundos, como el porcentaje de pequeños clubes de ajedrez, el dialecto de las zonas portuarias, el ritmo de parar y arrancar, de apresurarse y detenerse, del tráfico y la siesta. La gran diferencia era que, si la ciudad "A" era ruidosa y abierta sobre sus ritmos, el pueblo "B" tendía a ocultarlos, a relegarlos a su "id" urbano. Así, una ciudad "subconsciente" comenzaría a vincularse de alguna manera con un pueblo que había elegido el camino soleado, en cualquier continente o país; no importaba siempre que los ritmos profundos fueran cercanos y existiera un comercio y una comunicación mínimos. Importaba aún menos con las redes, fueran legales o no. Y pronto las imágenes, los inmigrantes y los bienes más sólidos comenzarían a fluir con mayor intensidad entre ellas, a medida que cada una utilizaba a la otra para complementarse.

—Solo tuvo tiempo de comprender el oeste de Los Ángeles —decía Esther—. Tenía importantes vínculos con el Beirut maronita. También algunos vínculos secundarios con el

puerto de Yokohama. Tenía una teoría sobre Santa Mónica y Jaipur…

—Y el nodo —interrumpió Stix—. ¿Adónde conducían esas líneas?

Esther no respondió. Se mantuvo erguida en el umbral de la puerta.

Señaló con el dedo, Soledad se giró y la vista que tenía del pueblo virtual y el espacio laberíntico que la rodeaba giró con ella de forma nauseabunda, permitiéndole concentrarse en un fuerte rayo de color ocre que pasaba por debajo del "ayuntamiento" y en una extraña cosa con forma de torpedo que parecía no tanto negra como hecha de luz muerta, deslizándose rápidamente a lo largo de ella hacia el cruce con otra vía gris verdosa.

«Analizador de BON», susurró la imagen de Esther. «Deben haber irrumpido por detrás de nosotros». Una sonrisa se dibujó en sus labios. Tiró el último cigarrillo, sacó una concha de nautilus con caracteres grabados en el nácar y tocó un símbolo. «Control torpedo», añadió misteriosamente. *«Observa».*

Algo emergió de las profundidades del pueblo. Se adelantó al torpedo en dirección al cruce. Era un objeto amarillo, con forma de escarabajo y un patrón de agujeros cuadrados en el lomo. Sin motivo aparente, le recordó a Soledad a la

tortuga del cuento de Lao–Tzu. Una franja de cilios acentuaba aún más su parecido con un insecto.

El escarabajo llegó al cruce grisáceo mucho antes que el torpedo gubernamental. Dudó un instante y avanzó lentamente hacia la izquierda por la vía verde grisácea. De repente, aceleró rápidamente, dirigiéndose hacia una brillante aglomeración de luces que era la terminal obvia de esa línea.

El torpedo lo siguió inmediatamente, igualando con precisión la aceleración del escarabajo. Al acercarse, tres finas antenas azules brotaron de su caparazón opaco, extendiéndose para tocar los orificios cuadrados en el lomo del escarabajo, y luego las movió con delicadeza, como un maestro ladrón de cajas fuertes abriendo una cerradura.

Los dos objetos se movían ahora como uno solo. El espacio se desdibujó mientras Stix los seguía, y Soledad, por necesidad, también lo hizo, viajando como un cohete a toda potencia, avanzando horizontalmente por la autopista gris verdosa, de modo que volaban justo detrás y por encima de los motores acoplados de Web; mientras las luces se convertían en una estructura más grande, creciendo en cuestión de nanosegundos del tamaño de una canica al tamaño de una casa. Su pared torácica se había vuelto rígida de nuevo cuando frenaron de un millón de kilómetros por hora a quizás diez frente a una enorme y caótica carpa de circo que parecía tener cien metros de altura, compuesta de

postes a rayas y cables tensores luminiscentes y millones de cuadrados de seda multicolor, cada uno de los cuales emitía su propio brillo independiente.

—Un nodo de Wildnet —susurró Stix. Señaló una abertura por donde el cable gris verdoso, junto con otros cientos, penetraba la tienda, y de donde provenía un leve destello de ruido: vítores, el rugido de los Eones, el barrito de los elefantes—. No se suele ver uno tan grande.

Los sensores del torpedo brillaron repentinamente, se tornaron verdes y luego amarillos.

Algo se movió dentro de la solapa de la tienda.

Del escarabajo surgió una explosión de música, pop comercial, solo que multiplicada por seiscientos o setecientos en sus baratos instrumentos de viento metal y guitarras Gibson; melodías empalagosas y letras sentimentales comprimidas y sopladas en circuitos no construidos para manejar tantas asociaciones baratas a tales volúmenes.

—Mira eso —susurró la imagen de Esther—. Mira.

“Caramba.” La voz de Charlie Rickie surgió de la nada. “Es muy extraño.”

Soledad no quería mirar. Había algo en aquella tienda de campaña: era demasiado ruidosa, estaba hecha de

demasiadas piezas, con demasiados retazos de colores que desentonaban; el ruido que salía de ella estaba cargado de lujuria y de la codicia propia de la selva. Le daba miedo.

Pero su punto de vista se fusionó con el de Stix, y él observó cómo la tienda se derrumbaba, los cables de sujeción se separaban simultáneamente, todo el conjunto ladeado se plegaba sobre sí mismo, hasta alcanzar el tamaño de una casa, un coche pequeño, una maleta.

Entonces Stix apartó la mirada y bajó la vista hacia el escarabajo amarillo, que de repente se había encogido hasta el tamaño de un botón contra la parte trasera del torpedo sin luz.

Y el torpedo mismo se estaba hinchando, hasta diez veces, cincuenta veces su tamaño anterior, tan grande que claramente estaba a punto de estallar. Y al estallar se tornó de cálidos tonos de rosa, lavanda, malva y púrpura que se alternaban más rápido a medida que los fragmentos de pop del siglo pasado, la basura barata y autorreferencial de nombres que ella recordaba a medias de las clases de historia de la música en el conservatorio de la capital, Michael Bolton, Billy Joel, Henri Salvador, Madonna Ciccone, David Cassidy, Raffi, Kraftwerk, Kenny G, Loggins, Messina, Johnny Hallyday, Joe Walsh, Jackson Browne y Don Henley, crecían de forma insensata y dolorosa en volumen y caos.

Hasta que, de repente, apareció una grieta a lo largo del torpedo.

Se detuvo bruscamente.

A un lado, la maleta en la que se había guardado la tienda de campaña comenzó a moverse. Se deslizó por un único cable azul blanquecino y se perdió en la oscuridad.

Toda la luz se apagó del torpedo, e incluso la ausencia de luz desapareció, y finalmente la música también se extinguió, excepto por un leve eco de una melodía barata que se elevó en el éter negro de Polis, y permaneció suspendida por un segundo.

No, no puedo ir por eso.
No puedo hacerlo

—y luego fue borrado por el vacío.

***

Al salir por la puerta de la destartalada casa de campo, Stix se desabrochó la chaqueta y sacó el frasco lleno de hierbas brillantes.

Quitó el arnés de sujeción, descorchó el frasco y vertió su contenido en un pequeño acuario que se calentaba encima de un procesador Aleph modificado.

Solo Ella, la pelirroja, se había desconectado con ellos. Se sirvió más café, le sonrió a Soledad, pero no dijo nada. Volvió a rascarse los tobillos. Soledad recordó que aún quería rascarse los suyos. Lo hizo, y se sintió de maravilla.

Para sorpresa de Soledad, el Proto–Panther la esperaba afuera de la casa del rancho, con el motor V–8 en marcha. Los saludó con entusiasmo. «¡Genial, hermana! ¿Te llevo a otro antro de mala muerte? Vendan su herencia, hermanos y hermanas, río abajo por el jefe, sí, sí». Pero conducía rápido, esquivando el tráfico y los bloqueos, y Soledad estaba tan contenta con la sensación de velocidad real, esa velocidad que se siente fuera del cerebro, que no le importó su divagación vagamente racista.

Incluso le gustaba la sensación del viento brumoso, mucho más fresco y lleno de vida que el miasma de circuitos calientes, café y perro en la casa del rancho. Se rascó los tobillos de nuevo, con fuerza; los perros, al parecer, albergaban legiones de pulgas. Stix hablaba por encima y por debajo del lenguaje del taxista. «No sé cuánto tiempo creen Esther y Victor que pueden salirse con la suya. Quiero decir, es raro. El imperativo geográfico de Hawkley siempre fue algo anticuado, ¿sabes? O así lo parecía, una vez que apareció la Red, y especialmente la inalámbrica, las Wildnets; pero ahora la Red es tan importante, las organizaciones realmente la reprimieron, la BON reprimió, instalaron virus durmientes en cada teléfono y enrutador de

cable, en cada centro legal, es la clásica teoría de Hawkley». Suspiró.

“Ahora se necesitan doscientos mil dólares en equipo solo para viajar por Wiki con un mínimo de seguridad, e incluso así hay espías como los que viste, y sabes cómo patrullan todo, ¿crees que van a dejar que un torpedo BON se queme así sin hacer nada al respecto?”

“Los chicos de Casper están hablando de revolución, quieren cortar el acervo genético de África para hacer cafay–oh–lay”, murmuró el conductor con amargura.

Soledad se recostó en los asientos de vinilo agrietados, observando cómo el parque temático “Jack London” de Piedmont, brillantemente iluminado, se fundía con los sombríos proyectos de North Oakland, que luego se convertían en los modernos desarrollos. Los nuevos edificios se detenían donde la marina, según le había contado Stix, había recuperado los muelles chinos en el antiguo astillero durante la miniguerra de Taiwán. El corte en su muslo le escocía de nuevo. Incluso su espalda se quejaba de esa postura. Estaba tranquila, pero no en la misma zona zen de antes; esta calma era fruto de un cansancio acumulado y del deseo de dormir. También se debía a la certeza de que no correría peligro inmediato bajo la tutela de aquel hombre regordete y cojo que seguía murmurando sobre inhaladores a su lado.

Así que, al menos durante el resto de la noche, se contentó con seguir a Stix, sin cuestionarlo tanto como solía hacerlo.

Y descubrió, al regresar a su sala de control, que la disposición a seguirlo se había transformado, por alguna extraña alquimia de agotamiento, soledad o sobrecarga de información, en una extraña reticencia a estar sin él. Mientras él se disponía a marcharse, se le pasó por la cabeza que no sabía dónde dormía cuando ocupó su cama. ¿Acaso dependía de una suplente, una novia en alguna otra parte del nodo, como Jorge había dependido de la mujer Lo Pano tras su ruptura?

¿O seguía acostándose con Molly?

Ella no creía que él estuviera enamorado de nadie; no había ninguna preocupación, ninguna interrupción en su rutina. Ignorando esos problemas y los recuerdos de Jorge que le traían a la mente, sacó su libreta de camarero y garabateó rápidamente: POR FAVOR, QUÉDATE CONMIGO

La miró. Había creído que ella llevaba información, recordó ella, datos que alguien en la *intersección* quería que llevara a Oakland. Tal vez ahora le preguntaría al respecto. Para evitarlo, rápidamente anotó: NO QUIERO ESTAR SOLA. NO QUIERO HACER NADA. Subrayó “nada” dos veces. ¿SOLO DORMIR?

Podía ver el deseo agitarse como un reptil en sus ojos, y con igual claridad, como una correa que se manifiesta a nivel del nervio óptico, su esfuerzo por controlarlo. Esperaba haber juzgado correctamente, que la bondad en él fuera lo suficientemente fuerte como para vencer la compulsión masculina.

—Solo dormir —dijo, y sonrió con ironía—. Como sea. Pero se desabrochó el cinturón del libro de música.

Durante un rato, mientras yacían sobre la extraña superficie viscosa del colchón de agua, rascándose discretamente las picaduras de pulgas, sin siquiera tomarse de la mano, un anhelo inesperado por el contacto de otro cuerpo, por la emoción de hacer el amor, por la erradicación absoluta, aunque temporal, de la soledad que la había atormentado desde que murió el *cruce,* por una reproducción de la cercanía física que había sentido por última vez con Jorge Echeverría, todo ello casi la impulsó a cruzar el espacio de la sábana que los separaba hacia los brazos de Stix.

Podía oír su respiración tan tranquila y regular que supo que él también estaba despierto y tenso.

Pero la ausencia de Jorge se interponía entre ellos como un muro infranqueable. Y por alguna razón, el rostro de Charlie Rickie también aparecía fugazmente en su mente, una leve

punzada de tristeza casi teórica que se sumaba a las pérdidas que ya conocía.

La continua inercia del agotamiento también dificultó dar ese primer paso tentativo hacia el sexo.

Y entonces, demasiado rápido incluso para sorprenderse, se durmió.

Capítulo XIV

Los dos meses posteriores a la asamblea en el Mercado de Esclavos, más o menos, fueron de los más tranquilos; de hecho, cuando Soledad recuerda esa época, la *considera* la más pacífica y plena que jamás haya conocido. Casi todas las mañanas comienza para ella en la bruma del despertar, algo que no es inusual, ni para ella ni para nadie, salvo que esa bruma es cálida y relativamente libre de dudas o preocupaciones. Solo unos pocos factores oscuros y temores persisten, proyectando sombras incluso por la mañana, y uno de esos temores es la otra cara de su continua felicidad: que inevitablemente desaparecerá.

Uno de los aspectos más singulares de este estado de gracia es su consciencia de lo que sucede y el hecho de que sea consciente de su felicidad incluso en medio de ella. Siempre recordará la sorpresa que sintió al despertar, sola en la cama, mirando hacia el sur y el oeste, hacia el alto cono de San Isidor, y darse cuenta de que era feliz y que, por lo

que podía prever, lo que le esperaba era otro día de felicidad.

Por supuesto, la memoria, acostumbrada a filtrar los ruidos de fondo y las distorsiones en favor de los cambios bruscos y los acontecimientos repentinos, no registra con precisión los detalles de la satisfacción cotidiana. Por el contrario, su recuerdo principal de ese período reside en la certeza de que, desde el concierto de Frum–Oxum, ha evolucionado totalmente en relación con la pérdida: la pérdida de Jorge, pero también la posible pérdida del *cruce,* de la que Miguel advirtió, y que ella misma presentía al prepararse para hablar en Lo Pano; la pérdida de la hija de Jorge y de las demás personas que la integraban, así como su lugar y papel entre ellas.

La desaparición de su nuevo yo, sí; esa es la mayor pérdida posible que puede concebir.

Pero Dolores aparece al mediodía del día siguiente a la asamblea de Lo Pano, alegre y sin mostrar arrepentimiento, portando un "regalo para la casa", como ella lo llama, una cabeza proto–chibcha[17] de barro cocido del siglo XII d.C., sobre cuya procedencia Soledad evita cuidadosamente preguntar.

17 Un pueblo que habitó en las tierras altas de Bogotá y Tunja. Usado también como sustantivo. [N. T.]

Al día siguiente, ambas ya habían establecido una rutina. Soledad se levanta con los primeros cantos de los camiones y los gallos del amanecer, prepara vino *tinto* y camina hasta el mercado a comprar leche y lo que necesiten ese día. Sus dedos, como Dvorak, recorren en seco los instrumentos del muslo, de la encimera.

Entonces, cuando Dolores despierta, lleva el Fourneaux–Dallapé a la pequeña sala de estar y realiza los ejercicios de verdad. La sucesión de pasajes técnicos le permite conservar la agilidad de sus dedos sin tener que lidiar con la epifanía de su interpretación. Tampoco tiene que enfrentarse al temor que la acompaña: que, a pesar de haberlo integrado en su esquema mental, como un extremo dentro de un espectro de comportamiento aceptable, su interpretación en público fue, en definitiva, una casualidad, algo que solo podía ocurrir una vez; algo que solo podía ocurrir (no se atreve a detenerse en este pensamiento ni siquiera para sí misma) cuando estaba con *él.*

Los ejercicios de Dvořák son valiosos por sí solos, por supuesto, como una forma de aplicar el truco taoísta de alcanzar objetivos lejanos centrándose en metas próximas. Y con el paso de los días, le permiten adentrarse en las fibras musicales que se asentaron en su cerebro gracias al constante intercambio de melodías de calipso que se producía a todas horas en el *cruce;* y también preservar los brotes de melodía generados en la corteza cerebral

profunda, ya sea por ósmosis, imitación o algún proceso más sutil de descripción e interpretación.

Pasa toda la mañana jugando a ese juego, sabiendo que *es* un juego, y también sabiendo que puede sacar de él más de un beneficio. Trinos vibrantes, acordes, trabajando el ritmo del fuelle hasta que le arden los hombros y le sangran un poco los dedos. Todo para capturar, como pajaritos atrapados en una vasta y compleja red, la dinámica de una melodía que eventualmente se convertirá en una de las *Onze Chansons du Marché.*

Almuerzos tardíos de ensalada en la fresca cocina. Una o dos lecciones por la tarde, ganando suficientes fichas de trueque para comida; las fichas de efectivo que le sobran del Conservatorio le servirán para pagar el alquiler durante otros seis meses. Después bebe dos copas, no más, de *vinho verde,* y luego pasea con Dolores por el mercado mientras la tarde funde la luz en tonos ámbar en los que están atrapadas como la mosca del poema de Jorge. Después cenan, escuchando mientras comen el merengue, *los vallenatos, la cumbia* y otros sonidos salvajes que la brisa fresca trae como briznas de paja que los gorriones llevan a casa para construir un nido de canto.

En esta escena pastoral, otros tonos oscuros están presentes con la suficiente intensidad como para equilibrar lo que podría resultar excesivo, para contrarrestar los

colores enfermizos del atardecer con tonos grises solemnes y oscuridad.

Tras aquella primera salida nocturna, Dolores se esfuerza por quedarse en el apartamento y evitar a los *guaqueros* cuyas ruidosas fiestas nocturnas en el Tayrona Cadillac a veces se oyen a través de la ventana de la cocina cuando el viento sopla del oeste.

Pero después de tres semanas su vientre comienza a hincharse notablemente, y a medida que su embarazo se hace visible, se vuelve más inquieta, y a medida que se vuelve más inquieta, su consumo de alcohol y tabaco aumenta, a pesar de que ella y Soledad hablaron de esto y de los efectos en el bebé desde el principio. Soledad permanece en silencio todo el tiempo que puede soportarlo, hasta que finalmente hace un comentario tenso por el esfuerzo que hace para no ofender. Y Dolores responde bruscamente, y todo tiende a escalar en una discusión que generalmente termina con Dolores saliendo furiosa, dando un portazo, sin aparecer hasta tarde o incluso a la mañana siguiente, con un fuerte aliento *a pinga* y tabaco.

Soledad ha acompañado a Dolores a la partera que la atiende, gracias al dinero de Jorge. La *sabia mujer* respalda los argumentos de Soledad, y Dolores lo intenta. Y finalmente, después del tercer mes, su ciclo parece ralentizarse, detenerse, incluso revertirse. Los episodios de inquietud se presentan a intervalos más cortos, sus

reacciones también comienzan a volverse más superficiales, como si esto fuera realmente una cuestión de sintonía: sus discusiones son menos feroces, los cigarrillos menos numerosos, las bebidas a menudo menos fuertes que *la tafia.* Soledad raciona sus propios Galaxy a tres por la mañana y siete para el resto del día.

Una tarde, un día en que Soledad no tenía clases programadas, Dolores entró a escucharla mientras repasaba los primeros compases de lo que ahora consideraba una *chanson*. La escuchó de principio a fin, sin ser invitada, mientras enroscaba distraídamente un mechón de cabello color cormorán entre sus dedos. Soledad no dijo nada y no sintió ninguna interrupción ni ralentización en su trabajo; una ausencia de inhibición mayor que la que sentía con el padre de Dolores, si se compara la ausencia, como si se leyera una especie de manómetro interno, obviamente y eternamente subjetivo.

Esa misma noche, el guaquero de Dolores aparece y les ofrece gratis el mismo dudoso bufé de ron del Delta, humo de cigarro y relatos de machismo sin sentido que Jorge y Ruiz generaron tras su propia expedición a Tayrona. Dolores empieza a beber y fumar sin control y responde a los comentarios tácitos de Soledad con miradas desafiantes. El *guaquero* —presumiblemente el padre del niño, aunque Soledad nunca le ha preguntado y Dolores nunca se lo dice— vomita en el suelo y se desmaya en el sofá. Quizás sea el arrepentimiento lo que lleva a Dolores, dos mañanas

después, a aparecer con el *bandolo del hombre* y, de nuevo sin pedir permiso, a tocar con un rasgueo percusivo, aunque algo tosco, la misma *canción,* la segunda, que claramente prefiere.

Otros pequeños incidentes marcan el paisaje de su felicidad con las boyas del canal del tiempo transcurrido. Un día ve a de Weick en la calle, de Weick, el arrogante primer violista del Conservatorio. Parece más frágil de lo que recordaba, y mira con temor hacia atrás mientras él tiembla por un callejón cerca de las casas de contabilidad del mercado donde los vendedores de jisi y los artesanos jag gritan procedencia y gigabytes en un canturreo melodioso que Soledad se esfuerza por transcribir en un cuaderno sin parecer demasiado una espía F2.

En ese momento recuerda que de Weick fue el adicto a las drogas que le recomendó a Haddad; parece que fue hace años. Por un capricho del destino, solo dos días después Haddad aparece en su puerta para preguntarle si ha leído su manuscrito. Tiene que confesar que no. Él se ve tan abatido y solo que ella promete leerlo antes del fin de semana siguiente. «No sé por qué quieres que lo lea», le dice, y él responde: «Porque ves con claridad». Ambos saben que él sigue enamorado de ella y que esto es simplemente una forma de alcanzar una intimidad mayor que la que pueden ofrecer las obras de ficción o la realidad. Una tarde empieza a leer el manuscrito en el baño y, para su sorpresa, descubre una hora después que sigue leyendo y que realmente es

bastante bueno. *El Gusano del Engaño* es un poema en prosa con un lenguaje crudo y violento. En ella, el atormentado protagonista recorre una especie de calvario infernal a través de un *cruce* que para él está podrido de pretensión, derramamiento de sangre y vanidad; una semiciudad sobrecargada e inestable perpetuamente al borde de caer en un apocalipsis final de culpa devoradora, seguido de una redención ardiente, una redención que no cura.

Ella no sabe qué pensar al respecto, así que se lo comenta a Jorge, quien ahora la visita con regularidad hasta que todos se sienten bastante cómodos entre sí en el mismo apartamento.

Este recuerdo funciona en secuencias conectadas, la facilidad que han logrado con Jorge los lleva hacia atrás al estrés inicial de su primera visita. Que comienza de manera bastante rígida y limitada mientras todos intentan averiguar cómo deben lidiar entre sí en un contexto que no tiene una meta o agenda establecida. Se tira de la oreja derecha con los dedos de la mano derecha. Usa el formal *vous* o incluso la tercera persona para las dos mujeres mientras camina nerviosamente por la sala de estar: dos pasos en una dirección, dos en la otra. “No tengo requisitos para mi hija ni para la mujer que todavía amo, pero con la que aparentemente no tengo más esperanza de vivir que una araña macho en la grieta donde vive un lagarto veloz”, es una de las declaraciones que hace, a lo que Soledad responde: “Tonterías, tu terminología está tan cargada, Jorge”, y

Dolores agrega: “Es patético, usas tu poesía como una chica tímida mantiene una mano entre las piernas, pensando, no, pero esperando que la jodan en cada esquina”. Lo que hace que los tres se rían.

La visita mejora después de eso. Soledad nunca menciona su intuición de que Jorge se acuesta con la mujer de Lo Pano, con quien estaba la noche del ataque a Ensevli. Le duele que tenga una aventura, pero también es una forma de protegerse. De todos modos, al dejar a Jorge, ha hecho que el asunto no le incumba.

Está segura, por razones que le resultaría difícil explicar, de que se trata de un *affaire de peau,* una relación meramente física.

Ella espera, de forma bastante altruista, que la chica Lo Pano esté sacando más provecho de la relación que ella.

Esa noche, su primera noche juntos, ella compra los ingredientes para el *vata:* aceite de dende, pasta de coco y filetes de bonito. Llevan la mesa de la cocina al salón y cenan junto a la ventana, y esta vez Soledad no cuenta las copas de vino que Dolores o ella consumen. Incluso con la oscura silueta de la fragata y los destellos del fuego de mortero desde las colinas tras la laguna —pues los combates en las colinas parecen intensificarse, hacia qué clímax de destrucción y explosivos Soledad no se atreve a adivinar—,

permanece consciente, casi excluyendo todo lo demás, de la esperanza que encierra esto.

Porque al final de esa primera visita, y en las llamadas posteriores, sin importar si se dirige a ella en *tercera persona* o de forma más personal, Jorge parece una vez más libre para hablarle, para tejer imágenes extrañas en historias que tal vez no siempre se sostienen narrativamente hablando, pero que no dejan de ser entretenidas de escuchar. De vez en cuando, un evidente anhelo de múltiples niveles se enciende en las sombras de sus iris mientras observa a Soledad; tal vez esto es lo que la hace tan segura de sí misma cuando se trata de la mujer Lo Pano. Entonces se da cuenta visiblemente de sí mismo y aparta la mirada, generalmente hacia su hija o hacia la barriga de su hija.

Está sumamente complacido con la idea de tener un nieto "para mimarlo y corromperlo sin la molestia de que alguien le conteste", como dice Dolores, no sin cierta ironía. Está aprendiendo a hablar de sí misma con Soledad; no es algo que le salga con naturalidad. "Es porque crecí en una casa donde se suponía que las mujeres debían escuchar la brillantez de la poesía. Sí, pero solo al poeta se le permitía escribir poesía. Los roles estaban estrictamente definidos…". Este es uno de los pocos detalles que le cuenta a Soledad, generalmente acompañado de un ladrido áspero, muy distinto a su risa espontánea habitual. Soledad está segura de que es una risa que practica para parecer la chica *guaquero* que sabe que su padre no quiere que sea. «Estoy

segura de que Diego era muy respetuoso con la poeta que llevas dentro, entre apuñalar gente, beber y desenterrar tumbas de indios muertos», dice Soledad, a lo que Dolores responde: «¿No lo entiendes? Al menos no fingía ser diferente de lo que era». Soledad, por su parte, habla más de sí misma de lo habitual, tal vez con la esperanza de que la niña se sienta más cómoda con la intimidad, como se entrena a un niño lobo, piensa, como se entrena a un lobo. Le cuenta, por ejemplo, sobre Mademoiselle Weill, una historia que nunca le ha contado a nadie, ni siquiera a Jorge ni a Jean–Philippe.

"Nunca tuve mucho afecto por Mademoiselle Weill", comienza un día, ambas descansando después de una sesión sobre las *canciones.* "Supongo que fue porque sospechaba —no, en el fondo lo sabía, sin siquiera entender lo que significaba— sabía que tenían una aventura, la habían tenido durante años. Al principio, cuando lo más grande que podía soñar era pasar un día en la mina con mi padre, simplemente la resentía. Tener que hacer la tarea, geografía y matemáticas solo para complacerla. Tenía un aspecto severo, aunque tenía un hermoso cabello castaño, supongo que el tipo de mujer a la que llamarías guapa, con todo lo que eso implica.

"Pero a medida que crecía y me aburría de Glen MacRae, nos hicimos amigas, en cierto modo. No era algo personal; se basaba precisamente en los libros, de geografía y matemáticas, que nos sacaban de la *selva,* de la sensación de

estar asfixiadas allí. Y ella me enseñó a tocar el piano, hasta que finalmente toqué mejor que ella. No tenía talento musical, pero su técnica era buena.”

En ese momento, Soledad aparta la mirada de Dolores. Ha guardado ese recuerdo durante tanto tiempo que se siente como una traición, o al menos como una venta a precio de saldo de algo preciado, entregárselo gratis a una chica que está sentada allí afinando el *bandolo* de su novio y pensando en otra cosa.

“Lo que tenía que pasar, pasó a su debido tiempo. Salí a dar un paseo, Napoleón se asustó de una serpiente, me caí y me rompí un ligamento del tobillo. Así que llegamos a casa dos horas antes. Juanito me llevó a una silla en el pasillo, luego fue a buscar a María Gisela. A menudo me pregunto si él lo sabía, si quería que sucediera; María Gisela apenas le habló después…. Fue entonces cuando la vi, saliendo del dormitorio de mi padre. No llevaba ni una prenda de ropa. Todavía puedo oír su jadeo. Luego volvió corriendo adentro, lo cual fue un error.

“Se gritaron toda la noche, como solían gritarse él y mi madre. Y cuando desperté, ella ya se había ido; Juanito se la había llevado a Ruedo, y todos sus libros… nuestros libros”. Soledad nota que le tiembla la voz y lo comenta con frialdad, un detalle extraño, evidencia de una emoción inusual.

Después de eso, no le hablé a mi padre durante semanas. María Gisela tampoco le habló a él *ni* a Juanito. Reinaba un silencio absoluto en la casa. La siguiente institutriz que encontró era vieja y fea. Cumplía con su trabajo, pero fue entonces cuando descubrí, en retrospectiva, que Weill había adorado esos libros, y la nueva no. Verás —añadió Soledad, mirando por la ventana sin importarle si Dolores la escuchaba o no—, creo que lo que más me molestaba era la confusión; el hecho de estar en esa situación, siendo una adolescente que idolatraba a su padre, y luego, en cierto modo, desear que Weill se fuera, porque así no tendría competencia por su atención, y a la vez desear con todas mis fuerzas que se quedara. Desde entonces, he odiado la confusión.

Dolores no comenta la historia. No responde con la misma franqueza. Sin embargo, al reflexionar sobre ello más tarde, Soledad se da cuenta de que ella misma ha aprendido algo que facilita la comprensión y quizás la convivencia con Dolores. Porque ella y la niña, en distintos momentos, deseaban lo mismo de sus padres: una franqueza, una claridad en las relaciones más complejas y ocultas, que pudiera manifestarse a voluntad. Y le parece, tras su propia experiencia, que el profundo drama de la adolescencia podría provenir de la necesidad infantil de una franqueza similar, y de la incapacidad fundamental del mundo, y especialmente de los padres del mundo, para proporcionar un bien tan preciado.

Hacia finales de septiembre, el tiempo cambia. La temperatura, que durante el día se ha mantenido en unos agradables 29 grados Celsius, sube a 33 o más. La humedad aumenta hasta que las partituras en las que trabaja Soledad quedan empapadas por la humedad atmosférica, y el cabello de Dolores se riza como los engranajes helicoidales metafóricos del libro de Haddad.

Entonces empieza a soplar el viento desde el océano, trayendo consigo un fino polvo rojizo que se mete en la crema facial de Soledad, en su café e incluso en el estuche del acordeón.

Pero el viento no trae alivio. Aunque la temperatura baja un par de grados, la humedad empeora. «A este viento lo llaman La Loca», le dice Dolores. «El viento loco. En el norte trae huracanes desde África. Ese polvo rojo que ves viene del desierto del Sahara, lo transporta la corriente en chorro».

Todo empieza a pudrirse y a enmohecerse. La gente se vuelve irritable. La clínica *Cruce* de la Rue Ravachol se llena de heridos de bala y pus.

Soledad se encuentra cada vez más incapaz de concentrarse en el trabajo. Un leve dolor de cabeza comienza el segundo día que llega La Loca; solo desaparece una vez mientras sopla este viento. El olor a pescado muerto y basura se vuelve insoportable. La leche se echa a perder en cuestión de horas. Hace demasiado calor para salir durante

el día por mucho tiempo. Ella y Dolores se gritan la una a la otra. Abajo, Cloodine regaña a sus hijos casi sin cesar. Dolores, a pesar de la palpable tensión en el pequeño apartamento, no se derrumba y corre hacia el Cadillac *de los guaqueros;* tal vez, como todos los costeños nativos, está acostumbrada a La Loca y sabe instintivamente cómo adaptarse. Soledad se aferra a su vieja rutina durante dos días y al tercero es ella quien ya no puede más. Jorge viene esa noche, se siente insultado por algo que Dolores le dice, no importa qué, La Loca hace la más mínima desviación en el tono, o una palabra mal usada, gravemente sospechoso. Él se da la vuelta para marcharse y Soledad le dice bruscamente: «Déjame ir contigo, dar una vuelta, lo que sea. Necesito salir de aquí un rato».

La forma en que Jorge reacciona ante La Loca es bajando el volumen de su conversación un 10 por ciento. “Iba a Ensevli”, le dice mientras caminan por la Corniche, “necesito una dosis de absolutos”.

«El *mounchey»,* dice, recordando que el sacerdote de Umbanda al que frecuenta vive en algún lugar de Ensevli. Recuerda también la última vez que vio a ese *mounchey,* y el recuerdo del hombre a su lado, el gringo con cara de caos. «Te acompaño hasta el mercado».

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —pregunta—. Te ves cansada, Soledad.

—Estoy bien —le espeta—. Vámonos.

El último destello del atardecer, rojo como los caquis tras la bruma del polvo del Sahel, se desvanece con la llegada de la noche. Está segura de que no quiere visitar una zona tan concurrida y peligrosa como Ensevli mientras sopla La Loca.

El mercado de esclavos parece más concurrido de lo habitual. Los puestos de umbanda tienen mucho movimiento, quizás vendiendo remedios a personas con dolores de cabeza como los de ella. Jorge dice que no tiene prisa, ya que el *mounchey* no comenzará con los conjuros hasta una hora después del atardecer, y caminan lentamente entre los vendedores de recuerdos, los puestos de fruta, los reparadores de motores fuera de borda, los comerciantes de vídeo. Una mulata solitaria canta *Puta Rosa,* tocando tristemente un *requinto.* Un grupo de contrabandistas de oro juega al ajedrez africano, tan serios y concentrados como estudiantes de filosofía. Los cafés de las galerías moriscas tras las barreras de los esclavos están llenos de gente que ríe a carcajadas. Las bandas son en su mayoría conjuntos de *cumbia,* rápidos y ruidosos, o bien *batuque:* media docena de hombres y mujeres golpeando tambores con forma de setas, relojes de arena o ramas de árboles.

Soledad observa que Jorge se mantiene alejado de las luces estridentes de la Torre Flash. Habla del libro de Haddad, que, al igual que Soledad, contempla con reservas. Incluso lo cita;

tiene memoria de poeta para las palabras: «“Y seguía presa de la sensación de que, en el mismo proceso de hablar de su conversión, le había abierto la piel bajo el esternón, le había pinzado los vasos sanguíneos cortados —mmm, ¿cómo era?—, le había extirpado el bazo y, sin separarlo de un solo nervio, lo había clavado con una docena de agujas brillantes en el balcón de caoba de su casa, a la vista de las mujeres que teñían ropa abajo; sus lavados escarlata imitaban la sangre que jamás brotaría de él”». Jorge niega con la cabeza. “Eso tiene su fuerza, pero hay una deshonestidad en el fondo de ese libro que no logro identificar. El narrador miente, por supuesto, pero es más que eso: ni siquiera cree en el acto de mentir, ¿y cómo demonios se pueden contar historias de esa manera?”

Ha publicado un capítulo de *Wormgear* en el sitio web Wildnet de su grupo de escritura.

Compran *butifarras,* Luego, se dirigen tranquilamente hacia la esquina noroeste, donde se encuentran una serie de tiendas de campaña y puestos, llamados jocosamente *l’Université du cruce.* Y agrupados alrededor de los cafés más alejados de la galería, tradicionalmente se dedican a enseñar o simplemente a charlar. La gente está de pie o en cuclillas, espantando mosquitos, escuchando a los conferenciantes dentro de las carpas, gritando o aplaudiendo según les plazca. Una mujer de voz ronca vestida con la bata de laboratorio de una teórica de la televisión habla por un megáfono mientras detrás de ella un video satelital en un

estante clavado en lo alto de la pared de coral muestra un segmento de hace tres años de *Tristesse dans l'aprésmidi* [Tristeza en la tarde], La telenovela de realidad virtual del norte. A la estrella, Amy Duggan, le acaban de decir que tiene disfunción televisiva, lo cual está bien porque Lance Martin, interpretando al doctor Graves, ha inventado una vacuna para ello, pero luego sufre un secuestro de su vida y no puede ser tratada a tiempo. La teórica de la televisión congela el vídeo satelital en una toma de establecimiento de Bayview, la ciudad mítica donde transcurre *Ihsfessc.* «Bayview está a solo cinco millas de Glendale», anuncia, «separadas por un río, símbolo de fuerzas ocultas, barreras submarinas. Ambas ciudades se construyen sobre las fábulas prostituidas de sus habitantes. Miren: la Torre Melrose en Bayview, donde Amy, símbolo del mal, tiene un apartamento. Y miren: el Hospital Central, en Glendale, que es el nexo de los flujos de fuerzas subconscientes que cruzan el río, desde Bayview; un caso clásico de concordancia como Fernsehen también escribió», continúa la mujer, «que ciertas "ciudades vórtice" tienden a converger en torno a las historias que construyen colectivamente sobre sí mismas: relatos de las calles, mitos de la lavandería. ¿Qué ciudad —pregunta retóricamente— ha construido *sus* historias?

Dos puestos más allá, un joven muy bajito con bigote de torero habla de monstruos. «No monstruos fantásticos», grita, «monstruos reales, de dientes y tentáculos burocráticos; se pueden representar visualmente, cada

tentáculo una rama independiente y rival de Mitsubishi Baring Holdings Limited o Pricewaterhousecoopers–Deutschebank. Su tamaño y longitud se calculan con precisión según los parámetros de Hawkley: número de empleados, grado de obstrucción de objetivos, etc.».

«¡Estás loco!», grita un anciano desde el borde de la multitud. «Tú, como todos los seguidores de Hawkley, crees que somos perseguidos, ¡pero es tu *paranoia* la que ha traído la fragata aquí, no al revés!». Mucha gente silba y aplaude. El joven permanece impasible.

—Eso no es lo que dije —anuncia, tomando una revista de negocios brillante y agitándola para que las páginas se muevan—. X–Corp/TransCom, Thomson Siemens/Aerospatiale. A eso nos enfrentamos —continúa con una voz a la vez más suave e intensa—. Extraterrestres: enormes formas de vida que despertaron y tomaron el control de este planeta hace unos setenta años. Organizaciones, señoras y señores: bancos gigantes, agencias provinciales, cualquier burocracia donde el tráfico de información ha alcanzado un umbral más allá del cual los humanos comienzan a perder el control y una conciencia organizacional ha evolucionado para asumirlo. Esas organizaciones están tan vivas como colonias de hormigas. Y son mucho más hostiles a la especie humana.

Jorge se da la vuelta, terminando su *butifarra.* El joven, aún hablando, lo observa marcharse. «¡Oh, ser blanco verdoso y

lleno de savia!», dice Jorge con un tono alto y melodramático, «y todas tus ilusiones de helecho intactas».

Por alguna razón, esto irrita profundamente a Soledad. Sabe que es la causa de su dolor de cabeza, de su irritación acumulada, de los días que pasa encerrada en su apartamento. Además, la *butifarra* le provocó dolor de estómago. Nada de esto logra mitigar su irritación. «¡Ay, qué fácil te es usar tus ingeniosas palabras!», le dice.

—¿Ah, sí? —responde con sarcasmo—. Deberías probarlo alguna vez, a ver lo cooperativas que son las palabras; sí, esos días en que son tan torpes como cemento para huesos, o herramientas rotas, o tornillos que no encajan en la tuerca.

“Como la mojigata”, le espeta Soledad. “¿Qué dijo Dolores? ¿Acaso proteges tu virginidad?”

—Perdí la virginidad hace una generación —responde—. Sí, es la inocencia, el himen filosófico, la cereza política de pétalos de rosa de la que te hablaba, muchacha.

Salen del Mercado de Esclavos por la puerta sur, rumbo a Ensevli. Debería darse la vuelta, dejarlo con sus comentarios sarcásticos, reprimir su irritación, contener el fuego. Al regresar a casa, también podría eludir el aura de profunda incertidumbre que la rodea ante la idea de la *comida.*

Pero en este momento de su estancia en Bamaca, aún se siente reconfortada por el hecho de haber logrado vencer

sus miedos en dos ocasiones, forjando un poderoso ariete con su deseo más profundo. Por lo tanto, la idea de los *mounchey* y Ensevli no le preocupa tanto como podría haberlo hecho de otro modo.

De todos modos, hace calor y La Loca sigue soplando y ella quiere terminar esta discusión con él.

Así que ella lo acompaña por los callejones de casas *de pilotes* que se apiñan en esta sección del *cruce* de Bamaca*,* donde bordea la antigua calzada hacia la Ciudad Amurallada y se abre paso entre el vasto *pepinador,* el basurero y la laguna más allá; eligiendo verbos que pueda usar para incitar y avivar esta ira en su interior para revelar las brasas escarlata de lo que realmente intentan inflamar el uno en el otro.

Niños y perros corretean como cangrejos de arena; esta es la parte de la ciudad donde viven los afroperuanos, y los niños son rápidos y de piel muy negra. Un medio Chevy tirado por una mula casi la atropella. Una pelea de gallos ocupa la mayor parte del callejón veinte metros más adelante; gallos muertos, los campeones de ayer, han sido arrojados descuidadamente en un montón a un lado, con sangre espesa y negra en sus plumas mates. Sobrevivientes de Kundura caminan de lado entre las sombras, ajustándose pañuelos alrededor de sus rasgos deformados. Siluetas oscuras se arrastran como cangrejos sobre la gran colina del basurero, buscando chatarra vendible. Una puerta se abre

en un pequeño *pilote,* revelando el destello de una lámpara Coleman y un grupo de chicas, vestidas con uniformes militares y rifles, agachadas alrededor de una mesa baja que está alfombrada de un extremo a otro con el verde humeante de las esmeraldas.

Dos puertas más allá de las *esmeraldas,* lámparas votivas rojas y un murmullo de voces anuncian un bar al aire libre bajo el pórtico de un *pilote en ruinas.* La casa al otro lado del callejón se ha derrumbado, dejando ver una franja de la laguna negra contra las almenas aún más oscuras de la Ciudad Amurallada. En lo alto, la noche ilumina aquí y allá una estrella fugaz, las luces de un apartamento cerca de la catedral, las antorchas de los pescadores de anguilas, el cigarrillo de alguien que camina junto al agua tranquila.

Soledad tira de la chaqueta de Jorge.

“Quiero una *tafia”,* dice ella.

“No tenemos suficiente tiempo.”

“Tenemos tiempo de sobra.”

Enciende un cigarrillo y bebe la taifa demasiado rápido, mirando la laguna, preguntándose qué decir a continuación. Como siempre, Jorge habla primero. Para su sorpresa, él suena tan enojado como ella.

«Me considero un hawkleyista», comienza, «de lo contrario, ¿por qué estaría aquí? Pero en el fondo es una revuelta contra el padre mítico, algo típico y cursi, un deseo de reconciliarse».

—¡Menuda simplicidad! —interrumpe Soledad, exhalando sus palabras entre humo—. ¡Menuda…!

—Empezó joven —la interrumpe Jorge—. Hawkley. Fabricaba ácido lisérgico. Se relacionó con contrabandistas; vio en ellos una estructura política, máxima libertad, máxima rebelión. Una fantasía adolescente, absolutos alcanzables, como motocicletas veloces.

—Tú. —Apaga el cigarrillo—. Tú…

"Más tarde quiso volver a integrarse en el arquetipo paterno, como la clara de huevo doblada sobre sí misma para hacer mousse; luego surgieron las teorías de la colaboración creativa, el mínimo del treinta y siete por ciento, los talleres de compromiso. Incluso esta nueva idea, que, para mi desgracia, me he tomado en serio, sobre la que incluso he escrito: estos *ciber cruces."*

Está sudando de calor y rabia. Termina las últimas gotas de taifa y enciende otro Galaxy sobre la punta del anterior, pensando irrelevantemente que tendré *que dejar de fumar si sigo así, no me lo podré permitir.* Muy cautelosa de lo que pueda decir en voz alta. La *tafia* no le ha ayudado al

estómago. Observando la laguna, nota que se está cortando como si un cuchillo hubiera cortado la piel del agua negra, dejando que la carne tensa se desprenda por ambos lados; un enorme ave acuática, al alzar el vuelo, se recorta momentáneamente contra el sonido y la luz de la catedral. Con un graznido agudo, desaparece.

—La verdadera cuestión —dice finalmente— es cómo lograr el equilibrio en la vida. Eso es todo lo que piensa Hawkley.

“Equilibrio”, comienza burlonamente, “como la sinfonía de…”

—*Cállate* —dice en voz alta—. Estoy intentando decir algo, déjame terminar de una vez.

Suspira y se encorva contra el mostrador, frotándose las patillas contra las mejillas como si eso pudiera protegerlo de sus palabras.

“Quise decir que el hawkleyismo no es tan diferente de la gente; lo que somos, al menos lo que yo soy, se basa en la misma dinámica. Me refiero a las limitaciones, las restricciones que te imponen de niño; y luego, lo que haces de ti mismo *a pesar* de ellas, lo que puedes hacer una vez que has aprendido a usarlas, incluso para crear tu propia música a partir de la vida.”

Ahora se vuelve hacia ella, triunfante, y levanta su ron como si fuera a bautizarla con él. «Música contra política», dice, «ahora hay una distinción que, por su propia naturaleza, es como la del avestruz: elitista, antipolítica».

"¿De qué estás hablando?", responde ella acaloradamente. "Los Adornistas lo usan"; deteniéndose entonces porque los rasgos de Jorge, iluminados por el resplandor púrpura de una lámpara votiva, están tan delineados que, paradójicamente, lo hacen parecer joven, como un niño al que sacan de un sueño.

Pero va más allá de su rostro. Ella tiene la sensación de que si la madurez consiste en forjar una personalidad coherente, entonces, de alguna manera, en las últimas semanas él ha madurado menos, mientras que ella ha envejecido. Soledad, al recordar, comprende cómo sus inseguridades artísticas, sus dudas políticas y su afición al vudú encajan con esa idea. Y se pregunta si la dinámica de Pigmalión[18] entre los dos se vio alterada a raíz de ello; si ese conflicto incluso pudo haber provocado su separación.

Sin embargo, *es* viejo, al menos en años. Solo es siete años menor que su padre. Y toda esta charla sobre padres e hijos,

---

18 Pigmalión era un escultor que vivía en la isla de Creta y que se enamoró de una estatua que él mismo había creado: Galatea. Tan fuertes eran sus sentimientos por ella que pidió a los dioses que la convirtieran en una mujer de carne y hueso, para poder amarla como una a una mujer real. [N. T.]

sin mencionar la asfixiante humedad de La Loca, debe de agotarlo aún más que a ella.

Ella alza la mano, con la ira brotando de ella como el aire de un fuelle agrietado, para acariciarle la mejilla. Entonces su movimiento se detiene, paralizada por una oleada de voces en el callejón, voces masculinas que gritan, chillan de la nada, el áspero estruendo de una pelea que alcanza su clímax casi de inmediato, sin el habitual crescendo lento durante el cual los hombres se convencen a sí mismos de no querer realmente hacerse daño y arriesgarse a ser heridos a cambio.

Todos los que estaban en el tugurio se agolpan en el callejón. Alguien alumbra con una linterna. Entre las piernas y los empujones de los curiosos, alcanza a ver un cuerpo tendido inmóvil en la tierra. Líquido, negro, húmedo y oscuro como las profundidades de una laguna, se acumula en el surco junto a él.

Una mujer solloza. La mitad de la gente en el bar rodea a un hombre delgado, muy joven, casi un niño, que sostiene un *cuchillo.* Con el cuchillo suelto a su lado, mira a los hombres con los ojos muy abiertos, oscuros y asombrados, mientras le arrebatan el cuchillo de la mano y lo arrastran a la fuerza por el callejón hacia el mercado, hasta que se pierde entre la multitud.

—¿Adónde va? —susurra Soledad—. ¿Qué harán con él?

Jorge se encoge de hombros y emprende la marcha en dirección contraria, mirando de nuevo su reloj, mientras se dirige hacia Ensevli.

—¿Y qué? —insiste Soledad.

—Si tiene suerte —responde Jorge finalmente—, lo llevarán a Lo Pano y pedirán a los Webmasters que lo juzguen. Si tiene menos suerte, lo golpearán hasta dejarlo inconsciente y luego le cortarán una oreja o un dedo para marcar lo que hizo.

—Si no tiene suerte, alguien lo encontrará mañana en la laguna. —La voz de Jorge es áspera e indiferente, pero ahora camina mucho más rápido y el sudor le empapa toda la camisa, mientras que antes solo le mojaba las axilas y el estómago. Soledad sabe que esto le afecta, y que él también es como otros hombres en esto, que intenta olvidar las sensaciones que no puede absorber con el ritmo y la intensidad del movimiento.

Capítulo XV

"Ensevli" significa "enterrado". Antiguamente era una zona de talleres mecánicos, garajes y depósitos agrícolas llamada Villeneuve. Bordeaba la carretera principal que conducía a la capital, la cual serpenteaba sobre pilotes de hormigón a través de la laguna y rodeaba el flanco noroeste de San Isidor.

Pero doce años antes, un huracán de categoría tres había descargado lluvias torrenciales sobre Bamaca, provocando el desprendimiento de parte del volcán en una gigantesca ola de ceniza empapada, lava desintegrada y lodo. La Ciudad Amurallada y el cuerpo principal de *Cruce,* separado del volcán por la laguna, resultaron ilesos, pero la marea de lodo, de quince metros de altura en algunos puntos, avanzó sin control hacia Villeneuve y la carretera. Hubo cierta advertencia: un grupo de residentes *de Pilotes* y mecánicos

de talleres, antiguos campesinos de la Provincia Central que ya habían presenciado este tipo de sucesos, habían organizado una evacuación. Por ello, relativamente pocas personas perdieron la vida cuando la muralla de la antigua montaña engulló el barrio, cubriéndolo por completo con lodo que, al cesar las lluvias, se solidificó hasta adquirir una textura tan dura como la tiza.

Desde entonces, los antiguos inquilinos de Villeneuve, ahora llamados Ensevli, excavaron túneles en el subsuelo para rescatar las pertenencias que habían sobrevivido. Y cuando los rescatadores se marcharon, los residentes más pobres de Bidonville se instalaron allí, excavando un laberinto de cuevas sin pagar alquiler en los nuevos acantilados de ceniza volcánica bajo el hormigón de la autopista enterrada.

Jorges *Mounchey* vive en una de estas viviendas, una gran choza excavada en un acantilado con un techo de acero y asfalto que sostiene las toneladas de lodo que hay encima. Se accede a ella subiendo una serie de escaleras en el ángulo entre dos terraplenes bien excavados. A Soledad le recuerda las imágenes del libro de geografía de Weill: las aldeas de los indios Pueblo en Mesa Verde, Colorado, o el templo de Petra en Jordania.

La escalera termina en un pequeño balcón de vigas de madera y tierra plantada con hierbas medicinales. Más allá, enormes vigas de hierro de un arco de la antigua carretera

apuntalan las paredes y el techo de una cálida madriguera. Parte de un letrero metálico que dice

BAMA

0,8 KM

VILLEN

con una flecha al lado que sobresale de la ceniza volcánica a la derecha. Entre las vigas hay soportes improvisados de bambú grueso y madera contrachapada, y muchos estantes. Cada estante está repleto de ofrendas votivas de Umbanda–Cargo, varios santos representados con la llamativa sangre y los jeroglíficos de los sincréticos católicos: Guinea Jack, Yemanja, John Frum.

Entre los santos se encuentran objetos curiosos dispersos: azuelas indias, máscaras de Tayrona, baldosas de terracota con caracteres hebreos escritos con tiza en sus superficies. Veinte o treinta velas y media docena de lámparas de aceite —Ensevli nunca ha tenido electricidad— proyectan destellos sobre un enorme sofá de crin de caballo y una hilera de sillas desiguales en las que se sientan tres mujeres con túnicas blancas y pañuelos de campesinas criollas. También hay una pareja de la Ciudad Amurallada: el hombre, con sobrepeso, viste un traje tropical de fino tergal, y la mujer lleva pantalones y zapatos de tacón que, según Soledad, debieron

de ser un suplicio para caminar por estos cañones de terreno irregular.

Un *batuque* de siete tambores —con forma de reloj de arena, las profundas calabazas de *los courges y* los *bombos trípodes*— se alinea en el extremo más profundo de la cueva, ocultando parcialmente una abertura velada por una cortina de cuentas que, en este entorno, luce patéticamente suburbana. Desde un rincón junto al tambor, entre una colección de plumas, fragmentos de esmeralda y huesos de hormigón, una radio de la década de 1930, conectada a una batería de motocicleta, emite un fuerte zumbido estático.

Jorge entra y se sirve un vaso de agua de una jarra junto al sofá. Soledad elige una silla y se sienta, con las manos entre las rodillas. Las mujeres con chales blancos la miran fijamente. El hombre de la Ciudad Amurallada —un funcionario, supone, o un banquero— asiente incómodo. Ella le devuelve el asentimiento y vuelve a dirigir la mirada a los santos de la orden, intentando respirar con normalidad. La caminata rápida y la subida la habían dejado sin aliento, pero lo que realmente había trastocado sus ritmos era el asesinato junto a la laguna y sus consecuencias. Está segura, en el fondo, de que el chico con el *cuchillo* ya está muerto, tan muerto como el hombre al que acababa de apuñalar. No puede sacarse de la cabeza la mirada en sus ojos, como si una secuencia de pequeños movimientos mecánicos en manos y cerebro hubiera culminado asombrosamente en un resultado mucho mayor del que él podría haber previsto;

como sus ejercicios, no puede evitar pensar, sus pequeños trinos trabajando para crear una canción o un concierto mucho mayor que la suma de sus partes. ¿Y qué significa esto, se pregunta en silencio, para ella misma y su papel en lo que hasta ahora había creído que era lo más parecido al paraíso que podría encontrar en esta tierra?

«Un paraíso de tontos», murmura. Y ella misma era la tonta; pues ahora comprende lo que significa vivir en el paraíso *(«Paraíso,* de "un parque cercado"»; palabras de Mademoiselle Weill, que brotan espontáneamente como de su subconsciente; «de *peri,* griego que significa "que rodea", y *telchos,* muro»). Vivir al margen de las leyes de la civilización. Porque aquí la música es libre, abundante y vibrante, y puedes conseguir todo lo que quieras, sin restricciones; pero también te pueden secuestrar y ahogar en una laguna una multitud de extraños por cometer un error.

Es cierto que el error que cometió el chico, si es que realmente lo hizo, fue particularmente grave. Pero merecía ser analizado y el castigo aplicado con sobriedad y a la luz de la razón. E incluso si el chico fuera llevado a Lo Pano, como Jorge había dicho que podría suceder, ella no podía imaginar que la novia de Jorge ni los demás que había conocido allí estuvieran a la altura de la tarea de juzgar una cuestión de vida o muerte. Se suponía que la gente de Lo Pano debía negociar con la autoridad de la Ciudad Amurallada y la compañía telefónica, mantener en funcionamiento las redes

de comunicación y los enlaces de trueque electrónico, y arbitrar en asuntos comerciales: investigar quién vendía nueces de cola podridas o pescado de menor peso; ese tipo de cosas.

Aprieta las rodillas contra las manos. Presiona el estómago con los codos para mitigar el dolor. Se siente mal por la complicidad. Este *terreiro* le parece de repente perverso y lleno de poderes que no deberían salir de sus sucios escondites subterráneos.

Incluso Jorge, que ahora acaricia las velas, le parece un extraño, un hombre con comportamientos desmesurados que ha llevado al límite. Los hombres sin hijos están malcriados, solía decir María Gisela, y por primera vez ve claramente esa maldad en él. Dolores no es su hija; hace mucho que la dejó atrás, detrás de su escritura, criándola al cuidado de varias niñeras hasta que tuvo edad suficiente para irse de casa.

Extraña a Dolores —y de repente este le parece el único pensamiento puro que ha tenido esta noche— extraña a la chica y el refugio sombrío de su apartamento. Se levantaría para irse ahora, pero sabe que se perdería de inmediato en el laberinto de callejones de ceniza volcánica del exterior. Y Jorge no la ayudaría. Diría que ella había consentido en venir, lo cual es cierto. Se ve pálido; su preocupación, en medio de las críticas, la sorprende. Se tira del lóbulo de la oreja, con la espalda retorcida como si le doliera.

Poco después de ese pensamiento, la cortina de cuentas retumba y aparece el *mounchey,* seguido de tres hombres vestidos con pantalones y camisas blancas que toman sus lugares detrás de los tambores. Una botella de *cachaza*, el ron circula entre el grupo. Su primer instinto es rechazarlo; no le gusta esa presión, ese empujón para drogarse. Pero cuando la botella llega a ella, da un pequeño trago, y el ron es tan intenso y de alguna manera diferente a sus enfermizas dudas que toma otro. La sacerdotisa enciende platos llenos de hierbas secas. El humo se arremolina, formando una densa nube con olor a regaliz que crece gradualmente desde el techo hacia abajo.

Ahora los tamborileros comienzan lentamente, un ritmo de 6/8, luego un 3/4. El hombre de la Ciudad Amurallada se agacha junto a *ella, susurrando preguntas, asintiendo* con la cabeza a las respuestas, arrojando conchas de cauri al suelo, contándolas como un mono que se quita las pulgas muertas. Primero una, luego las tres mujeres vestidas de blanco se balancean y bailan en la ceniza–lava golpeada del centro de la cueva. La *cachaza* Se pasa de mano en mano una y otra vez.

Las mujeres comienzan a gemir. Una eleva su voz en un canto, y las demás la imitan. La canción es peculiar, claramente de origen costeño, e incluye todas las tradiciones de África Occidental de ritmos sostenidos y compases variados, pero también incorpora elementos del interior: *lanto, pasillo.* Algunas partes le recuerdan a Soledad las

melancólicas melodías del bosque que los pocos Manopani adaptados a la ciudad solían cantar a cambio de monedas en la plaza del mercado de Ruedo. Las palabras son mayormente Lanc–Patua, con algunas otras que solo puede adivinar: "Moma", que cree que es Witoto para "dios de la luna", "elohim", que es hebreo, y "yamungu", que suena a bantú, y otras que no le suenan de nada. Pero no importa. Lo que importa es el ritmo, que es casi increíblemente pegadizo, imposible de resistirse a golpear el suelo con los pies, o tal vez sea por el ron y las hierbas. En ese momento se da cuenta de que su dolor de cabeza, que ya empezaba a creer que era permanente, ha desaparecido. El humo de regaliz le huele bien ahora, como el aire puro y fresco de la alta cordillera, aunque en realidad es tan fuerte y denso que los bailarines se han convertido en una escala visual que va desde pies marrones claramente distinguibles hasta torsos borrosos y cabezas bien distorsionadas por la niebla descendente.

Entran dos hombres más, con mandolinas, y el rico rasgueo que añaden a la música aporta sutileza a la fuerza de las voces y los tambores. Rompen el ritmo, empiezan una nueva melodía. Esta es casi puro *Vallenato,* llena de la típica estrofa *ponte,* la transición entre la felicidad y la tristeza, lo mayor y lo menor, el rápido ascenso y el lento descenso. Todavía conserva en el fondo de su mente la oscuridad predominante de lo que pensaba antes, pero lo que la niebla parece hacer es construir un muro entre la parte de su

cerebro donde habitan los pensamientos sombríos y las cámaras claras donde la música reina sin oposición. Antes de ser plenamente consciente de lo que hace, Soledad golpea el suelo de tierra con los talones, meciéndose de un lado a otro, imperceptiblemente al principio, luego con creciente abandono. Una mano emerge de la niebla, la delgada muñeca de una mujer, cubierta de brazaletes de cauri. Es una de las bailarinas. Para entonces, Soledad está demasiado absorta en el lado bailarín de su cerebro como para resistirse. Y ella está en el suelo, sintiendo la tensión del baile, oprimida en su interior como la palma de una mano doblada por un huracán, comenzar a liberarse en ritmos de dedos de los pies y de las manos, tobillos y muñecas, hasta que fluye más o menos sin cesar desde el centro de su abdomen a cada célula de su ser. Se retuerce como una enredadera bajo la lluvia, gira como un torbellino, elevándose más alto que el volcán, imitando inundaciones y hormigas y la respiración sincopada de su propia música, sintiendo sobre todo el inmenso poder de muchos seres vivos, trabajando por algún milagro en concierto, brotando en una vasta oleada desde sus propias entrañas desatadas.

El *mounchey* toma las manos de Soledad. *"¡Envoutee!"* [Hechizada], grita; "possessed" [poseída]. Sin embargo, Soledad no está poseída, no como esas mujeres que giran como bobinas y entrelazan sus muñecas en delicados patrones mientras sus ojos se elevan tanto en sus cuencas que apenas se ve una media luna de pupila. Lo que es fuerte

en Soledad es, por supuesto, la música, pero debajo de eso está el espíritu de su propia franqueza cruda, la capacidad recién descubierta de cortar los cables de acero de tres pulgadas de grosor que la ataban por dentro; la certeza de que cortar esos cables de su propia infancia es solo la mitad de la lucha.

Porque la verdadera libertad, en ella, en todos, reside en la capacidad de utilizar la férrea tensión acumulada en tales restricciones para impulsar algo nuevo a partir de quién es y en qué debe convertirse.

La música se ralentiza, se torna menor en general y misteriosa, con énfasis en *los bombos.* Sus piernas dan pasos más amplios para acompañarla. Jorge observa sin expresión. El *mounchey* se arrodilla junto a la mujer de la Ciudad Amurallada, que yace boca abajo en el suelo, llorando roncamente, echando espuma por la boca como un perro. Gran teatro, piensa Soledad. Pero esta observación no disminuye su alegría por el movimiento y las epifanías asociadas en su interior, incluyendo la clarificación de algo que siempre ha sabido, pero nunca tan perfectamente, que es que el motor de su música reside en esta apropiación de la tensión profundamente arraigada; y que el poder de la música generalmente reside también en su capacidad de usar la tensión y *ocultar el proceso,* exactamente como la mente busca ocultar fuerzas tan sangrientas y finalmente intolerables de la crucial anestesia de la vida cotidiana.

Por eso la música, que perpetúa la disimulación, es mucho más poderosa que las palabras, que no funcionan si no aclaran.

Esa es la verdadera razón por la que Jorge no pudo vivir con ella después del concierto.

Ella comienza a reír, sabiendo lo frívolo que es este pensamiento, cuán dependiente de las falsas conexiones de exotismo y hierbas ahumadas y liberación física. Pensando también, ¡Qué demonios! Otra de las mujeres vestidas de blanco la agarra por la cintura. La besa en la boca y desliza su lengua para tocar la de Soledad. Soledad se libera y grita de alegría por su descubrimiento sobre Jorge; luego, como para equilibrar tal abandono, ve una imagen fugaz del asesino de niños desapareciendo por un callejón detrás de los tamborileros. *Inconstante,* reflexiona; tan inconstante como para olvidar al niño casi inmediatamente, a favor de pensamientos salvajes como el que sigue. Es en este punto que se da cuenta de que hay algo más en juego aquí que la *cachaza.* Las hierbas que quema el *mounchey* deben contener elementos alucinógenos, posiblemente savia de la vid jisi–yomo que crece silvestre en los pantanos de la *selva.* Ahora, dando saltos salvajes por la pista, no bailaba así desde aquellas primeras fiestas liberadoras de la posadolescencia en el Conservatorio, donde todos tocaban a Ruiz y Jazmín y hablaban de Adorno. Pero su reciente epifanía se resume en el nombre "Adorno", porque ahora ha recordado el argumento perfecto para refutar la acusación anterior de

Jorge, palabra por palabra del propio filósofo antielitista y ultrapolítico: que el arte, y la ilusión estética, pueden proporcionar un mecanismo libre de ideologías para realizar una pequeña utopía; y la música es la forma de arte más poderosa. "Sustancia social concentrada" es como la llamó Adorno. Su baile se ralentiza al recordar que hacerle comprender esta verdad a Jorge solo puede tener un resultado: aislarlo aún más de su vida.

La música se torna más sombría a medida que sus pasos se ralentizan y la tristeza final de esa conclusión la inunda. Nunca sabrá con certeza, al reflexionar sobre ello más tarde, qué fue primero, qué fue, qué fue; ¿fueron sus pensamientos lúgubres los que hicieron que la música sonara triste, o fue la música triste la que la hizo parecer triste?

Sin embargo, desde cualquier perspectiva, esta música no solo es lenta y sombría, sino también dispar, reuniendo un fuerte riff de batería, un lastimero fragmento de mandolina, que no encajan en absoluto con la lógica de la melodía.

La energía de Soledad se escapa como si le hubieran perforado agujeros en las plantas de los pies para drenársela. Una de las mujeres de blanco grita estridentemente y cae al suelo desmayada. Los tamborileros están confundidos; tocan más redobles y golpes que no coinciden entre sí. La mujer de la Ciudad Amurallada está profundamente dormida. El *mounchey* se levanta, con los

pies separados para mantener el equilibrio, mirando salvajemente a izquierda y derecha, gritando a los músicos que paren; pero sus ojos están fijos en la entrada de la cueva. Lentamente, su ritmo vuelve a alinearse, un sonido pesado, sordo y animal. Y gritan al unísono: *"¡Exu!".*

Los dos bailarines, ahora rígidos, se unen al cántico. *"¡Exu! ¡Exu!"* Cada vez más fuerte, casi gritando.

Soledad se encoge contra la pared. Esta música no es buena, es la única forma en que puede describirla; es extraña, el ritmo se ha vuelto estúpido y violento, los acordes de la mandolina son estridentes y discordantes y, al mismo tiempo, tienen una especie de sentido repugnante, una lógica en última instancia oscura y llena de cosas que comienzan con el asesinato que acaba de presenciar y luego se adentran en abismos aún inexplorados de engaño y brutalidad.

El humo forma remolinos alrededor de la entrada de la cueva. Cuando se disipa por un instante, alguien nuevo ha entrado en el círculo de luz rojiza.

Es bajo, pálido y encogido sobre sí mismo. Sus ojos son oscuros, nariz y pómulos uniformes y finos, cabello liso y abundante. Su boca se abre en una amplia sonrisa. Parece salvaje y extremadamente seductor, como si con solo tocarlo pudieras encontrar el nudo de tu inhibición más secreta y cortarlo para siempre. Viste pantalones cortos baratos, una

camiseta, va descalzo y lleva un medallón *de saquitel.* Se mueve rápidamente con las piernas arqueadas hacia el centro de la pista de baile. Sus pies son grandes para su tamaño, con dedos largos y peludos que parecen aferrarse a la ceniza–lava. Mira fijamente al *mounchey.* Ha tomado dos de las velas votivas de un estante, una Yemanja y una Exu, y las sostiene cruzadas frente a ella mientras murmura, una y otra vez, *"Malcadi"* —maldición— con los ojos fijos en el hombre pálido y encorvado.

El visitante permanece inmóvil por un instante. Los músicos, con rostros impasibles, multiplican la potencia, la velocidad y la extrañeza de la música.

Soledad mira a Jorge. Está sentado en la misma silla, escribiendo en un cuaderno. *Escribiendo,* precisamente en ese momento. Lo amo, piensa dramáticamente, lo amo de todos modos... y ese pensamiento se desvanece por completo cuando el hombrecito comienza a moverse.

Levanta un pie y lo estampa contra el suelo.

Levanta el otro y lo estampa.

Se mueve en círculo, clavando su mirada oscura en cada miembro del público por turno. Golpea el suelo con más fuerza y rapidez, pues los intervalos que ha elegido se acortan a medida que la música se acelera.

El *mounchey* empieza a cantar una canción completamente diferente, invocando a Frum y Guinea Jack, repetitiva como su competidora, cada vez más fuerte. Pero cuando el círculo del hombrecito lo hace girar para que lo mire, da un gran grito y cae hacia atrás, como si lo hubiera derribado un machete, sobre el tamborilero *bomho,* derribándolo a él y a su equipo con un estruendo.

Soledad siente cómo su agotamiento aumenta mientras observa al hombrecillo dar vueltas aferrándose a la música oscura, tan rápido que parece abrir un agujero personal en la nube de humo de hierba que ensombrece el *terreiro.* Sus movimientos y rasgos comienzan a desdibujarse. Ahora él también canta, palabras que ella no entiende y que, sin embargo, sabe que son *quimbanda,* una invocación de las sombras asesinas, todo aquello contra lo que lucha y trabaja el pueblo Umbanda–Cargo, esta oda a la violencia pura, las llamas enfermas del sacrificio, los dioses negros de Tayrona, la celebración de la sangre derramada ritualmente.

Por primera vez no puede ver a Jorge a través del humo. Lo que sí percibe, cada vez con mayor claridad, son sombras gigantes que parecen apuntar hacia el vórtice de humo que rodea al hombrecillo. Figuras malvadas con pelucas y túnicas, todas negras; formas retorciéndose que son frías y a las que sería imposible resistirse una vez que claramente exigieran algo de ti. Y en la superficie lisa de ébano de esas sombras, algo más. Las manos y los ojos de hombres violentos mientras agarran y miran con furia de batalla.

Nudillos blancos sobre el plástico negro liso de los rifles automáticos. Balas abriendo flores de sangre en los estómagos de las mujeres. Charcos de color púrpura oscuro que se forman detrás de una represa de cuerpos en las lisas y desgastadas cunetas de Teton Road. Un niño... No puede terminar esta visión, cierra los ojos y grita para detenerla, lo cual funciona, porque cuando vuelve a abrir los ojos la visión ha saltado como la aguja de un viejo disco de vinilo, retomando otra pista. Doña Serena; sto es realmente extraño; no había pensado en Doña Serena en meses. Pero ahora la ve de cerca, sosteniendo al hijo de Miguel con una mano, observando a Soledad con ojos marrones indescifrables. El rubor de vergüenza apenas alcanza a calentar las mejillas de Soledad cuando otro salto cruza el registro de su cerebro, otra imagen, y regresa a la guerra que vio antes: un hombre, visto de espaldas, que dirige a otros hombres hacia la puerta del edificio de Jorge, lo reconoce por los caballitos de mar azules pintados en el alféizar. Sabe quién es ese hombre, sabe lo que debe ser, tan seguro como sabe que Jorge jamás sobrevivirá a sus atenciones. Porque las sombras asesinas han llegado, los F2 han llegado, los F2 que trabajan tan estrechamente con el padre de Doña Serena. Están aquí para succionar el alma del *Cruce* Bamaca y Jorge es lo más parecido a un alma que tiene el lugar y ella se tapa los oídos con las manos y emite chillidos como el estallido de bombas mientras intenta borrar lo que sabe que debe suceder.

Alguien la agarra por la cintura y la arrastra violentamente hacia un lado, en dirección a la entrada *del terreiro.* Por el olor, reconoce quién es, un instante antes de que se aparte presa del pánico al pensar en el precipicio que se cierne sobre ella.

Están en el pequeño balcón justo afuera del *terreiro.* La música siniestra resuena sordamente en sus oídos. Una densa humareda rojiza ahora lo oculta todo en el interior, salvo un vago remolino de baile.

—Abajo —gruñe Jorge. Está pálido como un nabo recién cortado y suda más que antes. El control en su voz denota urgencia y peligro; a ella le resulta reconfortante porque es muy diferente del poder de esa criatura en su interior, y con una facilidad asombrosa le ofrece algo más a lo que obedecer.

Temblorosa, se pone a cuatro patas. Jorge, con una mano en su hombro, la guía hacia la escalera, y luego, mano a mano, baja por los ásperos peldaños. Mientras sus ojos descienden por debajo del nivel del borde del balcón, ve una multitud de pequeñas luces brillantes que salen disparadas de la entrada *del terreiro,* como pájaros que huyen o espíritus del bosque, que según los Manopani son prácticamente lo mismo. Y oye una última palabra, gritada por la cosa que gira en la cueva, una palabra que no significa nada para ella entonces ni durante mucho tiempo después de esa noche, y esto, en sí mismo, es significativo; porque si

ese pequeño hombre oscuro tiene algún sentido, es en su *falta* de lógica, su celebración del sufrimiento sin razón, la muerte sin previo aviso, palabras despojadas de dimensión humana, notas sin la resolución santificadora de los acordes.

Jorge la lleva a casa y, al salir de Ensevli, paran un mototaxi. La abraza con fuerza por los hombros. Ninguno de los dos pronuncia palabra. Para Soledad, la noche está llena de criaturas apenas perceptibles que surgieron en la cueva *del mounchey.* Está segura de que Jorge, a pesar de tomar notas, ve lo mismo que ella.

Cuando el conductor gira a la derecha al llegar al borde de la laguna, en dirección al Mercado de Esclavos, ella toca la rodilla de Jorge. «Espera», dice, «dile que espere».

—¡Alto! —grita Jorge en medio del rugido del Hyundai. Con voz más suave, le pregunta: —¿Quieres ir a otro sitio?

—No puedo —dice—. Es decir, no quiero reabrir ningún tema ni generar malentendidos. Pero no puedo estar sola esta noche, no en mi propia cama. Es decir...

Él permanece en silencio, su cuerpo inmóvil.

“Y no me digas que estaré con tu hija”, dice. “Ese no es el tipo de compañía que quiero”.

“Nunca hablamos lo suficiente”, comienza diciendo.

—Nunca tuvimos que hacerlo —replica ella—, y además, no quiero hablar, solo quiero abrazarte, oh Dios, Jorge —y su voz se quiebra, le da un puñetazo en su enorme y algo flácido hombro y él se sobresalta sorprendido—, ¿cuándo hemos necesitado tus malditas *palabras* para decirnos estas cosas?

Espera un instante, como si esta escena fuera un poema que fuera a recitar, marcando las pausas con el símbolo de pausa, tal como suele hacerlo. Un pequeño punto naranja brilla brevemente en las colinas al noroeste, seguido, segundos después, por un chasquido lejano. Jorge se inclina hacia adelante y dice: «Barrio des Anglais». La noche se llena una vez más con el rugido de un motor de dos tiempos.

Llegan a casa de Jorge diez minutos después. Ella entrecierra los ojos para filtrar los detalles del edificio, como los caballitos de mar azules en el estuco que vio en aquella visión del *terreiro;* entra con la mirada baja, agarrándose al codo de Jorge. Una pelea de gallos está terminando caóticamente en el vestíbulo. Esto le recuerda menos a Ensevli que a la primera vez que vino aquí, parece que fue hace años. La cálida humedad de La Loca magnifica el aroma de las flores de frangipani en la terraza, así como la leve sinfonía de megasalsa y *cumbia* que emana de las casas precarias. Junto con el frío del *vinho verde,* el graznido de sus guacamayos y el murmullo de su voz, todo actúa como un bálsamo para calmar el dolor; porque sí, es un dolor físico real que siente en el estómago y los intestinos, la *butifarra.* El dolor que había sentido antes era como los cólicos

menstruales, solo que peor. Seguramente se había intensificado por las hierbas tóxicas, el ron barato y el horror abrumador de la visión que aquella criatura había proyectado en los recovecos de su mente.

Desde que ella se fue, Jorge ha conseguido que alguien conecte el televisor Fernsehen a las luces. El parpadeo azul de la pantalla crea un caos, que ella sabe que es la intención, aunque aquí y allá se pueden distinguir formas fantasmales, personajes de *telenovelas,* tal vez, o *Tristesse dans I'apresmidi* apareciendo entre la nieve electrónica como un rescate antártico, para luego desaparecer de nuevo.

Él le ofrece una mano y la conduce a un diván en la glorieta. La desviste. La lujuria primitiva que la consume se ve avivada por el silencio, el bálsamo de la memoria.

Ellos también recuerdan cómo hacerlo. Probablemente fue el único acto verdaderamente igualitario que compartieron, cada uno de sus cuerpos consciente de cómo obtenía placer de la satisfacción del otro. Ella tarda más de lo habitual en llegar al orgasmo; él tiene que esforzarse, sudando y frotándose hasta que ella grita. El placer no es el mayor que haya experimentado, la sensación de unidad envolvente no se compara con lo que el acto sexual le había brindado antes. En cualquier caso, esto siempre fue mucho menos de lo que la música podía ofrecer. Ella no sonríe al llegar al clímax, no del todo, como solía hacerlo al hacer el amor con él en el pasado.

Sin embargo, por ahora, basta con que sus tobillos se entrelacen con fuerza, como solían hacerlo, porque esa energía ahuyenta los recuerdos de fuerzas mucho más vengativas que afloran por la noche en otras partes de esta ciudad sofocante.

Capítulo XVI

El amanecer era plateado, brillante y grandioso como el esperma de las ballenas.

Soledad estaba de pie en la entrada de la fábrica de reparación de torpedos de Stix, apoyando la mejilla contra el lateral oxidado de una puerta corredera de aluminio. Observando cómo cambiaba la luz.

Jamás había visto una luz como esa, ni siquiera en esta región donde la luz siempre se transformaba y se potenciaba con el agua: agua del Pacífico, agua en la niebla, agua contaminada y teñida en tuberías subterráneas. Todo se había convertido en una escala gradual de saturación, desde la oscura bahía hasta las calles mojadas y el nácar de las nubes por donde debía estar saliendo el sol, allí, a la izquierda, detrás de la grúa donde vivía Zatt.

El gigantesco pterodáctilo mecánico se posaba sobre su tren de aterrizaje en el suelo de la fábrica, detrás de ella. Su pico caricaturesco apuntaba hacia afuera, como si también observara en silencio la luz que fluía en oleadas mientras el viento del Pacífico la impulsaba sobre Oakland.

No tenía ni idea de cuándo Stix había bajado a su criatura voladora al suelo. En la extraña falta de forma del amanecer, en la fuerte resaca psíquica con la que siempre despertaba a causa de esos sueños de Bamaca que no eran sueños reales, precisar los acontecimientos en una escala temporal parecía menos importante.

Miró hacia atrás, por encima del autoRodan, hacia un punto de luz eléctrica en lo alto de la penumbra de la fábrica abandonada, donde había dejado al pájaro Frankenstein roncando entre un montón de mantas azul marino en su cama de agua. El frío de la puerta le dolía en la mejilla, incluso en el pómulo. Se mezclaba con el frío de la niebla y el viento que soplaba desde el asfalto y los adoquines deteriorados de las calles del astillero.

Se estremeció y comenzó a caminar, sin un destino fijo, solo para entrar en calor con un poco de ejercicio. Si hubiera buscado una dirección, probablemente habría girado a la derecha o a la izquierda hacia el puerto pesquero o Lo Pano, tan absorta estaba su mente en la historia que se acababa de contar mientras dormía. Golpeó ligeramente los adoquines para recalcar la realidad del aquí y ahora. No es

que importara mucho, supuso, estar soñando mientras caminaba por California, pero debía mantener una disciplina básica. La conexión primordial entre los hechos externos y el cálculo interno era algo que, en teoría, tenía valor. Sus sandalias de plástico eran duras y holgadas. Golpear los adoquines le lastimaba las plantas de los pies y le recordaba fríamente que necesitaba zapatos nuevos, por no hablar de ropa nueva, y que no tenía ni un centavo para comprarlos. También le recordaba que no estaba en casa en el verdadero sentido de la palabra, que estaba allí por tolerancia, siempre y para siempre una refugiada; una anomalía tropical, ecológicamente hablando, en un lugar donde el frío la mataría, aunque lentamente.

La sirena de un barco gimió a su izquierda. Música con ritmo de tambores, un cúmulo de sonidos, se elevó hacia arriba y a la derecha, y se apagó abruptamente. Una pantalla gigante calle arriba mostraba a un hombre con un traje de ninja completamente inmóvil sobre un montón de patatas podridas.

El olor a basura era intenso. Giró a la derecha, alejándose de la luz más fría y del sonido de los barcos.

Este callejón discurría entre almacenes de tres plantas tan viejos y abandonados que los ocupantes ilegales originales prácticamente los habían reconstruido, sustituyendo paneles enteros de muros de carga por una red de balcones, pasarelas y patios. La torre de Volkswagens le recordaba un

poco a la vivienda de Jorge; pero, una vez más, su primera reacción tuvo que ver con Vanny Kemp. Porque esto era lo que el arquitecto realmente había intentado lograr: la «piel viva» de la vida humana y animal, que mostraba los dramas y las preocupaciones de sus habitantes en todas las dimensiones de la superficie del edificio; vibrando con tal desenfreno que, finalmente, traspasaba los límites de las paredes, creciendo como un virus de la gripe e incluyendo en su ritmo las estructuras vecinas.

La música volvió a sonar, más fuerte. En el bajo, se escuchaba ese sonido extraño y susurrante que recordaba su primer día allí. Un altavoz en lo alto captaba un riff de Stratocaster entre un retumbo de distorsión. El lado izquierdo de este callejón estaba prácticamente cubierto de paredes móviles, con las típicas pantallas de fósforo de formas extrañas enmarcadas en mosaicos de chatarra o madera pintada. Varias pantallas mostraban primeros planos de instrumentos musicales —un saxofón rosa, un contrabajo de tina tocado con arco de violonchelo— sincronizados con el sonido de arriba.

El resto de estas pantallas, sin embargo, eran uniformes en su contenido sombrío. Un lento paneo a través de una llanura que, de horizonte a horizonte, estaba completamente llena de lápidas y mujeres vestidas de negro. Una secuencia de edificios en llamas; no se detuvo en esa. Un ritual satánico, pero tan artificial y hollywoodiense que no la perturbó a pesar de su reciente sueño de algo

prácticamente idéntico: gente con cabezas de cabra ensangrentadas, bebiendo copas de sangre, bañándose en escarlata; la sutileza no era el punto fuerte de los directores de cine.

Había una escena que reconoció de un clásico del cine primitivo, *En la playa,* donde la protagonista observaba el submarino de su amante sumergirse, anticipando el veneno nuclear que estaba envolviendo a Australia. Y en una pantalla se mostraba la famosa cinta de la muerte de Joachim Boaz, donde se desnudaba, se rociaba con tinta, tomaba diez cc de pentotal sódico e imprimía su cuerpo en una serie de lienzos, todo en vídeo; no muy diferente de lo que hizo Charlie Rickie, pensó. Los lienzos contenían imágenes de flujo de conciencia: fantasmas, niños llorando, cuervos, tormentas.

Y entonces, justo cuando las imágenes estaban a punto de sacarla de la extraña paz que la había inundado desde el momento en que despertó en la cama de Stix, apareció una enorme pantalla que mostraba a Dick Shawn, en tecnicolor descolorido, conduciendo a toda velocidad un coche deportivo en busca de su madre.

Ella sonrió, y ese gesto le recordó la sonrisa de Stix, que él había usado mucho la noche anterior; una función, supuso, del esfuerzo que le suponía no hacer lo que su cuerpo claramente deseaba hacer en la cama con ella.

Se había sentido bien al despertar con un hombre dormido a su lado en esa cama de agua, y ni una sola cámara ambiental espiando sus sueños traicioneros, ni enlaces ascendentes o descendentes traduciendo lo que había murmurado en la fase Theta. Stix dormía con un brazo sobre los ojos, la boca floja como la de un niño. Despertar y verlo allí, cuando acababa de soñar con estar recostada en los brazos de Jorge, le pareció a la vez extraño y normal. La resaca del sueño permitía que eventos irreconciliables coexistieran, incluso después de despertar; y había sido bueno amar a Jorge, había sido bueno hacer el amor con él incluso cuando la parte del amor había terminado; era bueno dormir con un hombre que era amable. Y Stix era amable, era buena juzgando el lenguaje corporal y los códigos externos de comportamiento, de eso estaba segura.

Tal como Jorge había sido amable, alrededor y por encima de su egocentrismo terminal. Había percibido su angustia después del *incidente* y se apresuró a tranquilizarla, diciendo: «A esa criatura, Soledad, la conozco. Vive en la Ciudad de los Barcos, cree ser descendiente del satanista británico Crowley, los adolescentes aburridos de la Ciudad Amurallada le pagan para organizar misas negras, sí, e infligir dolor a gatos y gallinas; el dolor de alguna manera convierte en altar la amarga represión de tales fantasías sombrías». Pero ambos estaban conmocionados por el episodio. Ambos miraron a su alrededor con ansiedad, donde yacían desnudos, revisando las luces de su *cruce,* y ella supo que

Jorge estaba pensando lo mismo que ella: Estos son los primeros días del fin del mundo. Él estaba sereno y atento y, por una vez, no interrumpió su conversación con la elocuencia de su verborrea. Entonces ella le habló de los Manopani, quienes creían que cuando una persona moría, su alma era arrojada de nuevo a un estanque espiritual comunitario, como si se volviera a arrojar un balde de agua a un pozo, para ser extraída nuevamente por otro cuerpo. Esta noción era similar a la de los primeros cabalistas provenzales y había tenido un efecto inverso, de modo que los cabalistas habían comenzado a interesarse por los preceptos indios adoptados por los *mouncheys* de *Umbanda–Cargo,* quienes correspondieron al gesto incluyendo algunas de las Seffiroth en su panteón de textos, símbolos cabalísticos en sus amuletos, y así sucesivamente.

Y luego estaba *el reb sagrado,* un rabino cabalista que había vivido en la *selva* y obrado milagros, según decían los indígenas, curando a niños de bilharziasis[19] y fiebre tifoidea. Consideremos también —Soledad hablaba ahora más rápido, usando palabras para reprimir su creciente tristeza— la extraña coincidencia de la palabra *tikkun,* que para los cabalistas significaba el reequilibrio de un mundo desarticulado, mientras que para los indígenas

19 La esquistosomiasis —conocida también como bilharziasis— es una infección parasitaria que causa el esquistosoma, un gusano trematodo del género Schistosoma, del que el ser humano y otros vertebrados son el huésped definitivo. [N. T.]

centroamericanos la misma palabra significaba lo contrario, un caos infernal.

—Es peligroso, sin embargo —interrumpió Jorge en ese momento—, la coincidencia carece de sentido. Como dijo el poeta Frost, solo existen un número limitado de matices en las palabras, e incluso a los actores *de telenovelas* les gusta jugar con símbolos cabalísticos; eso los hace parecer profundos. Pero para quienes piensan religiosamente, sí, para quienes necesitan *dejar de* pensar, una coincidencia puede convertirse en un símbolo de poder. En tiempos difíciles, la tentación de cambiar el pensamiento por el símbolo es abrumadora.

El viento oscuro se tornó sangriento a la luz del amanecer de La Loca. Se abrazaron con más fuerza. Él se endureció contra ella, ella lo rodeó con las piernas y él la penetró, sin molestarse en usar preservativo; ¿de qué servían los condones cuando el mundo estaba a punto de arder? Aunque sin duda había cometido un error; la vida tenía la costumbre de resquebrajar las rígidas nociones del historicismo y los sentimientos milenarios, del mismo modo que esas malas hierbas bajo sus pies habían resquebrajado las enormes losas de hormigón que pavimentaban las calles de la Estación de Suministros Navales de Oakland.

Soledad, esquivando los baches, se tocó el vientre con los dedos de ambas manos. Por tercera vez en dos días, sintió que allí dentro había vida, un pequeño resplandor como el

de esas algas fosforescentes del taller de noctiluc; una llama creada por la chispa de Jorge y la esencia de sí misma: el fragmento personal que había traído a estas costas desde las ruinas de su ciudad.

Aquel pensamiento no la hizo ni feliz ni triste. La hizo sentir útil, de una manera extraña; como si pudiera perder el tiempo todo lo que quisiera ese día y aun así estar haciendo algo útil. Quizás ese era el secreto de ese propósito silencioso que había notado en los ojos de las futuras madres en las calles de Bamaca.

La música se hizo más fuerte y cambió de calidad. El bajo susurrante ahora dominaba el ritmo, aumentado por otro elemento de registro grave que era tanto vibración como nota. Un sonido como si cien pianos hubieran invadido la melodía, y el ritmo era rasposo, casi de casete. Los dedos de Soledad se estiraron, fue puro reflejo, el efecto que los teclados tenían en su cerebro. Ahora el sonido se transmitía principalmente por el aire o la niebla en lugar de por un estéreo recuperado.

Giró a la derecha en el siguiente callejón, hacia el sonido. Un restaurante de fideos y pescado humeaba. Un puesto de pistolas *paralizantes* exhibía sus productos. Dos chicas estaban sentadas tranquilamente en el interior púrpura de una tienda de jags. En un balcón del tercer piso, una mujer estaba de pie junto a un algarrobo, mirando hacia abajo. Llevaba una blusa elegante y una falda campesina. Su cabello

estaba rizado en elaboradas trenzas germánicas, su fuerte barbilla sobresalía, sus ojos pensativos se refugiaban en cuencas profundas, un libro agarrado como siempre en la mano izquierda como buscando consuelo.

Señorita Weill. El corazón de Soledad latió un poco más rápido, pero no apartó la mirada de su tutora, simplemente siguió caminando hasta que la aparición quedó oculta por una cuerda tendida a lo largo del callejón.

Sueños, sueño, visiones, vigilia: todo empezaba a sentirse igual. En parte, esto se debía a que sus ritmos inconscientes se habían distorsionado tanto por el cansancio y la huida. Pero este nodo también compartía con el cruce la capacidad de sorprender constantemente, de remover extraños detalles de la vida del fértil torbellino de corrientes humanas en su seno; hasta que la realidad se volvió relativa, y los acontecimientos que podrían parecer imposibles en la Ciudad Amurallada o en San Francisco se volvieron, si no normales, al menos comunes aquí.

La música seguía subiendo de volumen, y en la siguiente esquina la localizó: siempre ese bajo susurrante, superpuesto a un ritmo profundo y palpitante, que provenía de una zona que ya había visto entre el mercado al aire libre y el Muro de Chevettes. El compositor introdujo un punto de inflexión mozartiano, agudos puros, sobre baladas bajas de la mitología urbana estadounidense que habían sido populares entre las secciones de cuerda de vanguardia del

Conservatorio. Luego, la melodía viró para incluir cánticos de habitantes subterráneos, similares al zumbido que había oído proveniente de la guarida de los Kundurans. Pero la música no se mantuvo mucho tiempo en esa línea, y esta inconstancia era el agente de su complejidad; en cambio, sobre esa plataforma, construyó riffs de Shift–shin, y Crank, y lo que sonaban como canciones de broma, y también muestras extrañas, cosas que solo podía adivinar: contadores de muones tal vez, el chirrido de campos de avalanchas, la tensión de fractura de metales exóticos, el estruendo previo al terremoto de Honduras.

El bajo se desvaneció, regresó. La armonía volvió repentinamente a un caseo en 9/8, para luego desviarse de nuevo, gritando, desgarrando, acordes de acid rock y ritmos psicodélicos sobre una mezcla de pop del siglo pasado. Letras: lagartos, sangre, rubias, cerveza; chamanes, incesto, tablas de surf españolas. Todo mezclado en una especie de orgía de escuela de cine, un guiso de tomas cortas sobrecalentadas.

Un enorme tubo triangular y un fuelle se alzaban sobre una alcantarilla abierta junto al almacén. Una mujer con sobrepeso, manipulando el fuelle, transformaba chorros de vapor en vastas notas susurrantes que equivalían a la mitad de los graves.

Soledad suponía que, en alguna otra parte del nodo, una bomba inyectaba aire y vapor en el extremo más alejado del túnel, convirtiendo toda la alcantarilla en un tubo de órgano.

Una hilera de muelles de carga para camiones permanecía abierta a nivel del suelo. Ahora reconocía las hileras de cables tensados a lo largo del interior del edificio, a las mujeres ágiles con pantalones de pijama corriendo atléticamente por las pasarelas para golpear un cable con barras de hierro y producir los extraños y profundos zumbidos que había oído a seis manzanas de distancia.

Se subió a un muelle de carga y se asomó al interior. El almacén había sido vaciado y luego iluminado con barras de neón del color del agua de un arroyo alpino, suspendidas al azar en el aire; así, la planta de la fábrica parecía el interior de un iceberg, y la gente en su interior, peces azules con dedos. El sonido era inmenso y acústicamente más rico que cualquier cosa que hubiera escuchado jamás. El suelo y las paredes temblaban. En algún lugar, se rompieron cristales.

Entonces el sonido se fue apagando. Bajo los cables enredados, un foso mugriento repleto de al menos tres docenas de pianos de todas las formas, edades y tamaños, desde pianos verticales de bar hasta un enorme piano de cola Steinway, eran atendidos por músicos que golpeaban, acariciaban o pateaban las teclas desde todas las posiciones imaginables. Varias escaleras y pasarelas servían de escenario para guitarristas, tres violinistas, un hombre con

un saxofón bajo rosa, un oboísta, cuatro contrabajos de tubo, dos tubas y seis bailarines que movían media docena de libretas de música conectadas por red inalámbrica.

Uno de los bailarines, un hombre alto con pantalones acampanados y collares de cuentas, era el tipo de los pies malolientes: Mojo. Al ver a Soledad, dejó de girar y atacó un jainbook. Las pantallas delgadas frente a la mayoría de estos jugadores cambiaron de color. Un hombre gordo en bañador aplastó un Steinway, enganchando la parte lírica. La música volvió a girar a 9/8. "¡Tú!" gritó Mojo, señalando a la izquierda de Soledad, "¡recógelo!" Soledad miró a la izquierda, hacia quienquiera que Mojo estuviera gritando. Todo lo que pudo ver fue una pila de instrumentos destrozados, violines Suzuki, banjos, pianos eléctricos que llenaban toda una nave desde el suelo hasta el techo. "¡El Hohner!" aulló Mojo. "¡Recógelo tú!"

Se acercó al montón. Estiró los dedos de nuevo. Un acordeón, un Hohner, colgaba de una sola correa a media altura. Trepó con cuidado por los instrumentos rotos y lo bajó. Luego miró a Mojo.

—Bueno, ¡consíguelo! —gritó y, lanzándole un micrófono, volvió al libro de música.

Enroscó la radio, se puso el acordeón. Y un hombre dolin, iluminado por focos azules, comenzó la introducción cadenciosa, sincopada y vibrante de un *lanto,* 6/8; el

comienzo de "Chantal". Sin pensarlo —fue una progresión natural, como un suave cambio de vía, desde la aceptación atontada de la melodía en su anterior estado de trance hasta un hueco en una melodía que ella, como música profesional, estaba obligada a tapar— Soledad imitó los acordes de la mandolina con la mano izquierda, haciendo sonar la letra con la derecha hasta que se asentó en la melodía tan firmemente como un buen jinete en un caballo conocido.

En ese momento liberó un poco su mano derecha, alargando la estrofa: *“elle traversa la foule du marché”,* “ella llegó al mercado”, añadiendo trinos y retornos que fueron seguidos por la mandolina, un saxo alto y la mitad de los pianos, de forma irregular al principio, luego con más fluidez a medida que los otros músicos comenzaron a darse cuenta de que ella sabía lo que estaba haciendo y hacia dónde los estaba guiando; con fluidez, es decir, excepto por el saxo y una trompa, que parecían reacios a seguirla, tocando salvajemente medio tiempo después, pero no tan fuerte como para que ella no pudiera ignorarlos por el momento.

Y de vuelta, con fuerza al estribillo principal, dejando que las chicas en los cables, la mujer en el fuelle, hicieran su trabajo. La combinación de esa vasta respiración y el zumbido de las tensas cuerdas de acero de tres cuartos de pulgada era sobrecogedora, hacía que el fondo de su estómago se estremeciera con ritmo y emoción. Así que lo pidió de nuevo, solo por el gusto de hacerlo, y luego una vez más; construyendo lentamente, un ensayo hacia una altura

para la que aún no estaba preparada, algo que estaba acariciando con su mano derecha mientras tocaba "Ven conmigo, tú que caminas tan bien"; deleitándose con la profundidad del sonido que esos pianos en masa podían proporcionar, todos crujiendo los acordes profundos debajo de ella.

Bajó por las plataformas de carga y luego, temerariamente, por una pasarela oxidada sobre el foso grasiento de pianos. Y divisó las pantallas de vídeo. Estaban alineadas como una galería de retratos desordenada contra la pared bajo la que había estado parada, y mientras la mitad mostraba otras partes del nodo —gente despertando, coches viejos frenando, fragmentos del *Zorro* o *Viva María* y otras imágenes absurdas que los gringos asociaban con *el lanto,* la otra mitad se centraba en ella, a través del escalón central de seis cámaras colocadas en distintos rincones del taller de música. Soledad se retorcía, echaba los hombros contra el pesado fuelle Hohner, su rostro se contorsionaba por el esfuerzo, por no hablar, por no poder pronunciar la letra de una melodía que intentaba ignorar con todas sus fuerzas. Y aunque le producía una repulsión indestructible verse como los demás debían verse, se lo estaba pasando demasiado bien como para deprimirse por las imágenes que tenía encima.

Entonces bajó la mirada y condujo a los instrumentos al estribillo final de "Chantal", todavía acosada por la trompa y el saxo. Pero ella sabía cómo atraparlos, usando la misma

arma que ellos empleaban, manteniendo el ritmo medio tiempo como lo hacían, y luego retrocediendo como ellos lo hacían, hasta que todo el almacén quedó atrapado en una tensión creciente, un adagio 4/4, luego un 3/4, esperando con tanta fuerza algo desconocido que el saxo y la trompa tuvieron que esforzarse aún más para conservar su individualidad; con tanta fuerza que cuando llegó el contratiempo, cada vez más fuerte, un músico, luego tres, gritaron de la pura alegría de la anticipación; *esperando con* tanta fuerza ahora que todo lo que cualquiera que escuchaba podía pensar era en la liberación: las primeras gotas de lluvia después de un mes de sequía, el primer sueño profundo después de dos noches de vigilia, la sonrisa de un niño que creías perdido desde hacía un año. Y cuando, al final del estribillo más largo, lo dejó ir

Goteante
lejano
profundo

En el dulce y rítmico fluir de los compases iniciales de *"Souche",* la trompa y el saxofón rebeldes no pudieron mantenerse separados de la multitud y se unieron en la agridulce maraña de mayor–menor, menor– mayor.

¿De qué sirve una raíz?
eso no toca el sexo del volcán

Por supuesto, debería haber pensado en Jorge entonces, pues sus palabras atormentaban a *Vallenato* del mismo modo que habían atormentado sus sueños la noche anterior.

Pero como los sueños funcionaban con ritmos y ángulos laterales, no era a Jorge a quien veía, sino a su madre, con el mismo aspecto que en una foto que Juanito tomó del ala nueva de la finca, la que fue alcanzada por un rayo. Irena de pie, vestida con ropa de fiesta blanca, tras el incendio, bajo el estruendo de la lluvia, en el centro de lo que iba a ser la sala de música, mirando con calma a su alrededor como si el techo aún estuviera en pie para protegerla. El rostro de su madre había quedado capturado con gran claridad a la luz de las últimas llamas, y esta fue la foto que Soledad finalmente eligió llevarse a Los Altos tres meses después, porque María Gisela dijo que la habían visto subiendo a un autobús hacia Los Altos en la estación de Ruedo (espera en el estribillo, en lo profundo del corazón de *"Souche"* ahora, dejando que una flauta se mueva como quiera, debería haber sido directora de orquesta).

Soledad, de quince años, sujetaba con fuerza la fotografía con sus manos cada vez más sucias mientras preguntaba a la gente en los hoteles y en las estaciones de autobuses si habían visto a esa mujer.

> *aquellos que como tú y como yo, amigo mío*
> *no puedo ver con claridad de cerca*

Inclinándose hacia los acordes, sintió la tensión en sus hombros; *joder,* había pasado tanto tiempo que sus músculos de acordeón se habían ablandado, y así llegaron a la curva de la palabra:

La pizarra para los fósiles,
el vals para la mujer.

Una mirada involuntaria a las pantallas de vídeo. Los fragmentos de películas de gringos habían desaparecido. En su lugar, se proyectaba un pastiche de MTV con paisajes urbanos, muchos de ellos anticuados: Times Square el día de la victoria en Europa, el Parlamento, el Fuerte de Calcuta, las tumbas de Luxor, Jack London Square, incluso —se quedó boquiabierta ante la imagen en sepia— la Ciudad Amurallada de Bamaca. Estas se alternaban con escenas de multitudes. Proyectiles alemanes explotando en Varsovia, colas para conseguir pan durante la Gran Depresión, las madres afligidas de la Plaza de Mayo. Pero tales imágenes eran silenciosas y débiles comparadas con los sonidos que ella misma tejía con sus manos, y las imágenes que de alguna manera evocaban en su cerebro: la película que la llevó a un convento aquella primera noche en Los Altos porque parecía tan fuera de lugar, vestida con ropa de colegiala y una mochila de los Boy Scouts.

Ah, pero tenemos nuestros barcos, nuestros aviones,
nuestros trenes de medianoche
para mostrarnos lo que perdimos

Le tomó tres días darse cuenta de que tenía que rasgarse el vestido, abandonar la mochila, ensuciarse la cara y andar descalza para parecerse a los niños indígenas y gitanos que pedían limosna en las escaleras de las iglesias y las estaciones de autobuses. Para cuando su padre y Juanito la alcanzaron en Chamonville, literalmente pasaron de largo junto a ella, tan integrada se había vuelto en la escena, tan delgada y sin madre. Y no fue coincidencia, esta era la parte suave y lenta de *"Souche"* mientras Jorge susurraba

¡Qué oscuros los jacintos!
cuán violeta la cima de las montañas
desde tal distancia
cuán perfecto el círculo de este puerto
cuánto me amaste

Los acordes gemían, cada vez más lento, como monjes tibetanos, como las almas de los muertos, como las agonías de los que aún viven, sombríamente. En ese silencio tenebroso podía concebir una nueva canción, que no formaba parte de *"Souche"* —al fin y al cabo, era una diosa, era Yemanjá, John Frum y Oxum fusionados—, podía traer ese *pito* que era un pájaro despertando en la primera parte de *La Selva* y retrocederlo aún más; palmeando el aire con la mano izquierda para indicar a los demás músicos que apuntaba hacia el mayor silencio, hacia el primer aleteo.

Palpando más, perdiendo ahora los cuernos, el maldito saxofón, los bares de mala muerte, de vuelta a la creciente

claridad del agua, separando el pulgar y el índice y luego juntándolos, sintiendo el poder, el amor, que siempre provenía de tal simbiosis con los profesionales.

A los tres primeros fotones de luz solar que tocaron la niebla del río.

Pero no escuchó las palabras de Jorge, el final de *Souche:* «a cinco mil leguas de distancia, calentados por un vino extranjero, aún recordamos». Le cruzó por la mente el pensamiento: «Lo que hago es peligroso, pues la música sin palabras no tiene límites»; y entonces el pensamiento se desvaneció.

Su dedo tocó la tecla. Los últimos violines vibraron hasta el silencio, hasta ese primer agujero redondo de silencio que era el comienzo de su canción, y el comienzo del día, y el comienzo de *Selva* todo en uno. Y mientras permanecía allí, con los dedos sin tocar las teclas, en ese gran ruido que era la ausencia de ruido, la palabra que le vino a la mente no era una de Jorge después de todo. La palabra alrededor de la cual el silencio se había acumulado, como el nácar alrededor del primer grano de arena en una ostra perlera, era

mamá

No fue la primera palabra que pronunció.

mamá

La primera palabra que dijo fue "Papá", como la mayoría de los niños, pero la primera no era necesariamente la más importante.

mamá

Sus labios se tocaron dos veces, formando la palabra.

Detrás de sus labios, el silencio, que también era ausencia, se había extendido por toda su garganta hasta sus pulmones, su estómago, y no había nada más. Así, el sonido pudo regresar, trepando de nuevo por el canal que el silencio ya había labrado, estómago pulmones garganta boca labios oídos

mamá

Ella podía *oírlo*

mamá

Sintió el aliento correr a través de su glotis abierta para hacer que se cerrara, pudo *susurrarlo. "Mamá"* áspero y débil en sus oídos.

Y para ella, el único ruido era el *de "mamá".* El almacén de conciertos, las pantallas de vídeo anárquicas, las calles que despertaban en el propio centro estaban en completo silencio, como nunca antes lo habían estado, como nunca volverían a estarlo.

Los músicos esperaron.

En lo alto, las pantallas mostraban a Soledad, agitada alrededor de su instrumento, con las manos sujetas como pájaros congelados sobre el teclado, el rostro en primer plano fruncido alrededor de los labios enmarcando una palabra que nadie más podía oír.

Otras pantallas mostraban tomas de nodos, enlaces bidireccionales de personas en los callejones, en sus talleres, en el restaurante de Molly, en el mercado de jabalíes.

Todos permanecieron inmóviles, paralizados, escuchando aquella melodía insoportable. Incluso Stix no dijo nada mientras se incorporaba en la cama de agua, sonriendo a la videocámara que tantas veces había apuntado a Soledad cuando era ella la que dormía en su cama.

Capítulo XVII

Caminó sin rumbo fijo durante un rato, moviéndose rápido, perdiéndose por callejuelas, intentando evitar a la gente. Aunque no podía evitarlos por completo en esa ciudad abarrotada, se sentía mal por intentarlo.

Ya había sido bastante difícil soltar el Hohner y pasar junto a Mojo, que se había vuelto loco al final de su riff. La persiguió por la pasarela gritando: "¡Mira! ¡Mira cómo lo hicimos cobrar vida, detuvimos *el tiempo* entonces, hombre, ¿no lo ves?! ¡*El nodo controlaba su tiempo!".* Ella sonrió y aceptó sus *abrazos malolientes* y los abrazos de otros músicos, incluso del saxofonista, y luego se escabulló, solo para descubrir que muchísima gente había estado sintonizando los canales de pantallas en los que se transmitía su música, y a todos parecía haberles gustado. En cualquier caso, aplaudieron cuando pasó y gritaron "buen trabajo", y

eso le recordó un poco a *el cruce,* la noche del concierto de Jorge, que la hizo sentir a la vez triste y feliz.

Pero necesitaba estar sola un rato. Quería aclararse la garganta suavemente, seguir practicando el jadeo audible, preservar ese zumbido consonántico, la vibración del aire contra los labios apretados, el sonido complejo que fue la primera palabra que pronunció desde Bamaca, desde...

Desde el momento en que todas las palabras (se dio cuenta ahora) fueron enterradas y perdidas por una razón.

Así que no pudieron decir lo que seguramente siempre habían sabido.

Para entonces, ya estaba cerca del mercado de jabalíes. Una ráfaga de ozono la mojó brevemente antes de que se dirigiera rápidamente hacia Santa Clara. Un grupo de seguidores de Hoffa pasaban ritualmente sus tarjetas UCC por el lector de un predicador en la esquina. La ignoraron. Se giró bruscamente, respirando con dificultad, y se dirigió por un callejón que estaba casi segura de que Stix había usado una vez para llegar a Molly's.

En el restaurante, todos la trataban como si no pudiera hablar. Quizás eso se le contagiara, hasta que olvidara la palabra *"mamá"* que había roto su silencio cómplice.

Paradójicamente, ante la perspectiva de tal retirada, su pánico disminuyó un poco.

Hasta que, después de un minuto más o menos, pudo volver a intentar esos sonidos larvarios, muy suavemente, mientras se dirigía al puerto.

mmmmmmmmmmmmmmm
aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa
mmmmmmmmmmmmmmm

Más silencioso e ineficaz que el siseo de un gatito.

Le dolía la parte baja de la espalda. La forma incorrecta en que se usaban los hombros al tocar el acordeón había reavivado el dolor.

La reciente herida en su muslo, paradójicamente, no le molestaba en absoluto.

Necesitaba otra ducha. Se olió las axilas e hizo una mueca.

Un trío de lanchas piratas salieron de la pequeña cala justo cuando ella salía del túnel junto al restaurante. Las lanchas eran feas pero eficientes como patos marinos; sus motores diésel gorgoteaban amistosamente, y sus estelas dibujaban líneas negras en el agua que señalaban a las embarcaciones mucho después de que hubieran desaparecido entre la niebla.

En el lodo de media marea, un grupo de navegantes apuntaba sus instrumentos de viento–metal hacia lo que

sería el horizonte si se pudiera ver. Ignoraron a Soledad, como lo habían hecho los hoffaistas.

Una docena de cacharros Putamadre estaban varados bajo el enorme muelle. Cuando abrió la puerta del restaurante, el murmullo de las conversaciones, el humo y el tintineo de los cubiertos era como un viento cálido y denso que salía desde dentro hacia fuera.

Y de nuevo se sintió como en la época posterior al Mercado de Esclavos, y a la vez diferente. Algunas personas le sonrieron, le tocaron el codo, dijeron "arrright", como hacían Yanquis. Los pandilleros y un Proto–Pantera fueron más efusivos, realizando su compleja danza de bienvenida, el falso apretón de manos retirado, el frotamiento de trasero, el agarre de entrepierna. Los paneles de vídeo entre los putti kitsch mostraban sus pianos de foso tocando ahora un ritmo de tango basado en antiguas bandas sonoras de películas de Piazzolla. Y, de forma incongruente, una vista del autoRodan, con el asistente de Stix medio oculto por la cubierta del motor.

Pero otros paneles de vídeo mostraban imágenes de Liteworld transmitiendo por microondas. Un presentador financiero parloteaba bajo un logotipo que decía ¿INFOCRASH? Cobertura en directo del aeropuerto de San Francisco.

Will estaba de pie en medio de un grupo de Navegantes que conversaban con un jefe Putamadre. La mayoría de los demás clientes estaban tensos, inclinándose hacia el vapor de sus cafés como buscando calor, buscando privacidad, hablando en voz baja sobre lo que les asustaba.

Para Soledad, todo tenía sentido. Bamaca, tan centrada en el sonido, tan frívola, tan aislada en su ambiente festivo y soleado, tenía tiempo libre —en definitiva, eso era lo que le daba tiempo a obsesionarse con los músicos y las canciones populares.

En cambio, este gran cruce gringo, rodeado de la imponente tecnología de la superpotencia, debe ocuparse de asuntos de gran importancia y de maquinaria pesada.

Lo cual le venía de perlas a Soledad. Al fin y al cabo, lo había conseguido; solo ahora, con las múltiples descargas de adrenalina que se disipaban lentamente en su torrente sanguíneo, se atrevía a reflexionar sobre su propia actuación. Se deslizó en una cabina vacía, saboreando la agradable sensación de haberlo hecho bien. Es más, había ido más allá de su propia música, adentrándose en una improvisación salvaje que, a pesar del público desconocido y la perversa retroalimentación de verse a sí misma en vídeo tocando y viéndose a sí misma, había logrado que todo funcionara *mejor* que la de Frum–Oxum.

Se preguntó a quién podría pedirle un fragmento de su actuación. Tomó una servilleta de papel, pero al no tener bolígrafo, repasó mentalmente la melodía y el ritmo principales para que se grabaran en el papel en blanco de su memoria. Por primera vez desde el concierto, comprendió de verdad que había *hablado:* pronunció la primera palabra de forma consciente en un mes.

«Mamá», susurró de nuevo. Apenas podía oír el sonido que emitía. Tal vez todo había sido producto de su imaginación. Parecía tan patético, aunque del todo lógico, que tuviera que recurrir a una palabra de su infancia para reactivar el habla interrumpida. Tendría que probar algo más adulto para ver si funcionaba. Buscando inspiración en un panel de vídeo: el autoRodan. «Au», comenzó. La palabra se quebró por la ronquera.

Se aclaró la garganta. “Ro–dan.”

El enorme pterodáctilo de metal, que brillaba entre la niebla gris, llenaba las pantallas que lo mostraban. Alguien, pensó, lo había traído a la luz.

"Tocas de maravilla."

Molly se dejó caer en el banco de enfrente. Soledad, sobresaltada, se incorporó. Molly, como para imitarla, se dejó caer hacia adelante apoyándose en los brazos cruzados, para luego incorporarse de inmediato.

“¿Café? ¿Quieres una empanada de manzana? Están recién hechas.” Soledad pensó que su rostro parecía mayor. Las líneas alrededor de su boca y sus ojos estaban más marcadas, como si los músculos de esa zona tuvieran que esforzarse más para mantener la vista fija en el mundo. Los ojos de Molly no se quedaban en un solo lugar, sino que recorrían el restaurante con más rapidez y nerviosismo de lo habitual. Se apartó un mechón rubio de la frente con una mano. Soledad abrió la boca para hablar. Molly, sin darse cuenta, dijo: “Enseguida…”

Ella se había ido. Soledad, olió el humo de los cigarrillos ajenos y pensó en pedir uno. Después del cansancio del concierto, un cigarrillo le sabría de maravilla. Entonces recordó, de repente, que el bebé que llevaba dentro podría sufrir por el tabaco.

Así que tendría que dejar de fumar. De hecho, a partir de hoy tendría que considerarse dos personas en una: la vieja Soledad y la nueva, ambas coexistiendo en el mismo lugar, adaptándose una a la otra. Durante unos segundos, el mundo a su alrededor cambió de color. La sensación de vida vibrante y fresca contrastaba extrañamente con la intensidad morada de la actuación, la oleada de fatalidad que la envolvía, producto de los sueños del *cruce* y el dramatismo de aquel restaurante; *la sensación de enemigo,* pensó, observando cómo todos se movían y se sentaban allí esa mañana.

Pero tendrían tiempo de sobra si el ataque hubiera sido solo una prueba. Su ejército o policía tardarían semanas en organizar un verdadero asalto. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que podía estar equivocada. La coincidencia con Bamaca no era perfecta. La logística era tan diferente aquí que podría producirse un cambio radical sin que ella se enterara.

Molly regresó tan repentinamente como se había ido, dejando unos cafés sobre la mesa junto con una tarta caliente que olía a canela y manzana. Aquello le recordó a Soledad que tenía mucha hambre y, por segunda vez ese día, que no tenía dinero para pagar nada, ni siquiera un desayuno en un restaurante.

Ella se apartó instintivamente de la comida. Molly, leyendo con perspicacia el movimiento de Soledad, se deslizó en la mesa contigua, la rodeó con los brazos por los hombros y la apretó con una fuerza inesperada.

—Corre por cuenta de la casa —susurró—. Gratis, ¿*entiendes?* Stix dice que estás bien, yo digo que estás bien. Eres bienvenida aquí, cariño. Se secó el mechón de la frente con el dorso de la mano otra vez.

Fue extraño. Tan solo veinte minutos después de la actuación improvisada más grandiosa de su vida, durante la cual pronunció la primera palabra consciente que había

dicho en un mes, fue extraño que el mayor impacto en Soledad esa mañana proviniera de un abrazo.

También era cierto, gracias en parte a la paciencia de Stix mientras dormía a su lado, que Soledad no había recibido un abrazo así desde que Ensevli comenzó a arder.

Y aunque Molly tenía un abrazo peculiar, con brazos fuertes por amasar y un olor a sudor, desodorante, café y vainilla que solo le pertenecía, el abrazo actuaba como una especie de interruptor, cambiando la proporción de las emociones de Soledad de tal manera que, por un segundo, imaginó que eran ella y Dolores quienes estaban abrazadas de esa forma.

Lo más extraño fue que, tal vez porque Molly era mayor y la que consolaba en ese momento, Soledad sintió como si de repente *se* hubiera convertido en Dolores, y Molly se hubiera transformado en Soledad, desechando así perfectamente el recuerdo que llevaba dentro desde su huida de Bamaca.

Y Soledad comprendió de repente que ya no entendía por qué había huido de la provincia de Arapa después de que *el cruce* fuera destruido.

Recordaba la lógica del vuelo, que era mejor seguir moviéndose, que era mejor tener una dirección en mente, y eso tenía sentido hasta cierto punto.

Pero lo que no tenía ningún sentido era el cálculo que había desencadenado tal lógica. Huir era la mejor solución cuando uno lo había perdido todo. Sin embargo, Soledad no había estado segura, y hasta el día de hoy no podía estarlo, de haberlo perdido todo cuando destruyeron *el cruce.*

Oh, Jorge había muerto; lo sabía por instinto, al igual que por dos mujeres que vieron su pobre cuerpo destrozado en el *pepinador.* Y había hablado con suficientes supervivientes, en aquellos días de terror posteriores a la tragedia, refugiados que no habían visto rastro de Dolores, pero que, por otro lado, habían presenciado cómo las orugas empujaban montones enteros de muertos a trincheras improvisadas junto a la laguna.

Todas las pruebas eran negativas. Solo indicaban que Dolores no había aparecido entre los vivos. Gran parte de la información se basaba en las opiniones de personas tan desinformadas y aterrorizadas como ella, que creían que nadie más podría haber escapado de la brutalidad que asoló su vecindario.

Tampoco probaba que Dolores siguiera viva. Sin embargo, en la curva del abrazo de Molly, Soledad simplemente no podía comprender lo que había poseído.

En esa incertidumbre, ella abandonó a una niña que se había convertido en mucho más que una simple pupila de su apartamento. Porque Dolores se había transformado

finalmente en una hija adoptiva para ella y Jorge. Del mismo modo, se había convertido en una hermana adoptiva para Soledad, compensando en cierta medida la soledad de su infancia en la *estancia;* incluso, en sus esfuerzos por cuidar de Dolores, en la personificación del consuelo que el padre de Soledad perdió entre el día en que su madre se marchó y el día en que ella misma dejó Glen MacRae para ir al Conservatorio.

—Estás llorando otra vez —comentó Molly.

Con un dedo, tocó la mejilla de Soledad y luego miró el punto azul en su uña del índice. Soledad pensó que, aunque viviera cien años, ese gesto de recoger las lágrimas siempre significaría mucho para ella.

«Fait rien.» No importa. Fue algo entre un susurro y un graznido. Fue automático. Molly no reaccionó durante unos segundos. Luego ladeó la cabeza, como un perro atento a un nuevo silbido.

“Soledad, ¿estás... estás hablando?”

Soledad negó con la cabeza, sin pensar, y luego asintió. En vez de eso, usó la servilleta en la que iba a escribir música para limpiarse la nariz. Molly se acercó, acercando el cuello de Soledad aún más al hueco de su codo. —¿Qué pasó? —preguntó—. Pensé que, bueno, ¿no podías…?

Soledad se encogió de hombros, pero suavemente, para que Molly no lo interpretara como una resistencia al abrazo. Daba igual si Molly pensaba que estaba fingiendo o no, con tal de que el abrazo continuara. Quizás a Molly tampoco le importaba, porque mantuvo esa posición durante casi dos minutos, meciéndose suavemente de un lado a otro, mientras Soledad intentaba no pensar en Dolores. Y entonces, perversamente, *intentó* pensar en Dolores, porque la añoranza de ella y de Jorge se había acumulado hasta tal punto que ya no podía contenerla sin hacerse daño.

—Puede hacerte eso —dijo Molly en voz baja, después de unos minutos—. El nodo, quiero decir. Es como si en Liteworld la gente se cortara en pedacitos para poder encajar en el funcionamiento de las cosas. Eso es lo que los convierte en los Muertos... Y luego vienen aquí, y todo lo que hacen de repente se entrelaza con todo lo demás; quiero decir, las cosas que hacen se entrelazan con las fiestas, que se entrelazan con la comida, que se entrelazan con las familias en su almacén y todo lo demás, así que es como si de repente volvieran a ser personas completas, por primera vez, como eran de niños. El problema es que solo las personas completas pueden sentir el dolor por completo, ¿entiendes? Todos los pequeños dolores que tenían cuando estaban cortados los sentían de forma sutil, pero aquí todo sale a la luz de golpe, ¡zas!, normalmente unas semanas después de mudarse aquí. La gente lo llama «ponerse azul», por razones obvias.

Soledad no estaba realmente escuchando. Y venía de otro *lugar,* así que no se consideraba entre la gente afectada. La voz de Molly era suave y tranquilizadora, y solo oírla la hacía sentir protegida, resguardada de la niebla.

"Lloré durante cuatro días seguidos cuando llegué aquí", continuó Molly, "pero yo estaba peor que la mayoría. Quiero decir, yo pensaba que era feliz, como si tuviera un marido al que amaba, fuera a la ópera cada dos semanas, tuviera una manicurista que me pintaba pequeños belenes en las uñas". Molly estiró sus uñas cortas y con cicatrices y se rió. "Y tenía este gran trabajo: era subdirectora de planificación para todo el condado de San Francisco, y no era un trabajo de mierda, hombre, estábamos buscando maneras de depurar el futuro porque el porcentaje de personas sin conexión —ya sabes, los desconectados, los indigentes irremediablemente, los inmigrantes del Mundo Oscuro como tú— estaban aumentando en número, atascando las pasarelas elevadas y los patios de comidas vegetarianos, y estaba consumiendo cada vez más del presupuesto de emergencia. Hacía que los naturales de la zona se sintieran incómodos, ¿quién quiere que la gente nos imponga su asquerosa infelicidad al resto, verdad? Teníamos procesadores paralelos a montones, un ejército de programadores para modelar lo que estaba pasando.

"Y Eugenio Zatt era el director de investigación, así es como lo conocí… Bueno, un día Zatt apareció, y uso el término con toda intención, porque entonces no tenía ni idea de quién

era, pensaba que era solo otra aficionada a los chips. Me dijo, y nunca lo olvidaré: 'Parece que todavía tienes un par de circuitos abiertos, quiero que mires algo'".

Uno de los Navegantes discutía acaloradamente con el jefe Puta. «Si la cadena de mando no te conviene, quiero saber quién los va a desplegar cuando llegue el momento». El Puta respondió: «Me importa un carajo tu cadena de mando; aquí las cosas funcionan de otra forma, somos flexibles, nos mantenemos fieles a los nuestros». Molly miró de reojo, no a los Navegantes, sino a Will Grammatico, que estaba sentado algo apartado, encorvado en su silla, mirando una pantalla que mostraba el taller de su hermano. Las líneas del rostro de Molly se tensaron. Luego se volvió hacia Soledad.

"Ah, mierda", suspiró. Sus brazos no se habían movido. "En fin, ¿en qué estaba? Ah, sí, Zatt. Él abre este análisis de regresión en el que había trabajado, una verdadera joya. Correlacionaba, en horas–persona y créditos y otras cosas, el esfuerzo que nuestra agencia estaba haciendo en el campo. Ya sabes: reincidencia de aprendices y colocaciones laborales a mediano plazo y graduaciones de ESL y tasas de asistencia a comedores sociales y ocupación del hospicio TeeDee, lo comparaba con el esfuerzo que se estaba poniendo en los intereses de la organización.

—Intereses de la organización —repitió pacientemente, volviendo a mirar a Soledad.

“Administración interna, gastos legales interdepartamentales, coseguro de protección, resolución de conflictos internos, fusiones departamentales, ese tipo de cosas. ¿Adivinas qué?”

Soledad se encogió de hombros. Sabía que a Molly no le importaría si lo adivinaba, o incluso si lo entendía; que Molly hablaba como los monjes cantaban, para aliviar la angustia, para posponer el duelo inevitable.

—El trabajo de campo —dijo Molly, recuperando en su voz algo del calor que había perdido al mirar a Will— fue, por decir lo menos, flojo. A veces, inexistente. Molly apartó el brazo del cuello de Soledad. La ausencia de peso allí, el frescor de la piel expuesta, pareció intensificar el dolor que aún latía con fuerza en su interior. —Los intereses de la organización, sin embargo, eran descomunales. De hecho, durante el trimestre fiscal anterior, la mayor parte de los esfuerzos se centraron en la coordinación con las agencias de seguridad contra los llamados elementos irregulares con los que se suponía que debíamos trabajar: las pandillas, los jaggers, los contrabandistas de husos, los piratas de marihuana... sobre todo los de Hawkley.

Molly se giró de nuevo, mirando hacia atrás durante unos segundos. Volvió a girarse, hablando más rápido.

“Durante mucho tiempo me resistí a lo que dijo Zatt. Pensé que era la típica paranoia hawkleyiana: claro, como si las

organizaciones fueran a actuar, inconsciente pero brutalmente, contra las amenazas directas a su poder. Contra los grupos que podían —que querían— vivir desconectados. Los que simplemente aprendieron a vivir sin las organizaciones. Zatt dijo que primero reprimirían a los marginados; a los okupas aislados, como les pasó a los refugiados de Sausalito, a los grupos cooperativos de barrios marginales, a los grupos de trueque, a los traficantes de derechos de autor, a los proveedores de internet más lentos de Wildnet. Pero, finalmente, la seguridad de las organizaciones actuaría contra cualquier nodo que se acercara a los treinta y siete…”

¿Qué está pasando, Molly?

Will se movió rápido alrededor de la mesa que Soledad, dio un brinco.

Molly no reaccionó. Era como si lo hubiera estado esperando, como si hubiera hablado específicamente para ahuyentar al hermano de Stix.

Soledad reprimió la decepción que sentía al pensar en ello. Era perfectamente posible que Molly tuviera otros motivos para hablar con ella además de consolarla. Eso tampoco significaba que el consuelo fuera fingido. Cuando Soledad había adoptado una actitud más infantil, había permitido que su pensamiento retrocediera. Tendría que tener cuidado —tan vulnerable como era a lo que sucedía a su alrededor,

de no hacer el ridículo con personas que simplemente estaban siendo amables.

—No te vas a creer —le dijo Molly a Will con falsa alegría— lo que ha pasado con Soledad...

“Sabes a qué me refiero.” La voz de Will se estiró como una piel de borracho. “Eso.”

Hizo un gesto con el pulgar hacia una pantalla de vídeo sujeta entre una placa con el rostro de Eisenhower grabado y una licuadora Hamilton Beach. La pantalla mostraba a autoRodan, ahora rodado hacia un callejón despejado junto a la fábrica de pedofilia. "Eso..." Otra pantalla de vídeo mostraba a un técnico atornillando suavemente algo en el fuselaje del pterodáctilo. "Eso..." A Stix, tecleando en tres jambooks conectados en red apilados frente a la pantalla de la pared de los arquitectos en la sala de control de la fábrica. Will se mantuvo muy erguido, con los brazos casi pegados a los costados. Miraba periódicamente hacia arriba, hacia la cuña plateada de su medio ventosa.

—Palitos —asintió Molly. Ganando tiempo, pensó Soledad.

—¿Qué está haciendo, Molly? —interrumpió Will en voz alta—. Se cortó el comunicador, no puedo hablar con él.

“Va a hacer el ridículo”, respondió Ludd–Kaczynski en el mostrador, agitando un brazo de tal manera que la manga

de su larga túnica monástica se mojó en su tostada francesa. “Un montón de tonterías tecnológicas”.

“Me gustaría usar eso para jis'”, comentó un contrabandista.

Molly dijo: "Los oíste".

—No es eso lo que quiero decir, cualquiera puede darse cuenta de que va a volar esa cosa. ¡Pero está haciendo algo con *eso*! Will giró y señaló la pantalla de vídeo que mostraba imágenes de MSNBC[20] del aeropuerto de San Francisco, donde un Airbus de dos pisos con los colores de la UE estaba descargando a un grupo de funcionarios de traje azul. —Va a hacer su acto de arte guerrillero, ya lo sabes. Will volvió a girar, señalando a Molly con el dedo. —¡Te lo dijo, ¿no?! Molly sonrió dulcemente.

"¡Muchacha!"

Soledad, que había estado mirando fijamente el rostro de Will, pensó que parecía un niño de siete años que acababa de descubrir que su hermano prefería jugar con otro amigo en lugar de estar con él. El dolor y la tristeza que sentía eran tan profundos y absolutos como los de un niño. La forma en

---

20 Lanzado en 1996, MSNBC significa Microsoft and National Broadcasting Company, un nombre formado a través de su asociación anterior con Microsoft y NBC. El nombre ha sobrevivido a su tiempo desde que Microsoft se retiró de la empresa conjunta propietaria de MSNBC en 2012. [N. T.]

que sus ojos se entrecerraban cuando se enfadaba lo hacía parecerse más a Stix de lo habitual.

Impulsivamente, Soledad le tocó la manga, con la intención de consolarlo. Pero el gesto tuvo el efecto contrario, pues Will bajó la mirada, sorprendido, y su expresión infantil desapareció por completo. Se apartó bruscamente, presionando el micrófono contra su garganta. «¡Stix! ¡Maldita sea, háblame!»

—Él nunca lastima a nadie —dijo Molly, y su voz, aunque seguía siendo suave, ya no pretendía ser amable—. Él estará bien.

"Da igual que sea 'guay', no sabe con qué se está metiendo. Va a provocar un buen lío."

"Pensé que eso era lo que querías", comentó un Putamadre sentado cerca. "Pensé que ese era el *punto,* hombre".

—No estamos preparados —dijo Will—. Cuando todo esté listo, entonces podremos provocarlos, pero ahora...

"¡Ahí va!", gritó Ludd–Kaczynski. "¡Controles fly–by–wire [sistema de control electrónico]: *separación!*

—¡Cállate! —gritó alguien.

El gordo Zeenie, el cocinero de las frituras, tocó el libro de recetas del restaurante, sonriendo tan ampliamente que el cigarrillo que tenía en la boca se le cayó y tuvo que atraparlo con una palma grasienta.

Todas las pantallas de vídeo, incluidas las que mostraban el final del concierto en el almacén, al ninja que hacía de párate con una patata o a una guardería, cambiaban a una de estas imágenes: una vista del callejón vacío desde el almacén de Stix, un primer plano de la cara de Stix, un técnico quitando las calzas de las ruedas de autoRodan o el presentador de MSNBC.

«Y ahora el primer ministro neerlandés», anunció una pantalla. «Dado que los Países Bajos presiden actualmente la UE, es el presidente de facto de Europa: Jan Poldroon sube al podio. Brian ha sido una de las voces más críticas, advirtiendo sobre otro colapso del sistema, y sin duda lo mencionará en las discusiones. Le siguen la presidenta francesa, Jacqueline Cohn–Bendit, y el general Cheng, del Ejército Popular de Liberación de China».

En el encuadre de las cámaras, el autoRodan comenzó a moverse. Ganó velocidad a un ritmo cada vez mayor. La vista del callejón vibró de forma inquietante y las paredes a ambos lados se deslizaron hacia atrás, de modo que se podía ver que una cámara estaba enganchada a otra en el pico vengativo del pájaro.

Entonces, visto desde fuera, el pico del autoRodan se inclinó hacia arriba. La cámara a bordo solo captaba el cielo. La cámara ambiental del callejón siguió la torpe silueta del ave hasta que sus alas índigo se desvanecieron en gris y desapareció entre la niebla sobre la bahía. La actividad ahora se limitaba a dos pantallas. Una mostraba a Stix, inclinado con atención sobre los joysticks de sus jambooks, alternando la mirada entre los controles, la vista envuelta en niebla de la cámara del autoRodan y un programa de navegación; y MSNBC, en la que el presidente de los Estados Unidos, inclinado sobre el podio, se aclaraba la garganta, listo para su discurso.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Will.

La vista desde el autoRodan se dividía entre la niebla gris que se cernía sobre él y las olas de la bahía de San Francisco, oscuras y esculpidas, que se extendían bajo él. Stix debía estar pilotándolo a solo unos metros de la superficie, y no debía ser tarea fácil, pues la vista se movía bruscamente: derecha, izquierda, arriba, abajo, cabeceo, guiñada y balanceo. Una boya de navegación apareció y desapareció un segundo después. «El canal», gruñó uno de los contrabandistas, «se dirige casi directamente al oeste». En un momento dado, la pantalla se inclinó de forma surrealista, y los espectadores en el restaurante de Molly alcanzaron a ver un instante un casco granate y negro, con una gigantesca ola de proa verde blanquecina, que casi llenaba la lente antes de que Stix hiciera una maniobra

evasiva y la pantalla volviera a llenarse de niebla, o de una mezcla de niebla y puerto.

Alguien gritó de alegría. MSNBC continuó con su retransmisión. Por lo demás, el restaurante estaba muy tranquilo. Soledad no podía apartar la vista de las pantallas. Esto era nuevo, porque normalmente no tenía problemas para resistir la tentación de ver vídeos. Pero claro, en las pantallas aparecía alguien que conocía, que estaba haciendo alguna tontería, y la alternativa era lamentarse de sus fracasos habituales o pensar en su segunda victoria milagrosa sobre el miedo escénico. Pensar demasiado en eso, sentía, podría acabar con el milagro; por lo tanto, mirar era más fácil.

Así que ella también permaneció girada para observar cómo el autoRodan continuaba su extraño viaje; mientras las palabras iluminadas en rojo ECM*WARNING*J–STAR aparecían en la pantalla de la cámara frontal del avión.

—Mierda —susurró Will—, lo atraparon —y apuñaló repetidamente su jambook. La transmisión de la cámara nasal se interrumpió brevemente por interferencia, provocando un gemido general entre los comensales. Cuando parpadeó y volvió a encenderse, Will se irguió de repente y murmuró: —Lo atraparon. Stix —continuó en voz más alta—, ¿me entiendes?

—No me molestes ahora, hermano —respondió Stix, añadiendo sarcásticamente—: Se acabó.

—Dale la vuelta —dijo Will con urgencia—. No tienes ni idea de la mierda que esto va a provocar. Se acabó.

En la cámara ambiental del taller, Stix levantó brevemente la vista de los controles de su cuaderno de improvisación.

—No eres el único que puede tomar medidas directas, Will —dijo—. Déjame en paz.

—Ya viste adónde me llevó —dijo Will enfadado—. Es peligroso; si no lo calculas bien, te va a... ¡Ah, Dios mío! —espetó, y se arrancó la piruleta de la cara—. Me ha trasteado los canales.

Pero nadie más estaba escuchando a Will, porque la imagen de la cámara frontal, que durante tres minutos había mostrado prácticamente la misma fotografía, cambió repentinamente.

Un grupo de pilotes con luces azules, luego naranjas, emergieron de la niebla y desaparecieron bajo la nariz del dron que se desplazaba a gran velocidad. Apareció otro grupo, seguido de una escollera de rocas cubiertas de algas negras y un campo de hierba cortada salpicado de gaviotas. Luego, un paralelogramo infinito de hormigón, con las franjas amarillas de la pista, se integró en la granulada infinitud de la niebla mediante una hilera de luces azul

Navidad a cada lado. El AutoRodan esquivó un Boeing 787 de Cathay Pacific, un camión radar rojo y blanco con el número 12 brevemente visible en la plataforma, y luego viró bruscamente para seguir una pista perpendicular a la primera.

En MSNBC, el presentador guardó silencio. Un agente de seguridad chino susurró con urgencia al oído de los generales del Ejército Popular de Liberación. Personas importantes miraron a su alrededor, empezando a notar que algo no cuadraba. Fue uno de esos momentos que, más adelante, los cronistas de la cultura popular podrían describir como "congelados en el tiempo".

El AutoRodan avanzaba a toda velocidad por el túnel de asfalto y niebla que era la pista 12.

Entonces, se desató el caos.

Agentes del Servicio Secreto y miembros de los equipos SAS/Delta, vestidos de negro, irrumpieron en el podio desde todas direcciones y se abalanzaron sobre los distintos dignatarios para proteger a los VIP, interponiéndose entre ellos. Desafortunadamente, dado que había casi el doble de guardaespaldas que de VIP, estos últimos se vieron envueltos en una especie de juego de estrategia cada vez más rápido, en el que la media docena de guardaespaldas restantes se vieron obligados a abalanzarse unos sobre otros para demostrar su compromiso con la protección ejecutiva.

Puntos de luz brillantes, luces intermitentes de la policía y una confusa mezcla de aeronaves y otras estructuras aparecieron en la cámara frontal del autoRodan. Crecían a cada segundo, justo delante de nosotros.

Tres siluetas borrosas, demasiado oscuras para distinguirlas, seguidas de columnas de fuego brillante, iluminaron la niebla al pasar velozmente junto al autoRodan desde direcciones diferentes.

Mientras tanto, el presentador había recuperado la voz.

—¡Francotiradores, probablemente, desde la torre de control! —chilló—. ¡Claramente han disparado al menos a siete o diez personas! ¡Oh, Hoffa, sálvanos! —La cámara giró frenéticamente y luego localizó al presentador de rodillas, al abrigo de un carrito de equipaje—. ¡No me apuntes a mí, idiota, apúntale al presidente! —chilló el presentador, acomodándose el pelo. Entonces sus ojos, ya abiertos como platos de té, se abrieron aún más—. ¡Hoffa! —exclamó—. ¡Ataque aéreo! —Y desapareció para siempre bajo el carrito.

El AutoRodan estaba casi encima de las luces, las cámaras y los aviones. Dio un volantazo a izquierda, derecha y otra vez a izquierda para esquivar uno de los mismos coches blindados con forma de cúpula y morro que habían perseguido a Soledad por un callejón de Oakland, así como dos coches blindados convencionales y una furgoneta de televisión, maniobrando torpemente. Luego reanudó su

rumbo hacia el podio con la enorme pancarta que decía «CONFERENCIA DEL CASPIO SOBRE SEGURIDAD MUNDIAL» desplegada a lo largo de la barandilla.

La melé de hockey sobre el podio ahora llenaba la cámara frontal del autoRodan y las cuatro pantallas de vídeo en el restaurante de Molly, que mostraban su punto de vista.

En otras dos pantallas del restaurante, Stix, agachado como una araña saltarina sobre los controles de su ordenador portátil, tiró bruscamente del joystick, inclinándose hacia atrás con empatía.

—¡Vamos! —gritó Molly, poniéndose de pie de un salto emocionada—. ¡Bombas fuera! —*¡Bombas!* —chilló Will—. ¿Qué quieres decir con que va a bombardear a los líderes de todo el *maldito planeta?*

La cámara del autoRodan se elevó bruscamente, revelando brevemente el resplandor de la torre de control de San Francisco. Luego, la densa niebla lo cubrió todo una vez más mientras el dron ascendía valientemente al espacio aéreo sobre la zona de seguridad.

Para entonces, el camarógrafo de B–Net ya se había recuperado. Su lente siguió la envergadura cada vez menor del autoRodan y lo que parecía un desfile de papel que revoloteaba a su paso. Cuando el desgarbado pájaro desapareció envuelto en la densa niebla, bajó la cámara,

siguiendo los papeles que caían sobre los hombres y mujeres que aún se retorcían de pánico bajo la implacable vigilancia de los guardaespaldas.

Uno de los Putamadres comenzó a reír.

“¡Napalm!”, gritaba el presentador de B–Net. “¡Napalm frío! ¡Me han alcanzado! ¡Dios mío, va a explotar y matar a todos…!”

—Tractos —interrumpió otra voz. Al parecer, el productor o el camarógrafo habían tomado el control del audio—. Cientos, no, miles de tractos, acaban de ser arrojados por lo que parece ser un pequeño avión pintado para que parezca...

“Y algún tipo de sustancia química, Brian”, interrumpió una tercera voz con entusiasmo, “es blanca, me han alcanzado, no podemos descartar gas nervioso, ¡Dios mío, está en mi codo y mira, mira al presidente, ¡Dios mío, este intento de asesinato, todavía está ocurriendo, *todavía está en marcha!”*

La cámara de B–Net se acercó al montón de personas vestidas con trajes, maletines de cuero y chalecos antibalas, de donde los miembros más rápidos del equipo de seguridad estaban sacando a algunos individuos. El enfoque, cada vez más nítido, delimitó los rasgos del presidente estadounidense. La apariencia ruda que le había dado la victoria en las últimas elecciones era fácilmente reconocible;

también lo era la mancha blanca que parecía un pegote gigante de excremento de pájaro en el hombro izquierdo de su chaqueta.

—Vainilla —dijo la segunda voz con un tono más tranquilo—. A mí también me han golpeado, y huele a vainilla.

La lectura del ECM en la pantalla de la cámara frontal parpadeaba ahora un poco más rápido.

—Es... crema —susurró la primera voz, y luego, más fuerte, con la voz quebrada por la sorpresa y con un tono infantil, no puedo creerlo, es *crema batida.*

El barril de atrás, pensó Soledad. Stix le había preguntado, la primera vez que fue a ese restaurante, si había poca vainilla. Molly le había preparado crema batida en cantidades industriales que, al parecer, acababa de derramar en el Aeropuerto Internacional de San Francisco.

—*Mierda* —dijo, casi inaudiblemente.

La pantalla de la cámara frontal parpadeaba en verde sobre el cielo gris que se extendía ante el avión a reacción. Los números intermitentes eran ominosos por su intensidad. De repente, la niebla se volvió blanca cuando un misil apareció de la nada, no se dirigió a ninguna parte y luego llenó la lente de la cámara frontal de rosa al explotar en algún otro lugar sobre el puerto.

—Vienen por detrás, Stix —dijo Will por el micrófono—. ¡Contéstame, maldita sea!

“¡Mierda!” Stix intentaba parecer tranquilo, pero su voz se quebró de emoción, igual que la del hombre de la televisión. “Buscadores infrarrojos”.

—No cerca de un aeropuerto —respondió Will con urgencia—. ¿Adónde te diriges?

“Eh… noventa y ocho grados verdaderos”, dijo Stix. “Cambio”.

—Escucha, Stix —dijo su hermano, apretando el micrófono contra su garganta mientras observaba los monitores—, no están usando infrarrojos. Van a rastrear tu haz. Tienes que escapar, cortar la conexión. ¿Me oyes? Cambio.

—Te entiendo, hermano. —De repente, la voz de Stix volvió a la calma. Era como si lo único que hubiera querido desde el principio —o eso creía Soledad— fuera que su hermano trabajara con él en un proyecto importante. —Déjame comprobar el GPS. —Una pausa—. Ya estoy sobre la bahía. Estoy bloqueando los controles. Estoy cortando la conexión.

El Putamadre había dejado de reír. El restaurante volvió a quedar en silencio. En el vídeo de la sala de control, Stix se apartó de la hilera de jambooks, levantó las gafas de realidad virtual, se frotó las palmas de las manos contra los ojos y

luego bajó las gafas para poder ver qué ocurría a continuación.

Llegó justo a tiempo. Sin flash ni aviso previo, la cámara frontal se descontroló, mostrando brevemente las ondas negras dentadas, pero en la *parte superior* de la pantalla, al revés. Luego apareció un fuego blanco.

Y las cuatro pantallas se convirtieron en nieve.

—Explosión aérea —dijo Will.

—Pobre autoRodan —susurró Molly.

"¿Ves *eso?*", preguntó un contrabandista a un Puta, haciendo el complicado gesto de felicitación. "¿Ves *eso?*" Como escolares cuando el profesor ha salido del aula, los clientes del restaurante se volvieron unos hacia otros y empezaron a balbucear. Se quedaron en silencio cuando Will gritó: "¡Cállense la puta boca!"

Soledad dio un respingo. Mientras el autoRodan volaba, mientras todo el extraño truco mágico–político de Stix estaba literalmente en el aire, ella se había aferrado a los últimos vestigios de consuelo del concierto, del abrazo de Molly.

Pero el grito de Will la sobresaltó, al igual que la absoluta atención controlada en su voz. Su postura, sombría e

inmóvil, con la mirada fija en nada en particular, la llenó de una sensación fría que intentó no analizar.

Un barco hizo sonar su bocina una vez desde la dirección del puente.

Se fría tocino ruidosamente en la parrilla.

Un temblor comenzó bajo sus pies; aumentó bruscamente de intensidad, haciendo vibrar la vajilla y los platos ceremoniales y provocando que los californianos más profesionales corrieran a buscar las jamás de las puertas.

La vista panorámica del cielo tras los ojos de buey del restaurante apareció dos veces.

Entonces, un sonido ensordecedor, a medio camino entre un estruendo, un estallido y un rugido, cubrió la estructura de madera a la deriva, como si un monstruo marino hubiera rodado sobre el nodo, aplastando cualquier otro sonido hasta hacerlo pedazos.

Las explosiones posteriores fueron variadas y confusas, pero se desvanecieron rápidamente. Los ecos que iban y venían entre almacenes, diques secos y el agua tardaron algo más en disiparse.

Ni siquiera Will pudo encontrar nada que decir en el silencio que siguió a los últimos ecos.

Era una muestra de su familiaridad con la desesperación y los frutos de la resistencia, que solo Soledad encontrara dentro de sí la capacidad de llenar ese vacío, recurriendo al conocimiento que había adquirido a tan alto costo en el cruce, graznando "Un *air sol,* ¿sabes lo que es eso?, un misil aire–tierra" con tal autoridad que nadie en ese cuartel general de disputas en una comunidad de quisquillosos instintivos se molestó en aventurar una opinión diferente.

Capítulo XVIII

Todos salieron al exterior, como niños atraídos por el estruendo de una banda de música. Se agolparon en la ventanilla del restaurante, chapoteando en el lodo del puerto. Estaban tan inmersos en el abrazo de los altos muelles, y la niebla era tan espesa, que no podían ver las llamas; lo único visible era una mancha de niebla rosada que ondeaba sobre un muelle de combustible en desuso.

Pero ese color abstracto tuvo en Soledad un efecto desproporcionado a su intensidad. Sintió que le faltaba el aire y que las extremidades se le entumecían por el pánico. Desde la destrucción del *cruce,* nunca le habían gustado las llamas. La forma en que las contemplaba ahora, sobre el horizonte al amanecer, le hizo comprender las similitudes, tanto en apariencia como en circunstancias, con la mañana en que se despertó y encontró Ensevli en llamas.

Nadie más parecía asustado. Asombrados, tal vez; algunos, inseguros sobre lo sucedido. Dos de los contrabandistas más cautelosos sacaron las lanchas del lodo y remaron hacia su embarcación de proa afilada. Varios putamadres decidieron que, en su mayoría, estaban enojados, lo cual no era un reflejo atípico. Un par se gritaban entre sí, revisaban los cargadores de sus pistolas automáticas con empuñadura de cinta. Saltando a sus respectivos Lincoln Mark V y Caprice Classic, activaron la hidráulica y encendieron los motores en una explosión de escapes.

En ese momento, el resto de los Putas corrieron hacia sus vehículos, seguidos por todos los demás. Uno a uno, los cacharros modificados y con la carrocería rebajada derraparon en el aparcamiento embarrado, encendieron las luces antiniebla y chocaron violentamente contra el túnel de acceso principal. Molly, que iba en el penúltimo, le susurró al oído al conductor. Este frenó bruscamente, se detuvo a diez metros de Soledad y la miró con irritación.

—¿Vienes? —preguntó Molly.

Soledad se dio cuenta de repente de cómo Molly debía verla: de pie, sola y un poco encorvada en el barro, con su blusa de viaje arrugada y unos pantalones acampanados prestados, con ambas manos cruzadas sobre la parte baja del abdomen.

—Yo… —Soledad no pudo pronunciar la palabra. Por un segundo, temió que con este último ataque de llamas pudiera haber perdido de nuevo la capacidad de hablar.

—Vuelve al restaurante —dijo Molly, asintiendo para tranquilizarla—, allí estarás a salvo. Putamadre metió la palanca de cambios en la posición de conducción.

"¡No!" La palabra brotó de ella, áspera como el graznido de un cuervo. Soledad corrió hacia el camión como si intentara alcanzar su propia motivación, que tenía que ver con quedarse con Molly y huir de la soledad. Sobre todo, consistía en esta idea: que una vez había buscado refugio en un lugar seguro para ella sola y que ese había resultado ser el lugar más peligroso de todos, así que ¿qué precio tenía ahora la "seguridad"? Molly y un Puta la arrastraron por los enormes costados del viejo cacharro, y luego se alejaron en una nube de humo, barro salpicado, *coños* de pandilleros y *maricón de chingadas.*

El túnel era más corto y sencillo que el que usó Stix. Terminaba de nuevo en la alcantarilla pluvial que formaba la pared sur del mercado, justo debajo de una pantalla gigante enmarcada con cortinas negras rasgadas que mostraba una habitación negra y a un pianista vestido de negro bajo un cielo tormentoso, tocando lentamente una adaptación del *Réquiem* de Verdi sobre una roca de ébano con un teclado incrustado en una veta de cuarzo. Esta era una zona de TeeDee; varios de los afectados emergieron de estructuras

construidas con viejas radios Zenith, escuchando los teléfonos móviles que llevaban colgados, observando con la mirada perdida los coches.

Soledad se aferraba con tenacidad, con una mano enganchada en la chaqueta de cuero de un Puta que iba en el asiento trasero y la otra agarrando un desgarro en la tapicería mientras el Brentwood tuneado chirriaba al salir de la alcantarilla, aceleraba por el lateral de dos pequeños almacenes, tomaba una curva de noventa grados tan bruscamente que quedó aplastada entre Molly y el Puta a su derecha, y aceleraba hacia la doble neblina de niebla y gases de escape de los sedanes negros que tenía delante por otro callejón; luego a la izquierda entre una hilera de grúas y una cuenca gris de agua estancada. Y de repente respiró un humo penetrante, no de escape de coche, sino un olor amargo y específico como el de un mordisco a algo podrido; podía ver llamas lamiendo la parte superior de un almacén del muelle, besando apasionadamente la niebla. La niebla era tan espesa que parecía que las llamas eran bruma ardiente, pero el fuego también estaba bien establecido en los edificios del muelle, fuego escarlata con lenguas de narciso enmarcadas por las ventanas abiertas del almacén: RDX[21], ergo munición, por lo tanto misiles aire–tierra, con

21 RDX son las siglas de Royal Demolition Explosive, también conocido como ciclonita, hexógeno y hexahidro-1,3,5-trinitro-1,3,5-triazina. Es un sólido cristalino blanco. El RDX es un explosivo por sí mismo y puede combinarse con otros ingredientes para fabricar explosivos plásticos. [N. T.]

ese humo negro grasiento iluminado ocasionalmente por vetas de platino que se pulverizaban hasta morir en el remolino de humedad que emanaba de la conflagración que se extendía más abajo.

Un juguete gigante para gatos, hecho de acero al rojo vivo y que en su día había sido un juego de tenis, se balanceaba precariamente entre el lateral del almacén y la cabina destrozada de una grúa gigante.

Un camión de bomberos con las palabras US NAVY aún visibles en el lateral se estrelló contra el muelle, bloqueándoles el paso. Estaba tripulado por un grupo de jóvenes hackers. El conductor del Puta gritó y les hizo una peineta a los hackers, cubierta con un guante negro.

El muelle estaba repleto de nodistas. Algunos habían llegado en barco, amarrando junto a una barcaza abandonada y serena como un antiguo monumento en medio de la dársena. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ese era el muelle donde Stix la había llevado para que el doctor Zatt la examinara el primer día. Se giró para fijarse en la grúa pórtico con la cabina destrozada; sí, era la segunda de ese lado, la misma grúa donde el hombre lisiado había instalado su puesto.

Molly se inclinó sobre el casco del conductor, señalando. Él aceleró el coche esquivando a un grupo de curiosos, sobre las vías de la grúa, siguiendo los rieles alrededor de la

dársena, traqueteando con fuerza sobre escombros y adoquines sueltos. Avanzaban lentamente debido a la multitud y los escombros, y Soledad podría haberse bajado en cualquier momento sin sufrir heridas. En cambio, se recostó contra el Naugahyde, con ambas manos sobre el estómago. Cerró los ojos ante la escena que estaba a punto de presenciar, ignorando lo mejor que pudo su propia necesidad de averiguar qué le había sucedido al lisiado de piel amarillenta. No sentía gran afecto por él, pero era una de las pocas personas que conocía en ese lugar. Se dio cuenta, con una especie de sorpresa de turista, de que esas conexiones se habían vuelto importantes para ella, en algún momento.

El problema de cerrar los ojos era que parecía amplificar el mensaje de los sonidos, y esos sonidos estaban cargados de presagios ominosos: el miedo en las voces de las madres, la alegre excitación de los niños, la urgencia vacía de los hombres que en realidad no sabían qué hacer al respecto, pero insistían en gritar órdenes para disimular su tibio terror. Las palabras «cañones», «ataque», «sigilo» y «misil de crucero». Los acrónimos «BON» y «MOUT». Una desesperación absoluta creció en su interior, como un fruto del vacío que echaba raíces en las grietas de su carácter.

Porque ya había oído esas palabras antes, en otro idioma. La situación había sido bastante parecida. Y Soledad ahora sabía, absolutamente y sin lugar a dudas, que este *cruce yanqui* estaba condenado al fracaso, al igual que el suyo.

Había oído a alguien en el restaurante decir que este ataque con misiles era un simple acto de represalia contra la arrogancia desmedida de Stix. En un sentido psicológico, intuyó (con un pequeño destello de «¡eureka!»), esta era la venganza paternal que Stix siempre había buscado. Pero la sincronización era similar a la del *cruce,* pues se trataba del *segundo* acto, la segunda aniquilación dirigida deliberadamente. Ella entendía el ritmo; por eso era música y compositora, el ritmo era la clave para ella. Y, por lo tanto, comprendió que el motivo de este misil en particular era irrelevante.

Lo que importaba era que esta era la *segunda* estrofa de ese estúpido ritmo de agresión. Y nada lograría detener a la bestia que danzaba al compás de tales ritmos y la impediría llevar a cabo su campaña.

No iba a quedarse de brazos cruzados esperando a que la bestia terminara lo que había empezado. La convicción era profunda y se había arraigado en su interior, ya firme en torno al pequeño resplandor de vida que sabía, con la misma certeza instintiva, que yacía acurrucado en el centro de su vientre.

Sola, tal vez habría considerado quedarse. Se habría centrado en las diferencias y, sobre todo, en el hecho de que esta era una ciudad yanqui y los gringos no se permitían los mismos lujos asesinos que les concedían a sus “amigos” más al sur.

Pero ya no estaba sola. Era la guardiana de esa chispa tan nueva que ni siquiera era tan grande como un pececillo. Su bebé. El bebé de Jorge.

Abrió los ojos. Molly miraba fijamente sus manos. Sus miradas se cruzaron, los ojos de Molly eran de un verde oscuro, un tono o dos más claro que los de Jorge. Soledad abrió la boca; entonces el coche se detuvo bruscamente, arrojándolas a ambas contra el asiento delantero. Los Putas que estaban a su lado saltaron del cacharro. Molly y Soledad se incorporaron y miraron a su alrededor. El camión de bomberos las había seguido dando tumbos alrededor de la dársena. Ahora un grupo de hackers forcejeaba con la boquilla de latón de una manguera, discutiendo sobre trayectorias y retrocesos, dirigiendo la curva de agua a presión con precisión a través de una de las ventanas de arriba, donde se convertía inmediatamente en vapor.

Molly se había ido. Su delantal azul brillaba entre un pequeño grupo que se movía junto a las patas de la grúa de Zatt. Un par de neodoctores pasaron corriendo, aferrados a jambooks de diagnóstico. La cabeza calva de Zatt resplandecía en medio del grupo de la grúa, con el rostro vuelto hacia el almacén. Está vivo, pensó; parecía un buen presagio, porque la suerte era irracional y, en su aleatoriedad, a menudo traía consigo más suerte. Zatt gritó: «¡Dios mío, ay!», mientras los neodoctores lo examinaban, y luego: «Escucha, Stix, pasó esta mañana, el pantano... *¡con cuidado,* maldita sea!».

Soledad salió del vehículo. Observó a la multitud, evitando mirar hacia arriba, donde el fuego producía sonidos alegres de masticación y crujido, y sonidos furiosos de siseo y desgarro. Un chico pasó corriendo, agarrando un trozo retorcido de titanio y circuitos, tal como un mes antes un chico parecido había corrido entre los escombros del Mercado de Esclavos. Bajando por el muelle, un hombre salió sigilosamente de la puerta de un almacén, cargando una caja llena de componentes de conmutación. Los Putamadres lo asaltaron de inmediato.

Entonces vio a Stix, reconociéndolo primero por la bufanda iridiscente. Él estaba de pie junto a otro grupo de paramédicos con formación incompleta.

Soledad se acercó. Dos personas yacían sobre los adoquines húmedos. Una tapa de Zero Cola estaba aplastada de forma incongruente en medio de un charco de sangre. Un hombre gordo de mediana edad, con un delantal de impresor anticuado, gritó: «Todos estos juegos de la infancia, ¿y qué pasa con la gente que solo vino aquí a trabajar? No tienen nada que ver con vuestros malditos juguetes, y ahora él no tiene un *brazo».*

Molly, con ambas manos agarrando el brazo izquierdo sano de Stix, inclinó la cabeza ante aquella afirmación que no requería respuesta. Stix miró fijamente a los neomédicos, que ahora usaban oxígeno. Su rostro estaba tan pálido que la piel parecía transparente. Sus ojos eran oscuros y vacíos,

sus manos apretadas como si estuviera a punto de golpear a alguien. Tenía manos grandes, notó Soledad una vez más; manos de obrero. «No vendas, un cabestrillo... ¿qué quieres decir con que no tenemos un cabestrillo?», gritó un neomédico. Lentamente, Stix se quitó la bufanda del cuello y la arrojó junto al médico, quien la recogió sin mirar de dónde venía. La multitud se movió, como suele suceder, sin motivo aparente, permitiendo a Soledad ver a Will Grammatico hablando alternativamente con su piruleta y con los tres Navegantes a su lado, señalando hacia el extremo oeste y hacia la costa del nodo. Caminó lentamente por el muelle en su dirección. —¡El Farnsworth! —chillaba Zatt—. ¡Stix, Marsh decía que siempre se pasaban del límite! ¡Cuando soñaba, soñaba con *armas!*

Pero Stix no escuchó. Al observar a Stix, Soledad tuvo la fantasía momentánea de que todo su ser había sido estrangulado y flotaba como una de esas supersticiones de alucinaciones sobre los neodoctores y la gente a la que intentaban ayudar. Incluso mientras imaginaba esto, Stix vio a Will. Durante unos veinte segundos, los hermanos se miraron fijamente a través de la multitud emocionada. El rostro de Will estaba tan rígido como la pared de un fiordo. Los rasgos de Stix eran suaves, debilitados y cambiantes por la emoción que lo dominaba. Tal vez existía una masonería instintiva del dolor, pensó Soledad. Tal vez sentía automáticamente compasión por alguien en tan profunda angustia. O tal vez la noche de contacto físico, aunque casta,

la había abierto a los estados de ánimo y corrientes de este hombre.

En cualquier caso, Soledad sintió una ternura y vulnerabilidad similares en su interior, casi tan profundas como el nido del bebé. Podría amarlo, pensó, si se dieran las circunstancias adecuadas. Empezó a acercarse a Stix, deseando al menos brindarle el consuelo de otro contacto; y llegó hasta Molly, quien la notó pero no se movió para dejarla acercarse.

La fina lluvia de las mangueras de los bomberos les humedeció el cabello. Los Putamadres arrojaron al saqueador que habían capturado a la cuenca.

Los neomédicos se dispersaron, guardando el equipo, preparándose para levantar al hombre sin brazos. Stix se zafó del brazo de Molly, se inclinó para tomar una esquina de una camilla improvisada y un médico lo apartó a su vez. Los neomédicos levantaron la camilla con rapidez y eficacia, junto con un montón de sueros y tubos de oxígeno, y trotaron por el muelle hacia un cacharro requisado. Stix, tras un par de segundos de vacilación —durante los cuales Soledad tuvo la sensación aún más fuerte de que estaba suspendido fuera de su propio cuerpo, desnudo, sin protección y confundido—, los siguió cojeando rápidamente. Soledad lo llamó por su nombre, pero la única que lo oyó fue Molly.

—Mira eso —dijo una mujer—, ahora intenta ser paramédico. ¿Acaso no ha causado ya suficiente daño? Molly se giró bruscamente para encararla, siseando: —¿Se te ha pasado por la cabeza que tal vez esto no fue realmente culpa suya? ¿Quizás lanzar un maldito misil por una *broma* fue solo un poquito *delictivo*?

Los heridos ya se habían ido, el fuego estaba casi extinguido. La multitud no tenía razón para quedarse en el mismo lugar. Molly caminó con la cabeza gacha de regreso al cacharro en el que habían llegado. Un panel de control en un viejo almacén intacto parpadeaba estúpidamente en letras moradas: ASAMBLEA MUNICIPAL / URGENTE / VENGA AHORA MISMO / LLAMADA AL QUÓRUM 20 MINUTOS.

Soledad comenzó a seguir a Molly. Luego se detuvo.

Observó la antena retorcida, el pórtico de la grúa aplastado, la pared ennegrecida y rota del almacén. Con el calor mucho más tenue ahora, las placas de niebla que llegaban desde la bahía podían posarse sobre la estructura dañada sin ser avivadas por el fuego. El techo del almacén se veía borroso de nuevo, al igual que el extremo de la pluma de la grúa de Zatts, que seguía erguida obstinadamente sobre las aguas negras y vacías del muelle.

Soledad se sentía medio sola. Esa era su situación ahora y en el futuro previsible. Había apartado las manos de su vientre mientras se acercaba a Stix. Ahora las volvió a colocar

donde creía que estaba el bebé. Quizás era su imaginación, pero estaba segura de que había una ligera hinchazón allí, debido a la retención de líquidos propia de esta etapa, pero aun así una señal de que estaba dentro de ella, sano y creciendo. No tenía ninguna duda de que era un niño, aunque también sabía que tal certeza era infundada.

Se apartó de las señales de desastre y, abriéndose paso con cuidado entre los ladrillos rotos, los restos de basura y las páginas arrancadas de preciosas revistas de Zatt, se dirigió hacia el callejón que se alejaba del muelle.

***

No era la única que intuía que el barco se iba a hundir. Al llegar al túnel bajo el Muro de Novas —la ruta que la Proto–Pantera había usado para regresar al nodo después de recogerlos en Berkeley la noche anterior (no había habido controles de seguridad al entrar al nodo, al menos hasta ese momento)— encontró una fila de coches, carretillas y gente cargada de maletas esperando para atravesar el estrecho túnel. Era una escena extraña, una que nunca había visto antes en este enclave donde, a pesar de la multitud, la gente parecía no tener paciencia ni temperamento para hacer cola, prefiriendo en cambio discutir y agruparse.

Pero ahora se habían reincorporado a ese tropismo de Liteworld con la misma facilidad que si lo hicieran a diario. Y todo ello conformaba una visión que resultaba

extrañamente familiar en muchos sentidos: las paredes cubiertas de musgo de un almacén que se alzaban imponentes a un lado, la surrealista pila de cacharros aplastados que se elevaba al otro, perdiéndose en la niebla y la perspectiva; la fila sinuosa de personas, con los colores desvaídos de sus ropas por la escasa luz, rostros pálidos y tensos por la tensión de lo que hacían y de lo que huían. Le recordaba una imagen que no lograba ubicar con exactitud: polacos abandonando Varsovia al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, quizás, o refugiados saliendo de Amritsar tras el ataque nuclear táctico, o republicanos españoles huyendo del asedio de Gijón. Tales eran las verdaderas fuerzas unificadoras de la historia humana, pensó. Violencia, miseria y ejércitos ignorantes impulsados por combustibles fósiles. Todas constantes, al igual que el impulso de huir de ellas, de proteger las ilusiones y a los niños.

No tienen país
y por lo tanto nombre
Los helechos y lupinos que conocían,
todos convertidos en cenizas.
Incluso los pájaros de yeso
cuyas canciones tararean al amanecer,
huyeron al norte,
¿por qué quedarse?
cuando incluso la música se ha ido

—Jorge —susurró, y luego lo dijo más alto—. Jorge. Era la primera vez que pronunciaba su nombre en voz alta desde

que salió de Bamaca. El niño que estaba en la fila junto a ella, un niño de tres años, tiró de la mano de su madre y dijo como quejándose: —Está llorando.

Su madre tenía una belleza italiana, algo desvanecida por el paso del tiempo y el trabajo. Llevaba un pañuelo hecho a mano y la túnica de Ludd–Kaczynski [Unabomber]. Se giró y, con la mano libre, acarició el cabello de Soledad.

Era la segunda vez en una hora que Soledad recibía una muestra de consuelo. Sin embargo, en lugar de experimentar la misma sensación de desorientación que antes, Soledad se encontró pensando en Molly y deseando haberse despedido de ella.

Ya era demasiado tarde. Soledad se limpió el azul de las mejillas y avanzó arrastrando los pies con la fila. El marido de la mujer le sonrió, recorriendo con la mirada la silueta de su cuerpo. En las grises alturas del Muro de Novas, los Navegantes vigilaban el perímetro. Un Navegante, portando un portátil inalámbrico y un receptor GPS, caminaba de un lado a otro de la fila, observando fijamente los rostros de los hombres altos, que hacían comentarios insultantes o insinuantes que el Navegante ignoraba. Esto le recordó un problema logístico que había ignorado durante todo el tiempo que había estado dentro del nodo. Era un problema que, al tener que ver con el tiempo anterior a su llegada, parecía un detalle local de otra vida, de otro país.

Pero aquel Navegante, con su semblante serio, su equipo de localización enfundado en el cinturón y la túnica ajustada que muchos llevaban, le recordaba a un policía. Y, por supuesto, la idea de los policías le hizo darse cuenta de que algún tipo de policía la estaba buscando ahí fuera, que casi la había atrapado bajo el Motel Nirvana.

Daba igual si, como parecía probable, los soldados que la gasearon frente a la grúa con forma de pájaro lo habían hecho solo por principios generales y no porque buscaran a Soledad en particular. La oscura intención de aquella emboscada en el barrio de Tenderloin había sido tal que debía suponer que la buscarían entre aquella columna de refugiados que salían del lugar más parecido al *cruce* de Bamaca en el oeste de Estados Unidos.

Soledad examinó la fila que tenía delante, buscando una forma disimulada de colarse entre el cordón policial. Una mujer de pelo rojo muy largo, vestida con capa, botas y pantalones del ejército ruso, estaba junto a una caravana Airstream plateada. Incitaba verbalmente a media docena de hombres a recargar las pantallas de arquitectos y los rollos de planos en la caravana. La mujer Ludd–Kaczyinski, que estaba a su lado, le hizo un comentario a su marido, y ambos rieron. Soledad reunió las palabras necesarias y le tocó el hombro a la mujer.

—Por favor —dijo con voz ronca, y se aclaró la garganta. ¿Me darías un... un *chale?* Por alguna razón, aunque conocía

la palabra, no la recordaba. —Una cosa de tela. —Hizo el gesto de envolverse algo alrededor del cuello—. Solo hasta que salgamos del nódulo.

—Tu bufanda —dijo el hombre—. ¿Quieres mi bufanda? —preguntó la mujer. Se quitó la bufanda del cuello y se la arrojó a Soledad, quien se la puso sobre la cabeza, tapándose la boca.

“Hermosa y misteriosa”, dijo la mujer.

—No te preocupes —le dijo su marido—, la Junta de BON está dando amnistía a todos los que se marchen en las próximas veinticuatro horas. Lo anunciaron en las pantallas. Por eso muchos nos estamos marchando ahora —continuó, desvaneciéndose su sonrisa—, porque no tenemos el valor de defender nuestras convicciones.

“Nosotros también tenemos un hijo”, señaló su esposa.

—Noventa y seis por ciento —continuó el hombre sin dirigirle la palabra—, eso es lo que dice la *Biblia del Contrabandista.* El noventa y seis por ciento responde principalmente al miedo. Yo creía que el nodo era diferente.

—Tenemos un *hijo,* Peter —repitió su esposa con cansancio, y cuando miró a Soledad, la generosidad había desaparecido de sus ojos, como si Soledad, al sacar a relucir la realidad política, fuera la causante de este problema.

La bufanda, el rumor de amnistía, se combinaron para reducir el pánico que había dominado cada uno de sus pensamientos desde que el autoRodan fue destruido, y Soledad sintió que comenzaba a soñar despierta. Su mente vagaba en breves vuelos trascendentales mientras sus ojos se perdían en el acantilado de veintiún metros de faros fijos, tubos de escape aplastados, capós y maleteros doblados y neumáticos del Muro de Novas. Vio a un par, luego a cuatro o cinco criaturas enormes de cola anillada que se contoneaban como sherpas peludos por la pila de cromo y acero oxidado.

Los coatíes también se están yendo, pensó.

Algo estaba retrasando la fila.

Pasó media hora, luego cuarenta minutos, una hora.

El tiempo parecía estirarse y comprimirse a la vez. Soledad se dio cuenta de que estaba volviendo a la mentalidad del refugiado profesional. El refugiado pasaba la mayor parte del tiempo esperando que las circunstancias del mundo exterior cambiaran de tal manera que le permitieran otra huida apresurada hacia el siguiente medio de transporte, el siguiente refugio prestado. Pero siempre el énfasis estaba más en huir de la captura que en buscar la seguridad, porque la captura siempre era, con mucho, la realidad más poderosa e inmediata en la vida del refugiado.

Soledad pensó con asombro que se había deshecho de esa mentalidad con mucha facilidad, sin duda, sin precaución, sin siquiera darse cuenta; y eso era un tributo al poder y la atracción de este nodo en el que había aterrizado hacía apenas cinco días. Hubo momentos, en las chozas de piedra caliza de Antioquia, en los pantanos del Tapón de Panamá, en las interminables furgonetas y camiones polvorientos de Chihuahua, en que pensó que el tinte paranoico que había adquirido mientras luchaba por abrirse camino hacia el norte la marcaría para siempre. Así, incluso si por algún milagro alcanzara el nirvana de un refugiado *del cruce* —por ejemplo, una beca Nansen para residir en Noruega, la única nación de Europa que aceptaba a los seguidores de Hawkley sin problemas—, si un día se encontrara en un cómodo suburbio de Oslo, casada con un rubio profesor adjunto de semiótica genética, con una casa de campo de madera en un fiordo más al sur y tres hijos de color café con leche, dos de los cuales también eran rubios, nunca podría mirar por la puerta abierta excepto a través de la bruma teñida de polvo del pánico del refugiado.

La idea del profesor adjunto rubio le hizo sonreír un poco. La visión era trillada, basada en la ignorancia. Pensar en casarse con un hombre tan extranjero era una broma; se sobresaltaba cada mañana porque el rostro en la almohada junto a ella no era el de Jorge. Y a través de los ojos de los noruegos de piel morena a los que podría dar a luz, Dolores siempre estaría mirando con asombro, confusión y dolor.

«Eres como ella»; podía oír la voz de su padre resonando en el escenario de su memoria. «Irse es algo que viene de forma natural».

Era cierto, como creía su padre, que ella había practicado una política de tierra quemada en su propia vida, apoderándose de territorios, consumiendo todo lo que encontraba a su paso, dejándolo negro y estéril como lo había hecho su madre. Sabía que esta constatación debería dejarla temblando, acurrucada como un feto en el suelo, porque era una falla y una vergüenza tan básicas y condenatorias como la falla volcánica que subyace en esta zona de la bahía de San Francisco.

Sin embargo, por alguna razón, permaneció de pie, examinando la cascada de carburadores y engranajes planetarios de los coches desguazados. Como una inoculación de memoria y emoción, lo que la invadió fueron los rostros que había evocado antes de las palabras de su padre: Jorge, Dolores. Sus rostros siempre serían más fuertes que las palabras porque encajaban a la perfección en los contornos de su propia mente, su propia historia personal, como habría dicho Jorge. Era un hecho que su amor por estas personas, en menos de un año, había alterado permanentemente la geografía de su propio carácter y de su vida. Era la razón por la que Stix y Molly, a quienes había conocido unos días antes, pero que vivían con la misma tensión contenida, con el mismo compromiso de vivir intensamente que Jorge y su hija, siempre tendrían más peso

que un hombre con el que se casó en circunstancias que iban en contra de su propia naturaleza.

En aquella galería de rostros, pudo ver a Stix como lo había visto la última vez: sus facciones pálidas, sus manos gruesas apretadas por el dolor. Y Molly lo observaba, inclinada hacia adelante.

La fila comenzó a moverse de nuevo.

Tres familias delante, la caravana plateada sorteaba con cuidado el túnel de Novas. «Ahí va», dijo un hombre detrás de ellos. «La gran esperanza blanca de la arquitectura moderna, ¿verdad? Pero lo que siempre me gustó más de Vanny Kemp fue su cabello pelirrojo». Soledad se giró, intentando localizar al que hablaba, pero la fila avanzaba. La familia Ludd–Kaczynski adelantó con sus bicicletas, dejando huellas en la alfombra de óxido. «Oigan», gritó una mujer detrás de ella, «¿podrían moverse? Esto parece el mundo del Holocausto, esperar conlleva una penalización».

Soledad se giró, pero no avanzó. Su corazón latía con la misma fuerza que cuando vio el primer resplandor de los misiles de esa mañana. Sus ojos, pensó, debían de verse tan patéticos y aterrorizados como los de un perezoso atrapado en el haz de la linterna de un cazador furtivo de *la selva.* «Hermana», dijo un hombre más adelante, «tienes que decidirte».

—Pero ¿quién soy yo —susurró, mirando fijamente el camino que se extendía tras ella— si no estoy con ellos?

"Vamos."

"¡Hablen alto!"

“Estará harta de todo.”

“Déjenla en paz.”

Incluso ahora, en esta triste y vergonzosa fila de rendición, en el caos de sus propios pensamientos contradictorios, encontró un segundo para admirar cómo estas personas le dieron la oportunidad de explicarse, en lugar de maldecirla y apartarla a empujones. Se humedeció los labios y dijo con más firmeza: «Sin mis compañeros, ya no importa. Para mí. Para mi bebé. Sin un *lugar»,* continuó desesperadamente, «¿adónde iría?».

Al mismo tiempo, pensó que, desde el punto de vista de su feto, aquello era un argumento falaz. Se apretó el vientre con más fuerza que nunca. Desde la perspectiva de su bebé, lo único que importaba era la oportunidad de vivir, de recibir luz, contacto y leche, y al diablo con los prejuicios de quienes debían proporcionarle estas cosas.

Pero aún así no avanzó más allá de la Airstream de Vanny Kemp ni de la furgoneta que la seguía. La cola avanzaba ahora más rápido. Se había abierto un hueco de seis metros

entre ella y la familia L-K, que se encontraba a solo un coche y ocho personas del túnel tenuemente iluminado formado por seis Camaros aplastados y media docena de puntales de madera.

Tras esperar otros diez segundos, la familia que venía detrás simplemente la rodeó para acortar la distancia. El resto de la fila la siguió, describiendo un recorrido sinuoso alrededor de Soledad mientras ella permanecía de pie, mirando hacia arriba, donde la cima de las Novas se perdía en la niebla, como Juana de Arco contemplando una visión de Detroit mientras el viento marino agitaba la bufanda prestada alrededor de su cuello.

Voy a volver a pasar por esto —reflexionó con cansancio. Voy a arriesgar mi vida y la de mi bebé porque me *siento sola.*

Pero la indignación que sentía no pudo resistir la cálida sensación de consuelo que la envolvió como una manta de plumas de *vira puru.* Cuando finalmente se movió, alejándose del Muro de Novas y bordeando la fila de refugiados que la seguían, caminó cada vez más rápido y con mayor confianza, hasta que al llegar al mercado de jag ya corría.

La mayoría de las pantallas de las avenidas principales del nodo mostraban imágenes de la asamblea municipal, con miniaturas de los oradores, iluminados por focos de arco

anticuados sobre un fondo sombrío, gesticulando sobre otro enorme e irreconocible montón de maquinaria desguazada. Shift–shin flotaba suavemente de pantalla en pantalla, rebotando en eco: lamentos pastorales, amigables riffs tecno sobre baladas de viajeros. Muchas pantallas mostraban tomas de una fábrica alta con tragaluces que Soledad supuso que debía ser el edificio de la asamblea municipal. Flechas gigantes parpadeaban en lo que presumiblemente era la dirección correcta.

Pero las flechas, aunque precisas en el espacio, engañaban en el tiempo; demasiado tarde. Mientras caminaba por las calles adonde apuntaban las flechas, Soledad se encontró con una corriente de nodistas que venían en dirección contraria. La mayoría, silenciosa y sombría, se movían con rapidez. Coches viejos y carritos de bicicleta se abrían paso peligrosamente entre la multitud, sus conductores absortos, ahora que los asuntos públicos habían terminado, en urgencias personales. Algunos caminantes aún discutían, como si la euforia de la discusión fuera algo que debiera descargarse lentamente y con cuidado, como si importara, cuando los argumentos ya debían estar agotados, una decisión, popular o no, definida y arraigada.

Soledad redujo la velocidad, prestando más atención a las pantallas, que mostraban repeticiones de la reunión que acababa de terminar. En una, un hombre corpulento y barbudo, con un sombrero de ala ancha, hablaba torpemente, con timidez, argumentando algo que ella no

lograba comprender. En otra, Molly decía acaloradamente, en primer plano: «Saben *cómo* funciona la gente. Saben cómo aprovecharse de la popularidad. Saben que, si surge algo que quieren encubrir, simplemente inflan los boletines informativos en Infocrashes hasta que a la gente le importa un bledo si el mundo está a punto de estallar; están así de embriagados por lo que Flash les cuenta en 3D, con colores brillantes y un atractivo estelar. Y usarán *esa* popularidad para acabar con nosotros».

"¡Vamos, nena!", gritaban los alborotadores de fondo. "¡Renuncia! ¡Vete a la mierda!"

Pero la mayoría de los vídeos mostraban a Will de pie en una pasarela en el extremo opuesto del edificio. Ese sector de la fábrica había sido invadido por aguas negras, y una ligera bruma que se elevaba de la marea formaba halos a su alrededor. Con su porte militar y su uniforme oscuro, parecía un profeta de antaño, de esos que luchaban con fiereza y cuerpo a cuerpo.

Lo más impresionante de las vistas de Will, sin embargo, era la banda sonora; el edificio del ayuntamiento debía estar repleto de altavoces, y todos habían estado en uso y a un volumen considerable. Parecía haber todo tipo de equipo timpánico imaginable: chapa metálica, cajas, cubos de basura, incluso atrapó un *bombo* allí dentro. En una pantalla detrás de Will, imágenes de Sarajevo y los Zocos de la Muerte de Samarcanda se sincronizaban con fragmentos de

películas antiguas: el incendio de Atlanta de Lo que *el viento se llevó,* la charla motivacional de los pilotos de *Star Wars,* el ataque de la lancha torpedera de *En la línea de fuego,* la calma previa a la batalla de *Éxodo.* Y todas estas imágenes, a su vez, se sincronizaban con muestras robadas de Beethoven, Fred Frith, Kurt Cobain, Clam Fetish, Rouget de L'Isle, Tan Dun, entretejidas en el mismo ritmo salvaje pero con patrones de acordes menores y de séptima bien combinados por la mano de alguien que sabía exactamente lo que hacía.

La banda sonora del siguiente videoclip era más suave, pero la melodía principal era algo que Soledad conocía muy bien. Era su canción *"Souche",* solo que sin la letra de Jorge, recortada y adaptada a un ritmo enérgico de 2/2.

Soledad sintió que su anterior tranquilidad se desvanecía como el aguacero de un diluvio. Solo deseaba recostarse y descansar. No tenía fuerzas para lidiar con los nuevos y desagradables sentimientos que la invadían: ira porque le habían robado la melodía para esto; decepción automática, porque la música del ataque se había apagado; de resignación absoluta, porque el nódulo estaba muriendo, y probablemente ella con él, y su bebé con ella.

«Contraatacar no es arriesgarse, es nuestra *única* oportunidad». La voz de Wills resonó con calma y absoluta convicción desde una cabina de cifrado a su izquierda. «Hacer que su intento de destruirnos sea tan espeluznante,

ardiente y costoso que explote en las noticias de Flash y B–Net como una vela romana. Y se verán obligados a renunciar a ello, a negociar y a aceptar una estructura alternativa: el hawkleyismo y los nodos que se construyen sobre él…»

Una cámara enfocada en el público mostraba a los asistentes contando las manos levantadas como un campo de girasoles pálidos.

"…voté a favor de la defensa armada", comentó con amargura un hombre que pasaba por Soledad, "pero *solo* si Liteworld la usa primero".

En las calles, la multitud se fue dispersando. Mientras caminaba contra la corriente menguante de rezagados, Soledad, por primera vez, dejó de mirar las pantallas murales y evitó escuchar los sonidos que salían de ellas. Se tapaba los oídos con las manos al acercarse.

Realmente no funcionó.

Cuando llegó a la fábrica con las claraboyas, la encontró casi vacía. Un grupo de protopanteras hembras bebían tranquilamente bajo una columna gris de niebla que emanaba de una de las claraboyas. Una de ellas gritó alegremente: «¡Oye, nena, se acabó todo y te perdiste el espectáculo! Ahora es hora de despedirte de tu trasero». «Tómate algo primero», sugirió otra, «de todos modos», ofreciéndole una botella de Chardonnay costero.

No había rastro de Stix, ni de Molly, ni de Will, ni de nadie más. Soledad caminó lentamente hacia el centro de la fábrica, mirando fijamente una turbina de gas en ruinas de tres pisos de altura que dominaba la gran planta. En un lado del motor, atornillado y cableado a sus inyectores y retornos de combustible corroídos por el óxido, un panel de control diez veces más grande que cualquiera que hubiera visto antes brillaba y se movía al ritmo de un nodo en funcionamiento:

400 CAJAS DE MANZANAS NO ECOLÓGICAS, 86 FICHAS DE INTERCAMBIO – SADDLE MOUNTAIN COOP///A CAMBIO DE///3 J. DEER 220 DIÉSEL, REACONDICIONADOS, TALLER DE SKETER, ALMACÉN 44 [900 CAYMANS]

Soledad comprendió tardíamente que se trataba de Lo Pano, o su equivalente yanqui. Este edificio medio hundido era el centro de intercambio del núcleo urbano de Oakland; el alma, el cerebro y la esencia de cualquier *cruce* auténtico.

2 DISPOSITIVOS DE CONMUTACIÓN, 23, D. DUNCAN, UNION, MAINE///PARA///16 PROGRAMAS PLANET, JBDDA ¿V SLADE, TALLER DE COMPROMISO, 20 TRUEQUES MÁS 3 CAYMANS

Se agachó sobre el hormigón cubierto de algas, ignorando los ecos y el parpadeo de cientos de pantallas delgadas ahora tenues en las paredes oxidadas de este edificio condenado; observando solo el panel en el centro mientras parpadeaba

como el electrocardiograma de un paciente en la unidad más oscura y desesperanzada de una sala de hospital que todos habían olvidado hacía mucho tiempo.

Stix la encontró casi dos horas después, desplomada contra un altavoz silencioso en un rincón del edificio, mirando fijamente el enorme tablero de trueque que seguía registrando las transacciones, aunque no había nadie más en el lugar. Soledad se dio cuenta de que no era necesario que hubiera nadie allí, porque todos los que realizaban trueques estaban registrados electrónicamente en las docenas de cámaras ambientales que enfocaban permanentemente el tablero.

La había encontrado a través de las cámaras ambientales, dijo Stix; ni siquiera la estaba buscando específicamente, aunque estaba ansioso por saber dónde estaba. La divisó, un detalle en el oscuro "ayuntamiento", en una pantalla que se escaneaba aleatoriamente en su taller.

La levantó y la examinó de arriba abajo para ver si le faltaba algo. Le tomó la mano y la condujo a la luz del día, donde su bicicleta araña carraspeó sobre los adoquines llenos de basura. La ató al "abdomen" y la llevó lentamente por los callejones grises, entrando en Nimitz Way, hasta los túneles de la subbase. Ella sabía adónde iba. A través de los conductos malolientes hasta el restaurante de Molly.

Pero el restaurante estaba cerrado. Un cartel en la puerta decía: «HEMOS IDO A LA REUNIÓN MUNICIPAL». El gordo Zeenie estaba cargando una caja llena de sartenes de hierro fundido en un Cherokee oxidado. «No me voy a quedar mientras estos idiotas se hacen los héroes con los Navy Seals», gruñó. «Solo espero que la amnistía no sea una farsa».

—¿Dónde está Molly? —le preguntó Stix. El cocinero levantó la barbilla, aparentemente recta, pero Stix debió entender a qué se refería porque miró hacia el otro lado de la cala, hacia el submarino abandonado. Y Soledad, que nunca antes había observado detenidamente los restos del naufragio, se percató por primera vez de la maraña de escaleras y andamios que se extendían sobre el casco de presión hasta la torre de mando; y de una columna de humo, casi imperceptible contra la niebla, que se elevaba desde el periscopio más alto.

La bicicleta araña logró dar la vuelta a la mitad de la cala antes de quedarse atascada en el lodo. Mientras avanzaban a pie por la orilla de la cala, el submarino, que desde el restaurante había parecido tan negro, letal e inaccesible como todos los de su especie, resultó ser el mismo tipo de casco abandonado, mal utilizado y reutilizado que caracterizaba al resto del nodo. Los paneles de revestimiento acústico colgaban del metal como costras desprendidas. Cicatrices rojizas marcaban dónde se había cortado el casco para extraer el reactor y luego se había vuelto a soldar

toscamente con arco eléctrico. Un montón de restos de carcasas de misiles desechadas, varillas de soldadura, caparazones de ordenadores y cableado, así como chatarra más reciente traída con las mareas bajas, llenaban los oscuros espacios entre la curva interior del casco y el lodo del puerto.

En cualquier caso, la barca se había asentado, ligeramente inclinada a babor, de modo que la mitad de su proa de babor estaba hundida en el limo viscoso. Stix trepó por las escaleras hasta la base de la vela, y Soledad lo siguió sin dudarlo. Había perdido el contacto con las cuestiones que la atormentaban al llegar a este punto: quién seguía a quién o cómo evitar el camino fácil; nada de eso parecía ya importante.

El interior del submarino era estrecho y lúgubre, lleno de tuberías, gatos de muelle e instrumentos medio destrozados. Todas las películas que había visto sobre submarinos habían sido, pensó, bastante precisas. Bajando por una serie de escaleras, iluminadas por lámparas Coleman ocasionales, pasó junto a tres camarotes pequeños pero cómodos con fregaderos de acero inoxidable y literas apiladas con mantas. Alguien estaba acurrucado en una de las literas, y dos gatos encajados apretujados a cada lado del durmiente desataron largas miradas amarillas al pasar. Cruzando una pasarela, llegó a una puerta marcada COMA, con la explicación debajo ÁREA DE GESTIÓN DE OPERACIONES DE COMBATE.

Detrás de esta puerta se extendía una habitación enorme, para los estándares de un submarino. Las paredes curvas estaban cubiertas hasta una profundidad de metros con ordenadores, o mejor dicho, con los esqueletos y paneles de ordenadores. Pues las entrañas de cada máquina habían sido arrancadas sin mucho cuidado, y placas rotas y cables multicolores brotaban de todas las superficies como un pelaje postindustrial.

En las heridas y cavidades así creadas, la gente había insertado obsesivamente objetos domésticos: estanterías para libros, reproducciones de Hokusai, grabados indios, campanillas de viento, plantas (docenas, si no cientos, de plantas que prefieren la sombra), bandejas llenas de setas y un sistema de tuberías de cobre destinado a regarlas a todas a la vez.

Una estufa de leña esmaltada se alzaba sobre tablones de madera sobre el pozo del periscopio, en el centro de la habitación. El conducto de humos de la estufa atravesaba la carcasa del visor de ataque y llegaba hasta el techo. Sillones destartalados, colocados sobre alfombras raídas en la terraza, rodeaban la estufa, cuya mica brillaba con un resplandor rojizo gracias al fuego que ardía en su interior.

Molly estaba sentada de lado en uno de los sillones, con el cuello y las rodillas apoyados en los reposabrazos. El niño estaba detrás de ella, sujeto con el cinturón de seguridad a una silla giratoria junto a un antiguo equipo de sonar,

jugando afanosamente con la única terminal de ordenador que se había salvado, o quizás reparado. Su coatí jugueteaba con diferentes botones y palancas, revisando constantemente la pantalla de arriba para ver si surtía algún efecto.

En el sillón junto a Molly, sosteniendo su cabeza con rodillas y manos de una manera que dejaba claro que su intimidad no era reciente, se sentaba una figura alta y nerviosa, vestida con un elegante y costoso vestido de noche del tipo que usaba Stix. La figura parecía tan fuera de lugar en esa posición, en ese rincón, en esa máquina abandonada de muerte a larga distancia, que a Soledad le tomó unos segundos aceptar la etiqueta que su propia mente le había asignado a Elil: Randy, el empresario risueño de la galería Cloud Forest.

—Pasó como lo imaginaba, amigo —dijo Randy, soltando suavemente la cabeza de Molly, para luego saltar a los pies de Elil al entrar, catapultando al gato negro que había estado descansando junto a Elil sobre una alfombra, revoloteando alrededor de Stix como una mariposa insegura de su flor—. El colapso de la IA. Empezó esta mañana en la bolsa de Bombay. A las 13:38, Vonguey–Krain anuncia ganancias negativas, los sistemas de IA deciden que pueden vender en corto sus posiciones apalancadas con márgenes Flash. ¡Error! Lo hundieron todo. Deberías haber visto las pantallas de Bloomberg, como Amritsar, como Hiroshima. Mis

coberturas del NASDAQ se desplomaron un 78,68 por ciento en menos de noventa y dos segundos.

—Es como si lo supieran —dijo Molly en voz baja, dirigiéndole a Soledad una mirada completamente desprovista de hostilidad—. Nos manipularon como si fuéramos un violonchelo. El ataque al túnel y el autoRodan. Predijeron exactamente cómo saltaríamos y planificaron todo en función de ello.

El gato negro se alejó sigilosamente de la estufa, recapacitó y se acurrucó sobre una alfombra.

—En BON tienen a un tipo increíble —dijo Randy, inflando las mejillas de Elil para demostrar lo increíble que era—. Psicoterapeuta. Un paciente mío que trabaja para RAND me lo contó. Se llama Héctor Pereira; tiene modelos predictivos para ciudades enteras, su psicología, como si fueran sus pacientes. Puede predecir cómo se relacionarán con otras ciudades. Es cierto. —Rand soltó una risita.

Soledad miró fijamente a Elil, tratando de recordar dónde había oído ese nombre antes y en qué contexto.

Alguien había descrito lo que hizo Héctor Pereira, y eso se relacionó con lo que dijo Randy.

Sin embargo, no había ocurrido en Oakland, ni tampoco recientemente.

—Me pregunto —dijo Molly sin abrir los ojos—. ¿Provocaron el Infocrash a propósito? No es que seamos tan importantes como para eso. Pero tendré que pedirle a Zatt que lo incluya en su modelo; es interesante, ¿no?

—En Polis —dijo el chico en voz baja—, se suponía que todos los patinadores debían ser llevados a los laboratorios del condado de Hythe, pero no hay rastro de ellos allí.

—De todos modos, ya estaba preparado —dijo Randy. Elil sirvió café en tazas azul marino y miró a Soledad. —Ya no soportaba Cloud Forest ni la galería de Market Street. Llegué a un punto —añadió Elil enigmáticamente— en el que estaba harto de *las apariencias.*

Stix miró a Elil como si nunca se hubieran conocido. Soledad, quien, en su fatiga, en las secuelas de este día, en la gran inmersión psíquica en este submarino abandonado, había renunciado a tratar de dar sentido a los pensamientos de la gente, observaba los hongos. El mapache miraba fijamente los diales muertos. Molly mantuvo los ojos cerrados. Después de un rato dijo, con una voz tan tranquila como si estuviera discutiendo cuál de sus pasteles estaba menos líquido, "Esta civilización debería haber muerto. Morir como el pobre y viejo USS *Dubuque*[22]*.* Haber sido reemplazada por todo un sistema de nodos, pequeñas ciudades–Estado, algunas de ellas desagradables

22 El USS Dubuque (LPD-8) era un buque de transporte anfibio de la clase Austin de la Armada de los Estados Unidos. [N. T.]

probablemente, pero en general cuidarían de la gente, responderían mejor a los cambios climáticos, ese tipo de cosas.

“Pero las organizaciones crecieron tanto, como gusanos que se reproducen en un cadáver hasta que logran moverlo, *que lo mantienen todo vivo.*

—No hay nada más peligroso —continuó Molly— que algo que sabe que debería haber muerto hace mucho tiempo. Porque, como ves, ya no tiene nada que temer.

Soledad no apartó la vista de las plantas. Una frialdad creció en ella, un escalofrío provocado por las palabras de Molly como la rápida evaporación enfría los circuitos de la marihuana, como si algo se la arrebatara; ¿qué era? ¿El último rocío de ilusión, de esperanza?

No se permitía pensar: *Muerta como yo, como yo,* pero el espacio para ese pensamiento estaba presente dentro de ella, y era consciente de ello.

—Algo tan muerto —continuó Molly sin remordimientos, aunque nadie respondió ni siquiera lo miró a los ojos—, una vez que le das el pretexto para atacar, no va a ser muy quisquilloso, ¿sabes? Va a matar, y a seguir matando. En fin —su voz se fue apagando—, a la gente de los nodos les conviene estar muertos, en lo que a BON se refiere; son unos pésimos presos. El último grupo fue a la Penitenciaría de

Oakdale; tenían un mercado negro de armas blancas allí antes de que pudieras decir «*La Biblia del Contrabandista».*

Después de que Molly se quedara en silencio, nadie habló durante un rato. Tomaron café y observaron al chico intentar, sin éxito, restablecer la comunicación con sus patinadores perdidos.

Finalmente, la estufa se enfrió. Y al fin, Soledad miró a Stix, y siguió mirándolo hasta que él se dio cuenta de que ella intentaba decirle algo. A Soledad le habría resultado difícil describir con exactitud el mensaje, pero en resumen, la idea era que el tiempo parecía haberse detenido. O, más precisamente, los ritmos que habían regido sus vidas hasta entonces estaban a punto de cambiar drásticamente, de dar un salto a un ritmo totalmente diferente, y era importante dejar constancia de ello, recordarlo.

Había muy pocas maneras de hacer esto para alguien como ella, que creaba recuerdos años después de los hechos en notas y compases de música; muy pocas maneras de inscribir el recuerdo en el instante en que sucedía.

Debió haber captado el mensaje, o al menos un resumen. La miró fijamente durante unos segundos y luego arqueó las cejas.

Stix se inclinó hacia adelante y besó a Molly en los labios. Y Soledad, inclinándose también, tras un instante de vacilación, hizo lo mismo.

Molly apoyó la mano plana contra la mejilla de Soledad. La piel de Molly era fresca y dura, no dura como el acero viejo, sino resistente como la de un árbol curtido por el tiempo que había aprendido a protegerse. Como la de Jorge, en cierto modo.

—Cuida de él —dijo Molly en voz baja—. Aunque dudo que puedas.

—Necesito saber esto —dijo Soledad. Su voz aún sonaba ronca por la falta de práctica, y tuvo que aclararse la garganta de nuevo—. Necesito saber qué le pasó a tu marido.

Los ojos de Molly se abrieron de par en par. Su mirada iba de Soledad a Soledad. Luego se recostó en los cojines rasgados. Y sonrió, una sonrisa amplia y sincera que ahora le recordaba a Soledad a sí misma cuando había sido feliz, o al menos cuando estaba completamente absorta en algo agradable; una sonrisa que se dibujaba en cada comisura de los labios de Molly.

—Ay, Geoffrey —dijo, y rió suavemente—. Ya teníamos problemas. Él quería un hijo, yo tenía endometriosis, no podía tener hijos. Pero lo que lo remató fue el ganglio;

simplemente no lo soportó. Lo intentó, pobrecito, pero el ganglio no era lo suyo; demasiado sucio, demasiado peligroso, demasiadas ratas.

"Y entonces me enamoré", añadió, señalando a Stix. "De su hermano".

Soledad tardó un segundo en percatarse.

—¿Con *Will?* —preguntó con voz ronca, sorprendida, por un breve instante, de su tranquila resignación.

«Will no se había vuelto tan religioso entonces», dijo Molly. «Y tampoco se había vuelto tan militar, que es lo que inevitablemente les sucede a las personas religiosas. Antes no había tantas creencias», añadió. «Cuando el grupo era pequeño».

—Solo era una broma —Randy cogió un gato moteado, que siseó e intentó arañarlo. —Religión de la navegación.

—En fin, Will era guapo —continuó Molly—, más guapo que él... —Volvió a señalar a Stix—. Me equivoqué de hermano, ¿y qué? —Miró a Stix con ojos verdes y firmes. Luego le quitó el gato a Randy. El gato siseó, se acurrucó en su regazo y empezó a lamerse.

—No puedes cuidarlo —repitió con seguridad en la voz. La sonrisa, fría como el fuego de la estufa, permaneció en sus

ojos—. Pero, cariño, al menos cuida de esa criatura que llevas en la barriga, ¿de acuerdo?

El colchón lleno de agua estaba tan frío como las paredes de cemento del tanque de pruebas de torpedos, que a su vez estaba tan frío como las vigas de la fábrica de Stix.

Se despojaron de toda su ropa por un acuerdo tácito de que, precisamente ahora, no había lugar para la protección, la contención ni la separación de ningún tipo; no cuando el objetivo era el contacto, la alianza, la calidez física, todo lo contrario de los procesos que se precipitaban con tanta fuerza e imparabilidad en el exterior. Él no buscó látex y ella no se lo pidió. La necesidad de ese tipo de protección también había desaparecido, desde cualquier punto de vista.

Se abrazaron hasta que dejaron de temblar. Se exploraron mutuamente, con respeto al principio y luego con creciente prisa, como si las fibras mismas de sus músculos supieran lo poco tiempo que les quedaba. Ella quería —intentaba— tocar cada milímetro cuadrado de su cuerpo, desde los folículos de su cabello hasta los músculos nudosos de su muslo izquierdo, pasando por las profundas crestas en las articulaciones de sus dedos. Él respondió de la misma manera, y cada toque confería una aprobación diplomática a la siguiente caricia. Cada parte de él era individual, un hombre nuevo para ella. Y para empezar, reforzó su primera y profunda impresión sobre él: espalda lisa (apertura); rodilla tensa (daño); la parte suave de sus nalgas, donde se

doblaban hacia sus muslos: el lugar donde la vulnerabilidad se transformaba en fuerza.

Ella pasó un buen rato acariciándole el trasero y luego, cuando el deseo se hizo tan fuerte que él volvió a temblar, ella se puso encima de él y, abriendo las piernas, deslizó el sudor por su cuerpo.

Y él estaba dentro de ella, tan suave como un submarino sumergiéndose en un mar tropical. Ella cerró los ojos y vio una sola cosa: una esquina del malecón en el puerto de Bamaca. Escuchó una sola cosa: una flauta, un *pito,* una sola nota.

Entonces todo cambió. Toda diferencia entre el hombre que estaba debajo de ella y el hombre que había dejado atrás para siempre se desvaneció como azúcar en agua. Leía este acto como si fuera braille, a través del tacto, la sensación, el olfato y el oído, el guion descifrado en la capa más profunda de la memoria. Ahora todos los puntos y rayas decían "Jorge Jorge Jorge", el nombre, el *pito* y el chasquido de labios de las olas del puerto pesquero que se elevaban como el océano de su añoranza. "Jorge".

Él se estremeció penetrándola profundamente, *Jorge,* y ella se abalanzó sobre él, lo contrario de dar a luz, *Jorge.* Sintiendo las lágrimas azules reducir aún más la fricción entre sus pechos y su pecho, hasta llegar a cero, oh…

el sonido de las olas
el muro del puerto
la flauta pito
cero:

Como el punto que había alcanzado en la música, donde todo había sucedido, y nunca antes había ocurrido nada parecido.

Capítulo XIX

Y así, las llamas la alcanzan y la consumen, o al menos eso supone ella.

Entonces, por alguna razón, la dejaron ir.

Y se encuentra tumbada en una posición quiropráctica sobre lo que parecen ser las esquinas más duras y afiladas del mundo, ensambladas para formar un colchón exclusivamente para Soledad.

Le duele mucho la cabeza. Esa es su primera y más intensa sensación.

Le duele la espalda el doble que antes. El antebrazo también le duele. Tiene los pulmones irritados y contraídos. Después de unos segundos, cuando lleva despierta el tiempo suficiente para necesitar más aire —pues debió de

desmayarse, no tiene ni idea de cuánto tiempo hace—, le arden y le saltan por la irritación.

Tose sin cesar, larga y fuerte, como una paciente en una sala de tuberculosis. La tos es una agonía para sus pulmones y le sacude la parte baja de la espalda, que le palpita, contra las esquinas de la superficie sobre la que está tumbada.

Sus ojos se abrieron en cuanto recuperó la consciencia, pero la oscuridad era tan profunda que parecían cerrados. Sabía que el aire aún estaba impregnado de humo, porque lo olía, amargo y desagradable; por la reacción de sus pulmones.

Sin embargo, hay luz, en una forma primigenia. Tras unos segundos o minutos, sus ojos captan la suficiente como para distinguir formas borrosas a través de la tenebrosa bruma que la rodea, que lo rodea todo.

Rocas. Mampostería, agrietada y amontonada bajo ella. Un trozo de mancha marrón de treinta centímetros de diámetro yace sobre su tobillo izquierdo. Por alguna razón, no le duele. Parece moverse, acercarse, alejarse. Sus ojos se llenan de lágrimas a causa del humo. El humo palpita, como si estuviera atrapada en las entrañas de un animal oscuro y gigante, tal vez un dragón negro, observando cómo sus pulmones se expanden y se contraen, observando el vapor de su aliento, el brillo anaranjado del fuego lejano que asciende por su larga garganta.

Y sí, hay *fuego.* Ella intentaba evitar ese hecho. Entre una gigantesca columna de humo que se desliza desde el techo de este largo túnel y el contorno de la mampostería rota que se divisa más abajo, alrededor de una curva de un pasadizo lejano, sus dedos amarillo–rojizos se agitan y se curvan.

Su primera reacción ante eso es terror, terror sin límites, huyendo despavorida como las ratas que oye, chillando y correteando para escapar por las laderas inferiores de su montón de escombros.

Terror, porque había estado inconsciente hasta ahora y a merced del fuego; porque estaba tumbada boca arriba, la posición clásica para la violación, lista para ser ultrajada por las llamas y los retorcidos planes de quienes provocaron el incendio.

Porque bien podría quedar paralizada o atrapada por el bloque de piedra que tiene sobre la pierna.

Ella tira de su pierna izquierda convulsivamente. Su tobillo se libera fácilmente de debajo del bloque de piedra caliza, cuyo peso recaía en su mayor parte sobre otra piedra junto a su empeine. Gimiendo de miedo y alivio, se arrastra hacia abajo, deslizándose sobre un enorme bloque, abriéndose paso entre la piedra desmoronada hasta alcanzar una superficie que le parece nivelada. Y continúa arrastrándose, tocando la pared derecha del túnel para no perder el rumbo, tanteando frente a ella, cada vez con más frecuencia,

mientras la luz de las llamas se desvanece y el aire a su alrededor se convierte en una mezcla más pura de humo y oscuridad; su mente aún obsesionada con el pulso y el ritmo del dragón, la acidez de su aliento, el parpadeo de sus nervios y la combustión.

Excepto que el destello ya se ha desvanecido. Tiene las rodillas y las manos en carne viva de tanto gatear, y las partes de su cerebro que se han liberado de los pensamientos de dragón registran el hecho de que este pasadizo está lo suficientemente despejado como para justificar que se ponga de pie.

Y así lo hace, girándose para mirar hacia atrás. El fuego ya no está a la vista. Ni siquiera se percibe un leve movimiento en el tenue tono rojizo que aún impregna el aire, un color que proyecta sombras en dirección al fuego contra las grietas de la mampostería, lo que significa que proviene de *detrás* de ella, en dirección opuesta a la llama anterior.

Gira sobre sí misma, arqueando la espalda de nuevo. Una luz brilla a lo largo del pasillo. Camina lentamente hacia ella, aún tosiendo, intentando expulsar la sobredosis de partículas. A medida que la luz se intensifica, reconoce las desgastadas losas, los muros toscamente labrados de los túneles del convento.

Siempre, en el fondo de su mente, sabía que seguía allí.

La luz, cuando la alcanza, se revela como una lámpara de aceite con una chimenea de cristal rojo que arde tranquilamente frente a un icono dorado de San Sebastián. San Sebastián, u Oxum, dios de los cazadores; señor de la fiesta que ella jugó de inmediato con Jorge, podría haber sido ayer, podría haber sido hace años. Su sentido del tiempo, al parecer, se destruyó cuando la sumió en el sueño aquella pesada bestia de fuego, humo y piedra.

Pero el tiempo solo importa en las relaciones con las personas, y aquí está sola. Podría estar muerta, piensa Soledad. Está viva, pero atrapada en los profundos pasadizos de Santa Karen, da igual. Nadie notará la diferencia, nadie la encontrará, lo cual es bueno y malo a la vez: bueno porque no la perseguirán ni la matarán como a Jorge, Dolores y los demás en este cruce.

Mal, porque nadie la encontrará jamás, no antes de que enloquezca o muera de sed en cinco o diez días, o el tiempo que sea necesario.

Dolores, sin embargo. Eso la conmueve. Ese nombre le recuerda asuntos pendientes, la dirección que llevaba antes de desmayarse. ¿Acaso la dirección también depende del tiempo, como la velocidad? Sabe, por el mero hecho de hacerse esta pregunta, que aún se siente mareada. Se pregunta si habrá sufrido una conmoción cerebral y se palpa la cabeza con delicadeza. Ha aparecido un bulto bien visible en la parte posterior derecha. Hay algo de humedad, algo de

sangre. Tal vez su cerebro se esté inflamando; tal vez empiece a tener pensamientos aún más extraños y muera aquí y ahora, en cuestión de minutos, a medida que los vasos sanguíneos rotos filtren sangre entre la duramadre y el cerebelo, y la presión apague neuronas individuales, y luego sectores enteros de la conciencia. Se pregunta si dolerá. Cree que podría ser indoloro. O al menos mucho menos doloroso que el dolor de estómago que le produce el nombre «Dolores».

Todo vuelve entonces a mi mente, como una película repetida: las llamas sobre Ensevli, el helicóptero sobrevolando la zona, los tanques alineados a lo lejos en los límites septentrionales de los *cruces.* La gente jugando al dominó. El viento moviendo las cortinas en la habitación de Dolores, sobre la cama vacía de la niña.

Soledad se endereza y se pasa los dedos por el pelo, quitándose el polvo y las cenizas acumuladas. Las lámparas de este pasillo son rojas. Recuerda que las que vio antes eran azules. Esto podría significar que ha acabado en una parte completamente distinta del túnel. Recuerda una luz tenue sobre su cabeza al despertar; tendría sentido que, si una explosión hubiera destruido el pasillo en el que estaba antes, hubiera acabado sobre los escombros que cayeron en el túnel de abajo.

Su cerebro, piensa con alivio, funciona bien, o lo mejor que puede en estas condiciones. Sufre otro ataque de tos y luego

toma la lámpara. Sosteniéndola en alto, camina con determinación en la misma dirección que antes, alejándose del montón de escombros.

Apenas cincuenta pasos más adelante, el suelo tiembla y se sacude de una forma que le resulta familiar. El terror regresa. Parece que todo el esfuerzo y la emoción que puso en reducir los niveles de ruido ambiental fueron tan útiles como construir castillos de arena para contener las mareas del Atlántico, como solía hacer de niña en la playa de Santa María del Mar. Un viento feroz irrumpe por el pasillo desde atrás, apaga la lámpara, la sumerge en humo y oscuridad. «¡Dolores!», grita, estúpidamente. Sabe que es inútil, y grita de nuevo de todos modos. «¡Dolores!». Su grito se convierte en una tos, pues el humo es de nuevo tan denso que le raspa la garganta al respirar, tan denso que puede saborearlo contra su lengua, casi masticarlo entre sus molares.

Camina tan rápido como se atreve, raspando ahora la pared con la mano izquierda, levantando la blusa para apretar el dobladillo contra los dientes a modo de filtro. Es inútil, las partículas son más densas que nunca. Sus pulmones se rebelan al respirar. Respirar y toser son una misma cosa en este momento. Su espalda se contrae violentamente por el esfuerzo. Le lloran tanto los ojos que los cierra, pero los abre de golpe al instante al sentir el vacío en su mano izquierda.

Soledad se detiene. El pasadizo se bifurca en este punto. Mientras que la abertura a la izquierda es oscura e incierta, el túnel de la derecha es visible, un aura rosada que brilla entre las columnas de humo que se elevan desde detrás de ella y del fuego que acaba de dejar.

Así que gira a la derecha. ¿Qué otra opción le queda? El tenue resplandor rosado proviene de otra lámpara en una celda diminuta; solo paredes de piedra, un colchón de paja, un crucifijo, una puerta de madera con un pequeño Judas. Las cámaras de la Inquisición, piensa. La idea la ha rondado desde que la arrojaron a este pasadizo inferior, aunque no tiene pruebas que respalden semejante fantasía melodramática.

Ella toma la lámpara de aceite de esta celda. Más abajo, ya se vislumbra otra bruma de luz rojiza. Tras unos segundos caminando, se revela que es una cámara idéntica, con la misma lámpara y el mismo crucifijo ensangrentado, la misma puerta y el mismo colchón de paja. Solo que esta vez la celda está ocupada; alguien duerme acurrucado sobre el colchón.

Soledad da un paso lento y único hacia la celda, alzando su lámpara para iluminar la escena.

Es un adolescente con el pelo largo, negro violáceo, como un indígena. Tiene los ojos alargados y los pómulos prominentes de un manopani, aunque su nariz y labios son europeos y delgados. La familiaridad de sus rasgos la golpea

como un accidente de tranvía —es decir, entre la variedad de terrores que ha experimentado hasta ahora, frente al renovado y creciente temor de lo que les pudo haber pasado a Dolores y Jorge, lo que les pudo estar pasando incluso ahora— aumenta ligeramente su dificultad para respirar, acelera su ritmo cardíaco:

Jean–Philippe…

Lo que más recuerda, sin embargo, no son tanto sus rasgos como la curva de su cuerpo dormido, la inclinación de su cuello y su larga espalda. Solía dejarlo en esa posición, en la cabaña de cazadores a la que se escabullían un total de tres veces por semana; la cabaña escondida entre las ramas sobre el río de curso lento y sinuoso y el colchón de paja podrida sobre el que él le enseñó a hacer el amor. Ella tenía tanto miedo de quedar embarazada, y él estaba aterrorizado de ser descubierto por su padre, que la llevaron lejos del perímetro de la *estancia* como nadie debería haberlo hecho jamás.

Fue en parte para disipar su miedo, a los padres, a los fetos y a las víboras de las nubes, que sacó su pequeño acordeón y le cantó *vallenatos, "Vent de la Selva"* y *"Les Yeux de Stéphanie",* con ese acento áspero y nasal propio de un nativo de Campo. Nunca estuvo enamorada de Jean–Philippe, pero *joder,* cuánto lo quería, y su cuerpo quería al suyo. Y amaba esos *vallenatos,* los recuerda nota por nota. Los recuerda con tanta intensidad que empieza a articular las

palabras a través del humo que le obstruye los labios y la garganta. Lo cual es imposible, demasiadas partículas le han obstruido las mucosas y se retuerce en un ataque de tos y un largo y áspero jadeo que la deja exhausta, apoyada contra la piedra.

El niño, Jean–Philippe, no se mueve. El humo vuelve a envolverla. Ahora oye música, instrumentos desconectados que llegan por el pasillo, en la dirección en la que va; pero no reconoce acordeones ni *vallenatos.* «Jean–Philippe», susurra, y luego se da la vuelta bruscamente y se marcha, siguiendo por el pasillo, recordando que Jean–Philippe también está muerto. María Gisela le contó que era uno de los miles de habitantes de los pueblos de la *selva* que, sin haber oído hablar jamás de una vacuna, y mucho menos haber tenido acceso a ella, murieron cuando la gripe porcina de Kundura llegó invisible por los caminos de tierra entre el polvo de los camiones madereros.

Jean–Philippe era primo de María Gisela, y ella lo había llorado. Sin embargo, había un matiz de sombría satisfacción católica en su tono cuando se lo contó a Soledad, porque tenía muy claro lo que habían hecho. El sonido de su acordeón barato, notas largas sobre el murmullo del río... Soledad odió a María Gisela en ese instante, por primera y única vez en su vida. Pero no quiere que Jean–Philippe despierte ahora, no después de cinco años enterrado en algún cementerio *de la selva.*

La música no se vuelve más clara mientras ella sigue caminando. Las losas tiemblan bajo sus pies por otra explosión. La ráfaga de aire y humo de esta no es tan fuerte como antes. Su lámpara parpadea pero permanece encendida, lo que le permite divisar la siguiente celda, que no tiene lámpara alguna. Soledad aparta la mirada de la puerta; no puede correr el riesgo emocional de ver otro *lombuage,* reconocer a alguien que no desea ver, alguien que tal vez no sabía que estaba muerto, aunque los fantasmas hasta ahora se han mantenido en su territorio, sin permitir intrusos en ninguna dirección, permitiéndole solo un vistazo a través del cristal que los separa, como un prisionero conducido a la ventana para que su esposa vea que aún no ha desaparecido por completo.

Sabe que hay fantasmas que no respetan las convenciones, y no tiene tiempo para ellos, ni para las agotadoras emociones que tales espectros exigen. Empieza a perder la confianza, a dudar de que exista una salida. En su cansancio y sus diversos dolores, empieza a perder la voluntad de luchar para liberarse de Santa Karen.

La idea la aterra y desvía la mirada hacia la derecha, alejándola de la puerta de la celda a su izquierda, y ve pequeños destellos de luz reflejados en la piedra caliza amarillenta de la pared derecha. Deben provenir de un espectáculo más urgente y contemporáneo, a juzgar por su complejidad y violencia. Lo que significa que, a su vez, podrían ofrecerle una pista para escapar. Así que mira a

través de la puerta, retrocediendo esta vez hasta la pared del fondo, apretando la blusa contra sus dientes una vez más como si esto pudiera protegerla de algo más que del humo.

Y mira a través de una ventana que no es una ventana.

Y en esa ventana arde una ciudad.

Aparta la mirada, con los ojos llenos de lágrimas. Intuye que esta visión, si es que lo es, está repleta de información. Puede que la información la hunda en la desesperación, pero también podría revelarle a Dolores.

Se seca las lágrimas de humo y vuelve a mirar.

Es Bamaca, no es Bamaca, como la ventana, que comienza como un panel negro construido cincuenta centímetros dentro de la puerta de la celda, es y no es una ventana. El rectángulo tosco enmarca un cielo repleto de humo; humo negro de las llamas, un humo marrón artificial destinado solo a ocultar, y un humo gris amarillento que alcanza a la gente y la deja dormida a su paso. La llama se ha liberado en esta ciudad; ve el Mercado de Esclavos ardiendo ahora con fósforo blanco, y edificios gigantes como las fábricas alrededor del aeropuerto, solo que mucho más grandes que cualquier cosa en Bamaca, temblando bajo los golpes mágicos de los cohetes, floreciendo en rojo, amarillo y negro.

La escena rebosa de movimiento. A medida que el torbellino de este movimiento atrae la mirada de Soledad, ella comprende los primeros ritmos del vals que se baila allí: cómo los helicópteros gigantes que sobrevuelan en círculos bajos forman parte de un plan más amplio, pues se adhieren a la filosofía de los escuadrones de Operaciones Móviles en Terreno Urbanizado, que se basa en la movilidad vertical. Hombres vestidos de negro descienden rápidamente como arañas de techo por líneas desde los grandes helicópteros, mientras artilleros en lo alto disparan desde los tejados circundantes y francotiradores preposicionados disparan contra apartamentos y otros lugares que ya conocen.

En los túneles subterráneos, en las alcantarillas y galerías excavadas subrepticiamente bajo muros de basura y murallas de coches, pelotones de dos en dos chapotean en el agua fétida, apuntando a un *punto de encuentro* en el aire, en el piso intermedio de los edificios. Control de calles: se mueven manzana por manzana, barrio por barrio, tomando un edificio de un lado de la *calle* desde arriba mientras que el siguiente, al otro lado de la calle, es asaltado desde el sótano.

Muy por encima de los bombarderos furtivos que guían sus cohetes con cables y luz, un avión de inteligencia planea en círculos, cartografiando el distrito con infrarrojos. Sus enormes ordenadores analizan cada mensaje de radio, cable y Wildnet, correlacionando datos para que los francotiradores sepan dónde disparar a continuación, y los

escuadrones de operaciones en terreno urbano hacia dónde desviar un movimiento de pinza o rodear un edificio resistente.

Volviendo a los detalles: Un enorme vehículo bulboso, un Eke, un tanque aún más grande, avanza sigilosamente por un camino bloqueado por la milicia. Ignora las explosiones de granadas propulsadas por cohetes y el alegre fuego de los cócteles Molotov. Ciega a sus oponentes con láseres y expulsa humo marrón amarillento hasta que el bloqueo queda primero en silencio y luego invisible.

Figuras gigantescas con máscaras y armaduras hidráulicas emergen de alcantarillas muy por delante del vehículo, como mitos teutónicos, y se alejan tambaleándose en distintas direcciones. Son monstruosos bailarines de metal y explosivos que siempre saben cuál será su próximo paso.

Y lo saben; Soledad se lo repite a sí misma; lo *saben* por los datos ocultos en la música que oyen, aunque no puede definir qué compañías llaman "música" a esta obscenidad de precisión militar; es *antimúsica,* un collage de melodías que reconoce lo suficiente como para sentir náuseas por el uso que se les da. Esta mala música no es el plan inteligente detrás del ataque, pero es una clave para todo porque está intrincadamente conectada a una frecuencia que se transmite a cada parte de este maltrecho cruce, en altavoces a todo volumen desde los tanques flotantes y helicópteros, en transmisiones pirateadas a las Wildnets y a sistemas de

sonido en mercados y almacenes y bares de jagger y burdeles, en potentes descargas a paneles de vídeo en las esquinas, a los jambooks que dirigen lo que alguna vez fue buena música, música de *el cruce,* Shift–shin y *cumbia,* merengue y slapp, pelea callejera y *lanto.* Todo se ha ido ahora. Han investigado hasta la saciedad cada frecuencia de este lugar, las han bloqueado todas con ritmos exactos que primero las amortiguan y luego invaden los canales de transmisión, hasta que lo único que ella puede oír, lo único que ellos pueden oír, es antiarmónico: melodías de terror, ritmos de roedores, una versión multimedia de la guerra total, un parque temático dedicado a la interferencia.

Y mirando al cielo invisible, Soledad sabe que se equivocó en su teoría anterior. Ningún avión espía por sí solo podría hacer esto. Es toda una red de aves mucho más grandes, un sistema de satélites Teledesic en órbita baja que envían datos de un lado a otro, y un centro de mando sin rival en velocidad y sofisticación. Solo los organochips y el procesamiento paralelo podrían coordinar algo tan letal y grande como todo un entorno de combate, una guerra que impregna la mayor parte de una ciudad. Solo un sistema tan grande y rápido podría diseñar una frecuencia a la que bailan sus propias tropas y otra que ralentiza a los defensores; una música dura pero lógica que dirige sus tanques y cohetes inteligentes, y otra tan delicadamente afinada que, bueno, *escuchen:* un par de piezas de la canción *“Souche”*. Excepto que aquí la melodía se corrompe en estúpidos ritmos de

banda de música fascista, y las palabras, las hermosas palabras que escribió Jorge, se convierten en parodia.

Si mi estómago fuera un perro (oompah, oompah–pah)
se comería a sí mismo (ritmo disco)
y luego defecaría su propia cena (oompah, oompah–pah)
en un lugar donde pisarías.

¿Y cómo se puede luchar contra hombres que repiten melodías tan enfermizas mientras *rompen* cada compás, sabotean cada transición en la dulce mezcla de música que es el corazón, los pulmones y el flujo sanguíneo del *cruce,* su barrio, su hogar?

Soledad tiene arcadas. Se lleva las manos a la boca, luego a los oídos, pero no sirve de nada. Es como si la mala música se transmitiera en frecuencias ultrabajas directamente a sus huesos más profundos; la hace vibrar como una caja de ritmos; no puede moverse rápido mientras la corrupción continúa. Nadie en el cruce puede huir ni luchar con coordinación alguna; los ve, a la gente *del cruce,* intentando escapar de su propia canción pervertida y de las corrupciones de la melodía; intentando correr por las calles hacia el mercado de pescado y su olor a anguila, a través de los oscuros callejones precolombinos de Ensevli. Se mueven lo más rápido posible, hombres, mujeres y niños arrastrando sus pertenencias en carros improvisados, pandilleros, ladrones de tumbas y hombres con uniformes medio familiares retrocediendo, a veces con una apariencia de

orden militar de la que jamás los habría creído capaces, pero no funciona. Están agotados por la maldad. Las bandas armadas no logran cubrirse entre sí, pierden las líneas de comunicación, son rodeadas, explotan o se dispersan en grupos desorganizados. Y el resto se mueve más lento que el humo color hueso que les lanzan los tanques flotantes. El humo se acumula alrededor de sus tobillos y rodillas, cada vez más denso, y la gente se mueve como perezosos mientras asciende. El humo es tan espeso ahora, al adherirse a los adoquines, que parece cemento. Luchan débilmente y se rinden, porque ¿hasta dónde se puede correr cuando uno está enterrado en espuma endurecida hasta los muslos de los hombres y el cuello de los niños?

No le queda aliento para soportar esto. Su visión es borrosa por las lágrimas y la creciente densidad de humo que fluye entre ella y esa puerta de pesadilla. La música corrupta la ha enfermado tanto que, aunque no puede respirar, cierra sus vías respiratorias y vomita, expulsando humo, desesperación, saliva y un par de hilos de bilis. Está encorvada contra la fría piedra caliza con todo un mundo de parálisis y música diabólica desplegándose en la habitación frente a ella. Sigue vomitando, sigue intentando respirar y, de alguna manera, solloza al mismo tiempo que los lugares y las personas que la definen son inmovilizados y violados por una perversión de lo que una vez creó.

Tan indefensa que cuando un escuadrón de hombres, con sus cuerpos vestidos con ropas negras ajustadas y sus

cabezas con máscaras de realidad virtual, se acercan como insectos gigantes desde el humo que la rodea; cuando, después de registrarla en busca de armas, le retuercen los brazos hacia atrás y la obligan a marchar a la fuerza, aún con arcadas, por el túnel en la misma dirección en la que había estado yendo: apenas se resiste.

Incluso acoge con beneplácito, en cierto modo, la inevitable brutalidad del plan masculino que ahora, por fin, la controla.

Piensa en cómo la violencia se ha convertido en la opción por defecto para ellos; en lo predecible que resulta la forma en que las mujeres no logran resistir e incluso se vuelven cómplices, cuando los planes más agradables y las ideas más bonitas con las que esperaban salvarse resultan ser defectuosas y, peor aún, irrelevantes.

La llevan a una celda algo más grande que las demás. La pared del fondo es redondeada, lo que sugiere la forma del bastión exterior. Una sola ventana, más bien una tronera, se encuentra en la parte superior de la curva.

Una celda de esquina, sin duda, piensa con ironía, *para uno de los monjes responsables.* Incluye una enorme mesa de roble negro. Un crucifijo, negro por supuesto, bajo la ventana. Dos sillas, dos hombres, losas de piedra, un techo abovedado, una pizca de música —ni buena ni fuerte— nada más.

O eso cree ella; al principio no se fija en los detalles. Los escoltas vestidos de negro la empujan hacia la habitación, la saludan y se marchan. La gruesa puerta se cierra de golpe de forma teatral tras ellos.

Los dos hombres que la esperan también visten uniformes de comando negros. Llevan fundas de pistola de cincha verde y botas de combate ligeras. Uno es delgado y de estatura media, y luce la estrella y barra de mayor en sus hombreras. Su rostro es agradablemente feo, carnoso, capaz de una sonrisa irónica. Esboza una media sonrisa y sus ojos reflejan una profunda reflexión.

El otro es el hombre del burdel, el que la espió durante tantos días y noches; o alguien parecido, no está segura. Quizás F2 solo recluta a hombres como él, de unos treinta y pocos años, de estatura media, complexión robusta y rasgos regulares y tranquilos. Señala una de las sillas con un gesto formal.

Sacude la cabeza, aunque le duele muchísimo la espalda, le escuece el brazo, respira flema y lucha por controlar las náuseas y los temblores porque la visión de esa ciudad en llamas le ha arrebatado hasta el último átomo de coraje y cada molécula de Soledad clama por descansar.

El observador se encoge de hombros. El mayor se inclina sobre la mesa. Es entonces cuando empieza a darse cuenta de otros detalles: un ordenador portátil con antena de

burbuja incorporada, probablemente de donde proviene esa melodía; una cámara ambiental ligera; una hilera de baterías de camión debajo de la mesa.

Un tatuaje, vagamente familiar, en la parte interior del antebrazo derecho del mayor. Es un tapir, muy bien trabajado en índigo.

Grilletes, ennegrecidos por el paso del tiempo, atornillados en cada esquina de la mesa. Pinzas de cocodrilo, brillantes y nuevas, en los extremos deshilachados de los cables enrollados junto a las baterías.

Así que tenía razón. Ese es el primer pensamiento de Soledad. Terminó, como la conclusión de alguna aburrida proposición freudiana, justo en el lugar que más se esforzaba por evitar: entre las cámaras de la Inquisición, la guarida de esos sacerdotes bondadosos que aprobaron la quema de todos en Xelixec con el argumento de que, debido a que las imágenes de los dioses toltecas estaban tan profundamente talladas en los acantilados que no podían ser removidas, los nativos no eran bautizables. Los mismos frailes que quemaron a Giordano Bruno porque su idea de infinito no era tan grande como la suya; que convirtieron en llamas a judíos testarudos por toda España. ¿Qué había dicho Jorge? Había dicho tantas cosas en su corta convivencia. «Oh, en realidad no eran tan malos como su propaganda», lo cual es como decir que los vampiros tenían sus puntos buenos. Pero también afirmó —hablaba de vivir en Barcelona, bajo la

prisión de Montjuïc— que todos los lugares eran iguales: las celdas sobre su casa, los sótanos de la calle Prinz Albrecht, las aulas de la Escuela de Ingeniería Naval de Buenos Aires, los bares de la planta de uranio n.º 2 en la península de Mangyshlak. Señaló que la mecánica de las vías del dolor era idéntica en todos los casos.

Y ella está segura de que ese vacío en ella debe ser el mismo que el de toda víctima que llega a un lugar como este, pues ¿de qué otra manera se afronta la posibilidad de una reducción absoluta, a través de la humillación y la agonía, a la nada, incluso menos que la nada, a la negación misma de esa identidad? La idea es que asumas la identidad de tu torturador, para que él pueda ver con claridad, y mediante la introspección, cada secreto que guardas.

—Tienes algo que contarnos —dice el mayor con una voz que no es ni dura ni amigable, sino abstracta y, sobre todo, segura.

Ella lo mira fijamente, tratando de mantener la mirada firme contra el constante impulso de toser, el fondo neón del terror.

—Sabes lo que quieres decirnos —continúa el mayor—. ¿Acaso no es cierto, señorita MacRae?

No puede evitarlo, tiene que toser. El esfuerzo rompe su mirada. Intenta evitar sentir que esta es la primera de una

serie de derrotas, porque eso la llevaría lógicamente a imaginar todos los detalles melodramáticos que usarán a pesar de, o incluso precisamente por ser melodramáticos: la descarga eléctrica, la agonía elemental cuando las células de su propio cuerpo empiezan a hervir, el olor de su propia carne quemándose, el hematoma seco de una violación. Siempre peor, piensa desesperadamente. La imagen siempre es peor que la realidad.

—No —susurra—, no, no lo sé. No, no tengo nada que decirte. No, no te lo diré. Las dos últimas frases no las pronunció en voz alta, sino que las pensó en silencio.

—Donde está Echeverría —continúa el mayor con el mismo tono despreocupado. Teclea unas cuantas teclas en su portátil con una mano. Frunce el ceño y se frota los nudillos. Aprieta los labios—. Donde va cuando, digamos, se siente emocionalmente amenazado, ¿sabes? Tú lo sabes. Eres su puta... no, seamos educados... su amante.

Él sonríe. Sus ojos no dejan ver emoción alguna. Soledad piensa: «Se equivoca; ya no soy la amante de Jorge, ni su prostituta». Debe alejarse de esa verdad, pues se acerca demasiado a la respuesta a la pregunta del mayor. Sin embargo, el hecho de que se equivoque en esa primera y crucial afirmación aviva en ella una minúscula chispa de esperanza.

No son todopoderosos. *No* lo saben todo.

Y como la chispa que se convierte en llama entre los helechos de la *selva alta,* como sucede cada quince años aproximadamente después de una de las raras sequías, la esperanza se extiende y convierte en llamas vastas áreas de su motivación. En la llama surge algo diferente: no esperanza, sino resolución: la intención de resistirse a responder, mientras pueda, a las preguntas más importantes, y más; la resolución de apartar de su conciencia, sin importar el dolor, sin importar lo que hagan, la información que busca.

El mayor pulsa una tecla de su teclado. Se frota los nudillos otra vez. Tiene artritis, piensa Soledad, le duele la mano. Para su asombro, siente una verdadera, aunque breve, punzada de compasión por él. El mayor pulsa otra tecla. La música, con sus ritmos sin cortes y su mala síncopa, sube un poco de volumen. Las líneas y diagramas estáticos de su pantalla delgada tiemblan y desaparecen.

El mayor sonríe. Le gusta cuando un simple toque con el dedo tiene un efecto tan inmediato.

Soledad se aclara la garganta y aparta la mirada. El crucifijo negro le llama la atención. Para cumplir con sus propósitos, necesita ignorar no solo datos cruciales, sino también a los hombres del F2 y su indudable inclinación por este tipo de trabajo. Debe, en cambio, aferrarse a la ira que ya reside en su interior, a la desesperación que nació al ver la ciudad arder; a la sensación, intensa, negra y vibrante, de saber qué

pretendía aquel pequeño galileo cuando colgaba allí entre dos ladrones: no que existiera realmente una esperanza o una segunda oportunidad cósmica, salvo en metáfora, sino que la inmensidad del dolor en la vida humana exige lógicamente una negación distinta a la que se obtiene mediante la tortura. Porque la existencia de tal miseria debe anular no solo tu estúpida idea de que existe un orden amoroso en este mundo, sino también tu pretenciosa noción de ti mismo, a menos que *sea* a través de la empatía con otras víctimas de la tortura, a través del sufrimiento, el dolor y la muerte compartidos. Porque el sacrificio a través de la compasión es, en última instancia, la única manera de alcanzar esa unidad que la conciencia humana rechaza y a la vez necesita. Esta fue la mayor revelación de jisi yomo —así lo había murmurado Haddad en una ocasión—. Y si no es estrictamente cierto que la palabra «jisi» sea una corrupción de «Jesús», en lugar de la expresión Manopani para «Panteras llorando», debería serlo. Porque jis' evoca ese mismo reflejo de Jesús, esa búsqueda de la empatía suprema, aunque de una manera indolora y más socialmente aceptable.

Ese jambook está haciendo cosas raras. La parte superior del cuerpo de un hombre está enmarcada en la pantalla ovalada. Lleva un traje del tipo popular entre los turistas estadounidenses, una camisa mitad azul, mitad blanca, como las usan los yanquis. Tiene una franja de pelo gris, una apariencia de orejas, una cuña de barbilla y cuello que define

los límites de su cabeza. Sin embargo, donde debería estar su rostro, no hay nada, o mejor dicho, hay demasiado: miles de millones de piezas nacaradas cambiantes de datos que aparecen y desaparecen demasiado rápido para que el ojo pueda seguirlas: cien mil rasgos que se funden en una ausencia cambiante de rostro, una ausencia tan extraña que es graciosa, tan graciosa que es aterradora, tan terrible que adormece, tan adormecedora que duele.

El gringo sin rostro.

El volumen de la música ha subido de nuevo. Ahora, una vez más, reconoce la caótica mezcla de disonancias y samples baratos. Conoce demasiado bien la lógica que solo busca aniquilar los ritmos delicados y distorsionar las dulces armonías, como su canción *"Selva",* o el tema musical en la celda del pasillo de esa ciudad que está siendo aplastada y quemada hasta la muerte.

Y estas maldades combinadas separan brevemente su cerebro de sus intestinos, que intentan, afortunadamente sin éxito, vaciarse.

El mayor dice algo. Soledad aparta la mirada del Yanqui inexpresivo de la pantalla. Se cierra a su malévola melodía, aunque eso es más difícil; todo es extraño y aterrador, pero irrelevante para el drama que acaba de empezar. Como una actriz cuya carrera depende de una sola función de estreno, necesita concentrarse en el papel que tiene entre manos.

—Tendrás *que* hablar con nosotros —repite el mayor—. No es un tema para debatir.

Soledad mira estúpidamente la mesa antigua, de la que ahora se da cuenta que tiene un canal que la recorre por el medio, para la sangre, supone, para el vómito, la mierda y la orina de cuerpos llevados más allá de los límites de la voluntad.

—Oh, no. —El mayor finge horror—. No, la mesa no. Jamás usaríamos la tortura contigo. ¿Por quién nos tomas? ¿Por argentinos?

El observador ríe, educadamente.

—Por supuesto —continúa el oficial—, podríamos *usar* el dolor, y funcionaría. Oh sí, créeme. Sin embargo... —Se inclina hacia adelante para mirar fijamente a los ojos de Soledad—. He escuchado tu música. Creo que te conozco... ¿Te parece, no sé, presuntuoso? Pero creo que tienes la capacidad de desconectarte, de desconectarte mentalmente. Eso es malo para la hipnosis, malo para la persuasión física también. Podría llevar más tiempo, sí. Y el desastre... —Mira la cuneta y agita una mano, casi afeminadamente.

“Puede que no me creas, pero no disfruto de este tipo de situaciones. Es un trabajo, y lo haré, pero me obliga a deshumanizarme, aunque sea un poquito.” Se frota los

nudillos de su mano mala, sin darse cuenta de que lo hace. “Con cada grito, asumo una capa muy fina de… de monstruo.”

“Cuando llego a casa”, añade, sin mirar a Soledad ahora, ni tampoco a la pantalla, “siento una mayor desconexión con mis hijos. Y con mi esposa. No, esto no me gusta nada”.

—Pero ¿por qué —continúa, enderezándose, casi sonriendo—, frotar dos palos cuando tienes un encendedor Zippo? ¿Por qué derribar una puerta a patadas cuando tienes la llave? ¿Me sigues?

—Tiene usted un don para las metáforas, Mayor Uraba —dice el observador, con un tono ligeramente sarcástico.

—Gracias, teniente. —El mayor lo mira fijamente durante un instante, luego vuelve a mirar la pantalla—. Ya he dicho suficiente. Usted también ha dicho suficiente, teniente, al usar mi nombre como lo hizo. Hablaremos de eso más tarde. Traiga al otro ahora.

El vigilante abre la puerta tras Soledad. Pasos secos, un sonido arrastrado. Dos soldados vestidos de negro sostienen a alguien tan delgada y pequeña en comparación con los hombres que Soledad imagina, por un instante, que es una niña. Cuando se colocan frente a ella, ve que en realidad es una mujer menuda, vestida con la bata de una paciente de Santa Karen. Su cabello es gris oscuro y abundante; el resto

de su apariencia es anciana. Sus manos están entrelazadas alrededor de un pequeño *bombo,* del tipo que usan para terapia aquí.

Soledad, sin motivo aparente, no deja de mirar el rostro de la mujer, profundamente surcado de arrugas pero de alguna manera sobrecargado de emoción; aunque de repente Soledad ya no está segura de si esa carga emocional proviene de la mujer o de ella misma.

Los ojos de la mujer son demasiado grandes y abiertos, siempre demasiado abiertos, para su rostro. La forma de su barbilla pequeña y decidida le resulta ridículamente familiar, dado que es una *loca de convento* y no recuerda haber visto a nadie en Bamaca antes. Su boca también es ancha, tan ancha que las comisuras se pierden entre los pliegues caídos de sus mejillas, *como la mía,* piensa Soledad, *o como lo será cuando sea vieja.*

Así, de repente, Soledad pierde toda capacidad para cambiar las cosas. La profunda represión del horror y el dolor se desvanece, tal como el Mayor Uraba había sugerido. Su ardiente determinación, extinguida, se consume inútilmente. Su interior, sin previo aviso, se llena de un vapor gris, del mismo modo que sus pulmones aún resuenan con el hedor amargo del convento humeante.

—*¿Mamá?* —susurra Soledad.

—Muy bien —dice el mayor—, la reconoció. No se parece *en nada* a las fotos. Pero la sangre hablará, ¿verdad, teniente? La sangre hablará.

—Así es, Mayor. —El observador ya no suena sarcástico. Suena como si hubiera asumido su papel asignado de hombre serio, incluso de tonto. Asiente dos veces—. Así es.

La anciana, que miraba hacia abajo, a las losas, como reaccionando al alzamiento de sus dos acompañantes, dirige una mirada a Soledad. Sus ojos tienen dificultad para enfocar. Están enrojecidos y llorosos. Sus iris son del marrón oscuro que Soledad recuerda, llenos de un posible amor y también de una potencial crueldad, y de todo el egoísmo del dolor. Le sorprende un poco que, con el paso de los años, las distintas capas de los ojos de su madre no hayan cambiado de forma significativa.

El mayor, los dos soldados, el vigilante son ahora personajes secundarios, relegados del proscenio a los bastidores por el poder de este guion. El F2 no importa en este instante. La celda, la Inquisición, la destrucción armada de su *cruce,* incluso esa ciudad obscenamente ardiente al final del pasillo y los sonidos corruptos asociados a ella, ya no significan nada.

La acción principal ahora es ella, su madre y la melodía propia de Soledad, una sola nota de sonido puro que surge en sus oídos, en defensa propia contra el ruido del portátil.

O tal vez no sea defensa propia, tal vez sea un acto de la más pura creación, una sola nota para preservar su identidad frente a las pérdidas pasadas, presentes y futuras. Es la primera nota pura e inquebrantable de la flauta *pito,* en La menor, que marca el instante previo al amanecer en el primer movimiento de *Selva.*

—Tengo que saberlo —dice Soledad, y tose—. Tengo que preguntar...

—¿No es este...? —interrumpe el mayor Uraba en voz alta—. ¿No se supone que aquí debo decir: «Aquí, soy yo el que hace las preguntas»?

El teniente sonríe.

—¿Por qué te fuiste? —Soledad ignora al mayor—. ¿Adónde fuiste?

Irena no dice nada. Durante unos segundos, una terrible duda invade a Soledad: que se equivoca, que es víctima de una estafa. Buscaron y rebuscaron a una mujer de la edad adecuada con cierto parecido a Irena MacRae, ¿y cómo encaja esto con lo que F2 busca ahora? ¿Qué podría justificar el gasto y la logística de semejante operación?

Los ojos de la anciana se abren de par en par, como sorprendida por su propia decisión de hablar. Se humedece los labios y dice: «Escúchame». Su voz es fina como el papel y clara a la vez, como el viento del oeste que entra por el

porche de Glen MacRae. Soledad siempre la había imaginado en fa mayor, una brisa del mismo tono que la voz de su madre. Ahora su duda se desvanece para siempre.

Los principales asienten. El teniente rodea al trío formado por los dos hombres y la prisionera. Saca una esponja de su bolsillo, la extiende por detrás de Irena y se la coloca entre las mandíbulas. Luego, abriendo un cordón militar, lo ata con destreza detrás de su cabeza, asegurando la esponja en su lugar.

Los soldados la arrastran hasta la mesa negra. Arrojan su tambor al suelo. Luego la levantan con cuidado y la tumban boca arriba. Ella no se resiste. Le estiran los brazos y las piernas. Sus extremidades están pálidas y delgadas, con varices y manchas de dermatitis.

Abren los grilletes gigantes, que parecen demasiado grandes para sujetar muñecas tan delgadas, pero el mecanismo se puede ajustar con una llave y el vigilante lo hace; los grilletes y la cadena adjunta tintinean musicalmente al girar los engranajes helicoidales.

Irena mira plácidamente el techo abovedado. En los oídos de Soledad, el *pito* se apaga, como debe ser. Sin embargo, lo que sucede a continuación no formaba parte de su partitura, pues la mala melodía nunca dejó de subir de volumen gradualmente, y ahora es muy fuerte. La imagen en la pantalla del ordenador portátil no ha cambiado, pero el

programa que lo controla ha inyectado combustión en la banda sonora. Chasquidos de madera ardiendo, crujidos de roca y ladrillo rompiéndose bajo un calor tremendo. Soledad cierra los ojos con fuerza y aprieta los puños contra sus oídos. El cortafuegos se romperá, es lo único en lo que puede pensar; el horror de ese fuego, la malevolencia de esa música y la concentración psíquica implícita en la presencia de esa anciana sobre la mesa; todos esos elementos resquebrajarán su protección. Y entonces quedará expuesta, diminuta, redonda y brillante como una perla, la información que quieren, el único detalle que debe olvidar que sabe; la respuesta a una pregunta que ni siquiera debe plantearse por miedo a que abra un canal a través de su resistencia.

Oye un movimiento y, por puro instinto de supervivencia, vuelve a abrir los ojos.

El teniente saca una navaja corta de su cinturón. Soledad jadea involuntariamente. Él corta la parte delantera de la bata de Irena, dejando al descubierto unos pechos arrugados y de aspecto polvoriento que cuelgan a ambos lados. Coge las pinzas de cocodrilo y coloca una en cada pezón, los mismos pezones que Soledad succionó de bebé (solo durante una semana, dijo María Gisela, era demasiado duro para ella, por eso la contrataron en primer lugar, pero al menos lo *intentó).*

Irena grita una vez, justo cuando el primer clip se cierra de golpe.

—*Mamá* —susurra Soledad.

El comandante la mira con gesto alentador.

El teniente mira al mayor. El mayor asiente.

El cuerpo de la mujer se arquea como si una cuerda le hubiera sido atada al ombligo y fuera izada medio metro en el aire. Sus ojos se abren de par en par, su cabeza se sacude de un lado a otro. El pañuelo se desliza hacia un lado y un continuo y ronco tintineo escapa de la esponja y de los dientes apretados de la mujer, superando el zumbido de un condensador en el borde de la mesa.

Dura dos segundos; luego, como si la cuerda se hubiera roto, sus delgados traseros golpean contra el roble negro y su cabeza cae hacia la derecha, alejándose de su hija.

Soledad siente como si la corriente eléctrica le hubiera quemado el cuerpo. Sus pies parecen soldados a la piedra. Le duelen los pechos intensamente. Un olor a orina emana de la mesa. Su madre dice, con claridad aunque con voz ronca: «Pero esto no es nada, Soledad. Estoy tan acostumbrada a esto, a este tipo de trato. Dijeron que me haría sentir mejor».

—Ella estaba en el hospital estatal, en la capital —añade el mayor en tono coloquial—. Luego la enviaron aquí con los demás casos desesperados. Son grandes aficionados a la

terapia electroconvulsiva en la capital. Pero no como la usamos nosotros. Teniente...

La cuerda invisible se tensa de nuevo. Los pezones de la mujer están erectos como en celo, y rojos como quemaduras alrededor de las pinzas. El sonido es más profundo, más agonizante. Tiene la boca completamente abierta. El rictus le abre las mejillas por las comisuras, donde aparecen burbujas de saliva que estallan.

Esta vez dura más. Cuando por fin termina, los conductos lagrimales de Soledad producen agua como bombas industriales. Le duelen el pecho y la garganta por la presión. Tiene la nariz llena de líquido. Entre lágrimas borrosas, percibe que el mayor asiente con la cabeza a su subordinado y grita *«¡Alto!»* con voz ronca por el esfuerzo y la mucosidad.

“¿Dónde está Jorge Echeverría?”, pregunta el mayor.

“Te lo diré. Te lo diré…”

"Ahora."

—No. Soledad se limpia la nariz, la boca y los ojos con la manga de la blusa. Ahora ve mejor. El mayor está de pie, con las manos a la espalda, relajado. Su madre yace inmóvil sobre la gran mesa negra. El hombre sin rostro, el yanqui en la pantalla del portátil, brilla y centellea como una de esas «flores» africanas que resultan estar hechas de innumerables escarabajos diminutos y multicolores.

—No —continúa con una voz apenas lo suficientemente fuerte como para hacerse oír por encima del murmullo—. Este es mi trato. Hablaré con mi madre. Y tú prometes que, si lo encuentras, no le harás daño.

El mayor niega con la cabeza, ni siquiera se molesta en mirarla.

“No puedo prometerle eso. No depende de mí. Usted lo sabe, señorita MacRae.”

Soledad asiente. Ella sí lo sabe. Mientras lo hace, piensa en Pytagoro, en cómo hace apuestas en el dominó, en cómo farolea en las partidas importantes, en cómo oculta lo que sabe hasta que llega el momento oportuno.

“Entonces dejarás ir a su hija. Dolores no es nada…”

“No tengo órdenes sobre su hija. Pero es lo mismo. No puedo hacer promesas que no me corresponden. Teniente…”

—*¡No!* —Soledad gesticula dramáticamente hacia el mayor, como una actriz eduardiana, pero no debe permitir que vuelva a tomar esa corriente—. No, solo déjanos ir, a mi madre y a mí. Te lo diré. Jadea como si hubiera tenido que correr a toda velocidad para llegar hasta aquí.

El mayor Uraba mastica algo pequeño. Desvía la mirada; está mirando la computadora. La música siniestra se detiene por una fracción de segundo.

—¿Estás bromeando? —dice el mayor, visiblemente sorprendido—. Tu madre no puede trabajar ahí fuera, señorita MacRae. Sería mejor que la dejaras aquí.

Soledad recuerda lo que le espera en el exterior, incluso si estos torturadores cumplen su promesa. Probablemente Uraba tenga razón, su madre no sobreviviría.

Lo que dice es: «Ese no es el punto. Quizás mi madre decida quedarse. Pero será su decisión». Pensando, mientras lo dice: «Qué cosa *tan cruel* decir, esta obsesión irracional con la libertad de elección en un mundo que incluye el tipo de dolor que Uraba inflige».

El comandante gira un cuarto de vuelta a la derecha.

—Tienes dos minutos —dice, y mira su reloj—. Cronométralos, teniente.

Soledad se acerca a la mesa. Toca el brazo de su madre. Está terriblemente frío, para alguien que acaba de recibir una descarga eléctrica.

“Mamá.”

La mujer se estremece. El olor a orina es intenso. El líquido gotea por la cuneta hasta el suelo. Las glándulas lagrimales de Soledad siguen produciendo su propio líquido, que ella seca una vez más con la manga. Busca las palabras adecuadas, pero no las encuentra. Termina donde empezó, con la única pregunta que realmente tenía.

—*Mamá, ¿*adónde fuiste? Te busqué…

"Lo sé."

“¿Lo sabías?”

—Yo… oí. —La anciana gira la cabeza para mirar al techo, más cerca de su hija, pero no del todo—. Pero yo había encontrado… un refugio. En Los Altos.

—Fue muy duro para mí —continúa—. Sabía que estabas ahí. Una niña tan pequeña. Pero no tan duro como la otra opción, quiero decir, la alternativa. —Gruñe, aclarándose la garganta.

“¿Ves? Eras dura como tu padre en el fondo; le doy gracias a Dios por ello.”

—No lo entiendo —susurra Soledad, inclinándose sobre la mesa—. Tenía catorce años. El rostro bajo ella ahora le parece ajeno, sin relación no solo por lazos de sangre, sino también por raza, especie e historia. Su compasión, el amor encurtido y la añoranza de la niña que fue, se transforman

por un instante en pura ira. Desea agarrar esos brazos flacuchos con sus propias manos fuertes y aplastarlos, romperlos si es necesario, para llegar a la verdad. Esta verdad ha tardado tanto en llegar, y ahora solo tiene los dos minutos que Uraba le concedió; apenas un minuto y unos segundos. —Sigo sin entender *por qué.*

—Pero es *por* eso —Irena se lame los labios. Las burbujas se secan formando una espuma color crema—. No podrías conocer la verdadera tortura. No esto... —Mueve el brazo y los grilletes chocan contra la cadena—. Oh, nunca supe si era realmente lo que decían. Una enfermedad.

Un leve encogimiento de hombros. "¿Importa? ¿O es solo la tortura una forma de vida? Estuve en la cárcel allí, Soledad. En esa finca. Mucho peor que... Me estaba volviendo loca, ¿sabes? Y cuando finalmente quemé el nuevo estudio; sí, lo quemé… Usé queroseno y algodón, ardió muy bien, pensé. Sabía que tenía que irme. Para protegerte. Para protegerme a mí misma."

—¿Y papá? —pregunta en voz baja—. ¿Qué hay de mi padre?

—Ustedes dos siempre se encubrían —dijo Irena. Inclinó la cabeza brevemente hacia la izquierda. Soledad tuvo que cerrar los ojos. La mirada de la mujer estaba tan cargada de veneno y amor que la cambiaría para siempre si aceptaba esa combinación—. *Siempre* lo hicieron, ustedes dos.

—El tiempo —dice el observador.

—¡No! —grita Soledad con desesperación—, ¡solo un minuto más!

—La electricidad —grita el mayor—. ¿Teniente?

—La Ciudad de los Barcos —dice Soledad con firmeza y claridad, y da un paso atrás, llevándose la mano a la garganta como para acallar, demasiado tarde, las palabras que acaba de dejar escapar.

El alcalde se gira lentamente hasta quedar frente a ella.

—Continúa —dice.

—Eso es todo lo que sé —susurra tan bajo que él le pide que lo repita. Sonríe al oírla.

“La encontraremos. Tardaremos más, y te garantizo que tu madre no sobrevivirá. Estos tratamientos de electroshock…” Chasquea la lengua con desaprobación.

—Ja, ja —dice el observador.

La mano de Soledad se aprieta con más fuerza alrededor de su garganta. El dolor la divide entre decírselo y no decírselo. Finalmente, es la falta de fuerza en ambos sentidos lo que permite que aflore el verdadero impulso. Y ese impulso es una incapacidad cruda y absoluta para ver a

su madre arquearse de nuevo como una cuerda de violín contra el arco de la corriente eléctrica.

—El *Fumiste* —susurra ella. El mayor se inclina hacia el teniente—. Es una lancha de contrabando. Nestor Prins. Junto a donde está amarrado el *Fumiste* hay un velero, una balandra; no sé cómo se llama. Pertenece a una chica de Lo Pano.

"¿Y?"

Tiene la tráquea magullada por el agarre de sus propios dedos. Cierra los ojos con fuerza, como si eso pudiera protegerla de la cruda realidad de lo que está haciendo.

Contra la oscuridad de sus párpados, observa una breve y cruel escena: los hombres de Urabá se acercan al velero y encuentran solo a la muchacha Lo Pano. Le disparan a ella en lugar de a Jorge, dejándola tendida en el suelo de la cabina, su sangre tiñendo de rojo la sentina. Una breve y desagradable alegría surge en su interior, pero pronto es ahogada por el asco.

“¿Y ahí es donde está Echeverría? ¿En el velero?”

Algo en su interior —algún fragmento de ADN perdido de Francis MacRae, quizás reactivado por la mención del nombre de Jorge— la obliga a abrir los ojos de nuevo. Debe hacerlo con los ojos abiertos. Verá cómo su propia

naturaleza traiciona al hombre que amó, a la ciudad que ama, a sus amigos.

Ella asiente.

El mayor se endereza. Echa un vistazo al jambook. Agarra una piruleta a medio coger y se la pone en la cabeza. La imagen del Yanqui sin rostro parpadea y se desvanece. La música de la pesadilla se va apagando poco a poco.

—Te lo prometo —dice Uraba, y Soledad nunca estará segura después de si le habla a ella o a alguien a través de la conexión inalámbrica—, la ciudad saldrá beneficiada. Ahora está dividida, ¿ves?, se ha vuelto esquizofrénica y está *loca.*

“Pero reconstruiremos la ciudad.”

Comienza a dar una serie de órdenes en frases cortas, neutrales y llenas de jerga, muy diferentes a su forma de hablar con ella.

Durante unos segundos se siente sola, privada de su atención.

El sentimiento desaparece casi tan rápido como lo hizo el yanqui.

Soledad permanece junto a su madre en la misma posición que antes. Durante la última hora, el mayor acaparó por completo todo el poder disponible en esta celda, de modo

que ahora todos buscan su guía, incluso en asuntos ya resueltos.

«Mientras la tortura continúa» —Soledad recuerda una frase de *Los buitres de Extremadura,* el segundo libro de Jorge— «la víctima ostenta el poder». Se refería a su matrimonio, pero es una buena metáfora; funciona en todos los sentidos, incluso en los más obvios.

Irena yace plácidamente sobre la mesa, con los ojos cerrados.

Soledad deja caer la mano de su garganta. En parte debido a esa presión, siente que su tráquea no está capacitada para articular palabras.

Pero la tortura aquí ha terminado. Debería alegrarse por eso.

En cambio, siente que su valor, según cualquier criterio, se ha reducido a cero; no tanto por la vergüenza de lo que ha hecho, sino porque el mayor la clasificó claramente como "sin importancia" en el instante en que le dijo dónde estaba Jorge.

Por eso, tal vez incluso cumpla su promesa. ¿Cuánto de su valor en esta *ciudad,* se pregunta, provenía realmente de sí misma y cuánto de su relación con Jorge? Dios la ayude, todavía es capaz de sentir celos del hombre al que está ayudando a matar. ¿*Fueron los celos,* se pregunta, *lo que me*

permitió decirle tan fácilmente a Uraba lo que quería saber? Recuerda su pequeña fantasía sobre la muerte de la chica de Lo Pano.

Por un instante, siente que va a vomitar de nuevo.

Se inclina y agarra los hombros de su madre. Usando toda la fuerza de su propio disgusto, la obliga a sentarse.

El mayor, con los ojos ocultos por la pantalla plateada que abre parcialmente, no reacciona. Continúa dando órdenes mientras Irena, luchando contra un temblor casi incontrolable, intenta ponerse de pie, y el vigilante, movido por un mínimo de humanidad, llama a dos guardias para que la ayuden.

Mientras salen tambaleándose por la puerta, el mayor F2 sigue concentrado en lo que ve en su pantalla medio rota, murmurando frases cortantes e íntimas sobre el combate como un hombre que seduce a una futura amante.

Se tarda mucho, incluso con la ayuda de los guardias, en recorrer las escaleras y los pisos de la parte intacta de Santa Karen. Las explosiones aumentan de intensidad y el aire se llena de densas columnas de humo, aunque nunca en las proporciones que Soledad vio al huir sola.

Finalmente, llegan a una pequeña abertura en las enormes murallas. Termina en una pequeña puerta de acero. El vigilante habla por su radio. Luego saca una llave, abre un

candado gigante, arranca una barra de las vigas y empuja la puerta para abrirla.

Una luz brillante inunda el espacio.

Soledad, entrecerrando los ojos, vislumbra la parte norte de la Bahía de las Ánimas. Es como una maldición, como si los dioses quisieran que viera de inmediato las consecuencias de su traición; pues desde esa perspectiva se divisa la Ciudad de los Barcos. Pero ella no puede verla, ni siquiera cuando las serpientes de humo que se enroscan alrededor del convento se apartan para revelar esa parte de la bahía. Casi todo este distrito de muelles y embarcaciones varadas está envuelto en humo marrón de incendios y negro de incendios de RDX y petróleo. Tal vez ya hundieron el barco de esa mujer, piensa Soledad con bastante indiferencia; tal vez todo lo que les dije fue irrelevante.

Pero si encontraron a la mujer Lo Pano, ¿seguramente también habrían encontrado a Jorge?

Se vuelve hacia su madre. Los dos guardias han desaparecido. Solo queda el vigilante, presumiblemente para asegurarse de que se marchen y no dejen entrar a nadie más. Se aclara la garganta.

—Vamos —grazna. Sus palabras son ásperas como el graznido de un fantasma de película de terror—. Encontraremos... encontraremos un sótano. O algo así. Tose.

La saliva que escupe es gris por el humo que ha inhalado. Tira de la bata de su madre. —¡Vamos, oh!

Irena no se mueve. Hasta este momento, ha mantenido la mirada baja como una novicia tímida, fija en el suelo, en su pequeño tambor, que recuperó del suelo de la celda del mayor sin que Soledad lo supiera y quién sabe el precio que le había costado. Pero ahora alza la vista hacia Soledad durante unos segundos antes de volver a bajar la mirada.

—No puedo ir —dice en voz baja—. Ya lo sabes. Siempre lo supiste.

—Por favor —susurra Soledad con voz ronca—, no hay tiempo.

—El soldado tenía razón. —La voz de Irena es aún más suave ahora; tranquila y muy clara en comparación con la de su hija—. No pertenezco a este lugar. Pertenezco aquí. —Agita débilmente a los gruesos muros.

"¿Pero por qué has venido tan lejos? No debes estar segura…"

—Estoy segura —interrumpe Irena—. Pero soy débil. Completamente débil. Quería estar contigo... solo unos minutos, en realidad.

—*Quédate* conmigo, entonces. Soledad tose de nuevo. El espasmo la dobla. Se apoya contra la pared hasta que pasa.

El rugido ensordecedor de un avión a reacción le impide hablar durante otros diez segundos.

“Quédate más conmigo”, repite. “Quédate siempre conmigo”.

—Adiós, Soledad —dice Irena, extendiendo la mano temblorosamente para tocar la mejilla de Soledad. Busca con la mirada dónde pone la mano, pero al final no alza la vista lo suficiente como para ver los ojos de su hija.

Irena se da la vuelta y empieza a retroceder arrastrando los pies por el pasillo. Y Soledad sí lo sabe, después de todo. Sabe que su madre tiene razón. El peso de la primera decisión de Irena, el impulso de todos los años transcurridos, son demasiado grandes como para ser cortados con la simple espada de un encuentro así.

Eso es lo que ella sabe.

La niña que lleva dentro, la que aún, en cierto sentido, en algún rincón de su mente, vaga por las tierras altas vestida de gitana y viviendo de las limosnas de extraños para continuar su búsqueda, no tiene tales certezas ni creencias. *“¡Mamá!”,* grita, *“¡s'il te plait!”*

La anciana vestida con un delantal no se da la vuelta. Se arrastra hasta el túnel central, apoyándose en la pared para no caerse, y luego se tambalea hacia la izquierda, por donde vino.

En ese momento, el teniente, preocupado por dejar vulnerable la parte segura de Santa Karen de esa manera, agarra a Soledad sin mucha delicadeza por el codo y el hombro, la empuja hacia el humo y el desastre, y cierra de golpe la puerta trasera, haciendo que las murallas de la fortaleza vuelvan a estar intactas.

Pierde la noción del camino. El humo, aunque no tan denso como en el convento e irregular debido al viento y al vaivén de las explosiones, se vuelve muy espeso y negro al asentarse sobre los callejones por los que huye.

Incluso en la parte alta de Bidonville, donde los daños no son graves, le cuesta orientarse en el laberinto de casas prefabricadas, talleres y caminos de tierra. Había empezado corriendo a toda prisa por el callejón más cercano, huyendo de su terror y repugnancia; pero pronto aminoró el paso hasta un trote, y finalmente a un galope furtivo.

Este trozo de la montaña Teton se ha convertido en tierra de nadie. Unos cuantos saqueadores sacan mercancías de talleres destrozados, mirando a su alrededor con temor, esperando a los *guaqueros,* que les dispararían si los vieran. Uno de los ladrones, huyendo a toda prisa de un taller de jag, deja caer un paquete de husos de triaje. Soledad lo recoge, atraída como una niña por el envoltorio de papel de aluminio escarlata, y lo guarda sin pensarlo en el bolsillo grande de su blusa.

En tres ocasiones, observa a un grupo de personas mayores jugando al dominó como si no sucediera nada fuera de lo común.

Pero todos los demás han huido. Las explosiones son tan masivas que tiene que taparse los oídos con las manos —ya es un acto reflejo— y mantenerse alejada de las viviendas más precarias, que tienden a derrumbarse con la onda expansiva. Sin embargo, puede distinguir que los proyectiles no caen cerca, sino bastante al norte, cerca de la Ciudad de los Barcos, y al sureste, en el Mercado de Esclavos. A veces, incomprensiblemente, caen al este, cerca del volcán.

Antes de las explosiones, el eco hueco de los proyectiles más grandes proceden de los tanques, de la fragata.

A veces, se oye la leve ráfaga de morteros y balas de fusil desde las posiciones *de los crucistas.*

Sus fuerzas flaquean. La tos constante la agota. La acumulación de molestias por la garganta hinchada y el dolor de cabeza palpitante, el brazo quemado y la espalda torcida, el pequeño corte en el pie, la debilitan aún más. Tras diez minutos, se detiene al abrigo de uno de esos miles de pequeños jardines elevados que perfuman Bidonville. Se desploma en la tierra del callejón, al amparo de un aguacatero cuidadosamente podado, y se acurruca con la frente apoyada en la madera áspera del muro del jardín.

Cuando cierra los ojos, no ve a Irena, ni a Dolores, ni la forma de sus pensamientos. Lo único que percibe es la imagen residual del humo que se arremolina y se dispersa, tanto dentro como fuera. Mediante algún tipo de artificio terapéutico de la conciencia, de lo que más es consciente es de su lista de molestias físicas y de cómo la fresca humedad de la tierra del callejón las alivia, como un bálsamo.

Permanece allí tumbada durante mucho tiempo. Ha perdido toda motivación para hacer cualquier otra cosa. Se queda allí demasiado tiempo. Las explosiones se oyen cada vez más fuertes desde el este, y eso tiene que ser mala señal.

Abre los ojos una vez, observando cómo se dispersa el humo; observando, entre un par de torres de chozas intrincadamente reforzadas, en los huecos que abre el viento, cómo los helicópteros sobrevuelan y maniobran bajo el cono del volcán mientras transportan tropas y obuses de la montaña a la cabeza de playa del ejército.

San Isidor. Es el único lugar por donde nadie imaginó que pasaría el ejército. Cierra los ojos de nuevo y decide mantenerlos cerrados. Opta por no moverse. Un aguacate, desprendido por la explosión de un proyectil de mortero a dos callejones de distancia, le cae en la mejilla, y apenas se inmuta.

Finalmente, un grupo heterogéneo de *guaqueros* y cazadores furtivos de esmeraldas, replegándose tras una

hilera de talleres metálicos arrasados por tanques, la encuentra dormida. La mayoría la cree muerta e ignora el cadáver, pero uno de los *guaqueros* es amigo de Diego, el exnovio de Dolores. La reconoce y la observa con atención para darse cuenta de que respira. La agarra del codo, igual que hicieron los hombres del F2, y tira; no es momento para sutilezas de primeros auxilios.

Con cierta reticencia, ella alza la vista, observa su rostro, su atuendo *de guaquero.*

—Soledad —dice—. ¿Soledad?

Abre la boca para responder. No sale ningún sonido.

“Soledad”, repite, “¡vamos!”

La urgencia en sus palabras la deja completamente helada. Moverse ahora obligaría a su cuerpo a cambiar de forma, y entonces su mente tendría que estar pendiente de eso, y quién sabe qué podría pasar en una mente ocupada con el movimiento.

Soledad.

El *guaquero* es fuerte y decidido. Ahora tira de ella, algo que ella odia. El humo ante sus ojos se disipa, lo cual tampoco es lo que desea; no tiene ningún deseo de volver a ver con claridad, pero él vuelve a tirar hacia un lado hasta que ella se ve obligada a reaccionar.

Capítulo XX

…Y moverse en la misma dirección, aunque solo sea para evitar que le arranque el brazo.

Abrió los ojos por puro reflejo. Al cerebro no le gustaba que el cuerpo se moviera sin antes comprobar si había posibles peligros.

Y absorbió la diferencia. Debería haberse familiarizado con este proceso, por supuesto, pero la incómoda inocencia de su despertar parecía renovarse cada vez; y ahora todo había cambiado por el humo, los bombardeos y aquel polvoriento y exhausto pelotón de *guaqueros* y cazadores furtivos.

El ambiente era fresco y plano, con luz eléctrica proyectada sobre un interior oscuro. Al fondo, un póster de Winston Churchill; en primer plano, el rostro de Stix, tan cerca del

suyo que podía oler el aroma de los rollitos de camarones de QuikViet en su aliento.

«Pereira…» Eso era lo que sus labios querían decir. Era algo de un sueño, uno de sus sueños, que finalmente había llegado a la conciencia. En cualquier caso, recordaba dónde había oído ese nombre antes. Héctor Pereira era el verdadero nombre del Doctor Fernsehen. Jorge lo había mencionado al principio, cuando ella llegó por primera vez a Bamaca.

Lo cual implicaba —porque, en el submarino, Randy dijo que un psiquiatra con ese nombre estaba asesorando a BON— que Fernsehen ahora trabajaba para los enemigos del nodo, como antes para los hombres que destruyeron su *cruce.*

El hecho, si es que lo era, parecía bastante irrelevante en ese momento.

Stix le tocó la mejilla izquierda, luego la derecha. Su piel azul se deslizó suavemente sobre las sábanas. El lino estaba húmedo sobre su piel desnuda.

«Jorge», fue lo que realmente dijo, o más bien susurró. «Jorge». Las lágrimas brotaron de sus ojos. Se dio cuenta de que llevaba un buen rato llorando, no solo por la humedad, sino también porque no tenía ningún obstáculo en la garganta que intentara contener sus sollozos.

“Jorge, ¿qu'est–ce queje t'aiJait?” [Qué es lo que te he hecho

Los ojos de Stix estaban húmedos, como si él también hubiera llorado. Ella lo notó casi con indiferencia. Su mente se sentía opaca, compartimentada. Quizás era el efecto de los sueños intensos que había tenido; bloqueaban las emociones en los compartimentos del aquí y ahora, y dejaban que la emoción fluyera libremente en la historia que recordaba. Era un tropo poderoso y, como una gran locomotora, imposible de detener. Cuando Stix se inclinó y la rodeó con el brazo por el cuello, sintió un atisbo de ira porque en su sueño él habría sido un desconocido. También experimentó lo opuesto físicamente, una intensa oleada de deseo que la recorría de pies a cabeza.

La Soledad del sueño, molesta porque pudiera distraerse con algo tan casual como el sexo al final de todo, le ordenó que se pusiera rígida.

Sin embargo, su cuerpo hizo lo que quiso, algo que siempre le había gustado; levantó la mano izquierda y acarició a Stix en la nuca y luego a lo largo de la columna vertebral, sin susurrar ya "Jorge".

Cerró los ojos y volvió a ver el cruce, el tapiz desgarrado de humo y el cielo intermitente tras el primer plano melodramático de Bidonville en llamas. Estaba agradecida por una cosa, una súplica que sabía que las barreras

mentales no podían contrarrestar: sus pulmones estaban limpios y libres de humo. No olía a incendio en California.

El sonido del caos persistía, bajo pero insistente, como un eco sordo del *cruce.* Lo cual era preocupante. Significaba que, incluso mientras acariciaba la espalda de Stix y se mojaba por su presencia, en cualquier momento podría volver a dormirse y encontrarse de nuevo en Santa Karen, con el mayor Uraba y su madre, y Dolores aún ausente.

Miró a su alrededor. Las tres ventanas que conectaban la habitación de Stix con el exterior estaban sumidas en una oscuridad profunda. Por alguna razón, estaba segura de que el amanecer no tardaría en llegar.

Otro día en Oakland, pues. Pero este se sentía diferente. Era crudo y fresco, lleno de posibilidades, de planes.

Tengo que volver; tengo que averiguar qué le pasó a Dolores.

Era como si la idea, surgida apenas ayer, después del concierto en el almacén, hubiera necesitado tiempo y sueños para completarse. Como el whisky Islay que tanto le gustaba a su padre, que para madurar necesitaba reposar en barricas de Amontillado ya maceradas en vino de un clima más cálido y dulce.

Los ruidos no cesaban. Eran de radio o de la pared. El trío de cámaras ambientales la apuntaba desde los soportes

superiores, como de costumbre, pero sus luces rojas estaban tenues y apagadas: no funcionaban. Algo que había minado su confianza y tranquilidad en este lugar se desvaneció de repente, dejándola más ligera de lo que parecía. Solo una vez antes se había despertado en esta habitación sin verse en la cámara.

El ruido provenía de un altavoz en esta habitación. Resonaba contra el cristal que separaba el camarote de la sala de control.

Escuchó con más atención. Le costaba descifrarlo, pero empezaba a distinguir ritmos que se detenían y comenzaban en momentos diferentes, y se interrumpían en lugares inesperados: acordes sin resolver, la mayoría menores, pero sin sentido alguno. Como la banda sonora de una telenovela de Virtix reproducida al revés.

Dejó de acariciar a Stix. El aire seguía limpio, pero aun así le costaba respirar. Aunque él se apoyaba en ella, sentía el pecho tan frío como la indiferencia. Una luz azul gélida se proyectaba en la pared frente a uno de los antiguos puestos de trabajo navales.

Una certeza nauseabunda le llenó el estómago.

—Está empezando —susurró—. Por fin.

Él asintió, rozando con la barbilla su clavícula.

—Lo siento —dijo—. Por eso te desperté. Se encogió de hombros y miró con pesar sus pechos, que ya no estaban cubiertos por las mantas. —Tengo cosas que hacer ahora. Tú también deberías prepararte.

Se ajustó la bata y salió de la cabina. Soledad se incorporó en la cama de agua, que, como de costumbre, se balanceaba y se movía bajo ella. Se estaba acostumbrando a su inestabilidad. Se estaba acostumbrando a las náuseas que la recibían al despertar. Con calma, se deslizó del borde de la cama, se puso la blusa y caminó a lo largo de la sala de control hasta el baño, ignorando todo excepto lo que su cuerpo necesitaba en ese momento. Allí, vomitó en un lavabo, impecable como un gato; orinó y se lavó.

A medida que disminuían sus náuseas, los sonidos recuperaron su importancia anterior en sus oídos. Se miró en los espejos del baño. Su boca estaba tensa por la presión de sus mejillas, sus huesos faciales se marcaban con la rigidez de un cráneo. Era una expresión familiar. Era la expresión que ponía cuando tenía miedo.

Sus medias con estampado de guepardo aún colgaban de un gancho junto a las duchas.

Estaban arrugadas y rotas en tres sitios por el viaje. No eran tan abrigadas ni resistentes como los pantalones azul marino que había pedido prestados, pero eso no importaba; era hora de devolver la ropa prestada, hora de ponerse la suya.

Atravesó las puertas dobles del baño, fijándose ahora en más detalles. Stix sostenía la pipa a medio terminar y el micrófono, hablando en voz baja por la camioneta mientras miraba por la ventana de la fábrica. Tomó un rollito de primavera de una caja de poliestireno y le dio un mordisco.

Las antiguas estaciones de trabajo, cuyas pantallas eran visibles desde este ángulo, no mostraban más que una ventisca gris azulada, aunque el volumen de mala música que salía de ellas ya era perceptiblemente más fuerte que hacía unos minutos.

Alguien habló a sus espaldas. Se giró sobresaltada, pues nunca había habido nadie allí. Y, en el sentido estricto de la palabra, ahora tampoco había nadie. Pero la pantalla del arquitecto mostraba a Zatt en su silla de ruedas doblada, aparcado en una habitación estrecha y desconocida, con el regazo cubierto de mantas y ejemplares de *Feather,* y los dedos sobre el omnipresente jambook de improvisación musical.

En una pantalla secundaria conectada a la estructura de la silla de ruedas, el mapache del niño manejaba un joystick de Polis.

Zatt miraba la pantalla delgada de su portátil. Tarareaba suavemente, una melodía más rítmica que melódica. La nitidez de la pantalla era tan buena que parecía una imagen perfecta por sí sola.

En la pantalla, Soledad yacía rígida sobre la cama de agua de Stix, hablando rápido y obsesivamente al ritmo del zumbido del Lanc–Patua, con las mejillas azules por las lágrimas.

Su cabello estaba extendido sobre la almohada como el mapa de un delta inundado. Tenía los hombros al descubierto. Las mantas se habían deslizado, dejando al descubierto su seno izquierdo, cuyo pezón estaba pequeño por el frío y el miedo.

Solo se había despertado desnuda allí una vez, y eso fue hace cinco minutos.

El zumbido cesó. —Ahí está —dijo Zatt—, espera. Pulsó una tecla y la imagen en su portátil se congeló. —*Eso es* un anageísmo. —Pausa—. ¿Dijo eso? Sí, sí, exactamente. —Volvió a escuchar—. Sí, pero no tenían *pantallas* como esa.

Las náuseas volvieron, pero no eran, no se sentían como, las náuseas matutinas. Lo que sentía era que esos hombres la habían filmado tantas veces, una y otra vez, reproduciendo, congelando la imagen, acelerando y retrocediendo en cámara lenta, que finalmente estaba sintiendo mareo, una especie de desfase horario psíquico, una repulsión visceral ante lo antinatural de que su imagen, su precioso, único y analógico yo, se convirtiera repetidamente en unos y ceros, y de nuevo en imagen.

Ahora comprendía lo reconfortada que se había sentido, la tranquilidad que había encontrado, al saber que las cámaras sobre la cama de agua estaban apagadas cuando despertó esa mañana. La decepción, la sensación de traición, el peso que la abrumaba al darse cuenta de que simplemente las habían apagado, quizás segundos antes de recuperar la consciencia, se intensificaron aún más.

Se acercó a Stix con los hombros hacia atrás. Él la miró con una media sonrisa en los labios, que se desvaneció en cuanto vio su expresión.

"Me volviste a grabar, ¿verdad?"

Miró la pantalla táctil. Negó con la cabeza. "Soledad…"

«¡Isaías! ¡Bastardo! ¡*Sassenach!»* Había sido el peor insulto de su padre y ahora lo usaba, machacando la dura «ch» escocesa hasta que se le clavaba en el paladar. Sus emociones estaban tan retorcidas que parecía que tenía que recurrir a maldiciones lo suficientemente potentes como para igualarlas.

Dio un pisotón. Esto también era una reliquia del pasado, ridículo en una adulta. Se secó las mejillas con el puño cerrado, apartando la mirada de él.

—No *puedo* confiar en ti. —Su voz sonaba mejor esta mañana; no tenía que toser ni carraspear cada tres palabras—. Deberías saberlo ya, ¿no? No puedo confiar *en*

nadie. Porque todos... —Buscó la palabra adecuada en inglés. Era importante que la entendieran—. Al final, todos te traicionan.

Excepto su madre. Irena MacRae, la primera traidora, no la había traicionado en absoluto. Irena había realizado el máximo acto de lealtad: había intentado proteger a su hija de la inestabilidad de su madre, no solo internándose en el Hospital Psiquiátrico de Los Altos, sino también y sobre todo sacrificando el cariñoso recuerdo que su hija guardaba de ella.

Fue el tipo de sacrificio más difícil, pensó Soledad. Era lo opuesto a lo que Charlie Rickie había hecho en Wildnets, en aquella hortera casa de campo en Berkeley.

Porque si destruiste deliberadamente la memoria —convirtiendo en abominable la "caja de la vida" que otros tenían de ti, esa historia de ti mismo que atesoraban en su mente— tenía que ser una destrucción mucho más duradera y efectiva que morir o desaparecer de sus vidas, incluso si también hiciste eso.

Se preguntó, sin darle demasiada importancia, si esa era la razón por la que había bloqueado durante tanto tiempo el recuerdo de lo sucedido en Santa Karen: para preservar un odio conveniente hacia su madre, y también para perpetuar la imagen idealizada de sí misma que lo acompañaba. Soledad, la víctima. Soledad, la amiga leal. Se alegró cuando

Stix interrumpió ese hilo de pensamiento, exclamando: «Soledad, mira…».

Pero ella no estaba preparada para que él se explicara. Tenía demasiado que explicar y reevaluar por su cuenta.

—¿Nos filmasteis follando? —preguntó. Su voz funcionaba a la perfección; podía usar todas las modulaciones y susurros que jamás había tenido a su alcance—. ¿Estaban encendidas esas cámaras...? —Pensó, pero no pudo recordarlo; qué *tonta* había sido por no comprobarlo—. ¿Nos filmasteis para que ese viejo...? —señaló con el pulgar la pantalla de la pared— pudiera masturbarse viendo la película. Reproducirla una y otra *vez...*

Stix cerró los ojos. Esperó. Ella esperó. Le dolían los puños, los tenía apretados con fuerza. Tenía ganas de golpearlo. Nunca había golpeado a nadie en su vida, ni siquiera a Miguel.

No quería pensar en Miguel. No quería pensar en Santa Karen. Se concentró en mantener los puños apretados a los costados. Finalmente, él dijo: «No».

"Mentiroso."

Abrió los ojos.

¿Qué quieres que diga? No puedo probar una negación, Soledad. Pero yo no habría hecho eso. —Hizo una mueca,

como si le doliera pronunciar lo que estaba a punto de decir—. Estoy enamorado de ti, Soledad. O estoy empezando a estarlo... supongo que eso es más exacto. No es una excusa. —Suspiró y volvió a mirar la pantalla—. Simplemente no lo haría. Encendí las cámaras, pero mucho después, cuando empezaste a hablar dormida otra vez.

Ella siguió su mirada. En la retorcida silla de ruedas, el lisiado de piel amarillenta observaba el cuadrado del videoclip que mostraba lo que sucedía en la sala de control de Stix. Los miraba. Los escuchaba. Soledad sintió una intensa oleada de nostalgia por el *cruce,* por una cultura que no tenía que grabar todo el tiempo, que no tenía que monitorear, reproducir y "guardarse" en una fría memoria electrónica; que permitía que la memoria real viviera, en su propio proceso único de degradación y adaptación, de recreación y olvido, eligiendo o cambiando los hechos aparentes para ajustarse al clima y la temperatura de una vida humana en constante movimiento, de la misma manera que una casa bien construida se desgastaría, se suavizaría y se repararía para adaptarse al paisaje cambiante para el que fue construida.

Entonces comprendió que la idea de grabarlo todo y transmitirlo de un lado a otro era peligrosa, una mentira, porque ni siquiera una cámara ambiental podía capturar la totalidad, ni siquiera la mayor parte, de los eventos que filmaba. Solo una mente humana podía acercarse a lograrlo. Y quizás el proceso de la memoria, para esa mente, era uno

que distorsionaba *deliberadamente* las imágenes y los sonidos para que encajaran con mayor precisión con la gigantesca cantidad de otros datos que había acumulado sobre un evento o una persona aislada; para que encajaran también con la compleja y continua historia del ser humano que recuerda.

Soledad presentía que había descubierto algo importante, algo que cambiaría para siempre su forma de pensar sobre sí misma, sobre personas como Irena y Jorge; sobre todo. Quizás algún día tendría tiempo para reflexionar detenidamente sobre esto, para analizar qué aportaban las pantallas de vídeo y el audio dinámico a una reunión municipal como la que había presenciado ayer a través de la reproducción mientras recorría las calles principales. Quizás entonces también podría descubrir qué les quitaba, en términos de la capacidad de un solo ser humano para controlar un proceso tan rápido y tan susceptible a cortes y ediciones rápidas. Se le ocurrió una imagen, realmente vaga, de una biblioteca escandinava: de sí misma, mucho mayor, con gafas y estrías, escribiendo en un cuaderno a cuadros rojos. No tenía tiempo para seguir explorando esa fantasía.

“Soledad.” La voz de la pantalla táctil.

—¿Sigues escuchando, doctor Zatt? —le preguntó—. ¿Sigues espiando, no? En este nodo, vives en Flash a tu manera, creo. Es un Flash más pequeño que el de Liteworld,

pero… —Se encogió de hombros. La náusea que sentía era pura ira morada y no había desaparecido en absoluto.

El hombre no se movió. Sus ojos se escondían tras lentes refractantes.

“No tiene absolutamente nada que ver con sentimientos personales”, comenzó. “Tiene que ver con intentar salvar este movimiento, que es un intento…”

—¿Crees que vi algo? —interrumpió Soledad. Se pasó los dedos por el pelo dos veces—. Crees que vi el futuro. Sois tan ingenuos, tan niños. Eran sueños de Bamaca, *sueños...* No vi nada allí que no supiera ya.

Zatt pulsó una tecla y apareció un gráfico en la pantalla de la pared, junto a la miniatura de Stix y Soledad.

—No es una teoría —dijo, mientras un cursor se movía arriba y abajo sobre los colores vivos del gráfico—. Estos son datos de Livermore, y también —el gráfico se modificó sutilmente— del Laboratorio Teller en Berkeley. Todos de los últimos tres días, con una actualización exacta de hace siete minutos, porque se actualizan en línea y en tiempo real. Registran la incidencia promedio de la partícula P–272, que Farnsworth postuló que sería el catalizador del inicio de un evento Bell–Everett.

—Zatt —advirtió Stix. Miraba alternativamente la planta de la fábrica y los puestos de trabajo navales, donde la nieve

comenzaba a formar imágenes, pero de forma tan breve e intermitente que no se distinguía nada concreto; solo un aparente intento, en frecuencias definidas, de imponer orden a partir del caos. Zatt asintió, pero no aceleró su discurso.

—¿Ves esos picos? —dijo—. Están muy por encima del promedio. En el rango de setenta u ochenta millones; normalmente son cuarenta o cincuenta millones en los tanques de deuterio. Ahora fíjate en la hora, en las fechas. Las correlacioné con las cintas que grabamos. Y coinciden *exactamente.*

—¿Exactamente a qué? —preguntó Soledad con voz más tranquila, aunque ya lo sabía.

“Hasta el momento en que soñaste.” Zatt se encogió un poco, mirando el gráfico. “Específicamente, hasta unos 4,8 segundos antes de que soñaras con los anageismos, las partes que eran inconsistentes. El armamento que nunca usaron en tu país, las cosas que ni siquiera han usado aquí todavía. La ciudad en llamas en esa celda que viste.”

—Viste *nuestra* historia, Soledad. O una de las historias que podrían suceder. —Su voz ahora alcanzaba distintos tonos, como los picos en su gráfica, haciéndolo sonar a la vez satisfecho y deprimido, cansado y lleno de energía—. La que, al parecer, va a suceder.

“¿Y eso qué te muestra exactamente? Pesadillas, eso es lo que vi. Cosas que extrapolé, ¿sabes?, ¿fantasías? Cosas que inventé.”

«Nos muestra lo que van a hacer», insistió Zatt. Tiró el teclado y los gráficos desaparecieron. «Nos muestra cómo lo van a hacer. Nunca antes habías visto en la vida real lo que has soñado».

Soledad pensó en lo que Zatt había dicho. Era difícil creer que sus sueños tuvieran espacio para algo más que las emociones que había sentido en Bamaca. Ahora mismo, por ejemplo, el recuerdo último estaba demasiado fresco. Aquella ciudad en llamas le había inyectado un temblor y un terror tan profundos en las fibras musculares que sabía por experiencia que tardaría mucho tiempo en desaparecer por completo. El grupo de *auristas exhaustos y derrotados,* Las vendas sucias, los fusiles de cañón calientes... aún sentía el escozor del aguacate en la mejilla, la tensión en el brazo donde el *guaquero* se lo había estirado. Aunque bien podría haber sido Stix, tirando en la vida real.

Cualquier cosa que significara la vida real en ese momento.

—Tal vez deberías decírselo a Will —gruñó, aún pensando en los *guaqueros.* Ellos, junto con los cazadores furtivos de esmeraldas y algunos contrabandistas, fueron los que libraron toda la lucha en Bamaca. Del mismo modo que solo los Navegantes y esa pandilla callejera —y Stix,

curiosamente— habían participado en lo que podría llamarse resistencia aquí, durante aquella primera y reveladora incursión. —Si lo que viste es cierto, ¿no debería saberlo él?

En la pantalla de la pared, Zatt apartó la mirada.

Tras una pausa, dijo: «Will descarta todo lo que usted vio, Sra. MacRae. Sigue pensando que usted es una especie de agente provocadora, enviada aquí por el BON».

“De todos modos, le envié un videoclip”, dijo Zatt y levantó una mano como para ahuyentar su ira. Lo que hizo que Soledad buscara esa ira, por reflejo, solo para descubrir que se había calmado, casi por completo, sin que ella lo supiera. «Lo siento. Él verá tus tetas, por supuesto, pero es demasiado importante como para esperar a la edición».

Soledad sonrió. No era su intención. Las palabras de Zatt habían desencadenado una serie de pensamientos que deberían haberla hecho fruncir el ceño. Pero no podía quitarse de la cabeza la incongruente imagen de sus pezones desnudos moviéndose a la velocidad de la luz a través de los enlaces de Wildnet del nodo, transportando, si Zatt tenía razón, datos mucho más importantes de los que un tejido eréctil normalmente podría soportar. Se giró para mirar fijamente la terminal de ordenador gris oscuro a su derecha; era un reflejo primitivo, surgido de una magia asociativa, como si pudiera vislumbrar esos pechos electrónicos

atravesando cada ordenador de este enclave, como un rostro avistado en un tren cibernético que pasa a toda velocidad por una estación local. Y la sonrisa se desvaneció lentamente de sus labios.

—¿Has conseguido contactar con Molly? —preguntó Stix.

—No pude hacerlo—respondió Zatt. Volvió a teclear—. ¡No está en el restaurante ni en el *Dubuque!*

—En fin —continuó Stix—, tengo problemas con la transmisión del Creeping Jesus, nunca lo tendré listo a tiempo. Y Mojo necesita subirse al remolcador, y ella también, antes de que... —Se detuvo—. ¿Soledad?

No dijo nada, no hizo nada. En esta cultura —era la continuación de un pensamiento interrumpido anteriormente— no era necesario. La vista siempre se guiaba por la pantalla táctil, el libro electrónico o el monitor interactivo más cercanos.

Stix siguió su mirada. Observó fijamente la computadora de la marina, el caos azul plateado en su antigua pantalla, que se había transformado lentamente en una masa de humo.

Entre los restos flotantes y la madera a la deriva en ese río de humo gris que, a medida que la cámara se movía y enfocaba —siempre había una fuerte impronta en esas fotos, se dio cuenta ahora—, se distinguían las partes

superiores de sedanes negros, con trozos de circuitos o acero soldados en formas simbólicas sobre los capós. Sedanes cuyos conductores yacían inmóviles, con la cabeza apoyada contra el volante, los reposabrazos o los paneles de las puertas.

Donde el río de humo se hacía menos profundo, ella distinguió rodillas, o talones, u hombros, doblados como los humanos se doblaban cuando perdían el conocimiento.

Y el río fluía cada vez menos, porque no era un río, sino una extensión gris que había sido bombeada a través de las paredes derruidas de aquel cañón, sobre las que antaño la gente había construido jardines, escenarios, pasarelas y balcones.

Y finalmente, el río también quedó inmóvil, como si sus moléculas se hubieran alterado, unido, solidificado en algo tan sólido e insensible como el hormigón.

La cámara se detuvo un instante en esa escena —piedra gris, cuerpos atados de un gris más oscuro— y luego siguió con la mirada las paredes negras para perderse en la niebla que lo confundía todo con su paleta similar y limitada.

—Avenida Nimitz —susurró Stix—. Joder, si es verdad, no han perdido el tiempo.

A Soledad todavía le dolía el estómago, y la visión de esa pesadilla no ayudaba en absoluto. No tenía por qué mirarla,

iba a apartar la vista, pero el problema con los vídeos del yanqui era que la calidad de producción era buena: conocían el secreto para captar la atención, y el secreto era: mantener la acción en movimiento.

Y el gris estaba cambiando, volviéndose más oscuro, mientras que al mismo tiempo aparecían vetas de colores más cálidos, hasta que de repente la cámara salió de un banco de niebla y se lanzó en picado sobre un fantástico caos de palmeras y espinos y callejones y muros de estuco pintados de azul, naranja y amarillo; tejados de tejas romanas, muchos de ellos construidos en torres tambaleantes y pisos adicionales; todo ascendiendo como una ola suicida de detalles por una empinada colina volcánica, tratando de huir de la mucho mayor locura del fuego rojo anaranjado y su humo oscuro que se elevaba y rugía en tantos lugares que el helicóptero, o lo que sea que tuviera montada la cámara, tenía que inclinarse, ascender y descender continuamente para evitar los muros de la conflagración, cuyas cortinas de humo se intensificaban con mayor furia por culpa de La Loca.

Porque sí, era La Loca; sí, era Bamaca. No dejaba de vislumbrar lugares familiares: una instantánea lejana de la Ciudad Amurallada, un rincón del puerto pesquero y —se le congelaron los pulmones— una toma pausada de una terraza, con columnas jónicas que sostenían una pérgola de uvas, un puente delgado que conectaba ese tejado con una

de esas viviendas apiladas de al lado, un tejado coronado por dos chasis de VW.

La cámara se detuvo con cariño en los altos ventanales de la terraza. Sus largas cortinas ondeaban mientras el fuego envolvía toda la estructura, el edificio de Jorge, el de ella. De las aberturas brotaban brasas brillantes, fragmentos de pequeños barcos que estallaban liberados de sus botellas, ceniza gris de guitarras como los restos de la música; tinta azul hirviendo, portaplumas en llamas como pequeñas antorchas. Todo se transubstanciaba en un río de hedor que fluía a través de las ventanas empañadas del estudio, su sala de piano, hacia el tapiz de humo y llamas aún mayores que formaban el cielo sobre el agonizante *cruce.*

Los guacamayos, atrapados en sus jaulas, gritaban mientras eran devoradas por el fuego.

Se dio la vuelta y se puso en cuclillas contra otra estación de trabajo, con los brazos pegados al estómago. Stix dejó caer el teclado y se agachó a su lado. La rodeó con los brazos por los hombros, protegiéndola. A ella no le importó, apenas se dio cuenta.

—Soledad —insistió—, vamos a sacarte de aquí.

Negó con la cabeza, más como un comentario que como una negación. Su mente seguía anclada en lo que no recordaba; ¿lograron los *guaqueros* sacarla a escondidas por

una de sus rutas seguras antes de que todo se incendiara? Pero Stix no podía saber la respuesta a esa pregunta.

—Tienes *que* salir —insistió—. Igual que la última vez. Funcionó una vez, te subiremos al *Razzle–Dazzle,* no importa si es tarde, ya sabes que siempre llego tarde, pero al final todo se soluciona.

—¿Tú también vienes? —preguntó con voz ronca.

"Ahora no…"

“Entonces no voy.”

—Voy a ir más tarde —dijo—. Tengo un montón de cosas que hacer primero.

—Me quedo —insistió, y alzó la vista hacia su rostro, observando sus mejillas regordetas, el suave color ocre de sus ojos, no con afecto presente, sino guardándolo para cuando la emoción clara volviera a ser posible—. Ya no me voy. No me voy de aquí. No de la gente que... a la que podría amar.

—No te amo, Stix —añadió rápidamente. Al verlo estremecerse un poco, pensó con ironía en lo vulnerables que eran las personas que, en medio de un ataque masivo, aún podían herir a este hombre con una frase vacía—. Podría *amarte* —continuó.

—Pero no quiero —añadió con vehemencia—. Estoy *harta* de dejar lugares que me hacen bien y donde encajo. ¡Ay, ¿entiendes?! Este lugar… —Se detuvo, de repente confundida, al recordar otra promesa que había hecho hacía poco: volver a Bamaca y encontrar a Dolores.

Sin duda, eso significaba, lógicamente, que debía escapar de ese punto, abrirse camino como pudiera y regresar por donde había venido. Las fronteras serían mucho más fáciles de cruzar yendo hacia el sur.

Cerró los ojos y vio al instante, en la sala de proyección de su mente, aquella ventana del salón del piano de Jorge vomitando chispas y papeles carbonizados. Sintió la cabeza llena de cenizas y chispas también, cada una una emoción a medio consumir, un pensamiento inacabado, como este: si Fernsehen asesoraba a BON, y creía que el *cruce de Bamaca* era el gemelo subconsciente del nodo de Oakland, y si de alguna manera se le permitió venir aquí —una agente provocadora, como pensaba Will, aunque sin saberlo—, *entonces, ¿cuál demonios había sido su verdadero papel en esta historia?*

Si realmente era una agente provocadora, eso podría responder a una pregunta anterior sobre cómo había escapado de Bamaca cuando casi todos los demás estaban atrapados: porque F2 la *dejó* escapar, para que pudiera huir hacia el norte y llevar el virus de la muerte de Bamaca a este *cruce* del norte. Lo que significaba —y aquí venía una

deducción secundaria, como un mensaje inesperado del subconsciente— que quienquiera que la hubiera dirigido a Oakland también había sido un agente de F2. Sabía que alguien la había dirigido, pero el nombre de esa persona estaba fuera de su alcance, ligeramente más allá del alcance de su memoria.

Apretó los ojos con más fuerza para resistir aquella música obscena. Antes todo era mucho más sencillo y tranquilo. Cuando la tensión emocional era demasiado alta, cuando la tormenta arreciaba, simplemente metía la ropa en una bolsa, enganchaba el Fourneaux–Dallape y se marchaba.

Y después nunca volvió a pensar mucho en ello, al menos no de forma consciente.

Su padre. Jean–Philippe. Miguel. Jorge. Había imitado deliberadamente a su madre al marcharse, para castigar a los demás como Irena la había lastimado, para lastimarse a sí misma sobre todo, porque los niños siempre cargan con la culpa y se castigan a sí mismos, era algo inherente a su condición. Esto era un tema recurrente en psiquiatría, uno que había aceptado hacía mucho tiempo y que, amparándose en su autoconciencia, había ignorado alegremente desde entonces.

Lo novedoso aquí —todo había comenzado en Bamaca, cuando subió al Lo Pano y pronunció aquel discurso

insensato y, en última instancia, peligroso— era su negativa a seguir ese patrón.

Se removió en los brazos de Stix, deseando que dejara de abrazarla, temiendo la retirada del contacto. Él también se movió, miró con nostalgia su jambook, pero no la soltó.

Sin embargo, ¿acaso quedarse no formaba parte de ese patrón, en cierto modo? Porque incluso si lo rechazaba en lugar de aceptarlo automáticamente, seguía, por antífona, la melodía del dolor inicial y el patrón de huida que se derivaba de él.

Lo único que sabía era que estaba harta, muy harta, de tener que elegir. Había dormido plácidamente en los brazos de Stix la noche anterior, pero ahora se sentía tan agotada que incluso tumbarse frente a ese ordenador enemigo ponía a prueba sus reservas de energía.

La máquina vibraba contra su columna vertebral. Su ruido le taladraba los pensamientos. El ritmo era aún más fuerte que cuando regresó del baño; más estridente, más repetitivo también. Se oían aullidos de animales salvajes de fondo. Una explosión, no cerca pero tampoco muy lejos, sacudió la estación de trabajo y el suelo de hormigón sobre el que se apoyaba.

Se puso de pie con dificultad. Stix la ayudó a levantarse. Ella se aferró a él y lo arrastró lejos de las terminales, de vuelta al dormitorio.

Stix apartó suavemente los dedos de ella de su brazo y la dejó deslizarse contra uno de los pilares del tanque de pruebas hasta el suelo.

—Tengo que irme, Soledad —dijo—. Cuando empiecen los disturbios, van a enviar patrullas por todas partes, incluso podrían enviar una aquí, por lo que hice ayer. Suspiró.

“No voy a obligarte a irte si de verdad no quieres. Aquí no se acostumbra a eso.”

—Stix —dijo ella, mirándolo, y de repente sus ojos ardieron por las lágrimas que amenazaban con brotar—, no sé qué hacer. No quiero dejarte. No sé adónde ir.

—Pero no lo haces —dijo Stix en voz baja—. No abandonas a la gente que te importa. Ni siquiera los lugares. Si de verdad los quieres, de alguna manera, siempre se quedan contigo.

—Ya sabes cómo es la televisión —añadió—. La gente solo existe en las historias que uno se inventa sobre ella. —Se dio una palmada en la mano con el puño—. Tengo que irme de aquí ya.

Abrió la puerta, que Soledad había cerrado deliberadamente, y regresó a la sala de control. Y la música se hizo más fuerte. Pero ni siquiera la maldad suprema de la que emanaba y que encarnaba esa música afectó a Soledad como lo había hecho cuando estaba junto a la estación de trabajo.

En parte se debía a la mayor distancia, pero en parte era la sensación que Soledad tenía ahora de ir más allá de su fatiga, a través de capas de agotamiento del alma de las que ni siquiera sabía que era capaz, y de abrirse paso hacia una especie de espacio vacío e incoloro donde, por la gracia de la indolencia absoluta, estaba exenta de las leyes de la gravedad, de cualquier atadura o atracción, sin importar su origen; tan cálida, desprevenida y flotante como el pequeño feto que yacía en su útero, boca abajo o boca arriba no significaba nada, lo único que contaba era el constante murmullo del latido del corazón de su madre y la certeza, integrada en su propia estructura, de que ese latido nunca desaparecería.

Ahora soy madre, pensó Soledad. Ya no puedo irme. Vio el rostro de Irena como lo había visto por última vez, en la penumbra del túnel de la puerta trasera. Reconoció, en la misma parte de sí misma que sostenía al bebé, que su madre también se había sentido así. Quizás la noche después de que el estudio se incendiara, se había parado junto a la cama de madera de serpiente de Soledad, había mirado a su hija y había pensado exactamente lo mismo, el significado que

Soledad buscaba, la comprensión que intentaba evitar, sin importar cuántos mentirosos hubieran usado esas palabras antes, la verdad: *Nunca lo abandonaré de verdad.*

Y eso, se dio cuenta Soledad, lo cambió todo:

Porque cuando dejas de lado las palabras y las recriminaciones, el quién abandonó a quién y quién se quedó atrás, lo único que importa es que hayas ayudado, ya sea con tu presencia o con tu ausencia, a quienes necesitaban ayuda.

En el caso de Soledad, las personas que había decidido proteger —el bebé y Dolores— eran aquellas por cuyo bien debía huir de Oakland para poder ayudarlas mejor. Fuera del alcance de las explosiones y de la pesadilla de niebla y asesinatos que arrasaría la zona en las próximas horas.

Tendría que llevarse a Stix y Molly con ella, tal como Stix se lo había descrito: historias que le harían sonreír o llorar, según el caso. Era el orgullo y el dolor de estos enclaves lo que hacía que sus habitantes exigieran, y se les concediera, el derecho absoluto a hacer lo incorrecto en cualquier momento.

Se oyó otra explosión, mucho más fuerte. Polvo gris silbaba del techo en resbaladizas volutas. La luz brillaba con un tono naranja turbio, para luego atenuarse contra el cartel de Churchill. NUNCA NOS RENDIREMOS. El resplandor fue tan

breve y tenue, filtrado a través de tres ventanas cubiertas de hollín, que Soledad no pudo estar segura de si fue un resurgimiento de las llamas lo que la impulsó a ponerse de pie de un salto. Finalmente, había perdido por completo la poca capacidad que le quedaba para tolerar el fuego.

Abrió la puerta corrediza y regresó corriendo a la sala de control. El polvo levantado por la explosión formaba un halo alrededor de cada luz. La pantalla de la pared donde había visto a Zatt antes era ahora una mancha de colores entre la bruma. Stix, ajeno a los ecos de la segunda explosión, permanecía de pie con una ventosa a medio bajar sobre los ojos, ajustando el joystick de su jambook, siguiendo lo que sucedía en la parte superior de su pantalla.

Se detuvo tras él, tosiendo por el esfuerzo y el polvo. Él se levantó la visera y la miró fijamente a la cara. —Bien —dijo. Ya puedes irte. Ella creyó ver una pizca de decepción en su mirada.

Apartó la mirada. Y, como si el cambio de rumbo que conllevaba la decisión desbloqueara otro canal reprimido de su memoria, tuvo un breve pero nítido vistazo de Haddad entregándole la orquídea de fuego después de su discurso en Lo Pano; Haddad le dijo que la noticia de lo que había hecho algún día llegaría hasta un *cruce* en California.

Haddad, en casa de Pytagoro, el día en que todo ardió, le había contado la mentira que la llevó al convento y a la tortura a regañadientes del mayor Uraba.

El descubrimiento no fue muy importante y, finalmente, volvió a mirar a Stix y asintió.

—Bien —dijo Stix de nuevo. La palabra salió aguda y forzada. Desconectó el jambook y se lo echó al hombro—. ¡A bailar!

Subieron al ascensor. Ella se contuvo, no quería hacerlo —habían cortado la luz en casa nada más levantarse—, pero él la miró con cierta ternura y le dijo: «¿No lo entiendes? Con todo lo que han invertido en propaganda televisiva, lo último que cortarán aquí es la luz».

El suelo de la fábrica estaba cubierto de polvo fresco. Algunos ladrillos se habían caído. Y la mayoría de las máquinas habían desaparecido. Solo quedaban la mano gigante y el Jesús reptante, con aspecto confuso y abandonado ante la ausencia de sus compañeros mecánicos, en medio del caos de bancos de trabajo, estanterías, sombras errantes y los primeros rayos de luz del amanecer que iluminaban el interior del antiguo taller de torpedos.

No dijo nada, aunque sintió una oleada de tristeza que, por supuesto e inevitablemente, le recordó a Bamaca, el último lugar donde había experimentado una sensación de pérdida

similar. Su corazón, ya ingenuo, se había acostumbrado a este lugar, a estas máquinas surrealistas. Sabía que el amor propio estaba en juego, la añoranza de su seguridad, un refugio que pronto desaparecería salvo por lo que lograba conservar en su memoria, en sus sueños.

Esta vez, en lugar de ir por una puerta lateral, Stix cojeó directamente hacia las enormes puertas centrales de la fábrica. Ella se dio cuenta de que no sabía por qué cojeaba, nunca le había preguntado. Había supuesto, en algún momento, que era algo que su padrastro le había hecho, porque fue Will quien lo confrontó físicamente.

Quizás existían algunas cicatrices cuyo origen nadie debería conocer.

Una de las puertas estaba entreabierta. Y el resto de las máquinas estaban alineadas afuera, entre la bruma relámpago: un cohete inodoro verde, el marinero que gritaba, el lanzador de cadáveres de caballos; temblando mientras sus diversos motores giraban y los diferentes programas en el libro de Stix activaban el retardo en uno y probaban los servomotores eléctricos en otro.

Ya estaba abriendo la tapa del motor de la máquina de desollar, mirando un indicador y pateando un compresor. «Típico americano», pensó Soledad. «Cuando las cosas se estropean, intentan arreglarlo todo trasteando con la maquinaria».

Los observó durante unos segundos: el cannoli gigante, el dragón de tiro al blanco, la maqueta del autoRodan. La tristeza que había sentido un minuto antes adquirió ahora tintes de auténtico afecto, porque comprendía esos mecanismos. Comprendía la lógica de tracción lateral de intrincadas correas y engranajes que giraban y se movían —siempre con retraso y ligeramente descentrados— para hacer funcionar algo que no tenía ninguna utilidad; los movimientos ridículos de sus figuritas y esqueletos; la gran violencia y el ruido que producían, que los llevaba a girar en direcciones extrañas, a lanzar calamares, a chocar entre sí, a salpicar crema; sobre todo, la gran referencia que se hacían a sí mismos, por sí mismos, a través de la exageración, la sorpresa y las caídas.

Como toda buena máquina, solo refleja facetas de su creador.

Se mantuvo firme, resistiendo el dolor en las caderas. Tenía los ojos secos, pero no podía mirarlo. Quizás él sentía lo mismo, porque se acercó por detrás, deslizó los brazos bajo sus pechos y apoyó la barbilla en su hombro.

—Te veo después —empezó él, pero ella negó con la cabeza, pensando en las palabras de Molly, en lo peligrosas que se habían vuelto las organizaciones. No quería seguir adelante con esa idea, y lo que dijo fue: —No, por favor, no me hagas promesas. No quiero promesas; solo quiero que digas lo que dijiste antes.

“¿Antes de cuándo?”

“Que en realidad no nos separamos. Cuando dijiste que vamos juntos.”

—Intentaba sacarte de aquí —dijo—. Solo era cierto a medias.

—Pero es la mitad que quiero.

—Está bien, Mujer Misteriosa —dijo suavemente—. Nunca abandones a la gente que amas. Sus brazos la rodearon con tanta fuerza que ella sintió miedo, de repente, por el bebé, y se giró, arqueando la espalda, sintiendo su cuerpo contra el suyo. Lo besó rápidamente en los labios.

—El tirón —insistió suavemente—. Lárgate.

—No estoy segura —comenzó— de conocer el camino...

—Ya sabes, Soledad —la interrumpió—. Siempre lo supiste.

La soltó y volvió a sus máquinas, dirigiéndose directamente al lanzador de cadáveres, que claramente tenía un problema de sincronización porque vibraba y temblaba de forma irregular, de modo que su ruido a veces coincidía con el ritmo discordante que ahora emanaba de los subwoofers modificados que se encontraban en el callejón.

Sacando un destornillador del bolsillo, deslizó la parte superior de su cuerpo bajo el chasis tembloroso, fuera de la vista de Soledad.

Tras observar durante un par de segundos sus botas de trabajo, que estaban agrietadas en el empeine, se dio la vuelta y caminó rápidamente por la calle que conducía al puerto.

Stix tenía razón. Ella sí conocía el camino. Los callejones principales y los pasajes más transitados del nodo, sin que ella lo supiera, se habían grabado a fuego en sus vías neuronales durante los últimos días.

Al principio, los callejones parecían extrañamente silenciosos, como si la niebla contuviera algo que ahuyentara a la gente; árboles que se mecían solitarios desde los balcones, cajas abandonadas junto a los muelles de carga. Tantos se habían marchado, pensó, y se alegró.

Los paneles de control seguían activos, y seguirían estándolo, incluso cuando su gente se hubiera ido. Muchos seguían ocupados con conceptos de nodos: puentes condenados, los rostros inclinados de reyes muertos, un coro en el almacén de bajos cantando Orff. Pero varios ahora también reproducían imágenes impostoras atascadas en los circuitos de los nodos por servidores sobrecargados o robados: una multitud de yanquis de ojos brillantes simplemente riendo, al principio de forma normal, luego

cada vez más obsesivamente; una toma de una prisión, con un letrero que decía OAKDALE FEDERAL PENITENTIARY / FEDERAL OFFICE OF NATIONALIZATIONS / VIOLATIONS DEPT; puertas cerrándose de golpe; una vista aérea del nodo mismo, un mosaico ultravioleta de fríos colores azul y verde con grupos de cosas rojas gigantes aferrándose a cuatro puntos calientes en el perímetro; seguramente retocada con Photoshop, pensó. Y cosas mucho peores, disparos tan rápidos que solo se registraban en fragmentos: una mujer destrozada, algo hermoso y violeta aplastado en mierda, algo vivo y con tanta agonía que deseaba estar muerto. El concepto de ceguera. Una gota de soledad violeta tan pura y destilada que podría matar una ciudad. Un bar de música enfermiza, fría y tan fuerte que, si alguna vez se tocara, congelaría para siempre cada átomo de aire del planeta.

El sonido en estos paneles de vídeo era bajo en los dos primeros callejones por los que Soledad transitó. Pero era muy consciente de que el volumen aumentaba a medida que se acercaba a la avenida de cadmio azul que conducía a la subestación subterránea, un sonido que podía ser real o artificial, pero que en cualquier caso era lo suficientemente discordante como para asustarla más que las explosiones mucho más fuertes que ahora se oían regularmente desde la dirección del Muro de Automóviles.

Sin previo aviso, un ruido completamente distinto surgió desde arriba, a la izquierda, y ella se quedó paralizada porque era la canción *"Souche",* o más bien la variación —la

reconoció de inmediato— que habían improvisado en el almacén de bajos de allí. Pero claro, la habían robado, claro que los Dead la habían envenenado, habían sampleado sus notas puras para convertirlas en un tema vulgar de película de terror, la habían mancillado con jingles de productos de fontanería, la habían hecho apestar con ruido grabado en un matadero. Se encogió bajo un balcón cubierto de hierba de San Juan, y con el rabillo del ojo vislumbró una cosa negra–marrón con turbinas gemelas, alas de murciélago y una cámara ambiental bajo su fuselaje. El ruido aumentó por un segundo hasta un tono insoportable, luego se desvaneció mientras el zumbido desaparecía sobre el horizonte de edificios, y se esfumó.

Maldita sea, odiaba esto. Se quitó las manos de las orejas. Le temblaban como las de una anciana. A cincuenta metros de la avenida, un olor extraño le llegó a las fosas nasales, algo metálico y dulce, un sabor agradable por fuera y asqueroso por dentro, como el desinfectante de los baños de las áreas de descanso de la autopista, pensó. Le dio un ataque de tos tan fuerte que tuvo que parar.

Cuando su tos disminuyó, notó que el color de la niebla en la avenida había cambiado, se había vuelto ligeramente rojizo entre los pliegues grises que subían y bajaban con el susurro del viento a lo largo del eje azul de la avenida. Lo que vio entre esos pliegues —a estas alturas no le sorprendió en absoluto, sino que fue algo casi bienvenido, como la armonía de la mano izquierda para la melodía que tocabas con la

derecha, una imagen especular yanqui de ese vuelo por Teton Hill— lo que vio fue gente trabajando arduamente hacia el puerto, lejos de la masa de talleres. Padres empujando a sus hijos sobre fardos de marimba o cajas de husillos de computadoras; hipsters luchando con zapatos equivocados; TeeDees arrastrando cadenas de equipos de comunicaciones rotos; kuduranos con capas y gorros que podrían ocultar su deformidad fuera del muro; Mujeres con cochecitos de bebé, gatos enjaulados, hámsteres enjaulados, mientras que, como una contracorriente, Impalas y Crown Vics negros modificados, repletos de Putas y algunos escuadrones de Navegantes y algún que otro Proto–Panther, se movían hacia el humo creciente, hacia un repentino reflejo de llamas que iluminaba la niebla desde dentro, hasta que la explosión se desmoronó sobre sí misma y la única luz que quedó fue el resplandor cianuro de las pantallas de vídeo cooptadas y el índigo del cadmio, y el brillo de las lámparas, las pantallas de vídeo y las velas que aún permanecían encendidas en los almacenes abandonados.

Eso, y unos dedos increíblemente delicados de luz rosada que apuntaban como los dedos de un dios desde un lugar alto invisible y jugaban entre los refugiados y las chatarras de Putamadre.

Un estruendo de pequeños cohetes rompió la cacofonía cercana. Uno de los coches Puta se estremeció, echó más humo de lo normal y se detuvo en una nube de polvo azul.

La gente se dispersó, no como lo harían normalmente por miedo, sino como si hubieran perdido la convicción de sus acciones y actuaran mecánicamente, lentamente, como en el Tai Chi. Buscando comprensión en la medición del tiempo.

Una madre metió a su hijo en el refugio de una puerta, con naturalidad, y se sentó. Le tomó quince segundos.

Un hombre corría con tal desinterés que ni siquiera apartó los pies de su propio camino y cayó cómodamente sobre la basura y los adoquines para tumbarse allí en el cadmio, observando la niebla. Un Putamadre levantó su Glock y luego miró con incredulidad el muro de contención a su lado, donde el rostro de Will Grammaticos apareció en un relieve digital preciso: Will con una gorra de la División SS *TodesKopf* en la cabeza y mil tarántulas entrando y saliendo de su boca. La banda sonora reproducía, simultáneamente, una canción de fútbol repleta de obscenidades sin sentido y una *Marsellesa* destrozada por bandas de bomberos.

El arma del Puta se disparó de todos modos, al aire.

La niebla se agitó como si algo grande la hubiera atravesado. Tenía que haber una causa y un efecto, pero al final no estaba claro ni era demostrable por qué un Navigator colgaba inmóvil y boca abajo de otro coche humeante. El rostro digitalizado de Will saltó de la pared a la pantalla, siguiendo a los ahora desorganizados Putas y Navigators mientras se alejaban por diferentes calles.

Alguien gritó, no de terror, sino como si fuera necesario, algo en lo que el director había insistido. Incluso los miembros de la pandilla, con su disciplina despreocupada, se movían cada vez más despacio a medida que el gas rojizo hacía efecto.

Soledad se giró y regresó por donde había venido, más despacio de lo que quería, pero sin apenas demora entre la decisión y el movimiento. Por eso supo que el gas no se había disuelto profundamente en su torrente sanguíneo.

Otro dron pasó por encima. Apenas lo notó. El aire parecía más limpio en esa dirección. Durante unos pasos, sus sandalias le parecieron muy pesadas, como si estuvieran llenas de arena. Tan pronto como llegó al aire más limpio —podía saborearlo en su boca, el dulzor desaparecido, la niebla con sabor a agua, metal, plantas descuidadas, basura y petróleo, como el resto del nodo, y además era más frío— la brecha entre lo que deseaba y lo que su cuerpo era capaz de hacer comenzó a reducirse. Trotó hasta el siguiente callejón, giró a la derecha, luego a la izquierda, corriendo ahora, avanzando en ángulo recto hacia la bahía, hacia la entrada más pequeña que Stix había usado la última vez que había estado en *Razzle Dazzle;* hacia los túneles subterráneos donde el gas somnífero aún no habría penetrado.

Tenía en mente un esquema vago, un plan cambiante que le permitía huir de la explosión, el ruido de los helicópteros y el olor a gas mientras se acercaba a la base, pero no

conocía el punto lo suficientemente bien como para evitar problemas por completo. Al cruzar un callejón, vislumbró un pelotón MOUT completo en operación, hombres con máscaras de gas empuñando pistolas .45 con silenciador mientras descendían en rápel desde helicópteros color oliva.

Soldados con uniformes idénticos, que emergían de las alcantarillas, eran izados como por arte de magia mediante finos cables hasta las ventanas de arriba.

En el centro, un vehículo negro y abultado flotaba sobre un colchón de aire. Era un tanque flotante cubierto de hocicos y radomos. Sus altavoces acribillaban Shift Shin de tal manera que el sonido no solo era discordante y desagradable, sino que también estaba sincronizado con imágenes robadas en las pantallas flexibles que protegían la falda del aerodeslizador: composiciones digitales de Mojo rascándose los dedos de los pies y Zatt babeando sobre brillantes imágenes de bellezas táctiles, sincronizadas también con el ritmo de ida y vuelta de los dos escuadrones MOUT que ahora avanzaban, uno tras otro, el primero saltando por encima de los almacenes, talleres y jardines hidropónicos que bordeaban esta calle, para luego detenerse y proporcionar fuego de cobertura desde azoteas y puertas al segundo.

Y luego, cuando la calle estuvo despejada, volvieron a subir a bordo del helicóptero y el tanque, y se alejaron a toda velocidad entre la niebla.

No hay esperanza, pensó, retrocediendo encogiéndose al doblar la esquina del callejón. Nada podía resistir un ataque de gente que manipulaba el ritmo con tanta facilidad. Ni la multitud agrupada alrededor de un pastor hoffaísta que agitaba frenéticamente fichas de dinero para pagarle a Jesús y evitar esta perdición; ni el lanzador de calamares de Stix, inmóvil en medio de un círculo de bombas fétidas que había estado lanzando, con marcas negras de fuego manchando su maquinaria; ni el grupo de contrabandistas y piratas de marihuana parados en una niebla limpia a solo unos metros de la rampa de entrada secundaria a la base de submarinos.

Se cerraron en formación protectora cuando ella se acercó. Rostros duros y desesperanzados, enojados y acobardados. Uno de ellos se hizo a un lado para que ella pudiera ver lo que protegían: un cuerpo acurrucado sobre el asfalto desmoronado; un delantal arrugado, la túnica de un cazador.

Peto vaquero, botas de trabajo con cordones hasta la mitad.

Un largo mechón rubio en la frente.

Soledad entró en el círculo.

El rostro de Molly estaba pálido, sereno e inmóvil. Sus ojos miraban la niebla como lo hacen las personas cuando miran hacia adentro, como si hubiera estado tratando con calma de rastrear el recorrido del proyectil entre el momento en

que abrió un agujero púrpura perfecto en el centro izquierdo de su frente y el momento en que salió en un amasijo de fragmentos malva por el otro lado de su cerebro.

—Dijo que me vería más tarde —dijo Soledad, dirigiéndose al hombre que la había dejado pasar.

La monja no respondió, solo la miró «curada», desprovista de empatía.

“Molly. Eso fue lo que *dijo.”*

Soledad no tenía ni idea de por qué decía eso. No negaba la muerte de Molly. No descartaba el peligro de que un francotirador pudiera estar al acecho, incluso ahora, entre los tejados desde donde había apuntado a Molly. No podía superar su asombro ante la magnitud y la realidad de las palabras de Molly: su voz, su entonación y su tono, mientras la mujer que las había sentido y pronunciado yacía con el cerebro hecho papilla, derramándose por agujeros en su cabeza hasta el asfalto a sus pies.

—Nunca debiste haber venido aquí —murmuró uno de los piratas de marihuana, un hombre.

—Fue gracias a usted —dijo un joven.

“Stix solo intentaba impresionarla”, añadió la mujer, “con ese pájaro tan elegante”.

Un tercer hombre completó la idea: “Le dio a Will lo que necesitaba. Una razón para empezar a disparar. Y mira lo que pasó”.

Soledad los miró a ambos. Sus palabras no la habían comprendido. Era como si hubiera perdido la capacidad de entender el inglés con sentido. Jadeó en busca de aire; una vez más, se había olvidado de respirar. Se arrodilló junto al chef del restaurante y tocó el riachuelo de líquido púrpura que brotaba del agujero en la frente de Molly, pensando: «Tiene sentido que nuestra sangre sea púrpura si nuestras lágrimas son azules». Pero lo que realmente sentía era una profunda soledad, porque Molly le había dado pastel, y ahora Molly jamás volvería a preparar postre para nadie.

Entonces se puso de pie y se limpió el líquido morado en las medias. La conveniente monomanía de la evasión había vuelto, como una amiga obsesiva; alguien que reemplazaba la incertidumbre con la duda, la esperanza con la acción, una droga. Realmente había perdido el hábito mientras se sentía segura en este lugar.

Se preguntó —era solo un pensamiento fugaz— si esa pequeña bajada de la guardia de refugiada era lo que le había permitido soñar con Bamaca en el nódulo.

Pero no llevaba tanto tiempo en el nodo como para haber olvidado cómo huir cuando fuera necesario.

En cualquier caso, ella reconocía los hábitos de fuga e incluso los acogía con agrado. Ser refugiado no implicaba decisiones difíciles, y por lo tanto, carecía de dimensión moral. La única decisión que quedaba era simple: huir o ser atrapado.

Bajó rápidamente por la rampa, atravesó la escotilla y entró en el mundo con sabor a algas de la base subterránea.

Después de eso, fue casi fácil. Las pantallas de vídeo que aparecían de vez en cuando en los extensos túneles le proporcionaban la luz justa para poder avanzar.

Es más, alguien prestaba atención a los ritmos extraños que esos soldados de MOUT usaban como lógica rectora y electrocardiograma de su ataque. Porque los técnicos del nodo habían defendido esta parte de su Wildnet con antígenos cibernéticos, o tal vez habían reconquistado este sector, para mostrar toda una serie de entornos de Polis donde niños desnudos usaban varitas para crear patrones de luz en las habitaciones de la torre. Las estructuras se reflejaban en el clima que mantenía a una flota de invasión (largos barcos de metal como pájaros rojos) golpeando inútilmente fuera del muro del puerto.

También había fragmentos de talleres de husillos de nodos, una cena de Acción de Gracias en la fábrica de motores, una escuela de Hawkley y un grupo *afroperuano* interpretando el tercer movimiento de *"Souche".* Incluso

había un fragmento de ella misma en el almacén de bajos, llorando desconsoladamente mientras tocaba, hasta el punto de que el marfil de su Hohner se había vuelto ligeramente azulado. Verse así no la sorprendió. Sabía muy bien lo adictiva que era *"Souche",* incluso para otros, y se encontró tarareando la tercera estrofa, luchando contra el desgarro en sus pulmones provocado por el gas somnífero de color gris rojizo.

ah, pero tenemos nuestros barcos,
nuestros trenes nocturnos, nuestros aviones
para mostrarnos lo que hemos perdido.

Pasó junto al corral submarino que había visto por primera vez cuando Stix la llevó en la bicicleta araña por esa ruta, y la invadió una enorme e inesperada ola de nostalgia por aquel momento, solo cuatro días antes, cuando Molly había estado mezclando crema batida y el nodo era nuevo para ella y estaba lleno de posibilidades.

Qué oscuro es el cono del volcán
Desde tal distancia,
qué perfecto el círculo de este puerto,
cuánto me amaste.

La música le infundió valor y también un ritmo que le permitía sortear montones de chatarra. Una luz azul apareció al final del túnel; aceleró el paso, pensando que era

el remolcador, pero luego aminoró la marcha. La luz estaba claramente en movimiento.

a mil leguas de distancia

(la canción no moriría en silencio)

calentado por un vino extranjero
finalmente
Recuerdo

Mientras la luz pasaba frente a una pantalla de vídeo, ella distinguió el perfil bizarro de la retorcida silla de ruedas de Zatt, con sus teclados y monitores improvisados, y al propio lisiado, encorvado mientras manejaba su vehículo a toda velocidad. Se quedó un segundo atrás; aquel tanque flotante la había impresionado, la forma en que capturaron a Will y lo caricaturizaron en las pantallas protectoras para que todos lo vieran. Con la inteligencia y los recursos que parecían poseer, ¿no podrían los enemigos de los nodos haber creado una réplica de Zatt y enviarla para añadir una dimensión infernal a su retorcido plan?

Pero oyó un murmullo y un tarareo que no eran suyos. Era el sonido que el lisiado de piel amarillenta emitía cuando realizaba una tarea rutinaria y pensaba en otra cosa.

Así que corrió a toda velocidad sobre la superficie cubierta de algas de las rampas. Lo alcanzó en un cruce de caminos, al otro lado de un muro de contención que, según ella,

estaba cerca del muelle donde estaba amarrado el remolcador. Él se sobresaltó al verla y giró bruscamente su máquina hacia un cúmulo de escombros que habían salido de la entrada de un túnel a la izquierda.

Desde allí se oía un profundo rugido de diésel. El remolcador no estaba lejos. No se dijeron nada. Ella, de todos modos, estaba sin aliento. Él puso el motor eléctrico en reversa y, cuando la silla se atascó con escombros, ella la apartó. Ambos estaban totalmente concentrados en el diésel, en su objetivo inmediato al final del túnel, por lo que no oyeron el roce de la maquinaria ni se percataron de las figuras que se deslizaron, girando lentamente, desde una escotilla abierta en la parte superior del túnel y cayeron silenciosamente sobre el hormigón detrás de ellos.

El primero era delgado, el segundo todo lo contrario. Frenó su caída con un mecanismo que emitió un breve zumbido, golpeó el suelo con unas botas duras cuyo crujido llamó la atención de Soledad y Zatt al mismo tiempo: él cambió a una toma de vídeo retrocedida, ella se giró, alcanzando a ver brevemente a un gigante metálico brillante y a un soldado alto y delgado en el suelo.

Un par de gigantes más descendieron en rápel desde la escotilla para bloquear su escape.

Dos de los gigantes hicieron estallar simultáneamente porras aturdidoras que les llenaron los oídos de ruido y los ojos de acetileno.

Soledad retrocedió instintivamente. Zatt la sujetó por la cintura y la arrastró con sorprendente fuerza a través de las dolorosas barras y pantallas blandas de su silla de ruedas, hasta el acolchado de revistas en su regazo. Aceleró a fondo. Soledad no podía oír nada por encima del zumbido de la porra eléctrica. Solo veía lo que el magnesio le había grabado en la retina: hombres blindados, los mismos que había visto en aquella celda de Santa Karen. Incluso en esa fracción de segundo los reconoció con certeza: los ojos de chacal de las gafas de visión nocturna infrarroja, los hocicos de las máscaras de guerra química, los succionadores láser. Y había más, estos monstruos estadounidenses eran todo equipo: mochilas con lanzagranadas y lanzallamas, cinturones llenos de cargas explosivas y ropa de agarre y dispositivos para derribar puertas, además de acolchado de Kevlar y minicámaras para que pudieran ver 360 grados y aun así absorber el fuego inesperado.

En cierto modo, no era nada nuevo. Lo sorprendente —lo que la impactó más que la porra eléctrica— fue la alta capitana de la unidad de operaciones especiales, vestida de negro, de pie junto a ellos. Porque, aunque lucía muy diferente con su mono del SAS y botas de combate; aunque llevaba una .45 con silenciador en lugar de un bolso anticuado, y su rostro, en lugar de estar muy maquillado de

un lado y nada del otro, ahora era uniformemente gris con pintura de camuflaje; sin embargo, la capitana era mestiza, y sus rasgos eran los de la prostituta electrónica que le había ofrecido a Soledad un trabajo efímero en la sala de juegos hápticos de San Francisco.

Lo cual añadió un par de factores más a la ecuación, pero no había tiempo para eso ahora. La silla de ruedas de Zatt podría superar en velocidad a los Nightcrawlers[23] con blindaje restringido: jamás podría evadir a un oficial de MOUT en buena forma.

En cualquier caso, Sha'Oprah no se iba a molestar en competir.

"Oye, *cariño."* La voz se oía bien en el estrecho tubo de hormigón. "Te doy hasta los cinco y le disparo al lisiado. Uno, dos." La silla de ruedas de Zatt chocó contra un trozo de escombros y se ladeó bruscamente. Se raspó contra la pared y se detuvo.

Soledad, con un esfuerzo que le hizo arder la espalda, se tambaleó fuera de la silla hasta ponerse de pie.

"¿Cuatro, *qué?* Desplegados, posiciones de flanco…"

---

23 Nightcrawler, llamado en español Rondador Nocturno, Merodeador o Nocturno, es un superhéroe ficticio que aparece en los cómics estadounidenses publicados por Marvel Comics, comúnmente en asociación con los X-Men. [N. T.]

Los ruidos del motor provenían del túnel lateral.

Los operarios de la excavadora giraron y se arrodillaron en posición de disparo, apuntando con sus faros y miras láser a lo que parecía una sección gigante de alcantarilla, un enorme tubo de color blanco amarillento sobre orugas medio ocultas que rugían sobre la cresta de escombros hacia la galería principal. Una voz grave resonó de repente, con un volumen muy superior al límite seguro para un lugar tan pequeño, y los altavoces a máxima potencia chillaron:

"No les reprochen a nuestra gente leal y valiente, que nunca flaqueó ante la presión de la semana pasada; no les reprochen el estallido natural y espontáneo de alegría y alivio cuando supieron que no se les exigiría esa dura prueba por el momento."

Fue la voz, más que nada. Las vocales orotondas de Twitocrático la sacaron del shock del magnesio y la llevaron a una especie de percepción. Una carcasa de fibra de vidrio de cuatro metros de altura, un montículo de espuma de poliestireno a modo de "crema batida" con la "cereza" del tamaño de un barril clavada en el centro; la lámina abultada de relleno de plástico en el extremo del enorme cannoli.

La lámina se partió bajo la presión de un chorro de espuma color crema de un metro de ancho. La espuma se expandió instantáneamente al ser liberada de su tanque, inundando la

sección del túnel alrededor de la galería de acceso en cinco segundos.

Las lombrices intentaron enderezarse desde su posición de disparo y alejarse del alcance, pero su tamaño las ralentizó. La espuma ya les llegaba hasta las rodillas y se endurecía rápidamente a medida que subía su nivel, pasando de espuma a crema, luego a lodo y finalmente a la consistencia del hormigón húmedo.

Se movían más despacio a medida que la espuma se endurecía, llegando hasta sus muslos, hombros y máscaras antigás. Su entrenamiento había sido exhaustivo, y abrieron los tanques internos de oxígeno antes de que la espuma los envolviera por completo.

«Pero deberían saber la verdad». El cannoli había sido víctima de su propio relleno, que había entrado en las tomas de aire y había parado el motor, pero sus altavoces seguían sobre la crema y funcionando. *«Deberían saber que ha habido una negligencia grave y deficiencias en nuestras defensas; ¡deberían saber que hemos sufrido una derrota sin guerra!».*

Sha'Oprah, sin armadura que la detuviera, había saltado fuera del alcance de la espuma. Pero el cannoli la había bloqueado en el extremo terrestre de la galería, y ahora la espuma formaba una sólida barrera que le impedía seguir la silla de ruedas de Zatt. Frustrada, vació el cargador de la .45.

Un par de balas, algo frenadas por la espuma, resonaron al azar por el túnel. El resto fueron absorbidas por el enorme pastel de Stix.

La espuma estaba a la altura de los altavoces, pero el volumen era tal que Zatt y Soledad aún podían oír, con una potencia cada vez menor, el monólogo de Churchill mientras reanudaban su camino por el túnel hacia el remolcador.

"Deben saber que hemos superado un hito terrible en nuestra historia, cuando todo el equilibrio de Europa se ha roto, y que por el momento se han pronunciado palabras terribles contra las democracias occidentales: Has sido pesada en la balanza y hallada falta…

Tres minutos y dos plataformas de submarinos después, rodearon un mamparo y divisaron el *Razzle–Dazzle,* con sus luces de navegación blancas y verdes en la oscuridad. El chico y el pirata de las algas estaban junto a la única pasarela, casi saltando de impaciencia mientras les hacían señas a Zatt y Soledad para que se dieran prisa.

EPÍLOGO

No se despertó porque, en realidad, no estaba dormida. Dormitar mientras el cerebro se liberaba, dejando escapar imágenes sobrecalentadas que rebotaban en las sinapsis, no contaba como sueño.

Más concretamente, no había renunciado al control, no lo suficiente como para permitir que surgieran sueños u otras imágenes que pudieran ser demasiado dolorosas para soportar. Dormitar solo liberaba una acumulación de neurotransmisores, desgastándolos para estimular su pequeña química unos pocos microns hacia la liberación, desencadenando las imágenes dominantes: la silueta nítida de un destructor, el radar funcionando y los puertos de misiles abiertos, el helicóptero repostado y listo en su cubierta de popa mientras se deslizaba a través de la niebla como un castillo flotante, a solo ochenta metros de

distancia; o el coatí norteamericano, girando una manivela bajo el resplandor del reflector del remolcador, haciéndolo por su cuenta mientras el niño reía asombrado y la antigua casamata a prueba de bombas nucleares de trescientas toneladas se abría lentamente sobre la bruma perlada; o el puente de mando de este remolcador, bañado en la luz verde del radar y las pantallas de las computadoras, demasiado estrecho para el silencio y la tensión que se acumulaban en su interior mientras el viejo pirata de la marihuana lo conducía suavemente más allá de los pilotes hundidos y los bajíos que salían de la base en desuso; mientras el chico y Zatt sudaban juntos descifrando códigos que se suponía que debían indicar a los barcos y patrulleras en aguas más profundas que esta era solo otra unidad de la Armada en espera para sacar las embarcaciones dañadas del alcance de los elementos criminales marítimos del antiguo nodo de Oakland.

Soledad no podía permitirse creer que hubieran logrado escapar.

Yacía, envuelta en un saco de dormir mugriento, bajo el desorden de radios sobre la mesa de cartas del puente de mando.

Hacía demasiado frío y humedad, y ella necesitaba mucho más calor, como para tumbarse fuera.

El salón de los remolcadores estaba lleno de nodistas, bebés llorando, mapaches de laboratorio y gatos. Su ambiente estaba impregnado del olor a pañales y calcetines viejos, y de miedo.

No deberían haberlo logrado. El cerco alrededor de Bamaca no era más estricto que eso. Claro que la fragata de la Flota Nacional que estaba en Bahía de las Ánimas tampoco estaba conectada a sofisticados sistemas computarizados de gestión de batalla. Simplemente disparaba sin piedad a todo lo que se movía.

Yacía con las manos cruzadas sobre el estómago.

El rostro de Molly, con el único punto morado en la frente.

El valiente lanzador de calamares de Stix, calcinado y silencioso en un círculo de su propia destrucción.

Mantenía los ojos abiertos la mayor parte del tiempo para mitigar el impacto de esas imágenes. No se permitía pensar más allá de lo visual. Habría querido levantarse y concentrarse en cosas sencillas, como mantener el equilibrio en un canal, ir al baño o buscar algo de beber, pero estaba demasiado enferma, con dolores y fatiga.

Finalmente, su vejiga se llenó tanto que no pudo ignorarla. Bajó al retrete. Olía tan mal a vómito y excremento que apenas pudo contener las ganas de vomitar.

En la cocina, alguien le ofreció una taza de café, que le calmó un poco el estómago. Se dirigió al único espacio libre del sofá y se arrodilló allí, mirando por la escotilla; era un truco que los contrabandistas le habían enseñado durante el viaje alrededor del Tapón del Darién. Observar el horizonte, decían, calmaba el pequeño cristal piezoeléctrico que controlaba el centro del equilibrio en el oído interno. Apoyó la frente contra el fresco aroma a sal y sebo de la escotilla. Bebió el líquido lentamente, dejando que el aroma del café ocupara el lugar de otros olores. Miró a través de un desierto de niebla dispersa hacia un velero de aspecto desaliñado, una goleta con casco verde y pintura color canela descascarada en la superestructura. El velero aparecía y desaparecía tras las crestas verdeazuladas de las olas del Pacífico, dirigiéndose en la misma dirección que el remolcador, a unos doscientos metros de distancia.

Sin motivo aparente, la imagen de Miguel apareció en su mente, muy vaga, pero sin duda era él, con ese mechón rebelde y la ligera postura encorvada.

No se trataba solo de su hijo, pensó; jamás debí haberle hecho eso a Doña Serena. Por segunda vez en apenas dos días, un leve rubor de vergüenza se extendió por sus mejillas.

Nunca debí haberle hecho eso a otra mujer.

El rubor la hizo sudar y le revolvió el estómago. El olor a calcetines era más intenso que nunca. Divisó un par de pies

grandes y nudosos, cubiertos con calcetines de gimnasio sucios, que asomaban por debajo del sofá. Se apartó del ojo de buey y del velero y subió rápidamente por la escalera hacia el puente de mando.

Una pantalla delgada conectada a las radios en la mesa de cartas mostraba una vista aérea a baja altitud de un incendio; rojo escarlata, con un destello de narciso, enmarcado por un humo negro aceitoso, veteado de platino, proveniente del explosivo RDX de morteros de alta precisión. Plateado por proyectiles de fósforo. Ni rastro de naranja ni de palma, pero tal vez no lo necesitaban, los almacenes en los que se enfocaba esta cámara ya ardían con furia. Un logotipo de B–Net parpadeó en la esquina.

Desde otro ángulo, la imagen se veía borrosa debido a la omnipresente neblina de humo y niebla, y se observaba una fila de personas, entre la variopinta mezcla de civiles, siendo conducidas por soldados de la unidad de operaciones especiales con aspecto de perro hacia autobuses.

Otra toma solo mostraba humo. La voz del locutor se quebró de emoción. El humo se disipó y la cámara giró para enfocar el MOQ, donde, según la voz en off, un grupo de jaggers y putas habían simulado una retirada y luego habían rodeado a un escuadrón de soldados urbanos.

Un tanque flotante avanzaba con cautela por la siguiente carretera. En ese momento, un hombre salió rodando de un

laboratorio destrozado, blandiendo los puños con agresividad. Era imponente y vestía el uniforme de un suboficial de la marina. Soledad lo imaginó gritando: «¡Al frente y al centro, diez días en la celda!», mientras avanzaba hacia el tanque flotante, y un grupo de mujeres de la Marina, en la oscuridad, aprovechó la distracción de los tripulantes para desaparecer de un edificio en ruinas a otro.

La torreta del tanque se balanceó brevemente. El hombre mecánico salió disparado. No hubo tiempo ni para que se encendiera el fuego; su torso desapareció, sin dejar más que restos de maquinaria y un pie calzado con botas militares reglamentarias, rodando muy lentamente por una suave pendiente hacia el puerto.

Se tapó la boca con una mano. Sabía, por primera vez, que no había esperanza para él. Las lágrimas le quemaban los párpados. «Los seguidores de Hawkley son pésimos mártires», dijo Molly una vez, «solo son peligrosos vivos». O algo así. Intentó recordar el rostro de Stix, su cuerpo, el hombre con el que había hecho el amor hacía apenas unas horas, el hombre cuya semilla microscópica aún nadaba infructuosamente hacia el lugar dentro de ella que otro había ocupado.

Lo único que vio fue esa estúpida caricatura de un suboficial naval blandiendo sus puños contra un tanque que se acercaba; y el cannoli, el pastel que él había colocado para

protegerla, resistiendo a un escuadrón MOUT con espuma y bravuconería a lo Churchill.

Se preguntaba —no, esperaba— que Stix y Will estuvieran juntos en ese momento. En cierto modo, era lo que Stix siempre había deseado: enfrentarse cara a cara, como lo haría Will.

Mantenía el pecho en movimiento, respirando con fuerza, bombeando oxígeno en una dirección y dióxido de carbono en la otra. La vida, pensó desesperadamente, solo servimos estando *vivos.* Sentía que podía llorar eternamente; por Stix, por Bamaca, por Jorge, por el nodo y por Molly, lágrimas abundantes y tan azules como el Pacífico; pero estaría incapacitada mientras lloraba. Y la incapacidad no era un lujo que pudiera permitirse. No huyendo, no con un bebé en el vientre.

Ya habría tiempo para llorar después, si lograban ponerse a salvo.

Así que apartó la vista de la pantalla con mucha intención, para fijarse en el puente de mando, en el chico en su puesto habitual, y en Zatt con la nariz metida, como siempre, en los datos de un terminal.

No hay sorpresas aquí, pensó, era otro *puto vídeo* de escuchas furtivas, un primer plano de ella, Soledad, meciendo la cabeza de un lado a otro sobre la empapada

mesa azul de la almohada de Stix; murmurando una canción, gorjeando de una manera tan extraña y como si estuviera drogada que generó otra ola de vergüenza bajo su ira refleja.

Al menos en esta foto no se le veían los pechos, pensó, y se secó con los nudillos la humedad que se le había acumulado en las mejillas.

¿De qué sirve una raíz?
Eso no toca el sexo del volcán.
¿De qué sirve un amor atado
por la huella de la sombra?

La mujer del video cantaba.

Desdichado
Desdichado
esta tierra es triste
como una herida

El motor diésel retumbaba. El golpe seco que producía el remolcador al surcar las olas provocaba crujidos y quejas en otras partes de su estructura. Las computadoras emitían pitidos. Todos seguían haciendo las mismas cosas mientras el barco surcaba las olas y su pequeño horizonte circular de niebla. Sintió ganas de volver a las noticias, por si acaso se equivocaba, por si acaso Stix pudiera...

Fue para evitar hacer eso que finalmente dijo: "¿Por qué no te masturbas con tus propias revistas de mierda para variar?"

Zatt la ignoraba. Siempre la ignoraba. De cerca, vio que su pantalla estaba dividida: en el lado izquierdo aparecía su imagen, mientras que en el derecho un programa MIDI descomponía su melodía en frecuencias digitales y un gráfico mostraba números debajo de la versión original de Lanc–Patua del texto de Jorge.

—¿Dónde está Mojo? —preguntó Zatt sin mirar a su alrededor.

—Salón —dijo el chico.

Finalmente, el pirata de la marihuana bajó a la bodega quejándose, y regresó seguido por la conexión de cabello electrocutado y calzado apestoso que era Mojo.

Soledad volvió a mirar sus calcetines, preguntándose por qué demonios el estadounidense Megorg lo consideraba un objetivo. Sin embargo, un atisbo de respeto se apoderó de la imagen que tenía de él al recordar a Mojo en el almacén de bajos, integrando a todos los músicos y talleres en la improvisación de Soledad. En aquel entonces no se había fijado en sus calcetines. Quizás ese recuerdo encierra una lección.

—La razón está aquí —comentó Zatt de repente, desplazándose por el lado derecho de la pantalla dividida. Se giró para mirar a Mojo. Ella intentaba reprimir la repulsión que la invadía al ver a dos hombres inclinados con tanta lascivia sobre una pantalla brillante. Parecían no tener cicatrices, ni mostrar respeto alguno por la destrucción que ocurría a sus espaldas: la aniquilación de su hogar, la muerte de Molly. —Estaba en esta canción, ¿la *"Souche",* como la llamas? Hice análisis de regresión lenta en todas sus canciones: melodía, ritmo, letra; esta era claramente la importante, en términos de estocástica. Y finalmente —tecleó un comando en el teclado—, es la única que dio resultados.

Soledad no quería preguntarles nada a esos hombres.

Por otro lado, estaban hablando del *Concierto de la Selva,* hablando de algo tan personal como ese vistazo al pecho en otra parte del vídeo.

—¿Qué resultados? —preguntó finalmente.

“Un código realmente pueril”, dijo Zatt. “El valor numérico de las primeras letras, cosas antiguas; la gente dice que su versión del vudú tiene mucho de la Cábala”.

“¿Vudú?” Mojo, tocándose la entrepierna, comenzó a sacudir su delgado cuerpo al ritmo de la melodía que

Soledad seguía gorjeando en la pantalla, a través de altavoces bastante buenos, la verdad.

"Hay un patrón claro de números similares", continuó Zatt. "Miren, *A quoi sert une souche:* la *a,* por supuesto, tiene un valor de uno. La *q* en *quoi,* diecisiete. La s de *sert,* diecinueve, nunca contaba las preposiciones, lo cual es conveniente. 117.9. La siguiente estrofa, *qui ne toucherait le sexe du volcan,* es 191.8. Debo admitir que no pude descifrar qué vinculaba esos números durante un tiempo. Luego los procesé con un programa estocástico, basándome en el pantano, el enlace Al, ¿recuerdan? Y mencionó, como una idea de último momento, que todos eran números entre 10 y 8 x 10, divididos en bandas por razones de diez. ¿Les suena de algo?"

"Palmeras, vudú", gimió Mojo.

—Frecuencias de radio —explicó Zatt, tras unos segundos en los que pareció creer que podrían adivinar—. Lo que significa bandas de Wildnet, en mi opinión. Supongo —continuó— que Echeverría estaba en contacto con Hawkley, o con algún amigo de Hawkley. Pero lo que tenemos aquí son frecuencias de Wildnet, más una iteración aleatoria basada en el ritmo de la música en la que está oculta: 6/8 en este caso, según él. —Señaló a Mojo con el pulgar.

"Convirtiéndolo en una red completa de Wildnets, que cambian aleatoriamente, imposibles de rastrear, a menos

que tengas esta clave, en cuyo caso te conectas a la red de forma permanente, pan comido. Mantente en contacto con toda una red.”

“Qué oscuro es el cono del volcán”, comentó Mojo, sin prestarle atención. “Quiero improvisar sobre esa frase”.

“Un ‘internodo’”, dijo Soledad. “Así lo llamó el grupo de Charlie Rickie. Creen que ese será el próximo tipo de nodo”.

Los ojos de Zatt brillaban como siempre: intensos y algo fríos. Tan diferentes, pensó con tristeza, de los de Molly.

“Stix te enseñó todo”, comentó.

“¡Onda corta de Texas!” gimió Mojo. “¡Internodo!”

—No parece un buen sitio para cenar —dijo Soledad en voz baja.

Zatt la siguió mirando fijamente durante un instante. Luego volvió a concentrarse en su jambook.

—Bueno —dijo—, en cierto modo es real. Señaló con el pulgar hacia la derecha, donde la goleta surcaba las olas del Pacífico, inclinada a estribor por el viento. —Ese barco está en la misma Wildnet.

—Oh, magia —respondió Soledad—. Un club náutico electrónico.

Zatt ignoró su sarcasmo.

"Va a ser muy difuso", dijo. "Redes de grupos muy pequeños", familias grandes en realidad, conectadas por Wildnet. Intercambio y trueque a larga distancia, volviendo al treinta y siete por ciento..."

«Un sistema de música compartida». Mojo miraba fijamente a Soledad. Los movimientos bruscos y frenéticos habían desaparecido, tan repentinamente como habían aparecido. Sonrió de una manera que, si bien era algo soñadora, también rozaba la cordura. Sus arrugas se veían marcadas bajo la luz plateada.

—No lo entiendo —dijo Soledad—. ¿Cómo iba a saber que te verías bien en *'Souche'?* ¿Cómo iba a saber que yo la cantaría?

—Oh, sabía que la cantarías perfectamente —dijo Mojo. Su sonrisa se tornó extraña una vez más—. ¿Volcanes ardiendo, saliendo como esperma de fuego? Quizás no sabía que estaría en tus *sueños,* pero sabía que sus palabras saldrían, de alguna manera.

Soledad lo observó por un segundo.

“Pero no quiero perseguir a esta cadena”, dijo largamente, con una voz que rozaba el lamento.

El remolcador chocó contra una ola más alta de lo normal; ella perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse a una cadena que colgaba sobre ella. Un ensordecedor silbido mecánico resonó desde afuera. Sintió que el corazón le daba un vuelco. El mapache gorjeó y le arrojó un compás. El chico y el pirata de la marihuana la miraron con recelo y luego volvieron a sus respectivos trabajos. Soledad soltó la cadena del silbato, buscó otro punto de apoyo y dijo con firmeza: «Tengo que volver a Bamaca. O cerca. Hay algo que tengo que averiguar».

—Ya no estarás a salvo ahí —murmuró Zatt, moviendo segmentos de frecuencia como si fueran cartas de solitario en su pantalla—. Ya usamos este sistema de frecuencia y encontramos un sitio internodo en Astoria, Oregón. Un poco al oeste de Portland. Tug tiene suficiente combustible, dice Ahab. Podemos descansar, conseguir algo de comida y crear cuentas falsas de UCC. Esperemos a que se calme la situación.

—Es muy fácil —susurró Soledad—. Simplemente pasas a lo siguiente, como una maldita mariposa.

Zatt guardó silencio.

—¿Y cómo lo sabes con seguridad? —insistió Soledad. Se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de objetar; había vuelto por completo a su modo de huida y buscaba fisuras en el plan por pura disciplina, por la astucia del refugiado.

Aunque las emociones latían en lo más profundo de su ser, como una resaca de jisi, aún heridas y necesitadas de atención.

En las pocas horas que llevaba a bordo de este remolcador, ya había aprendido a aislar mejor sus emociones e ignorar su suave y traicionero consuelo.

Pensó: Si antes de conocer a Jorge era una niña, y el *cruce* había sido su rito de iniciación, entonces esta forma de vida se había convertido en su madurez. Una madurez que implicaba la aceptación rutinaria de la dureza arbitraria del mundo; del hecho de que, incluso si el amor, y la historia de su amor, fueran el antídoto contra esa dureza y la razón para seguir adelante, solo podía lidiar con un amor imposible a la vez. «Todas las historias son iguales». Las palabras resonaron en su cabeza durante uno o dos segundos antes de que recordara dónde las había oído por primera vez.

Continuó, en voz más baja: "¿Cómo saben que ese lugar cerca de Portland, ese nodo, es seguro? Si el gobierno puede destruir un nodo, estas cositas no son nada. Incluso podría ser una trampa".

Al terminar su pregunta, hablaba tan bajo que Zatt se llevó la mano a la oreja para intentar oírla. Se recostó contra las radios, deseando solo acurrucarse debajo como antes, cruzar las manos sobre su vientre y echarse una siesta... solo una siesta.

—Pero no es una trampa —respondió Zatt—. Tú también nos lo dijiste. Señaló la pantalla, mientras sus dedos rechonchos acariciaban el cuello de la pequeña Soledad, que se retorcía y murmuraba en la pantalla LCD. —*Usted* conocía este lugar, señorita MacRae. ¿Recuerda las palabras, las palabras que aparecían en sus sueños como un estribillo, *solo que no había ni rastro de ellas en la letra de Echeverría?*

A pesar del cansancio, no le costó ningún esfuerzo recordar las palabras.

—*«Ciment d'os»,* susurró. «Cemento óseo».

Los dedos de Zatt tecleaban con rapidez. La imagen de Soledad fue reemplazada por la del sitio web de Wildnet, que indicaba una zona de trueque en el puerto de Astoria. Un vídeo de bolsillo mostraba un grupo de embarcaciones destartaladas resguardadas entre los muelles de una antigua fábrica portuaria. Las embarcaciones estaban amarradas de una manera que sugería una conexión que iba más allá de las necesidades de la marea, el acceso y la energía eléctrica en tierra. La cantidad de paneles solares y aerogeneradores era considerable.

En el videoclip grabado con una cámara de bolsillo, la niebla se movía entre los mástiles, el aparejo, las chimeneas y los tendederos. Formaba remolinos entre los pilotes del muelle; ascendía y se abría para revelar una fábrica portuaria de la Segunda Guerra Mundial. En la pared agrietada y

apuntalada de la planta, en enormes letras mayúsculas verdosas descoloridas, se leían las palabras: AJ BONE CEMENT CO INC.

—Oh —dijo Soledad.

Entonces se agachó y se arrastró bajo la mesa de cartas. En el hueco de los olores, de sal y Diesel caliente, de circuitos calientes y óxido. Se acurrucó con las nalgas contra el mamparo de acero palpitante, cruzó suavemente los brazos sobre el vientre y permaneció allí un buen rato con los ojos abiertos.

Estaba bastante segura de que, ahora que había retomado la rutina de volar, esta vez, al acostarse no soñaría con nada: ni con el *cruce* ni con Jorge, ni con Stix ni con Dolores. Pero no estaba tan segura como para permitirse caer sin extremar las precauciones.

El viejo remolcador retumbaba y crujía, abriéndose paso a empujones hacia el norte, rumbo a Oregón.

EXPRESIONES DE GRATITUD

Nuestro agradecimiento a Pat LoBrutto, Evelyn Cainto, Tom Dupree, Jonathan Matson y Liz Orr por haber creído en este libro.



ACERCA DEL AUTOR

GEORGE FOY, nacido el14 de diciembre de 1952 en Barnstable, Massachusetts, es un escritor franco-estadounidense, autor de novelas literarias, ensayos, novelas policíacas y ciencia ficción.

Biografía

Estudió economía y ciencias políticas en la Universidad de Londres, el Instituto de Estudios Políticos de París y el Liceo Francés de Nueva York.

En 1984, publicó su primera novela, *Asia Rip,* ambientada en el océano Atlántico, en la que un pescador, deseoso de

crear su propia empresa para vender directamente su pesca, se enfrenta a la mafia que controla el mercado de pescado de Fulton. Esta novela es, según Claude Mesplède, «un excelente thriller marítimo». Su segunda novela, traducida al francés, *Coaster*, está ambientada en el mundo marítimo británico.

En 2016, publicó una novela escrita en francés, *Enquête sur Kamanzi* (Éditions Globophile, Vincennes), que describe el viaje de un corresponsal de guerra de Aix-en-Provence en busca de un amigo africano desaparecido en medio del caos de la guerra civil en el Congo.